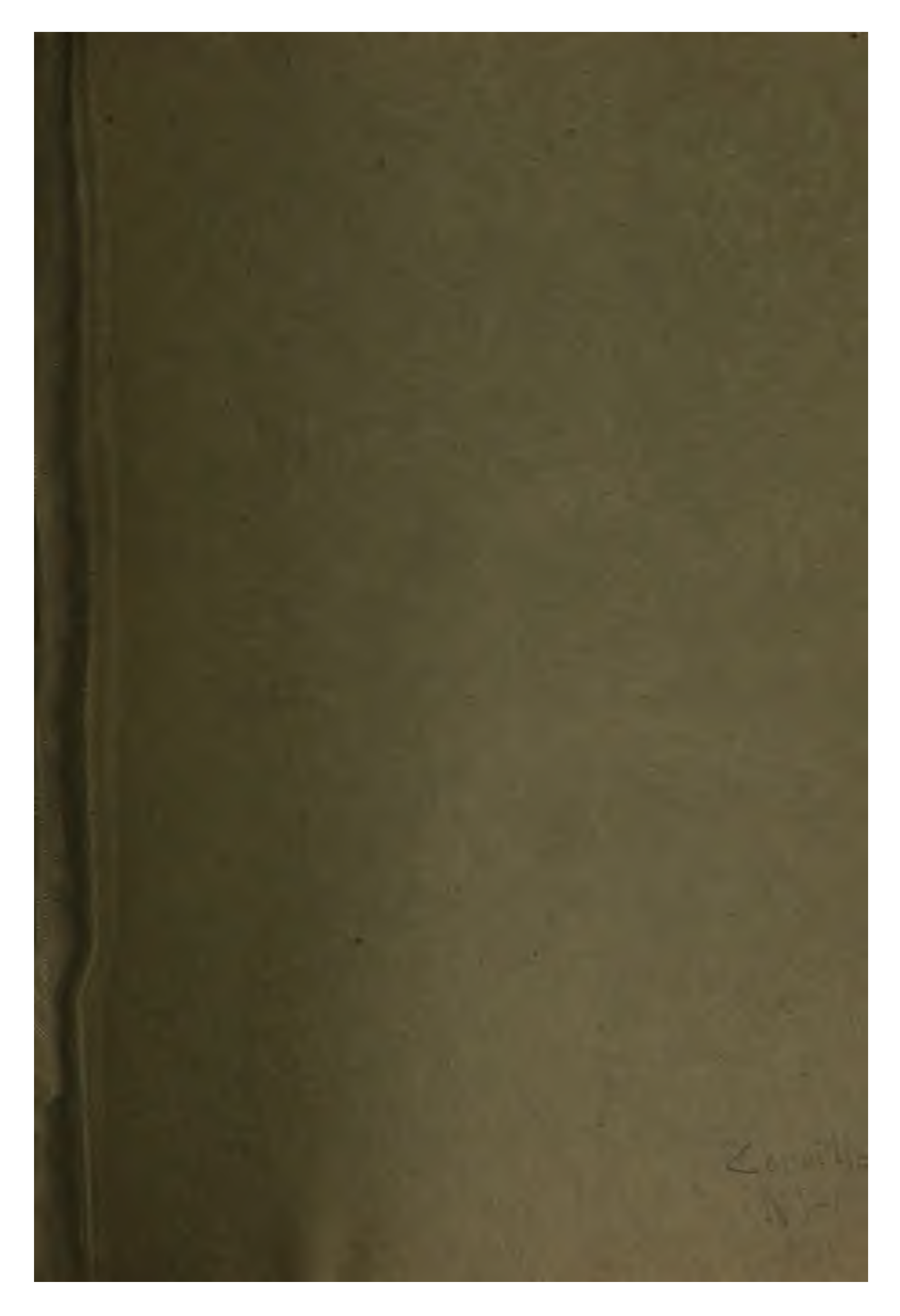
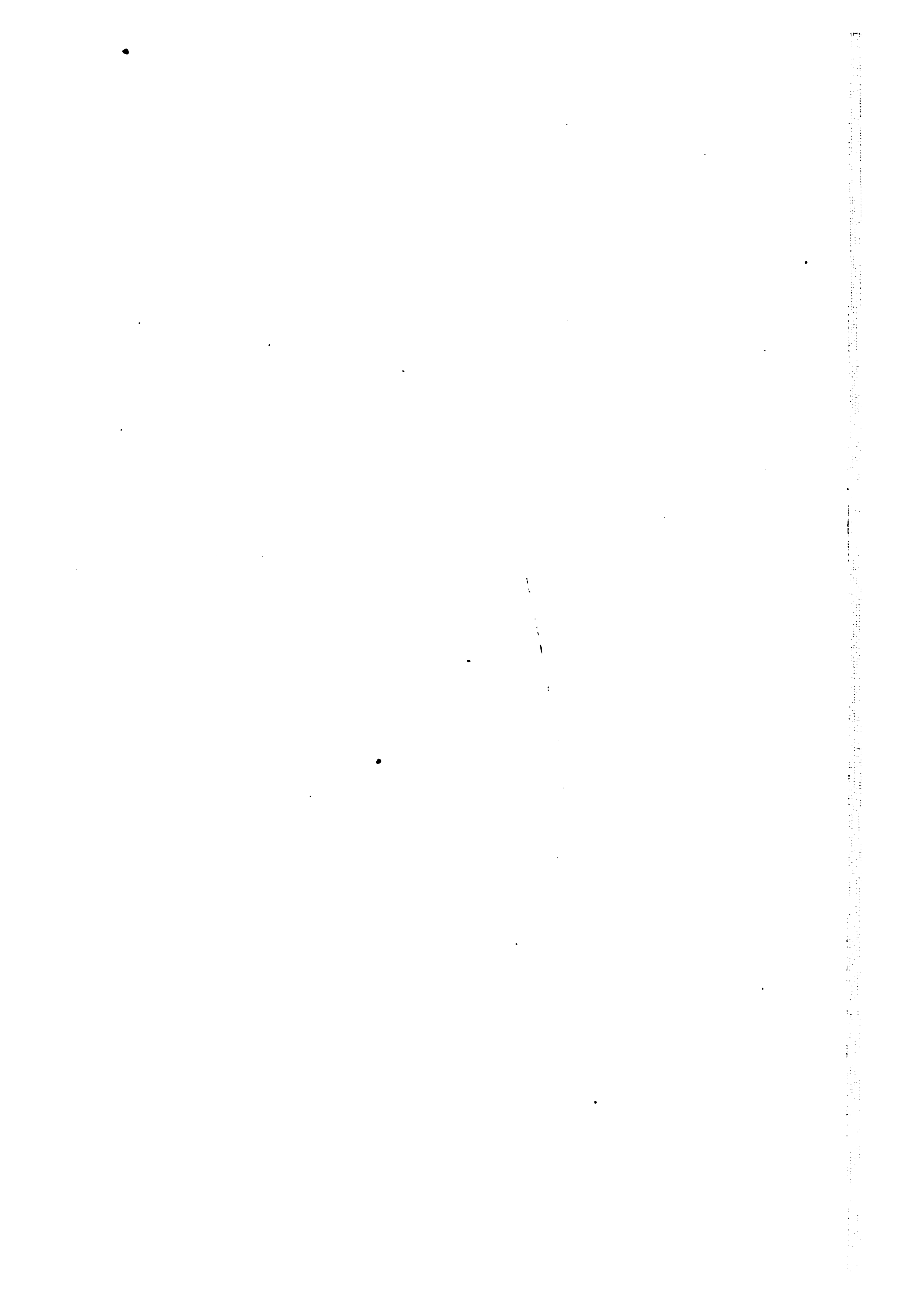
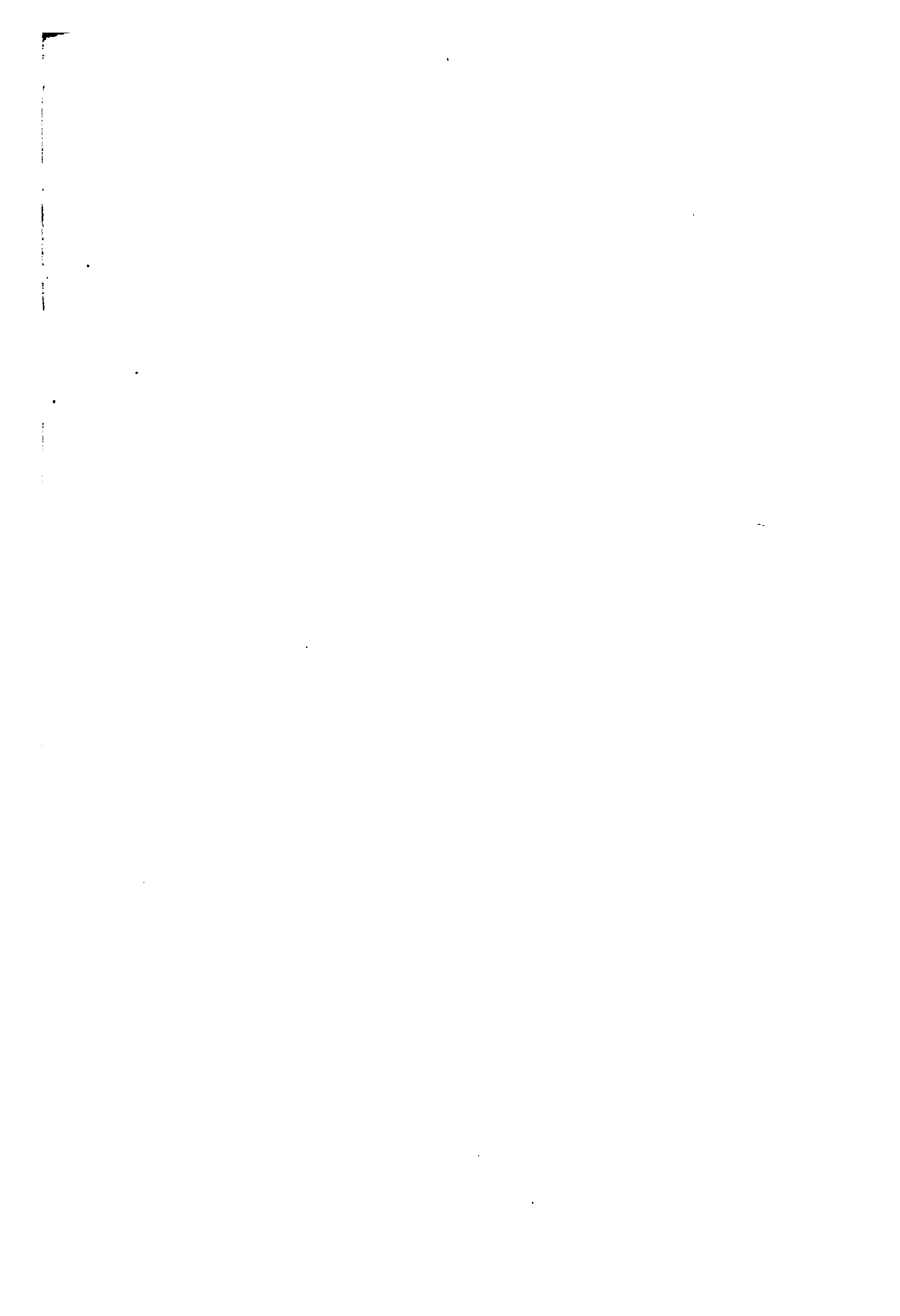








OBRAS DE DON JOSÉ ZORRILLA

MANUEL P. DELGADO, EDITOR

OBRAS DRAMÁTICAS

Y LÍRICAS

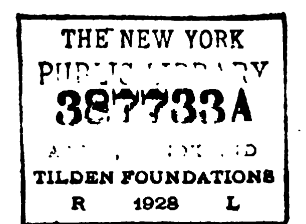
DE

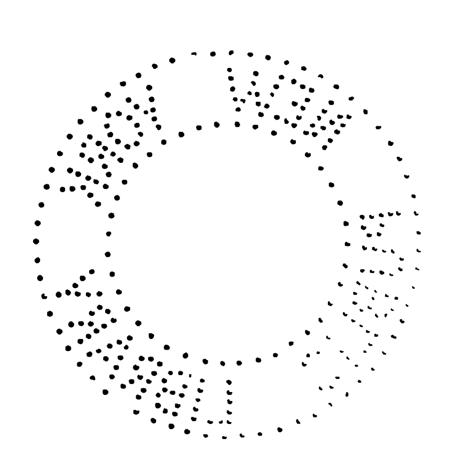
DON JOSÉ ZORRILLA

TOMO CUARTO



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS SUCESORES DE CUESTA
CALLE DE LA CAVA-ALTA, NÚM. 5
1895

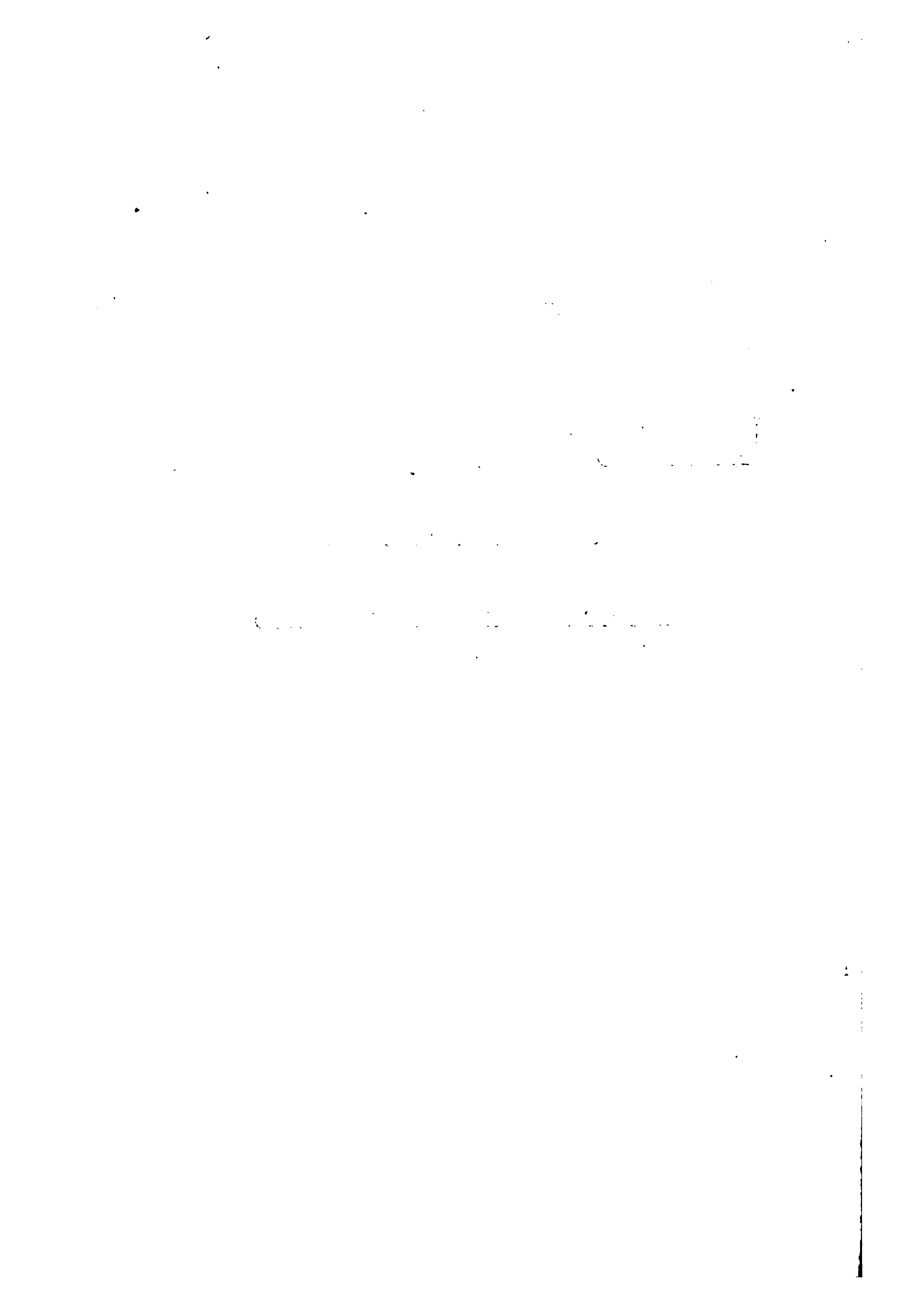

THE NEW YORK
387733A
TILDEN FOUNDATIONS
R 1928 L



LA MEJOR RAZÓN, LA ESPADA

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS

ESCRITA SOBRE UNA DE MORETO

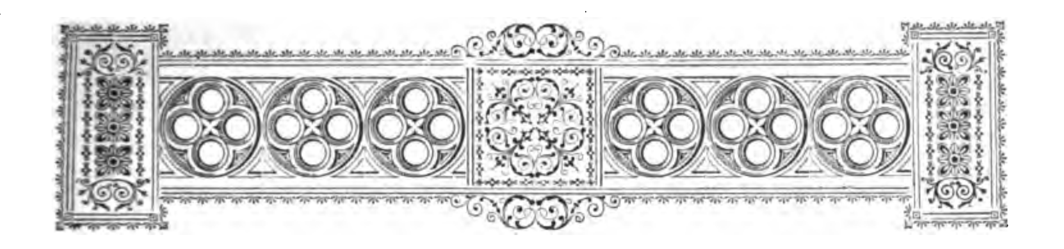


PERSONAJES

Don Pedro de Pantoja, *joven soldado.*
Don Diego de Gamboa, *mercader.*
Don Lope, *letrado, padre de*
Doña Juana.
Doña Ángela, *su prima.*
Guijarro, *gracioso y criado de Pantoja.*
Leonor, *criada de Doña Juana.*
Un Escribano.
Un Alguacil.
Arjona.
El Duque de Arcos.

La escena es en Sevilla

Aprobada para su representación por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 28 de Abril de 1849



LA MEJOR RAZÓN, LA ESPADA

ACTO PRIMERO

Sala en casa de D. Lope.—Puertas á izquierda y derecha.—Reja en el fondo

ESCENA PRIMERA

LEONOR *y* GUIJARRO, *entrando*

GUIJARRO

Estás sola?

LEONOR

Sí.

GUIJARRO

No hay miedo?

LEONOR

No; mas despáchate aprisa
no vuelva el amo de misa
y nos coja en el enredo.

GUIJARRO

Y tu ama?

LEONOR

En su cuarto está,
llorando su desventura.

GUIJARRO

Pues qué nuevo mal la apura?

LEONOR

Que ha dado á don Lope ya
el duque de Arcos licencia
para poder desde luego
desposarla con don Diego.

GUIJARRO

Qué dices! Eso es demencia.

LEONOR

La purísima verdad
es lo que digo, á fe mía.

GUIJARRO

Pase tal para tu tía,
que para mí es necedad.
Mas no la podremos ver?

LEONOR

Es imposible, que siento
que de uno en otro momento

debe su padre volver.
Y es fuerza que esta mañana
se lo advierta á tu señor.

GUIJARRO

Pues ten por cierto, Leonor,
que te echa por la ventana;
porque Pantoja, mi dueño,
como sabes, es un hombre
del demonio, y dánle el nombre
de Satanás el pequeño;
y no le dijera yo
eso que me dices tú
por la plata del Perú.

LEONOR

Lindo mandria! Y por qué no?
Yo tengo cierto papel
que le escribe doña Juana.

GUIJARRO

Hablaras para mañana;
si lo tienes, dígalo él. *(Le da un papel.)*

LEONOR

Y á mí también me han tratado,
Guijarro, otro casamiento.

GUIJARRO

Siempre estimaré tu aumento.
Es de don Diego el criado?

LEONOR

Ese mismo; pero yo
sólo á mi Guijarro quiero,
y con él casarme espero.

GUIJARRO

Con la frente, por qué no?
Yo casarme? Estás en tí?

LEONOR

Pues no te vendrá muy ancho?

GUIJARRO

Pues por eso no me ensancho;
no es lo ancho para mí.

LEONOR

Pues dí, pícaro, bribón,
por qué casarte no quieres?

GUIJARRO

Porque todas las mujeres
tenéis mal de corazón.

LEONOR

No se entiende eso conmigo,
que soy doncella y honrada.

GUIJARRO

Si fueras como mi espada,
que no la ha entrado enemigo,
fuera gran merced de Dios.

LEONOR

Fuera de las once mil,
no hay doncella más gentil.

GUIJARRO

Eso veremos los dos
cuando yo, si pierdo el juicio,
cometa el tremendo error
de admitirte, Leonor.

LEONOR

Parece que hablas de vicio,
mas por vida de mi madre...

GUIJARRO

(Interrumpiéndola.)
Fué ella una santa mujer.

LEONOR

Que te tengo de poner...

GUIJARRO

Como ella puso á tu padre?

LEONOR

En la espina de la zarza.

GUIJARRO

Si es parrilla, yo lo creo.

LEONOR

Te remontas, don Poleo?

GUIJARRO

No remonto, doña Garza.

LEONOR

Quédate para quien eres.

GUIJARRO

Quédome para quien soy.

LEONOR

Yo me voy para quien voy.

GUIJARRO

Vete para quien quisieres.

LEONOR

En mi vida te he de hablar.

GUIJARRO

En mi vida te hablaré.

LEONOR

Con el tiempo te pondré...

GUIJARRO

De modo que pueda arar.

LEONOR

No, sino que digas tú...

GUIJARRO

Que soy manso por demás.

LEONOR

Quédate con Barrabás.

GUIJARRO

Márchate con Belcebú.

ESCENA II

GUIJARRO *y* DON PEDRO PANTOJA

GUIJARRO

Ya te volverás á mí,
que tus despiques entiendo,
pero vámonos corriendo,
no me atrape el viejo aquí.

DON PEDRO

Guijarro, con quién hablabas?
Quién contigo estaba, dí?

GUIJARRO

Ese responda por mí, *(Dále el papel.)*
que como guardando estabas
mi espalda, dejar no quise
el negocio á lo mejor.

DON PEDRO

Te dió este papel Leonor?

GUIJARRO

Que doña Juana te avise
cosas de gusto quisiera.

DON PEDRO

Novedad debe de haber;
voy el papel á leer.

GUIJARRO

No será mejor afuera?

DON PEDRO

Eh! *(Con desprecio y leyendo.)*
«Dueño mío: Mi padre quiere casarme con don Diego. Tengo, pues, por acertado que me pidas por esposa, para que yo pueda declararme; esto consiste en la brevedad, y de tu resolución me harás partícipe esta noche por la reja.—Dios te guarde.»
Dí, infame, no pudieras
llamarme cuando Leonor
te dió este papel?

GUIJARRO

Señor,

no hagamos las burlas veras.
Sin levantar testimonio
á esa pícara, lo hacía
con tal prisa, que tenía
una vuelta del demonio.

DON PEDRO

Algo la dirías tú,
que te conozco, bribón.

GUIJARRO

En dándote un apretón,
lo das todo á Belcebú.
Salgamos de aquí deprisa;
señor, toma mi consejo,
que nos va á atrapar el viejo.

DON PEDRO

Dónde está don Lope?

GUIJARRO

En misa.

DON PEDRO

No, sin ver á doña Juana
no me voy, viven los cielos,
que esa carta me dió celos.

GUIJARRO

Esta noche en la ventana
podrás arreglarlo todo.

DON PEDRO

Con don Diego ha de casar!
No, que yo lo he de estorbar.

GUIJARRO

Y cómo?

DON PEDRO

De cualquier modo.

GUIJARRO

Yo no le encuentro, señor.

DON PEDRO

Yo sí; aguardándole á entradas
de una calle, y á estocadas
matándole.

GUIJARRO

Es lo mejor.
Mas si quisieras consejo
tomar de un amigo...

DON PEDRO

Dí.

GUIJARRO

Yo me quedaría aquí
y se la pidiera al viejo;
que pues dice doña Juana
que la pidas por esposa,
será diligencia honrosa.

DON PEDRO

Será diligencia vana,
pero lo haré, y si me niega
lo que promete á don Diego...

GUIJARRO

La sacas de casa luego,
y pues que el amor os ciega,
váis á que os dé testimonio
un cura, de lo de Dios,
y al punto cerráis los dos
con el santo matrimonio.

DON PEDRO

Tu consejo he de tomar.

GUIJARRO

Valgo para consejero
un potosí de dinero.
Y en qué me lo has de pagar?

DON PEDRO

En diez palos al contado,
librados en la alameda.

GUIJARRO

Guarda, señor, tu moneda,
que no estoy necesitado.

ESCENA III

DICHOS *y* LEONOR

LEONOR

Qué veo? Aún estás aquí?
Y con tu amo? Idos, por Dios,
que os va á encontrar á los dos
don Lope.

DON PEDRO

Que sea así
deseo yo.

LEONOR

Para qué?

DON PEDRO

Para decirle aquí hoy
que á su hija en quitarle estoy
como él hoy no me la dé.

LEONOR

Todo eso está bien, señor;
mas si os ve dentro su casa,
va á dudar por lo que pasa,
de su hija en el honor.
Creerá que os llamó ella misma;
que os habló y aconsejó,
y os va á contestar que no.

GUIJARRO

Y se va á armar aquí un cisma
que ni el de Calvo.

LEONOR

Mirad;
tomad ahora la escalera,
y andad á esperarle afuera,
y cuando él entre llamad.
De este modo se consigue
que vos hagáis la derecha,
y que don Lope sospecha
contra nosotros no abrigue.

DON PEDRO

Dices bien.

GUIJARRO

Tiene razón;
es un lince esta mujer.

DON PEDRO

Vamos, pues, para volver.

GUIJARRO *(Á Leonor.)*

Sabes más que Salomón.

ESCENA IV

LEONOR *y* DOÑA JUANA

LEONOR

Gracias á Dios, los eché;
creí que no se rendían,
y ya en brasas me tenían,
que salen de la Mercé
(Mirando por la reja.)
los de la misa de doce.

DOÑA JUANA

Leonor, quién estaba aquí?

LEONOR

Vuestro Pantoja.

DOÑA JUANA

Era él?

LEONOR

Sí.

DOÑA JUANA

No avisaste?

LEONOR

Se conoce
lo que os ciega vuestro amor;
aprisa le hice salir,
que sentía ya venir
por la calle á mi señor.

DOÑA JUANA

Y el papel?

LEONOR

Se le entregué
para el amo á su criado.

DOÑA JUANA

Ay, Leonor, cómo he quedado
después que mi padre fué
con don Diego mi enemigo!
Pues mi enemigo ha de ser
quien me procura ofender.

LEONOR

De tu padre es tan amigo,
que en él se puede esperar
un marido á letra vista.

DOÑA JUANA

En vano el alma conquista
quien no la puede agradar.
Leonor, Pantoja ha de ser
sólo mi esposo en el mundo.

LEONOR

Tu amor será tan profundo?

DOÑA JUANA

Todo lo vence el querer.

LEONOR

Tenéis razón, doña Juana;
más vale, como Pantoja,
pobre que á mucho se arroja,
que rico de alma villana.
Todo es mascar matrimonios
á la vista de la dama
el don Diego, y de la fama,
despreciando testimonios
como le den los dineros
que tenéis, no piensa avaro
en que os comprara bien caro,
á ser ellos verdaderos.
Mas la prima Angela viene;
disimulemos, señora.

ESCENA V

DOÑA JUANA, DOÑA ÁNGELA *y* LEONOR

DOÑA JUANA

Hola, Ángela; se acabó
la misa ya?

DOÑA ÁNGELA

Sí.

DOÑA JUANA

Fué corta.

DOÑA ÁNGELA

No fué muy larga.

DOÑA JUANA

Y mi padre?

DOÑA ÁNGELA

Con don Diego por esotra
puerta del jardín entró
en el escritorio ahora.

DOÑA JUANA

(Ya vienen mis enemigos
á atormentar mi memoria.)

DOÑA ÁNGELA

Puedo darte el parabién?

DOÑA JUANA

De qué, prima?

DOÑA ÁNGELA

De que gozas
en vísperas de tratado
la certeza de ser novia.
Tu padre, según entiendo,
con don Diego de Gamboa,
ese noble caballero
que te pide por esposa,
quiere confirmar las paces,
con él casándote.

DOÑA JUANA

Cosas

son éstas que todavía,
aunque se dicen, se ignoran.

DOÑA ÁNGELA

Pues hay á la voluntad
de don Lope quien se oponga?

DOÑA JUANA

Quien se oponga, Ángela, no,
que soy humilde de sobra
para oponerme á mi padre;
mas oirá de mi boca
las razones que me asisten,
y las causas que lo estorban.

DOÑA ÁNGELA

Eso es hablar demasiado,
prima; y á fe que me asombra
el verte tan atrevida
en palabras tan impropias
de hija que honrada ha nacido
y que de humilde blasona.

DOÑA JUANA

Ángela, ya basta de eso;
que esa plática enfadosa
que me diriges á fuer
de mi dueña ó preceptora,
tu corazón me descubre,
y la esperanza recóndita
que dentro de él alimentas,
aunque lo ocultas, traidora.

DOÑA ÁNGELA

Yo esperanza? Tú deliras,
prima Juana; tú estás loca.

DOÑA JUANA

Loca! Pues qué haces de noche
cuando en tu aposento á solas
ni cierras bien tu ventana,
ni apagas la mariposa?

DOÑA ÁNGELA

Aderezo mis labores,
y oraciones piadosas
rezo antes de darme al sueño
como cristiana devota.

DOÑA JUANA

Y escapulario no tienes
ni imágenes en tu alcoba,
que el cielo ver necesitas
por las rejas? Ó es que oras
ante la faz de la luna,
y á las estrellas te postras,
como dicen que lo hacen
los sectarios de Mahoma?

DOÑA ÁNGELA

Prima, qué dices?

DOÑA JUANA

Escúchame,
prima Ángela, que nosotras
las mujeres ya nacemos
entendiendo de estas cosas.
Tú acechas desde tu reja
todas las noches la hora
en que á hablarme por la mía
viene mi galán Pantoja.

DOÑA ÁNGELA

Yo acechar... Y para qué?

DOÑA JUANA

Eso es lo que me acomoda
preguntarte; es que lo haces
de atrevida, ó de envidiosa?

DOÑA ÁNGELA

Yo de envidia!

DOÑA JUANA

Ya te entiendo,
prima Ángela; tú le adoras
en silencio, y nos escuchas
de sentida ó de celosa.

DOÑA ÁNGELA

Pues bien, es cierto; os escucho
desde mi ventana propia,
mas como muro á su audacia
y de tu honor defensora.

DOÑA JUANA

Guardad, prima, tu defensa
para otra ocasión más próspera,
que bien mi honor se defiende
de quien á mi honor no osa.

DOÑA ÁNGELA

Don Pedro es un libertino.

DOÑA JUANA

En lenguas murmuradoras.

DOÑA ÁNGELA

Es un galán de costumbre
y galanteador de todas.

DOÑA JUANA

Porque no quiso á ninguna
de las que obsequió hasta ahora.

DOÑA ÁNGELA

Porque todas le evitaron
por su audacia licenciosa.

DOÑA JUANA

Porque darían camino
para su licencia todas.

DOÑA ÁNGELA

Tú sola eres, pues, la santa.

DOÑA JUANA

No, la honrada soy yo sola,
y en la que honor ven los hombres
no atentan nunca á su honra.

DOÑA ÁNGELA

Contigo sólo es cortés
quien fué osado con las otras.

DOÑA JUANA

Yo con decoro le escucho,
y él con decoro me adora.
Que nadie quiere perder
la buena opinión que goza,
y quien honor ve en su dama
con honor siempre se porta.

DOÑA ÁNGELA

Muy filosófica estás.

DOÑA JUANA

Y tú en extremo celosa.
Y, en fin, ya ves y ya sabes,
ya te he dicho y ya te consta
que adoro, que estimo y quiero
á don Pedro de Pantoja.
Ya ves que él me quiere á mí
con pasión íntima y honda;
y si mi padre se empeña
en que la mano de esposa
le dé á su amigo don Diego,
resuelta, aunque respetuosa,
le diré: Padre, yo le amo;
ó él, ó nadie.

DOÑA ÁNGELA

Y sin demora
te contestará don Lope:
pues ó de don Diego, ó monja.

DOÑA JUANA

Y me encerraré en el claustro
con su amor y su memoria. *(Vase.)*

ESCENA VI

DOÑA ÁNGELA *y* LEONOR

DOÑA ÁNGELA

Cuán verdadero es su amor!

LEONOR

En verdad que lo es, señora,
como es de clara su lengua
y la razón que la abona.

DOÑA ÁNGELA

Tú también? Tú le haces capa
de su amor, encubridora.
Pero yo haré que don Lope
pronto en la calle te ponga.

LEONOR

Vos haréis tal? Vaya en gracia!
Á que el refrán corrobora
de que te echará de casa
quien vendrá de fuera?

DOÑA ÁNGELA

Hola!
Deslenguada, me replicas!

LEONOR

Señora primita, oiga.
Vos á don Pedro queréis,
y él á vuestra prima adora;
yo llevo y traigo sus citas
y sus cartas amorosas;
mas pues vos sois forastera
y ella está en su casa propia,
ni quito ni pongo reina
cuando ayudo á mi señora. *(Váse.)*

ESCENA VII

DOÑA ÁNGELA

Amar sin ser de amor correspondida,
y á quien amo mirar que á otra enamora,
pena es del corazón mal resistida,
pena que crece cuanto en él más mora.
Mas mi esperanza aún no está perdida;
yo seguiré su luz consoladora
hasta su fin, y arrostraré mi suerte,
que todo es vida hasta llegar la muerte.
Pero don Diego y mi tío
vienen aquí; de ambos huyo. *(Váse.)*

ESCENA VIII

DON LOPE *y* DON DIEGO

DON LOPE

Mi honor desde hoy será tuyo,
tu honor desde hoy será mío.

DON DIEGO

Mi persona, hacienda y vida
hoy á vuestros pies ofrezco,
pues tanta dicha merezco.

DON LOPE

Esta es cosa concluída;
vuestra sangre de hoy, don Diego,
será blasón de la mía,
pues reúno en este día
mi interés con mi sosiego.
Leonor. *(Llamando.)*

ESCENA IX

DICHOS *y* LEONOR

DON LOPE

Díle á doña Juana
que la llamo.

LEONOR

(Aparte.) Oh, letra vista!
Quién te perdiera la pista
por la estafeta mañana! *(Váse.)*

ESCENA X

DON LOPE *y* DON DIEGO

DON LOPE

Esta noche la hablaréis
para hacer las escrituras.

DON DIEGO

Serán mis dichas seguras,
pues tal fineza me hacéis.

ESCENA XI

DICHOS *y* LEONOR

LEONOR

Un tal don Pedro Pantoja,
si le concedéis licencia,
me ha dicho que quiere hablaros.

DON LOPE

Mejor, habladora, hicieras
en negar que estaba en casa;
mas díle que entre.
(Leonor va á buscar á don Pedro y vuelve con él.)

ESCENA XII

DON LOPE, DON DIEGO, DON PEDRO PANTOJA *y* LEONOR

DON PEDRO

Sintiera
que mi vista os enojara.

DON DIEGO

Si es secreto, iréme fuera.

DON PEDRO

Antes me habéis de servir,
por vuestra mucha nobleza,
de padrino con don Lope.

DON DIEGO

En cuanto serviros pueda
podéis disponer de mí.

DON PEDRO

Señor don Lope, la fuerza
ó la obligación de honrado
es en mí segunda estrella.
Yo soy don Pedro Pantoja,
dejo aparte la nobleza
de mi sangre, pues la gozo
por mi antigua descendencia,
como lo dice la fama.
No tengo ninguna renta,
pero tengo un alma noble,
que fué la mayor riqueza
que heredé de mis pasados.
Tomar estado quisiera
por domar la juventud
de mi espíritu, que llega
por su altivo natural
á ser de naturaleza,
si no aliento de la luz,
escándalo de la tierra.
Por esta causa, señor,
conociendo la nobleza
de vuestra casa, os suplico
sin retórica elocuencia
que me otorguéis por esposa
á la sin par en belleza
doña Juana, si es que puede
mi calidad merecerla.

DON LOPE

Y á fe que no es de pedirla
muy retórica manera.

DON PEDRO

Perdonad mi atrevimiento,
que como dejé las letras
y me precio de soldado,
os hablé de esta manera.

DON LOPE

Señor don Pedro Pantoja,
holgárame muy de veras
que me hubiérais dado parte
antes de ahora.

LEONOR

(Al paño.) Aquí es ella.

DON LOPE

El señor don Diego y yo
hablamos en la materia
diversas veces, y quiso
el que todo lo gobierna
que yo le diese mi hija
por mujer; y sólo resta
el hacer las escrituras
para que su esposa sea.

DON PEDRO

Como vos, don Diego, es llano
que estáis enseñado á ser
caballero mercader,
queréis ganar por la mano;
mas esta joya que espero
obtener yo, vive Dios
que no es joya para vos,

aunque déis el mundo entero.
Que como vuestros pasados
labraron piedras, errantes,
entendéis que estos diamantes
se ablandan con los ducados.

DON DIEGO

Eso es decirme, voto á...!
judío.

DON PEDRO

Como gustéis;
y, pues así lo entendéis,
lo dicho, dicho se está.
Las joyas, para comprarlas,
como cumple á vuestras prendas,
allá en las públicas tiendas
os pertenece buscarlas.
Mujer de venta no os falte,
pues vuestro oficio lo apoya,
que no merece esta joya
que vuestra sangre la esmalte.

DON DIEGO

Que la poca cortesía
hable con tanto descoco,
no me espanta, porque un loco
es necio de fantasía.
No me podéis ofender
con oprobio ni deshonra,
porque siempre habla sin honra
quien no tiene que perder.
No agravia vuestro conceto
á mi nacimiento honrado,
porque un villano enojado
á nadie guardó respeto.
Y esta joya, de los dos
á la par apetecida,
aunque es joya muy lucida,
la merezco más que vos.

DON PEDRO

Menos palabra y más obra;
y pues tan nobles mujeres
no son para mercaderes,
cuanto se añada nos sobra.
Salgamos ambos afuera,
si á ello el mercader se arroja,
y verá quién es Pantoja.

DON DIEGO

Salir con vos? Necio fuera,
cuando en salir me desdoro
con tan pobre caballero...

DON PEDRO

Pues bien; tomad en acero
lo que me pedís en oro.
(Dále un cintarazo.)

DON DIEGO

Vive Dios que he de lavar
con tu vida tal ultraje!

DON LOPE

Caballeros, en mi casa...

DON DIEGO

Hombres como yo no nacen
con menos obligaciones.

DON PEDRO

Pues defiéndete si sabes.
(Don Pedro mete á don Diego á cuchilladas. Don Lope quiere seguirlos, y doña Ángela y Leonor, que salen, lo detienen. Ruido de armas dentro.)

ESCENA XIII

DON LOPE, DOÑA ÁNGELA *y* LEONOR

DOÑA ÁNGELA

Á tu edad no te conviene
seguirlos.

DON LOPE

Terrible lance;
en mi casa tal deshonra!

DOÑA ÁNGELA

Ellos están ya en la calle,
y el tumulto de la gente
los ha dividido.

DON LOPE

Acabe
la vida con el dolor,

pues el cielo quiso darme,
cuando más gusto tenía,
este pesar á mi sangre,
á mis canas este oprobio
y esta mancha á mi linaje.

DOÑA ÁNGELA

Mirad lo que hacéis, señor.

LEONOR

Señor, no salgáis.

DON LOPE

Dejadme,
que siempre el vulgo se inclina,
como bárbaro inconstante,
á sentir infamemente
de los pechos más leales. *(Váse.)*

ESCENA XIV

DOÑA ÁNGELA, LEONOR *y* DOÑA JUANA

DOÑA JUANA

Qué ruido es éste? Qué pasa?

LEONOR

Con lindo descuido sales.
Don Diego, como un león
bajó rodando á la calle;
y Pantoja, como un tigre
se lo llevó por delante,
tirándole lo que llaman
estocadas de buen aire.

DOÑA JUANA

Dios mío!

LEONOR

Pero no temas,
que ya les metieron paces,
y dividióles la gente
á cada cual por su parte.

DOÑA ÁNGELA

Bien excusados tuvieras,
prima Juana, estos desastres,
que al vulgo dan que decir
y que sentir á tu padre. *(Váse.)*

ESCENA XV

DOÑA JUANA *y* LEONOR

LEONOR

Esta prima lleva mosca.

DOÑA JUANA

Recelo que ha de causarme
más disgustos con sus celos,
que don Diego en empeñarse
en lograrme por esposa.

LEONOR

Por mucho que ambos se afanen,
á la luna de Valencia
tendrán los dos que quedarse.

DOÑA JUANA

Esa prima...

LEONOR

No es tercera,
mas ella caerá en el lance
tapándola yo los ojos.

DOÑA JUANA

Qué haremos?

LEONOR

Empandillarles
la vista al viejo y la prima,
y cuando el gallo cantare,
media noche era por filo
y lo demás del romance.

DOÑA JUANA

Mas si no viene Pantoja?
Si mal de la riña sale?

LEONOR

No temas; para un soldado
un mercader poco vale.

DOÑA JUANA

Ay, no lo sé.

ESCENA XVI

DICHAS *y* GUIJARRO, *á la reja*

GUIJARRO

Ce, señoras.

LEONOR

Ya está aquí quien nos lo trae.

DOÑA JUANA

Quién es, Leonor?

LEONOR

El criado
de Pantoja.

DOÑA JUANA

Do está? Qué hace
tu amo á estas horas? Salió
con fortuna de aquel lance?

GUIJARRO

Con ayuda de mis puños,
siempre con fortuna sale;
los dos en tres manotadas
convertimos una calle
en estrecho cementerio
de cincuenta y dos cadábres.

LEONOR

Jesús, con cincuenta y dos
concluísteis!

GUIJARRO

Y aun es fácil
que equivoque algún guarismo
por la prisa en rebanarles.
Zis, zas, zis, á este y al otro,
en poquísimos instantes
quedó el campo por Pantoja
en cuanto salí á ayudarle.

LEONOR

Vamos al caso, Guijarro,
y déjate de dislates:
vendrá tu amo esta noche?

GUIJARRO

Eso vengo de su parte
á decirles, que le esperen.

DOÑA JUANA

Así será: mas mi padre
vuelve. Entrémonos, Leonor.
Que no nos vea, y tú márchate.

LEONOR

Adiós, Guijarro.

GUIJARRO

Adiós, peña.

LEONOR

Ojalá el tiempo te ablande.

GUIJARRO

Ya estoy yo de mantequilla;
cómo te ablandas mirándote.

LEONOR

Pues pelillos á la mar.

GUIJARRO

Pues con todo al Santo Padre.

LEONOR

Adiós.

GUIJARRO

Adiós.

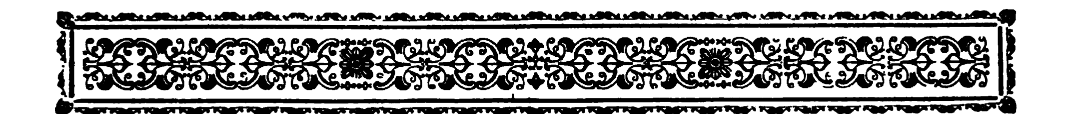
LEONOR

Hasta luego.

GUIJARRO

Dios con bien de tí me saque.





ACTO SEGUNDO

Patio de una casa grande, que se supone formar ángulo á dos calles. En el fondo, puerta que da á la una. A la derecha otra que da á la calle inmediata. A la izquierda la puerta interior de la casa y una reja de las habitaciones bajas.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DON DIEGO *y* ARJONA *asomando á la puerta del fondo sin pasar el dintel*

ARJONA

Esta es la casa?

DON DIEGO

Esta es,
y aquí ese hombre ha de venir.

ARJONA

Aquí, pues, ha de morir.

DON DIEGO

Si se resiste, sea pues.
Mas tu obligación primera
es detenerle hasta el punto
que yo llegue.

ARJONA

Yo barrunto
que es mejor de otra manera.

DON DIEGO

Cómo?

ARJONA

Esperándole yo
en esa calle cruzada,
y dándole una estocada
segura.

DON DIEGO

Arjona, eso no.
Por él me desprecia á mí,
y es preciso que le tope
en la casa de don Lope
la justicia, y vea así
esa ingrata doña Juana
por lo que muere Pantoja,
y quién á darle se arroja
una muerte tan tirana.

ARJONA

Como gustéis; menos cuesta
detenerle que matarle.

DON DIEGO

Yo, con mi gente, á atacarle
vendré por la calle opuesta.
Si ésta le impides tomar, *(La del fondo.)*
defendiéndola con brío,
no dudes que el garbo mío
te lo ha de recompensar.

ARJONA

Será pues?

DON DIEGO

Doble la paga
si le detienes aquí
hasta que me toque á mí.

ARJONA

Su merced se satisfaga;
señor don Diego, se hará
como á usarced se le antoja,
y aquí, esta noche, á Pantoja
detenido encontrará.

DON DIEGO

Mira que es hombre pujante.

ARJONA

Á nadie en el mundo temo.

DON DIEGO

Me han ponderado el extremo
de tu valor arrogante,
y por eso te escogí
entre toda la cuadrilla.

ARJONA

Don Diego, no hay en Sevilla
quien me ponga miedo á mí.
Ni hay bravo que se me iguale,
ni galán que se me huya,
ni lance que no concluya
á gusto de quien lo vale,
como yo en él me entrometa
y el precio vaya al contado.

DON DIEGO

El precio te da cuidado?

ARJONA

No; basta que ucé prometa.
Que los que, cual vos, por modos
varios, sin riesgo en su honor,
acuden á mi valor,
pagan, y Cristo con todos.

DON DIEGO

Ea pues, en tí me fío,
Arjona.

ARJONA

Fiar podéis.

DON DIEGO

Le hallaré aquí?

ARJONA

Le hallaréis,
vivo ó muerto, al lado mío.

DON DIEGO

Pues adiós.

ARJONA

Idos en paz.

ESCENA II

ARJONA

Tanto afán para un solo hombre!
Aunque fuera, por mi nombre,
algún tigre montaraz!
Mas el tal Pantoja dicen
que hombre es que por todo arranca,
y que dejó en Salamanca
memorias que le eternicen.
Ponderaciones serviles
serán del vulgo villano!
Zurraría á un aldeano
ó una ronda de alguaciles,
y de ahí le vino la fama.
Mas alguien llega, me aparto. *(Se oculta.)*

ESCENA III

ARJONA *oculto, y* GUIJARRO

GUIJARRO

No tienen luz en su cuarto
la doncella ni la dama.
Qué diablos sucederá!
Las calles están desiertas,
y aun tienen así las puertas...
Ay, Guijarro, malo va.

Y á mi amo que se le antoja
que avise yo su venida
para que esté prevenida!
Válgate Dios por Pantoja!
(Andando á tientas.)
Quién ve aquí sin ser mochuelo?
Qué oscuridad, San Cirilo!
Ay, tengo el alma en un hilo
y me ahorcan con un pelo.
Y á quién daré yo el recado
de mi amo?... Á nadie veo,
y me atrapan si voceo.

ARJONA

(Aparte.) Qué querrá aquí este embozado?

GUIJARRO

Hola, allí abren una reja!

ESCENA IV

GUIJARRO *y* LEONOR *en la reja*
y ARJONA *oculto*

LEONOR

Si doblaran por aquí
para avisarle... Ay de mí!
La claridad que refleja
de este cuarto la bujía
descubre un bulto allí lejos.

GUIJARRO

De la luz con los reflejos... *(Mirándola.)*
Es ella!

LEONOR

Por vida mía,
es Guijarro.

GUIJARRO

Bueno es eso!
ʼn tal hora y tal lugar,
uién aquí pudiera estar
.no un guijarro ó un queso?

LEONOR

ué tienes frío?

GUIJARRO

No es cosa,
y está helando! Pues me gusta.

LEONOR

Habla bajo.

GUIJARRO

Qué te asusta?

LEONOR

Que anda al robo la raposa.

GUIJARRO

La primita?

LEONOR

Y el golilla.

GUIJARRO

Guarda, Pablo!

LEONOR

Porque hablarnos
no pudiérais ni encontrarnos,
una cosa muy sencilla
discurrió.

GUIJARRO

Cuál?

LEONOR

El mandar
que en este cuarto durmiéramos,
y que la calle no viéramos
por do pudiérais rondar.

GUIJARRO

Pues discurrió como un pavo
si el patio abierto dejó.

LEONOR

Mandé al jardinero yo
que le abriera.

GUIJARRO

Eso es más bravo.

LEONOR

Y tu amo?

GUIJARRO

Que os avisara
de que iba á venir me dijo.

LEONOR

Pues que no se ande prolijo,
porque tal vez le pesara.

GUIJARRO

Por qué?

LEONOR

Porque anda don Lope
empeñando á doña Juana
en que se case mañana,
y ojalá tu amo no tope
al novio, que anda muy ancho
buscando trazas sutiles
con matones y alguaciles,
y más bravo que don Sancho.
Conque á perder la ocasión
de esta noche, yo presiento
que va la niña á un convento.
(Asoma Arjona.)
Mas oye, junto al portón
veo un bulto.

GUIJARRO

Dios me valga!

LEONOR

Corre á avisar á don Pedro.
(Cierra la ventana.)

ESCENA V

GUIJARRO *y* ARJONA

GUIJARRO

Pues de lance en lance medro
si se antoja en que no salga.
Tomo por esotra calle,
y si allí me llego á ver,
no paro yo de correr
hasta que en salvo me halle.

ARJONA

(Saliendo.) Hola, hidalgo, dónde va?

GUIJARRO

Á buscar una comadre,
que está mi mujer de parto.

ARJONA

Tan apretado es el lance
que á Leonor acudía?

GUIJARRO

(Vamos, todo éste lo sabe.)
La verdad, ya que he tenido
el honor que me escuchase
vuesa merced...

ARJONA

Bah, silencio,
y aquí hacia mi lado apártese
hasta que llegue don Pedro.

GUIJARRO

Para que mejor me agarre
cuando á su lado me tenga?

ARJONA

Vive Dios que si no lo hace
le voy á moler á palos.

GUIJARRO

Eso si yo me dejare.

ARJONA

Qué haréis vos?

GUIJARRO

Ya lo veríamos.

ARJONA

Ea, pues, la espada saque.

GUIJARRO

No, que es doncella, y por mí
jamás ha de entrarla nadie.

ARJONA

Ea, desnúdela y venga.

GUIJARRO

La puede hacer daño el aire.

ARJONA

Venga, ó por Dios que de un tajo...

GUIJARRO

(Ah, jah, ya de la otra calle
dí con la puerta.) Dios quede
con él, y mire, compadre,
que aunque ahora voy muy deprisa,
mañana, sin que me falte,
le emplazo y le desafío
para reñir en el valle.

ARJONA

Qué valle?

GUIJARRO

El de Josafá,
á las cinco de la tarde. *(Váse.)*

ESCENA VI

ARJONA

Pardiez! Burlóme el truán;
mas fuerza es que yo le alcance,
ó sepa si á su amo avisa;
(Llegando á la puerta.)
y echó á la puerta el escape.
Voto á... Mas ya la encontré.
Ay de él como le atrape! *(Váse.)*

ESCENA VII

D. PEDRO *y* GUIJARRO *por la otra puerta*

GUIJARRO

Señor; no entres, que aquí están.

DON PEDRO

Quién?

GUIJARRO

De don Diego, criados.

DON PEDRO

Tus pensamientos menguados
pavura doquier te dan.

GUIJARRO

Señor, que echaron tras mí
por ese recodo estrecho.

DON PEDRO

Si yo te hallé á poco trecho,
cómo ha de ser ello así?

GUIJARRO

Porque al revolver la esquina
te topé.

DON PEDRO

Pues ya lo ves,
no hay nadie.

GUIJARRO

Pues eran tres.

DON PEDRO

Tú sí que eres un gallina.

GUIJARRO

Sí, y armé aquí una pendencia
como tú nunca la viste.

DON PEDRO

Y tú reñiste, ó huíste?

GUIJARRO

Juro sobre mi conciencia,
que es conciencia de guijarro,
que á un criado de don Diego
que sobre mí de ira ciego
se venía el muy zamarro,
con gran calma le esperé
y le dí tal cuchillada,
seguida de una estocada
y un tajo que le tiré,
que á no poner con malicia

larga distancia por medio,
le rebano sin remedio
como á un nabo de Galicia.
Mas desafiado va,
como lo dirá esa calle,
para el celebrado valle.

DON PEDRO

Qué valle?

GUIJARRO

El de Josafá.

DON PEDRO

Ea, acabemos, por Dios;
en dónde nos encontramos?

GUIJARRO

En el patio nos hallamos
de doña Juana los dos.

DON PEDRO

Oscura noche, Guijarro.

GUIJARRO

Y entre sus negros tapices
voy á perder las narices
de trompicón ó catarro.

DON PEDRO

Ten buen ánimo, que luego
volvemos á la posada.

GUIJARRO

Esa decisión me agrada;
mas si viene antes don Diego
con veinte ó treinta criados,
qué haremos por esa dama?

DON PEDRO

Ganar de valiente fama,
muriendo aquí como honrados.

GUIJARRO

Hablas como buen soldado;
mas esa fama y honor
es buena para el señor,
pero no para el criado.

DON PEDRO

Hombre como tú no tarda
en la guarda del valor.

GUIJARRO

La mejor guarda, señor,
es el Ángel de la Guarda.
Encomiéndate á su brazo,
que el mío, como lo has visto,
es flaco.

DON PEDRO

Por Jesucristo!
Llegó de tu muerte el plazo
si, andando en mi compañia,
te acreditas de cobarde.

GUIJARRO

Mi espada llega muy tarde
de noche, mas no de día;
déjalo para mañana,
y verás si tengo brío,
que de noche me da frío
como al león la cuartana.
Basta, señor, la pendencia
que en esta calle tuvistes.

DON PEDRO

Que éste es un patio dijistes,
y esta es la hora; prudencia,
pues, será á la reja ir.

GUIJARRO

De no ir mi consejo toma,
porque á ella no han de salir.

DON PEDRO

Por qué?

GUIJARRO

Porque hoy el golilla
las guardó en otro aposento
para quitarte de intento
la ronda de la chiquilla.

DON PEDRO

Mas veo luz, y sospecho...

GUIJARRO

(Que á palos me han de matar.)

DON PEDRO

Que en esa reja han de estar.

GUIJARRO

Eh, el galán si va derecho!

DON PEDRO

Llega con voz disfrazada
como sueles llegar tú.

GUIJARRO

La voz tengo de Esaú.

DON PEDRO

Gallina, todo te enfada,
y voto á... que si me enojo...

GUIJARRO

Quedo, señor, ya consiento.

DON PEDRO

Cien palos en tus espaldas,
que fuera lo mejor hecho.

GUIJARRO

De partida los tomara
mejor que mirarme en esto.

DON PEDRO

Mas calla, y tente, Guijarro,
que ruido en la reja siento;
guarda esa calle, y avísame
si vienen.

GUIJARRO

Renuncio el puesto,
porque como son dos calles,
y dos caminos diversos,
no puedo atender á dos.

DON PEDRO

Pues ponte en la esquina, necio,
y está atento á las dos calles,
si no quieres que los huesos
te rompa esta noche yo
para curarte del miedo.

GUIJARRO

Gracias por la medicina.

DON PEDRO

Pues ojo alerta, y callemos.

GUIJARRO

Callemos, si llevas gusto.
Habla mientras yo calleo
la calle que está callando
la vecindad de don Diego.
No doy por mi vida un cuarto. *(Váse.)*

ESCENA VIII

DON PEDRO, DOÑA JUANA *y* LEONOR
á la reja

DOÑA JUANA

Es Pantoja?

DON PEDRO

Dulce dueño,
yo soy aquel que idolatra
la deidad de vuestro cielo
divino, al ver que es el sol
y esfera de los luceros.

DOÑA JUANA

Y yo, aquella que desprecia
cuanto encierra el universo
por vuestra fe y lozanía
á impulsos de un amor tierno.
Mas el disgusto que hubísteis
con mi padre y con don Diego,
me tiene fuera de mí.

DON PEDRO

Fué lance forzoso, y siento
haberos dado pesar.

DOÑA JUANA

Y qué medio intentaremos

para estorbar á mi padre
ese loco casamiento?

DON PEDRO

Uno sólo he discurrido,
y uno solamente encuentro.

DOÑA JUANA

Cuál es?

DON PEDRO

Que os vengáis conmigo
esta noche; es el remedio
más fácil y más seguro.

DOÑA JUANA

Irme con vos?

DON PEDRO

Qué hay en ello
que os espante? Soy quien soy,
bien nacido, caballero,
os amo, y en un apuro
nunca intentara poneros.
Pero una vez en mi casa,
sólo el casarnos es medio
de cerrar la boca al vulgo,
y de burlar á don Diego,
pues no ha de querer tomar
de todo el mundo á despecho
mujer que, tan á las claras,
muestra á su enemigo afecto.

DOÑA JUANA

No hay más remedio?

DON PEDRO

No le hallo;
y tiene que ser muy presto,
porque tiene decidido,
ó casaros con don Diego,
ó encerraros en un claustro.

ESCENA IX

LOS MISMOS *y* GUIJARRO

GUIJARRO

Señor, señor.

DON PEDRO

Qué tenemos?

GUIJARRO

Cerca de cien embozados
la calle bajan corriendo.

DON PEDRO

Estás en tí! Ciento dices.

GUIJARRO

Cincuenta son por lo menos.

DOÑA JUANA

Retiráos ya, Pantoja,
que gente en la calle siento.

GUIJARRO

Y dentro del patio ya,
miradlos.

ESCENA X

DICHOS, DON DIEGO, ARJONA *y* GENTE

ARJONA

Sí, aquí, don Diego,
el criado de Pantoja
estuvo tratando en eso
con la criada Leonor.

DON DIEGO

No cumplo con lo que debo
á ley de noble si vive
este enemigo soberbio
de quien me siento agraviado.

ARJONA

Si está reducido á empeño,

y os importa que no viva,
bien podéis darle por muerto,
porque al pie de aquella reja
entre la sombra estoy viendo
dos hombres que están parados.

GUIJARRO

Uno, diez, noventa, ciento,
no ví más gente en mi vida;
señor, señor, no es el miedo:
ves los bultos, ves las armas?

DON PEDRO

Ves los diablos del infierno?

DOÑA JUANA

Retírate, dueño mío,
y salve tu vida el cielo.

DON PEDRO

No será sino mi espada,
si ayuda Dios á los buenos;
quitáos vos de la reja,
que aquí con mi brío quedo.

GUIJARRO

Bien dice, queda con brío
doble, pues yo no le tengo.

ARJONA

En la reja están hablando.

DON DIEGO

Sepamos quién es primero.

GUIJARRO

Señor, á nosotros vienen.

DON PEDRO

ᵔéjales, que ya los veo.

ARJONA

ıién va digo?

GUIJARRO

Yo no voy,
e estoy parado (de miedo).

DON PEDRO

Quién ha de ir? Adelante,
señores.

ARJONA

Él es, don Diego.

DON DIEGO

Muera Pantoja.

ARJONA *y* DEMÁS

Á él, muera!

DON PEDRO

Primero por este acero
han de pasar vuestras vidas. *(Riñen.)*

GUIJARRO

Conserve Dios la que tengo,
que yo no quito las vidas
de donde Dios las ha puesto.

ARJONA

Qué mengua, que un hombre solo
lleve á tantos...

DON PEDRO

Ea, perros,
fuera, que nada le importan
seis pillos á un caballero.
(Los echa de la escena á cuchilladas. Arjona, que es el único que se defiende, cae.)

ARJONA

Muerto soy.

UNO

Esto no es hombre,
es un diablo del infierno.
(Huyen todos, y don Pedro los sigue acuchillándolos.)

ESCENA XI

GUIJARRO *y* ARJONA *en tierra*

GUIJARRO

Oye, señor: no me dejes
aquí, á oscuras, con un muerto.
(Mirando afuera, por la puerta del fondo.)
Válame Dios, linternillas
á estas horas? Esto es hecho.
La justicia dió conmigo,
y, tras de apaleado, preso.
Pero la industria me valga;
con el difunto me tiendo,
que, según estoy, sin duda
pasaré plaza de serlo.
(Se tiende boca abajo, junto á Arjona.)

ESCENA XII

GUIJARRO, ARJONA, *y entrando por la derecha* UN ALGUACIL, ESCRIBANO *y* RONDA.

ALGUACIL

Caballeros son sin duda;
seguidlos. Pero, qué veo!
Dos han quedado aquí en tierra.

ESCRIBANO

Éste está pasado el pecho.

ALGUACIL

No se detenga ninguno.
Adelante, presto, presto;
cojamos los agresores,
que al instante volveremos
á recoger los difuntos.
(Vánse por el fondo.)

ESCENA XIII

GUIJARRO *y* ARJONA

GUIJARRO

Fuéronse? Sí, ya se fueron.
Resucitemos, Guijarro,
y aunque sea contra el miedo,
limpiemos á este difunto
de cuanto tiene en el cuerpo.
(Le quita á Arjona sombrero y espada; cambia su capa con la suya, y le mira las faldriqueras.)
Seco está de faldriqueras;
capa y espada llevemos,
pues han de ser los corchetes
sus forzosos herederos.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XIV

DON PEDRO *por el fondo, y* ARJONA *en tierra*

DON PEDRO

Escapáronse por pies.
Y Guijarro? Lindo cuero!
Iríase á la posada.
Mas al que maté busquemos,
que no es justo que aquí le hallen
y, de la casa los dueños,
paguen lo que es culpa mía,
y á don Lope carguen de ello.
Y á más, pues riñó cual bravo,
será bien que al monasterio
inmediato sepultura
pida yo para su cuerpo.
Aquí está. Dios me perdone
el haber sido más diestro;
con esta piedad te pago
el agravio que te he hecho.
(Carga con Arjona, que habrá quedado cerca de la puerta, y váse.)

ESCENA XV

GUIJARRO *por la derecha; después* DON PEDRO

GUIJARRO

No llego esta noche á casa;
en esas calles pusieron
centinelas y corchetes.
Mas, válame Dios, y el muerto?

No está, no, Santa Teresa...!
Mas se acercan, pasos siento.
Quién es?

DON PEDRO

(Entrando.) Guijarro?

GUIJARRO

Qué es eso?

DON PEDRO

Que nos sigue la justicia.

GUIJARRO

Sois vos, señor?

DON PEDRO

Yo soy, necio;
no me ves?

GUIJARRO

Me hacen los ojos
candelillas.

DON PEDRO

Con el miedo.

GUIJARRO

Te lo advertí cuando vine
contigo de la posada.

DON PEDRO

Tú no sacaste la espada?

GUIJARRO

Pues quieres tú que adivine
de noche á dar estocadas,
no viendo un palmo de tierra?
Pero dejando esta guerra,
y dejando las espadas,
qué es lo que haremos?

DON PEDRO

Por Dios!
Qué hemos de hacer? Defendernos.

GUIJARRO

Los dos hemos de volvernos?

DON PEDRO

Pues no vendrán tras los dos?

GUIJARRO

Pues hay algún texto acaso
que diga: «Degollarás
al amo y ahorcarás
al criado en campo raso»?

DON PEDRO

Pues qué no tendrás valor
para sufrir un tormento?

GUIJARRO

De aquí me voy á un convento.
Yo tormento? No, señor.
Lindo lazo! Lindo yugo!
Más quiero por lo mostrenco
una vuelta de podenco
que no media de verdugo.

DON PEDRO

Pues dí, infame, mal nacido,
sin honra, dí, qué serás?

GUIJARRO

Dijo Dios: «No matarás».
Si lo cumplo, noble he sido.
De modo que dice Dios
que no mate, y tendré honra,
y tú dices que deshonra.
Somos cristianos los dos,
ó no lo somos? Yo quiero
guardar lo que Dios me dice,
aunque el diablo me autorice
de mundano caballero.

DON PEDRO

Mas oye, abren la ventana
otra vez.

GUIJARRO

Ella es.

ESCENA XVI

DICHOS *y* LEONOR *á la reja*

LEONOR

Guijarro?

GUIJARRO

Aquí estoy.

LEONOR

Qué ha sucedido?
Está ya don Pedro en salvo?

DON PEDRO

Aquí está; y mi doña Juana?

LEONOR

Retirada está en su cuarto
disputando con el viejo,
con objeto de estorbarlo
que salga si es que oye ruido.

DON PEDRO

Calla.

GUIJARRO

Qué hay?

DON PEDRO

Que siento pasos;
mira la calle.

GUIJARRO

(Mirando afuera.) Alguaciles
otra vez? Malo y remalo.

DON PEDRO

Es la justicia?

GUIJARRO

La misma.

DON PEDRO

Cuántos son?

GUIJARRO

Yo conté cuatro,
y cosa de seis corchetes.

DON PEDRO

Pues saber morir honrados,
ó morir en una horca.

GUIJARRO

En la horca? Guarda, Pablo;
defiéndete tú, que yo
soy un monte de guijarros.

DON PEDRO

Tú tienes armas contigo?

GUIJARRO

Sí, sí; no te dé cuidado,
que he de ser Martín Peláez,
si tú el buen Cid castellano.

ESCENA XVII

DON PEDRO, GUIJARRO *y* LEONOR *á la reja;*
ESCRIBANO *y* DOS ALGUACILES

ESCRIBANO

Sois vos don Pedro Pantoja?

DON PEDRO

Yo soy.

ESCRIBANO

Y vos su criado?

GUIJARRO

Ego sum.

ESCRIBANO

Vos en latín,
y vos en romance, vamos
á la cárcel.

DON PEDRO

Vos y vos
es lenguaje cortesano.
Suplico á vuesas mercedes
reparen que soy soldado,
y que no pueden prenderme.

GUIJARRO

Ni á mí, porque soy Guijarro,
y de todo mi linaje
sargento mayor y cabo.

ALGUACIL

Eso alegaréis después,
que la orden que yo traigo
es ponerlos en la cárcel.

DON PEDRO

Sois ministro muy honrado;
yo á la justicia venero
como á brazo soberano;
pero no podéis prenderme,
por ser noble y ser soldado.

ESCRIBANO

(Á los suyos.)
Las espadas les quitad.

DON PEDRO

Tercera vez?

ESCRIBANO

Tres y cuatro.

DON PEDRO

Os suplico que dejéis
de seguir lo comenzado,
porque me he de defender.

GUIJARRO

Y yo con ser un guijarro...

ESCRIBANO

atadlos si se defienden.

DON PEDRO

›criba, seor secretario,
ı los rasgos de esta pluma,
e son muy gentiles rasgos.
iñen, y don Pedro y Guijarro los echan
cuchilladas.)

ESCRIBANO

(Huyendo.) Espérate, Belcebú!
No son hombres, que son rayos.
(Los acuchillan, y vuelven á la escena don Pedro y Guijarro.)

ESCENA XVIII

DON PEDRO, GUIJARRO *y* LEONOR
tras la reja

DON PEDRO

Has andado como un César.

GUIJARRO

Dos en la calle rodaron;
déjame salir, que voy
á matar esos borrachos.

DON PEDRO

Bravo estás.

GUIJARRO

Yo empiezo tarde,
mas si en ello doy, me paso.

DON PEDRO

Cerrado nos han la puerta.

VOZ DENTRO

Cerrad la casa.

GUIJARRO

Esto es malo.
Qué haremos, señor?

DON PEDRO

Morir.

GUIJARRO

Esperad, señor, que acaso
(Volviéndose á Leonor.)
si abriera Leonor la puerta,
pudiéramos escaparnos
por casa de algún vecino.

LEONOR

Es imposible, Guijarro;
tiene las llaves don Lope,
y rejas todos los cuartos.

DON PEDRO

Salgamos, pues, y riñendo
veremos si nos libramos.

GUIJARRO

Vamos, pues. (Dios sea conmigo.)

LEONOR

Detente; si no me engaño,
aquí ha de abrirse una cava
que á casa de un veinticuatro
da:

GUIJARRO

Dónde está?

LEONOR

Por el suelo;
busca una losa á este lado
que tiene en medio una argolla.

DON PEDRO

Véla aquí. *(La descubre.)*

GUIJARRO

Jesús! Qué salto!

DON PEDRO

Ten buen ánimo.

GUIJARRO

Señor,
quieres morir encuevado?

DON PEDRO

Mejor es morir así
que de la justicia á manos.
Dios vaya conmigo. *(Se arroja.)*

GUIJARRO y LEONOR

Echóse!

GUIJARRO

(Asomándose.)
Ha, señor! Ha de allá abajo!

DON PEDRO

(Desde abajo.)
Guijarro?

GUIJARRO

Señor!

DON PEDRO

Arrójate,
que por aquí estamos salvos.

GUIJARRO

Arrójese Satanás.
(Ruido y voces dentro.)
Pero ya llegan los diablos
de los corchetes, ministros
del infierno y del agarro;
y si me cogen, sin duda
echaré con los zapatos
la bendición en el aire
á todo el pueblo cristiano.
Mejor es morir aquí;
vaya conmigo San Pablo,
San Lesmes y San Pacomio,
que son santos ermitaños.
Cierra la reja, Leonor,
no caigas por mí en el lazo,
y adiós, que por tí perezco.

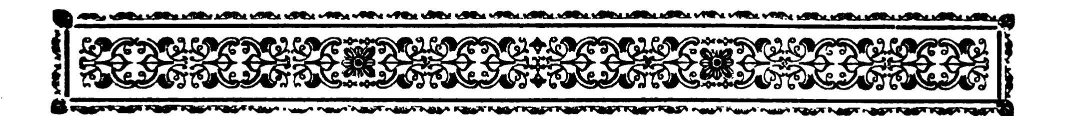
LEONOR

Adiós, y ve sin cuidado.

GUIJARRO *(Al público.)*

Señores, por caridad,
un padre nuestro á Guijarro.
(Se arroja al entrar la ronda.)





ACTO TERCERO

La decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

DOÑA ÁNGELA *y* DOÑA JUANA

DOÑA JUANA

Ángela, quien tiene amor,
y es como yo, tan constante,
juzga que tiene su amante
fineza, gala y valor.
Si don Diego es tan señor,
tan rico y tan principal,
no es Pantoja desigual
en la sangre, ni le cede,
pues si no es tan rico, puede
con el tiempo ser su igual.
Casarme contra mi gusto,
ni es cordura ni es prudencia,
que semejante violencia
siempre ha parado en disgusto.
Obedecer es muy justo
á mi padre, pero no
cuando la elección erró;
que un casamiento forzado
lleva el honor arriesgado,
y soy muy honrada yo.

DOÑA ÁNGELA

u bien fundada esperanza
on la sé, que no la ignoro;
ro tu noble decoro
le pongas en balanza.
Don Diego es noble y alcanza
de renta tres mil ducados;
tiene deudos muy honrados,
y es muy tuyo, y te es muy fiel.

DOÑA JUANA

Pues cásate tú con él
y quedaremos pagados.

DOÑA ÁNGELA

Yo no trato de casarme
con quien no me tiene amor.

DOÑA JUANA

Pues si sabes mi dolor,
no trates de aconsejarme.

DOÑA ÁNGELA

Bien pudieras escucharme,
pues con tu sangre nací.

DOÑA JUANA

Yo no escucho contra mí.

DOÑA ÁNGELA

Las palabras son espejos
donde lucen los consejos.

DOÑA JUANA

Pues tómalos para tí.

DOÑA ÁNGELA

Si tú tuvieras cordura
—y excusa mi justa queja—
no estuvieras en la reja
mirando una desventura.
Pantoja, ciega locura!
anoche á un hombre mató.

DOÑA JUANA

Que don Diego de él huyó,
ténlo tú por cosa cierta.

DOÑA ÁNGELA

Señal que estabas despierta
cuando el caso sucedió.

DOÑA JUANA

No estragues la cortesía,
que no es justo entre las dos;
mas, llamaron?

DOÑA ÁNGELA

Me parece.

DOÑA JUANA

Mira quién llega, Leonor.

ESCENA II

DOÑA ÁNGELA, DOÑA JUANA, GUIJARRO *y* LEONOR; *Guijarro en traje de buhonero francés.*

LEONOR

Entra, gabacho.

DOÑA JUANA

Quién es?

GUIJARRO

Juan, francés, siniora sò.
Cómprame puntas, encaxos,
hilo, puntoes ó culor,
alfileres, estopilias,
ó cintilios de valor?

DOÑA JUANA

(Aparte.) Leonor, no es éste Guijarro?

LEONOR

(Aparte.) Él es; el mismo, por Dios!

DOÑA JUANA

Yo he menester unas puntas,
Juan francés.

GUIJARRO

Tráigolas yo.
Han de ser de frandra?

DOÑA JUANA

Sí.

DOÑA ÁNGELA

No fuera mucho mejor
que fuéramos á una tienda?

DOÑA JUANA

Este francés gasta humor,
y yo gusto de comprarle.

DOÑA ÁNGELA

Buena venta le dé Dios;
vóime, que estás enojada,
y no has tenido razón.

ESCENA III

DOÑA JUANA, LEONOR *y* GUIJARRO

DOÑA JUANA

Guijarro, qué enigma es éste?

GUIJARRO

Ponte á la puerta, Leonor.

DOÑA JUANA

Qué hay de nuevo?

GUIJARRO

Mucho mal.

DOÑA JUANA

Pantoja?

GUIJARRO

Un hombre mató.

DOÑA JUANA

Le prendieron?

GUIJARRO

Lo procuran.

DOÑA JUANA

Dónde queda?

GUIJARRO

En San Antón.

DOÑA JUANA

Está herido?

GUIJARRO

No está herido.

DOÑA JUANA

Se ausentó?

GUIJARRO

No se ausentó.

DOÑA JUANA

Escríbeme?

GUIJARRO

No te escribe.

DOÑA JUANA

Olvidóme?

GUIJARRO

Qué sé yo?

DOÑA JUANA

ues no me mates, acaba;
íme lo que sucedió.

GUIJARRO

'gote lo sucedido,
con decir que á mi señor
y á mí nos vino á prender
de corchetes un millón,
de alguaciles mil y uno,
de escribanos mil y dos.
Hubo doble resistencia,
peleé como un león,
y mi amo como un tigre;
en fin, por mí se salvó,
quedando de la justicia
libres contra la razón.
Salimos por una cueva
que Leonor nos mostró,
á casa de un veinticuatro,
y desde allí á un bodegón,
y desde allí á una calleja,
y desde allí vengo yo
á decirte que esta noche,
sin ninguna dilación,
nos salimos de Sevilla
los tres; que ha dicho un doctor,
grande amigo de mi amo,
que un alguacil y un soplón
me andan de noche buscando
con intento de que yo
confiese culpas ajenas,
para vender á pregón
mis espaldas al verdugo
por suela de *La mayor*.

DOÑA JUANA

Mas, cómo ha de ser?

GUIJARRO

Escucha
lo que en gran conversación,
hincados ante dos vasos,
discurrimos mi amo y yo.

DOÑA JUANA

Dí.

GUIJARRO

Escucha, y ten paciencia
para poner atención.
Él habla, y yo le respondo;
entiende, pues, por los dos.
Él me dice: Doña Juana

ha de venirse conmigo
esta noche. *Yo le digo*:
Su voluntad está llana.
Y él: No la puedo sacar
de la presencia del viejo
sin tu ayuda y tu despejo.
Yo: No te quiero ayudar.
Guíate por tu capricho,
que el consejo más venial
se me vuelve á mí mortal.
Él: Cómo qué...? *Yo:* Lo dicho.
Él: Vístete de estudiante,
vele de un pleito á informar,
y así me darás lugar
de sacarla. *Yo:* Adelante.
Él: Tan bueno es el remedio
que no puede ser mejor.
Yo: Más fácil es, señor,
que me abra de medio á medio
la cabeza. *Él:* Voto va!
Qué riesgo puedes correr
si mi espada has de tener
contigo? *Yo:* Bien está;
mas si al tiempo de informarle
del pleito, latín ó griego,
entrare el señor don Diego...
Él: Pues si él entra, matarle.
Insisto yo, y él porfía,
y no hay razón que le concluya
y se sale con la suya,
y aquí estoy yo con la mía.
Entendistes?

DOÑA JUANA

Entendí.

GUIJARRO

Pues dentro de un breve instante
estará aquí el estudiante.

LEONOR

Con paje?

GUIJARRO

Mucho que sí.
Todo lo cual de contado
vendrá á parar, doña Juana,
en que yo vendré por lana
para volver trasquilado.

DOÑA JUANA

Yo te haré tal recompensa...

GUIJARRO

Á buena hora, voto al sol!
que oigo al viejo en la escalera.

DOÑA JUANA

Válgate el ingenio.

GUIJARRO

No
que no! Aun así mis costillas
lo verán mediante Dios.
Quiá comprar puntas y encaxos!

ESCENA IV

DICHOS *y* DON LOPE

DON LOPE

Hola, buen hombre, quién sois?

GUIJARRO

Juan Franchut; no conoserme?

DON LOPE

Qué vendéis?

GUIJARRO

Vander culor,
hilo, pontillas, rosarios,
peines de corno, jibon,
estoraque, yesca, menjos,
pontas de flandras, olor,
azabache.

DON LOPE

Basta ya.
Vendísteis?

GUIJARRO

Nada, por Dios,
ser todos en casa vuestra
tan ruines como un piñón.
Quiá comprar pontas y encaxos?
(Al marcharse, da con don Diego, que entra.)

ESCENA V

DICHOS *y* DON DIEGO

DON DIEGO

Hola, buen hombre, quién sois?

GUIJARRO

(Esta es otra.) Yo, sinior,
Juan Franchut.

DON DIEGO

De qué nación?

GUIJARRO

Sinior, ser de Picardía,
que es de Francia la mecor.

DON DIEGO

Conque francés, eh? *(Mirándole.)*

GUIJARRO

Franchut;
oui, monsiur. (Perdido soy.)

DON DIEGO

Dónde he visto yo á este hombre?

GUIJARRO

Querer vosté, mi sinior,
alcunos peinas de corno?

DON DIEGO

Vos sois francés como yo.

GUIJARRO

Oui, ser franchut; oui, monsiur.
(Conocióme el picarón.)
Qué diablos mirar á moá
coquen, sinior espanol?
Juan Franchut ser; qué quererme?
Ser yo acaso algun latron?
Viva Cristus que le mate.
Quiá comprar pontas, hulor,
hilos, pontillas, encaxos...
(Váse gritando.)

LEONOR *(Á doña Juana.)*

Lindamente se escapó.

DON DIEGO

Perdonad, yo vengo luego,
que me lleva la pasión
de mis celos á saber
si Pantoja se ausentó. *(Váse.)*

DON LOPE

Leonor, salte allá fuera.

LEONOR

Sermón tenemos. *(Váse.)*

ESCENA VI

DON LOPE *y* DOÑA JUANA

DON LOPE

El dolor quisiera
no exprimir; esperar viva mi honra,
y que muera mi deshonra,
pues la acción más lucida
es, por tener honor, perder la vida.
(Llevémoslo por bien, que la prudencia
es hija del valor y la paciencia.)
Hija, diversas veces he tratado
de que tomes estado
conforme á tu nobleza; cuerda eres,
y las nobles mujeres
que quieren más su gusto que su honra,
halagan su deshonra.
Dícenme que Pantoja dió la muerte
anoche, oh triste suerte!
á un hidalgo vecino de don Diego,
y que vasalla tú de su amor ciego,
el estrago mirastes;
y aseguran que hablastes
á Pantoja; yo dudo esta bajeza,
conociendo tu honor y tu nobleza.
Don Diego es hombre rico y es honrado;
el vulgo está del caso alborotado;
mi honor padece mucho detrimento,
tu fama poco aumento;

y así te notifico desde luego
que ha de ser tu marido.

DOÑA JUANA

Quién?

DON LOPE

Don Diego.

DOÑA JUANA

Después de muerta puedes desposarme,
que viva no es posible condenarme
á vivir con un hombre que aborrezco,
y tan grande castigo no merezco.

DON LOPE

Brevemente, por Dios! has respondido,
pero pues dices que don Diego ha sido
en tu amor desdichado,
declárese conmigo tu cuidado.
Quieres que hable á Pantoja, á un hombre [loco,
soldado, fanfarrón, tenido en poco,
hombre que sin respeto, ley ni tasa
se portó como bárbaro en mi casa?
Pobre, libre, alentado,
por una y otra muerte desterrado,
vuelve en tí, no te ciegue tu deseo.

DOÑA JUANA

Que es tan pobre Pantoja, ya lo veo,
pero en sangre, en valor y en cortesía,
es comparar la noche con el día.

DON LOPE

Quiéresle como esposo? Háblame claro.

DOÑA JUANA

Señor, tú eres mi amparo.
Yo le tengo afición.

DON LOPE

Pues yo no gusto,
y tengo de evitar este disgusto.
Y, pues te has declarado,
dentro de un hora has de elegir estado.

DOÑA JUANA

Con don Diego jamás, antes la muerte.

DON LOPE

Pues lo que haces repara,
porque una de las dos será tu suerte:
ó de don Diego, ó monja en Santa Clara.

DOÑA JUANA

Acepto lo segundo.

DON LOPE

Allí renunciarás amor y mundo.
Piénsalo bien, que dentro de una hora
veré tu decisión.

DOÑA JUANA

Pues desde ahora
la llevas ya sabida.

DON LOPE

Esta mujer me quitará la vida!

ESCENA VII

DOÑA JUANA *y después* LEONOR

DOÑA JUANA

Ay de mí! Me martirizan
porque quiero á un hombre bien,
cual si pudiera regir
á mi corazón por él.

LEONOR

(Saliendo.) Parece que va tu padre,
y tú lo quedas también,
con disgusto. Qué hay de nuevo?

DOÑA JUANA

Ay, Leonor! Qué ha de haber,
sino penar y morir
porque quiero á un hombre bien!

LEONOR

Quiere casarte tu padre
con don Diego? Hubo desdén,
hubo aquello de «Yo gusto,
y mira cómo ha de ser;
hay plazo, término, ó día

para que lo mires, eh?»
Hubo su poco de «Acaba,
ó mataréme, cruel»;
y aquello de «Tú me quieres
deshonrar en la vèjez»?
Díme, qué dijo tu padre?

DOÑA JUANA

Dijo, Leonor, que me den
la muerte mis pensamientos,
pues todas fueron ayer
torres de fe y esperanza,
y hoy humo y polvo se ven.
Dijo que don Diego fuese
de mi garganta cordel,
de mis gustos enemigo,
de mis intenciones juez,
parca de mi tierna vida,
devanada de una vez
en el ovillo tirano
de su voluntad cruel.
Dijo, en fin, que me reduzca,
Leonor, á ser su mujer,
que es lo mismo que ahorcarme
con esa lazada infiel
que ahoga los matrimonios
cuando forzada se ve.
Dijo que fuese Pantoja
desalojado también
del corazón; mas no supo
que está tan constante en él,
que primero su volante
dará el último vaivén,
que salir de esa morada
por mi espontáneo querer.
Pero por qué me detengo
en referirte qué fué
lo que me dijo mi padre
cual mudo cometa, que
pronostica en el futuro
ue no ha de parar en bien
honor que la apadrina,
lámpago que al prender
queña chispa, despide
do el rayo de una vez?
s llueva el cielo desdichas,
yo la misma he de ser
adorar á mi amante,
aunque de su alto dosel
rayos me arrojen sus luces
y sus centellas me den
en renglones de diamantes
desventuras al nacer.
Pues cuando llega una dama
á querer bien una vez,
gala hace de la desdicha,
de la muerte parabién,
pendón de su infausta suerte
y un alcázar de su fe.

LEONOR

Bien dices, muy bien, señora,
mas pronto va á oscurecer,
y tu padre va á volver;
vamos á otra cosa ahora.
Si Páris te ha de robar,
sea, señora, esta noche,
y sea á pie, que no en coche,
porque esto de trasplantar
á una Elena en un troyano
edificio atronador,
es ir llevando el honor
rodando de mano en mano.

DOÑA JUANA

Pantoja ha de dar la traza.

LEONOR

Dificultosa ha de ser,
que este ángel de Lucifer,
tu prima, nos embaraza.
Si esta prima se quebrara
por medio, fuera gran cosa.

DOÑA JUANA

Es, sobre necia, enfadosa.

LEONOR

Necia? En tu dicho repara;
necedad llamas á ir
tras de tí de guarda eterna;
pues tu padre se gobierna
por ella.

DOÑA JUANA

Tú has de seguir
como sombra á esa mujer.

LEONOR

No la perderé de vista
hasta acabar la conquista
de este troyano poder.
Mas digo: he de ser robada
también yo del paladión
guijarrista, ese trotón
caballo...?

DOÑA JUANA

Leonor amada,
pues, puédote yo dejar?

LEONOR

Alto, pues; robe este día
el Páris de Picardía
á esta Elena de fregar.

ESCENA VIII

DOÑA JUANA, LEONOR, DON LOPE
y DOÑA ÁNGELA

DON LOPE

Vendrá á las siete don Diego
á firmar las escrituras.

LEONOR

(Si no se quedan á oscuras.)

DOÑA ÁNGELA

Pues consiste tu sosiego
en dar estado á mi prima,
decreto de amor tan justo
no irá, no, contra tu gusto,
pues como á padre te estima.

DOÑA JUANA

Pues me toca obedecer,
hable el silencio por mí.

DON LOPE

Siempre esperé yo de tí
tan honrado parecer.

LEONOR

(Como mi amo es letrado,
se muere por pareceres.)

DON LOPE

Cuando las nobles mujeres
alcanzan marido honrado,
noble, rico y principal...

LEONOR

(Tal le dé Dios la salud.)

DON LOPE

Es premio de su virtud.

LEONOR

Á un marido ciudad real
dos mil esposas le prenden.
Bartolo lo dice así,
digo, Bártulo.

DOÑA JUANA

Ay de mí,
que hasta las sombras me ofenden.
(Aparte.) Vete á la puerta, Leonor,
que va anocheciendo ya.

LEONOR

(Aparte.) Dices bien, Páris vendrá
con el caballo traidor.
Voy á robar este pez,
pues me roban de contado;
pero quien tanto ha robado
deje robarse una vez. *(Váse.)*

DON LOPE

Ningún pleiteante vino
á buscarme?

DOÑA ÁNGELA

Vino Octavio
por su pleito, y vino Fabio.

DON LOPE

Es sujeto peregrino.

DOÑA ÁNGELA

Don Octavio se fué luego.

DON LOPE

Si otro me viene á buscar,
será bien dejarle entrar
hasta que venga don Diego.

ESCENA IX

DICHOS *y* LEONOR

LEONOR

Don Antolín Garapiña,
hombre al parecer muy docto,
si para serlo se mira
á la gravedad del rostro,
quiere informarse de un pleito
si le dáis licencia.

DON LOPE

Solos
dejadnos. Que entre, Leonor.

ESCENA X

DON LOPE *y* GUIJARRO, *de estudiante;*
DON PEDRO, *de criado suyo*

GUIJARRO

Cosme, Cosmillo, hola, mozo,
aguárdame en el zaguán.
Señor, único piloto *(Á don Lope.)*
que el barco de la justicia
guía en el mar borrascoso
y en la noche de las leyes
(donde se ahogan tantos tontos),
sacerdote del derecho,
oráculo misterioso
del laberinto de Baldo
y del gran Bártulo asombro,
déme mil veces los pies.

DON LOPE

Por suyo me reconozco;
tome usarced una silla,
y excusando los piropos,
dígame de qué le sirvo. *(Se sientan.)*
(Durante esta escena, don Pedro atraviesa el teatro con mucho tiento por detrás de don Lope y Guijarro, y entra en las habitaciones interiores de la casa, volviendo á salir á su tiempo con doña Juana y Leonor, que es cuando Guijarro se levanta para estorbar á don Lope que vea á don Pedro que se lleva su hija.)

GUIJARRO

Yo, señor, soy de Torozos,
lugar que linda tres pasos
con la gran ciudad de Toro.
Don Antolín Garapiña
es mi nombre, nombre propio;
pues vengo por línea recta
de los Antolines gordos,
grandísimos garapiños
de los solares de Colcos.
Vengo á informarle de un pleito;
suplícole abra los ojos,
porque es de mucha importancia.

DON LOPE

Con mucha atención os oigo.

GUIJARRO

Pues señor, yo me casé
con doña Aldonza Zorongo,
de trece años, y hube en ella
á doña Anica Repollo,
hermosísima doncella,
según dijeron los novios.
Ésta, señor licenciado,
sin decir oste ni mosto,
se enamoró de don Lucas
Valentín, hombre tan loco,
que me la sacó de casa,
después del postigo roto.

DON LOPE

En eso paran las hijas
que tienen al padre en poco.

GUIJARRO

En eso paran, señor;

mas que paran para otro;
hay en aquesta ciudad
un don Atanasio Folio,
que tiene un hijo, nombrado
don Quiterio Marco Antonio.
Éste, á voces, dice que
probó primero el repollo
que don Lucas; pero luego
un don Jilardo Galopo,
hombre de capa y espada,
se puso con él al robo,
diciendo que entró.

DON LOPE

Despacio.

GUIJARRO

Iréme muy poco á poco.

DON LOPE

Usted dice que don Lucas,
don Quiterio y el Galopo,
son los tres opositores
de este robado repollo,
no es así?

GUIJARRO

Es, y no es;
iréme muy poco á poco.
Yo, señor, quiero casarla
con un Alberto Redondo,
hijo del mesmo Quiterio
y primo hermano del otro.

DON LOPE

Cómo la puede casar,
si el padre se opone y todo?

GUIJARRO

Ese es el punto.

DON LOPE

Despacio.

GUIJARRO

Iréme muy poco á poco.

DON LOPE

El primero se desiste?

GUIJARRO

Desistir? De ningún modo.

DON LOPE

El segundo la pretende?

GUIJARRO

Pretendida está de todos.

DON LOPE

El tercero, qué declara?

GUIJARRO

Que la debe su negocio.

DON LOPE

Y ella, qué dice?

GUIJARRO

Que miente.

DON LOPE

Á quién se inclina?

GUIJARRO

Al Redondo.

DON LOPE

Cómo si se opone el padre?

GUIJARRO

No es él, el padre es el otro.

DON LOPE

Quién es el otro?

GUIJARRO

Es aquel
que la sacó por el robo.

DON LOPE

No lo entiendo.

GUIJARRO

En eso estriba;
iréme muy poco á poco.

DON LOPE

Quién gozó esta dama?

GUIJARRO

Lucas.

DON LOPE

Casóse?

GUIJARRO

De ningún modo.

DON LOPE

Pídele ella la palabra?

GUIJARRO

Quien la pide es el Galopo.

DON LOPE

Y su hija gusta de ello?

GUIJARRO

Ya gustó del matrimonio.

DON LOPE

De esa suerte fué casada?

GUIJARRO

Fué casada por divorcio.

DON LOPE

Pues con quién quiere casarse?

GUIJARRO

Con el hijo de Redondo.

DON LOPE

Cómo, si la quiere el padre?

GUIJARRO

Que no es el padre, es el otro.

DON LOPE

Quién es el otro? Qué es esto?

GUIJARRO

Idéme muy poco á poco.

DON LOPE

Válgate el diablo por pleito!
Sepamos. Quién es el novio?

GUIJARRO

El novio es Lucas.

DON LOPE

Si es Lucas,
ya le echa fuera el divorcio.

GUIJARRO

Decís bien, llevóle el diablo.

DON LOPE

No lo nombre.

GUIJARRO

No lo nombro.
Vamos ahora al Quiterio.

DON LOPE

Ese gustó del repollo,
pues bien se puede casar.

GUIJARRO

Casará con los demonios,
porque el Redondo lo impide.

DON LOPE

Es un incesto notorio
habiendo llegado al padre!

GUIJARRO

Que no es el padre, es el otro.

DON LOPE

Quién es el otro? Es el diablo?

GUIJARRO

Iremos muy poco á poco.
(Levántase don Lope muy amostazado, y Guijarro, levantándose, se le pone por delante para que no vea á don Pedro, que cruza la escena con doña Juana y Leonor.)
Mire uced, señor letrado,

un ciego verá este robo.
De esta suerte me robaron
mi hija.

DON LOPE

Muy bien, lo oigo.

GUIJARRO

Esté atento, por su vida,
que ahora es tiempo. Este mozo
es hijo de don Quiterio,
don Quiterio es el Galopo,
el Galopo es Latanasio,
Latanasio me hizo el robo;
de forma que aquél y éste,
mi hija, el uno y el otro...

DON LOPE

Quedo, quedo, que me aturde!

GUIJARRO

Iréme muy poco á poco.
(Al llegar á la puerta de la derecha doña Juana, don Pedro y Leonor, salen por ella don Diego, su criado y otros.)

ESCENA XI

DON LOPE, GUIJARRO, DOÑA JUANA, LEONOR, DON PEDRO, DON DIEGO, CRIADOS *y otros.*

DON DIEGO

Quién es? *(Don Pedro se recata.)*

LEONOR

Señora, don Diego.

GUIJARRO

Perdimos el pleito todo. *(Aparte.)*

DON DIEGO

Quién va digo?

DON LOPE

(Volviéndose.) Qué es aquesto?

GUIJARRO

Debe de ser otro robo.

DON LOPE

Esta deshonra en mi casa?
Fabio!

DON PEDRO

Retírense todos,
voto á Dios, ó he de matarlos.

DOÑA JUANA

Valedme, cielos piadosos!

DON PEDRO

No temas, que de esta suerte
podemos poner en cobro
tu honor, tu vida y la mía.
(Sacan las espadas; don Pedro mata la vela y riñen á oscuras.)

DON LOPE

Octavio! Alberto! Socorro!

DON PEDRO

Aunque llamaras al mundo
entero, sería poco
para mi brazo.

GUIJARRO

Señor,
no me dejes aquí solo.

DON PEDRO

Ven, mi bien. *(Á doña Juana.)*

DOÑA JUANA

Vamos, Leonor.
(Encuentra don Pedro la puerta que ha buscado á tientas, y váse por ella con doña Juana, á quien tiene de la mano, y Leonor que va asida de su vestido; Guijarro se queda tentando las paredes, y sale doña Ángela con luz y criados.)

ESCENA XII

DON LOPE, DOÑA ÁNGELA, DON DIEGO, GUIJARRO *y* CRIADOS

DOÑA ÁNGELA

Señor, qué es esto?

DON LOPE

Un oprobio
en tu sangre y en la mía.

DON DIEGO

Ganaron las puertas todos,
y así, señor, se escaparon;
pero, qué miran mis ojos!
Quién es aqueste estudiante?
(Llegan los criados y descubren á Guijarro.)

GUIJARRO

Soy Antolín Garapiña!

DON DIEGO

Éste lo ha enredado todo,
que es criado de Pantoja.
Matadle á palos.

GUIJARRO

Yo tomo
de partido cuatrocientos.
(Dánle de palos los criados.)
Quedo! Con treinta demonios,
que yo diré la verdad.

DON LOPE

Dejadle, que yo le otorgo
la vida si nos lo dice,
y veinte escudos de oro.

GUIJARRO

En palos llevo quinientos;
vénganse conmigo todos.

DON DIEGO

La vida te va, Guijarro.

GUIJARRO

De burlas es el negocio;
vamos aprisa, que importa,
señor don Diego, y no poco,
porque si nos detenemos
en aquestos circunloquios,
habrán cerrado los dos
con el santo matrimonio.
(Vánse por la puerta de la derecha, que da á la calle, y salen por la que da á las habitaciones y jardín, don Pedro, doña Juana y Leonor.)

ESCENA XIII

DON PEDRO PANTOJA, DOÑA JUANA *y* LEONOR

DON PEDRO

Parece que no llegamos,
mi bien, á puerto seguro,
y en vano el valor fué muro.

LEONOR

En mala borrasca estamos.

DOÑA JUANA

Mas no hay nadie aquí?

LEONOR

(Asomada á la ventana.) Qué veo!
Por la calle abajo van
corriendo con mucho afán
todos.

DON PEDRO

Buscándonos creo.
Tu casa, pues, doña Juana,
seguro nos ha de ser;
aquí te he de defender
de toda la raza humana.
Cierra esas puertas, Leonor,
y la del jardín también,
por ella dentro no den
los del buen gobernador.
(Leonor va cerrando las puertas, y sale, y vuelve á poco.)

DOÑA JUANA

Conque era el duque?

DON PEDRO

Sí, él era;
y era suerte más propicia
que entregarte á la justicia,
que á tu casa te volviera.
Tu casa encontrado habemos
sin gente, y por de contado,
sea por fuerza ó de grado,
que capitule le haremos.

LEONOR

(Que sale.) Todo está cerrado ya.

DOÑA JUANA

Y cuando vuelvan?

DON PEDRO

Primero
concederán lo que quiero,
ó la casa se arderá.
Mas por Guijarro en cuidado
estoy; quedó sin mi ayuda.

LEONOR

Guijarro estará sin duda
en Palermo aposentado.

DON PEDRO

Los pareceres ajenos
no le podrán defender.

LEONOR

Él fué á tomar parecer
de si eran los palos buenos.

DON PEDRO

Con acuerdo de letrado
tendrá sentencia en favor.

LEONOR

Yo sé que saldrá, señor,
en las costas condenado.

DON PEDRO

Son sus cascos indigestos,
y algo obtusos sus sentidos.

LEONOR

Pues ahora traerá metidos
en la cabeza los textos.

ESCENA XIV

DICHOS *y* GUIJARRO

GUIJARRO

(Por la reja.)
Hola, ábranme.

LEONOR

Ya nos llueven
guijarros.
(Leonor abre á Guijarro, que entra arrojando el vestido de estudiante.)

DON PEDRO

Qué hay, buen amigo?

GUIJARRO

Cuerpo de Cristo conmigo!
Qué hay? Los diablos que me lleven.

DON PEDRO

Por qué dentro te quedaste
pudiéndome seguir? Dí.

GUIJARRO

Porque yo te sirvo á tí,
y porque tú me dejaste.

DON PEDRO

Vienes herido?

GUIJARRO

Que no.

DON PEDRO

Qué traes? Díme lo que fué.

GUIJARRO

Traigo lo que yo me sé,
y lo que el diablo ordenó.

DON PEDRO

Cómo entraste, que te ví
como grulla en centinela?

GUIJARRO

Entré, señor, á la vela,
y á puro remo salí.

LEONOR

Cómo vienes! *(Mofándole.)*

GUIJARRO

(Amostazado.) Ya lo ves.

LEONOR

Parece que estás enfermo.

GUIJARRO

Vengo duque de Palermo
de la cabeza á los pies.

LEONOR

Grandeza traes excesiva;
y fué á prueba de pleito, eh?

GUIJARRO

Á prueba no, porque fué
paliza definitiva.

LEONOR

Y cómo escapaste, dí,
á uña de potro...

GUIJARRO

Dejallo;
o fué á uña de caballo,
ıas á uña de palo sí.

LEONOR

hubo concomio de lomos?
hubo «por qué me maltratan?»
hubo aquel de «que me matan?»
hubo espadas, y hubo pomos,
y hubo riesgos hacia el padre
que te pescó sin anzuelo?

GUIJARRO

Hubo el ladrón de tu abuelo,
y la perra de tu madre.

DON PEDRO

Dejémonos de locuras,
y acaba: qué sucedió?

GUIJARRO

Qué he de decir, voto á Cribas!
En Turquia no se usó
lo que tú usastes conmigo.

DON PEDRO

Yo pude hacer más, por Dios!

GUIJARRO

Bien pudieras excusar
la siniestra información
del pleito de Garapiña,
cuyo parecer, señor,
lo han pagado mis costillas;
y fué el milagro mayor
el zafarme de las manos
de tanto infame sayón.

DON PEDRO

Y cómo hicistes?

GUIJARRO

Diciéndoles
que se vinieran en pos,
y te pondría en sus manos;
y á puñada y mojicón,
al revolver San Francisco,
desparecíme veloz;
pasé por ante esa reja,
os ví, os llamé, y aquí estoy.
Pero el cuidado que traigo
es que un pícaro soplón,
que se vende por tu amigo,
allí entre ellos se quedó
diciendo que con la novia
te vió en la calle, señor.

DOÑA JUANA

Ay, Pedro! Perdidos somos.

DON PEDRO

Ya lo remediaré yo.

GUIJARRO

Ya suben las escaleras.

DOÑA JUANA

Perdidas somos, Leonor.

DON PEDRO

Guijarro, en el aposento
que tiene ese corredor,
guarda á estas damas al punto.

GUIJARRO

Ved que ese aposento estoy
en que da á casa del duque.

DON PEDRO

No te detengas, que yo
los detendré, como á quien
va en ello vida y honor.

GUIJARRO

Pues en dejándolas, vuelvo
armado como un león
para morir á tu lado.

DON PEDRO

Aquí aguardándote estoy.

ESCENA XV

DON PEDRO

Cierro esta reja, y espero
con valiente corazón
á ceder para obligarles,
ó á perecer por mi amor.

VOCES DENTRO

Aquí están!

OTROS

Aquí les vimos.

DON LOPE

(Dentro.) Dejadme, que tengo yo
picaporte de esa puerta.

DON PEDRO

Ya llegó el trance, valor.
(Ábrese la puerta, y entra don Lope, á quien detiene don Pedro, poniéndole la espada al pecho.)

ESCENA XVI

DON PEDRO *y* DON LOPE; *un momento después* DON DIEGO, EL ESCRIBANO, ALGUACILES *y* GENTE.

DON PEDRO

Alto, buen viejo; primero
que entréis en este salón,
quiero advertiros que de él
sólo pienso salir yo,
ó esposo de doña Juana,
ó muerto á vuestro furor.

DON LOPE

Su esposo tras esta afrenta?
Nunca será, vive Dios!

DON PEDRO

Pues de ese modo, adelante.
(Entra don Diego y los demás.)

DON DIEGO

Este es Pantoja.

DON LOPE

Mi honor
estriba ya, caballeros,
en que muera este traidor.

DON DIEGO

Muera Pantoja!

DON PEDRO

Tú mientes!

Y hombres de mi corazón
sólo mueren de esta forma.
(Ciérranse á cuchilladas y riñen. Don Pedro va cejando, defendiéndose. Guijarro sale, y va á ponerse á su lado.)

TODOS

Muera!

DON LOPE

Acabadle!

GUIJARRO

Aquí estoy,
como un Bernardo, á tu lado.
(Sale el duque de Arcos armado, con banda y bastón, y gente con él.)

ESCENA XVII

DICHOS *y* EL DUQUE DE ARCOS

EL DUQUE

Ténganse al rey.

GUIJARRO

Santo Dios!
El duque de Arcos es éste.
(Tiénense todos y se descubren.)

DON LOPE *y* DON DIEGO

Cielos, el gobernador!

EL DUQUE

Tantos contra un hombre solo;
merecía tal traición
que á todos os empalara
por tan cobarde rigor.
Quién sois? *(Á don Pedro.)*

DON PEDRO

Un criado vuestro,
que al rayo de vuestro sol
recibe luz.

EL DUQUE

Levantáos,
que quien tan bien peleó
no es digno de estar de hinojos
ante mí; decid quién sois,
y cuál fué vuestra querella.

DON PEDRO

Don Pedro Pantoja soy,
cuya juventud briosa
centella de Marte ha sido,
con ayuda de esta hoja.
Estudié letras humanas,
mas con afición tan poca,
que al cabo cambié mis libros
por espadas y pistolas,
y obró en mí tan fuertemente
esta inclinación heróica,
que he tenido más pendencias
que tienen mis días horas.
Por no cansarte, señor,
callo hazañas portentosas,
que me han dado honor y fama
en provincias muy remotas;
pues, sobre tirar la esgrima,
parias me rinden con honra
el diestro Gil Campuzano
y el valiente Juan de Lorca.
Quise á doña Juana, hija
de don Lope de Mendoza,
que está presente; pedísela
para mujer, y negómela,
por dársela, por más rico,
al comerciante Gamboa.
Quísela sacar de casa,
siendo ella misma gustosa,
cuando, con deudos y amigos,
Gamboa llegó á deshora,
traidoramente, entre muchos,
á darme muerte afrentosa.
Me defendí como vistes,
donde concluyo mi historia,
poniendo á tus pies mi vida,
rogándote que dispongas
de esta espada y de este brazo,
siendo de tanta discordia
el iris de la grandeza,
el anal de esta memoria,
el sol de aquestas tinieblas
y el amparo de mi honra.

EL DUQUE

Señor don Lope, no hay vida
que valga el honor; Pantoja
es honrado, y yo le doy
para casarse mil doblas,
que, pues vuestra hija le quiere,
mucho á vuestro honor importa.

DON LOPE

Señor, que es un libertino.

EL DUQUE

Basta, por Dios! Que cuando otra
razón no hubiera, casárale,
vuestra conducta alevosa
para castigar severo,
y entended bien desde ahora,
que para quien sois vosotros
es don Pedro muy de sobra.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, *y sale* GUIJARRO, *que trae de la mano á* DOÑA JUANA *y á* LEONOR

GUIJARRO

Y, pues todo se compuso,
aquí tenéis á la novia.

DON PEDRO

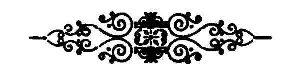
Mi Juana! *(Se abrazan.)*

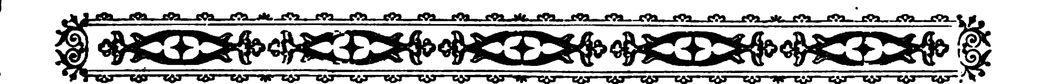
DOÑA JUANA

Pantoja mío!

GUIJARRO *(Al público.)*

Y ahora, si á mal no lo toman
vuestras mercedes, señores,
por dos palmadillas flojas
les enviaré papeletas
para asistir á la boda.





EL NIÑO Y LA MAGA

FANTASIA

Cuán risueña es el alba de la vida,
esa mágica edad de la ilusión
en que vegeta el alma adormecida,
ajena de inquietud y de ambición!

—

Cuánto se vive alegre y sin recelo,
cuánto se goza lejos del pesar,
llevando nuestro débil barquichuelo
de la existencia por el negro mar!

—

Entonces, sin pensar en quien nos hizo
ni el vano mundo y su placer traidor,
gozamos por el día tanto hechizo
y dormimos la noche sin temor.

—

Que es el niño atrevido marinero
que al mar se lanza, si inexperto, audaz,
satisfecho con ver cómo ligero
va por las ondas su batel fugaz.

—

Qué le importa el murmullo de la brisa
á quien sigue tal vez el aquilón?
Navegaré—le dice—más aprisa,
del blando viento al compasado son.—

—

Qué le importa que el agua se alborote,
tormentosas, alzando olas sin fin?
—Irá—se dice—mi extraviado bote
á dar, como el que dejo, á otro jardín.—

—

Qué le importa que bajen las tinieblas
la noche desplomando sobre el mar?
Él dice:—Cuando pasen esas nieblas
ya me vendrá otro sol á despertar.—

—

Qué importa que en espejos quebradizos,
hiervan los lomos del gigante azul?
Él mira en ellos sus flotantes rizos,
de la neblina entre el espeso tul.

—

Cuánto es alegre la niñez sencilla
que en el bajel de su inocencia va
libre y segura, sin perder la orilla
del mar que al lejos rebramando está!

—

Duelos, dejadme que los lindos sueños
loco recuerde de la edad pueril;
que mire de la vida los empeños
desde su verde y delicioso abril!

—

Dejad que vaguen mis cansados ojos
de árbol en árbol y de flor en flor,
del sol brillante á los destellos rojos
que al universo dan vida y color.

—

Vida! Blanco y risueño panorama
para el que nace en virgen ilusión;
desierto do eternal el cierzo brama
para el que lanza en él su corazón.

Vida! Fantasma bello y mentiroso
cuanto halagüeño en tu ilusión fatal,
yo miraré con ojo receloso
la luz de tu fantástico cristal.

—

Cantaré tus estériles placeres,
y entre tus flores escondida red,
la loca tentación de tus mujeres,
corrientes que no templan nuestra sed.

—

Que si nacemos á la amarga vida
riendo lo que habemos de llorar,
yo quiero mi existencia dolorida
gozar llorando y mi dolor cantar.

I

Es una bella aurora,
fresca, purpúrea y clara,
en que va murmurando
por la floresta el aura.
Las hojas estremece
con las sonantes alas,
cruzando fugitiva
por una y otra rama.
Ya por el blando césped
silenciosa se arrastra,
robando sus perfumes
al tomillo y la grama.
Ya, en torno de los troncos
de las encinas altas,
columpia en sus cortezas
las ramitas enanas.
Ya, de la limpia fuente
en la repleta taza,
arruga, trenza y riza
los hilos con que mana.
Es un jardín florido,
henchido de fragancia,
que á par enriquecieron
con afanosa maña
naturaleza fértil
con su silvestre gala,
y la incansable industria
con su rica elegancia.
Aquí por los linderos
las violetas moradas
matizan de los céspedes
la vívida esmeralda.
Allí de clavellinas
entumecida mata,
sus infinitos hijos
á sostener no basta.
Allí las anchas rosas
su pabellón de grana
extienden, afrentando
las azucenas blancas.
Allá el cárdeno lirio
se eleva con audacia,
de azules pensamientos
su raíz tapizada.
Más lejos, un geráneo
que aroma el aura mansa,
envidia á los ranúnculos
las tintas soberanas.
Y allá, entre sauces verdes
que humedecen las aguas,
entre sonantes hojas
y retorcidas varas,
en cargados racimos,
madreselva olvidada,
convida con sus flores
amarillas y blancas.
Ni faltan en macetas
y transparentes jarras
pomposos tulipanes
que sus capullos rasgan.
Sobre ellos cuidadosos
tienden sus hojas anchas
los fértiles naranjos,
las corpulentas hayas.

Hay en su bosquecillo
de mirtos y de acacias,
en una placetuela
de rosales cercada,
una anchurosa fuente
que en torno se derrama.
Está el pilón colmado,
y en medio se levanta,
sobre dos pies de jaspe,
de alabastro una taza;
y mil vistosos peces
en su remanso nadan,
que asoman atrevidos
la fugitiva espalda.
Se escucha desde lejos

la música liviana
con que murmuran leves
las revoltosas aguas;
y en su cristal inquieto,
el sol que alumbra el alba,
saliendo reverbera
con luz tornasolada.
Sentado en las orillas
por do la linfa clara
desde la limpia fuente
bullendo se derrama,
deshojando unas flores
que el arroyuelo arrastra,
miraba el niño Adolfo
cómo las lleva el agua.
Su imagen la corriente
trémula le retrata,
los ojuelos alegres,
las manitas nevadas,
la blonda cabellera
tendida por la espalda,
la frente ruborosa
y la sonrisa cándida.
Soñaba desvelado
inocentes fantasmas
que á la niñez tranquila
espléndidos halagan:
de esos delirios puros
que fugitivos pasan
y aduermen los sentidos
sin que los sienta el alma.
Ilusiones magníficas,
con cuyas sombras mágicas
los gozos se deshacen
de nuestra breve infancia.
Ceñida de una nube
de vaporosa gasa,
que el aire llena en torno
de suavísimo ámbar;
de rosas y azucenas
la frente coronada,
prendida en ricos pliegues
la vestidura blanca,
salió de entre los mirtos,
con cautelosa planta,
una ilusión dichosa
de paz y bienandanza.
Las flores en sus tallos,
por donde aérea pasa,
se esponjan y enderezan,
y doble aroma exhalan.
La brisa en torno suyo
murmuradora vaga,
y entre las hojas verdes
se enreda y esparrama.
Colúmpianse las copas,
los ruiseñores cantan,
las tórtolas arrullan
en amorosas cláusulas,
y todo en los jardines
al paso de la Maga,
respira la ventura
de juventud colmada.

Tomó la mano de Adolfo,
que sobre el césped descansa,
quien, al verla tan hermosa,
entre sus brazos se lanza.
Los negros rizos la coge,
la besa la frente casta,
en sus pupilas se mira,
y en su sonrisa se embriaga.
Ella á su seno le estrecha,
le acaricia y le regala,
no como madre afanosa,
sino como amante hermana.
No como en signo de albricias
de un hijo perdido que halla;
como quien se alegra hallando
con quien dividir sus galas.
Adolfo se la sonríe
y el blanco cuello la abraza,
admirando su hermosura
con infantil confianza.
—Óyeme, Adolfo—le dijo
halagándole la Maga:—
si tú quisieras conmigo
vivir... tengo una morada
llena de fuentes y flores
y de deleites y galas;
tengo palacios de oro
suspendidos en montañas
en un país no lejano,
á quien *Existencia* llaman.
—Oh, por cierto que eres rica!
—Lo que imaginas es nada;

todo el universo es mío.
—Pues, quién eres?—La Esperanza.
—Y estarás siempre conmigo?
—Iré siempre donde vayas.
—Pues vamos donde quisieres.
—Sígueme, pues, que ya tardas.
Siguióla contento Adolfo,
y, á una señal de la Maga,
de aquella anchurosa fuente
dividiéndose la taza,
tornóse en un canastillo
que se columpia y resbala
de un claro y tranquilo río
por sobre las hondas mansas;
y entrándose confiados
en tan vacilante barca,
dejáronse ir sin recelo
á los caprichos del agua.

II

Audaces surcando las aguas serenas
al lánguido impulso del aire sutil,
tocaron opuestas las limpias arenas
que el río aprisionan al otro confín.

—

Posaron la planta donde ancho camino
el paso les abre de vasta región,
que pródigo y rico regala el destino
y espléndido viste de ocioso primor.

—

Allí en los linderos, vistosos jardines,
de cuyas florestas el fin no se ve,
empiezan, y, orlados de azahar y jazmines,
alfombras de flores encuentran los pies.

—

La luz es continua, de un alba rosada
que presta al ambiente purísimo azul,
y un céfiro el aire, cuya ala aromada
refresca la tibia ilusión de la luz.

—

Doquiera, en las hojas del árbol florido,
se siente escondido
al mirlo trinar;
doquiera en la hierba menuda se siente
la rápida fuente
saltando brotar.

Doquiera, volando sutil mariposa,
columpia una rosa,
sacude un clavel,
las alas ufana mostrando á las flores,
de ricos colores
pintadas también.

—

Doquiera, arrastrando su casa con pena
sobre una azucena
se ve al caracol,
que tiende los ojos al sol generoso,
pidiéndole ansioso
consuelo y calor.

—

Doquiera, en las ramas, colgada la oruga,
sacude y arruga el sonoro cristal
que, en claros espejos ó en líquidos hilos,
en lagos tranquilos posándose va.

—

Doquiera, en las ramas del álamo verde
á lo alto se pierde en movible ilusión,
meciendo la bella oropéndola el nido
que anima tendido benéfico el sol.

—

Despliega pomposa á la luz con que brilla
la pluma amarilla
que ostenta fugaz,
abriendo esponjado y en círculo rico
el triple abanico
que tiende al volar.

—

Aquí no se encuentran ni sauces llorones,
ni en lúgubres sones
agita el ciprés
la fúnebre punta, cual hacha mortuoria
que alumbra la historia
pasada de ayer.

—

La espléndida lumbre del sol no se apaga;
sin término vaga
la brisa sutil;
la noche carece de sombra importuna,
ni deja la luna
jamás de lucir.

—

Del mar á lo lejos se siente el murmullo,
cual lánguido arrullo
del aura no más;

cual banda de plata que el puro horizonte
tendió sobre el monte
tapiz de cristal.

—

Allá en sus amenas tendidas riberas
á do pasajeras
se van á perder
las ondas sonoras, en tiendas de armiños
tan sólo los niños
alegres se ven.

—

En lechos de rosas, jazmín y claveles,
bajo almos doseles
de plumas de luz,
reposan tranquilos, sin noche ni día,
sin miedo á la impía
desdicha común.

—

No acosa su mente recuerdo pasado;
que sólo han gustado
la dicha y placer;
porque es la ribera del mar de la vida
la casta, florida,
tranquila niñez.

—

En ella comienza dichoso el camino
do puso el destino
tras linde feliz,
de nuestra existencia, tristísimo, aciago,
el árido y vago
desierto país.

—

Oh! Cuando dormimos al pie de la cuna,
es todo fortuna,
deleites y paz;
el día es tranquilo, la noche serena,
la selva es amena,
frondoso el erial.

—

Las lágrimas puras que entonces se vierten,
acaso divierten
en vez de doler...
Vereda dichosa! Portada florida
por do entra en la vida
la dulce niñez!

Adolfo y la Maga cruzaban por ella;
y el niño tan bella,
tan llana la halló,
que andaba embebido de un lado á otro lado,
gustando la fruta,
doblando la flor.

—

Ya el vuelo seguía de pájaro errante,
ya el ala brillante de insecto sutil,
ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
que rueda del suelo en el verde tapiz.

—

Saltaba y reía, sin pena ni enojos;
gozaban sus ojos
la alegre visión;
sus tiernos sentidos la suave frescura
y el son que murmura
del aura veloz.

—

Vagaba contento, qué importa por dónde?
Su infancia le esconde
la negra verdad.
Á qué preguntarle si es plácido el sueño?
Á qué con empeño
querer despertar?

—

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,
la luz, los jardines
llegaban allí;
ya el sol es ardiente, más duro el camino;
no hay ya peregrino,
plantel ni jardín.

—

Al paso que avanza por otra vereda
detrás de quien queda
la alegre región,
sentía en el pecho que, audaz caminando,
cobraba ganando
firmeza y vigor.

—

La Maga amorosa seguía ligera,
fantasma hechicera,
vagando tras él,
más joven y hermosa conforme adelanta,
dejando su planta
detrás la niñez.

III

ADOLFO

Qué sitio es éste, señora?
Dónde estamos? Que si no
mienten mis ojos, ya es ésta
otra distinta región.

LA MAGA

Estamos, al fin, Adolfo,
en un país superior,
en donde nada caduco
nunca imbécil vegetó.

ADOLFO

Y esos alcázares de oro
que se ven en derredor,
esos pensiles colgados,
esos bosques, cúyos son?

MAGA

De una emperatriz hermosa,
tan alegre como el sol,
en cuyos vastos dominios
no hay lágrimas ni dolor.
Vive en ociosos festines,
de blanda música al son,
en brazos de los placeres,
de la gloria y del amor.
Tan poderosa y tan rica,
que á su audacia y su ambición
ni los mares ponen coto
ni los peligros pavor.
Tan bella y tan cortesana,
pues que como ella no hay dos,
no hay fuerza á quien no atropelle,
ni grandeza la asombró.
Poco á sus delirios fueron
ambos mundos en redor:
«Todo ó nada», dijo ansiosa,
y sobre ambos se asentó.
Y celebrando insensata
su destino triunfador,
llamó al placer y á la vida,
y con ellos le partió.
Trajo á sí cuantas hermosas
les siguen á ambos en pos,
cuantos galanes y ociosos
en ambos mundos halló.
Dióles galas y palacios,
campos de inmensa extensión,
trovadores que les canten,
baños de exquisito olor.
Y al hacer de tanto lujo
desigual repartición,
dijo:—Gozad y pedidme;
que, si hay dioses, yo soy dios.—

ADOLFO

Y quién es tan atrevido
espíritu protector,
á quien nada se resiste
y á quien nada se igualó?

MAGA

La JUVENTUD.

ADOLFO

Dama ilustre!
Envidiable en su favor.

MAGA

La sirvieras?

ADOLFO

La adorara.

MAGA

Fueras su amigo?

ADOLFO

El mejor.

MAGA

Pues alguien hay que pudiera
concedértelo.

ADOLFO

Quién?

MAGA

Yo.

ADOLFO

Quién eres, que tal poder
alcanzas?

MAGA

Su hermana soy:
que JUVENTUD y ESPERANZA,
nacidas á un tiempo son.

ADOLFO

Pues lleguemos al palacio,
porque ya siento, por Dios!
por sus ilustres favores
perdido mi corazón.

MAGA

Esperas vencer?

ADOLFO

Lo espero;
que he de conquistar su amor.

MAGA

Bien haces en esperar,
puesto que contigo voy.

Dió Adolfo el brazo á la Maga,
y ambos, con paso veloz,
doblaron hacia el palacio
en coloquios de ambición.

—

Doquiera en su sacro recinto se oía
la ronca alegría
del loco festín;
los besos y brindis que en torno se exhalan
al alma regalan,
con música dulce, esperanza feliz.

—

Las bóvedas altas, de perlas vestidas,
do están suspendidas
centellas de sol,
duplican del iris la luz transparente
en ancho torrente,
vertiendo en las alas cambiante color.

—

Los ricos tapices que ocultan los muros
remedan los puros
espejos del mar,
sutiles dejando, á través de sus hilos,
mirar los tranquilos
reflejos del muro de limpio cristal.

Doquiera la rosa, el clavel, los jacintos,
en lazos distintos,
en cifras de amor,
anuncian orlando las blandas alfombras,
las mágicas sombras
que, al hombre adulando, le siguen en pos.

—

Amor dice en ésta, en aquélla *Fortuna;*
Valor dice en una,
y en otra *Amistad;*
Placer dice aquélla, y esotra *Riqueza;*
más lejos *Belleza,*
Ventura en aquésta, *Virtud* más allá.

—

Doquiera repiten los anchos salones
ardientes canciones
de gloria y de amor;
y allí en los clarines, allá en las botellas,
con cláusulas bellas
acaso acompañan el báquico son.

—

Allá en los secretos de oculto retrete,
del ancho pebete
al humo fugaz,
de lindas mujeres que están voluptuosas,
soñando amorosas,
las notas se escuchan de amante cantar.

—

—«Los labios hierven en besos,
quemándose están de sed;
venid á templar su hoguera:
no hay más recompensa ni Dios que el placer.»—

—«Y á qué Dios más poderoso
acudiréis que al amor?
Apurad, pues, sus deleites,
que, fuera de ellos, no hay Dios.»—

—«Cómo resistir la herida
de su ballesta sutil?
Venid á beber deleites
hasta embriagaros, venid.»—

—«Los labios hierven en besos,
quemándose están de sed;
venid á templar su hoguera:
no hay más recompensa ni Dios que el placer.»—

Al son de las lanzas y trompas de guerra
que asordan la tierra,
en extenso salón
se sienten los himnos ardientes de gloria,
de noble victoria
que entona el soldado con áspera voz.

—«Bajad al campo sangriento:
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
quién es el imbécil que acierta á vivir?»—

—«Á amar y á lidiar nacimos,
y sin triunfos, cómo amar?
Qué llevar si no en ofrenda
á los pies de una beldad?»—

—«Si amor corona la frente,
nuestras batallas también;
sus coronas son de rosas
y las nuestras de laurel.»

—Bajad al campo sangriento:
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
quién es el imbécil que acierta á vivir?»—

Más lejos, en otra morada hechicera,
do el sol reverbera
con lumbre tenaz,
do llenan las perlas los largos espacios,
los ricos topacios,
el jaspe y el oro, la seda y cristal;

Se siente el tumulto de báquica orgía,
que en cántiga impía,
discorde clamor,
la mesa en desorden, manchadas las ropas,
al son de las copas
rameras levantan sin alma y sin Dios.

—«Venid: la gloria es un sueño:
amor sin fiestas, qué es?
Mirado á través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.»—

—«Vamos la tierra con vino,
embriagados á amasar;
vamos al templo de Baco
en lúbrica bacanal.»—

—«No hay más altar que la mesa,
no hay más Dios que la embriaguez;
el vino confunde el tiempo,
el morir con el nacer.»—

—«Cuando caemos beodos,
mendigo ó rey, qué más da?
Todos bebemos sedientos
arroyos de libertad.»—

—«Qué dulces son nuestros pechos
empapados de licor!
Qué sabrosos nuestros labios,
y qué inmenso el corazón!»—

—«Venid: la gloria es un sueño:
amor sin fiestas, qué es?
Mirado á través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.»—

Allá en otra estancia, do en torno murmura
lejana, insegura
la voz popular,
cantor instigado del Dios que le inspira,
de cóncava lira
la suya levanta al acorde compás.

—

—«Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz:
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.»—

—«Venid á beber sedientos
los raudales del saber:
en sus márgenes se cogen
las coronas de laurel.»—

—«El pueblo escucha al poeta:
venid, venid al cantor.
Qué es el amor ni la gloria
sin la ciencia y la razón?»—

—«De qué os vale de placeres
ese miserable afán?
Si no los canta mi lira,
quién os los ha de envidiar?»—

—«Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz:
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.»—

—

Adolfo, indeciso, consigo luchaba,
sin tino vagaba
detrás del placer;
doquiera anhelante y ansioso corría,
cruzando la orgía,
la gloria gustando, el amor, la embriaguez.

—

Y en voz afanosa—«do estás, dí—murmura,
»altiva hermosura,
»falaz juventud?
»Doquiera te veo, siguiéndote avanzo,
»mas nunca te alcanzo...
»Yo siempre en tu busca y huyéndome tú!»

—

«Oh! Díme, Esperanza, mi fiel compañera,
«do está esa altanera
»cobarde mujer?»
La Maga le sigue, mas no le responde.
«Por qué se me esconde?
»Lo sabes?» La Maga r epuso: «No sé.»

—

«No sabes?» Mentira. Me engañas, traidora,
»me mientes ahora
»que la amo por fin?
»Oh! Ciego por ella, tras ella camino...
»Fantasma divino,
»te adoro, insensato, después que te ví.»—

IV

Cansado de su rápida carrera,
siguiendo la fantástica visión,
de un verde montecillo en la ladera
Adolfo, sollozando, se sentó.

—

Iba el camino por estrecha calle
una suave colina á trasponer,
partiendo por mitad un triste valle
do la estéril colina sienta el pie.

—

A su lado la Maga todavía,
blanca, risueña y cariñosa está,
cual viva estrella que al piloto guía
y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
del aura de la tarde á la merced,
y derramaba su mirada pura
por la campiña que delante ve.

—

Al lejos, entre pálida neblina,
alcánzanse tal vez á distinguir
torres y muros en informe ruina,
y escombros que salpican el país.

—

Hay doquiera ciudades desoladas
cuyo hendido esqueleto humea aún,
manchando con espesas bocanadas
la claridad del firmamento azul.

—

No hay fuentes, ni palacios, ni verjeles,
ni cantan en amena soledad,
saltando entre jacintos y claveles,
aves que gozan con alegre afán.

—

Hay algunas estériles palmeras,
nacidas al azar aquí y allí,
y águilas surcan libres y altaneras
el hueco de la atmósfera sutil.

—

Aún se sienten, perdidos á lo lejos,
los himnos de la alegre juventud,
cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
de una impotente y moribunda luz.

—

Todo es verdad allí, todo se ostenta
sin ilusorio engañador cristal:
por todas partes sin temor se asienta
la rebelde y desnuda realidad.

—

—Las fuerzas—dijo Adolfo—me abandonan;
llena de sombras mi memoria está:
dame el brazo, Esperanza; en mis oídos
esos cantares tentadores van.—

Y era así: que á pedazos por el viento
llegaban en sonora confusión,
ya el mentiroso ó el blasfemo acento
del placer, de la gloria ó del amor.

—«Los labios hierven en besos,
quemándose están de sed;
venid á templar su hoguera:
no hay más recompensa ni Dios que el placer.»—

—«Bajad al campo sangriento:
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
quién es el imbécil que acierta á vivir?»—

—«Venid; la gloria es un sueño:
amor sin fiestas, qué es?
Mirado á través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.»—

—«Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz:
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.»—

—«Oh, cuán felices son en sus placeres,
»ellos cantando, y sin aliento yo!
»Fiestas allí, cristal, oro y mujeres,
»y aquí, conmigo, soledad y error.»

V

ADOLFO

Dónde estamos, Esperanza?

MAGA

Selva es aquésta que ves
de razón y de recuerdos.

ADOLFO

Tiene nombre?

MAGA

La Vejez.

ADOLFO

Y aquellas alegres damas,
y aquel palacio, y aquel
festín espléndido y cánticos
de ventura y de placer?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

Y la hermosa
de que un instante gocé
y tras quien corro insensato?

MAGA

Allá se queda también.

ADOLFO

Conque por fin la he perdido?
Conque en verdad la soñé?

MAGA

El perseguirla es perderla;
que es verdad, é ilusión es.

ADOLFO

Mis amigos?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

De mis soldados, qué fué?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

Y mi gloria,
mis timbres?

MAGA

Allá también.

ADOLFO

Conque todos me dejaron?
Qué resta en la vida, pues?

MAGA

Tu Esperanza está contigo,
siempre acudiéndote fiel.

ADOLFO

Tú sola no me abandonas.

MAGA

Á tu lado siempre iré,
alumbrándote el camino
que tomastes al nacer.
Reposa y vamos.

ADOLFO

Me canso.

MAGA

Yo la mano te daré.

ADOLFO

Dáme un manto; tengo frío:
agua dáme; tengo sed.

MAGA

Vamos á buscar la fuente.

ADOLFO

Está muy lejos?

MAGA

Tal vez.

ADOLFO

No tiene fin el camino?

MAGA

Sí.

ADOLFO

Pues vamos.

MAGA

Tras mí ven.

ADOLFO

Oh cuán distinto, Esperanza,
este camino es de aquel
por donde yo te tendía
mi brazo ligero ayer!

MAGA

Lo que pasó no recuerdes;
mirando adelante ve.

ADOLFO

Sólo de recuerdos vivo.

MAGA

Olvida.

ADOLFO

No puede ser.

Así, con cansado paso,
va caminando tal vez
el hombre con su esperanza,
eterno sol de su fe.
Y así la Maga y Adolfo,
ya el día al oscurecer,
caminan hacia el desierto
de la arrugada vejez.

—

Tristes y á espacio caminan
al crepúsculo del sol,
por medio de un campo estéril,
sin ave, fuente ni flor.
Las cumbres están nevadas,
y en espantoso turbión
se oyen bramar los torrentes
con honda y cóncava voz.
Silba el cierzo entre las peñas
que ostentan en derredor,
entre la nieve á pedazos
en lastimosa ilusión.
Allí una choza arruinada;
allá un templo que se hundió:
más allá un puente abrasado,
ó un hendido murallón.
Rastro del peso del tiempo
que fué pasando veloz,
descabezando en sus crestas
cuantas puntas encontró.
Áspera y postrer jornada,
dura peregrinación,
por donde nada se encuentra
amigo ó consolador.
Apenas en los escombros
de arruinada población,
algunos pobres ancianos
dan á la vida un adiós.
Apenas entre los brezos
se topa un viejo pastor,
que apacienta unos ganados
que sólo esqueleto son.
Mas nadie sabe la historia
de lo que allí vegetó;
todos lloran los recuerdos
de su propio corazón.
Todos miran al risueño
alcázar encantador

que, al pasar por sus dominios,
la juventud les mostró.
Qué dejan? Sus ilusiones.
Qué lamentan? Su valor.
Nada de cuanto gozaron
al desierto les siguió.
Alguna vez aun deliran
con la halagüeña visión
de aquel palacio encantado
que falaz les hospedó.
Pero, al pensar en los cantos
que el deleite seductor
les murmuró en los oídos
en soñada predicción,
Doblan al suelo su frente
con incrédulo dolor,
diciendo, al ir su camino:
Mentira! Todo pasó.

—

Así por entre la nieve
cruzando el desierto van
Adolfo y la Maga, en lento
paso, por quebrado erial.
Cada vez más se avecinan
á las riberas de un mar
que al confín de aquella tierra
tendido en silencio está.
Es el agua turbia, inmoble,
cuyo fin se pierde allá
en un caos de profunda
insondable oscuridad.
Ni el viento al pasar la arruga,
ni en espumas de cristal,
en las húmedas arenas,
se viene á desmenuzar.
Ni escupe conchas de nácar,
ni en su extensa soledad
saltan avaros los peces
el ambiente á respirar.
No se alcanza de la playa,
por el perdido arenal,
más que una choza mezquina,
de estrecha concavidad.
Cuya puerta desquiciada,
ya mohosa y desigual,
com o párpado sin ojo,
mirando hacia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:
—No puedo, Esperanza, más;
entremos en esa choza
un momento á descansar.
Entraron en la cabaña,
y á la débil claridad
con que alumbra todavía
un crepúsculo fugaz,
Hallaron un ancho espejo,
en cuyo limpio cristal
Adolfo vió con espanto
una sombra reflejar.
—De quién es aquella imagen?
preguntó, en duda tenaz
con su memoria luchando,
recelando la verdad.
—La tuya es—dice la Maga.
—Pues, cómo mi frente ya
calva y arrugada miro,
y tan gastada mi faz?
No era ayer niño y hermoso
contigo, Esperanza, al dar,
cuando á despertar viniste
mi infantil curiosidad?
—Entonces naciste al mundo;
y el canastillo en que audaz
conmigo bogastes, era
tu cuna, Adolfo, no más.
Las brisas de mis promesas
lleváronte á desear,
y entraste por el camino
de la loca vanidad.
Así el valle de la vida
has venido á atravesar,
entre pensiles de flores
y palacios de cristal.
—Ay!—clamó Adolfo llorando—
que no los puedo olvidar,
ni á aquella reina orgullosa
á quien ya no veré más.
Así se pasa la vida
en gemir y en esperar
lo que buscamos en ella,
ó lo que perdimos ya.
Esta choza es una puerta
de la oscura *eternidad;*
ese espejo es la *razón,*
y la *nada* es ese mar.

Todo aquí se desvanece;
nada hay delante y detrás.
Allá se queda la vida,
y los deleites allá.
Este es el punto por donde
se descubre la *verdad,*
y aquí, sólo la *esperanza*
aun con nosotros está.

VI

PLEGARIA

Blanca ilusión! Benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazón,
á cuyo tibio resplandor se alcanza
un *más allá* en el hondo panteón.

—

Tú sola nos alivias el camino
en que entramos al tiempo de nacer;
nuestro amargo destino es tu destino;
siempre amiga te hallamos por doquier.

Delante de ese espejo misterioso,
de nuestra nada ante el extenso mar,
aún vienes con semblante cariñoso
nuestra seca razón á consolar.

—

Oh! Tú nos doras la niñez tranquila,
enciendes nuestra ardiente juventud;
la vejez nos sostienes, que vacila,
y aun ardes en el cóncavo ataúd.

—

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
siempre nos vienes asistiendo en pos:
y, amiga fiel, nos dejas al perderte
al pie del trono del inmenso Dios.

—

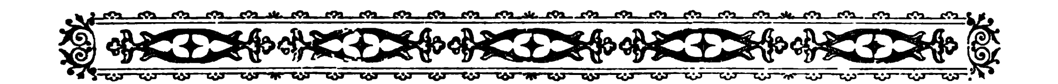
Sol de mi vida! Sin cesar conmigo
mis lentas horas alumbrando ven:
no apagues, no, tu resplandor amigo
mientras mis ojos en vigilia estén!

—

Lámpara de mi nicho solitario!
Baja conmigo al negro panteón,
y séanme los pliegues del sudario,
de sueño eterno santo pabellón!







LOS BORCEGUÍES DE ENRIQUE II

ROMANCE

> Riñeron los dos hermanos,
> y de tal suerte riñeron,
> que fuera Caín el vivo
> á no haberlo sido el muerto.
> ....
> Valiente llaman á Enrique,
> y á Pedro tirano y ciego,
> porque amistad y justicia
> siempre mueren con el muerto.
>
> *(Romancero general.)*

I

Después de la cruel tragedia
en que murió el rey don Pedro
á manos de una traición
de serviles extranjeros,
su matador don Enrique
gozó en calma largo tiempo
la corona de su hermano,
por la fuerza y por el hecho.
Aunque de sangre bastarda,
cuentan de él famosos hechos,
liberalidades grandes,
de real corazón ejemplos.
Dicen que á Castilla dió
gran prez y engrandecimiento,
en paz viviendo con todos,
por la fuerza ó el ingenio.
Y Aragón, Francia y Navarra
y Portugal le temieron,
y le temblaron los moros,
aun teniéndole tan lejos.
De la voluntad de Dios
incomprensibles secretos,
mas donde van siempre juntos
los castigos y los premios!
Vivió dichoso este rey
tras el fratricidio horrendo,
fama conquistando y nombre
de liberal y de recto.
Lo cual celebran los malos
y desespera á los buenos,
que no hay más ley que la fuerza
ni más justicia, creyendo.
Mas bien se ve en don Enrique,
por la muerte que le dieron,
de Dios la recta justicia
y la igualdad de los cielos.
Con hierro mató á su hermano,
y él acabó con veneno;
por extranjeros matóle,
y á él matáronle extranjeros.

—

Veía el rey de Granada,
ayudador de don Pedro,
del reino de don Enrique
la prez y acrecentamiento.
Veíalo, recelando
que la memoria de aquéllo,
y el rencor que produjera
de don Enrique en el pecho,

aun en él se alimentaran,
fermentando en el silencio;
y el moro pensó en sí mismo,
y pensó con mucho acierto.
Veló, inquirió con astucia,
de sus espías por medio,
el grande apresto de guerra
que el de Castilla iba haciendo.
Y al ver la paz asentada
con los inmediatos pueblos,
y á los monarcas cristianos
en amistad y sosiego,
penetró del rey Enrique
el oculto pensamiento,
y otro pensamiento oculto
pensó oponerle resuelto.
«Amigo fuí de su hermano—
dijo el moro.—Él es soberbio,
y el ultraje no ha olvidado,
y está á volvérmele atento.
Ganémosle por la mano;
y, astutos, al defendernos
venguemos con sangre suya
la sangre del rey don Pedro.»
Dijo esto el moro una tarde,
por los jardines amenos
del alto Generalife
en solitario paseo.
Y, enderezando los pasos
al alcázar opulento
de la Alhambra, mandó al punto
que llamaran en secreto
á un moro de grande ciencia
y en medicinas muy diestro,
el mejor de sus amigos
y el más leal de sus deudos.
Vino el moro, y, encerrándose
con él en un aposento,
en larga plática oculta
hasta el alba se estuvieron.
Nadie lo que hablaron supo,
nadie jamás cayó en ello;
los hechos lo revelaron
y lo aclaró sólo el tiempo.
Sólo se dijo en Granada,
con recatado misterio,
que el sabio huía del rey,
y el rey le echaba del reino.

II

En Santo Domingo estaba
don Enrique, y muy ufano
celebraba con festejos
sus paces con el Navarro.
Todo era gozo en la corte,
todo en la ciudad saraos,
y luminarias y músicas,
cañas, toros y caballos.
Andaban los caballeros
con las bandas y penachos
de los colores del gusto
de ambos á dos soberanos.
Y andaban los trovadores,
con cantares regalados,
las grandezas de ambos reyes
en sus rimas encomiando.
Y andaba el rey don Enrique
con largueza real premiándolos;
ya elogiándoles los versos,
y ya con oro pagándoselos.
Y andaba Villasandino (1),
poeta el más afamado,
entre la gente de corte,
vestido á lo cortesano.
Y andaba Pero Ferrús
sus dulces trovas cantando,
desde el alba hasta la noche,
desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena
del mes de Abril, á caballo,
con su corte el rey Enrique
quiso salir por el campo.
Ya comenzaban entonces
las florecillas del prado
á salpicar de los céspedes
el verde y tendido manto.
Ya iba el tomillo oloroso
sobre los juncos brotando,
llenando el aura de aromas,
cuanto más puros más gratos.
Ya empezaban á vestirse
de frescas hojas los álamos,

(1) Véase la nota 1.ª, página 78.

y las rojas amapolas
á crecer en los sembrados.
Y todo la primavera
por doquier iba anunciando,
con su hierba la campiña,
y con sus trinos los pájaros.
Cabalgaba don Enrique,
con sus nobles platicando,
por fuera de la ciudad
en paseo sosegado,
cuando, jinete seguro
sobre un potro jerezano,
vió que hacia ellos llegaba,
solo, un árabe gallardo.
Sobre el almete de acero
rollaba turbante blanco,
y espesa malla vestía,
bajo el alquicel plegado.
Corvo alfange y lanza aguda
llevaba en opuestos lados,
y con cadenas de plata
el negro potro arrendado.
Y, en fin, las prendas que usaba
la opulencia iban mostrando,
y su bizarra apostura
lo noble del africano.
Detuvo el rey su trotón
un punto para mirarlo,
y su potro el sarraceno
tuvo también, saludándolo.
Quedáronse unos momentos
mirando uno á otro entrambos,
hasta que así dijo el rey,
y dijo así el africano:

EL REY

Vengas en paz, sarraceno.

EL MORO

Alá te guarde, cristiano.

EL REY

Adónde va el agareno?

EL MORO

Á buscar al castellano.

EL REY

Pues qué, no da ya Granada
á los creyentes asilo?

EL MORO

Mina una lengua dañada
el corazón más tranquilo.
No hay moro que más resuelto
servido haya á su señor;
mas el semblante me ha vuelto
Mahomad, como á un traidor.
Sin lealtad y sin fe
se olvidó de mi amistad,
y allí á Mahomad dejé.
Alá guarde á Mahomad!

EL REY

Y qué espera del cristiano?

EL MORO

Diz que es un rey caballero
el vuestro rey castellano,
y á ofrecerle voy mi acero.

EL REY

Y si te recibe mal?

EL MORO

Continuaré mi camino.

EL REY

Y si osa á tí desleal?

EL MORO

Me avendré con mi destino,
mas de ello estoy bien ajeno.
Para mí malo ha de ser
quien para todos fué bueno?
Ante él me podéis poner?

EL REY

Moro, en su presencia estás;
y tu acendrada opinión
no desmentirá jamás
la fe de su corazón.

EL MORO

Tú eres don Enrique?

EL REY

Sí.

EL MORO

Dáme los pies á besar.

EL REY

No: cabalga junto á mí,
que quiero contigo hablar.—
Picó espuelas don Enrique,
é imitóle el africano,
y, atravesando la puente,
en Santo Domingo entraron.

III

Ó el bueno de don Enrique
fué crédulo por demás,
ó el moro fué por su parte
sutilísimo y sagaz;
porque en menos de dos días
entre los dos de tratar,
entre ambos á dos había
estrechísima amistad.
Ya fuera, que el africano
descubriese desleal
á Enrique graves secretos
del rey moro Mahomad;
ya fuera que el rey Enrique
se los quisiera arrancar,
con una sagaz política
á la del árabe igual;
ya fuera que ambos á dos
se intentaran engañar,
ó ya que los dos obrasen
con hidalga lealtad,
ello es cierto que aquel moro
del rey empezó á gozar
muy repetidos favores
y muy grande intimidad;
que hizo á todos los privados
ante su favor cejar,
por más que el vulgo y la corte
murmuró de este desmán.
Decían, y con justicia,
que le sentaba muy mal
á todo un rey castellano
con moros tanta amistad;
que quien nació su enemigo,
era al cabo de esperar
que tuviera allá en su pecho
poca ó ninguna verdad.
Todo ello dicho en razón,
y sin respeto quizás,
pero dicho todo en balde,
pues no lo quiere escuchar
el rey, que, por su capricho
ó por recóndito plan,
hacia el gallardo africano
inclina la voluntad.
Y ya por secretas causas
ó por afición real,
festejábanse uno á otro
con correspondido afán.
Dábale el rey privilegios,
y rentas que disfrutar;
dábale estancia en palacio,
y aun en su mesa sitial.
Y el moro, á quien cada día
remitían sin cesar
desde Granada sus deudos,
sus amigos desde Orán,
tesoros inestimables
y presentes sin igual,
al rey se los ofrecía
con gran liberalidad.
Y apenas día pasaba
sin que le fuera á llevar,
ya el damasquino mandoble,
ya el cordobés alazán,
y siempre entre sus regalos
solían ir á la par,
ya el velo para la reina,
ya para la dama el chal,
ya la armadura dorada
para el príncipe don Juan,
ya el perro de mejor rastro,
ya el azor más perspicaz.
Todo era el moro larguezas,
y el rey prodigalidad;
si el rey el más generoso,
el árabe el más galán.
Todo era fiesta el palacio,
tañer, danzar y trovar;
todo festejos el día,

toda la noche rondar.
Todo festines y amores
en la gente principal;
todo embriaguez y rondallas
el vulgo hambriento y audaz.
Si en una apuesta ó torneo
placíale al rey bajar
á correr en el palenque
con un noble á trance igual,
bajaba el moro tras él
á lucir su habilidad
en los bohordos y cañas
y juegos de uso oriental.
Y nadie rompió una lanza
con tanta seguridad,
ni nadie montó un caballo
con una destreza tal,
ni nadie metió en el blanco
tantos dardos á la par,
ni nadie en cortesanía
logró alcanzarle jamás.
Si diez sortijas ganaba,
si ocho lazos alcanzar
lograba una misma tarde,
cual diestro, siendo galán,
al rey y á la reina al punto
ofrecía la mitad,
entre las damas más bellas
repartiendo las demás.
Y así se pasaba el tiempo,
y así en escándalo asaz,
de don Enrique y el árabe
se estrechaba la amistad.
Y, ó el bueno de don Enrique
crédulo era por demás,
ó era por su parte el moro
sutilísimo y sagaz.

IV

Corrió todo el mes de Abril
para el confiado Enrique,
uno de los más gloriosos
y uno de los más felices.
La tierra empezó con Mayo
con sus flores á cubrirse,
y el cielo fué despejándose
de nubes y nieblas tristes.
El viento henchían de aromas
los cefirillos sutiles,
recogidos en las ramas
de los huertos y jardines.
Veía el rey favorable
estación tan bonancible
para realizar los planes
que supo allá concebirse
en su corazón y juicio,
y que, á poder él cumplirles,
fuera acaso el rey más grande
y el mejor de los Enriques (1).
Pero no hay cosa que el hombre
para su bien imagine,
que no le estorbe la suerte
que por su bien la realice.
Ya ha días que el sarraceno,
tan pródigo en los festines
y en los regalos, ninguno
á su nuevo rey dirige.
Ya ha días que de su parte
el rey ninguno recibe,
ni el rey le manda sus pajes
con prenda alguna que estime.
Y unos dicen que ya en ellos
no está la amistad tan firme,
y otros, que dió á sus tesoros
fin el africano, dicen.
Pero desmentidos vieron
sus murmullos los malsines
en la mañana de un martes,
día aciago entre gentiles.
Gozaba el rey todavía
blando reposo apacible,
cuando, al dintel de su cámara,
un negro que al moro sirve
se presentó demandando
si la entrada le permiten;
y como saben los pajes
que el rey donde quiera admite
al esclavo y á su dueño,
ninguno el paso le impide.
Franqueáronle, pues, la puerta,
y, apartando los tapices,
en la cámara del rey
entró en silencio el etíope.

(1) Véase la nota 2.ª, pág. 80.

Quedó tras él el ambiente
lleno de oloroso almizcle,
que un azafate que lleva
entre las manos despide.
Mas no pudo nadie ver
lo que en él se deposite,
porque cubierto lo trajo
con la hermosa piel de un tigre.
Sintióse con el esclavo
hablar al rey don Enrique;
sintiéronse las ventanas
á la voz del rey abrirse,
y tras de breves momentos,
con su semblante impasible,
como una siniestra sombra
volvió á salir el etíope.
Quedó el rey con el regalo
sobre su lecho, y posible
no siéndole contenerse,
levantó la piel de tigre
que cubría el azafate,
y no es fácil de escribirse
su sorpresa al ver en él
dos moriscos borceguíes.
Eran de una piel más blanca
que la pluma de los cisnes,
abotonados con perlas
y un hebillón de rubíes.
Mil exquisitos bordados
la piel finísima visten
de mil caprichosos ramos,
mil arabescos perfiles,
con cuyo primor y gusto
en tejidos y en matices
los encajes y las flores
inútilmente compiten.
Obra del Oriente sólo
y de moriscos artífices,
que hacen palacios de piedra
como el encaje sutiles.
Trabajo de aquellas manos
que, para que al mundo admire,
nos dejaron una Alhambra
del Darro en la orilla humilde.
La Alhambra, ante quien Europa
ya desengañada dice:
«No fué de bárbaros raza
la que alzó el Generalife.»
La primorosa labor;
la pedrería que ciñe,
orla, corona y enlaza
los moriscos borceguíes;
el suave aroma que exhalan;
su piel dócil y flexible;
lo bien que al pie se le ajustan,
sin dañarle ni oprimirle;
la novedad del regalo,
y el traer del moro origen,
fueron razones de gozo
para el buen rey don Enrique.
Mandó entrar, pues, á sus pajes
á tocarle y á vestirle,
para ostentar dignamente
los preciados borceguíes.
Bizarramente atavióse;
y al ver cuán brillante sigue
su curso sereno el sol
y el día en púrpura tiñe,
pensó en celebrar del moro
el rico regalo insigne
con improvisada fiesta
que su placer le atestigüe.
Llamó, pues, al africano,
y mandando que le ensillen
los caballos, y que apresten
los azores y neblíes,
una partida de caza
y un campesino convite
para el árabe y sus nobles
rápidamente apercibe.
Y hora y sitio y compañía
señala, busca y elige,
y alegremente cabalga,
parte, y la corte le sigue.

V

Está el sol resplandeciente,
y purísima la atmósfera,
y el azul del firmamento
sombrías nubes no entoldan.
Sólo á trozos le salpican,
de ráfagas voladoras
al impulso arrebatadas,
nubecillas caprichosas;
vapores tornasolados,

que así varían de forma
como varían de sitio,
hasta que al fin se evaporan.
Risueño está el día, amena
la campiña, encantadora
la caza de cetrería,
en que los del rey le gozan.
Á inmenso trecho, en el aire,
los neblíes se remontan,
sin que los pierdan de vista
los cazadores. Qué airosa
se cierne, libre en los aires
sobre sus alas, y esponja
su fina y rizada pluma,
la garza provocadora!
Cómo se burla del vuelo
de las aves temerosas
que la huyen, y á quien persigue
revolando juguetona!
Cómo en torno de su presa
gira y revuelve, y la acosa,
y en su derredor circula,
de su torpeza por mofa!
Ya, al parecer, libre y salva
dejándola, el vuelo acorta;
ya, á perseguirla volviendo,
la precipita afanosa.
Tiembla la avecilla débil,
canta el ave triunfadora,
y en espiral rapidísimo
caen á la tierra una y otra,
y el lance á juzgar alegres
los cazadores se agolpan,
y con aplausos y risas
á celebrar la victoria.
Contentísimo está el rey,
contenta la corte toda,
y las damas que esto miran
desde una empinada loma.
El halcón negro de Enrique
s quien lleva por ahora
honor de la partida.
on qué humildad tan donosa
ace la presa, la abate,
los pajes la abandona,
á don Enrique volviéndose,
la mano se le posa!
cómo el rey le acaricia
y en su palma le coloca,
y esponja el ave sus plumas
agradecida y gozosa!
Lánzala, y rauda se eleva;
la llama, y se abate pronta:
dijeran que oye y comprende
las palabras de su boca.
El sarraceno, que el arte
de la cetrería ignora,
porque no es arte seguido
por la raza de Mahoma,
su incomparable destreza
prueba con dardos que arroja,
que desde el caballo lanza
y desde el caballo toma.
Hienden el aire silbando
con rapidez prodigiosa,
y tan certeros los tira,
que á los más diestros asombra.
Su esclavo negro le sigue
sobre yegüecilla torda
de ruin estampa, mas fuerte,
incansable y corredora.
Y éste recoge los dardos
de su amo, que al suelo tocan,
al estilo de los árabes,
con mano segura y pronta,
sin abandonar el lomo
del animal en que monta;
el cual lleva en su carrera
la tierra al vientre tan próxima,
que, inclinándose el jinete
sin que apenas se conozca,
ase el dardo que está en tierra,
aun sin mirar si lo cobra.
Tanto puede la costumbre,
tanto la práctica logra,
y tanto á los castellanos
por eso entrambos asombran!

En esto, y cuando en los aires
mirada firme y ansiosa
todos clavada tenían
en una torcaz paloma
que, de un halcón perseguida,
iba, á la herida traidora
del dardo del sarraceno,
á caer, si le era próspera,

como siempre, su certeza,
cubrióse la tierra toda
de oscuridad tan espesa,
que el día fué noche lóbrega.
Sintiéronse al punto todos
presa de mortal congoja,
sin que pudieran sus ojos
penetrar aquellas sombras.
Barrió el suelo un viento rápido
y helado y, cuando á la atmósfera
oscura se hizo la vista,
con hondísima zozobra
vieron lucir las estrellas
que el firmamento tachonan,
creyendo que de repente
menguaba el día seis horas.
Faltó el aliento en los pechos,
faltó la voz en las bocas,
y todos, ante el prodigio,
callando tiemblan ú oran.
Sólo el árabe y su esclavo
que están platicando notan,
y aquel fenómeno aplauden
con una alegría loca;
y escuchando los cristianos
su algazara escandalosa,
por sortilegio lo juzgan,
por brujería lo toman.
Hasta que á pocos minutos,
asomando luminosas
del encapotado sol
las resplandecientes orlas,
volvió poco á poco el día,
volvió á ausentarse la sombra,
y el moro explicó el eclipse (1)
á la comitiva absorta.
Mas, aunque entendieron todos
que esas señas espantosas
de este vistoso fenómeno
son las circunstancias propias,
á nadie arrojar fué dado
del corazón la congoja,
ni nadie siguió tranquilo
en caza tan azarosa.
Tornaron, pues, en silencio,
con faz decaída y torva,
á la ciudad que dejaron
con risa tumultuosa.
Quejóse el rey de cansancio,
y, tras noche asaz incómoda,
no pudo al día siguiente
salir por sí de su alcoba.
Vinieron con tal noticia
los sabios de la redonda,
y declararon unánimes
que el mal del rey *era gota.*

VI

Pasáronse así dos días,
y así se pasaron seis,
y así se contaron nueve,
y rayaron en los diez,
y en ellos las medicinas
sólo sirvieron al rey
para entender que la muerte
le asaltaba por los pies.
Llorábale su hijo el príncipe,
y la reina su mujer,
y, más que todos, el moro
se hacía al llanto por él.
Iba y venía afanado
los calmantes á traer,
y á preparar los remedios
con cuidadoso interés;
y como era hombre entendido,
y el rey le quería bien,
murmuraban de ello muchos,
mas le dejaban hacer.
Mirábanle los doctores
con ojeriza también;
mas á raya se tenían,
respetando su saber.
Que era el árabe en su ciencia
hombre de tan alta prez,
que no hubo quien en Castilla
se le supiera oponer.
Y en las juntas que les plugo
reunir alguna vez,
siempre que él tomó la suya,
fuerza á los demás les fué
convenir exactamente
en lo propuesto por él,
y á sus opiniones siempre

(1) Véase la nota 8.ª, pág. 80.

y á sus razones ceder.
Y con tanta confianza,
con tan recta sencillez
la enfermedad explicaba,
y daba su parecer
con tanta y tan sana lógica,
con tan candorosa fe,
que nadie que le escuchaba
le dejaba de entender.
Y los remedios servía
al real enfermo después
con tan sincero cariño,
con exactitud tan fiel,
que nadie le pudo tacha
en su servicio poner.
Y en el tiempo que duró
aquella dolencia cruel,
todas las noches velando
estuvo el árabe al rey.
Sus largas noches de insomnio
le sabía entretener
con orientales historias
más sabrosas que la miel.
Los monteros le escuchaban
embebidos á su vez,
y el más suspicaz no supo
desconfiar ni temer.
Si alguna vez don Enrique
le miró con esquivez,
á impulso de los dolores
que le hacían padecer,
mesaba el moro su barba
y se trataba de infiel,
de triste y desventurado,
y, sin tenerle merced,
decía que de aquel mal
él sólo la causa fué,
con la maldecida caza
dispuesta en obsequio de él.
En fin, de aquella dolencia
al rayar el día diez,
e rey se sintió mortal,
y á Manrique el canciller
d mandando á toda prisa,
y á su confesor después,
á concluir se dispuso
c mo católico y rey.
E tonces, cruzando el moro
de las puertas el dintel,
de la turba cortesana
cruzó sombrío á través.
—Doctor—le dijeron muchos—
creéis que viva?—Tal vez—
les dijo—dure cuatro horas.—
Pero no llegó ni á tres.

VII

Murió don Enrique en lunes,
treinta de Mayo, á las dos,
como á un caballero cumple,
como á un monarca español.
Fama de bueno y de justo
y de liberal dejó;
mas juzgó mal de su muerte
el vulgo murmurador.
De aquella dolencia incógnita
el fatal estrago atroz
en breves días, sin tregua,
al sepulcro le arrastró.
Y aquel agüero funesto
de haberse apagado el sol,
y hacer noche al medio día
en el que él adoleció;
la amistad con aquel moro,
tal vez secreta ocasión
de la enfermedad traidora,
á muchos les recordó
lo bastardo de su sangre
y la sangrienta traición
con que en Montiel á su hermano
el rey don Pedro mató.
Unos lo dan por prodigio,
otros por falsa invención.
Quién, pues, lo cierto averigua
á través de tanto error?
Las conjeturas son rectas;
el moro despareció,
y el rey empezó á sentir
en las plantas el dolor
desde el día en que sus ricos
borceguíes se calzó.
La causa, pues, de su muerte
la sabe quien la hizo y Dios.

NOTAS

1.ª Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrús, poetas del tiempo del rey don Enrique Segundo, cuyas cantigas recogió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey don Juan, primero de este nombre.—Fué este Villasandino el poeta más celebrado de su época, no sin razón, y alcanzó los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Largas son de citar las buenas canciones de este poeta: véanse, sin embargo, dos, la primera suya y la segunda de Ferrús, que manifiestan además la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida don Enrique, razón principal que me mueve á citar éstas y no otras.

Decir que fiso Alfon Alvarez de Villasandino para la tumba del rey D. Enrique el Viejo:

Mi nombre fue don Enrique,
rey de la fermosa España.
Todo ombre verdat publique
sin lisonja por fasaña.
Pobre andando en tierra estraña,
conquisté tierras é gentes.
Agora parad bien mientes
quel yago tan sin compaña
so esta tumba tamaña.

—

Con esfuerzo é lozania
é orgullo de corazon
fui rey de grant nombradia
de Castilla é de Leon.
Puse freno en Aragon,
en Navarra é Portugal:
Granada miedo mortal
ovo de mi esa sazon,
recelando mi opinion.

—

Á los mios é á estraños
fui muy franco é verdadero.
Poco mas de dose años
me duró este bien entero.
Nunca creí de ligero.
Bien guardé sus privillejos
á fidalgos é concejos:
conosciendo á Dios primero
de quien galardon espero.

—

Mi alma va muy gozosa
por dejar tal capellana,
tan complida, é tan onrosa
la muy nòble doña Juana,
muy onesta, é sin ufana,
reina de liña real,
mi muger noble, leal,
en todo firme é cristiana,
quita de esperanza vana.

—

Dejo á los castellanos
en riquezas, sin pavor:
de todos sus comarcanos
hoy le lievan lo mejor.
Por su rey é su señor
les dejo muy noble infante
don Juan mi fijo, bastante,
bien digno é merescedor
para ser emperador.

Decir de Pero Ferrús al rey don Enrique:

Don Enrique fue mi nombre,
rey de España la muy gruesa,
que por fechos de grant nombre
meresco tan rica fuesa.
Grave cosa nin aviesa
nunca fue que yo temiese,
porque el mi loor perdiese;
ni jamás falté promesa.

—

Nunca yo cesé de guerras
treinta años continuados.
Conqueré gentes é tierras,
é gané nobles regnados.
Fis ducados é condados,
é muy altos señorios:
é di á estraños é á mios
mas que todos mis pasados.

—

En peligros muy estraños
muchas veces yo me vi,
é de los mios sosaños
sabe Dios cuántos sofri.
Contemprarme sope asi
con esfuerzo é mansedumbre.
El mundo por tal costumbre
sojuzgar yo lo crei.

—

Sabed que con mis hermanos
siempre yo quisiera paz,
adoviéronme tiranos
buscándome mal asaz.
Quisolo Dios, en quien yaz
el esfuerzo é poderio,
ensalzar mi poderio
é á ellos di mas solaz.

—

Con todos mis comarcanos
yo paré bien mi fasienda:
quien al quiso, amas manos
ge lo puse á contienda.
É bien asi lo entienda
el que fue mi coronista,
que de paz, ó de conquista
onrosa quis la enmienda.

—

En la fe de Jesucristo
verdadero fui creyente,
é á la eglesia bien quisto,
muy amado é obediente.
Fis onra muy de talante
cuanto pude á sus prelados,
seyendo de mi llamados
señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud
yo servi á Santa Maria,
preciosa Virgen, salud,
nuestra dulzor, é alegria.
Por saña, nin por follia,
á santa jamas, nin santo
nunca yo dije mal, cuanto
los ojos me quebraria.

—

É teniendo yo mi imperio
en paz muy asosegado,
que cobré con grant laserio
por onrar el mi estado,
plogo á Dios que fui llamado
á la su muy dulce gloria,
do estó con grant vitoria.
El su nombre sea loado.

—

La mi vida fue por cuenta
poco mas que el comedio;
cinco años mas de cincuenta (1)
é cuatro meses é medio.
Pusome Dios buen remedio
á mi fin, que yo dejase
fijo noble que heredase
tal que non ha sin medio.

—

Deben ser los castellanos
por mi alma rogadores,
ca los fis nobles, ufanos,
guerreros, conquistadores:
é á Dios deben dar loores
por los dejar yo tan presto
mi amado fijo onesto,
de liña de emperadores.

—

Yo le dejo bien casado
con la infante de Aragon;
porque parti consolado
al tiempo de mi pasion.
Á este viene bendicion
é los regnos por linages.
Los que de estoria son sages
saben bien esta razon.

---

(1) Acaso deberá ser *cuarenta*, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

Dejo noble mujer buena,
que es la reina doña Juana,
que por todo el mundo suena
su grant bondat sin ufana.
Non cesa noche é mañana
facer por mi sacrificios,
que son deleites é vicios
á mi alma que los gana.

—

Ella sea heredada
en paraiso conmigo,
do le tien presta morada
Jesu-Cristo, su amigo.
De hoy mas á vosotros digo,
vasallos, é mis parientes,
é yo dejo á todas gentes
este escripto por castigo.

Quien muy bien escudriñare
las razones que en el dis,
é cobdicia en si tomare
de los fechos que yo fis,
non engruese la cervis
echandose á la vilesa,
nin se paguen de escasesa
que á todo mal es rais.

—

Quien vivir quiere en ledicia
é del mundo ser monarca,
desampare la cobdicia,
que todos males abarca.
Franqueza sea su arca,
esfuerzo, é bien faser,
que lo tal suele tener
mucho bien á su comarca.

2.ª Fue su muerte (la de don Enrique) muy plañida de todos los suyos; é non sin razon, ca pues tenia sus paces, é tratos, é casamientos, é sosiegos fechos en Francia, é Portogal, é Aragon, é Navarra, de fecho trataba é lo mandaba ir guisando, que si viviera era su intencion de armar grand flota, é tomar la mar del estrecho á Granada. É despues que él toviese tomada la mar, que de allende no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante don Juan su fijo, é otra el conde don Alonso su fijo: é en su cuadrilla irian tres mil lanzas con él é quinientos ginetes, é diez mil omes de á pie: é las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, é cada mil ginetes, é cada diez mil homes de á pie: é entrar cada año tres entradas de cuatro á cuatro meses, é andar todo el regno, é non cercar logar, mas falcar cuanto fallasen verde. É que irian las cuadrillas de guisa que en un dia se pudiesen acorrer, si tal caso recreciese: é despues salir á folgar á Sevilla é Córdoba, é otro logar do tenian sus bastecimientos. Que desta guisa, fasta dos ó tres años le darian el regno á pura fuerza de fambre, é faria de los moros cuanto quisiese. É Dios non quiso que se compliese ca tomole la muerte &c.

(Crónica de don Enrique II.)

Tales eran los planes de este rey, y por los cuales digo de él:

...y que, á poder él cumplirles,
fuera acaso el rey más grande,
y el mejor de los Enriques.

3.ª ...á diez y seis del mes de mayo un lunes despues de visperas, fizo el sol eclipse, é se oscureció todo él, que non se veian los omes unos á otros, é aparecieron las estrellas en el cielo, asi como si fuera media noche; é duró aquella oscuridad una hora........... é falleció el rey el lunes á treinta del mismo mes.

Esto dice la crónica de este eclipse; la sola variación que hay en el romance es el atraso de un día, porque yo lo he fijado en martes, y no en lunes, como aconteció.



LA REINA Y LOS FAVORITOS

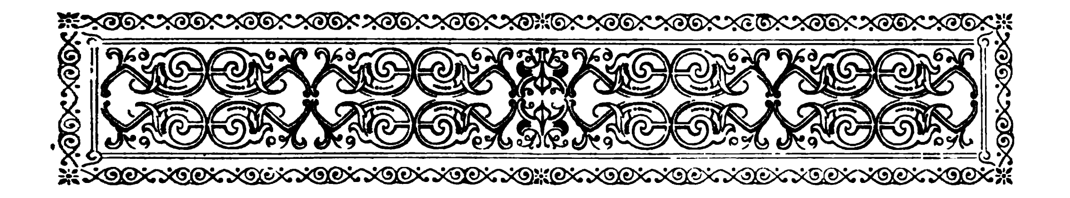
DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

PERSONAJES

Doña Luisa de Guzmán, *Reina regente de Portugal.*
El Conde de Castel-Melhor.
Don Luis de Sandoval.
El Rey Don Alfonso VI de Portugal.
Antonio Conti Vintimiglia.
Doña Aurora de Molina.
Juliana.
Gil.
Tristán, *negro.*
Un Juez.

Rondas, embozados y soldados.

La escena pasa en Lisboa el año 1661



LA REINA Y LOS FAVORITOS

ACTO PRIMERO

Plazuela en Lisboa. A la derecha una casa con puerta y ventana baja practicable. A la izquierda una iglesia en cuyo pórtico ó peristilo puedan ocultarse los personajes unos de otros. En el fondo una casa: calles á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AURORA *y* JULIANA *con mantos, saliendo por la derecha*

JULIANA

Ya estamos en salvo. Aquí
nuestra nueva casa está.

DOÑA AURORA

Alguno sigue quizá
nuestra huella.

JULIANA

Á nadie ví,
aunque volví, doña Aurora,
la cabeza á cada paso.

DOÑA AURORA

Sospechado habrán acaso
la mudanza!

JULIANA

Estad, señora,
descuidada; ni el casero
sabrá que ya no habitamos
su casa, pues conservamos
las llaves.

DOÑA AURORA

Y el caballero
que esta noche ha de volver?

JULIANA

Allí está Gil, que maestro
en cuentos, le sabrá diestro
engañar ó entretener
hasta que tengáis respuesta
de don Luis, ó el Cardenal.

DOÑA AURORA

Malhaya el que á Portugal
nos trajo!

JULIANA

La casa es ésta;
entremos pronto, señora,
y cerrémonos con llave.

DOÑA AURORA

Mas Gil, dónde estamos sabe?

JULIANA

Sí sabe; y á cualquier hora
que venga, en esa ventana
le he prevenido que toque
para que no me equivoque.

DOÑA AURORA

Dios nos proteja, Juliana;
entremos.

JULIANA

Pasad.

DOÑA AURORA

Y cierra.

JULIANA

Por supuesto; con cerrojo,
llaves y tranca, pues flojo
es el apuro! *(Entran y cierran.)*

ESCENA II

CASTEL-MELHOR *y después tres hombres*

CASTEL-MELHOR

La tierra
me vienen ganando; y ellas
de aquí pasar no han podido;
ellos mi rastro han perdido
tal vez, pero yo sus huellas...
Dos casas sólo hay aquí
y el sitio sé; por ahora
me salvo, y en mejor hora
volveré.

HOMBRE 1.°

Miradle allí.

HOMBRE 2.°

Es él?

HOMBRE 1.°

Vaya! No ha podido
ir más que por esa oscura
calleja, y su embocadura
de vista no hemos perdido.
(Á Castel-Melhor.)
Gracias á Dios, buen hidalgo,
que os parásteis.

CASTEL-MELHOR

Una hora ha
que estoy parado.

HOMBRE 1.°

Quizá
se os perdió por aquí algo?

CASTEL-MELHOR

Y á ucedes?

HOMBRE 1.°

Nadita más
que vuestra persona; y pues
os vemos, pérdida no es,
sino hallazgo. Conque... *(Va hacia él. Castel-Melhor le pone al pecho la espada.)*

CASTEL-MELHOR

Atrás.

HOMBRE 1.°

Es valiente?

CASTEL-MELHOR

Lo que sobra
para ellos.

HOMBRE 1.°

Tema tenemos
en conoceros.

CASTEL-MELHOR

Veremos.

HOMBRE 1.° *(Á los suyos.)*

Ea, manos á la obra. *(Riñen.)*
Buen brazo; mas, vivo ó muerto,
el rostro os hemos de ver.

CASTEL-MELHOR

Lo que es vivo, no ha de ser.

HOMBRE 1.°

Pues os entierran de cierto.

ESCENA III

DICHOS *y* DON LUIS *por la izquierda*

DON LUIS

Tres contra uno? Ah villanos!
(Á Castel-Melhor, poniéndose de su parte.)
Valor, hidalgo!

CASTEL-MELHOR

En buen hora
llegáis.

HOMBRE 1.°

Por Nuestra Señora!
Creo que son castellanos.

DON LUIS

En la mano lo podréis
conocer.

HOMBRE 2.°

Ay!

DON LUIS *(Á Castel Melhor.)*

Firme! Así.

HOMBRE 3.°

Herido estoy; ay de mí!

HOMBRE 1.°

Fuera! *(Huyen.)*

DON LUIS

(Siguiéndolos.) Oh! Todos no os iréis.

ESCENA IV

DON LUIS *y* CASTEL-MELHOR

CASTEL-MELHOR

(Deteniéndole.) Caballero, si acertar
queréis, no vayáis en pos
de ellos.

DON LUIS

Vayan, pues, con Dios.
Herido estáis?

CASTEL-MELHOR

Á no estar
vos tan pronto, en la contienda
soy muerto.

DON LUIS

Tal os querían?

CASTEL-MELHOR

Con esa intención venían.

DON LUIS

Salváos, pues.

CASTEL-MELHOR

Buena prenda
llevan de vuestra bravura
para que intenten volver
por ahora.

DON LUIS

Ha de tener
alguno una picadura.

CASTEL-MELHOR

Y á mí guardar me interesa
breves momentos el paso
de esta plazuela.

DON LUIS

En tal caso,
que os guarde Dios.

CASTEL-MELHOR

Con tal prisa,

caballero, no os iréis
sin que sepamos primero...

DON LUIS

Imposible, caballero.

CASTEL-MELHOR

Castellano parecéis
en el habla y en el traje,
y en un país enemigo
no os estorbará un amigo
pronto á serviros.

DON LUIS

No á ultraje
lo toméis, ni á menosprecio;
mas me conviene guardar
el incógnito.

CASTEL-MELHOR

Á él osar
pudiera tan sólo un necio
ó un villano; mas yo os debo
la vida, y deuda sagrada
es, que quisiera pagada
ver. Otro interés no llevo,
cuando acaso os importuno,
que el de pagárosla; así,
por si algo queréis de mí
exigir en tiempo alguno,
guardad, si no os embaraza
en la memoria, señor,
al conde Castel-Melhor,
número diez, en la plaza.

DON LUIS

Castel-Melhor! Oí mal?

CASTEL-MELHOR

No, sino bien.

DON LUIS

Dios me ayuda!
Carta tuvísteis sin duda
del cardenal Sandoval?

CASTEL-MELHOR

Hidalgo!

DON LUIS

No receléis
nada; otra yo para vos
traigo de él.

CASTEL-MELHOR

Venís en pos
de una dama?

DON LUIS

Sí. Sabéis
de ella?

CASTEL-MELHOR

No lo afirmaré;
mas sospecho que quizá
con ella dí.

DON LUIS

Por vos ya
no está amparada?

CASTEL-MELHOR

No, á fe.
Hasta hoy no vino en mi auxilio
la suerte. Desde que ha muerto
su padre no tuvo cierto
esa dama domicilio.

DON LUIS

Cómo?

CASTEL-MELHOR

Tres veces mudó
de casa, sin que consiga
saber qué es lo que la obliga
á tal movimiento.

DON LUIS

No
alcanzo de semejante
conducta la causa; pero
que debe de haberla infiero
por el tono suplicante
en que escribe al cardenal,
que vea de cualquier modo,
atropellando por todo,

sacarla de Portugal.
Para que yo desde luego
en Lisboa entrar pudiera,
logró del rey que me diera
para la regente un pliego.
Yo fiando sólo en mí,
de buscaros con destino,
tomé al instante el camino
de Lisboa, y héme aquí
en vuestras manos.

CASTEL-MELHOR

Yo estoy
en las vuestras; mas espero
que no extrañéis, caballero,
lo que á preguntaros voy.

DON LUIS

No, á fe; mas vengo tal cual
instruído, y adivino
la pregunta; soy sobrino
del cardenal Sandoval.

CASTEL-MELHOR

No me previno este honor
vuestro tío.

DON LUIS

Remitid
cumplidos y permitid
que á vuestra amistad se ofrezca
Luis Sandoval, por más saña
que entre Portugal y España
hoy encendida aparezca.

CASTEL-MELHOR

Don Luis, la guerra no es
entre España y Portugal
un combate personal
de español á portugués;
y demostraros espero,
pues importa al honor mío,
que tiene en mí vuestro tío
un amigo verdadero.

DON LUIS

...ndarlo fuera mancilla
en mí, que después de Dios
fío, señor conde, en vos.

CASTEL-MELHOR

Y hacéis bien; mas por Castilla,
qué dejáis?

DON LUIS

Nada de nuevo
para vos, que sois llamado
á los consejos de Estado;
aunque ocultaros no debo
que más que nunca se piensa
en atacaros con brío.

CASTEL-MELHOR

Cual vuestro ataque confío
que ha de ser nuestra defensa.

DON LUIS

Por lo demás, en Madrid,
lo mismo que siempre, ahora
se festeja y se enamora
y se riñe. Va la lid
siguiendo, como aquí, en Flandes
y en Italia; sus noticias
cuentan unos como albricias,
y otros descalabros grandes
lloran. Se baila, se miente
y se murmura, y se juega,
se aplaude á Lope de Vega
y á Calderón; y la gente
vive, si no muy contenta,
hallada con sus costumbres,
tomando las pesadumbres
de las venturas á cuenta.

CASTEL-MELHOR

Y el rey?

DON LUIS

Quisiera doquier
triunfar; los planes propone
él, pero Dios los dispone,
y él dice: «Cómo ha de ser!»
La reina quiere algo mal
á don Juan de Austria; bastardo
le llama, y ocioso y tardo

en ganar á Portugal.
Pide él lo que ha menester,
le dan lo que no le alcanza;
se quejan de que no avanza,
y él dice: «Cómo ha de ser!»
Tal es nuestro estado actual;
conque, á pesar de la guerra,
por ahora nuestra tierra
no somete á Portugal.
Se pierde y gana jornada
tras jornada; pero al caso
viene, y adviértoos de paso
que Evora ha sido ganada.

CASTEL-MELHOR

Ganada?

DON LUIS

Sin duda alguna.

CASTEL-MELHOR

Y cuándo?

DON LUIS

Al rayar el día,
la guarnición se rendía;
tengo la mala fortuna
de ser triste portador
de esta noticia fatal.

CASTEL-MELHOR

Juego es la guerra; da mal
un día, y otro mejor.

DON LUIS

(Con misterio.) Esta jugada perdida
no fué por fatal destino;
traidora mano intervino
en los dados; fué vendida.

CASTEL-MELHOR

Evora vendida?

DON LUIS

Pruebas
tengo, y en ellas confío
un secreto intento mío
para lograr. Pero nuevas
necesito; cómo va
por Lisboa?

CASTEL-MELHOR

No muy bien,
don Luis; se sigue también
con las costumbres de acá.
Los ingleses nos ayudan;
sueldo, rancho, armas y ropas
les damos, mas vuestras tropas
por lo visto les desnudan.

DON LUIS

Y el rey?

CASTEL-MELHOR

El rey es un mozo
todavía.

DON LUIS

Mas con bríos;
en rondas y en amoríos
se divierte que es un gozo,
según dicen.

CASTEL-MELHOR

Algo hay de eso;
tratáronle desde niño
con excesivo cariño,
y ha salido algo travieso.

DON LUIS

Oh! De él cuentan por Castilla
travesuras que, á tener
fundamento, debe ser
el mozo una maravilla.

CASTEL-MELHOR

Veo que se sabe mucho
en Madrid de Portugal.

DON LUIS

Es mi tío el cardenal
hombre en negocios muy ducho,
y ve sin duda muy lejos.

CASTEL-MELHOR

Y yo en vuestro despejado

talento, que os ha guiado
con su ejemplo y sus consejos.
Vuestro tío está instruído
bien de todo. El italiano
tiene al joven soberano
ciego, loco, envilecido.
No rey portugués, rey vándalo,
es nuestro rey don Alfonso;
aun es un mancebo intonso,
y es ya de Europa el escándalo.
No hay vida ni honra segura;
de las orgias embriagado
sale, y va desatinado
corriendo en la noche oscura
las calles de la ciudad,
entre infames asesinos,
asaltando á los vecinos
que encuentra en la oscuridad.
Ni hay vicio con que no manche
su existencia, ni malvado
de sus presidios fugado,
que á su servicio no enganche.
Y el autor de todo es
Antonio Conti, que el seso
le tiene embebido en eso.

DON LUIS

Maldecido genovés!
Mas, no hay fuerza, no hay ardid
para quitar de delante
del príncipe á ese tunante?

CASTEL-MELHOR

Don Luis, se priva en Madrid
al rey de sus favoritos
tan fácilmente?

DON LUIS

Es que allı
no andan los reyes así
con truanes de garitos;
mas perdonad, también mozo
soy, é indiscreto olvidé
que os hablaba.

CASTEL-MELHOR

No hay por qué,
podéis hablar sin rebozo;
pero dejemos la plática
si os parece, que interesa
que dore bien vuestra empresa,
vuestra misión diplomática.

DON LUIS

Sí, á fe; la ocasión es crítica,
y hemos insensiblemente
hilvanado inútilmente
conversación de política.
Vamos de aquí.

CASTEL-MELHOR

Todavía
un momento, Sandoval;
pues si no me acuerdo mal,
hace poco que os decía
que juzgaba, salvo error,
haber hallado la prenda
que buscáis.

DON LUIS

Sí.

CASTEL-MELHOR

La contienda
de que aquí vuestro valor
me sacó con bien, no tuvo
más ocasión. La señora
que buscáis, siguiendo ahora
vine, y aquí se detuvo;
en esta plazuela entró,
y no pudo salir de ella.
Dos calles hay; por aquélla
vinimos, y no pasó
por la otra; en una es
de estas dos casas en donde
en este instante se esconde.

DON LUIS

Llamemos en una pues.

CASTEL-MELHOR

Y si no es en la que está?

DON LUIS

Vamos á la otra.

CASTEL-MELHOR

Es un paso
en falso, y se pierde acaso
la ocasión. Mejor será...

DON LUIS

Qué?

CASTEL-MELHOR

Si hubiera alguna seña
que daros á conocer
pudiera de ella...

DON LUIS

Á saber
si la sirve aún cierta dueña...

CASTEL-MELHOR

En la casa que ocupaba
tan sólo me han informado
de una moza y un criado.

DON LUIS

Acaso un viejo que estaba
de su padre en casa?

CASTEL-MELHOR

Sí.
Y la moza es castellana
también.

DON LUIS

Su nombre?

CASTEL-MELHOR

Juliana.
Conocéisla?

DON LUIS

Pesiamí!
Ya al cabo de todo estamos!
Tatarearé á media voz
un canticio que veloz
la hará asomar. Vamos.

CASTEL-MELHOR

Vamos.
Pero escuchad.

DON LUIS

Qué hay?

CASTEL-MELHOR

No oís
pasos?

DON LUIS

Sí; dejad al que es
pasar.

CASTEL-MELHOR

Guarézcanos, pues,
ese pórtico, don Luis.

ESCENA V

CASTEL-MELHOR *y* DON LUIS *(ocultos);* GIL *y después* CONTI *con dos hombres.*

GIL

Fuera inútil la tardanza;
que lo sepan es preciso,
para que estén sobre aviso,
si queda alguna esperanza.
(Yendo hacia la ventana.)
Llamaré... Mas, ay de mí!
me han seguido.

CONTI

Castellano,
disimular es en vano:
ó hablas, ó mueres aquí.
Tu señora en esta casa
está, y concertada tienes
una señal, pues que vienes
á la reja. De hoy no pasa
que yo la hable; ponte, pues,
en razón; canta de plano;
habla, ó mueres, castellano.

GIL

Pues mátame, portugués.

CONTI

Sí que haré, pero más tarde,

después que me hayas servido.
Guardádmele al mal nacido.

GIL

Mas no traidor ni cobarde.

CASTEL-MELHOR

(Á don Luis que quiere salir.)
(Tened, por Dios, si queréis
que á la mano se nos venga
la fortuna.)

DON LUIS

(Dios me tenga!)

CASTEL-MELHOR

(Ó se pierde y os perdéis.)

ESCENA VI

CASTEL-MELHOR *y* DON LUIS *ocultos,*
y CONTI

CONTI

Por esa mujer está
ciego, y ó se la hago ver,
ó su favor y el poder
en su mal humor me va.
Necesito que algo tenga
en mí siempre en esperanza,
si quiero que mi privanza
sobre el agua se mantenga.
En torno de mí la intriga
fermenta; y si no consigo
el lazo que hasta hoy conmigo
por sus caprichos le liga
apretar; si otro por dolo
logra lo que yo no pude,
yo mismo, necio, me inmolo,
y no hay poder que me escude.
Oh, no! Por fuerza ó de grado
la ha de ver. Si él la ocasión
no aprovecha, en conclusión,
yo á más no me he obligado.
Si el oro, al fin, no lo allana,
pecho al agua. Para todo
en arriesgándose hay modo.
Veamos si á la ventana
sale alguno, que aunque tenga
convenida una señal,
en duda de si oyó mal,
fuerza es que á enterarse venga.
Intentaré, pues, con maña
explorar el campo. Viva
(Mira por la ventana.)
tienen luz, y á llamar iba
el otro. Bah! Quién se engaña
con datos tales? *(Llama y mira.)* Mató
la bujía para estar
en sombra. Tarda; á llamar
vuelvo.

JULIANA

(Dentro.) Quién?

CONTI

Abre, soy yo.
(Juliana abre la ventana y se reconocen uno á otro.)
(La doncella es.)

JULIANA

(El hidalgo
que va con él. La deshecha
haremos, por si aprovecha
y en limpio sacamos algo.)

ESCENA VII

CASTEL-MELHOR *y* DON LUIS *ocultos;*
CONTI *y* JULIANA, *á la reja*

JULIANA

Vamos á ver, qué se ofrece,
caballero?

CONTI

En vano ha sido
ocultaros; no he perdido
vuestro rastro. Resplandece
siempre el sol de la hermosura,
como el sol del firmamento,
y aunque se nuble un momento,
tras los nublados fulgura.

JULIANA

Mucha poesía es esa
para doncellas, hidalgo;
diga si de mí quiere algo
en prosa, y pronto, que hay priesa.

CONTI

Esquiva es la castellana.

JULIANA

De Castilla me juzgáis
por el habla? Pues la erráis,
porque soy americana.

CONTI

Sí? De qué punto?

JULIANA

De Quito,
y así del que no me agrada
me quito pronto.

CONTI

Taimada
es.

JULIANA

Lo da el tiempo.

CONTI

Infinito
me place á mí un genio abierto
y me enamora un buen pico.

JULIANA

Vaya! Es andaluz?

CONTI

Del Puerto;
mas vengo de Puerto Rico.

JULIANA

Diz que allí llueven doblones.

CONTI

Llover no; mas de la tierra
cualquiera los desentierra
removiendo los terrones.

JULIANA

Así tendréis muchos.

CONTI

Tantos,
que el servicio más vulgar
pago con un centenar.

JULIANA

Válganme todos los Santos!

CONTI

Qué te admira?

JULIANA

Que se atreva
nadie á miraros, que al punto
no se caiga allí difunto
de vergüenza.

CONTI

En tí la prueba
de lo contrario ves clara.

JULIANA

Es que eso va en condiciones;
yo aliento con los doblones
que me tiráis á la cara,
rumboso!

CONTI

Nunca me pico
de pródigo inútilmente,
y me precio de prudente
cuanto me precio de rico.

JULIANA

Y hacéis bien.

CONTI

Yo jamás hago
limosnas ni beneficios,
pero caros los servicios
que se me hacen siempre pago.

JULIANA

Feliz quien os sirve!

CONTI

Pues
sírveme tú, y cobrarás
al precio que los demás
que me sirven.

JULIANA

Y en qué es
en lo que os voy á servir?

CONTI

En una cosa ligera.

JULIANA

Y honrada?

CONTI

Como se quiera
tomar; sólo, en mi sentir,
hay honra donde hay provecho,
y aquí hay oro.

JULIANA

Pues sospecho
que nos hemos de avenir.
Que á mí me place también
la gente franca, que al cabo,
sabe uno que da en el clavo
cuando da el golpe.

CONTI

Muy bien
discurres, y en ese caso
á entendernos empecemos.

JULIANA

Hablad bajo, que podemos
tener escuchas acaso.

CONTI

Segura estáis por ahora.

JULIANA

Ya, pues, de qué se trata?

CONTI

De una hermosura harto ingrata
con quien rendido la adora.

JULIANA

Y quién es esa hermosura?

CONTI

Tu señora.

JULIANA

Jesucristo!
Vamos claros; habéis visto
vos á mi ama por ventura?

CONTI

Sí, por cierto.

JULIANA

Y un galán
hay á quien su amor aqueja?

CONTI

Sí.

JULIANA

Ja, ja! Si es una vieja
con más barbas que Abraham.

CONTI

Una vieja!

JULIANA

Sesentona,
viuda, coja y vizcaína.

CONTI

Doña Aurora de Molina.

JULIANA

Doña Inés de Zarandona.

CONTI

Finges en balde. Hace un mes
que la sigo; nombre, estado,
condición, patria... Estudiado
lo traigo, é inútil es

todo efugio; alucinarme
no puedes, y cuando vengo
de tí á valerme, lo tengo
bien meditado. Á ayudarme
redúcete, pues, y exige
precio.

JULIANA

Pero, en conclusión,
qué hay que hacer? Mi intervención
en esto, á qué se dirige?

CONTI

Un mancebo cortesano,
noble y rico, á doña Aurora
como un frenético adora,
víctima de amor insano.
De su pasión, que ya raya
en insensata demencia,
no hay quien calme la violencia,
ni hay quien á mano le vaya.
Las rondas, los galanteos
y los billetes han sido
no más que tiempo perdido
en plantones y paseos.
De él huyendo, al parecer,
mil veces habéis cambiado
de casa, mas ha logrado
hallaros él por doquier.
El hablarla en parte alguna
ha sido presunción vana;
no hubo puerta ni ventana
favorable á tal fortuna.
Su amor es firme, sencillo,
verdadero; él es amante,
noble y galán, y no obstante,
vuestra casa fué un castillo
para su afán amoroso
cerrado siempre; pues bien,
fuerza es que razón le den
de un odio tan misterioso.
Cuando un galán y una dama
son en condición iguales,
quien sufre desaires tales
bien de ellos razón reclama.
Y el que de tu ama los llora
está decidido á todo,
por llegar de cualquier modo
á los pies de doña Aurora.
Por declarar su pasión
á la dama en su aposento,
pagara cada momento
de la visita á doblón.

JULIANA

Era ocasión peregrina
de enriquecerme, y me pesa
que no sea mi ama esa
doña Aurora de Molina.

CONTI

Ya te he dicho que es inútil
la ficción. Á tu señora
conozco, y la doña Aurora
en cuestión es; y es tan fútil
la ignorancia que aparentas
en el asunto, que raya
en torpeza; conque vaya,
ríndete y echa tus cuentas.
Ello ha de ser, y ha de entrar
el mancebo en esta casa;
si es por tí, pide sin tasa,
mas si no, te ha de pesar.

JULIANA

Hidalgo, ya os tengo dicho
que equivocado venís;
mas si tenaz insistís
en vuestro necio capricho,
sabed que aunque se me diera
todo el oro que atesora
Portugal, á mi señora
tan vilmente no vendiera.
Id, pues, que es empresa vana,
porque ni amenazas ni oro
han de manchar el decoro
de la noble castellana.

CONTI

Pues bien; dila que enemigo
de Castilla el Portugal,
en buscar aquí hace mal
una castellana abrigo.

JULIANA

Id, que el pueblo portugués

no hace á las mujeres guerra
villana; aun hay en su tierra
caballeros, pues no lo es
quien obra como obráis vos;
mas si en Portugal no hallamos
quien nos proteja, fiamos
en la protección de Dios.

CONTI

Bueno es que fiéis en ella,
porque solas os halláis
con Él, y en mi mano estáis
la señora y la doncella.

JULIANA

Justicia habrá en Portugal.

CONTI

No contra mí, por ahora.
Prevénselo á doña Aurora,
y ved lo que menos mal
os ha de estar.

JULIANA

Ya está visto.

CONTI

El mancebo es poderoso.

JULIANA

Y el honor muy valeroso.

CONTI

Y él audaz.

JULIANA

Está previsto
su atrevimiento.

CONTI

Aún ignora
con quién bravea la esclava.

JULIANA

Pues juzgad si será brava
por la sierva, la señora.

CONTI

Fiera es la virtud villana.

JULIANA

Así se gasta en Castilla.

CONTI

Todo á la fuerza se humilla.

JULIANA

Menos la fe castellana.

CONTI

Adiós, pues, las del castillo.

JULIANA

Con Dios vaya el portugués.

CONTI

Hasta luego.

JULIANA

Hasta después.

CONTI

Habrá taimada!

JULIANA

Habrá pillo!
(Cierra la ventana.)

ESCENA VIII

CASTEL-MELHOR *y* DON LUIS, *ocultos;* *y* CONTI

CONTI

Á la seducción no cede;
mas mucho en ello me va,
y á la fuerza cederá;
todo la fuerza lo puede. *(Váse.)*
(Don Luis quiere seguirle; Castel-Melhor le contiene.)

CASTEL-MELHOR

Tenéos, por San Andrés!

DON LUIS

[illegible]

CASTEL-MELHOR

Va bien cogido,
don Luis.

DON LUIS

Le habéis conocido?

CASTEL-MELHOR

Sí.

DON LUIS

Quién es?

CASTEL-MELHOR

(Con misterio.) Un genovés.

DON LUIS

Ah! *(Con inteligencia.)*

CASTEL-MELHOR

Silencio! Al cabo estoy
de la intriga. Esa doncella
que salió á la reja...?

DON LUIS

Es ella.

CASTEL-MELHOR

Oidme, pues.

DON LUIS

Hablad.

CASTEL-MELHOR

Voy
franco á ser. Si no tenéis
grande confianza en Dios,
vámonos de aquí.

DON LUIS

Idos vos,
Castel-Melhor, si queréis.

CASTEL-MELHOR.

Señor don Luis!

DON LUIS

Yo me quedo.

CASTEL-MELHOR

La vida me habéis salvado,
y moriré á vuestro lado.

DON LUIS

Gracias.

CASTEL-MELHOR

Hago cuanto puedo;
mas ya oísteis, volverá.

DON LUIS

Y yo le recibiré.

CASTEL-MELHOR

Tal vez no solo.

DON LUIS

Lo sé.

CASTEL-MELHOR

Adelante.

DON LUIS

Dios dirá.
Á mí jamás me desola
el peligro, y, pues tenemos
tiempo aún, conde, arreglemos
el negocio á la española.

CASTEL-MELHOR

Contad conmigo.

DON LUIS

Yo traje
cinco leales, que están
en la hostería de San
Telmo, ahí cerca. Á mi paje
llamad; dadle esto, y con vos
vendrán. Ponedles allí; *(En el pórtico.)*
decidles que estoy aquí,
y encomendadnos á Dios.
Mas si hay tiempo, y por fortuna
ese hombre tarda, ó no viene,
mirad si esta casa tiene,
por la espalda, entrada alguna.
Sea puerta, reja ó cualquiera

pasaje, de todos modos
franco estará, y Dios con todos;
entrad, yo quedo en espera.

CASTEL-MELHOR

Os comprendo; mas me dáis,
don Luis, palabra de honor
de que el otro...

DON LUIS

No temáis.
Sé quién es, Castel-Melhor.
(Váse Castel-Melhor, saludando á don Luis con inteligencia.)

ESCENA IX

DON LUIS

Pues señor, bien. De la guerra,
á pesar de los reveses,
estos buenos portugueses
se divierten en su tierra.
Su juego, á fe, no es bastante
leal; pero á tiempo llego,
y á tomar voy en el juego
cartas, y trampa adelante.
Por lo visto sus jugadas
van por oros; no es mal palo;
mas veré si les igualo
la partida por espadas,
y, ay de ellos si en un renuncio
les atrapo! Mas la hora
se adelanta apriesa. Aurora.
(Llama á la ventana.)
Como él ha hecho el anuncio
de su vuelta, se recela
de su traición, y lejano
me juzga. Mas no fué en vano
nuestra antigua cantinela,
tantas veces repetida
en la morisca Granada,
para que tenga olvidada
letra que fué tan sabida.
(Recitando á media voz junto á la ventana.)
Aurora de mis ojos,
sol de mi vida,
á tu albor se despierta
mi alma dormida.
Sal á tu oriente,
para que adore mi alma
tu luz fulgente.
(Juliana abre la ventana al concluir don Luis su cantinela.)

ESCENA X

DON LUIS *y* JULIANA *á la reja; después* DOÑA AURORA

JULIANA

Virgen Santísima, él es!

DON LUIS

Yo.

JULIANA

Venid, venid, señora.

DOÑA AURORA

Mi don Luis!

DON LUIS

Mi doña Aurora!

DOÑA AURORA

Llegas á tiempo.

DON LUIS

Tus pies
á besar.

DOÑA AURORA

Y escudo á ser
de mi honor, que está cercado
de peligros.

DON LUIS

Sin cuidado
respira ya.

DOÑA AURORA

Que temer
no tengo, si estás conmigo.

DON LUIS

Sabes que tuya es mi vida.

DOÑA AURORA

Ah, don Luis! Tal vez vendida
la traes por mí al enemigo.

DON LUIS

No temas; soy mensajero
de un pliego del cardenal,
y libre de Portugal
sacarte conmigo espero.

DOÑA AURORA

No sabes entre qué redes
estoy presa.

DON LUIS

Allí escondido,
coger un hilo he podido.

DOÑA AURORA

Desenredarle no puedes
tú solo.

DON LUIS

Tal vez, Aurora,
le hilaré de modo tal,
que haga con él un dogal
al que le ha hilado hasta ahora.

DOÑA AURORA

No hay fuerza que á su garganta
le ate.

DON LUIS

Ese es cuidado mío;
al que tiene ingenio y brío,
ninguna fuerza le espanta.
Yo he cruzado los contrarios
territorios por hablarte,
forjando para salvarte
mil intentos temerarios.
Escudado solamente
por un pliego (vano acaso),
he sabido abrirme paso
del Rey y de la Regente
hasta la cámara. Un hora
no ha que llegué, y la más rara
casualidad me depara
tu encuentro. Qué teme, Aurora,
el que tiene á la fortuna
decidida en su favor,
y siente el doble valor
de dos almas puesto en una?
Yo te amo, Aurora; en la tierra
ventura sin tí no encuentro,
ni sin tí esperanza dentro
de mi corazón se encierra.
Por tí vengo, y arrogante
con el valor que atesora
mi amor en mi pecho, Aurora,
no hay peligro que me espante.

DOÑA AURORA

Y yo, á quien sola en el mundo
de mi buen padre la muerte
dejó, fío en tí mi suerte.
Ciego, idólatra, profundo
para tí mi corazón
su amor guarda eterno y solo,
y á él entera me inmolo,
como tú á mi salvación.

DON LUIS

Aurora mía, al venir
hoy tu amor á socorrer,
no hago yo más que cumplir
de noble con el deber.
La muerte te dejó sola
en esta corte estragada,
expuesta á la audaz mirada
de un mancebo que, española
mirándote, y sin amparo,
á sus plantas te juzgó,
y un paso hacia tí avanzó
para hollar tu honor preclaro.
Mas primero que mancilla
ponga en tí, verá quién es
el fidalgo portugués
un amante de Castilla.

DOÑA AURORA

Alma noble!

DON LUIS

Ahora, amor mío,
nuestro tiempo aprovechemos,
que no es mucho el que tenemos.
Un amigo de mi tío
el cardenal, que por nuestra
suerte en mi favor está,
á buscarme volverá;
y es necesario una diestra
retirada imaginar,
porque en posición tan crítica
vale más en la política
que en la fuerza confiar.

DOÑA AURORA

Entra, pues, y convenida
la marcha que más conviene
seguir...

DON LUIS

Por ventura tiene
esta casa otra salida?

DOÑA AURORA

No sé.

DON LUIS

Temo que ésta presto
nos obstruyan, y es preciso
tener de mi gente aviso
antes de dejar el puesto.

JULIANA

Entrad, don Luis. *(Por la puerta.)*

DON LUIS

Voy allá. *(Á Juliana.)*
Aurora, de cualquier modo,
estás bien resuelta?

DOÑA AURORA

A todo.

DON LUIS

Pues adelante; saldrá
lo que Dios quiera. Juliana,
mientras que yo me aseguro
de la casa, tú en lo oscuro
mantente de la ventana;
y no me pierdas de vista
la plazuela.
(Entran por la puerta y vuelve á aparecer Juliana en la ventana.)

ESCENA XI

JULIANA *á la ventana*

Ya está puesta
la atalaya. Con bien de ésta
nos saque Dios! Nadie chista
todavía; nada veo.
Qué se hará Gil? Ya debiera
de haber venido; siempre era
un amigo más, y creo
que no estamos para andar
eligiendo. Mas obremos
con precaución, y miremos
sin que dé que recelar
la reja abierta, y fatiga
inútil sea. Allí enfrente
veo ya en la sombra gente:
será amiga ó enemiga?

ESCENA XII

CONTI, UN JUEZ, DOS ALGUACILES
y UNA RONDA DE HOMBRES

CONTI

Alto aquí; vosotros dos
esa calle tomaréis,
y mi seña aguardaréis:
id. *(Al Juez.)* Con vuestra ronda vos
en esa casa llamad;
dos mujeres españolas
están dentro de ella solas;
en nombre del rey tomad
á las dos presas; si alerta
están y os niegan la entrada,
por debajo apalancada,
desencajadles la puerta

y entrad. Si os alzan el grito,
ahogadles la voz; mas todo
con decencia y con buen modo
que se cumpla necesito.
Y cuenta con la torpeza,
señor juez; porque es asunto
en cuyo éxito barrunto
que arriesgamos la cabeza.
(El Juez va á llamar á la puerta; Conti se retira al pórtico de la izquierda.)
Pobre corza, en tu guarida
postrimera acorralada,
corrido has desesperada,
pero, al fin, estás cogida.
(Llama el Juez.)

JUEZ

No responden.

ALGUACIL

Por malicia
tal vez.

CONTI

Puede; repetid.

ESCENA XIII

DICHOS *y* JULIANA *á la reja*

JULIANA

Quién va á estas horas?

JUEZ

Abrid.

JULIANA

Que abra? Á quién?

JUEZ

Á la justicia.

JULIANA

Vaya un chiste! En esta casa
la justicia? Equivocados
venís.

JUEZ

Ved que autorizados
á todo estamos, y tasa
no tiene nuestro poder;
y en la casa para entrar
todo lo hemos de intentar;
conque ved cómo ha de ser.

JULIANA

Prohibe allanar la ley
las casas.

JUEZ

Pues á ver váis
que se allanan, si os negáis
á abrir. En nombre del rey
os requiero la postrera
vez para que abráis de grado,
de no, á la fuerza obligado
apelaré.

JULIANA

De manera
que lo que yo hacer podré,
será avisar á mi ama
que es la justicia quien llama,
y lo que me mande haré.

JUEZ

Tres veces á llamar voy;
si á la tercera la puerta
no está á la justicia abierta,
con ella en el suelo doy.

JULIANA

Yo aquí no soy la señora,
y mi obligación haré;
haced vos lo que os esté
mejor. *(Cierra.)*

CONTI

(Aparte.) Oh! Lo que es ahora,
todo cuanto discurráis
será en balde.

JUEZ

(Llamando.) Dos.

CONTI *(Al Juez.)*

Si franca
no está á la otra, la palanca
meted; y nada temáis.
Servicio del rey.

ALGUACIL

Ya siento
pasos. Ya viene.
(Mirando por la cerradura.)

JUEZ

Á la entrada,
mano echad de la criada.

ALGUACIL

Por supuesto, en el momento.
Ya gira en la cerradura
la llave.
(La puerta se abre, y entran el Juez y alguaciles.)

EL JUEZ

Adelante!

JULIANA

(Dentro.) Ay, Dios!

CONTI

Como me la lleve en pos,
mi fortuna está segura
por ahora.

ESCENA XIV

CONTI *y* CASTEL-MELHOR

(Mientras Conti espera, guarecido del pórtico, Castel-Melhor, embozado hasta los ojos, coloca dos hombres, uno á cada esquina de los dos edificios laterales, quedándose él á un lado, é inmóvil.)

CONTI

Se entretiene
demasiado. Mas, qué es ésto?
(Va á salir, y ve los de Castel-Melhor.)
Quién ahí esa gente ha puesto?
Quién es el que se mantiene
inmóvil allí, detrás
de la esquina? Á verlo voy.
(Al salir Conti del pórtico, salen por la puerta de la casa don Luis, doña Aurora, Juliana, el paje y cuatro hombres embozados, los cuales, y Conti avanzando, se hallan en medio de la escena.)

ESCENA XV

CONTI, D. LUIS, DOÑA AURORA, JULIANA, CASTEL-MELHOR *y* EMBOZADOS

CONTI

Mas, qué es lo que viendo estoy?
Traidores!
(Al irse para ellos, don Luis le pone una pistola al rostro; los demás siguen.)

DON LUIS

Un paso más
y sois muerto.

CONTI

Castellanos
aquí!

DON LUIS

Sin duda ninguna,
signor Conti, y fué fortuna
que diérais en tales manos.
(Á una seña de don Luis, el paje y sus hombres se apoderan de Conti.)
Sólo es cosa de quedar
unas cuantas horas preso
en esta casa; con eso
no me podréis estorbar.

CONTI

Mas, caballero...

DON LUIS

Á fe mía
que lo soy, pues en mi mano
estáis, y os late, villano,
el corazón todavía.
Entrad, pues, ó vive Dios,
señor Conti, que una bala
todas las cuentas iguala
esta noche entre los dos. *(Le llevan.)*
Atadle, y cerrad después.
Que Portugal le detesta
me han dicho... Portugal de ésta
se libra del genovés.





ACTO SEGUNDO

Despacho de la Reina regente: puertas en el fondo y á la izquierda.—Luz artificial

ESCENA PRIMERA

LA REINA *y* CASTEL-MELHOR

LA REINA

No es posible gobernar
con semejante desorden;
dentro de un año volvemos
á estar de los españoles
bajo el poder, si esto sigue.
Lo que el Consejo dispone,
el Rey lo estorba. Ni llegan
á nuestros jefes sus órdenes
á tiempo, ni oro hay bastante
para que el Rey lo derroche
con el favorito infame,
en vicios y diversiones
vergonzosas. Cada día
que amanece, de sus torpes
hazañas viene á advertirnos,
emprendidas por la noche.
Vamos perdiendo las plazas
unas tras otras. Monforte,
Veyros, Ocrato, Fonteyra
y Onguela ven los pendones
castellanos á estas horas
tremolar sobre sus torres.
Osuna ganó á Escalona,
don Pedro de Acuña corre
las campiñas de Portela
y Castel-Lindoso; enormes
sumas nos cuesta el ejército;
tenemos más fe en los hombres
que le mandan, ingenieros
y generales mejores
que los castellanos, y
sólo murmurar se oyen
derrotas y descalabros...
Y esto en qué consiste, conde?

CASTEL-MELHOR

Señora, yo en el Consejo
expuse mis opiniones
muchas veces; todos saben
la razón, y los autores
de nuestras malas venturas;
mas no hay en verdad quien ose
ir contra la voluntad
del príncipe y del que acoge
en su favor. Mi franqueza
vuestra majestad perdone;
mas ni Portugal ni el Rey
se salvan mientras que Conti
le aconseje. Él es quien tuerce
del Rey las inclinaciones,
avivando los instintos
de su corazón, cual joven
vicioso y ardiente. Él es
quien le obliga relaciones
á contraer con las gentes
más impúdicas é innobles;
y él es, en fin, quien el oro
de Lusitania recoge,
y en Génova, patria suya,

astuto á salvo le pone,
para cuando la fortuna
en Portugal se le torne.

LA REINA

Mas no hay, conde, quien le ataje?
No hay medio que, sus traiciones
patentizando, este germen
de nuestra ruina sofoque?

CASTEL-MELHOR

Dos veces le habéis la entrada
prohibido en vuestra corte,
y el príncipe á su real cámara
le ha llamado; no conoce
límites ya su impudencia;
él manda, él reina, él absorbe
todo el poder, y á vendernos
va, como haya quien nos compre.

LA REINA

Sí, sí; qué hay común entre él
y nosotros? Qué razones
ni qué intereses le ligan
á Portugal?

CASTEL-MELHOR

Sus mayores,
ni en Génova fueron nunca
preclaros, ni nunca nobles
cargos hubieron; y aquí,
tal vez fugados y pobres,
llegaron á guarecerse;
y como orugas, que roen
el árbol que les da vida,
de sus mismos protectores
fueron el caudal royendo,
con mil especulaciones
clandestinas, elevándose
desde siervos á señores.
Tal fué su padre; tal es,
señora, ese Antonio Conti;
mercaderes, que por patria
sólo el oro reconocen;
espuma, que sobrenada
sólo en las revoluciones.

LA REINA

Castel-Melhor, es preciso
que esto concluya, y que logre
Portugal, de un modo ó de otro,
verse libre de este azote.
En vano el yugo rompimos
español, si nos le impone
más duro un vil favorito;
y es en vano que tremolen
las quínolas portuguesas
enfrente de los leones
castellanos, si es forzoso
que sus victorias deshonre
un príncipe que, entregado
á semejantes traidores,
el verdugo es de su pueblo
y el escándalo del orbe.
Los consejeros están
llamados para las once
secretamente en mi cámara;
y para que se reporte
el Rey en sus demasías,
se acordarán los mejores
medios que ocurran. Preciso
es que el Rey oiga las voces
de la razón. Como madre
y como reina me impone
mi deber el de atajarle
en el sendero por donde
á su perdición le arrastra
quien su corazón corrompe.
Castel-Melhor, es preciso,
aunque sus iras provoque,
que escuche el Rey de mi boca
la verdad, y á condiciones
razonables se reduzca,
antes que su reino asole
el genovés.

CASTEL-MELHOR

Imagino,
señora, que las razones
nada harán, y los consejos
llegan tarde, porque Conti
tiene su alma prisionera
en la red de las pasiones.
Esa es la cizaña que hace

que en su corazón no broten
de la virtud las semillas,
y nunca darán ya flores
sin que el campo de su alma
de cizaña se desmonte.

LA REINA

Mas, cómo?

CASTEL-MELHOR

Vos sois, señora,
su madre, y la que en el nombre
de la ley mandáis.

LA REINA

La intriga
me ata las manos.

CASTEL-MELHOR

Entonces
en las de Dios entregáos,
y dejad al tiempo que obre.

ESCENA II

DICHOS *y* UN PAJE, *que entra con una bandeja*

LA REINA

Qué hay?

PAJE

Un pliego; está aguardando
el portador vuestras órdenes.

CASTEL-MELHOR

Señora.
(Saludando en actitud de retirarse.)

LA REINA

Esperad; acaso
me váis á hacer falta, conde.
(Viendo el pliego.)
Nuevas de España; contestan
á mis comunicaciones. *(Lee aparte.)*
Señora: Como Secretario de S. M. el Rey don Felipe IV de España, estoy encargado de contestar á la postrera comunicación que nos habéis hecho el honor de dirigirnos. S. M. siente mucho que el decoro de su nación no le permita complaceros, aceptando las treguas y pactos que le proponéis, pues que la guerra está ya demasiado empeñada, y de su parte la fortuna.
Por lo tocante al canje de prisioneros, Su Majestad le acepta con todas las condiciones propuestas, y el portador de este pliego, don Luis de Sandoval, lleva instrucciones que os manifestará de palabra.—Madrid, etc., etc.
Decid que entre al mensajero
(Al Paje, representando.)
de Castilla. Altivo ahora
está el español.

ESCENA III

LA REINA, CASTEL-MELHOR *y* DON LUIS

DON LUIS

(Saludando.) Señora.

LA REINA

Acercáos, caballero.
Con don Luis de Sandoval,
según este pliego advierte,
hablo.

DON LUIS

Por mi buena suerte,
señora, y el favor real.

LA REINA

Muy joven sois todavía;
mucho en vos debe fiar
vuestro rey, cuando á tratar
negocio tal os envía.

DON LUIS

Señora, es el secretario
del rey de España, mi tío,

y al favor suyo, no al mío,
debo el ser vuestro emisario.

LA REINA

Discreto sois y modesto.

DON LUIS

Si á vuestros ojos valor
cobro alguno, es el honor
de que en mí los hayáis puesto.

LA REINA

Tan noble cortesanía
me reconcilia en verdad,
Sandoval, con vuestra edad.

DON LUIS

Con vuestra venia osaría
una observación haceros.

LA REINA

Cuál?

DON LUIS

Son los nobles de España,
cual bravos en la campaña,
en la corte caballeros.

LA REINA

Á ser todos tan corteses
como vos, de otra manera
la corte de España viera
nuestros mutuos intereses.
Á su rey propuse un medio
de transacción, que orgulloso
no tiene por decoroso
aceptar... Bien, qué remedio?
Como hasta aquí nuestra tierra
defenderemos, y puede
que lo á que altivo no accede,
le obligue á aceptar la guerra.
Sus instrucciones tenéis
vos; para con Portugal
os sirve de credencial
el pliego que me traéis.
Hablad.

DON LUIS

Ved la lista nuestra
de prisioneros; si agrada
á Portugal, aceptada
cual la hagáis será la vuestra.
(La da un papel, que la Reina lee.)

LA REINA

Bien. Las personas que están
aquí escritas, pasaporte
obtendrán de nuestra corte,
y á España libres irán.

DON LUIS

Las que por vos señaladas
fueren, en número igual
volverán á Portugal,
hasta la raya escoltadas
con seguridad y honor.

LA REINA

Mi lista recibiréis;
y ved si de mí queréis
algo vos; embajador
tan galán y cortesano,
pluguiérame que memoria
llevara satisfactoria
del gobierno lusitano.

DON LUIS

Siempre el suelo portugués
con gusto ha de recordar
quien tuvo el honor de estar
un momento á vuestros pies.
Mas con tal benevolencia,
seguro de no enojaros,
me arrojaré á demandaros
una gracia.

LA REINA

Si en su esencia
no es cosa que á tribunal
ó á consejo alguno atañe...

DON LUIS

No es cosa que á nadie dañe:
es asunto personal
mío.

LA REINA

Tendré á dicha el daros
cualquiera satisfacción.

DON LUIS

Y yo en hallar ocasión
en la que poder pagaros.
Hay una dama española
en Lisboa, cuya suerte
me interesa, á quien la muerte
de su padre dejó sola
en el mundo, y me pluguiera
que de esa lista en la suma
de los nombres, vuestra pluma
el de esta dama añadiera.

LA REINA

Hola! Á lo que se me alcanza,
sois á un tiempo embajador
en política y amor.

DON LUIS

Perdonad, si en la esperanza
que á concebir me ha impelido
vuestra real benevolencia,
osada mi inexperiencia
al demandar se ha excedido.

LA REINA

Oh! Nada de eso. Esa dama,
cómo está en Lisboa?

DON LUIS

Vino
con su padre, que un destino
sirvió con provecho y fama
en América, y sentó
casa aquí cuando mi rey
daba á Portugal la ley...
que vuestro esposo abolió.

LA REINA

Y vos la habéis conocido
en Madrid, ó en Portugal?

DON LUIS

Parienta del cardenal
fué su madre, y he venido
por orden suya tres veces
á visitarles amigo.
Pero sin duda os fatigo
con tamañas pequeñeces.

LA REINA

No por cierto, no. Decid,
pues, el nombre de esa dama
que vuestro interés reclama,
é irá, si gusta, á Madrid.

DON LUIS

Doña Aurora de Molina.

CASTEL-MELHOR

Ah!

LA REINA *(Á Castel-Melhor.)*

Os habéis sorprendido,
conde. Sois su conocido?

CASTEL-MELHOR

Algo!

LA REINA

Y es...?

CALTEL-MELHOR

Oh! Peregrina!
Pero si me es otorgado
dar mi opinión...

LA REINA

Mi permiso
tenéis.

CASTEL-MELHOR

Pues bien; soy de aviso,
señora, que es excusado
cuanto en favor de esa dama
se haga.

LA REINA

Por qué?

CASTEL-MELHOR

Porque existe

un galán á quien asiste
fuerza mayor, que la ama.

LA REINA

Ah! Si esa dama á otro amor
inclinada, en Portugal
se halla bien...

CASTEL-MELHOR

Sin duda mal
me expliqué.

LA REINA

Hacedlo mejor,
pues; señor conde, quién es
ese galán?

CASTEL-MELHOR

Á su nombre
no debe osar ningún hombre
en el reino portugués.

LA REINA

Oh! Qué decís? Esa dama
es...

CASTEL-MELHOR

Con la que el favorito
distrae al Rey.

LA REINA

Necesito *(Con interés.)*
pruebas.

CASTEL-MELHOR

De pública fama
(Encogiéndose de hombros.)
lo sé no más. Se asegura
que Conti sobre su huella
va, y en relación con ella
está ó estarlo procura;
que sitiada ó asistida
doquier se ve y galanteada
por una sombra embozada
que con él va.

LA REINA

Está vendida
tal vez?

DON LUIS

Perdonad, señora,
que os ataje: vuestra lengua
iba á afirmar una mengua
que no cabe en doña Aurora.
El príncipe está por ella
ciego; mas ese menguado
de Conti, es quien ha jurado
entregarle á esa doncella.

LA REINA

Oh! Siempre ese hombre fatal!

CASTEL-MELHOR

Contra él y el amor del Rey
podrá bien poco la ley.

DON LUIS

No hay justicia en Portugal?

LA REINA

Contra ese vil favorito
acaso posibles pruebas
no habrá jamás.

DON LUIS

Y si nuevas
os doy yo que de un delito
le convencen tan villano
que no pueda su castigo
evitar, por más que amigo
le proteja el soberano?

LA REINA

Con pruebas irrecusables?

DON LUIS

Con pruebas indestructibles
y testigos infalibles;
cartas suyas, innegables.

LA REINA

Oh! Si eso hacéis, portador
sois del bien de Portugal
y nada le estará mal
ceder á su salvador.

DON LUIS

Pues bien; si se libra á Aurora
de manos del joven Rey,
en las manos de la ley
entrego á Conti, señora.

LA REINA

Pues si ante el Consejo vos
de Conti el crimen probáis,
cuando á Madrid os volváis
irá la dama con vos.
Y si os importa ocultar
el nombre...

DON LUIS

Es indiferente,
señora, completamente;
pues pronto os ha de llegar
una noticia de oficio
que indignación general
excitará en Portugal,
pero que pondrá propicio
al pueblo todo hacia aquel
que pruebas os suministre
que logren que se administre
justicia, al fin, contra él.

LA REINA

Noticia tal...?

DON LUIS

Permitid
que os la calle. Por ahora
mensajero soy, señora,
nada más que de Madrid.
Y á más me quiero excusar
de veniros á traer
noticias que os han de ser
ciertamente de pesar.
Al Consejo las daré,
mas no como acusador,
como mero relator
de un hecho del cual doy fe.

LA REINA

C[illegible]! Bien supo el cardenal
l[illegible] que se hizo, caballero,
c[illegible]ndo envió por mensajero
su sobrino á Portugal.
Claro está el canje cuál es
que vuestra misión reclama.

DON LUIS

Muy claro; por esa dama
el ministro genovés.
Ved si os conviene, señora,
yo á vuestra elección lo dejo.

LA REINA

Don Luis, seguidme al Consejo.

DON LUIS

Vuestro es Conti.

LA REINA

Y vuestra Aurora.
(La Reina se adelanta hacia la puerta de la izquierda, don Luis se dispone á seguirla. Castel-Melhor les hace paso saludando á la Reina, y al pasar don Luis por delante de Castel-Melhor, se dicen aparte:)

DON LUIS *(Á Castel-Melhor.)*

Qué tal, conde?

CASTEL-MELHOR *(Á don Luis.)*

Á maravilla.

LA REINA

(Á Castel-Melhor desde la puerta.)
Aguardad, Castel-Melhor,
un momento.
(La Reina y don Luis entran por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

CASTEL-MELHOR

Pues señor,
bien se porta el de Castilla.
Con buen mozo se las ha
el genovés. Esto es hecho;
Conti naufraga. En provecho
de qué costa? Se verá.
Sin embargo, puede ser

que del naufragio á pesar
se logre, asido, salvar
al cable del real poder,
y llegue vivo hasta el muelle.
No, pardiez! El temporal
es preciso que sea tal
que para siempre le estrelle.
El pueblo es mar engañoso;
cuanto más calma aparenta,
prepara mayor tormenta
en su seno proceloso;
y acaso las alas suaves
del vientecillo más blando,
la tempestad desatando,
echan á pique las naves.
Oh! Vertida esa noticia
por el pueblo, en buen instante,
fuerza es que el agua levante
á la tempestad propicia.
Y sí la levantará;
y á tal punto, que de cierto,
ni al Rey, ni á Conti, en el puerto
la tempestad cojerá.
Y si el Rey quiere salir
vivo del revuelto mar,
tendrá á Conti que dejar
entre sus ondas morir.
Porque al mar en su furor
todo el mundo ha de temer,
y á los dos á socorrer
sólo irá un buen nadador.
(Hablan dentro.)
Mas toman tono harto recio
esas voces. Quién la ley
de la etiqueta en desprecio
tal puede tener?
(Un paje abriendo la puerta del fondo.)
El Rey.

ESCENA V

EL REY *y* CASTEL-MELHOR

EL REY

Hola! Tú también aquí,
Castel-Melhor? Por ventura
será lo que se murmura
cierto?

CASTEL-MELHOR

Qué, señor?

EL REY

Que en mí
pones osado la lengua,
asistiendo al conciliábulo
de la regente.

CASTEL-MELHOR

Y quién pábulo
da á tal aserto en mi mengua?

EL REY

Tal vez quien por el honor
de su rey sin treguas vela.

CASTEL-MELHOR

Ó tal vez el que recela
que yo mine su favor.

EL REY

La Reina conserva amigos
entre los cuales estás,
y tus amigos quizás
son del príncipe enemigos.

CASTEL-MELHOR

Os informaron muy mal
de mí, si creéis, señor,
que esté de nadie á favor
contra el Rey en Portugal.
Al contrario; noble y fiel
por mi rey, como quien soy
á morir dispuesto estoy;
mas por él, sólo por él.

EL REY

Paréceme harta imprudencia,
Castel-Melhor, que hable tal
quien asiste en Portugal
al Consejo de regencia.

CASTEL-MELHOR

La regencia es el poder
que al enemigo combate,
y yo estoy con quien se bate

vuestro honor por mantener.
Soy de la regencia en pro,
porque contra el castellano
representa al soberano,
mas por la regencia, no.
Y si el Rey dijera un día:
«Yo solo el rey soy aquí»,
la regencia contra sí
y en pro del rey me tendría.

EL REY

De veras?

CASTEL-MELHOR

Sin duda alguna.

EL REY

Y si eso dice hoy el Rey?

CASTEL-MELHOR

Olvidará que la ley
se lo veda.

EL REY

Y si ninguna
quiere ya el Rey tolerar
que sus derechos coarte?

CASTEL-MELHOR

Le diré que el estandarte
de la rebelión va á alzar.

EL REY

Jamás es rebelde el Rey.

CASTEL-MELHOR

Lo mismo pienso, señor;
mas un coto á su menor
edad señala la ley.

EL REY

.os bríos hacen mayores
á los reyes, y aunque mozo
el Rey, piensa, sin rebozo,
espedir á sus tutores.

CASTEL-MELHOR

s tendrá alguna razón
que dar, y al pueblo fianza
de que con esta mudanza
mejora de condición.
Necesitará cumplir
lo que prometa; bajar
los impuestos; ordenar
el ejército, y salir
al campo contra Castilla,
y pelear, y vencer,
si á la corte ha de volver
soldado y rey sin mancilla.

EL REY

Y entonces, para qué tiene
tantos sabios tribunales,
ministros y generales
como en su reino mantiene?
El Rey ha de ser esclavo
de su reino hasta el exceso
de ocuparse en todo eso,
de su gloria en menoscabo?
Los generales harán
la guerra; harán los ministros
las leyes; los suministros
los mercaderes darán.
Entenderá cada cual
en lo que le toque, y
don Alfonso sexto así
será el Rey de Portugal.
Será al menos de su casa
el dueño, y tendrá en su erario
el dinero necesario,
sin que se le ponga tasa
en sus gustos y amistades,
y premiará á sus amigos,
y hará que sus enemigos
respeten sus voluntades.
Ahora, pues, Castel-Melhor,
esta misma noche intento
ser el rey; contigo cuento
por supuesto?

CASTEL-MELHOR

No, señor.

EL REY

Traidor! Te vuelves atrás?

CASTEL-MELHOR

No, por cierto. Os proponía
ser rey como os convenía;
aceptado habéis quizás?
Cuando á la Reina quitéis
el poder para así obrar,
qué razón váis á alegar?
Que lo hacéis porque queréis?
Que os cumple á vuestro capricho
vivir como soberano,
sin que os vayan á la mano
desde ahora? Ya os lo he dicho,
señor; yo estoy por el Rey,
y en contra de la regencia,
mas quiero que la prudencia
real se escude con la ley.
Que viva el Rey, se supone,
á su gusto quiera, es justo,
pues rey es; mas no á su gusto
la política se opone.
En guerra estamos, y son
los triunfos del otro bando;
decid que tomáis el mando
por salvar á la nación.
Se quejan los portugueses
de los ministros; nombrad
otros que seguridad
presten á sus intereses.
Quisieran... (dejad, señor,
que os hable al fin con franqueza)
que ya vuestra ligereza
juvenil fuera menor;
decid que reconocido
vuestra distracción habéis,
y que recobrar queréis
el tiempo que habéis perdido.
Decid que su independencia
amáis, y por el país
á lidiar os prevenís;
y va á pique la regencia,
y el pueblo en vuestro favor
se levantará, y haréis
cuanto queráis, y podéis
contar con Castel-Melhor.

EL REY

Oh, tienes razón, pardiez!
Tu consejo es excelente,
Castel-Melhor.

CASTEL-MELHOR

Imprudente
me excedo al hablar, tal vez;
mas el bien de mi señor
pudo arrastrarme á decir
lo que debiera medir
mi pensamiento mejor.

EL REY

No; con gusto te escuché,
y tu opinión me propongo
seguir. Y ahora supongo
que eres mío?

CASTEL-MELHOR

Aún no lo sé.

EL REY

Castel-Melhor, desde niño
indulgente te traté;
pero fía mucho, á fe,
tu osadía en mi cariño.
Te mofas, Castel-Melhor!

CASTEL-MELHOR

Dios me libre! Pero junto
á vos me tendréis, si un punto
dilucidamos, señor.

EL REY

Cuál es?

CASTEL-MELHOR

El pueblo aborrece
á un amigo vuestro, y fiel
no os será mientras que de él
no os apartéis.

EL REY

Me parece
que eres tú quien le detesta,
y entras también en la liga
contra él hecha.

CASTEL-MELHOR

Dios maldiga

la discordia, señor. Esta
es del pueblo la opinión,
y cuando os la manifiesto,
no es porque yo le detesto,
sino porque la nación
no le quiere; y es preciso,
puesto que á ello me obligáis,
que os lo diga: no reináis
con tal ministro, os lo aviso.

EL REY

Lo veremos.

CASTEL-MELHOR

La opinión
sé del pueblo.

EL REY

El soberano
manda, y el pueblo villano
obedece.

CASTEL-MELHOR

Á la razón.

EL REY

Cuál hay para que pretenda
mi fe de Conti alejar?

CASTEL-MELHOR

La misma que hay para echar
al salteador de la hacienda.

EL REY

Castel-Melhor!

CASTEL-MELHOR

Eso es
lo que cree el pueblo, señor;
en Lisboa es salteador
lo mismo que genovés.
Me preguntáis, y en conciencia
os respondo; es lo que pasa.
Si Conti está en vuestra casa,
el pueblo por la regencia.

EL REY

'anto le odia!

CASTEL-MELHOR

No, señor;
le conoce. Nada ha hecho
más que de él sólo en provecho,
y el vulgo murmurador
sus miserias le atribuye.
se ofende de su altivez,
y sabe mucho tal vez,
señor, cuando así le arguye;
Qué significa el salir *(Con misterio.)*
de noche por la ciudad
con él, en la vecindad
dejándolo traslucir?
Esos lances misteriosos
de duelo, suerte y amor,
qué significan, señor,
si en ello están los curiosos?
Sed rey; tenéis aposento
libre y solo en el palacio
donde obrar dueño y de espacio
como os venga más á cuento.
Mas haced que Portugal
cambie de opinión. La mía
es, señor, que os serviría
cualquiera otro menos mal.

EL REY

(Después de un momento de duda.)
Yo soy á quien interesa
estar servido, y contento
de él estoy.

CASTEL-MELHOR

Metedle á intento,
señor, en cualquier empresa
difícil. Poned los ojos
en una hermosura esquiva,
presumida, hidalga, altiva;
de que temple sus enojos
encargadle que la siga,
la convenza y que conduzca
un buen plan que la reduzca
á ser, de contraria, amiga.

EL REY

Ya lo está.

CASTEL-MELHOR

Y en él fiáis?

EL REY

Estoy seguro.

CASTEL-MELHOR

Queréis
apostar á que perdéis
cuanto por él esperáis?

EL REY

Le quieres mal.

CASTEL-MELHOR

No, señor;
pero al fin es mercader,
y hecho á comprar y vender,
os venderá á lo mejor.

EL REY

Mas no lo ha hecho aún.

CASTEL-MELHOR

Quién sabe!

EL REY

(Después de otra pausa.)
Castel-Melhor, ya es antiguo
en tí ese tono, en que ambiguo
nada se halla y todo cabe.
Mas ya profundo, ya futil;
ora franco, ora encubierto,
contra Conti, te lo advierto,
para conmigo es inútil.

CASTEL-MELHOR

Yo os estimo la advertencia;
mas en tal caso, señor,
el pueblo y Castel-Melhor
estarán por la regencia.

EL REY

Yo soy el rey.

CASTEL-MELHOR

Yo el vasallo.

EL REY

Yo siempre al fin mandaré.

CASTEL-MELHOR

Yo siempre obedeceré.

EL REY

Pues no hablemos más.

CASTEL-MELHOR

Me callo.
(Un momento de pausa, en que el Rey medita, y Castel-Melhor le contempla sonriendo.)

ESCENA VI

EL REY, CASTEL-MELHOR *y* CONTI

CONTI

(Viendo á Castel.) Ah!

CASTEL-MELHOR

(Viendo á Conti.) Conti!

EL REY

Gracias á Dios
que estás de vuelta!

CONTI

No ha sido
culpa mía.

EL REY

Pues qué ha habido?
Habla.

CONTI

Señor, sólo á vos.
(El Rey y Conti se apartan á un lado. Castel-Melhor les contempla sonriéndose malignamente.)

EL REY *(Á Conti.)*

Qué hay, Conti? Estás demudado,
descolorido, el cabello
enmarañado, qué es ello?
Qué has hecho?

CONTI

Nos han burlado.

EL REY

Quién? En qué?

CONTI

El diablo sin duda
que, introducido á deshora
en casa de doña Aurora,
contra nosotros la ayuda.

EL REY

Pues no me jurabas...?

CONTI

Sí.
Señor, estaba en mis manos;
pero están los castellanos
ya en Lisboa.

EL REY

Dios!

CONTI

De mí
por delante la sacaron
de su casa; me pusieron
un arma al pecho; me hicieron
rendir, y me maniataron.

EL REY

Pero, y tu gente, qué hacía?

CONTI

En la misma habitación
de esa mujer, á traición
cogida, inerme yacía.

EL REY

Ira de Dios! Quién á tanto
se atrevió? Y en la ciudad
castellanos ya?

(La puerta del gabinete de la Reina se abre, y aparecen á ella la Reina y don Luis, que distraídos en su conversación, se detienen á su umbral unos momentos.)

CONTI

(Viéndolos.) Dios santo!

EL REY

Qué es eso?

CONTI

Señor, mirad.

ESCENA VII

DICHOS, LA REINA *y* DON LUIS DE SANDOVAL

CONTI *(Al Rey.)*

Véis ese hombre que habla ahora
con la Reina mano á mano?

EL REY

Sí.

CONTI

Pues es el castellano
que nos robó á doña Aurora.

EL REY

Jesucristo!

CONTI

Él es; el mismo.
Y con la Reina está acaso
de acuerdo. No dáis un paso,
señor, que sobre un abismo
no sea. De vuestras manos
el cetro por arrancar,
le van tal vez á entregar
á los mismos castellanos.

EL REY

Vive Dios que no será
mientras yo viva! *(Á la Reina.)* Señora.

LA REINA *y* DON LUIS

El Rey!

EL REY

El Rey desde ahora,
vos lo habéis dicho.

LA REINA

Quizá
no me comprendísteis bien.

EL REY

Me comprenderéis á mí
vos, y basta. Quién aquí
permite que en paz estén
los enemigos? Con cuál
derecho, por qué motivo
hay un castellano vivo
del reino de Portugal
en la corte? Quién es ese
mancebo que inteligencia
mantiene con la regencia,
mas que al príncipe le pese?
En quién fía, cuando osado
contra lo que el Rey dispone,
á la justicia se opone
del reino? Es éste el cuidado
paternal de la regencia
por el pueblo portugués
y por su príncipe? Esto es
gobernar?

LA REINA

Y esa violencia,
mancebo audaz, y ese tono
es el en que se dirige
un príncipe á la que rige
su reino y ocupa el trono
en el nombre de la ley?

EL REY

Pues ese cargo cesó
para vos, señora. Yo
soy desde esta noche el Rey.
Á las provincias irán
mis correos anunciando
que el Rey ha tomado el mando
á los que por vos están
de gobernadores; y
vos me entregaréis los sellos
reales, y cuentas con ellos
de mis rentas.

LA REINA

Eso á mí,
señor! Olvidáis que soy
vuestra madre?

EL REY

Nada olvido,
señora; y cuando os las pido,
sé que en mi derecho estoy.
Quiero saber lo que pasa
en mis reinos, y tener
libertad, oro y poder
para gobernar mi casa.

LA REINA

Sois muy joven todavía.

EL REY

Fuéronlo más otros reyes,
y reinaron.

LA REINA

Nuestras leyes...

EL REY

(Con ímpetu.)
Ya no hay más ley que la mía,
señora; y os aconsejo
que obedezcáis, porque es vana
toda obstinación.

LA REINA

Mañana
se reunirá el Consejo.

EL REY

Esta noche. Acostumbrado
le tenéis á cualquier hora
á reunirse, y ahora
mismo ha de ser convocado.

LA REINA

Lo será.

EL REY

Inmediatamente.

LA REINA

Y en él vistas quedarán
varias causas, que serán
falladas públicamente.

EL REY

Así al menos dejará
vuestra memoria un recuerdo
de justicia.

LA REINA

Estoy de acuerdo
con vos; pero cambiará
vuestro parecer después
de sentenciadas.

ESCENA VIII

DICHOS *y* UN PAJE *que trae unos pliegos*

PAJE *(Á la Reina.)*

Señora,
un pliego que llega ahora
del ejército.

EL REY

(Tomándole.) El Rey es
quien lo ha de ver.

EL PAJE

(Á Conti, dándole un billete.)
Para vos,
señor Conti.

EL REY *(Á Conti.)*

Este le envía
Schomberg.

CONTI *(Al Rey.)*

Y mi policía
ste.

EL REY

Veamos.
*(Abren las cartas; Castel-Melhor pasa á co-
locarse entre el Rey y Conti.)*

Gran Dios!
Desde ayer los castellanos
tienen á Evora ganada.

CONTI

Cielos!

CASTEL-MELHOR *(Al Rey.)*

(Mirad si comprada
dice, señor; en sus manos
murmuran que entró por oro.)

EL REY

Tú lo sabes!

CASTEL-MELHOR

Yo, en conciencia,
nada sé, mas la Regencia
sabrá ya lo que yo ignoro.

CONTI *(Al Rey.)*

Leed, señor.
*(Le da un billete; mientras lo lee, Castel-
Melhor se acerca á él.)*

CASTEL-MELHOR *(Á Conti.)*

(El castellano
pasó por Evora.)

CONTI

Y qué?

CASTEL-MELHOR

Que sabe el traidor quién fué.

CONTI

Oh!

CASTEL-MELHOR

Ganadle por la mano;
apoderáos de Aurora,
y su secreto comprad
con su amor, ó abandonad
á Lisboa antes de un hora.
*(Conti se queda confuso. El Rey, concluyen-
do de leer, se dirige á la Reina.)*

EL REY

Señora, al instante haced

que se reúna el Consejo;
hasta que amanezca os dejo
en sesión; pero tened
en cuenta que al despuntar
el alba, en su trono puesto,
el rey don Alfonso sexto
va su reinado á empezar.
Las protestas y amenazas
excusad. Fuerza es que acabe
Regencia que tan mal sabe
defendernos nuestras plazas.
Conti, mañana serás
mi secretario. Al salir
de aquí, preso conducir
á ese castellano harás.

LA REINA

Es de Madrid mensajero,
y de un seguro al abrigo
está.

EL REY

Es un enemigo
y quedará prisionero.
Y todos los castellanos
que se hallen, sin excepción,
serán puestos en prisión
al caer en nuestras manos.
(Á Conti aparte.)
Aquí te advierten de Aurora,
Conti, el asilo secreto;
si la coges, te prometo
que te nombro desde ahora
secretario general
mío, con tanto poder
que después de mí has de ser
el primero en Portugal. *(Váse.)*

ESCENA IX

LA REINA, DON LUIS, CASTEL-MELHOR *y* CONTI

CONTI *(Á don Luis.)*

Oído habéis, caballero,
la orden del Rey; al dejar
la cámara váis á dar
en mis manos prisionero.

LA REINA *(Á Conti.)*

Señor Conti, será tarde
cuando salga.

CONTI

Á mucho ser,
será hasta el amanecer,
señora, lo que le aguarde.

LA REINA

Á esa hora habré entregado
á mi hijo los reales sellos,
y de una causa con ellos
cuenta al Consejo habré dado.

CONTI

De vuestros papeles yo
seré quien tome registro,
puesto que primer ministro
seré.

LA REINA

Conti, acaso no.
Y como regente soy
todavía, ahora os suplico
que os retiréis.

CONTI

No replico.
Hasta que salgáis. *(Á don Luis.)*

DON LUIS

Estoy
en eso.

CONTI

Bésoos los pies,
señora.

LA REINA

Que Dios os guarde,
Conti.

CONTI

(Aparte.) Bah! Un poco más tarde
os guardaré yo á los tres.

ESCENA X

LA REINA, CASTEL-MELHOR *y* DON LUIS

LA REINA *(Á don Luis.)*

Señor don Luis, todo cabe
en ese vil genovés;
del Rey y de él huid, pues.
Voy á daros una llave,
con una fiel camarera,
que os guíe hasta una salida
secreta, y, por vuestra vida,
que huyáis en viéndoos fuera
de este palacio. Una orden
os daré que os abra paso;
conque huid, antes que acaso
los instintos se desborden
del pueblo, y déis en su mano
cuando, oyendo la noticia
de Evora, crea justicia
inmolar á un castellano. *(Váse.)*

ESCENA XI

CASTEL-MELHOR *y* DON LUIS

CASTEL-MELHOR

Prevenida hay cierta nave
para otro; de aquí á una hora
será mía. Á doña Aurora
embarcad antes que acabe
la noche y caiga en las manos
del Rey y Conti, que irán
á buscarla.

DON LUIS

No darán
con ella.

CASTEL-MELHOR

Don Luis, son vanos
vuestros juicios. El billete
que aquí Conti ha recibido
de todo les ha instruído,
y no habrá quien les sujete.

DON LUIS

as, quién pudo descubrir...?

CASTEL-MELHOR

Yo, don Luis.

DON LUIS

Vos? Tal vileza!

CASTEL-MELHOR

No. De Conti la cabeza
el pueblo en vano á pedir
vendrá, mientras en palacio
esté; mas segura allí
la tendrá. Corred, y en mí
fiad, que aún tenéis espacio.

DON LUIS

Señor conde, en mi conciencia
creo que jugáis á dos
palos.

CASTEL-MELHOR

Pero no con vos,
á quien debo la existencia.
Y, pues medio os suministro
de huir con Aurora, huid.

DON LUIS

Y cuando llegue á Madrid...

CASTEL-MELHOR

Seré yo primer ministro.
(Acercándose á su oído.)

DON LUIS

Ah!

CASTEL-MELHOR

Chist!

ESCENA XII

CASTEL-MELHOR, DON LUIS *y* LA REINA; *una camarera con luz*

LA REINA

(Á don Luis, dándole un pliego y una llave.)
Tomad; id en pos
de esta dama, y con Aurora
partid.

DON LUIS

(Besándola la mano.) El cielo, seño ra,
sobre vos vele.

LA REINA

(Despidiéndole.) Id con Dios.
(Váse don Luis.)

ESCENA XIII

LA REINA *y* CASTEL-MELHOR

LA REINA

Conde, está la acusación
contra el genovés probada.

CASTEL-MELHOR

Y en el pueblo divulgada
á estas horas su traición.

LA REINA

Su cabeza demandada
será?

CASTEL-MELHOR

Sí. Le condenó
el Consejo?

LA REINA

Á muerte.

CASTEL-MELHOR

No
huirá.

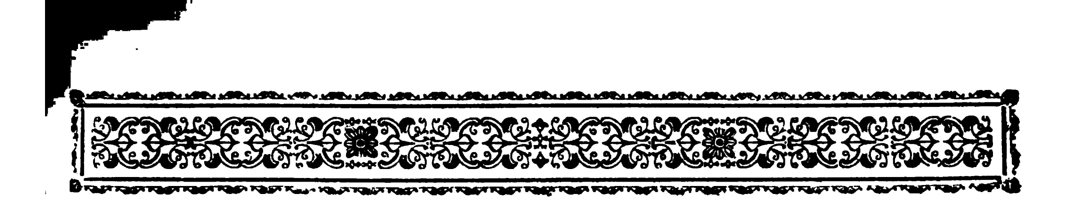
LA REINA

(Marchando hacia la parte izquierda.)
Y de infame tal
será libre Portugal.

CASTEL-MELHOR

(Siguiéndola, aparte.)
Y primer ministro yo.





ACTO TERCERO

Decoración cerrada.—Aposento de una casa de Lisboa: puerta á la derecha, que da al exterior. Otra secreta en el mismo lado, más hacia el proscenio. Balcón en el fondo, por el cual se ven á lo lejos los mástiles de los barcos anclados en el Tajo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AURORA *y* JULIANA, *á la celosía*

DOÑA AURORA

Ves algo?

JULIANA

Nadie pasa.
De la plaza está el ámbito desierto,
y sólo al lejos se distingue el puerto
de las estrellas á la luz escasa
y los inquietos mástiles que mueve
el vaivén de las ondas.

DOÑA AURORA

Tarde debe
de ser.

JULIANA

Las dos han dado.

DOÑA AURORA

Y aú no viene don Luis.

JULIANA

Quién tan medido
tiene, señora, el tiempo que asegure
de su vuelta el momento
por i ^- que lo procure?

DOÑA AURORA

En Lisboa es don Luis muy conocido,
y está Castilla en guerra
con Portugal.

JULIANA

Qué teme protegido
por el noble fidalgo de esta tierra
que aquí en seguridad nos ha traído?

DOÑA AURORA

Desconfío de todo,
Juliana, ya. Son tantos los azares
á que expuesta me he visto, que la hora
de abandonar á Portugal anhelo,
y solamente fe tengo en el cielo.
Aumenta mi zozobra á cada instante
que transcurre; esta casa solitaria,
esa luz vacilante,
que es preciso tener siempre tapada
por que no reverbere en la vidriera
y llame la atención de los de fuera;
y ese negro africano
que nos guarda, medrosas aprensiones
me traen al pensamiento.

JULIANA

Miedo vano!
Afanoso se esmera en atenciones

excesivas; y en cuanto
al color de su piel, no hay que os extrañe,
señora; hoy en las Indias posesiones
tienen los portugueses, y se sirven
con esclavos que traen de esas regiones.
Y vos que en las Américas vivido
con vuestro padre habéis, acostumbrada
debéis estar á verlos.

DOÑA AURORA

No ha nacido
éste en ningún confín americano,
y es ó moro ó judío ese nubiano.

JULIANA

Séase lo que quiera, tiene un dueño,
caballero leal y fiel amigo,
que ha jurado sacarnos de este empeño,
y espero en él que cumplirá.

DOÑA AURORA

Testigo
de su promesa es Dios!

JULIANA

Cual siempre, ahora
velará por nosotras, doña Aurora.
Mas silencio! Oigo pasos; viene apriesa
(Se asoma.)
hacia aquí un embozado, y atraviesa
la calle... á nuestra puerta llega...

DOÑA AURORA

Cielos!
Si descubierto habrán...
(Llaman de un modo particular.)

JULIANA

Su seña es ésa.

DOÑA AURORA

Es don Luis.

JULIANA

Desechad vuestros recelos.

ESCENA II

DOÑA AURORA, JULIANA *y* EL NEGRO
asomándose á la ventana

EL NEGRO

Quién va?

DON LUIS

(Dentro.) La Aurora.

EL NEGRO

Á qué hora sale?

DON LUIS

Ahora.

EL NEGRO

Tomad, y echad por dentro los cerrojos.
(Echándole la llave. Volviéndose á doña Aurora.)
El que vino con vos.

JULIANA

Él es, señora.
Cierra, sube, ahí está.

ESCENA III

DICHOS *y* DON LUIS

DOÑA AURORA

Don Luis del alma.

DON LUIS

Aurora de mis ojos.

DOÑA AURORA

Qué hay?

DON LUIS

Que salvos estamos
y á Castilla nos vamos.

DOÑA AURORA

Cuándo?

DON LUIS

Al punto. En el muelle nos espera
el patrón de una nave
que á llevarnos va á Cádiz, y no cabe
más dilación que el tiempo que tardemos
en llegar desde aquí hasta la ribera.

DOÑA AURORA

Partamos, pues bien corta
de aquí á los muelles es la travesía.

DON LUIS

Partamos, sí; la diligencia importa.
Vamos. *(Al negro.)*

DOÑA AURORA

No nos pondrán impedimentos
en el puerto?

DON LUIS

Llevamos documentos
legales, y de darnos al instante
á la vela la orden. Ve delante. *(Al negro.)*

EL NEGRO

Esperad; en la calle
siento ruido. *(Mira.)* Allá arriba veo gente
detenida. Tapad esa bujía.
Dos hombres van bajando,
á la luz de un farol señas tomando
de las casas.

DON LUIS

Á ver... Sin duda alguna;
no podemos salir sin dar con ellos?

EL NEGRO

No; y os buscan tal vez.

DON LUIS

Muy ruin fortuna
nos corre esta noche!

EL NEGRO

Pasos siento.

DON LUIS

Dó1

EL NEGRO

En un caracol cuya salida
usa mi amo no más.

DON LUIS

Si sorprendida
habrá sido también...

EL NEGRO

Silencio!

DOÑA AURORA

Apenas
respiro de pavor. Virgen María,
valednos!

EL NEGRO

Ya está ahí.

DON LUIS

Quién?

EL NEGRO

Lo veremos.

ESCENA IV

DICHOS *y* CASTEL-MELHOR

DON LUIS

Castel-Melhor!

CASTEL-MELHOR

Es tiempo todavía.

DOÑA AURORA

Gracias al cielo!

DON LUIS

Aquí vos!

CASTEL-MELHOR

Aquí, y donde quiera os sigo,
seguro y leal amigo.

DOÑA AURORA

Que os lo recompense Dios!

DON LUIS

Este caballero, Aurora,
es quien nos salva; á él debemos
tu honor y vida.

CASTEL-MELHOR

Dejemos
eso, don Luis, porque ahora
no hago yo más que pagaros
lo que os debo. Aquí tenéis
cuanto menester habéis,
detenciones para ahorraros.
Este anillo es la señal
para el patrón que os espera,
y con cuya nave fuera
os veréis de Portugal.
Cuando ya lejos del brazo
de la justicia os halléis
y fuera del puerto, haréis
disparar un cañonazo,
y que en salvo váis sabré.
Conti de palacio ya
salió; buscándoos está,
y pronto es fuerza que dé
sobre esta casa, que á ser
va la cita universal
donde todo Portugal
trastornado se va á ver.
Señora, yo en el encargo
de arreglaros pronto quedo
vuestros negocios, y puedo
aseguraros que largo
no será el tiempo que en esto
tarde.

DOÑA AURORA

Tan buenos servicios,
caballero...

CASTEL-MELHOR

Son oficios
que me darán un pretexto
para entablar amistad
con dama tan noble y bella.

DOÑA AURORA

Y podéis contar con ella
con toda seguridad.

CASTEL-MELHOR

Mas despacháos, don Luis;
Lisboa está en conmoción,
y á perder váis la ocasión
si pronto de ella no huís.
Al pie de esta escalerilla
secreta un criado mío
hallaréis; con él del río
llegaréis hasta la orilla
por un secreto pasaje
que he abierto, por si acaso
la suerte en algún mal paso
me pone. Id, pues, y buen viaje.
Oid: si halláis gente armada
al atravesar por él,
dejad hacer su papel
al guía, y no temáis nada.

DON LUIS

Castel-Melhor, apretad,
(Dánse las manos.)
y si la suerte algún día
á situación á la mía
semejante os trae, contad
con un amigo en Madrid.

CASTEL-MELHOR

Eso mismo os digo á vos;
señora, que os guíe Dios.

DOÑA AURORA

Con él quedad.

CASTEL-MELHOR

Con él id.

ESCENA V

CASTEL-MELHOR

Perfectamente; ya están
en medio de un laberinto
de cuyo oscuro recinto
salir sin mí no podrán.
Todo esta noche resuelto
queda. Conti sin favor

y preso como traidor;
el Consejo real disuelto;
la dimisión admitida
de la Reina; amotinado
el pueblo y pidiendo airado
del favorito la vida.
Y el Rey, cogido en mi red,
sin Conti, ni Aurora, á mí
acude, ó se encuentra aquí
del populacho á merced.
Cual lo imaginé salió
todo; mañana, por ley
justa, es el príncipe rey
y primer ministro yo.
En cuanto á los otros, van
en salvo. Hola! Ruido siento.
(Se asoma al balcón.)
Pues si pierden un momento,
en manos de Conti dan!
(Llaman á la puerta.)
Llegas tarde, cazador
de palomas; en su nido
la serpiente se ha escondido,
y ay de tí!—Tristán.

ESCENA VI

CASTEL-MELHOR *y* EL NEGRO

EL NEGRO

Señor.

CASTEL-MELHOR

Partieron?

EL NEGRO

Ya fuera están
del jardín.

CASTEL-MELHOR

En una hora
› estarán del reino. Ahora
›ira quién llama, Tristán.

EL NEGRO

›ién va?

CONTI

(Dentro.) Abrid al Rey.

EL NEGRO

Señor,
la justicia.

CASTEL-MELHOR

Que entre pues,
abre; casa del rey es
la que es de Castel-Melhor.
La diplomacia es gran ciencia,
y profesor para ser
de ella, no son menester
á fe estudios de conciencia.
Del enamorado antojo
de un mancebo lusitano,
y de un mozo castellano
del enamorado arrojo
la suerte de Portugal
depende esta noche aquí.
Mas, qué remedio? Es así
nuestra política actual.
Acaso en su rigidez
dirá algún viejo mañana
que nada en el cambio gana
de ministros esta vez
el país; pero, pardiez!
de una dama, un favorito
y una regencia le evito
las tres plagas; conque estoy
en que si en mí un mal le doy,
gana los tres que le quito.

ESCENA VII

CASTEL-MELHOR *y* CONTI

CASTEL-MELHOR

He aquí uno.
(Viendo á Conti que sale.)

CONTI

Castel-Melhor!
(Sorprendido al verle.)

CASTEL-MELHOR

Oh signor Conti! Pasad
adelante; á la verdad
me hace un inmenso favor
vuestra visita.

CONTI

Á fe mía,
señor conde, que os protesto
que no esperaba tan presto
veros, ni aquí; yo os creía
en palacio.

CASTEL-MELHOR

Grave error,
señor Conti! No es palacio
sitio para hablar despacio,
y he tenido por mejor
citaros aquí.

CONTI

Fué, pues,
el papel que recibí...?

CASTEL-MELHOR

Mío, señor Conti. Así
lo más acertado es
que toméis cómodo asiento
en un sillón, y alejando
esa gente que guardando
está á la puerta, un momento
me oigáis.

CONTI

Siento, señor conde,
que á la comisión que vengo
á cumplir aquí...

CASTEL-MELHOR

(Interrumpiéndole.) Os prevengo
también que no se me esconde
la comisión que traéis;
pero no os estará mal
saber lo que en Portugal
pasa, antes de que paséis
á desempeñarla; os ruego,
pues, otra vez que un sillón
toméis, y en conversación
entraremos desde luego;
porque urge el tiempo, y conviene
que sepáis cierta noticia
que os importa.

CONTI

De justicia
la gente es que se mantiene
á la puerta, y no está bien
hacerla esperar así.

CASTEL-MELHOR

Como gustéis; pero allí
tengo yo gente también
prevenida, y en conciencia,
vais á ponerme en el caso
de reclamar su presencia,
y no me parece paso
muy prudente.

CONTI

Señor conde,
me obligáis á declararos
que hay orden para tomaros
preso, y que de vos responde
mi honor al Rey.

CASTEL-MELHOR

Yo lo siento,
señor Conti; mas me obliga
vuestra franqueza á que os diga
también que en este momento
de prenderos tengo encargo,
y de vos á la Regencia
respondo con mi existencia.

CONTI

Ah!

CASTEL-MELHOR

Y os pido, sin embargo,
esta tregua, porque quiero
que nadie piense esta vez
que obré con vos como juez,
y no como caballero.

CONTI

La grande serenidad
con que me dáis el aviso...

CASTEL-MELHOR

Que os pruebe, Conti, es preciso,
la grande seguridad
en que estoy aquí con vos.
Conque, pues es neutral tierra
el cuarto que nos encierra,
parlamentemos los dos;
porque os juro que os importa
más que á mí.

CONTI

Aunque mi cabeza
arriesgo, vuestra nobleza
me obliga. Si ha de ser corta
la plática...

CASTEL-MELHOR

Solamente
de minutos.

CONTI

Lealtad
segura?

CASTEL-MELHOR

Fidelidad
absoluta; aquí mi gente
no asomará, si la vuestra
se mantiene siempre un paso
de la puerta allá.

CONTI

En tal caso
cerrad, y atrás. *(Á su gente.)*

CASTEL-MELHOR

Igual muestra
de lealtad os doy.

(...a gente de justicia, que se ha mantenido en ...l umbral de la puerta de la derecha desde la ...alida de Conti, se retira, cerrando la puerta, ...bre la cual corre Conti el cerrojo. Castel-...elhor dice sus últimas palabras corriendo ... cerrojos á las otras salidas de la habita-...n.)

ESCENA VIII

CASTEL-MELHOR *y* CONTI

CONTI

(Aparte.) Sepamos
de qué se trata, y veremos
quién prende á quién.

CASTEL-MELHOR

Eh; ya estamos
sin testigos, y podemos
hablar sin rebozo; ahora,
pues, escuchad lo que pasa
en Lisboa, de esta casa
fuera, en la presente hora.

CONTI

Os escucho.

CASTEL-MELHOR

Es una historia
un poco enredada; pero
si cogéis, como lo espero,
sus cabos bien de memoria,
la entenderéis.

CONTI

Hablad, pues.

CASTEL-MELHOR

Tiene el rey de Portugal
hoy un favorito, el cual,
diestro como genovés,
le tiene el seso embebido
con una española dama,
quien á un castellano ama,
como español, atrevido.
Delira el Rey por la bella,
y el favorito, que tiene
por qué temer, entretiene
el favor del Rey con ella.
Odia al privado infinito
la regente, y de tal modo,
que yo la creo de todo
capaz contra el favorito.
Paga éste liberalmente

su odio, y tal se la enreda,
que el reino esta noche queda
sin privado ó sin regente.
Así es que no há media hora
que presa la Reina estaba
en su cuarto; se esperaba
al castellano que adora
la española, á la salida
de él para asirle, y la dama
que ama el Rey, y ella no ama,
iba aquí á ser sorprendida.
Hallábanse así poco há
las cosas del favorito,
dispuestas al exquisito
tacto en favor suyo ya;
pero cuando éste salía
de palacio á sorprender
la dama, no echó de ver
que la escalera subía
un paje con un papel
para el Rey, y en la escalera,
muerto el privado le hubiera,
á saber lo que iba en él.

CONTI

Ah!

CASTEL-MELHOR

Decía así: «Señor:
el favorito que os vende,
por oro, á Evora, pretende
vender también vuestro amor.
Con el oro que le vale
la venta de vuestra villa,
hoy mismo para Castilla
con vuestra española sale
en un barco catalán
prevenido para el caso.
Si habéis de atajar su paso,
de tal punto partirán.»
Y le señalaban esta
casa.

CONTI

Señor conde, á fe
que no os diré yo que esté
esa carta al Rey mal puesta.
Pero como el Rey sabrá
que el favorito no huye
y cuanto se le atribuye
sin pruebas encontrará,
sola y por su propio peso
se hunde esa espesa maraña,
y sólo el escrito daña
á su autor.

CASTEL-MELHOR

Es que hay más que eso.
Mi historia no tiene en esta
carta su fin todavía.
Quien este papel envía
al Rey, ha dejado puesta
en manos de doña Luisa
de Guzmán, regente actual
del reino de Portugal,
otro pliego en que la avisa
de que aquí puede encontrar
al favorito á esta hora
con el Rey y doña Aurora,
á quien viene á enamorar;
y que si quiere á pretexto
de este escándalo perder
al privado, no ha de haber
motivo más manifiesto;
y que si no lo hace, el Rey
hoy á su ruego suspende
el Consejo de que pende
su causa, según la ley;
encierra en un monasterio
á la regente; disuelve
la regencia, y se le absuelve
de culpa en un ministerio
hecho por él; con lo cual
se quedará en conclusión
ignorada su traición
y él dueño de Portugal.

CONTI

Tampoco os diré que esté
mal escrito esotro pliego;
pero dudo desde luego
que buen resultado dé.
Si el favorito poder
tanto tiene y tal favor
con el Rey, no habrá valor
que se le pueda oponer.

Vísteis que el Rey, señor conde,
pidió á la Reina los sellos
reales y cuentas con ellos;
y tampoco se os esconde
que al favorito hizo el Rey
su secretario, y mañana
que potestad soberana
dará al príncipe la ley,
pues el cetro empuñará,
nadie acusar temerario
osará á su secretario.
Cuanto más que ya no habrá
quien sepa la verdad cierta;
porque es esperanza loca
la de que quede una boca
contra el favorito abierta
para llamarle traidor
á oídos de la ciudad
de Lisboa.

CASTEL-MELHOR

Perdonad
si os digo que en un error
estáis, harto inconcebible
en tan clara previsión.
La prueba de su traición
dáis casi por imposible;
mas como me interrumpís
sin cesar...

CONTI

Oh! Hablad.

CASTEL-MELHOR

Probada
la traición está y fallada
su causa.

CONTI

Bah!

CASTEL-MELHOR

Un tal don Luis
Sandoval, al cruzar
español campamento,
su rey por mandamiento
timonio se hizo dar
os hechos en cuestión;
porque con este papel
pensaba rescatar el
objeto de su pasión.

CONTI

Mas de una revolución
en el trastorno total,
no perderá el tribunal
esas pruebas en cuestión?
El favorito, mañana
ministro, podrá romper
la causa, haciendo prender
á ese don Luis; conque vana
será aquélla, y será el preso
muerto, y lo serán con él
cuantos tengan del papel
noticias.

CASTEL-MELHOR

Es que no es eso
todo aún; pues como vos
me atajáis á cada paso,
no os puedo enterar del caso
por completo. Oid, por Dios,
Conti, sin comentariar.

CONTI

Hablad.

CASTEL-MELHOR

Todo ha de ser vano
contra el galán castellano.

CONTI

Por qué?

CASTEL-MELHOR

Porque por azar
á las manos se le vino
doña Aurora, y entabló
la acusación, porque abrió
á España á los dos camino.

CONTI

(Turbado.) Camino?

CASTEL-MELHOR

Pues claro está.

La cabeza de traidor
vendió por la de su amor.

CONTI

Venta inicua!

CASTEL-MELHOR

Pero ya
concluída. Y como era
preciso que el Rey pidiese
su dama y que no pudiese
darla el favorito, fuera
del reino ya; y como había
que dar á todo esto viso
de rapto, fueron de aviso
de partir antes del día
en el barco catalán
don Luis y Aurora.

CONTI

(Con espanto.) Y se han puesto
en fuga?

CASTEL-MELHOR

Pues por supuesto.

CONTI

Dios de Dios!

CASTEL-MELHOR

Á bordo están;
y cuando logren salir
del Tajo libres al mar,
un cañonazo tirar
harán; aquí se ha de oir.
(Conti hace un movimiento para levantarse; Castel-Melhor le detiene.)
Tened, que hay más todavía.

CONTI

Más!

CASTEL-MELHOR

Sí; mientras la justicia
en la traición decidía
del favorito, noticia
al pueblo se daba de ella;
porque siendo de él sabida
no se pudiera ir con vida
el traidor que así atropella
de Lusitania el honor,
vendiéndola por dinero,
como mercader logrero,
sus plazas de más valor.

CONTI

Hombre, monstruo de malicia!
Satanás sólo ha podido
tejer la red que has tendido
á mis pies!

CASTEL-MELHOR

Ó la justicia
de Dios; porque es tan entera
la venganza que prepara
vuestra perdición, que avara
doquier la muerte os espera.
El Rey vendrá tras de vos
furioso contra un rival,
y vos, sin la dama, mal
le satisfaréis. En pos
del Rey vendrá la regente
con él aquí á sorprenderos,
y del escándalo á haceros
el único delincuente.
Tras de la Reina, la Audiencia
con vuestra traición probada,
vuestra causa sustanciada
y escrita vuestra sentencia;
y tras de la audiencia viene
todo el pueblo amotinado,
pidiendo por de contado
vuestra cabeza; que tiene
que ser inmolada al fin,
ó á la venganza del Rey,
ó á la espada de la ley,
ó á la furia del motín.

CONTI

Infernal nudo!

CASTEL-MELHOR

Gordiano,
señor Conti; y que se aprieta
más cuanto más indiscreta
lleguéis á él vuestra mano.

CONTI

La vuestra en él bien se muestra!

CASTEL-MELHOR

Y en las tres viles espadas
contra mí desenvainadas
en una calle, la vuestra.
Ahora, señor genovés,
pues en ello os va la vida,
mirad por dónde salida
tiene el reino portugués.

CONTI

Puerta es solo, vive Dios!
la tumba acaso; mas valga
lo que quiera, saldréis vos
ante mí cuando yo salga.
(Conti va hacia la puerta derecha; Castel-Melhor hacia la izquierda, y al poner ambos mano á los cerrojos, dice Castel-Melhor á Conti, que se detiene un instante á escucharle:)

CASTEL-MELHOR

Ved que es inútil afán;
tomar la calle he mandado
por fuera, y los que han entrado
con vos, sitiados están.
Si abrís, abro; y cuando pida
el pueblo en tumulto ronco
vuestra cabeza, del tronco
la encontrará dividida.

CONTI

(Poniendo mano á la espada.)
Cólera de Dios! Villano!
Si estáis de mi sangre ansioso,
abre al menos generoso
mis venas espada en mano.

CASTEL-MELHOR

Me habéis hecho en mi camino
por tres hombres asaltar,
y no os puedo yo tratar
sino como á un asesino.
Traidor al pueblo y al Rey,
la justicia os va detrás,
mi espada está demás
donde está la de la ley.

CONTI

Mientes! El sangriento yugo
me humillará de mi suerte,
mas no me dará la muerte
la cuchilla del verdugo.
(Abre la puerta de la derecha, al mismo tiempo que Castel-Melhor la de la izquierda, diciendo ambos á la gente.)

CONTI

Sea en nombre de la ley
apresado ó muerto.

CASTEL-MELHOR

Ea,
adelante, y muerto sea
ese traidor!

ESCENA IX

(Las gentes de justicia de Conti y los armados de Castel-Melhor, salen por una y otra parte y se confunden peleando; los de Castel-Melhor defendiéndole, los de Conti atacándole. Castel-Melhor permanece con la mano puesta en el cerrojo de la puerta que acaba de abrir, mirando tranquilamente la contienda, que no dura más que un instante, durante el cual se ve luz de antorchas por el balcón del fondo. De repente se oye la voz de paso al Rey, y todo el mundo se detiene, quedando en medio de los contendientes, que se abren, el Rey; á su derecha Conti y Castel-Melhor impasible junto á la puerta.—Esta escena debe ser ejecutada con rapidez.)

UNA VOZ

Paso al Rey!

TODOS

(Menos Castel-Melhor.)

El Rey.

(Suspensión general.)

ESCENA X

EL REY, CASTEL-MELHOR, CONTI, JUSTICIA *y* ARMADOS

EL REY

Yo mismo, villanos.
Yo soy el Rey, que os pregunta
qué hace tanta gente junta
con las armas en las manos?

CONTI

(Señalando á Castel-Melhor.)
Matarme á traición, señor.

CASTEL-MELHOR

(Con serenidad.)
Mi espada quieta, y desnuda
la suya, no os dejan duda
de quién es aquí el traidor.

EL REY *(Á Conti.)*

(Airado.) Á dónde está doña Aurora?

CONTI

Señor...

EL REY

(Con ímpetu.) Pronto. Dónde está?
(Suena un cañonazo lejano, pero claro.)

CONTI

(Desesperado.) Rayo de Dios!

CASTEL-MELHOR

Señor, va
lejos.

EL REY

Cómo!

CASTEL-MELHOR

Esa sonora
explosión, que el viento trajo
de la mar, es la señal
de que la abrió Portugal
franca puerta por el Tajo.
Á seguirla iba el traidor
cuando al paso le salí;
por eso encontráis aquí
hojas desnudas, señor.

EL REY *(Á Conti.)*

Me vendías! Miserable!

CONTI

Escuchadme.

EL REY

Un paso más,
y hacia el sepulcro le das.
Prendedle, y que nadie le hable.
(Se apoderan de Conti y óyense voces dentro.)
Qué es eso?

CASTEL-MELHOR

(Al balcón.) Un tropel de gente
llega.

VOZ DENTRO

Muera el traidor!

MUCHAS VOCES

Muera!

EL REY

Un motín!

CASTEL-MELHOR

(Que sigue mirando al balcón.)
Quién lo dijera,
señor? Viene acaudillando
á la plebe la regente.

EL REY

Cielos! *(Mirando por el balcón.)*

CASTEL-MELHOR

(Tomando al Rey aparte.)
Oid. Sois, señor,
dos hermanos; si al menor

quisiera esta noche el mando
la Reina dar?

EL REY

La cabeza
darán antes, vive Dios!

CASTEL-MELHOR

Pues obrad con entereza,
porque la regencia, ó vos.

EL REY

(Altivo.) Yo. Mas por mí te supongo?

CASTEL-MELHOR

Apartáis á Conti?

EL REY

Sí.

CASTEL-MELHOR

Pues bien; fiáos de mí.

EL REY

Obra. En tus manos me pongo.

ESCENA XI

DICHOS *y* LA REINA

(Dos pajes con luces, colocándose á los lados de la puerta derecha, anuncian á la Reina.)

LOS PAJES

La Reina.

LA REINA

(Viendo al Rey.) Cómo, señor!
Vos aquí! Tan á deshora!

EL REY

á qué venís vos, señora,
uí?

LA REINA

Á prender á un traidor.

EL REY

Y para eso amotinado
al pueblo traéis en pos?

LA REINA

Se amotina porque á vos
os debe poco cuidado.

EL REY

Señora!

LA REINA

Conti vendió
á Evora, y morirá
por traidor; el pueblo está
pidiendo justicia, y yo
se la quiero hacer.

CASTEL-MELHOR

Señora,
llegáis ya tarde; al traidor
prendió el Rey, nuestro señor,
en persona, y vedle ahora
en manos de la justicia
esperando su castigo;
mas perdonadme si os digo
que arguye tal vez malicia,
y al Rey extraña, en verdad,
ver cruzar á vuestra alteza
de un motín á la cabeza
á estas horas la ciudad.

LA REINA

Castel-Melhor!

CASTEL-MELHOR

Es el Rey
quien os habla por mi boca.
No á vos, á los jueces toca
la ejecución de la ley.

EL REY

Y pues va el día á rayar, *(Á la Reina.)*
y tal plazo se os impuso,
y del poder tal abuso
habéis hecho, podéis dar
vuestra regencia, señora,
por concluída. Elegid
un monasterio, y salid
hoy de la corte.

LA REINA

En buen hora;
saldré, y de muy buena gana,
para no ver cómo Dios
permite que os den á vos
el mismo pago mañana.

VOCES DENTRO

Muera! Muera!

LA REINA

(Con ironía.) Todavía
bulle el pueblo.

CASTEL-MELHOR

No fiéis
en él, porque le veréis
quieto á una palabra mía.
(Asomándose al balcón.)
Disuelta está por la ley
la regencia: á reinar va
sólo el Rey, y morirá
el genovés. Viva el Rey!

EL PUEBLO DENTRO

Viva!

CASTEL-MELHOR

No el pueblo le vea.
(Al Rey por Conti.)
Salida oculta le valga.

EL REY

Sálvale si puedes

CASTEL-MELHOR

Salga,
pues, por aquí.
(Castel-Melhor hace seña de que salgan por la puerta secreta de la izquierda, que él mismo abre á los que guardan á Conti, que serán el negro Tristán y varios de los que salieron por Castel-Melhor. El negro es el último que sale, y Castel-Melhor le dice al paso:)
Muerto sea.
(El negro hace una señal afirmativa de inteligencia.)

ESCENA XII

DICHOS, *menos* CONTI *y* TRISTÁN

EL REY

Ahora, Castel-Melhor,
á palacio; darte quiero
un cierto encargo, y te espero.

CASTEL-MELHOR

Os sigo al punto, señor.
(El Rey sale; la justicia y su gente tras de él. La Reina y Castel-Melhor se encuentran en medio de la escena; los pajes de la Reina quedan á la puerta, y algunos armados de Castel-Melhor en el fondo.)

ESCENA XIII

LA REINA *y* CASTEL-MELHOR

LA REINA

Si es obra vuestra todo esto
preguntar no necesito,
pues quedáis del favorito
y la regente, en el puesto.

CASTEL-MELHOR

Cómo deciros que no,

quedando, á tal evidencia,
él preso, vos sin regencia
y primer ministro yo?

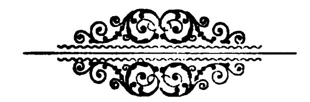
LA REINA

Pues procurad que os escude
constante vuestra fortuna,
y que el Rey, con cada luna,
de favoritos no mude.
Y os prevengo que, desde ahora,
respondéis de Portugal
de Dios ante el tribunal.
Yo al monasterio me voy.

CASTEL-MELHOR.

Tras de sus muros benditos
pedid al cielo, señora,
que se olviden desde ahora
LA REINA Y LOS FAVORITOS.

(Castel-Melhor saluda cortesanamente á la Reina, que se va sombría por la izquierda, al tiempo que Castel-Melhor por la secreta, con sus armados.)





Una aventura de 1360

ROMANCE

En las frondosas campiñas
que con sus ondas serenas
fecunda el Guadalquivir
antes que en el mar se pierda,
sentada está una ciudad
que majestuosa ostenta
lo atrevido de sus torres,
lo antiguo de sus almenas.
El río su bella imagen
en su corriente refleja,
pasando enorgullecido
por pasar tan junto á ella.
Y ella se mira en sus aguas,
contemplando allí altanera
su antigüedad y poder
y su proverbial belleza.
Espesos muros la ciñen,
y frondosísimas huertas,
y apiñados olivares,
y fertilísimas vegas.
Radiante sol la ilumina,
y la bordan sus laderas
ltos y copudos árboles
olorosas flores bellas.
legre gente la vive,
ue las calurosas siestas
sus perfumadas noches
sa al son de la vihuela,
en sus entoldados patios,
re fuentes y macetas,
ya en sus floridos jardines,
gozando sus auras frescas.
Ciudad de hermoso recuerdo,
ciudad bella entre las bellas,
de los moros es envidia,
de los cristianos soberbia.
Sevilla, en fin, y esto basta,
que todo el nombre lo encierra;
y, hablando de la hermosura,
todo es una cosa mesma.
En Sevilla, pues, y en una
noche azulada, de aquellas
en que derrama la luna
tranquila claridad trémula,
y en lo cóncavo del aire
resplandecen las estrellas,
y más allá con más brillo
los luceros reverberan;
en una de aquellas noches
en que todo se presenta
blanco, pacífico, hermoso,
y que la mente embelesa
y los sentidos embriaga
y el corazón enajena;
noche de aventuras propia
en mil trescientos sesenta
(edad en que esto pasaba,
si mi memoria no yerra),
por la calle de la Sierpe,
media noche siendo apenas,

dos hombres en la ancha plaza
con prisa y silencio se entran.
Largas capas les envuelven,
no porque precisas sean,
sino porque bien les cubran
de las personas las señas.
Por el lado de la sombra,
punta á punta la atraviesan
de la calle de la Sierpe
hasta la calle de Génova,
y el bulto de sus espadas,
que bajo la capa llevan,
las plumas de sus birretes
y el rumor de sus espuelas,
por hidalgos les acusan,
por más que entrambos se empeñan
en pasar como personas
de común raza plebeya.
Al fin, cuando ya contaban
tomar una callejuela
que al alcázar los llevase
sin pasar frente á la iglesia,
paróse el más alto de ellos,
diciendo:—Qué sombra es ésa
que tras el pilar se oculta,
Benavides? Yo dijera
que es un hombre.—
Y Benavides,
al que pregunta contesta:
—Llegad, señor, sin cuidado,
que ya imagino quién sea
y hará paso al conocerme,
que es hombre que me respeta,
porque me debe favores
é hicimos juntos la guerra.—
Siguió andando Benavides;
siguió el otro, por respuesta
dándole sólo el silencio
que satisfacerle muestra,
y, frente al hombre llegando
que junto al pilar espera,
mostrándose Benavides,
dejó franca la carrera.
—Dios te guarde, Andrés—le dijo
el que va, pasando cerca.
—Buenas noches—dijo el hombre,
saludando con llaneza;
y pasaron los hidalgos,
y siguió el otro en su espera.
Y, entre los dos que se van
por la oscura callejuela,
conversación en voz baja
se entabló de esta manera:
—Quién es ese hombre?
—Un soldado
que entró poco hace en la regla
de San Francisco, cansado
del servicio y de la guerra.
—Y por qué precisamente
en tal ocasión lo deja,
pudiendo darle fortuna
estos tiempos de revueltas?
—Dice que al rey don Alonso
sirvió de grado, y por fuerza
no quiere servir á nadie.
—Ya entiendo.
—Señor...
—Le lleva
la opinión del vulgo necio,
que mal de don Pedro piensa.
—Ya véis, señor, pues al claustro
se acoge, con su conciencia
se lo habrá mirado bien.
—Y á tales horas, qué espera,
solo en mitad de la plaza,
sin el traje de su regla?
—Señor, es historia larga.
—Tal cual es, quiero saberla.
—Son cosas que importan poco.
—Á mí todo me interesa;
decid, pues.
—Pues escuchad:
Ya sabéis que representan
al rey los monjes franciscos
que, habiendo en su casa mesma
un manantial necesario
para el buen servicio de ella,
el derecho á los vecinos
se les quite de que puedan
servirse de él en su daño,
porque sin agua les dejan.
Los vecinos, como tienen
aquella fuente más cerca,
para tomarla á su gusto
su viejo derecho alegan.
—Y tienen razón, y el rey

se la da.
—Por esa muestra
de su real benignidad,
de los vecinos se aumenta
la osadía, y de los monjes
el trabajo y la impaciencia.
De aquí nacen las hablillas,
las voces y las quimeras;
los vecinos á los monjes
tal vez obligar intentan
á que de noche y de día
les tengan franca la puerta.
Los monjes quieren cerrarla,
como lo manda su regla,
y esto ocasiona denuestos
y escandalosas pendencias.
Los vecinos traen soldados,
gente de su parentela;
los frailes sacan domésticos
y deudos que les defiendan;
y como ven que su rey
lo que le piden les niega,
los del pueblo cobran bríos,
y los frailes se exasperan.
Esto duró hasta que Andrés,
hombre á quien nada amedrenta;
hombre que usa de las armas
con asombrosa destreza,
con sus escrúpulos dando
de una sola vez en tierra,
asió su espada, saliendo
de los suyos en defensa.
Burlábansele al principio,
mas él se ha dado tal priesa
en asestar cintarazos,
con tal fortuna y destreza,
que del manantial los monjes
son dueños á la hora de ésta.
—Tan bizarro es ese Andrés?
—Tan bizarro y tan á prueba,
que él solo guarda la plaza,
ninguno se le acerca.
—El miedo de los villanos
s quien su valor pondera.
—De quien queráis, informáos;
réis que nadie lo niega.
hombre que si le dicen
una calle, por apuesta,
guarde una noche, es seguro
que nadie pasa por ella.
—Y no hay justicia en Sevilla,
un hombre que le contenga?
—Ya véis, se acoge á sagrado,
y los bravos le respetan.—
Murmuró el que preguntaba
unas palabras inciertas,
que espiraron en murmullo
cual pronunciadas apenas.
Y como á un postigo oculto
que da al alcázar se llegan,
callaron ambos á dos,
llamando á espacio á la puerta.
Abrióles un pajecillo,
y, entrando los dos por ella,
quedó el silencio en el aire
y en soledad la plazuela.

—

Está la siguiente noche
tocando en la misma hora,
y desde el cénit vertiendo
la luna luz melancólica.
Ni una ráfaga de viento
la soledad silenciosa
interrumpe, ni una nube
del cielo el azul entolda.
Toda Sevilla es silencio,
reposo Sevilla toda,
que duerme al son que la arrullan
del Guadalquivir las ondas.
Apenas de tarde en tarde
atraviesa una persona
las calles á largos pasos,
ó en una reja se aposta.
Y los grandes edificios
que la extensa plaza forman,
sobre el suelo de la plaza
tienden su gigante sombra.
En un pilar apoyado
de una callejuela angosta,
por do un largo pasadizo
en la plaza desemboca,
hay un hombre que está en vela,
y á quien la noche medrosa
vagos contornos le presta
y faz amenazadora.

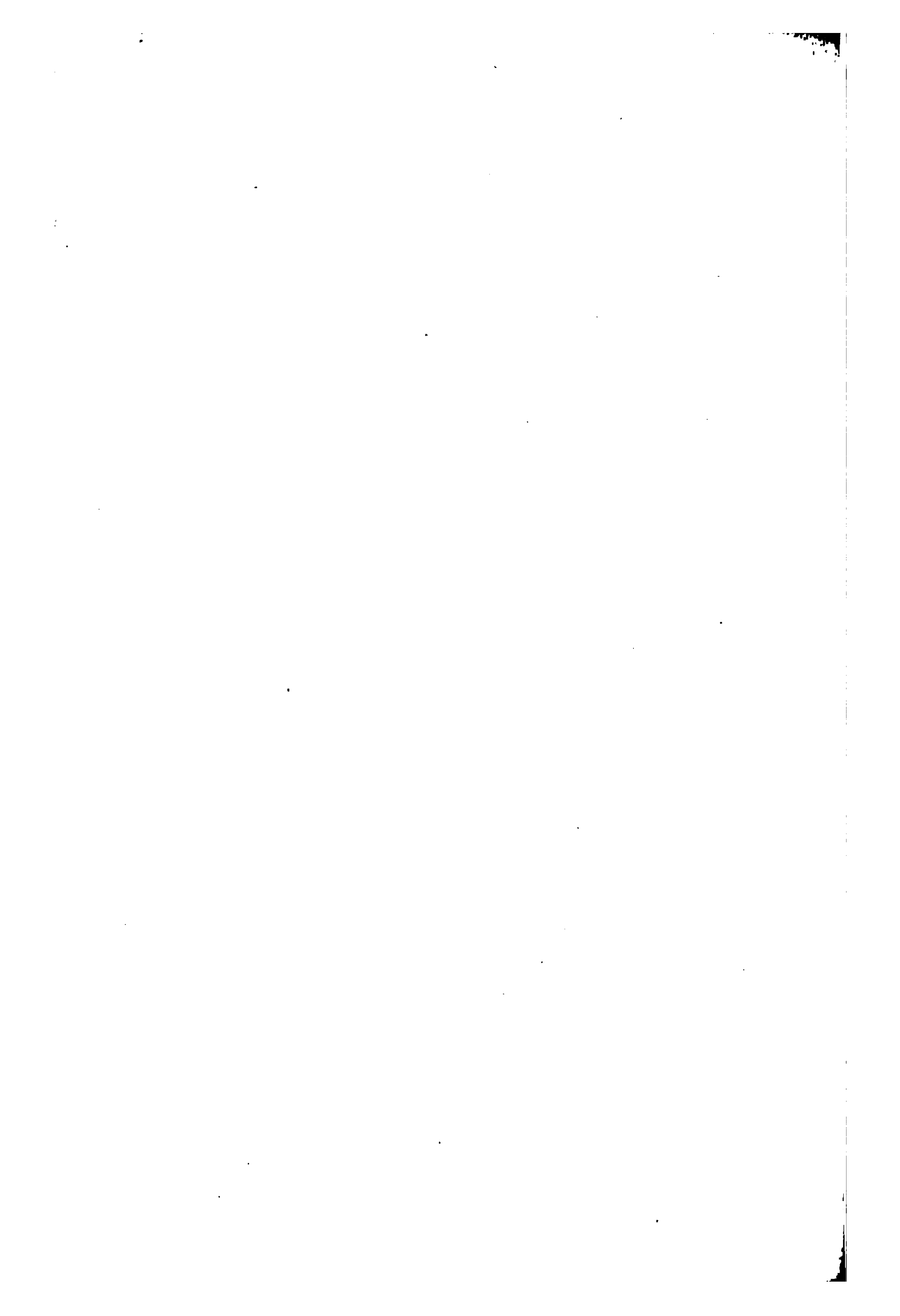
Inmoble en la oscuridad,
no parece que le importan,
ni el relente de las noches,
ni el ver que pasan las horas.
Si espera á alguien, nadie acude
á la cita misteriosa;
si aguarda algún hora fija,
su venida fué bien pronta.
Frente por frente al convento
de San Francisco se aposta,
cuya puerta se ve franca,
como abandonada y sola.
Es que aquel hombre la guarda,
ó es que en acecho la ronda?
Porque él la guarda ó la acecha
con una intención incógnita.

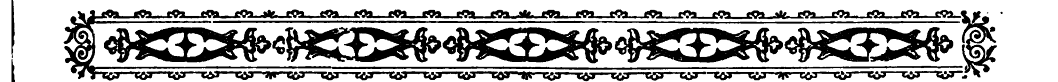
En esto, la plaza adentro,
por la calle de la Sierpe
un hombre desembocando,
á largos pasos se mete.
Un solo punto los ojos
en su derredor revuelve,
y, viendo al hombre que aguarda,
váse á él rápidamente,
el sombrero hasta las cejas
y el embozo hasta los dientes.
Llegó al que esperaba, y plática
entablaron de esta suerte:
—Andrés!
—Quién me llama?
—Un hombre.
—Me conoce?
—Sí.
—Qué quiere?
—Que tenga para tu aljibe
un privilegio mi gente.
Me han dicho que tú tan sólo
á tu convento defiendes,
y que cejan los villanos
y la canalla te teme.
—Y te han dicho la verdad.
—Por eso precisamente
he venido aquí esta noche,
por si al cabo empacho tienes
en dejarme hacer de día
lo que de noche no entiende
ninguno en el barrio.
—Hidalgo,
si eso trae, errado viene;
todos han de tomar agua,
ó nadie absolutamente.
—Conque contra el rey te opones,
que lo contrario te advierte?
—Yo contra el rey no me opongo,
mas cuido mis intereses;
y pues por ellos no cuidan,
siendo inútiles, sus leyes,
hombre á hombre, y fuerza á fuerza,
aquí has de encontrarme siempre.
Será injusticia y escándalo,
será cuanto se quisiere;
mas, á quien osados cargan,
necio es si no se defiende.
—Hazlo, pues.
—Enhorabuena,
hidalgo, y tened presente
que habéis venido á buscarme.
—Menos hablar y defiéndete.—

Y esto diciendo, uno y otro
á cuchilladas se meten
con tanto brío, que chispas
de las espadas encienden.
El caballero le carga
tan fiera y bizarramente,
que, el hacerle cara el otro,
hasta milagro parece.
Dan, vuelven, paran, reciben;
ni uno ceja ni otro cede;
Andrés con calma y acierto,
el otro como una sierpe.
Mas es inútil: el monje
es tan diestro y es tan fuerte,
que aunque es el hidalgo un hombre
que como un tigre revuelve,
y cuyo brazo muy pocos
á resistirle se atreven,
de poco ó nada le sirven
lo que sabe y lo que puede.
Al fin, el monje, mirando
que el intento con que viene
es tal, que mucho peligra
si no se concluye en breve,
lanzóle tal multitud
de tajos y de reveses,

que el otro cejó seis pasos,
diciendo:—Demonio, tente!—
Túvose Andrés, y el incógnito,
la mano franca tendiéndole,
dijo:—Lo que quieras pídeme,
que todo te lo mereces.
—Yo nada de vos espero.
Qué podéis vos ofrecerme?
—Á todo por tu valor
el rey don Pedro se ofrece.
—Señor—exclamó el buen monje,
ante sus plantas rindiéndose—
perdonad si anduve osado...
—Andrés, obraste valiente;
concédote lo que quieras,
para que de mí te acuerdes.
—Señor, de nuestra agua os pido
la propiedad solamente.
—Desde esta noche á los monjes
anuncia que la poseen.—
Y tomando el rey don Pedro
por el callejón de enfrente,
volvióse al convento el fraile,
agradecido y alegre.







LAS ESTOCADAS DE NOCHE

ROMANCE

I

Las lágrimas de los ojos
disimuladas apenas,
mal prendidos los cabellos,
mal tocada y mal compuesta,
está en un sillón Elvira,
la faz y las manos trémulas,
como criminal que incierto
visita del juez espera;
y los pasos de don Lope
escuchando en la escalera,
más se turba cuando, cauta,
en disimular se empeña.
Entró en la estancia don Lope,
y, al apercibirse de ella,
la dijo con voz pausada,
entre amorosa y severa:
—¿Tú lágrimas en los ojos?
Por los cielos, que me admira!
Quién pudo en ellos, Elvira,
herirte con tal rigor?
Oh! Ven, Elvira, á mis brazos;
ven á contarme tus duelos,
que, si no admiten consuelos,
admitirán vengador.
a faz escondes turbada,
a frente pálida inclinas;
sas rosas purpurinas,
uién aja, traidor, así?
o me respondes y lloras?
ies te obstinas en callarlo,
que acaso averiguarlo
toque después á mí.
Pudiera serme un secreto
lo que tu labio confiese;
mas puede ser que nos pese
lo que yo sepa á los dos.
Pero á través de esa reja
han pronunciado tu nombre...
Oh! Díme, Elvira, el de ese hombre;
dílo, ó mueres, vive Dios!

—

Así don Lope diciendo,
asióla de las muñecas,
y entornando la ventana,
mató, de un revés, la vela.
Resistió, mas sujetóla;
quiso gritar; mas apenas
lanzó una voz, la garganta
contra el almohadón la aferra.
Sonó por segunda vez
desde la calle la seña,
y, con acento fingido,
dentro don Lope contesta.
Á poco oyéronse pasos
de alguno que sube á tientas,
con los rotos escalones
tropezando en las tinieblas.
Y en el silencio solemne
de aquella medrosa escena,
del corazón de don Lope
todos los golpes se cuentan.
—*Elvira!*—dijo el que entraba;—
mas, viéndose sin respuesta,
volvió á repetir el nombre
dentro de la sala mesma.
Todo allí es sombra y silencio,

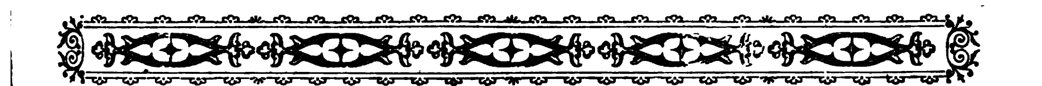
todo es soledad en ella;
sólo una chispa encendida
dentro del pábilo humea,
que, no ardiendo sino un punto,
la lobreguez más aumenta,
y el humo con que se ahoga
fétido el pábilo deja.
Las manos tendió adelante,
y, avanzando así el que llega,
con el rostro de don Lope
en la oscuridad tropieza.
—¿Quién va?—preguntó; y su acento
siguiendo mano certera,
de una robusta puñada
tendióle de espalda en tierra.
Asidos ambos á dos,
en la sombra forcejean,
y el duro son de la lucha
confuso en la sombra suena.
Y sin duda á ambos importa
el secreto y la cautela,
porque trabajan las manos
y se recata la lengua.
Á cóncavos resoplidos
ambos los pechos alientan,
mas no lanzaron los labios
una exclamación siquiera.
Así, en contados instantes,
los dos combatientes ruedan,
hasta que á verse alcanzaron
gente y luces que se acercan.
Abriéronse las mamparas,
y, casi en el linde de ellas,
hallóse un hombre en silencio
y embozado hasta las cejas.
Miróle un punto don Lope,
y, vuelto con voz resuelta
á los que acudieron, dijo:
—Paso!—Y, ganando las puertas,
llevósele por delante,
medio á bien y medio á fuerza.

II

Negra es la noche, y el cierzo
que en son revoltoso gime,
rasgándose en las esquinas,
de miedo la sombra viste.
Por un callejón estrecho
que de pasadizo sirve
á una iglesia, va don Lope,
con el otro que le sigue.
Sin duda tras de un farol,
que medio agoniza y vive,
colgado en un esquinazo
ante un cuadro de la Virgen,
túvose bajo él don Lope;
y en voz imperiosa y firme,
desenvainando la espada,
esto al incógnito dice:
—Ó quién sois ó qué valéis
he de saber: elegid.
—Enhorabuena: reñid,
que quien soy ya lo veréis.
—No tenéis otra disculpa?
—Vuestro empeño será en vano;
las espadas en la mano,
entrambos tenemos culpa.—
Y así diciendo, uno á otro
con tal denuedo se embisten,
que brotan chispas las hojas
con los tajos y los quites.
Ambos en el mismo sitio
ninguno vence ó se rinde,
ni en uno temor se alcanza,
ni á otro más valor asiste.
Según á la luz incierta,
desde luego se distinguen
de entrambos á dos las sombras,
que en tierra clavada riñen.
Mas el rumor temeroso
de la lucha se percibe,
sin que un ay! ni una palabra
se oiga en trance tan difícil.
Dijérase, al ver lo inmóviles
que ambos en ello persisten,
que son dos sombras de un sueño
que á alguno en la noche aflige.
Tal vez de dos enemigos
que un mismo ataúd divide,
creyéranse las fantasmas,
que, juzgándolo imposible
partir un mismo sudario,
ni el suelo estrecho partirse,
alzáronse despechadas
en aparición visible.

Abrióse en esto una reja,
otra á poco se oyó abrirse,
luego otras muchas, y luego
cerca pasos se perciben.
Alumbróse de repente
la calle, y al lejos dicen:
—Ténganse al rey.—Y en un punto
la justicia les divide.
Cercáronlos desatentos
soldados y ministriles,
que, al tomarles los estoques,
por ellos derechos piden.
Y tanto crece la zambra
y los confusos lelíes
de unos que dicen «soltadles»
y otros que «á la cárcel» dicen,
que, echando mano al embozo
el que con don Lope riñe,
partió el tropel de por medio
y, en alientos varoniles
gritando «lugar al rey!»,
hace que á su voz se inclinen,
cayendo en tierra de hinojos
cuantos alcanzan á oirle.

—Señor...—murmuró don Lope,
la faz con rubor humilde;
y el rey, con blanda sonrisa,
levantándole, le dice:
—Valiente, sois caballero,
y, en despecho de la ley,
supísteis que, siendo rey,
he sido hidalgo primero.
Libre estáis, y afecto os soy;
venid mañana á palacio,
y hablaremos más á espacio
de las cuchilladas de hoy.
Pero no volváis á vella,
ó por infame os tendré;
que os juro, don Lope, á fe,
que no sabéis quién es ella.—
Esto dicho, el rey volvióse;
á la ronda se dirige,
y, ante las rejas de Elvira,
así en voz alta prosigue:
—Aquí hay presa de la ley:
entrad la casa en mi nombre,
y cubrid mi error de hombre
con mi justicia de rey.



EL CABALLERO DE LA BUENA MEMORIA

LEYENDA TRADICIONAL

INTRODUCCIÓN

Perdidas de Villalar
en la sangrienta jornada,
de los bravos comuneros
las últimas esperanzas,
sus gavillas por doquiera
rendidas ó derrotadas,
el arzobispo Merino
á Toledo gobernaba.
Doña María Padilla,
aun con briosa arrogancia,
digna de mejor fortuna
y de más dichosa causa,
á pesar del arzobispo
y las tropas castellanas,
teníase con sus gentes
defendida en el alcázar.
Pues en someterse al rey,
Toledo la más rehacia
ciudad siendo, á ella acudieron
de todas partes de España
cuantos comuneros fieles
á su partido quedaban.
Avivaban en secreto,
con astucia y con audacia,
la fe de doña María,
y gentes la reclutaban,
oticias proporcionándola,
on dineros y con armas,
s que en la ciudad vivían
en su fortuna esperaban.

Distinguíase entre todos
doña Elvira de Montadas,
fanatizada al extremo
por políticas patrañas.
De la mujer de Padilla
del valor enamorada,
otra heroína como ella
llegar á ser anhelaba.
Hermosa y rica, de amantes
y galanes rodeada,
mucho la Elvira podía,
mucho la Elvira lograba.
Después que muchos prosélitos
logró inducir por sus gracias,
á un mozo rico y gallardo
con doble intento escuchaba.
Era don Juan de Zamora
mancebo de noble casa,
hijo de una noble viuda
que en el mancebo adoraba.
Seguido había éste siempre
del emperador la causa,
y contra los comuneros
combatido en cien batallas.
Mas ciego de amor por ella,
y poco ducho en las cábalas
de cortesanos amaños,
en ganarle no dudaba.
Tan sencilla en otro tiempo
como hermosa y como ingrata,
esta engañosa sirena,
esta fanática dama,

á don Pedro de Guzmán
tenía muy empeñada,
con mil promesas de amor,
de casamiento palabra.
Mas de ilustrísimo tronco
el de Guzmán siendo rama,
al rey don Carlos primero
asistía en Alemania
al servicio de un magnate
que iba en boga en la privanza
del bizarro emperador,
que con su amistad le honraba.
Así las cosas del mundo
se trastornan y se cambian,
y así mudan á las gentes
el tiempo y las circunstancias.
Don Pedro en la imperial corte
del bullicio se cansaba,
y se doblaba su amor
con el tiempo y la distancia.
Y la distancia y el tiempo
el de su Elvira menguaba,
y el diablo de la política
se apoderaba de su alma.
Á su patria y á su amor
Guzmán con volver soñaba,
y ella soñaba quimeras
de libertad y de patria.
Él, por volver á Toledo
y á los pies de su adorada,
honor, ambición y dicha
desatinado olvidaba.
Ella, por dar con sus hechos
á su nombre eterna fama,
pensaba con necio orgullo
en quiméricas hazañas.
Recordaba su hermosura
él en ausencia adorándola,
y ella olvidaba su amor
por quien no se lo estimaba.
Servíase la Padilla
y la gente á ella allegada
de su influencia en el pueblo,
de sus amaños y cábalas.
Y creía ser Elvira
el faro de su esperanza,
la fe de sus corazones,
la alcaidesa de su alcázar.
Creía que, á una voz suya
en la ocasión arriesgada,
como por doña María,
por ella se levantaran.
Que todos los comuneros
en el peligro mirándola,
la regia soberanía
dividirían entre ambas.
Y en estos sueños de gloria
la doña Elvira embriagada,
perdía cuanto tenía,
y las leyes provocaba.
Así son todos los necios:
á cuanto ignoran se lanzan,
lo que les importa olvidan,
y sólo el desprecio ganan.

—

Y mientra en la rebelión
ella á don Juan empeñaba,
enamorado don Pedro
se volvía para España.

—

En oculto gabinete
de la habitación de Elvira,
á deshora de la noche
con ella don Juan platica.
Y aunque él no entiende palabra
de su enredada política,
porque la adora fanático,
á cuanto exige se obliga.

DOÑA ELVIRA

Lo entendéis, don Juan?

DON JUAN

No, á fe.

DOÑA ELVIRA

Lo entendiera un escolar;
de todo se os ha de dar
el cuándo, el cómo y por qué.

DON JUAN

Yo, Elvira, soy un soldado
que, entre soldados metido,
nunca otra cosa he sabido
que combatir como honrado.

Desde muy niño os amé,
y, como os juzgué perdida,
en poner fin á mi vida
como soldado pensé.
Hoy otra vez me llamáis
en secreto á vuestro lado,
y siento no haber cambiado
de ser como vos cambiáis.
Qué queréis! Si no sé más
que amaros y combatir,
así me habéis de admitir,
ó habéis de volver atrás.

DOÑA ELVIRA

Así os quiero; que, á fe mía,
que cortesanos amores
son sólo amaños traidores
para vencer algún día.
Yo os quiero, don Juan, así,
porque me basta un galán
á quien servir con afán
y de algo me sirva á mí.

DON JUAN

Cuanto lo hayáis meditado,
cuanto la suerte os ayuda
está bien claro sin duda!
Pero, á qué me habéis llamado?

DOÑA ELVIRA

Bien se conoce, por Dios!
que sois un soldado bueno:
el plan es, don Juan, ajeno.
Lo que os manden haréis vos.

DON JUAN

Y queréis que yo consienta
que á la primera demanda...!

DOÑA ELVIRA

Cuando Elvira es quien os manda,
obedecerla os va en cuenta.
Pues ella arriesga en un día
uanto vale y cuanto tiene,
vos, don Juan, os conviene
ar causa que ella fía.
no la amáis?

DON JUAN

Por los cielos!
Dudárais de mi cariño
cuando por vos, desde niño,
estoy muriendo de celos?
Pensáis que la injusta ley
de una opinión me amedrente,
cuando por vos solamente
soy desleal á mi rey?

DOÑA ELVIRA

Así os quiero; así va bien.
Pensáis que sobran ahora
vuestros castillos de Illora,
de Montilla y de Jaén?
Vos, don Juan, sois un valiente
y un honrado castellano,
mas no habéis de cortesano
ni un cabello solamente.
Conque dejáos guiar
por quien sabe más que vos,
y así podremos los dos
hasta la orilla llegar.
Vuestra madre, ya lo sé,
con vuestro amor se disgusta.

DON JUAN

Sin duda, Elvira, la asusta
que comprometáis mi fe.
Siempre de los comuneros
fué enemiga.

DOÑA ELVIRA

Sí, lo ha sido;
mas ya habéis, don Juan, salido
de la niñez, y os da fueros
para obrar á vuestro antojo
la ley.

DON JUAN

Sí que me los da;
mas mi madre...

DOÑA ELVIRA

Callará
si logramos nuestro arrojo.
Disponéis de mucha gente?

DON JUAN

De hasta unas cincuenta lanzas.

DOÑA ELVIRA

Y son gentes de esperanzas?

DON JUAN

Aguerrida y obediente.

DOÑA ELVIRA

Y las tenéis muy distantes?

DON JUAN

Traerlas mañana puedo.

DOÑA ELVIRA

Pues cuidad de que en Toledo
no os vean curiosos antes.
No salgáis, don Juan, de día,
y esperad á mi mandato:
si pudiera un mentecato
sospecharlo, nos perdía.
Mas siento gente; aquí entrad.
Espero á un hombre que puede,
cuando todo en sombra quede,
sacaros de la ciudad.
Por esa escala moruna
á una torre váis á dar,
y allí podéis esperar
ocasión más oportuna.

—

Y así diciendo, mostróle
una entrada doña Elvira
por do guiaba á la torre
la excusada escalerilla.
Y oyendo seña secreta
que por la opuesta le hacían,
abrió y dió paso á un tercero,
siguiendo la escena misma.
Era el tal un hombre viejo,
cuyo exterior parecía
de soldado y mercader
composición peregrina.
Negra y cumplida una capa
todo su cuerpo envolvía,
mostrándose bajo de ella
el espadón de su cinta.
Y nadie acaso, mirándole,
asegurar osaría
si era sangriento bandido
ó usurero prestamista,
pues en su torvo semblante
á un mismo tiempo se pintan
la audacia del bandolero
y el temor de quien conspira.
Saludó brusco á la dama,
que á adelantarse le invita,
y plática tal trabóse
entre aquel hombre y Elvira:

DOÑA ELVIRA

Entrad.

EL HOMBRE

Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA

Gabriel, bien venido.
Venís azorado.

GABRIEL

Sí, á fe.

DOÑA ELVIRA

Qué tenéis?

GABRIEL

Tal vez no nos pierde por poco un descuido.
Mas no ha sido nada.

DOÑA ELVIRA

Por Dios, que acabéis!

GABRIEL

Apenas volvía la calle tortuosa
que entrada secreta nos da al callejón,
la huella de un hombre sentí recelosa;
la faz con la capa cubrí á precaución.
Seguí decidido; mas, frente por frente,
con un embozado maldito me dí.
Miró, recatéme, seguí indiferente,
paróse, y á poco volvió tras de mí.

DOÑA ELVIRA

Dios mío!

GABRIEL

Yo, astuto, temiendo que un corte
me diera al camino, la esquina gané;
hallé apresurado el oculto resorte,
deshice en la sombra mi sombra, y entré.

DOÑA ELVIRA

Mas no conocísteis...?

GABRIEL

Algún hidalguillo
que habrá á mis hermanos pedido, á pagar
con un vinculejo ó mohoso castillo,
y al paso me pudo por otro tomar.

DOÑA ELVIRA

Mas dar con la puerta pudiera?

GABRIEL

Imposible.
Ví que sin sospecha adelante pasó.
Mas qué hay de aquel hombre?

DOÑA ELVIRA

Ya está.

GABRIEL

Y es posible
que fiel...?

DOÑA ELVIRA

Como un muerto.

GABRIEL

Tal le quiero yo.
Y es hombre...?

DOÑA ELVIRA

Bizarro.

GABRIEL

Su gente?

DOÑA ELVIRA

Segura.

GABRIEL

cuándo...?

DOÑA ELVIRA

Mañana podrá estar aquí,
con tal que la noche con nieblas oscuras
le ayude al secreto.

GABRIEL

Sin duda que sí.
Mas quién me responde...?

DOÑA ELVIRA

Yo misma.

GABRIEL

Adelante.

DOÑA ELVIRA

Amores me tuvo... Niñeces!

GABRIEL

Será...?

DOÑA ELVIRA

Un buen castellano, soldado ignorante,
que cuanto amorosa le mande lo hará.

GABRIEL

Mirad que los necios...

DOÑA ELVIRA

Son medios muy buenos
que pueden á planes ajenos servir,
y luego se apartan, cual muebles ajenos.

GABRIEL

Pensáis cuerdamente, verdad á decir.
Mas pronto veamos á ese hombre; que en vano
serános la astucia sin fuerza mayor.

DOÑA ELVIRA

Veréisle, y con maña traedle á la mano,
y no olvidéis nunca que el cebo es mi amor.

—

Abrió la dama á don Juan
la puerta do se escondía,
y anudóse, terciando él,
la plática interrumpida.

DOÑA ELVIRA

Don Juan, llegó ya el momento
de probar vuestra afición,
que abriros mi corazón
esta misma noche intento.
Delante de vos tenéis
quien órdenes os dará
y las puertas abrirá
á las lanzas que traéis.
Con él lo trataréis todo;
y, pues que sois tan mi amigo,
tratar con él ó conmigo
del caso es lo mismo todo.

DON JUAN

No hay cosa, señora mía,
que yo no arriesgue por vos;
mas pluguiérame, por Dios!
otra mejor compañía.

DOÑA ELVIRA

Mas si firme en vuestro amor,
como me decís, me amáis,
que en sus manos os pongáis
paréceme lo mejor.

DON JUAN

Si el fin habéis de ser vos,
me pongo sin vacilar;
y si en ello he de pecar,
que me lo perdone Dios.

GABRIEL

(Sandio de él! Razón tenía
la Elvira.) Sabréis decir
en cuánto tiempo venir
vuestra gente aquí podría?

DON JUAN

Dentro veinticuatro horas,
aunque hubieran de asaltar
las murallas para entrar.

GABRIEL

Como salgan vencedoras
vuestras lanzas, aseguro
que podrá cada soldado
llevar el sable colgado
en cadena de oro puro.

DON JUAN

Y no les vendrá muy mal,
porque las contribuciones
hacen que de sus raciones
deba un mes á cada cual.

GABRIEL

Dos les daré adelantados,
y pagaré el que debéis.

DON JUAN

Y os juro que bien haréis,
que dineros dan soldados.

—

Hablaron unos momentos
la dama y el prestamista,
y volviéronse á don Juan
con irónica sonrisa.

ELVIRA *(Á Gabriel.)*

Me entendéis?

GABRIEL *(Á Elvira.)*

Está muy bien.
No os parece á vos, don Juan,
que, si presa al león le dan,
tomará la que le den?

DON JUAN

De esas razones no entiendo,
buen viejo, y á todo andar
yo me ofrezco á pelear;
lo demás os lo encomiendo.
Y sólo una condición
pongo.

GABRIEL

Podéisla decir.

DON JUAN

Es que tengo de reñir
cara á cara, y no á traición.

GABRIEL

Oh! Sólo tendréis que hacer

centinela un poco larga,
y, á lo más, dar una carga,
si es que se osan defender.

DON JUAN

Eso sí.

DOÑA ELVIRA

Y por premio de ello,
si es que me dejáis contenta...

DON JUAN

Esa esperanza me alienta,
conque por todo atropello.
Rubor me cuesta decillo;
mas por vos, con mi pesar,
la vida pensé pasar
encerrado en mi castillo.
Vuestra afición cortesana
maldiciendo solamente,
salí á lidiar con mi gente
por no hacer vida holgazana.
No quise ya ver ni oir
más que lanzas y caballos,
y al cabo, con mis vasallos,
como soldado morir.
Diréis que este amor silvestre
mejor estorba que obliga;
mas necesito, ó mi amiga,
ó mi compañía ecuestre.
Pues en el campo, aun muy niño,
os adoré, no os asombre
que, aunque sin ventajas, hombre,
aún os conserve cariño.

DOÑA ELVIRA

Así os amo yo, don Juan;
que á la fin me he convencido
que vos habéis merecido
solo mi amoroso afán.
Porque el amor cortesano
es humo, si bien presumo,
y el vuestro es fuego sin humo,
que quema si está cercano.

GABRIEL

¡Vamos, que el tiempo es preciso!

DOÑA ELVIRA

El cielo, don Juan, os guarde.

DON JUAN

Volveré á veros?

DOÑA ELVIRA

Más tarde.
Para ello os enviaré aviso.
(Elegí bien?) *(Á Gabriel.)*

GABRIEL

Lo confieso.
De ese tronco se hace el puente,
y, vadeada la corriente,
le arruina su propio peso.

DOÑA ELVIRA

Cuidado con que se arruine.

GABRIEL

Pues yo le he de fabricar,
ya véis que le he de dejar
de modo que á caer se incline.

—

Y dando en estas palabras
fin á tal conversación,
salió Gabriel, y tras él,
don Juan Zamora salió.
Aquél soñando quimeras,
de política ambición,
y estotro soñando hazañas
para conseguir su amor.
Mas cuánto los pensamientos
del hombre efímeros son!
Un soplo de viento puede
desbaratar el mejor.

—

Por un estrecho postigo
que da á oscuro callejón,
de casa de doña Elvira
salían ambos á dos,
Gabriel y don Juan Zamora,
con extrema precaución
para no hacer al salir
innecesario rumor,
cuando, volviendo la esquina,

ante ellos se presentó
un caballero embozado
que les dijo en ronca voz:
—«Sin pasar más adelante,
muestren, hidalgos, quién son,
ó cuerpo á cuerpo conmigo
en campo aquí mismo sois.—
Y, echando mano al acero,
en medio se colocó
del espacio que dejaba
entre ellos el callejón.
Entre los tres un momento
grave silencio reinó,
que al cabo rompió Gabriel
dando tal contestación:
—Seáis quien fuéreis, buen hombre,
necio es tal arrojo en vos,
pues está de parte nuestra
con la fuerza la razón.
—Caballeros, está dicho—
repuso el otro.—Yo estoy
en guardar ese postigo,
pues interesa á mi honor.
—Ved que os podéis engañar.
—Mirad que conozco yo
toda la gente que habita
esta casa; y si no sois
ó amigos ó deudos de ella,
contrarios en conclusión
sois míos, conque mostráos,
ú os doy por tales si no.
—Como queráis—don Juan dijo—
y, asiendo de su espadón,
para el embozado fuese,
que á tajos le recibió.
Siguióle Gabriel á poco,
con la pérfida intención
de embestirle de repente,
fingiéndose mediador.
Mas el caballero incógnito,
conociendo la traición,
y siendo sin duda ducho
en tales lances, se echó
contra la tapia, quedando
cara á cara con los dos.
Don Juan se bate harto bien,
que es muy diestro reñidor,
y lo que en seso le falta,
le sobra en el corazón.
El tiempo de acometerle
Gabriel aguarda traidor,
cuando le tenga en apuro
de don Juan la decisión.
Mas vano, pese á su astucia,
el intento le salió,
porque es mucha la destreza
del osado retador;
y en el momento en que acaso
toca cerca la ocasión,
un buen tajo de revés
la muñeca le alcanzó.
Soltó Gabriel un ay! ronco
al repentino dolor;
volvió don Juan la cabeza;
pero tiempo no le dió
el bravo desconocido
para entender la razón
de su grito, porque el pecho
atravesado sintió.
De una distracción el punto
aprovechando veloz,
metióse á fondo el incógnito
y en tierra á don Juan tendió.
Reinó el silencio un momento;
pero, al alarmante son
de los gritos de Gabriel,
el barrio se alborotó.
Asomaron por las rejas
ya una antorcha, ya un farol,
diciendo diversas voces:
—Al asesino!—Al ladrón!—
Y una rápida mirada
al caballero bastó
para ver que era don Juan
víctima de su valor.
Echóse, pues, al postigo
por donde salir los vió,
mas encontrando cerrado
por dentro el grueso portón,
y ya de cerca sintiendo
de armas y gentes rumor,
con rapidez silenciosa
la opuesta esquina ganó.

—

De política aquí, lector querido,
la narración cansada interrumpamos,

y, del cuento en mis libros prometido,
á la historia más plácida volvamos.
Tan larga introducción precisa ha sido
para que desde aquí nos entendamos,
pues, anudado á ella la restante,
sigue mi tradición de aquí adelante.

—

En una granja que las ondas riegan
del espumoso Tajo, y do los daños
de la revuelta popular no llegan,
doña Inés de Zamora hace dos años
que vive retirada,
de mundanos placeres olvidada.
Viuda de un caballero
de ilustrísima cuna,
madre no más de un joven heredero
y dueña de una pródiga fortuna,
sus bienes administra rectamente,
y cuida el porvenir del hijo ausente.
Noble matrona, de costumbres puras
y pensamientos graves,
da gracias al Señor por sus venturas,
y Él de su corazón tiene las llaves;
y de su hijo el amor tan solamente
entra en su corazón, vive en su mente.
El hijo, como hidalgo
y en la opulencia y el poder nacido,
pues es preciso que se ocupe en algo,
sus vasallos valientes ha reunido,
y en el distrito de su misma tierra,
á favor de su rey hace la guerra.
Pérfidas compañías
y torpe inexperiencia
malearon tal vez, hace ya días,
la política fe de su conciencia,
y acaso indignos de él, necios amores,
le aprestan venideros sinsabores.
Doña Inés no lo ignora;
y aunque mil veces le advirtió severa
el precipicio adonde va, le adora,
y de los años y experiencia espera
qu, visto de su amor el desatino,
en re de su deber en el camino.
E la fe de sus padres educada
y ega lealtad de sus mayores,
te e que su alma joven conquistada
p los principios sea innovadores,
y, ngañado su hijo, acaso olvide
lo que su religión y rey le pide.
Y en este pensamiento embebecida
estaba, como siempre, en aposento
de su alquería oculto, y combatida
tal vez por interior presentimiento,
cuando dentro escuchó de su alquería
confuso estruendo y sorda gritería.
De su fiel mayordomo en tono recio
oyó la voz que á alguno amenazaba,
y otra que desconoce, y con desprecio,
á sus justas preguntas contestaba;
y, abriendo de su cámara la puerta,
salió á ver del rumor la causa cierta.
En los hombros sin capa, sin sombrero
en la cabeza, y agua destilando
de sus ropas, hallóse á un caballero
con sus fieles sirvientes disputando;
mas el supuesto de éstos desmentía
su traje militar y gallardía.
—Qué es esto?—preguntó la noble viuda.
—Desventuras, señora,
de un amante infeliz á quien no ayuda
ni el cielo ni la ingrata á quien adora—
respondió el caballero,
en tono de dolor, triste y severo.
—Veo que sois hidalgo en vuestro porte
y arreo militar: mi esposo en vida
lo fué también, y frecuentó la corte.
Vuestro afán decid, pues; y si salida
puede dar una dama á vuestro apuro,
de mi escaso favor estad seguro.
—Á solas ha de ser, porque aventuras
de nobles caballeros
no fío mucho yo que estén seguras
en lenguas de pecheros;
y acaso serán tales
que, á quien me ayude, ser podrán fatales.
—Despejad.—Y, saliendo de la estancia,
dentro de ella con él á su señora
dejaron los criados, y á su instancia
ella volvió, diciendo: —Hablad ahora,
señor soldado: vuestro duelo sepa,
y fiad en que haré cuanto en mí quepa.
—Señora, oidme pues. Ha un año largo
que con mi rey partí para Alemania,
al lado suyo con honroso cargo,
y una ingrata mujer dejé en España,
por quien ciego de amor lloré al partirme,

jurándola volver al despedirme.
Mas mudóla mi ausencia; y un amigo
que desde la niñez me fué constante,
del hecho me escribió, como testigo,
que ocupó mi lugar pronto otro amante,
y que, en tramas políticas metida,
su suerte á la política va unida;
y otras razones mil, señora, excuso,
pues de vuestra atención veo que abuso.
Volvíme á España enamorado y ciego
de celos y furor, mas esperando
en volver á encender su amante fuego,
y aun á mi amigo crédito negando.
Llegué á Toledo, y por mis propios ojos
la razón quise ver de mis enojos:
de las nocturnas sombras al abrigo,
entré en su calle y espié su casa.
Señora, perdonad si esto que os digo
aun los ojos en lágrimas me arrasa.
—Seguid.
—Ví las ventanas de su cuarto;
mas verlas, ay de mí! pesóme harto.
Las sombras ví cruzar, tras los cristales,
de un hombre que con ella platicaba,
y noté, para colmo de mis males,
que un embozado la mansión rondaba,
y en ella por postigo entró secreto
que en mi ausencia se abrió, y, ay! con qué [objeto?
En un oscuro callejón desierto
les esperé gran trecho, y aguardara
años cabales hasta verle abierto,
y hasta que tal infamia ver lograra.
Parecieron, por fin, dos juntamente,
y atajéles el paso airadamente.
Yo no sé qué les dije, mas fuí breve;
y mi enojo no bien satisfaciendo
(como á todo un celoso audaz se atreve),
á estocadas con ambos emprendiendo,
ya fuera mi razón, ya fuera el arte,
á uno de ellos pasé de parte á parte.
—Desdichado de vos!
—Estoy muy cierto
de que yace sin vida;
mas las voces del vivo junto al muerto
trajeron gente, y apelé á la huída.
Mas sin duda mi pérfido destino
les marcó en las tinieblas mi camino.
—Os siguen?
—Sí: corrí sin guía alguna;
pero ví que era inútil mi trabajo,
y que me abandonaba la fortuna,
cuando á la orilla me encontré del Tajo.
La justicia detrás y éste delante,
muerte por muerte, la elegí al instante.
Al agua me arrojé desesperado,
y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla;
mas, al tocarla en el opuesto lado,
ví llegar de corchetes la cuadrilla;
por las peñas trepé, y á esta alquería
llegué por fin. Tal es la historia mía.
Ahora, si noble sois, si habéis amado
algún día, señora,
por cuanto hayáis en vida idolatrado,
no me desamparéis en esta hora;
vez que es ciega la furia de los celos,
y vuestra compasión premien los cielos.
—Al muerto conocéis?
—No.
—Fué un arrojo:
mas no temáis, que, si el Señor me auxilia,
salvo seréis y lograré el enojo
callar y la razón de su familia.
Venid; voy á ocultaros diligente,
que tal vez oigo ya rumor de gente.
Dineros os daré con un caballo;
partid, en cuanto partan, por opuesto
camino, y medio tomaré, si le hallo,
para apartar de vos fin tan funesto.
Venid: pues que fiáis en mi nobleza,
no burlaré, por Dios! vuestra franqueza.

Y, hablando así, la viuda generosa
en camarín secreto le escondía,
mientras entraba en turba tumultuosa
la justicia del rey por su alquería.

Con grandes voces se meten
por los cuartos adelante
los corchetes y ronderos
con antorchas y con sables.
—Hacia aquí tomó camino!
—Aquí debió de ampararse!
—No quede un rincón por verse!
—Muchachos, que no se escape!—
Esto en varias direcciones
se oía por todas partes,

y, á pretexto de justicia,
se aprestaban al pillaje.
Hormigueaban los curiosos
y los valientes que salen
á ayudar á los que vencen
sin que los avise nadie.
Ya por la atrevida turba
empezaba á susurrarse
si son ó no comuneros
los dueños de aquel paraje.
Y ya entre ellos empezaba
el caso á comentariarse,
diciendo que el muerto es noble
y de las tropas reales,
y, pues que aquí dan amparo
al que logró asesinarle,
traidores son y rebeldes
los que allí capa le hacen.
Y comenzaban con esto
los villanos á arrimarse
á los objetos que vían
de peso y transporte fácil.
Ya con voces imperiosas
alborotaba el alcalde
con lo de «entregarle al rey!»,
cuando de él mismo delante,
por dentro abriendo una puerta,
doña Inés salió á atajarle,
vistiendo luto y cercada
de domésticos y pajes.
Al ver su bizarro porte
y su severo semblante,
tuviéronse, respetuosos,
y ella rompió en voces tales:
—Qué busca el rey en mi casa?
Por qué tanta gente trae,
cual si fuera mi alquería
castillo que va á asaltarle?
Desde cuándo se acostumbra
que así á los nobles se trate,
v en el nombre de las leyes
us aposentos se allanen?
a justicia, enhorabuena,
ı nombre del rey, que pase;
as los villanos del vulgo
ie se esperen en la calle.
ñor golilla, al momento
a gente despejadme,
porque, desde vos abajo,
no he de responder á nadie.—
Quedó el alcalde aturdido,
de repente al encontrarse
con una noble matrona
donde supuso jayanes.
Y haciendo salir la gente,
con ella á solas quedándose,
en tono de desagravio
empezó por «Perdonadme...»;—
mas la generosa dama
interrumpióle la frase,
diciendo:—Oigo á la justicia:
qué tiene el rey que mandarme?
—Un asesino, señora,
que ha conseguido fugarse
vadeando el río, esconderse
debe por estos parajes.
—Supongo que la justicia
tan poco honor no me hace
que crea que yo le oculto,
contra el rey por auxiliarle.
—Señora...
—Podéis entrar
mis cámaras adelante,
y prender á ese asesino
donde quiera que le halláreis.
—Me basta vuestra palabra;
vuestro nombre y vuestra sangre
conozco, y, en quien sois vos,
tamaño crimen no cabe;
mas tenéis muchos criados,
sus aposentos dejadme
mirar, por si alguno de ellos
es conocedor del lance.
—Todos son criados viejos,
de quien salgo responsable;
mas cumplid vuestro deber
como quiera que gustáreis.
La casa tiene bodegas,
y horno, y pajar, y corrales;
registrad una por una
sus divisiones, alcalde.—
Partió el golilla por obra
á ponerlo, y, saludándole
gravemente doña Inés,
volvió en su cuarto á encerrarse.

—

Mientras abajo el alcalde
la casa revuelve toda,
y registrando las cuadras
va pasando de una en otra,
doña Inés en su aposento
con el caballero á solas,
de esta manera le dice
con baja voz cautelosa:
—Tomad, caballero, ese oro,
que os bastará por ahora
para poner con la fuga
en cobro vuestra persona.
Un potro abajo os aguarda
que os sacará en pocas horas
del alcance de las leyes.
Buscad tierra que os esconda,
que yo quedo tras de vos.
Mas decidme, por la honra
de vuestra fama, le heríisteis
en liza leal?
—Señora,
Pedro de Guzmán me llamo,
y nunca en lid alevosa
tomaron parte Guzmanes.
—Con vuestro nombre me sobra,
Guzmán. Por un asesino
preguntaron, y mi boca
no mintió cuando os negaba,
ni obré de la ley en contra.
—Señora, podéis jurarlo
sobre las sagradas hojas
del Evangelio: le he muerto
cara á cara y sin dolosa
estratagema ó ventaja
que me fuera valedora:
dos eran en contra mía;
ved si la razón me abona.
—Está bien; y pues la casa
ya esas gentes abandonan,
partid por el lado opuesto,
Guzmán, y el cielo os acorra.
—Y si algún día...
—Ya basta.
Partid.
—Adiós, pues, señora.

—

Con una mano en la llave
y una lámpara en la otra,
delante del caballero
la dama á guiarle pronta;
envuelta en completa capa
la descompuesta persona,
pronto á seguir el hidalgo
á su noble bienhechora,
sin movimiento quedaron
ambos á dos, tumultuosas
voces oyendo en el patio,
sin que la razón conozcan.
Ayes y gritos de espanto
y maldiciones rabiosas
al mismo tiempo escuchaban,
y conocen que se agolpa
la gente otra vez, pues oyen
de las pisadas monótonas
el rumor que va creciendo
y del murmullo la ronca
armonía, y por los vidrios
ven crecer de las antorchas
la luz que ilumina el patio
do pasa la escena incógnita.
—Qué es esto?—dijo la dama.
—Sábelo Dios!—en voz sorda
la contestó el caballero,
presa de angustia recóndita.
—Esperad—añadió ella;
y, acudiendo temerosa
á un corredor que da al patio,
por la ventana se asoma.
Dió un grito que heló en las venas
de Guzmán su sangre toda,
diciendo:—Es él! Hijo mío!—
la desdichada matrona.
Corrió el caballero ansioso
á la vidriera, y la atónita
mirada al patio tendiendo,
vió su desventura toda.
En hombros de los criados
de la ancha herida en la boca,
brotando aún la roja sangre,
yace don Juan de Zamora,
y de su traje y su rostro
por las señas que le toma,
con ojos desencajados
de las inmóviles órbitas,
reconoce el de Guzmán
en el mancebo á quien lloran

el mismo á quien en la calle
mató por su mano propia.
Cayó en un sillón la viuda
bajo el dolor que la agobia,
de amargo llanto en los ojos
con dos abrasadas gotas,
y de rodillas ante ella
cayó en silencio en la alfombra
el matador caballero,
víctima á inmolarse pronta.
—Qué hacéis?—le dijo la dama—
así?—mirándole absorta.
—Matadme!—dijo Guzmán.
Y en esta palabra sola
comprendiendo por entero
aquella trágica historia,
—Maldito seas!—le dijo
la horrorizada matrona.
Duró un momento el silencio
de aquesta escena angustiosa,
que al fin rompió el caballero
con voz apenada y cóncava,
diciéndola:—Dios lo quiere!
Cumplid con su ley, señora,
y entregadme á la justicia,
pues en sus manos me arroja.
—Sí, sí!—repuso la dama
desatinada y furiosa,
levantándose.—Es muy justo,
y cualquier pena es muy corta
para tamaño delito.
Caiga en tí su sangre toda!—
Y al corredor dirigióse
para ponerlo por obra.
Mas túvose de repente.
y con calma, aunque en faz torva,
díjole:—Jamás un noble
recuerda lo que perdona.
Caballero, levantáos:
la vista consoladora
de ese santo Crucifijo
en el corazón me toca.
Pues os amparé ignorando
vuestra culpa y mi congoja,
no es justo que, conociéndolas,
os abandone traidora.
En nombre de Jesucristo,
que dió su vida en el Gólgota
por salvarnos á los dos,
id libre, Guzmán.
—Señora...
—Id, y que en cuenta me tome
resolución tan heróica,
al llamarme ante su juicio
en mi postrimera hora.
Atónito el caballero
quiso hablar; mas, imperiosa,
abrió la dama la puerta
que fuga le brinda cómoda,
y, mostrando con un gesto
una escalerilla lóbrega,
tomóla, asiendo la lámpara,
y el caballero siguióla.

—

Volvió á los pocos momentos
pálida y acongojada,
y, cayendo arrodillada
ante la imagen de Dios,
exclamó, oyendo á don Pedro
que escapaba á toda brida,
—Señor, si ese hombre lo olvida,
tenédmelo en cuenta vos.

—

Todo lo devora el tiempo,
todo: y el bien como el mal,
como el vicio la virtud,
se hunden en su oscuridad.
Todo se borra y se olvida;
todo al cabo viene á dar
en la sima del silencio,
en el caos de la edad.
No porque la noble viuda
pudiera olvidar jamás
al hijo de sus entrañas,
al desdichado don Juan,
no, por Dios! En su hora última,
luchando el alma tenaz
por desasirse del cuerpo,
fué éste su postrer afán.
Mas del hijo y de la madre
ninguno respira ya;
que á aquél le mató don Pedro,
y á ésta la mató el pesar.
Mas queda el autor del duelo,
y años transcurridos van
desde aquella horrible noche;

y aquel suceso fatal,
y aquel perdón que debió
del cielo á la gran piedad,
quién sabe si en su memoria
borrados al cabo están?
Quién sabe si los recuerda
como una aventura más
de su existencia azarosa,
de su vida militar?
Tal vez, á la corte vuelto
tras largos años Guzmán,
ni de Toledo se acuerda,
ni pensó en volver allá.
De todo el mundo ignorada
la mano oculta que audaz
causó la muerte de un hombre
provocándole á lid tal,
preséntase por doquiera
don Pedro, y, doquier que va,
recibido es cual merece
caballero tan cabal.
Bien mirado por su rey,
de grandes en amistad,
sin más familia allegada
ni deudos por quién mirar
que un mozo de quince abriles,
hermano suyo carnal,
con buen humor, libre tiempo
y oro largo que gastar,
se encuentra en el apogeo
de la dicha mundanal;
y dicen los que le tratan:
«Dichoso es el tal Guzmán!»

—

Y si no lo es, vive Dios!
que lo sabe aparentar,
porque es la vida que lleva
un continuo Carnaval.
Siempre de un festín en otro
va pasando sin cesar:
ó amigos se los aprestan,
ó él á amigos se los da.
Las damas de más belleza
le quieren por lo galán;
los hombres más envidiosos,
por lo franco y liberal.
Nadie tiene más apuros
ni aventuras que contar;
nadie más oro prestado
que nunca cobrar podrá;
mas nadie tiene un amigo
más sincero y más leal,
ni á nadie se halla más pronto
en cualquier necesidad.
Salúdanle los mendigos
con silencioso ademán,
porque saben ya que en él
es no tener el no dar.
Y como en gastar dineros
no va nunca más allá
de lo que pueden sus rentas,
vive sin necesitar
pedir lo que dió prestado
á sus amigos, lo cual
hace que eterna le guarden
incólume su amistad.
Y envidianle los soldados
su brío y porte marcial,
y los cortesanos todos
su noble afabilidad.
Recibe su hermano de él
educación bien cabal;
mas como la suya propia,
educación militar.
Las armas y los caballos,
predilección especial
gozan en ánimo de ambos,
y las fiestas de lidiar.
Los toros son y las cañas
su diversión familiar;
la caza y el ejercicio
su remedio universal
para matar el fastidio,
y el dolor para calmar.
Y como, en tales recreos,
aliciente es principal
la compañía de gentes
de activa jovialidad,
todos sus amigos se hacen
alegres hasta cansar,
y á prestarle compañía
todos dispuestos están.
Don Pedro, que hombre es de mundo
y de mente perspicaz,
lo ve, lo calla y lo aprecia
en lo que vale no más;

mas no don Félix, su hermano,
que el mundo conoce mal,
y aún en la amistad se fía,
y fía en la lealtad
de cuantos quieren venderle
un cariño fraternal;
y aunque sus potros le montan,
y usan sus armas, y van
á todas partes con él,
de él dejándose obsequiar,
ni interés sospecha en ellos,
porque de él es incapaz,
ni sus frases con sus obras
pondera en balanza igual.
Y éste fué su paso en vago,
éste el impulso no más
que á triste fin le condujo
con violencia tan fatal.

—

Alto, robusto y de gentil talante,
aunque apenas aún le apunta el bozo,
es, franco de alma y de jovial semblante,
don Félix de Guzmán un bravo mozo.
Sencillo en el vestir, mas ataviado
de la corte á la usanza,
de las damas alcanza
tal vez favores, y, en secreto, amado
es de alguna beldad sin esperanza.
Tal vez pagado él mismo
de su belleza juvenil, aspira
á un imposible amor que loco admira
á través de dorado idealismo.
Doña Ana de Alarcón, noble doncella,
es en su corazón la preferida,
mas ésta, desdichada cuanto bella,
á un milanés muy noble prometida
por su familia está, por lazo que ate
políticas discordias elegida,
aunque la fuerza del dolor la mate.
Hombre es el milanés en tramas ducho,
y hay quien le juzga de su patria huído,
y que ocultos amaños ha traído,
y en favor de Milán maquina mucho.
Bien recibido de la corte se halla;
gasta con profusión, y que no tiene
con el gobierno en sus antojos valla,
dicen: y se susurra por lo bajo
que mucho á España su amistad conviene,
aunque cuesta creerlo harto trabajo.
Don Félix, á quien nadie da pavura,
y que en el milanés ve solamente
una cualquier humana criatura,
va adelante en su amor, harto imprudente.
Y prudente anduviera
si á sí mismo no más se lo fiara,
y á su lengua pusiera
un candado, que á fe que lo acertara.
Mas tenía un amigo
de quien fiaba sus secretos todos,
que era de él, como eterno compañero,
sabedor de sus hechos ó testigo.
Joven como él; como él, sin experiencia,
de otros varios fiaba sus secretos
y los del buen don Félix. Imprudencia
á que están muchos jóvenes sujetos!
Contaba, pues, sus necios amoríos
é inventaba amorosas aventuras,
y entre sus mal fraguados desvaríos,
contaba de don Félix las venturas;
contaba de una dama misteriosa
las encubiertas citas,
y contaba, en la noche silenciosa,
del dichoso don Félix las visitas.
Contaba cómo él solo
el compañero de esas citas era,
y en la inmediata calle,
por si lance fatal aconteciera,
quedaba las espaldas á guardalle.
Y aunque jamás nombraba la persona
á quien don Félix por la reja hablaba,
en tan nimias señales se paraba,
que, á poco que el discreto discurría,
por el sitio y las señas que citaba,
la casa de doña Ana conocía.
Y sabedor en tanto del suceso
á él nada más don Félix suponía,
y de franqueza le perdió el exceso.

—

En una lóbrega noche,
en que las nieblas ofuscan
la opaca luz que le prestan
las estrellas y la luna;
de esas noches en que el aire
con sordas ráfagas zumba,
por las esquinas rasgándose
y por las torres agudas;

de esas noches que parece
que en hondo caos sepultan
al universo dormido,
y el cielo y la tierra enlutan;
de esas noches que recuerdan
las espantosas y absurdas
consejas de las nodrizas
con que á los niños asustan;
noches que traen á la mente
los concilios de las brujas,
los conjuros de los magos
y las sombras insepultas.
Como tales, en silencio,
á pasos rápidos cruzan
don Félix y el necio amigo
una callejuela oscura
de la calle de doña Ana
y del real palacio junta.
En silencio van los dos,
porque á los dos les ocupan
melancólicas ideas,
cual no las tuvieron nunca.
—Sabes lo que pienso, Félix?—
dijo al pararse en la última
esquina el otro.
—Qué piensas?—
replicó Félix.
—Que es mucha
necedad ir esta noche
de nuestra doña Ana en busca.
—Por qué?
—Porque es imposible
que ella á la ventana acuda.
—Por qué?
—Porque supondrá
que, con legítima excusa,
no vendrás en una noche
en que formidables luchan
airados los elementos.
—Y no lo yerras sin duda;
mas, ya que estamos aquí,
volvernos también, en suma,
sin ver si sale ó no sale,
también fuera en mí locura.
—Como quieras.
—En tu sitio
queda, pues.
—Félix, escucha.
Ves allí un bulto parado?
—Qué, tienes miedo?
—Te burlas,
Félix?
—No; mas como veo
que ese embozado te turba...
—Dejémosle que se aparte.
—Juzgo cosa más segura
que le hagamos apartar.
—Á la fuerza?
—Qué pregunta!
Si no se aparta de grado,
á ella es fuerza que recurra.
—Vamos, pues.
—Tú queda inmóvil,
que no necesito ayuda.
—Entiendo.—Y así diciendo,
fuése con planta segura
don Félix al embozado,
que de situación no muda.
Paróse á tres pasos de él,
y con gentil apostura
dirigióle estas palabras,
con voz ajena de injuria:
—Hidalgo, si grave empeño
tal vez no os lo dificulta,
dejadme libre un momento
la calle.
—Y qué es lo que busca
en ella vuestra merced?
—Busco una casa.
—La suya
tal vez?
—Estime el hidalgo
la cortesía que se usa
con él, y responda atento,
que mi paciencia se apura.
—Perdone el buen caballero,
y eche adelante si gusta.
—Es que os habéis de apartar.
—Sí haré.
—Gracias.—
Hizo punta
el embozado hacia arriba,
tomando en la calle ruta,
y echó hacia abajo don Félix
hasta ver por las junturas
de la reja de doña Ana

la luz que en el cuarto alumbra.
Pasó por frente á la reja:
volvió á pasar; hizo, en suma,
para llamar su atención
cuanto no fuera hacer pública
con la presencia de un hombre
de doña Ana la conducta;
mas ni se abrió la ventana,
ni se oyó señal alguna.
Ya el corazón se le prensa
de los celos con la furia,
ya negros y pavorosos
presentimientos le turban,
y ya dudaba afanoso
entre si era ó no cordura
el volverse ó el quedarse
hasta que verdad descubra,
cuando hacia él, calle adelante,
vió correr con gran premura
á su amigo, que le dice:
—Huye, don Félix.
—Que huya!
De qué?
—El milanés maldito
tenía su gente oculta
para dejarte pasar,
y con mano más segura,
encerrado en esta calle,
abrirte en su centro tumba.
—Estás seguro que es él?
—Sí, Félix, sin duda alguna.
—Ganemos, pues, la otra esquina,
que fuera cosa harto dura
morir aquí, como perros,
á las manos de tal chusma.
Pero mañana la mía
será la primer figura
que á sus ojos se presente,
y veremos si su astucia
de su corazón desvía
de mi tizona la punta.
Vamos.—Y, así pronunciando,
á alejarse se apresuran.
Mas no bien á la otra esquina
tocaban, cuando á ellos juntas
dos espadas se vinieron,
que toparon con las suyas;
duró la lid un instante,
y ya vencer se figuran,
pues á estocadas los llevan
los dos mancebos con furia,
cuando, corriendo, llegaron
con las espadas desnudas
otros tres por sus espaldas.
Siguió momentos la lucha,
como valientes lidiando;
mas, qué el valor les ayuda
donde á traición contra ellos
cinco cobardes se juntan?
Cayó primero don Félix;
y aunque en la tapia se escuda
para lidiar cara á cara,
los ojos, ay! se le anublan
con la sangre que derrama,
y á cuchilladas le abruman.
Riñó como bravo el otro,
mas fué inútil su bravura,
pues todos en torno suyo
villanamente se agrupan.
Y al cabo de unos momentos
cayó, con heridas muchas,
de boca, á impulso de un tajo
traidor, sentado en la nuca.
Tomaron la calle arriba
los viles, y en voz confusa,
unos á otros marchando,
que muertos son se aseguran.

—

Amanecía apenas
el inmediato día,
cuando sus horas de quietud serenas
á don Pedro Guzmán interrumpía
siniestra y tumultuosa vocería.
De su casa en la puerta
con aldabadas dobles,
á cuyo impulso sus macizos robles
resistencia oponían, pero incierta,
llamaban tenazmente;
y ya tropel juntábase de gente,
y ya don Pedro presto,
con prisa airada y soñoliento gesto,
las ropas se vestía,
porque ningún doméstico lo hacía.
Ya de su larga bata
las puntas coge y las presillas ata,

y al balcón se dirige,
cuando un viejo criado,
que ha muchos años que su casa rige,
llegó á él con semblante desolado.
—Fermín, qué es lo que pasa—
dijo don Pedro—para ruido tanto,
que parece que á hundir se va la casa?—
Y, amargo llanto derramando el viejo,
—No salgáis—dijo—por el cielo santo!
—Mas, qué pasa? Qué es?
—Es la justicia.
—Y en mi casa, qué quiere?
—Oh! Con vos nada,
señor; nada con vos.
—Pues, á quién busca?
Fermín, sea cualquiera la noticia
que al fin me has de decir, por desastrada
que sea, díla pronto.
—Sosegáos, señor.
—Voto á los cielos,
que valen, más que el susto, tus recelos!—
Y tal diciendo con airado tono,
dirigióse á la puerta;
mas el viejo Fermín, interponiéndose,
con sollozos le dijo interrumpiéndose: [do
—Vuestro hermano, señor, hoy no ha dormi-
dentro de casa.—Y comprendiendo al punto
don Pedro lo demás, lanzó un gemido,
arrancado al dolor y la ira junto,
y apartando al anciano suplicante,
lanzóse por los cuartos adelante.
Al pie de la escalera,
en hombros de unos hombres compasivos,
yacía, desgarrando de los vivos
el corazón, y de su muerte fiera
con horrendas señales mutilado,
don Félix desdichado.
De siete anchas heridas
por las sangrientas bocas
la vida se le huyó, y, compadecidas
de tan triste espectáculo pudieran
en lágrimas romper las duras rocas.
La horrible escena de dolor y saña
á que don Pedro se entregó, sin duda
que es á mi pluma extraña;
que á períodos poéticos acuda
para pintarte con verdad, en vano
será, oh caro lector! Llama en tu ayuda
tu propio corazón, y pesa el duelo
que fuera en él si un padre ó un hermano
de modo tal te arrebatara el cielo.
Con tan grande dolor, con pena tanta
don Pedro de Guzmán enloquecido,
largo rato anudada en su garganta
sintió la voz, y se esquivó el sonido.
Y sobre los despojos
del infeliz hermano
llanto vertieron sus nublados ojos;
trémula y fría separó su mano,
á su dolor cediendo sus enojos;
mas luego que en su mente
volvieron á ordenarse las ideas,
y al corazón ardiente
volvió el valor, un punto adormecido,
su centellante vista de repente
tendió por el concurso enmudecido,
diciendo con acento enronquecido:
—Quién fué el traidor cobarde
que, en un mancebo imberbe todavía,
de tan salvajes iras hizo alarde?—
Y en derredor tendió fiera mirada
Guzmán, mas nadie le repuso nada.
—Todos—dijo don Pedro—aquí lo ignoran?
Todos callan! Pardiez! Dónde fué muerto?
No hallaron la verdad los que le lloran,
los que le traen á domicilio cierto?
Quién le reconoció? Quién pudo acaso
de quien le recogió guiar el paso?—
Volvió á tender en torno su mirada
Guzmán, y nadie le repuso nada.
Entonces, ya con tono descompuesto
y semblante iracundo,
hijo de su pesar justo y profundo,
á un alcalde de corte que con gesto
impasible y severo le había oído,
cuya ronda á su hermano ha recogido,
dirigióse Guzmán, así diciendo:
—Amigo soy del rey; y pues tan necia
en los crímenes anda la justicia,
sabrá el rey que su ley se le desprecia,
y que el miedo la tuerce ó la malicia.—
Y, volviendo la espalda, Guzmán fiero
pidió á Fermín su capa con su acero;
viendo lo cual el juez, tras él echando
y á Guzmán de los otros apartando,
díjole:—Oidme, pues, buen caballero.—

Y de la estancia fuera,
platicaron los dos de esta manera:

DON PEDRO

Decid.

ALCALDE

Con vuestro hermano
otro joven hallé, que al par herido
fué con don Félix por la misma mano.

DON PEDRO

Y quién es?

ALCALDE

Fué don Carlos de Aguilera.

DON PEDRO

Murió también?

ALCALDE

También.

DON PEDRO

Oh, suerte fiera!

ALCALDE

Mas vivió lo bastante
para decir con hálito espirante
y jurar por la fe de caballero,
y de la eternidad por el gran paso,
de tan traidor y lastimoso caso
el autor verdadero.

DON PEDRO

Y quién es, vive Dios!?

ALCALDE

Antes, don Pedro, de que os diga su nombre,
juradme que escondido en vuestro pecho
le guardaréis; que es hombre
que por bueno pasar puede lo hecho,
y que al rey solamente
lo habéis de revelar secretamente.

DON PEDRO

Sí juro; mas si fuese
el mismo rey, señor alcalde, habría
de hacer justicia en sí, ó por vida mía!
que puede que me oyese
lo que de nadie oir esperaría.

ALCALDE

Á la venganza yo no os pongo coto;
mas, si no sois del rey muy grande amigo,
no mováis con quien fué mucho alboroto;
y esto, Guzmán, que os digo,
lo que os puedo decir es, y es mi voto.

DON PEDRO

Mas quién es? Acabad.—
Y aquí al oído
de don Pedro acercándose el alcalde,
dijo, y de nadie pudo ser oído:

ALCALDE

El milanés que habita en la Embajada
de Inglaterra.—Y don Pedro
tal nombre oyendo, al lado de la espada
llevó la mano, y con feroz mirada
—Bien está—dijo al juez;—lo entiendo todo.

ALCALDE

Sólo el rey lo sabrá?

DON PEDRO

Solo, y de modo
que á la historia añadir no podrá nada.

Y los dos apartándose,
para dejar la historia bien redonda,
desde allí cada cual siguió entregándose,
don Pedro á su dolor, y él á su ronda.
Pero puede el discreto
imaginar que en calma
no podría encerrar dentro del alma
don Pedro de Guzmán este secreto,
y que á vueltas y á solas andaría
más segura buscando
del autor de delito tan nefando
fiera venganza en oportuno día,
y que el día fatal quedó aguardando.

—

Y á la mano en pocos días
la ocasión le vino pronta;
que quien para el mal la busca,

siempre se la encuentra próxima.
Seguido de un escudero,
por honor de su persona,
y por ayuda en un caso
de una asechanza traidora,
por fuera de Recoletos,
una tarde nebulosa,
el de Guzmán se pasea,
rumiando tristes memorias.
Víasele entre los árboles
como una siniestra sombra,
el monasterio cruzando
desde una esquina á la otra;
la larga espada en la cinta,
embozada la persona,
descolorido el semblante
y con la mirada torva.
Todo su exterior, en fin,
revela que su alma á solas
en los cálculos se abisma
de meditaciones hondas,
y que una idea inmutable,
íntima y desoladora,
lastima su inquieta mente
y el corazón le acongoja.
Piensa en su hermano don Félix,
y en la más fácil y próspera
ocasión de la venganza
de muerte tan alevosa.

En esto, el Prado adelante,
por dos mulas voladoras
que le pacieron la grama
al Guadalquivir en Córdoba,
arrebatada venía
sin camino una carroza,
pues, torpe mano á las mulas
acosando, desbocólas.
Al punto vió la impericia
Guzmán, cuya generosa
sangre á ayudar le impelía
al que así necio se arroja;
y conociendo que pronto,
dejando la arena cómoda,
se entraran por los vallados
las dos bestias poderosas,
con su escudero lanzóse
por si contenerlas logra,
y aquel peligro desvía
de quien la muerte provoca.
Los que en el carruaje vienen
gritaron en voces roncas:
—Fuera! Fuera!—por si acaso
con el espanto empeoran
los animales y alcanzan
caída más desastrosa.
Mas á sus voces haciendo
Guzmán las orejas sordas,
como hombre sereno y ducho
en semejantes maniobras,
colocándose á ambos lados,
la vista y la mano pronta,
caballero y escudero,
al enfilar la carroza,
con un instantáneo arrojo
asiendo las bridas rotas,
á una mula el caballero
y el escudero á la otra,
consiguieron, lastimándolas,
pararlas, á mucha costa.
Saltó en tierra un caballero,
á la más estricta moda
equipado, y de presencia
muy bizarra y muy airosa.
Mas al llegarse á don Pedro
á darle gracias, la gola
le aferró con ambas manos
el de Guzmán, con furiosa
voz diciéndole:—Asesino,
caiga en tí su sangre toda!—
El milanés (que no era otro),
que aquella sangrienta historia
recordó viendo á don Pedro,
dióse por puesto en la horca.
Mas soltóle el de Guzmán,
y, treguas dando á su cólera,
le dijo:—Hacia aquí apartáos:
veamos si vuestra hoja
corta igualmente de cara
como por la espalda corta.—
Echaron á Recoletos,
y, de tapia protectora
amparándose, sacaron
al aire sus dos tizonas.
Perdió el milanés la suya
con muchísima deshonra,
y, yendo á herirle don Pedro,

como una espantada zorra
á quien los perros persiguen,
tomó fuga vergonzosa.
Indignado el de Guzmán
viendo con alma tan poca
á quien tan traidoramente
asesina entre las sombras,
echó tras él, ya resuelto
á darle muerte alevosa.
El milanés, conociéndolo,
con intención previsora
ganó á la iglesia la puerta,
y la capilla más próxima.
Entró tras él Guzmán, ciego;
mas á una imagen devota
de Cristo viéndole asido,
de la mujer generosa
se acordó que dió la vida
al matador de Zamora.
Soltó su mano la espada,
con voz descompuesta y honda,
diciendo al otro, que le oye
con alma y con faz atónitas:
—Idos, que yo os dejo libre!
Válgaos la buena memoria
de una mujer que por mí
osó hasta acción tan heróica!—

Y saludando á la imagen
con reverencia piadosa,
dijo:—Hasta aquí mi venganza.
Dios me la tenga en memoria!—
Dudándolo todavía
ve el milanés que abandona
la iglesia; mas de ello, al cabo,
sus sentidos se cercioran.
Y á su carroza volviendo,
por hazaña milagrosa
contó en la corte el suceso,
que admiró la corte toda.
Y por verdadera hazaña,
contada de boca en boca,
á don Pedro apellidaron
El de la buena memoria.



LOS DOS VIRREYES

DRAMA EN TRES ACTOS

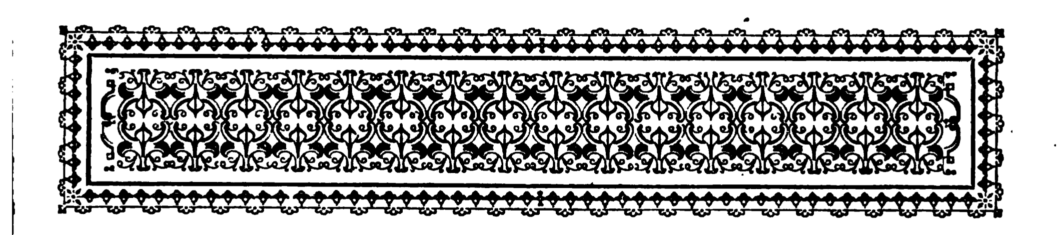
Aprobado para su representación por la Junta de Censura de los Teatros del Reino en 15 de Diciembre de 1849

PERSONAJES

El Conde de Vergara.
Don García de Orellana.
Don Rodrigo de Luz, *Conde de Monforte.*
Diego.
Angelina.
Un Juez.
Un Soldado.
Un Pescador.

Jueces, soldados españoles, pescadores napolitanos, miembros del Consejo colateral, etc., etc.

La escena es en Nápoles, el 10 de Noviembre de 1653



LOS DOS VIRREYES

ACTO PRIMERO

Salón del palacio del Virrey, suntuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcón á la derecha, puerta en el fondo y secretas á los lados.—Mesa con cubierta de terciopelo, blasonada. Sillones, escribanía, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

EL VIRREY

Por Cristo...! Esa vil canalla
no se contenta jamás.
Oh, no he de volverme atrás,
ni rehusar la batalla!
Quiere el populacho guerra?
Pues habrá guerra, y cruel.
Con tu sangre, pueblo infiel,
fertilizaré tu tierra.
(Mirando por el balcón.)
Sí; retoñarán tus mieses
granos con tu sangre rojos,
y trocarán mis enojos
tus frutales en cipreses.
Sangre habrá, duelos prolijos,
y, vive Dios! que de hoy más
en sangre te bañarás;
sangre han de beber tus hijos.

ESCENA II

EL VIRREY *y varios individuos del Consejo colateral con togas, etc. Los síndicos, etc.*

EL VIRREY

Hola! Adelante, señores;
entrad, y dadme noticias
de esa rebelión.

UN CONSEJERO

Albricias
os damos ya. Los traidores
se han dispersado; está sola
la plaza, y Nápoles todo
se calma del mismo modo
ante la enseña española.

EL VIRREY

Conque vuestra fiel ciudad
de Nápoles va, pardiez!
por la vigésima vez
contra su rey? En verdad

que debiera con más juicio
andar en tales proezas,
y no ofrecer más cabezas
al altar del sacrificio.

UN CONSEJERO

Señor conde...

EL VIRREY

Idos de aquí,
señores, y no os dé empacho
en decir al populacho
lo que váis á oir de mí.
Decid que mandé plantar
una horca en esa plaza,
y en vez de azote y mordaza,
sus cuerdas mandé emplear.
Decidle, que si pensó
escudarse con la ley,
ya no hay más ley, ni más rey,
ni más tribunal que yo.
Y al que murmure ó se asombre,
haré, porque el resto calle,
matarle donde se le halle,
sea mujer, sea hombre.
Lo habéis entendido bien?
Pues id al pueblo á decirlo,
y tomadlo, al repetirlo,
para vosotros también.
Si Nápoles no se humilla
de Castilla al blando yugo,
se humillará del verdugo
bajo la corva cuchilla.
Salid, y no os olvidéis
que, si no cesa el tumulto,
hago degollar á bulto
á cuatro por cada seis.

ESCENA III

EL VIRREY

Yo pondré á esa chusma vil
de pescadores soeces,
como ellos ponen sus peces,
prensados en el barril.
Y si aún me osan levantar
una voz esos infieles,
sobre sus propios bajeles
se los sorberá la mar.

ESCENA IV

EL VIRREY *y* DIEGO

EL VIRREY

Hola, servidor leal!
Te esperaba con ardor.
Qué hay por ahí?

DIEGO

Nada, señor.
Ya está remediado el mal.

EL VIRREY

Cuál ha sido la ocasión
de esa bulla?

DIEGO

El santo celo
de pedir de Masanielo...

EL VIRREY

Qué?

DIEGO

La canonización.

EL VIRREY

Diego!

DIEGO

No es más que lo dicho;
esos pescadores ruines,
que han dado en armar motines
con el más terco capricho,
su cadáver exhumaron,
y en procesión funeral,
de su amigo el cardenal
hasta el palacio llegaron.
Hubo blasfemias atroces;
mendigos, viejos, muchachas,
con faroles y con hachas,

pedían á grandes voces
que declarase por santo
al rebelde Masanielo,
mártir de Dios.

EL VIRREY

Y el capelo,
qué es lo que hacía entre tanto?

DIEGO

Estarse como un hurón
encerradito en su alcoba,
que no es Su Eminencia boba,
ni peca de imprevisión.
Ya el populacho impaciente,
al ver señas tan inciertas
en el cardenal, sus puertas
desvencijaba insolente.
Mas todo ello concluyó,
muriendo sus esperanzas,
cuando con setenta lanzas
metíme en la plaza yo.
El que en sus piernas no puso
su salvación, la cabeza
perdió allí por su torpeza.
Ya sabéis que éste es el uso.
Y á los minutos siguientes,
las más bravas, en dos filas,
los tazones y las pilas
festonaban de las fuentes.
Con lo cual, los que escaparon
de esta justicia agarena,
sin duda en cabeza ajena
escarmentando callaron.

EL VIRREY

Tu lealtad no se acrisola
hasta sacar con sigilo
el ovillo por el hilo;
esa hoguera no arde sola.

DIEGO

Tenéis razón, mas espero
que con el cabo en que toco,
tirando poquito á poco,
sacaré el ovillo entero.

EL VIRREY

Veo, Diego, tu destreza.

DIEGO

Y os asombrará algún día:
ó soy, ó no soy espía.

EL VIRREY

Conque todo...! Pues empieza.

DIEGO

De estas revueltas el germen
no está en el pueblo que grita;
el cardenal, que os evita,
y el viejo duque, no duermen.

EL VIRREY

El de Guisa?

DIEGO

Ó yo estoy ciego,
ó ese ovillo y esa hoguera
atan y soplan de fuera
los dos; escuchadme os ruego.
Hará como unos tres meses
que á una mujer misteriosa
trajo á esta ciudad dichosa
un barco de portugueses.
Tomó esta desconocida
tal precaución en taparse,
que fué inútil afanarse
en averiguar su vida.
Jamás abrió sus balcones,
ni alzó su velo tupido
á un saludo comedido,
ni á las nocturnas canciones.
Y aunque su garbo promete
libertad, nobleza y oro,
no desmintió su decoro
ni un regalo, ni un billete.
Nadie su casa visita;
los nobles más perspicaces,
los mancebos más audaces
desesperan de una cita.
No pasa por sus dinteles
ni pajecillo ni dueña
á quien el dinero empeña

en dar ó tomar papeles.
Sólo un sombrío escudero,
con traje ó disfraz de España,
en silencio la acompaña,
frío como ella y severo.
Y envuelto en su capa oscura,
á su espadón abrazado,
con militar desenfado
por donde va la asegura.
Mas, señor, hablando en plata,
jamás se la vió pasar
sino para ir á rezar.

EL VIRREY

Á dónde?

DIEGO

Á la *Incoronata.*

EL VIRREY

Á la *Incoronata!*

DIEGO

Sí;
es la iglesia más vecina
de la calle Catalina.

EL VIRREY

Vive esa mujer allí?

DIEGO

Allí vive.

EL VIRREY

En una casa
de seis balcones?

DIEGO

Por Dios,
la conoceríais vos?

EL VIRREY

Tengo una noticia escasa
de esa mujer.

DIEGO

No sé cómo,
(Con intención.)
porque un hombre hay solamente
que logró hablarla audazmente,
y aunque jamás tuvo asomo
de favor con la hermosura,
rondó de noche á sus rejas,
y aunque entonó amantes quejas
bajo de ellas, se asegura...
mas sin duda el escudero
salió una noche al cantor,
porque hubo en una rumor,
tras del cántico, de acero,
y el músico no volvió.
Mas, qué tenéis?

EL VIRREY

Impaciencia
de oir tanta incoherencia
como tu labio ensartó.
Qué diablos tiene que ver
con esta conspiración
ese paje, esa canción,
ni ese hombre ni esa mujer?

DIEGO

Idos, señor, poco á poco,
que si os dignáis escuchar,
en ella habréis de encontrar
de esta rebelión el foco.

EL VIRREY

Mujer, tan joven, tan sola...
eso es imposible, Diego.

DIEGO

Mudaréis de opinión luego
que sepáis que es española.

EL VIRREY

Española!

DIEGO

Sí; escuchad.
Vísteis de ayer la horrorosa
tormenta?

EL VIRREY

Sí, sí; espantosa
la mar estuvo en verdad.

DIEGO

Pues bien; á la hora postrera
de esa noche tan fatal,
víctima del temporal
zozobró aquí una galera.
Toda su tripulación
se hundió en el mar irritado;
sólo un hombre pudo á nado
encontrar su salvación.
Con serena bizarría,
con invencible constancia,
ni le arredró la distancia,
ni temió la mar bravía.
Luchó por más de una hora
contra las ondas, y al cabo
agotó su aliento bravo
al despuntar de la aurora.
Con sus primeros albores,
desde su barca le vieron,
y en ella le recogieron,
unos buenos pescadores.
Este hombre, pues, cuya edad
pasa ya de años cincuenta,
mas que tiene de los treinta
el brío y la agilidad,
traía colgado al cuello
de metal un cajoncillo,
y en un dedo un grueso anillo
con blasones y con sello;
rezó un momento; el tesoro
guardó que en la caja encierra,
y pagó el saltar á tierra
con una cadena de oro.
Desapareció en seguida
por oscura encrucijada,
sin que dejase marcada
su huella desconocida.
Y de mi gente más lista
los ojos más perspicaces
no han sido hasta ahora capaces
de rastrearle la pista.

EL VIRREY

...as... qué tiene, pesia á mí,
...do ese cuento que ver
...n aquella otra mujer?

DIEGO

Oid, que vamos ahí.
Por lenguas que una vecina
nos dió, sospecha certera
tuvimos de esa extranjera
de la calle Catalina.
En su casa sospechamos
que estaba el náufrago oculto,
y hace media hora que á bulto
en ella nos presentamos.
Asaltamos con sigilo
su alcoba, tras visto todo.

EL VIRREY

Y estaba?

DIEGO

De ningún modo;
reposando muy tranquilo
en su propio lecho hallamos,
no al náufrago misterioso,
sino al mozo más hermoso
que haber visto recordamos.

EL VIRREY

Voto va!

DIEGO

Los veinte Abriles
contará apenas tal vez;
pero es un mozo, pardiez!
gentil entre los gentiles.

EL VIRREY

Concluye en fin...

DIEGO

Con voz fiera
nos dijo insultos atroces;
mas yo desprecié sus voces,
y hallé al fin esta cartera
bajo de su almohada.

EL VIRREY

Á ver. *(La mira.)*
Cartas del duque de Guisa!

DIEGO

Por eso con tanta prisa
os las vine yo á traer.
Y este retrato además,
(Dále un medallón)
que tomé del cuello de ella,
por si aclaraba la huella
de algún rebelde quizás.

EL VIRREY

Dáme; es de un hombre, y anciano.

DIEGO

Qué noble fisonomía!
Le conocéis?

EL VIRREY

No, á fé mía,
pero es de maestra mano;
mas ese mozo...

DIEGO

Le traigo
preso.

EL VIRREY

Y la joven?

DIEGO

Ahora,
clamando por veros, llora
en la antesala.

EL VIRREY

Ya caigo.
Quiere por ese traidor
su hermosura interponer.

DIEGO

Dice que espera mover
vuestro corazón, señor.

EL VIRREY

Diego, tráemele al momento.

DIEGO

Ver su excelencia no quiere
á esa muchacha?

EL VIRREY

Que espere
en el próximo aposento.

ESCENA V

EL VIRREY

Ira de Dios! Ella es!
Ella... Mas juro á los cielos
que él aplacará mis celos
agonizando á mis pies.
Ah! Todo lo veo claro;
en huirme tanto afán
era por ese galán;
pero ha de costarle caro.

ESCENA VI

EL VIRREY, DON RODRIGO *entre soldados* *y* DIEGO

EL VIRREY

(Gallardo mozo, en verdad!)
Conque eres tú ese villano
que osa con traidora mano
del rey á la majestad?

DON RODRIGO

Señor conde de Vergara,
mudad, si os place, de tono,
que es fácil que tanto encono
os salga luego á la cara.

EL VIRREY

Infame!

DON RODRIGO

Señor Virrey...
yo tengo un nombre mejor,
que puede con mucho honor

servir aun al mismo rey.
Yo me llamo don Rodrigo
de Luz, conde de Monforte,
y no hay uno en vuestra corte
que se compare conmigo.
Y á los nobles, vive Dios!
no podéis en juicio osar,
porque sus culpas juzgar
toca al Consejo, no á vos.

EL VIRREY

Si lástima no tuviera
á vuestra edad tan temprana,
Monforte, el sol de mañana
ya para vos no saliera.
Que aunque decís, con razón,
que no puedo á un noble osar,
puedo, sin embargo, ahorcar
un reo de alta traición.

DON RODRIGO

Yo traidor!

EL VIRREY

Pruebas son hartas
que os pueden matar, y aprisa,
del noble duque de Guisa,
conde Rodrigo, esas cartas.

DON RODRIGO

Esas cartas que son obra
de algún esbirro impostor!

EL VIRREY

Para llamaros traidor,
con cualquiera de ellas sobra.
Pero dejemos á un lado
cuestión que nos sienta mal,
y que justo el tribunal
fallará por de contado;
vos sois noble, y me habéis hecho
tan á tiempo esta objeción,
que renuncio, con razón,
de juzgaros el derecho.
De próceres tenéis, sí,
un tribunal competente,
y no hay miedo que yo atente
á vuestros fueros allí.
Nada de eso; mas con todo,
en calidad de Virrey,
con los traidores al rey
me cumple obrar de otro modo.
Por lo cual, antes de ir
al tribunal que apeláis,
quiero yo que me digáis,
y os ruego que sin mentir,
qué relaciones os ligan
á una joven extranjera...

DON RODRIGO

Es impostura grosera,
señor, cuanto de ella os digan.

EL VIRREY

De estar, como vos, la acusan
puesta en comunicación
de vuestra conspiración
con las cabezas.

DON RODRIGO

Oh! Abusan
de vuestra bondad, señor;
es inocente!

EL VIRREY

Mancebo,
no sé lo que de ella debo
pensar por vuestro temor.

DON RODRIGO

Es inocente, os lo juro,
señor Virrey; lo demás,
un secreto es que jamás
saldrá de mí.

EL VIRREY

Os aseguro,
señor Monforte, que tengo
resuelto saberlo todo,
y lo diréis.

DON RODRIGO

De ese modo,
señor Virrey, os prevengo
que tan joven como soy,
tengo un alma tan entera,

que sin deciros muriera
lo que en callaros estoy.

EL VIRREY

Bravatas de vuestra edad;
si yo os pongo en la tortura,
á pesar de esa bravura,
confesaréis la verdad.

DON RODRIGO

Señor conde de Vergara,
antes que sufrir tal mengua,
os escupiré la lengua
desde el tormento á la cara.
Tortura á mí! Vive Dios!
Antes que hablara yo en ella,
se apagaría la estrella
de uno de nosotros dos.
Aquí vendría mañana
injuria tan afrentosa
á vengar la generosa
nobleza napolitana.
Y el pueblo, que os aborrece,
con ella unido á la vez,
vuestra tirana altivez
pagará como merece.

EL VIRREY

Siempre las revueltas olas
de esa servil muchedumbre
cederán, según costumbre,
á mis lanzas españolas.

DON RODRIGO

No os fiéis tanto, señor,
que aunque pobres pescadores,
contra duros opresores
su fe les dará valor.

EL VIRREY

Basta; vuestra audacia iguala
vuestra perfidia, y oid
un buen consejo. Salid. *(Á los guardias.)*
Diego, espera en la antesala.
(Salen los guardias y Diego.)

ESCENA VII

EL VIRREY *y* DON RODRIGO

EL VIRREY

Oidme, joven conde de Monforte. He hecho salir á todos esos testigos, cuyos oídos torpes, oyendo mal lo que nada les importa, podrían interpretar peor palabras que no estarían en estado de comprender. Ahora, pues, que estamos á solas, voy á daros un consejo, que espero no despreciaréis, por lo mucho que os interesa.

DON RODRIGO

Á la verdad que no alcanzo, señor Virrey, el verdadero sentido que queréis dar á tan retórico circunloquio; pero ya os he dicho que desprecio vuestras amenazas, y espero á mi vez que no tendréis el orgullo de creer que vuestros torcidos consejos harán más mella en mi corazón.

EL VIRREY

De todas maneras, oid lo que os quiero aconsejar.

DON RODRIGO

Decid, que os escucho.

EL VIRREY

Vos sois aún muy joven para conocer el mundo y las pasiones tal como son en sí; engañosas y corrompidas. Sois, digo, muy joven, y me desagradaría veros ir al cadalso con la frente serena y con heróica resolución por una causa indigna de un alma tan noble como la vuestra.

DON RODRIGO

Os he dicho, y os lo repito por última vez, señor conde de Vergara, que no tengo parte alguna en la conspiración presente, y que esas cartas del duque de Guisa son una impostura infame.

EL VIRREY

No es de eso de lo que se trata ahora. No son las cartas del duque ni la conspiración, la causa indigna de vos, no; puesto que tenéis un tribunal competente que os juzgará; si estáis inocente como decís, si no habéis conspirado como aseguráis, nada tenéis que temer de la rectitud de vuestros jueces. De lo que yo quiero hablaros es de esa extranjera.

DON RODRIGO

Señor Virrey!

EL VIRREY

Oh! Veo que la amáis con toda la sencillez de vuestro corazón y de vuestros veintidós años.

DON RODRIGO

Pues bien. Sí; la amo, la idolatro. Hace mucho tiempo que mi existencia no tiene otro halago ni otra esperanza; pero el origen de esta pasión, con cuyo encanto vivo; la razón oculta de mis relaciones misteriosas con esa joven, son un secreto de familia que nadie tiene derecho á escudriñar, y cuya confesión os protesto que no arrancarán á mis labios, ni vuestras amonestaciones, ni vuestra tortura.

EL VIRREY

Estáis trastornado, buen joven; vuestra imaginación fascinada os hace ver esa pasión por un prisma encantado que embellece y perfecciona cuanto toca al objeto que os la alimenta. Pero, creedme, no comprometáis vuestros días, el lustre de vuestro nombre y el reposo de vuestra madre, por una mujer que, abusando de vuestra ciega confianza, os paga muy mal la buena fe con que la entregáis vuestra alma inexperta.

DON RODRIGO

Vive Dios, señor Virrey, que los que han calumniado en vuestra presencia á esa infeliz criatura, han mentido como villanos.

EL VIRREY

Acordáos de que empleo inmensos caudales en mantener una severa cuanto necesaria policía, cuyos individuos tienen obligación de penetrar hasta los secretos más íntimos de las más obscuras familias. Acordáos de que esa mujer, que ha excitado mis sospechas hace algún tiempo, ha sido seguida, espiada por todas partes, de noche y de día, y que no ha dado un paso, no ha pronunciado una palabra, no ha exhalado un suspiro que no haya venido á retumbar en los oídos del Virrey de Nápoles, quien os asegura que sois víctima de su falsedad.

DON RODRIGO

Penetro todo el veneno de vuestras frases, señor Virrey. Queréis vengaros de la firmeza que os he manifestado, del desprecio que he hecho de vuestras amenazas fiado en mi razón y en la nobleza de la clase á que pertenezco, y queréis emponzoñar mi alma, envolviéndola en las tinieblas de la duda, acerca de lo único en que creo y espero después de Dios, en el amor de esa mujer. Pero os habéis equivocado; la conozco más de lo que pensáis; leo en su corazón mejor que vos en el mío, y me atrevo á juraros por las cenizas de mi padre, que no hay en todo Nápoles un solo hombre que pueda jactarse de haber visto el brillo de sus ojos, ni de haber escuchado el encanto de sus palabras.

EL VIRREY

Pobre joven! Me dáis compasión. Qué diríais si yo os presentara uno cuyos ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento hiciera brotar sus lágrimas y caer á sus pies pidiendo misericordia?

DON RODRIGO

Eso es imposible, Virrey.

EL VIRREY

Y si no lo fuera?

DON RODRIGO

Repito que es imposible; y si hubiese algún comprado impostor que se atreviese delante de mí á sostener tamaño absurdo, por Dios que serían las últimas palabras de su vida, porque yo se la arrancaría donde quiera que le encontrara.

EL VIRREY

Pues bien, vos mismo seréis juez en este asunto; voy á mandar que introduzcan á esa mujer en este salón, y veréis, noble conde, cómo no es vuestra presencia lo que más va á sorprender á la señora de vuestros pensamientos. Hola, Diego!

ESCENA VIII

DICHOS *y* DIEGO

DIEGO

Qué mandáis, señor?

EL VIRREY

Haz entrar á esa mujer, acusada como cómplice del noble don Rodrigo de Luz, conde de Monforte. *(Al conde.)* Espiad bien el momento en que pase el dintel de esa puerta, y preguntáos á vos mismo á quién de los dos reconoce más pronto.

ESCENA IX

EL VIRREY, DON RODRIGO *y* ANGELINA

ANGELINA

Señor, si hay en vuestra alma... Cielos! Amparadme! *(Cae de rodillas á los pies del Virrey.)*

DON RODRIGO

Ira de Dios! Angelina!

EL VIRREY

Silencio, mancebo; ya véis que hay un hombre en Nápoles que, no sólo ha visto el brillo de sus ojos, y oído el encanto de sus palabras, sino delante de quien se avergüenza y se postra.

ANGELINA

Señor Virrey!

EL VIRREY

Silencio digo. Y sabéis, joven, por qué se humilla delante de otro que vos? Pues sabed que otro además de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora ha jurado delante de otro que un voto indisoluble la prohibía oir las palabras de ningún hombre; y estó ya podéis conocer, buen don Rodrigo de Luz, conde de Monforte, que es renegar de vuestro amor en presencia del Virrey de Nápoles.

ANGELINA

No, señor Virrey; mil veces no.

EL VIRREY

Haréis muy mal en dar crédito á sus voces; será muy capaz de renegar hasta de sí misma.

DON RODRIGO

Díme, Angelina; díme, por piedad, que ese hombre está loco, que lo que dice es un sueño; díme que no le conoces, que no le has visto jamás.

EL VIRREY

Oh! Eso sí que no podrá negarlo.

ANGELINA

Yo no sé mentir: le he visto.

EL VIRREY

Y hablado, señor Monforte. Hola!

DON RODRIGO

Un momento, señor Virrey; un momento, por cuanto caro tengáis en el universo.

EL VIRREY

Qué queréis?

DON RODRIGO

Un instante de explicación acerca de lo que acabo de oir. Oh! Una hora de esta angustiosa incertidumbre me ahogaría; os lo aseguro.

ESCENA X

DIEGO y GUARDIAS

EL VIRREY

Guardad en el aposento inmediato á este noble joven.

DON RODRIGO

Conde de Vergara, tenéis un corazón de hiena, y os digo que sois un vil y un miserable.

ANGELINA

Perdón, señor, perdón!

[EL VIRREY *(Á Angelina.)*

Apartad. La explicación que me pedís voy á tenerla yo con esta dama, y de sus respuestas depende vuestra salvación y vuestra existencia. Id, pues, señor Monforte, á esperar vuestra sentencia, favorable ó contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del Virrey.

ESCENA XI

EL VIRREY y ANGELINA

ANGELINA

Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fué jamás engañaros; pero había jurado guardar silencio. Á qué negároslo, señor? Yo veía que me seguíais por todas partes; oía por las noches las canciones de vuestros músicos al pie de mis ventanas; os encontraba siempre inmoble y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora la *Incoronata*, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los míos por cima de vuestro embozo y á través de mi espeso velo. Pero yo no podía corresponderos; y viendo que mi indiferencia nada podía con vos, que habíais venido dos veces, con sacrílega audacia, á arrodillaros á mi lado, para dejar caer en mis oídos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los días y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegarme al altar de Nuestra Señora á rogar por mi anciano padre. Ah! Todo lo sacrifiqué, porque siempre aguardaba que vuestro amor...

EL VIRREY

Mi amor, miserable criatura! mi amor ha crecido con el tiempo, sí; lo que fué una chispa inflamada al soplo de un pasajero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazón, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego más devorador, el de los celos. Miserable! Me hablabas de un voto que te prohibía escuchar las palabras de los hombres, y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galán preferido y un enemigo del Estado?

ANGELINA

Llenadme de injurias, señor; descargad sobre mí toda vuestra cólera; yo no imploro vuestra misericordia más que para él. Os juro mil veces, por la Virgen María, que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa puso bajo su almohada unos papeles, que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador.—Pero es una infame falsedad; porque yo las ví sacar de su jubón antes de ponerlas en nuestro lecho. Oh! Yo no soy más que una infeliz mujer; pero si vos no dáis crédito á mis palabras, sabré repetirlas en alta voz delante de todo el mundo.

EL VIRREY

Y nadie te creerá, porque estás acusada de ser su cómplice; y porque aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos

saben que es nulo el testimonio de las cortesanas; y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harían más que agravar la mala causa de tu amante.

ANGELINA

Y qué habéis visto en mí, señor Virrey, para tomarme por una vil cortesana? Qué razones habéis hallado para aplicarme título tan afrentoso? Será acaso porque mi velo es tres veces más espeso que el de las doncellas napolitanas? Será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la nobleza de mi sangre? Ó será porque mis oídos, señor conde, han estado siempre cerrados á vuestras amorosas propuestas? Por vida mía! meditad mejor vuestras palabras cuando toquen á la reputación de las mujeres, porque daréis á conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgáis á equivocar, como ahora, con una impúdica cortesana á la condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros á la cara por el baldón que acabáis de hacerla.

EL VIRREY

Vos condesa de Monforte!

ANGELINA

Sí, señor Virrey; esposa de don Rodrigo.

EL VIRREY

Su esposa! Oh! Circunstancia es ésta que no le librará del cadalso.

ANGELINA

Perdón, perdón! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os protesto que Rodrigo es inocente; que no ha urdido jamás conspiración alguna. Qué tiene de común un noble como él con esa turba de miserables pescadores? Escuchadme, señor; quiero revelároslo todo, porque al fin es fuerza que lo sepáis para que nos hagáis justicia.—Hemos sido tan desdichados!

EL VIRREY

Vas á darme algunas noticias de los demás jefes de esa conspiración?

ANGELINA

Ah! Nada sé de eso, señor.—No os he dicho ya que somos inocentes! Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su país. Oh! Es una historia completa. Si os dignáis oirme un momento, os convenceréis de nuestra inocencia. Yo perdí á mi madre cuando salí á la luz del mundo, y soy española como vos.

EL VIRREY

Española!

ANGELINA

Sí; recibía mi educación lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, á través de las celosías y de las rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo mancebo que venía todos los días á nuestros oficios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se dirigían á suplicar al cielo que le permitiese volver á su patria, y abrazar á su pobre madre que le lloraba... y la compasión hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé á Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver á su país, no tuve valor para renunciar á su cariño, y huí con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afán, los medios que tuvimos que adoptar... Perdonadme, Dios mío, tan vergonzosa confesión!

EL VIRREY

Continuad, continuad.

ANGELINA

Anduvimos errantes noche y día como delincuentes perseguidos por la maldición divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me ví á las puertas de la muerte. Conmovido de mi deplorable estado, nos reco-

gió en su casa, con evangélica piedad, un sacerdote de una escondida aldea; y advertida de que llegaba el término de mis días, escribí á mi padre una carta rogándole que me perdonase; encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, á fin de que nunca supiese mi padre la espantosa miseria en que moría, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hízolo así el buen eclesiástico; mas el cielo dispuso que yo recobrara mi salud, y antes de volver á emprender nuestro viaje, escuchó nuestra confesión y bendijo nuestro himeneo. Seguí á mi esposo, y no he querido desengañar á mi padre, que me cree muerta, porque juró vengarse cruelmente de mi pobre Rodrigo. Esta es mi historia, señor, y hé aquí por qué nos ocultábamos en las sombras del misterio... Y, sin embargo, yo adoro á mi padre, y me atrevo, por fin, á haceros una súplica postrera.

EL VIRREY

Cuál es?

ANGELINA

Que me devuelvan su retrato, que me fué arrancado del cuello esta mañana por uno de vuestros agentes, cuando sorprendieron nuestra casa. Si así lo hacéis, rogaré por vos como lo hago por él todas las tardes en el templo de la *Incoronata*, donde me vísteis por primera vez.—Ya sabéis, pues, quién somos; ya véis que ninguna parte tenemos en las revueltas de este país; que somos inocentes; servíos, pues, mandar dar libertad á Rodrigo; que por este servicio, si necesario fuese, morirá lidiando por vos, aunque sea contra sus mismos conciudadanos de Nápoles.

EL VIRREY

Pues bien, ya que eres la esposa de Monforte, yo te perdono...

ANGELINA

Oh Cómo pagaros, señor, vuestra generosidad!

EL VIRREY

Poniéndote bajo mi protección.

ANGELINA

No, jamás.

EL VIRREY

Con esa condición podrá disponer de un barco que le conducirá esta noche muy lejos de aquí; de otro modo mandaré al punto reunir el tribunal secreto, y falsas ó verdaderas las cartas del duque de Guisa, le llevarán á morir en el cadalso.

ANGELINA

Hombre vil! Para eso me escuchaste con sangre fría la historia de nuestras desventuras?

EL VIRREY

Elige, pues.

ANGELINA

No, no, mil veces no; primero consentiré en que rueden nuestras cabezas escarnecidas por la hez del populacho.

EL VIRREY

Sea.—Diego.

ESCENA XII

ANGELINA, EL VIRREY *y* DIEGO

EL VIRREY

Conduce á esta mujer á uno de los calabozos interiores de este palacio, y guárdame en otro distinto á ese mancebo.

ANGELINA

Monstruo! Caiga sobre tí la ira del cielo!

EL VIRREY

Basta.—Diego, haz que dentro de una hora se reúna el consejo secreto en este mismo salón. Esta hora os doy de término; pensadlo bien, condesa de Monforte. *(Váse.)*

ESCENA XIII

ANGELINA, DIEGO *y* GUARDIAS

(Los guardias la conducen en medio de ellos hacia la puerta secreta de la izquierda: al salir, la voz de Diego les detiene, y la escuchan.)

DIEGO

Conducidla con todo el miramiento de que seáis capaces á la prisión más cómoda del palacio. Y cuenta con que os atreváis ni á dirigirla la palabra, porque os haré clavar la lengua en la puerta de su calabozo. Id.

ESCENA XIV

DIEGO *y* DON RODRIGO, *que se presenta á una señal de Diego*

DIEGO

Venid, joven.

DON RODRIGO

Adónde vamos?

DIEGO

Á los calabozos de palacio. Pero desarrugad el ceño que entolda vuestras miradas, y escuchadme antes un breve instante.

DON RODRIGO

Qué quieres de mí, miserable!

DIEGO

Quiero sacaros de un error, para consuelo de vuestra alma; quiero daros una pauta segura para que conozcáis á vuestros amigos y los distingáis de los que no lo son.

DON RODRIGO

Yo desprecio la amistad de gentes tan infames como los esbirros del Virrey de Nápoles.

DIEGO

Poco á poco, caballerito; poco á poco. Es verdad que yo soy quien os ha arrestado; pero olvidáis que no os he faltado á la consideración que merecéis, y que he permitido que me llenéis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habéis fulminado á mis gentes. Además, he escoltado hasta palacio á esa joven á quien amáis, más bien como á una imagen que se lleva en procesión, que como una acusada que se conduce á un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor, cuanto que conozco al individuo que introdujo, al despertaros, bajo vuestra almohada unas cartas del duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jubón el individuo de quien os hablo.

DON RODRIGO

Y quién es, vive Dios! el villano que imaginó tan ruin calumnia?

DIEGO

Yo, señor mancebo; yo mismo.

DON RODRIGO

Tú!

DIEGO

Escuchadme, señor Monforte, y después seréis dueño de estrechar ó de no admitir la mano amiga que vengo á tenderos. El Virrey ha encontrado á vuestra esposa dos veces en el templo de la *Incoronata*. Á beneficio de su disfraz, la habló él mismo estas dos veces. La primera fué despedido con severidad; la segunda, viendo á aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supiéseis vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedía escuchar la voz de los hombres. Todo lo demás que el Virrey os haya querido hacer creer con respecto á sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

DON RODRIGO

Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven á mi corazón.

DIEGO

Oid. El Virrey creía ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponía á salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas excursiones, y las músicas que pagaba como un vulgar galanteador; pero se ongañaba. Yo le he seguido como una sombra; me he arrastrado como una culebra por las calles más solitarias; he trepado como una astuta zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado como un hurón entre los confesonarios de la *Incoronata*, y todo lo he visto, todo lo he oído... y le he probado, bien á su costa, que ha tenido mucha razón en elegirme para su espía favorito.

DON RODRIGO

Concluid, que me tenéis impaciente y no comprendo...

DIEGO

Ahora bien; respondedme francamente á la pregunta que voy á haceros. Cuando hace dos años el Virrey insultó á las mujeres del pueblo, el pueblo pegó fuego á su palacio y degolló la mitad de su guardia; ahora que el Virrey ha insultado á las mujeres de los nobles, qué harán los nobles á su vez?

DON RODRIGO

Adónde váis á parar?

DIEGO

Yo detesto al Virrey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: «Conde de Monforte, el Virrey trata de robaros vuestra esposa», me hubiérais contestado que mentía como un bellaco. Si os hubiera dicho: «Conspirad con nosotros para derrocar al Virrey», me hubiérais denunciado antes que uniros á la plebe. He adoptado, pues, otro medio más seguro; el de denunciaros yo mismo á vos. El tribunal se reune aquí mismo dentro de una hora, y el Virrey obtendrá sin duda vuestra condena, porque está ciego por vuestra mujer. Ahora, conde de Monforte, queréis uniros á la plebe para derrocar al Virrey?

DON RODRIGO

Y quién me responde de tí?

DIEGO

Os daré la libertad.

DON RODRIGO

Y á Angelina?

DIEGO

Oh! Esa me quedará en rehenes, para responderme á su vez de vos.

DON RODRIGO

No quiero: ó los dos, ó nadie.

DIEGO

Pues bien; escribid una carta á vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el Virrey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar á sus manos, y á las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se alarmarán, y la conjuración, mal ahogada por mí en la noche anterior, fermentará sordamente, robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del Virrey en venganza de la vuestra. Dudáis? Veo que no tenéis fe en mi resolución, porque ignoráis las razones que tengo para odiar al Virrey. Pues bien; yo soy español como él, y tenía una mujer como vos la tenéis ahora; él la vió como ha visto á la vuestra...

DON RODRIGO

Basta; cuándo he de escribir esa carta?

DIEGO

Ahora mismo, en vuestro calabozo.

DON RODRIGO

Cuándo estará en poder de mi madre?

DIEGO

Dentro de diez minutos.

DON RODRIGO

Vamos; pero si me vendes, Dios será mi vengador.

DIEGO

Os daré todavía otra seguridad.

DON RODRIGO

Cuál?

DIEGO

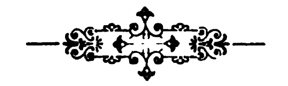
Pondré á vuestra mujer en vuestro mismo calabozo, hasta que traigan la respuesta del cardenal.

DON RODRIGO

Acepto, y toma. *(Le tiende la mano.)*

DIEGO

Apretad, y vamos. (Y mañana, señor Virrey, amanecerá Dios y medraremos.) *(Diego conduce á don Rodrigo por la misma puerta por donde llevaron á Angelina.)*





ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

EL VIRREY; *los cinco* JUECES *del Consejo secreto sentados alrededor de la mesa;* ANGELINA *sentada en un taburete sin respaldo.*

JUEZ

En fin, señora; si os obstináis en no contestar á las preguntas del tribunal, se verá precisado á usar con vos medios más severos, ó creerá, por vuestro silencio, que, conociéndoos culpable, no tenéis razones con que defenderos.

ANGELINA

El tribunal de los hombres juzgará como quiera; Dios, que en el suyo ve mi corazón, no me abandonará á su injusticia.

JUEZ

Dios no favorece nunca á los culpables, y los Jueces de la tierra tomarán en cuenta, á imitación suya, la sinceridad del reo en la solemnidad del juicio. Servíos, pues, contestar ingenuamente.

ANGELINA

Servíos, señores, de no molestaros en preguntar más á quien está resuelta á morir primero que contribuir con una respuesta ambigua á la perdición de una persona á quien está ligada con los vínculos más sagrados. Sí, señores; repito por última vez que no contestaré á vuestras capciosas preguntas, porque conozco bien la sutileza con que enredaríais mi sencillez en el laberinto de ellas, y me haríais concluir por afirmar mil falsedades, sin que mi corazón tuviera parte en mis palabras. Esta es vuestra táctica, señores; lo sé muy bien, y sé que delante de vosotros se afirman cosas que jamás nos han pasado por la imaginación.

EL VIRREY

Es inútil, señores, insistir en ello. Esa pobre muchacha está trastornada, y sería imposible hallar coherencia en sus pensamientos. Sus declaraciones, además, servirían de poco, siendo, como su esposo, acusada de una traición cuyos datos posteriores están igualmente patentes en contra de ambos.

JUEZ

Os concedemos, pues, una hora más para que meditéis las cuestiones sobre que habéis sido interrogada, y si en ella no las satisfacéis en vuestro favor, el tribunal os aplicará la pena que las leyes señalan á los traidores.

ANGELINA

Mi fe me promete que llegará un día en que los acusados podrán pedir á sus jueces cuenta de sus juicios ante un tribunal que no estará sujeto á error, y os protesto, señores, que en ese día infalible mi voz y mi inocencia se levantarán contra vosotros.

JUEZ

Llevadla. *(Toca la campanilla.)*

ANGELINA

Vamos.

ESCENA II

EL VIRREY *y* LOS JUECES

EL VIRREY

Esa joven, señores, es española. Conozco la firmeza de carácter que aquel país inspira á sus hijos, y creo que los medios rigorosos no harán más que acrisolar el fiero valor de esa mujer. Me atrevo á proponeros, pues, que mandéis á su calabozo un confesor que merezca vuestra confianza, cuyas suaves y cristianas amonestaciones lo conseguirán todo de su fe sencilla. Los españoles no reniegan nunca de la religión que profesan.

EL JUEZ

Así se hará. Pasemos, si gustáis, señor Virrey, al juicio del otro acusado.
(Con una señal afirmativa del Virrey, toca la campanilla y se presenta Diego.)
Introducid al conde de Monforte.
(Váse Diego y vuelve con don Rodrigo.)

ESCENA III

EL VIRREY, DON RODRIGO *y* LOS JUECES

EL JUEZ

Sois Rodrigo de Luz, conde de Monforte?

DON RODRIGO

Jamás he negado el nombre que llevo, y ahora lo intentaría menos que nunca. Creo que mi nombre no tiene muy gratos recuerdos para vosotros, y me complazco en repetíroslo para sonrojaros.

EL JUEZ

Acercáos á jurar sobre estos Evangelios que váis á decir la verdad en cuanto el tribunal tenga á bien de demandaros.

DON RODRIGO

El conde de Monforte no ha manchado jamás su lengua con un perjurio, y su palabra vale tanto como el más solemne juramento.

EL JUEZ

Mirad, joven, que el tribunal tomará en cuenta la arrogancia de vuestras palabras.

DON RODRIGO

Está dicho, señores.

EL JUEZ

Mirad que se os acusa de rebelión, y que todos sabemos que, á pesar de vuestra corta edad, habéis sido proscripto con vuestro difunto padre por haber, hace pocos años, coadyuvado á la sublevación del pueblo con el infame pescador Tomás Anniello. Mirad que no hemos olvidado que hasta la caída del duque de Arcos no habéis podido volver á vuestro país, y que vuestra madre lo ha conseguido ahora á fuerza de intrigas. Mirad que el rebelde duque de Guisa os da en estas cartas poderes amplios hasta para suministrar al populacho dinero y armas contra su legítimo gobierno. Mirad...

DON RODRIGO

Basta, señor juez, basta. Todo el mundo sabe que mi familia ha sido siempre amiga del pueblo, y que por más que sus individuos desciendan de sangre de príncipes, no han olvidado nunca que Nápoles es su patria. Yo tampoco lo olvidaré, y os aseguro que, aunque mi espada esté guarnecida de oro y mi armadura sea la más rica que ha-

ya salido de las armerías de Milán, no me avergonzaré de esgrimir la una y ostentar la otra al lado de los arpones y los desnudos pechos de los tostados pescadores de Nápoles.

EL JUEZ

Reparad que estáis corroborando las acusaciones que pesan sobre vos, y que esto sólo bastará para probar al tribunal...

DON RODRIGO

Ira de Dios! Protesto solemnemente contra la competencia de este tribunal, en donde queréis juzgarme como un rebelde para que no asistan á él los próceres que sólo pueden juzgar á los individuos de la clase á que pertenezco. Sí, señores; protesto contra un tribunal donde no veo más que á enemigos personales míos, que harto cobardes para atacarme de frente, se cobijan bajo las leyes para saciar su venganza. Y por qué no se halla entre vosotros Ludovico Pignatelli? Dónde están los dos Carafas? Dónde Ferrante San Severino? Cuando estos miembros se reúnan, os tendré por tribunal competente. No á vosotros solos, que todos habéis recibido beneficios de mi familia, que no querréis confesar, porque se los habéis pagado indignamente. Vive Dios! Á quién de vosotros demandaré justicia? Será á tí, viejo príncipe de Celamaro, que debes la vida á mi padre? Á vosotros, Carlos Caracciolo y Héctor Calpecelatro, cuyas deudas ha satisfecho mi madre? Á tí, duque de Maddaloni, á quien yo escondí bajo mi lecho cuando el pueblo napolitano ofrecía cien ducados de oro al que presentase tu cabeza? Ya véis que os conozco bien, para fiar de vosotros. Pero existe una inocente en quien queréis hacer caer el fallo de vuestra injusta sentencia, y aun ignoráis el motivo que la ha conducido á vuestros pies, y voy á decíroslo, para que no incurráis en un error. Porque tuvo la osadía de resistirse á quedar infestada por el impuro aliento de ese libertino hipócrita que os ha reunido aquí.

EL JUEZ

Joven, moderad vuestra lengua, ó nos pondréis en la precisión de sujetárosla con una mordaza.

EL VIRREY

Dejadle decir, señores; su misma cólera atestigua la imposibilidad en que se halla de negar su crimen. Dejadle.

DON RODRIGO

Señor conde de Vergara, una cosa me resta que deciros, y es, que sois un cobarde, y que si algún día, despojado de vuestras insignias de Virrey, os encontráis cara á cara conmigo, os lo repetiré en alta voz en cualquier lugar en que nos hallemos.

EL VIRREY

Y yo os despreciaré como ahora, mancebo.

DON RODRIGO

Pues bien; si entonces, como ahora, no me contestáis, porque entonces, como ahora, me teméis, yo os obligaré á desnudar vuestra espada, haciéndoos una injuria que no podáis lavar sino matando ó muriendo.

EL JUEZ

Hola! *(Toca la campanilla y aparece Diego.)* Volvedle á su calabozo.

DON RODRIGO

Sí, sí, llevadme; pero no iré sin deciros que, sea cualquiera la suerte que me preparéis, la arrostraré con fiereza y os despreciaré como merecéis. Vamos.

DIEGO

Vamos.

ESCENA IV

EL VIRREY *y* LOS JUECES

EL JUEZ

Admirable ha sido, señor Virrey, vuestra paciencia con ese joven.

EL VIRREY

La ira, señor Juez, no debe tomar parte por la justicia, cuando la justicia es desapasionada y recta. Si el puñal de los conjurados no hubiera amenazado más que á mi pecho; si sólo se tratase de mí, nunca hubieran comparecido esos jóvenes ante vuestro respetable tribunal. Yo lo hubiera sacrificado todo á las consideraciones debidas á la nobleza napolitana, acreedora á mis respetos y simpatías; pero tratándose de súbditos rebeldes á S. M., tengo, á pesar mío, que llenar este sagrado deber, que Dios sabe hasta qué punto me es penoso y repugnante. Sólo os suplico, señores, que al fallar vuestra sentencia no os acordéis de las amenazas y dicterios que ese acalorado joven ha tenido la audacia de dirigirme. Cumplid, nobles señores, todos los deberes que la justicia y la seguridad de vuestro país exigen; pero sed más benignos que severos. En cuanto á mí, declaro solemnemente que, si como ejerzo ante vosotros el terrible ministerio de fiscal, tuviera voto decisivo en el Consejo, tendría presente al sentenciar, la juventud, la inexperiencia y la desgracia de los criminales. No lo olvidéis, pues, y pasad si os place á ese gabinete, porque yo no puedo asistir á vuestra secreta votación.

EL JUEZ

Esa clemencia y esa bondad os honran mucho, señor Virrey, y tendremos presente, al administrar la justicia, las virtudes de vuestra persona ultrajada.

EL VIRREY

Id, pues, nobles señores, pero que no sea esa la razón que más pese en vuestra balanza.

ESCENA V

EL VIRREY

Id, mentecatos, id; y no os olvidéis de dorar el temor que me tenéis con las virtudes que me encomiáis. Id á pensar una sentencia con la cual me queráis tener agradecido, cuando no sois más que las figuras que el jugador coloca y mueve sobre su tablero. Encareced como política y clemencia la fascinación que ejerzo sobre vosotros, porque con la misma política con que os obligo á servirme, obligaría á otros á hundiros en el polvo de que os he sacado.— Diego.

ESCENA VI

EL VIRREY *y* DIEGO

DIEGO

Señor.

EL VIRREY

Se ha buscado ese sacerdote que ha de recibir la confesión de esa joven?

DIEGO

Sí, señor excelentísimo; hemos dado la comisión á un reverendo monje, cuya inteligencia ha servido ya al tribunal en semejantes ocasiones.

EL VIRREY

Me has comprendido perfectamente.

DIEGO

Este monje tiene toda la confianza de los jueces, y su fama de santidad hará que su declaración pase por válida y verdadera, como si las palabras fuesen las de la misma acusada.

EL VIRREY

Es decir que en todo caso estará pronto á asegurar que niega ó confiesa en el momento que sea necesario?

DIEGO

Siempre que la caridad de los que le confían semejante comisión, se explique con él generosamente por su servicio.

EL VIRREY

Dále eso. *(Le da un bolsillo.)*

DIEGO

En nombre del Virrey de Nápoles?

EL VIRREY

No; en nombre de los jueces del Consejo secreto.

DIEGO

Está bien, fiad en mí.

EL VIRREY

Dentro de dos horas á lo más recibirá orden para salvarla ó para condenarla.

DIEGO

Es decir...

EL VIRREY

Que esa mujer ha de pertenecer dentro de dos horas al Virrey ó al verdugo.

DIEGO

Y en cuanto al joven?

EL VIRREY

En cuanto al joven, como Dios no lo disponga de otro modo, infaliblemente será del último.

DIEGO

Tenéis razón. Porque dice un refrán de nuestro país que el hombre propone y Dios dispone.

EL VIRREY

Es verdad. Pero los jueces salen; retírate.

ESCENA VII

EL VIRREY *y* LOS JUECES

EL VIRREY

Habéis concluído ya la votación?

EL JUEZ

Sí, señor Virrey. He aquí el fallo del tribunal, cuya ejecución os está encargada como suprema autoridad de Nápoles.

EL VIRREY

Y yo la cumpliré exactamente, sea cual quiera, aunque estoy seguro de que Dios habrá puesto en vuestros corazones la rectitud de su justicia.

EL JUEZ

Tomadla, y mirad si tenéis algo más que pedir al tribunal.

EL VIRREY

Quisiera, señores, que tuviérais presente que la joven condesa de Monforte nada ha declarado, y que el estado de su juicio, según los facultativos, exige más indulgencia...

EL JUEZ

Dentro de una hora un comisionado oirá su postrera declaración, y, sea la que quiera, vos, en nombre de Su Majestad Católica, podéis usar con los acusados la clemencia ó el rigor á que los juzguéis acreedores.

EL VIRREY

Está bien.

EL JUEZ

El cielo os guarde, señor Virrey.

EL VIRREY

Dios guíe vuestros pasos, nobles señores.

ESCENA VIII

EL VIRREY

Bien; ya están llenas todas las formalidades de la ley. Veamos la resolución. *(Lee en secreto.)* Á la última pena... quedando su ejecución al arbitrio del Virrey.—Oh! Esto es más de lo que yo esperaba! Esta sentencia puede ejecutarse en secreto ó en público, de noche ó de día; puede elegirse el género de muerte más conveniente. Diego!

ESCENA IX

EL VIRREY *y* DIEGO

EL VIRREY

Ya están en mis manos, gracias á tu celo, leal servidor.

DIEGO

El Tribunal...

EL VIRREY

Mira. *(Diego mira la sentencia.)*

DIEGO

En esa sentencia, señor Virrey, se trasluce claramente vuestra benignidad. Si yo hubiera sido juez, hubiera mandado clavar la cabeza de ese joven sedicioso en una pica, á las puertas de la ciudad, y su mano derecha en las de vuestro palacio. Y cuándo se ha de ejecutar?

EL VIRREY

Dentro de dos horas, fiel servidor. Pero escucha. Pon á Monforte en el calabozo del enverjado que da á la galería subterránea, y tráeme la llave del caracol que desde mi dormitorio conduce á ella; quiero decirle cuatro palabras antes de morir. En cuanto á su esposa, la harás llevar á la Sala del Norte de mi palacio, y la anunciarás mi visita; porque ya te he dicho que ha de pertenecer al Virrey ó al verdugo. Y á propósito, qué dicen esos villanos de mis justicias?

DIEGO

Todo Nápoles está tranquilo como un sepulcro, y se ha dispuesto que se ilumine esta noche la ciudad, y que se os manifieste la gratitud del Estado, á quien acabáis de salvar, dándoos una magnífica serenata.

EL VIRREY

Mi triunfo no puede ser más completo, Diego. Pero ahora recuerdo... tus esbirros duermen?

DIEGO

Os comprendo, señor, y os confieso que esa inculpación me avergüenza. Tenéis razón para extrañar que no haya caído en nuestras manos el desconocido á quien salvaron los pescadores de Puzzola. Todo lo hemos escudriñado con la más exquisita sagacidad, pero ha sido inútil.

EL VIRREY

No sé por qué, pero ese desconocido es una sombra que anubla mi esperanza, y no me acuerdo de él sin un aciago presentimiento.

DIEGO

No hay otro medio, señor; ó ese hombre se ha vuelto á la mar que le arrojó á nuestras playas, ó yace oculto en vuestro propio palacio. Os respondo con mi cabeza de que fuera de este recinto no se oculta dentro de los muros de Nápoles.

EL VIRREY

Pues bien, Diego, te autorizo para registrarlo todo. Abre mis habitaciones más retiradas; penetra en mis oficinas más escondidas; baja á mis calabozos más oscuros; pero si no me presentas á ese hombre muerto ó vivo, acepto tu cabeza, que acabas de ofrecerme por garantía.

DIEGO

Y qué término me señaláis para cumplir vuestra voluntad?

EL VIRREY

Acaba de anochecer: te doy dos horas.

DIEGO

Os prometo, señor Virrey, que antes que hayan espirado, tendréis en vuestra presencia, muerto ó vivo, á ese misterioso incógnito. *(Saluda y se va.)*

ESCENA X

EL VIRREY

Ahora, corazón, respira
el aura de la esperanza.
Ahora, ó amor ó venganza
cumplida has de conseguir.
Ya soberano absoluto
de este país de placeres,
sus hijos y sus mujeres
de hinojos me han de servir.
(Empieza á verse el resplandor de la ciudad, que se ilumina, y se oyen músicas, canciones y vivas á lo lejos.)
Así, servil muchedumbre;
así, festéjame, canta;
tu voz hasta mí levanta
con tus aplausos... así.
Arrástrate humildemente
á las plantas de tu dueño;
su orgullo arrulla, y su sueño
con dulces cánticos, sí.
Bien haces; gózate y canta,
que tan lejos de Castilla,
las nuevas de tu mancilla
á España no llegarán.
La fama de tu hermosura,
la riqueza de tus playas,
doquier que á quejarte vayas,
á desmentirte saldrán.
Nápoles, ciudad dichosa
de deleite y de pereza,
no hay corona en mi cabeza,
mas soy tu rey en verdad.
Ya no alzan tus pescadores
de Amalfi ni de Sorrento,
sobre tu golfo sangriento,
sus himnos de libertad.
Castilla ganó tus tierras;
y en nombre yo de Castilla
te tiranizo, y se humilla
ante mis plantas tu grey.
Tu golfo oprimen mis naves,
y en tus torres altanera
clavada está mi bandera
en el nombre de mi rey.
Pueblo insensato, á quien hizo
para servir el destino,
canta y ríe, ese es tu sino.
Tu fortuna es tu ilusión.
Canta, que á fe que me halagan,
al son de tus blandas olas,
las alegres barcarolas
con que cantas tu opresión.
(Cantan dentro.)
Era Nápoles un día
un inculto paraíso,
y venderle fué preciso
al cuidado de un señor.
Ora canta sin afanes,
de su golfo entre las olas,
sólo amantes barcarolas
su olvidado pescador.
Pero acaso
estudia y fragua
en el agua
otro cántico mejor.

EL VIRREY

Qué alegres son esas danzas!
Qué dulces esos cantares!
Los aplausos populares
cuánto agradan al señor!
Cuánto exalta mis antojos
y mis ansias enardece,
y mi ser enorgullece
el cantar del pescador! *(Cantan dentro.)*
Está Nápoles dormida,
por las ondas arrullada,
pero Nápoles no olvida

lo que debe á su señor.
Y del chuzo con que rompe
las escamas á los peces,
puede hacer, como otras veces,
una lanza el pescador.
Porque acaso
estudia y fragua
en el agua
de vivir modo mejor.

EL VIRREY

Vive el cielo! De esa estrofa,
con el doblado sentido,
ese imbécil ha querido
insultar á su señor.
Hola! *(Aparece un esbirro.)*
Al punto que me saquen,
de esa torpe concurrencia,
y que venga á mi presencia,
ese infame pescador. *(Váse el esbirro.)*
Con un cordel á la gola
y un crucifijo en la mano,
cantar haré á ese villano
su postrera barcarola.
Si él puede, como otras veces,
hacer del chuzo una lanza,
yo haré que tomen venganza
de sus lanzadas los peces.
(El Virrey se asoma al balcón, y mientras vuelve la espalda, aparece por una puerta secreta y embozado don García, que le escucha.)
Mas á su barca se acoge,
(Mirando por el balcón.)
vive Dios, y el remo abarca
y huye! Yo haré que otra barca
á darle caza se arroje.
Y aunque el mismo Belcebú
se la ayude á remolcar,
por Dios que le he de atrapar.
(Al volverse ve á don García, y dice espantado:)
Mas... Cristo! Quién eres tú?

ESCENA XI

EL VIRREY *y* DON GARCÍA

DON GARCÍA

Callad.

EL VIRREY

Socorro!
(Va á tocar la campanilla, y don García le sujeta la mano.)

DON GARCÍA

Es en vano,
señor conde de Vergara;
escuchadme cara á cara,
ú os hago polvo la mano.

EL VIRREY

Soltad!

DON GARCÍA

Escuchadme, pues,
que en secreto hemos de hablar,
y lo que oigáis, enterrar
en el alma fuerza es.
Virrey habéis sido vos
de Nápoles por seis años,
y horror son ya vuestros daños
de los hombres y de Dios.
Por saciar vuestros placeres
jueces habéis corrompido,
empleos habéis vendido
y deshonrado mujeres.
Con rastrera hipocresía,
abusando del poder,
os dispensáis de tener
religión, fe, ni hidalguía.
Tras el denso cortinaje
de una justicia severa,
escondéis de un alma fiera
el hondo libertinaje.
Y así á vuestra excelsitud
creísteis que no llegaban
más que ojos que se cegaban
con vuestra falsa virtud.
Pero un perpetuo testigo

que por doquier os seguía,
y que sumiso os servía
de la sospecha al abrigo,
avariento os espiaba,
vuestra eterna sombra hecho,
y á los pies de vuestro lecho
por la noche se sentaba.
Él, con vengativo empeño,
con incansable tesón,
ganó vuestro corazón,
de todo vos se hizo dueño.
Y no hay escondida idea,
no hay intención solapada
que, por él comunicada,
sabida del rey no sea.
Tu nombre, pues, se ha borrado,
Vergara, del libro de oro;
tus haciendas, tu tesoro,
todo está ya confiscado.
Y encontrándote tu rey
á sus favores ingrato,
te aparta del virreinato
y te acusa ante la ley.

EL VIRREY

Espectro amedrentador,
mensajero funeral
de esa nueva tan fatal,
aparición de pavor,
delante de quien estoy,
quién eres, visión tirana?

DON GARCÍA

Don García de Orellana,
Virrey de Nápoles, soy.

(Don García se desemboza y queda en traje negro, con el toisón al cuello. El Virrey cae á sus pies de rodillas. Al inclinarse, cae de su pecho el retrato cogido á Angelina, y que él guardó en el primer acto. Lo recoge, lo mira un momento, comparándolo con don García, y después que éste le dice con desprecio los cuatro primeros versos, se levanta el conde con aire de triunfo, tomando con don García un tono irónico.)

DON GARCÍA

No os humilléis ante mí,
y hablemos, Vergara, claros.
Yo no he venido á ultrajaros,
y me avergonzáis así.

EL VIRREY

(Mas... qué veo! Dios me apresta
represalia bien segura.)
Estímoos tanta mesura
en ocasión tan funesta;
obedecer sé que debo
las órdenes de mi rey,
y acato su augusta ley,
y á murmurar no me atrevo.
Mas veo que generoso
ser conmigo pretendéis.

DON GARCÍA

Ruégoos que me perdonéis
si, al veros tan orgulloso,
en palabras propaséme.

EL VIRREY

Perdonado estáis, señor.
Yo encendí vuestro furor,
pues al veros exaltéme.

DON GARCÍA

Apenas pisé la tierra
que teníais en gobierno,
creí que todo el infierno
se hacía en ella la guerra.
Corría la sangre á arroyos,
y al resplandor del incendio,
ví quedar, con vilipendio,
los cadáveres sin hoyos.
Y ví lágrimas correr,
y oí imprecaciones tales,
que mis sentidos cabales
llegué á dudar de tener.
Por todas partes oí
maldeciros y acusaros.
Entonces, á qué engañaros?
Vergara, os aborrecí.
Por quedar más convencido,
yo mismo veros ansié,
y con ira os escuché,
cerca de vos escondido.
Señor conde, perdonad;

os juro de buena fe
que al oir me horroricé
por vos mismo la verdad.
(El Virrey se sonríe y oye sereno.)
Ahora, pues, órdenes reales
sujeto á cumplir estoy;
á dar al Consejo voy
mi fe con mis credenciales.
Vos á partir disponeros
para Castilla podéis.

EL VIRREY

Un momento.

DON GARCÍA

Qué queréis?

EL VIRREY

Quiero un pacto proponeros.
No os sorprendáis. Á pesar
de hallarnos á tal distancia,
áun puedo con arrogancia
con mi sucesor pactar.

DON GARCÍA

Decid.

EL VIRREY

Yo he mandado aquí
seis años, y bien quizás;
dejadme dos horas más
el gobierno que perdí.

DON GARCÍA

Sabéis cuando el mar bravío
mi barco anoche sorbió
con qué fuerzas nadé yo?
Sabéis qué afán era el mío?
No era la sed de mandar;
no era, conde, la ambición,
que está ya mi corazón
harto de humo popular.
Mi fuerza fué la esperanza
de alzar el yugo execrable
que á este pueblo miserable
habéis puesto; y la tardanza
de cada breve momento
que pasaba bajo de él,
era un manantial de hiel
abierto en mi pensamiento.
Juzgad si iré á conceder
las dos horas que pedís.

EL VIRREY

Es decir que no admitís?

DON GARCÍA

Vergara, no puede ser.

EL VIRREY

Por última vez, señor,
dos horas, y nada más.

DON GARCÍA

Vergara, hacéos atrás;
la bajeza me da horror.

EL VIRREY

Dos horas.

DON GARCÍA

Ni dos instantes.
Juré ante el rey y el altar
á Nápoles libertar
de vos, y será cuanto antes.

EL VIRREY

Lo jurásteis... vive Dios!
Qué os importa haber jurado,
á olvidar acostumbrado
vuestros juramentos vos?

DON GARCÍA

Infame!

EL VIRREY

Calma, señor,
que habéis llegado á jurar
á vuestra hija vengar,
y aun vive su seductor.

DON GARCÍA

Vive! Oh! Adónde está, adónde?

EL VIRREY

Dadme el tiempo que os propongo,
y en vuestras manos lo pongo.

DON GARCÍA

Sois un miserable, conde.
Mas os váis al precipicio;
porque, ó habláis al momento,
ú os mando atar al tormento.

EL VIRREY

Don García, estáis sin juicio.
En olvido habéis echado
que aquí mi juez os han hecho,
y el juez no tiene derecho
para osar al acusado?

DON GARCÍA

Desventurado de mí!
No hay, pues, medio de que habléis?

EL VIRREY

Las dos horas que calléis,
y siga el gobierno en mí;
no hay más medio.

DON GARCÍA

Voto al sol!
Quien da en tan infame traza,
cómo dirá que su raza
es de solar español?
Mentira...! Lo dice á voces
el pueblo... Sois un bandido;
las hienas os han tenido
en sus entrañas feroces.

EL VIRREY

Seguid; me tenéis sujeto
bajo el yugo de la ley;
mas... pensadlo bien, Virrey;
dos horas vale el secreto.

DON GARCÍA

Pues bien; ya que tanto os cuesta
de Nápoles el gobierno,
llévese el mando el infierno
y escuchadme otra propuesta.
Yo con ciega idolatría
amé á la hija de mi amor;
ella era el bien mayor,
único que tenía.
Por ir al campo á lidiar
por mi rey y por mi España,
el tiempo de la campaña
la hice en un cláustro guardar.
Robómela un seductor,
y fué mi única esperanza
vivir para la venganza
de aquel engaño traidor.
Mirad su carta postrera:
siempre la llevo conmigo,
de mi llanto por testigo
y para atizar la hoguera
de mi cólera; pues bien,
á España, conde, partid,
sinceráos en Madrid,
y haced con oro que os den
el virreinato; interino
quedaré yo, y aunque enormes
vuestras culpas, daré informes
que salven vuestro destino.

EL VIRREY

No, que habrá en mi contra allí
(Óyese á lo lejos la serenata.)
acusaciones tamañas,
que las mayores hazañas
se volverán contra mí.
No; ya que habéis dado un paso
á la reconciliación,
aceptad en conclusión
y no andéis en gracia escaso.

DON GARCÍA

No, Vergara; tanto empeño
el gobierno en conservar,
me hace de vos sospechar
mal designio, y no pequeño.
Oid: no hay más que un solo hombre
que ahora en esa serenata
pueda á esta turba insensata
dar ó descubrir mi nombre.
Concibo todo el pesar
que debe ser para vos
saber á cuál de los dos
vienen ahí á festejar.
Conozco que os es gran pena
ver que esos himnos comprados,
para vos aparejados,

celebran la dicha ajena.
Conozco que la esperanza
de vengar mi propia afrenta
es cebo que mi fe tienta
á otorgaros la tardanza
de dos horas que pedís;
pero no puede mi honor
ser ni dos horas traidor
á mi rey y á mi país.

EL VIRREY

Pues bien; si estáis decidido
á que con vos no transija,
ahí tenéis de vuestra hija
ese recuerdo perdido. *(Le da el retrato.)*

DON GARCÍA

Y quién esta prenda os dió?

EL VIRREY

El sacerdote que oyera
su confesión postrimera,
y enviárosle me encargó.
Dijo que enviarlo era ley
á don García derecho,
y esta ocasión aprovecho
para dárselo al Virrey.

DON GARCÍA

Sin duda el cielo maldijo
hasta su último recuerdo!

EL VIRREY

La pobre murió en su acuerdo,
(Con malignidad.)
y con afán muy prolijo
os encargó la venganza
de aquel que os la arrebató,
y que al fin la abandonó
sin consuelo ni esperanza.
Dijo que murió en sus brazos,
maldiciendo al seductor
que la abandonó traidor.

DON GARCÍA

Basta; quiero en mil pedazos
su corazón dividido;
necesito su existencia.

EL VIRREY

Luego acepta su excelencia?

DON GARCÍA

Sí; acepto vuestro partido.
Ese hombre...

EL VIRREY

Á mí está sujeto;
yo sé quién es solamente,
y á ese precio únicamente
os vendo vuestro secreto.

DON GARCÍA

Sea. Dios lo quiere así!
No puede mi corazón
con tan grave tentación;
sucumba mi honor aquí.
Escribid, que os dejo dueño
(El Virrey escribe.)
del mando dos horas más,
y de no volverme atrás
palabra y firma os empeño.

EL VIRREY

Firmad, pues.

DON GARCÍA

Tomad.

EL VIRREY

(Con ironía.) Señor,
hoy me habéis hecho feliz.

DON GARCÍA

Y á mí vos, con vuestro ardid,
me habéis hecho ser traidor.

EL VIRREY

Pasemos á ese aposento,
pues primero de entregárosle
necesito asegurárosle.

DON GARCÍA

Pero sed breve.

EL VIRREY

Un momento.

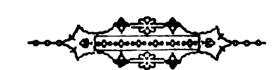
(Entran por la puerta que da á la cámara del Virrey, y en este momento se oye la serenata al pie del balcón, y suenan voces de «¡Viva el conde de Vergara, viva el libertador de Nápoles!»)

ESCENA XII

DIEGO, *con linterna y llaves*

DIEGO

Ya se fueron; bien me lo imaginé cuando dejé de oirlos á través de la cerradura. Y á fe que hubiera dado cualquier prenda buena por oir su conversación. Sin embargo, de nada me han servido mis sentidos de espía. Este aposento se come las palabras que se pronuncian dentro de él, y no he alcanzado más que murmullo.—Cómo ha de ser. Vamos á separar al conde de Monforte de su hermosa mitad, antes que su excelencia me los coja en el garlito. *(Vivas fuera, y se asoma Diego al balcón.)* Sí, sí, tocad. Así como así mañana puede ser que os den doble cantidad de la que yo os he dado hoy, para tocar en nuestro entierro. Pero como así no sea, vive Dios que he de volver á buscaros para tocar en los funerales del Virrey á quien celebráis.—Mas no perdamos tiempo, que da dos veces quien da primero, y hombre prevenido vale dos, como dice el refrán de nuestra tierra. *(Entra por la puerta secreta de la izquierda que conduce á las prisiones.)*





ACTO TERCERO

Prisión en el interior del palacio del Virrey. Puerta en el fondo con una rejilla en medio, á través de la cual se alcanza una larga y oscura galería, guardada por centinelas. En la prisión, y á la izquierda, una puerta secreta, y un balconcillo á la derecha.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO *y* ANGELINA

ANGELINA

Si es cierto, Rodrigo, inclina
la frente; que yo te vea:
el placer completo sea
de tu adorada Angelina,
y en dicha tamaña crea.
No hay más que tú para mí;
escuche yo de tu acento
palabras de amor aquí,
y es tuyo mi pensamiento,
mi existencia es para tí.
Suspiras!

DON RODRIGO

Miro en tu frente
tan galano resplandor,
aureola tan refulgente,
que suspira tristemente
el pecho ansioso de amor.
Por Dios! En donaire sola,
en gala y cortesanía,
bien puede á la luz del día
mi enamorada española
disputar la primacía.
Es tanto el placer que siento
viéndote, hermosa, á mi lado,
y es tal mi enajenamiento,
que olvida mi pensamiento
nuestro destino menguado.

ANGELINA

Mayor, Rodrigo, es el gozo
que mi alma siente, mayor;
y á merced de este alborozo,
es para mí el calabozo
santuario de nuestro amor.

DON RODRIGO

Ilusoria es por demás
esa amorosa quimera;
soñando, Angelina, estás;
que aquí la muerte me espera,
y acaso tú...

ANGELINA

No, jamás;
vivir sin tí, qué me vale?

DON RODRIGO

Sí, es cierto, Angelina hermosa...

ANGELINA

Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa
entre los hombres que iguale
la dicha de ser tu esposa.
Loca de amores dejé

por tí mi patria y mi hogar,
y embelesada, la fe
del alma te consagré
de hinojos ante el altar.
Por tí crucé de los mares
las alborotadas olas,
y hoy, en tus nativos lares,
olvido por tus cantares
mis canciones españolas.
No hay más deidad para mí
que la imagen que retrata
el cristal en que te ví;
jamás mi oración sin tí
se elevó en la *Incoronata.*

DON RODRIGO

Angelina, quién tuviera
tu amante incredulidad!

ANGELINA

Sólo en el mundo me espera
amor y felicidad
á tu lado; viva ó muera.

DON RODRIGO

Mas no hallo fe en el espía.

ANGELINA

Libertarnos me juró.

DON RODRIGO

Sin duda que juraría
por ver si revelaría
secreto importante yo.
Porque, Angelina, á juzgar
por su faz torva y sañuda,
por su siniestro mirar,
mi fe en sus promesas duda;
nada me atrevo á esperar.

ANGELINA

Rodrigo, no sé por qué,
mas tengo en ese hombre fe,
y no me inspira recelo
quien la cárcel hizo un cielo
uniéndonos.

DON RODRIGO

Dicha fué,
y un cielo es para los dos
mientras juntos nos hallamos,
mientras nos vemos y hablamos;
y es del cielo, sí, por Dios!
el aire que respiramos.
Mas... ay de mí! qué dolor
será y qué amarga la suerte
si nos conduce, traidor,
de los brazos del amor
á los brazos de la muerte!

ANGELINA

Y á un tiempo nos matarán,
porque á tu cuello mis brazos,
Rodrigo, se anudarán,
y á no hacérmelos pedazos,
de tí no me apartarán.

DON RODRIGO

Mas no viene... Oh, tarda mucho!

ANGELINA

Vendrá para nuestro bien.

DON RODRIGO

Á cada ruido que escucho
con dudas horribles lucho.
(Ruido de pasos.)

ANGELINA

Rodrigo!

DON RODRIGO

Angelina, quién...

ANGELINA

Me ha parecido escuchar
pisadas.

DON RODRIGO

Sí; oigo, á fe mía,
por el caracol bajar.

ANGELINA

Cielos! Tiemblo á mi pesar. *(Abren.)*

DON RODRIGO

Él es!

ANGELINA

Diego!

DIEGO

Ave María!

ESCENA II

DON RODRIGO, ANGELINA *y* DIEGO

DIEGO

Bendito sea Dios, amables jóvenes; no me ha costado poco trabajo llegar hasta aquí! Gracias á que yo estoy acostumbrado á vivir á salto de mata, y me escurro como una anguila entre las espadañas, y paso sin ser visto por los ojos de las cerraduras y por los resquicios de las puertas como un espíritu.

DON RODRIGO

Acabad, por compasión, buen hombre. Habéis entregado mi carta?

DIEGO

En la propia mano de vuestra madre, la condesa viuda de Monforte.

ANGELINA *y* RODRIGO

Y qué?

DIEGO

La pobre señora exhaló su dolor en lamentos; me preguntó cien veces las circunstancias de vuestra prisión; maldijo otras tantas la perfidia del Virrey; porque lo que es yo no me anduve en chiquitas, sino que la espeté la historia de las músicas que daba á ta señora á la puerta de vuestra casa de la lle Catalina; los disfraces que usaba para guirla á Nuestra Señora la *Incoronata*...

DON RODRIGO

elante, adelante; vamos á los efectos de stra relación.

DIEGO

Los efectos, señor conde, son los siguientes: vuestra madre, convencida del riesgo inminente que os amenaza, se ha vestido de luto, se ha lanzado á los pies de los nobles de la Sede Capuana, donde está inscrita vuestra familia, y les ha repetido, palabra por palabra, cuanto yo la he dicho de vos, de esta señora y del Virrey. Podéis suponeros que no me habré quedado corto con respecto al último. Sus lágrimas han enternecido á la aristocracia napolitana, que aborrece de muerte tanto al pueblo como al Virrey; se ha aprontado dinero; se han desenterrado hachas, lanzas, estoques, arcabuces y, en una palabra, la conspiración que yo sofoqué malamente ayer, cercenando cabezas de cuatro tontos, que acaso nada tenían en ella, cunde sordamente por los barrios más pacíficos de la ciudad, y el estallido será espantoso. Mi gente lo revuelve todo, y los agentes de la nobleza no se descuidan. Pero aunque este negocio es de éxito infalible, todavía fío yo más en un personaje misterioso que está en este momento con el Virrey, y á quien ha hecho cejar hasta sus últimos atrincheramientos.

DON RODRIGO

Ah! Qué puede hacer ese hombre solo contra todo el poder del Virrey de Nápoles?

DIEGO

No toda la fuerza consiste en las espadas que se llevan á la cintura, ni en las lanzas de los guardias que custodian un palacio. Unos pocos renglones de mala letra, escritos en un pedazo de mal papel, logran muchas veces lo que no consiguieron poderosas armadas y ejércitos aguerridos.

DON RODRIGO

Luego ese desconocido...

DIEGO

Viene de la corte de España.

DON RODRIGO

Con alguna misión secreta sin duda?

DIEGO

Yo no atino á punto fijo con su misión; pero ello es que traía para mí uno de esos pedazos de papel de que os acabo de hablar, y al mostrármele anoche en una callejuela oscura, y á la luz de un farolillo agonizante, os confieso que me quité respetuosamente mi sombrero, y le dije con la frente doblada hacia la tierra: «Mandad, señor; yo estoy pronto.» Ahora ved si quien me hizo á mí descubrir y doblar la cabeza ante un papel, podrá hacer caer de rodillas al Virrey delante de otro. Parece que os asombráis de mis noticias?

DON RODRIGO

Sí en verdad.

DIEGO

Pues son más seguras que los cerrojos de vuestra prisión.—Pero no gastemos el tiempo en palabras inútiles. El Virrey puede bajar por ese caracol de un instante á otro, y es preciso, señora condesa, que no os encuentre aquí.

ANGELINA

Y á dónde queréis llevarme? Separarme de Monforte, mi esposo, es dejarme sin amparo, sin defensor, á merced de ese mónstruo de perfidia y de libertinaje.

DIEGO

Con harto sentimiento mío, voy á conduciros á un aposento situado en la torre del Norte de este palacio, donde él mismo me ha mandado llevaros.

ANGELINA

Oh, no; no me apartaré de aquí un solo paso! Que venga si quiere á hacerme pedazos; pero sea á los ojos de Monforte, que me vengará ó morirá conmigo.

DON RODRIGO

Eso sí, vive Dios!

DIEGO

No hay que afanarse tanto por tan poca cosa, señores. El esbirro Diego no os perderá de vista ni aquí ni en la torre del Norte, y estad descuidada, condesa; el brazo y el puñal del esbirro Diego se interpondrán siempre entre vos y el conde de Vergara. Yo he sido hace tiempo vuestro ángel tutelar y su espíritu tentador. El Virrey está ya ligado á la tierra por un hilo muy delgado, y al menor esfuerzo de mi mano se romperá, y el abismo que yo he abierto á sus pies se le sorberá irremisiblemente. Pero es fuerza no darle tiempo á que sus sospechas se corroboren, y con sutiles maquinaciones retarde su hora y abrevie la nuestra. Os aseguro que nada tenéis que temer si me seguís, pero no respondo de nada si os quedáis.

DON RODRIGO

Separémonos, Angelina mía. El cielo velará por nosotros, y se encargará de vengarnos si ese hombre es un miserable impostor.

DIEGO

Dentro de una hora, señor Monforte, me presentaré delante de vos; y espero que habréis mudado de opinión. Vamos, que siento pasos en el caracol.

ANGELINA

Adiós, Monforte.

DON RODRIGO

Protéjanos su misericordia.

DIEGO

(Á Angelina.) Ah! Esperad un instante. *(Á don Rodrigo.)* El Virrey os hará probablemente una visita; conque será preciso que os encuentre atado como me encargó, para no dar pábulo á sus sospechas.

DON RODRIGO

Cobarde!

DIEGO

Oh! Sí; os teme sin duda alguna; y acaso en vez de bajar á encontraros cara á cara, se asomará por aquel balconcillo, infernal invención á favor de la cual se goza y se cerciora de los sufrimientos de sus víctimas.

DON RODRIGO

Sea en buen hora, y Dios os perdone esta afrenta, que tolero fiado en vuestras promesas. *(Diego le ata mientras habla.)* Adiós, Angelina mía; ruégale por nuestro porvenir.

DIEGO

Dios os guarde, joven. Dentro de una hora habremos subido á su tribunal, ó estaremos celebrando nuestra victoria en los salones dél palacio del Virrey de Nápoles.

DON RODRIGO

Quiera nuestra buena estrella que sea como decís.

ESCENA III

DON RODRIGO

Será verdad? Hipócrita y cobarde
de mi desgracia mofará el espía,
para arrancarme con placer más tarde
la rica flor de la esperanza mía?
Será que así un ejemplo tenebroso
de sublime tormento se le alcanza,
ó cumple un mandamiento poderoso,
protegiendo tal vez nuestra venganza?
Loca ilusión! No hay más que lo presente,
y el puñal que en secreto ya se aguza;
necia ilusión, que huye de la mente
como polvo que el viento desmenuza.
Quién puede hallar en los chispazos rojos
que en sus pupilas á la vez se encienden
de sangre y de venganza, que sus ojos
las esperanzas de mi amor comprenden?
Quién no ve en su furtivo movimiento
que acecha la ocasión para lanzarse
como el tigre feroz que está sediento,
y con sangre no más quiere embriagarse?
No hay más allá; del misterioso espía
la fúnebre y siniestra catadura
horas sólo de horror y de agonía
al receloso corazón augura.
No hay más allá; mi sangre generosa,
mi sangre manchará los escalones
del cadalso, y allí de gente ociosa
servirán de ludibrio mis blasones.
Pobre Angelina! Al saludar un día
tus pocos años y tu frente pura
en la fértil, gentil Andalucía,
patria, templo y edén de tu hermosura,
en premio de tu amor no imaginaba
que en las playas de Nápoles hubiese
un caballero vil que te esperaba,
y no tu amante, tu verdugo fuese.
Perdóname, Angelina, si te pago
tan tristemente tu pasión primera;
funesto ha sido para tí y aciago
lo que mi gloria y mi entusiasmo era.
Este amor infeliz que me devora,
este amor infeliz que nos tenemos,
ay, Angelina, dentro de una hora
sepultura con él nos abriremos.

ESCENA IV

DON RODRIGO *y* EL VIRREY

EL VIRREY

Salud, el conde de Monforte...

DON RODRIGO

Cielos!
El conde de Vergara?

EL VIRREY

Que al impulso
de la piedad se rinde, y generoso
abandona el salón de los virreyes,
por acorrer en su postrera hora
al mancebo gentil napolitano

que se dignó estrechar de la española,
embriagado en amor, la linda mano.

DON RODRIGO

Bien hacéis en reir amargamente
y en el alma gozar; nuestro destino
es diferente aquí; si no lo fuese,
respondería mi valiente acero
á la mofa sangrienta y al insulto
del que es, aunque Virrey, mal caballero.

EL VIRREY

Que siempre lenguaraz el noble conde
olvide mi razón y mi justicia!

DON RODRIGO

Razón, justicia, el conde de Vergara?
Hipocresía mucha.

EL VIRREY

Y la paciencia?
No os parece también de gran cuantía?
Oidme, y pesaréis en lo que vale.
Hay un Virrey en Nápoles... el conde
de Vergara, Monforte, que celoso
de cumplir su deber, en el mancebo
de la Sede Capuana al peligroso
conspirador halló.

DON RODRIGO

Mentís...

EL VIRREY

Si miento,
ya sancionó, Monforte, la mentira
el Consejo y la ley... Preso Rodrigo,
reclamó á tiempo de su noble estirpe
los rancios privilegios, y celoso
de cumplir su deber el de Vergara,
cedió á su pretensión; y el pueblo todo
de Nápoles entiende que se guardan
con él los miramientos de costumbre.
Mirad esa espaciosa galería;
mirad la reja del encierro abierta;
el pueblo hablaros puede; sois un noble;
mas, ay del pueblo si llegó á esa puerta!
Desde lejos os ve y os compadece.
Yo os miro muy de cerca, y me consuelo.

DON RODRIGO

Y Dios, de tanto crimen ya cansado,
la maldición preparará en el cielo.

EL VIRREY

Mientras que llega, seguiré la historia;
y si en algo apreciáis vuestra existencia,
no tan pronto la echéis de la memoria.
Esos soldados que con faz adusta,
ni reparan en vos, ni en la riqueza
de esos vestidos, ni el bizarro porte,
ni imbéciles recuerdan la nobleza
de que hicísteis alarde en el Consejo
que de Castilla os distinguió en la corte,
estatuas son; pero, entendedlo, estatuas
que al amagar no más la muchedumbre,
con sangre y fuego cegarán la entrada
al populacho alborotado y ciego
que pretenda asaltar esta morada.
Hay, sin embargo, una mujer...

DON RODRIGO

Vergara...
ten esa lengua; y si á manchar su nombre
te atreves, pronunciándole tu boca,
desde mi encierro escupiré en tu cara.

EL VIRREY

Angelina...

DON RODRIGO

Villano!

EL VIRREY

No llegará hasta mí vuestra arrogancia;
hay entre un preso, aunque de noble estirpe,
y de Italia el Virrey, mucha distancia.
Angelina tal vez pudo en un día,
menos enamorada de Monforte,
de amor cediendo á la demanda mía,
la vida libertar y gentileza
de su noble mancebo, y los blasones
del que atrevido acaso y con mancilla
de la casa infanzona de Orellana,
á un monasterio la robó en Sevilla...
Mas hoy es tarde ya; ría en buen hora
su galana y espléndida hermosura;

recuerde en su escondido calabozo
el aura matinal que amante y pura
meció en verjeles de pintadas flores
vuestras sabrosas pláticas de amores.
Dentro de poco tan amante yugo,
merced á la justicia de Vergara,
romperá la cuchilla del verdugo.

DON RODRIGO

Piedad, señor, piedad. En mí tan sólo
cébese tu rencor; yo he conspirado;
yo he querido arrastrar las españolas
banderas por el fango, sí; yo he dicho
que era un villano el conde de Vergara,
un infame traidor, un asesino...
Reid, conde, reid... Ese es el nombre
que merecéis...

EL VIRREY

Á fe que me enternece
tu súplica cortés, pero es ya tarde...
Un sacerdote confesó á Angelina...
y el sacerdote declaró al Consejo;
ya ha firmado, Monforte, su sentencia;
y ejecutada hoy, que no mañana,
dentro de un hora su fatal destino
te anunciará el clamor de la campana.

DON RODRIGO

Dejadme, por favor...

EL VIRREY

Primero ella...
Yo te perdono á tí; yo te desprecio...
Hay un anciano en Nápoles que quiere
una afrenta vengar que tú le hiciste...
Me ha comprado tu vida, y generoso
sin paga se la dí; y en breve espacio
á tu lado estará; poca distancia
hay de tu calabozo á mi palacio.

ESCENA V

DON RODRIGO

Pobre Angelina! Horribles desengaños
halló en mi patria tu cariño ardiente;
tan pura y bella, y de tan pocos años,
en Nápoles morir tan tristemente!
Quién me dijera, ay Dios! cuando rezaba
en una catedral de Andalucía,
que yo mismo, ay de mí! te preparaba
prisión, cadenas y cadalso un día?
Perdóname, mi bien! Antiguas salas
de dorado artesón, montones de oro,
de seda ricas y escogidas galas
y de mi eterno amor el gran tesoro...
He aquí, Angelina, el porvenir que ufano,
en el calor de su ardorosa llama,
el de Monforte presentó en su mano
á la que mártir hoy padece y ama.
(Se arrodilla.)
Cuando en el cielo, serafín hermoso,
al lado de los ángeles sentada,
desde tu asiento de eternal reposo
dirijas á este mundo una mirada,
búscame por doquier, oh mi Angelina!
que yo te juro me hallarás de hinojos,
y desde el trono de tu luz divina
en tí clavados hallarás mis ojos.

ESCENA VI

DON RODRIGO *y* DON GARCÍA

DON RODRIGO

Ya viene el verdugo á mí!
Recibe, pues, madre mía,
el adiós de mi agonía
que exhalo lejos de tí.
(Se arrodilla como en oración.)

DON GARCÍA

Cuán cobarde es la traición!
Allí está ese hombre de hinojos,
destilando por los ojos
el miedo del corazón.—
Mancebo.

DON RODRIGO

Qué quieres?

DON GARCÍA

Sabes
cuántos años has vivido?

DON RODRIGO

Á cortarlos has venido;
suplícote, pues, que acabes.
Y dí á quien aquí te envía,
después de mi ejecución,
que sólo en su corazón
cupiera tal villanía.

DON GARCÍA

Mancebo, engañado estás;
ni yo su verdugo soy,
ni á sus órdenes estoy,
ni me obligaron jamás.
Á entrar en tu calabozo
una razón me sujeta
tan justa como secreta.
Respóndeme, pobre mozo;
tienes padres?

DON RODRIGO

Ay de mí!
Quédame sólo mi madre,
porque, á vivir mi buen padre,
ya hubiera llegado aquí
por cima de los escombros
de este palacio fatal,
é ido yo en marcha triunfal
de sus vasallos en hombros.

DON GARCÍA

Si era, cual dices, tan noble,
siento que no esté á tu lado
para que fuera, malvado!
tu afrenta y la suya doble.

DON RODRIGO

Ah! Te comprendo; del yugo
teme el Virrey que su presa
se le escape, y tiene priesa.
Ea, pues, hiere, verdugo;
haz de tu crueldad alarde.

DON GARCÍA

Mozo, traéme á tu prisión
tan sólo mi corazón.

DON RODRIGO

Entonces sois un cobarde.

DON GARCÍA

Ira de Dios!

DON RODRIGO

Sí en verdad
lo sois; si, como decís,
á asesinarme venís
de espontánea voluntad,
os habrá dicho el Virrey:
allí le tenéis atado;
sustituid de contado
la injusticia de mi ley.

DON GARCÍA

No más al Virrey me nombres,
y escúchame en conclusión,
que es fuerza que á mi razón
te amedrentes y te asombres.
Había un noble en Sevilla,
leal cual nadie en la tierra,
el cual se partió á la guerra
con las huestes de Castilla.
Tenía este hombre consigo
una hija, tierna y hermosa,
que crecía virtuosa
de su amor bajo el abrigo.
Mas á la guerra al marchar,
por más que le fuera en pena,
á la vigilancia ajena
la tuvo que encomendar.
Fió, pues, en el misterio
de un cláustro, y aunque no sola,
sujeta á un aya dejóla
cerrada en un monasterio.
Pero oh fortuna cruel!
Sin conciencia y sin pudor,
un infame seductor
se introdujo astuto en él.
La embriagó con sus promesas,
y la infeliz criatura
aborreció la clausura,
saltó sus verjas espesas,
y arrojándose en los brazos
de aquel corruptor maldito,
cometió el primer delito,
haciendo mi honor pedazos.

DON RODRIGO

Vos sois su padre! Señor,
perdón!

DON GARCÍA

Me vas comprendiendo,
según parece.

DON RODRIGO

Oh! Comprendo
de un padre el justo furor.

DON GARCÍA

Escúchame, pues, villano,
y entiende que sólo vengo
á decirte que yo tengo
tu vida entera en mi mano.

DON RODRIGO

Oid primero, señor.

DON GARCÍA

Nada tengo que escuchar;
ni yo te vine á matar
á oscuras como un traidor.
Sé, conozco tu inocencia;
con una palabra mía
sé que salvarte podía
el honor con la existencia;
mas tú fuiste el asesino
de mi hija, y aunque es injusta
tu sentencia, es cosa justa
que se cumpla tu destino.

DON RODRIGO

Yo asesino de Angelina!
Aquí hay un error fatal.

DON GARCÍA

No sólo con el puñal
ó el veneno se asesina.
Miserable seductor,
tú el sepulcro la has cavado,
tú me la has asesinado,
mas vilmente, con tu amor.
Á las fatigas y viajes
que exponerla has querido
para matarla, has unido
tus desprecios, tus ultrajes.
Con tu amor la enloqueciste;
mas del suyo te cansaste,
y al cabo la abandonaste,
y al fin pereció la triste.

DON RODRIGO

Viven los cielos, señor!
Vos sois víctima fatal
de alguna trama infernal.

DON GARCÍA

Mira, infame; el confesor
(Mostrando el retrato.)
que la escuchó en su agonía,
con sus palabras postreras,
en que encargó que murieras,
este retrato me envía.

DON RODRIGO

Es el vuestro?

DON GARCÍA

El mío, sí.
Yo al cuello se le colgué
cuando á lidiar me marché.

DON RODRIGO

Todo lo entiendo, ay de mí!
Los esbirros del Virrey
del cuello se le arrancaron
cuando mi casa asaltaron
en el nombre de la ley.
Sin duda él mismo os le dió?

DON GARCÍA

Sí, por cierto.

DON RODRIGO

Y él, de fijo,
que murió Angelina os dijo!

DON GARCÍA

Él mismo.

DON RODRIGO

Señor, mintió.

Mintió; pura y virtuosa,
lamentando nuestro error,
vive Angelina, señor.

DON GARCÍA

Vive!

DON RODRIGO

Vive, y es mi esposa.

DON GARCÍA

Tu esposa!

DON RODRIGO

En la soledad
de una aldehuela española,
en nuestra fuga asaltóla
peligrosa enfermedad.
Salvóla el favor de Dios,
y nuestro delito es
no haber ido á vuestros pies,
en lugar de huir de vos.

DON GARCÍA

Vive! Ay de mí! Dónde está?
Alza, sígueme, corramos.

DON RODRIGO

Dios quiera que no vayamos
muy tarde en su auxilio ya.

DON GARCÍA

Qué dices!

DON RODRIGO

El alborozo
refrenad, padre y señor,
que por resistir su amor
suspira en un calabozo.

DON GARCÍA

Amor! De quién?

DON RODRIGO

De Vergara.

DON GARCÍA

Él! El infierno le auxilia!
El insultar mi familia?
Saldrále su audacia cara.
Oh! Haré un terrible escarmiento;
yo le arrancaré el toisón,
enlodaré su ropón,
y le haré sin miramiento
cumplir con la ley completa,
y al suplicio, por traidor,
irá, como un malhechor,
sentado en una carreta.
No me comprendes, mancebo?
Mas... respira á tu placer,
que es inmenso mi poder
y á todo con él me atrevo.
Del poder de que abusó
apartó á Vergara el rey.

DON RODRIGO

No es ya Vergara el Virrey?

DON GARCÍA

No; ahora el Virrey soy yo.

DON RODRIGO

Ah! Desatadme y salgamos...

DON GARCÍA

Sí, que todo cabe en él.
(Va don Rodrigo á la puerta por donde entró don García, y la halla cerrada.)

DON RODRIGO

Mas resiste este cancel...

DON GARCÍA

Cielos! Perdidos estamos.
Cerróle detrás de mí
cuando aquí me acompañó,
y el lazo que me tendió,
ciego de rabia, no ví.
Vive Dios!

DON RODRIGO

Desdicha fué
de nuestra suerte tirana.
(Suena la campana.)
Mas... Dios santo! La campana!
Todo se perdió!

DON GARCÍA

Por qué?

DON RODRIGO

Esa campana, señor,
anuncia que mi Angelina
hacia el cadalso camina,
sin consentir en su amor.

DON GARCÍA

Ah! Todo lo entiendo ahora.
Por eso el traidor Vergara
pedía que le dejara
mandar aún una hora!
Creí á la hija de mi amor
vengar entre tanto en tí.

DON RODRIGO

Y habéis consentido?

DON GARCÍA

Sí.

DON RODRIGO

Ah! Qué habéis hecho, señor!

(Durante esta escena y la siguiente óyese doblar pausadamente la campana, de modo que no estorbe á la representación. Óyese murmullo como de cánticos sagrados á lo lejos, y la luz de las hachas que se supone que acompañan á Angelina penetra por la reja de la puerta, por la que no debe verse más que el resplandor.)

DON GARCÍA

Mas oye... qué significan
esas voces religiosas?

DON RODRIGO

No sé, pero me estremecen.

DON GARCÍA

Se ve resplandor de antorchas
por esa reja.

DON RODRIGO

Dios mío!
Qué procesión tenebrosa
de enlutados es aquella
que se aleja por las cóncavas
galerías?

(Se asoman á la reja, tapándola con sus personas, impidiendo al público ver lo que pasa por el fondo.)

DON GARCÍA

Es, sin duda,
algún entierro.

DON RODRIGO

Oid! Dobla
un atambor destemplado.

DON GARCÍA

Oye, oye lo que pregonan.

DON RODRIGO

Es una justicia!

DON GARCÍA

Escucha.

(Suena el pregón á lo lejos.)

UNA VOZ

Esta es la justicia que manda hacer, en nombre del rey nuestro señor, su excelencia el conde de Vergara, Virrey de Nápoles, en la persona de Angelina de Orellana, por delito de lesa majestad.

DON GARCÍA

Tened, canalla traidora.
Yo soy el Virrey de Nápoles.
Abrid pronto esta mazmorra,
ó voto á Dios que en cenizas
tornaré la ciudad toda!

DON RODRIGO

Ay, padre, que están muy lejos,
y vuestras voces ahoga
la multitud que murmura,
y en vano intentáis que os oigan.

DON GARCÍA

Oh! Ya se pierden cruzando
las galerías tortuosas.

DON RODRIGO

Todo es en vano, señor.

DON GARCÍA

El coraje me sofoca.
Guardias, soldados, á mí;
al que mis cerrojos rompa
le haré tan rico que pueda
despreciar una corona.

UN SOLDADO

(Por fuera de la reja.)
Qué es lo que estáis ahí gritando?

DON GARCÍA

Llega, buen soldado; toma.
(Alargando por entre la reja sus credenciales.)
Yo soy el Virrey de Nápoles;
mis credenciales en forma
son esas: corre al Consejo
á presentarlas, y pródiga
mi mano te abrirá de oro
cuanto mi raza atesora.

UN SOLDADO

(Riendo.) Vos el Virrey?

DON GARCÍA

Mira, mira.

UN SOLDADO

Vaya, esta gente está loca.

DON GARCÍA

Lee, por piedad, y la firma
verás del rey.

UN SOLDADO

Esa es otra!
Ni yo sé leer, ni nada
de lo que decís me importa.

DON GARCÍA

Por Cristo crucificado!
Si llamas quien nos socorra,
te haré alcaide del castillo.

UN SOLDADO

Y si por ello me ahorcan
antes de llegar á serlo?

DON GARCÍA

Triste de mí! No hay quien ponga
fin á tan duro suplicio!
Conque ningún medio logra
tener ese asesinato!

UN SOLDADO

Pobre viejo! Cómo llora!

DON RODRIGO

Y aun esa fatal campana
temerosamente dobla!

DON GARCÍA

Y va á la muerte mi hija...!

UN SOLDADO

Calla, sois de esa señora...

DON GARCÍA

Su padre, voto á los cielos!
No lo has entendido hasta ahora?

DON RODRIGO

Oh! Te enternece, soldado,
nuestra situación penosa!

DON GARCÍA

Por la Virgen sacratísima!
Esas credenciales toma,
corre al Consejo, y la salvas.
Es inocente.

UN SOLDADO

En buen hora;
dadme esos papeles, dádmelos;
que si hago esa buena obra,
todo lo demás es nada.

DON RODRIGO

Toma, y vuela, y Dios te acorra.

ESCENA VII

DICHOS *y* EL VIRREY, *que durante la escena anterior se habrá asomado al balconcillo.*

EL VIRREY

Llegará tarde, señores.

DON GARCÍA

Oh víbora ponzoñosa!
El cielo ponga en tu alma
el pesar que me destroza.

EL VIRREY

Yo os juro, buen don García,
que compraréis á gran costa
el virreinato de Nápoles.

DON GARCÍA

Téngale tu alma ambiciosa,
si tanto el mando te agrada.
Yo te le vuelvo.

EL VIRREY

Me sobra
con las dos horas que tengo.

DON GARCÍA

Tiembla, traidor; esas horas
te abreviará tu Consejo.

EL VIRREY

Es esperanza ilusoria;
yo presentaré contra ellas
tu firma y palabra propia.

DON GARCÍA

Oh, por piedad, tu venganza
descarga en mí... mas perdónala!
(La campana deja de tocar.)

DON RODRIGO

(Espantado.) Infelices de nosotros,
ya la campana no toca!

DON GARCÍA

Dios mío!

EL VIRREY

Y ya está cumplida
su sentencia. Sed ahora
Virrey de Nápoles, sedlo;
y vuestra primera obra
sea abrir su sepultura
y hacer celebrar sus honras.

DON GARCÍA

Oh, calla, y Dios te maldiga!
(Vuelve á sonar la campana con más prisa.)

DON RODRIGO

Escuchad; otra vez dobla
la campana.

EL VIRREY

Cielos!

DON RODRIGO

Padre,
á rebato es lo que tocan.
(Suenan arcabuzazos, tambores y clarines á lo lejos.)

DON RODRIGO

Tiembla, miserable, tiembla
si la fortuna se torna!

EL VIRREY

Tiembla, si yo te presento
la cabeza de tu esposa.
(El tumulto y las voces se acercan. Óyense gritos de «Muera el conde de Vergara!» *y se ve por la reja de la puerta el resplandor de los hachones; don García y don Rodrigo se abalanzan á la puerta, gritando á los de afuera:)*

DON RODRIGO

Aquí, soldados, aquí;
favor á Nápoles.

UN SOLDADO

Hola!

Aquí están. Eh! Camaradas,
abajo la puerta.

OTRO SOLDADO

Otra
palanca por este lado.

EL VIRREY

Cielos! La turba traidora
los calabozos asalta.
Huyamos.
(Va á salir y halla cerradas las puertas del balconcillo.)
Mas, qué alevosa
traición; por dentro han cerrado
este balcón!
(Golpea y empuja las puertas, que no ceden.)
Oh, ellos doblan
sus esfuerzos! Me han vendido!
Mas mi suerte no me importa
si se logra mi venganza.

PUEBLO

Adentro!

ESCENA VIII

(Cae la puerta y entran en tropel soldados, pescadores, villanos, etc., etc., con antorchas, chuzos, picas, sables, etc. Don García y don Rodrigo, al ver que no viene entre ellos Angelina, dan un grito y van á salir diciendo á un tiempo:)

DON GARCÍA

Virgen piadosa!
Y mi hija?

EL VIRREY

(Á don García.) No la esperes;
con ella el mando me compras.

DIEGO

(Dentro.) Abridnos paso.

DON RODRIGO

Ese acento...!
(Diego, abriéndose paso de repente, se presenta trayendo á Angelina, la cual se echa en brazos de don García y don Rodrigo.)

DON RODRIGO

Dios mío, es ella!

DON GARCÍA

Hija mía!

ANGELINA

Padre, esposo!

EL VIRREY

Ah! El me vendía!

UN PESCADOR

(Viendo al conde de Vergara.)
El Virrey!

PUEBLO

Muera!

DIEGO

Eh! Con tiento.
(Al Virrey.) Las vueltas os he cogido,
señor Vergara, que al cabo
el astuto vence al bravo
y en mi trampa habéis caído.
(El balcón se abre y deja ver dos hileras de soldados españoles que guardan al Virrey.)
Mi cabeza me exigísteis
ó el incógnito del mar,
y os le vengo á presentar:
aquí está el que me pedísteis.
(Señalando á don García.)

EL VIRREY

Oh rabia!

PUEBLO

Muera!

OTROS

Matarle,
matarle!

DON GARCÍA

Todos atrás.
Sólo el rey tiene no más
derecho de castigarle.
Vergara, á su Real Consejo
os remito, y sin encono,
como quien soy os perdono,
y como vencido os dejo.
Y esta piedad que acrisola
mi justicia y mi nobleza,
os prueba cuánta grandeza
cabe en un alma española.

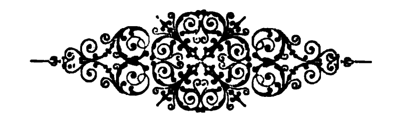
(Los guardias retiran del balcón al conde de Vergara. Don García toma de la mano á su hija y á don Rodrigo; la multitud les abre paso y salen. Al irse todos tras ellos, dice:)

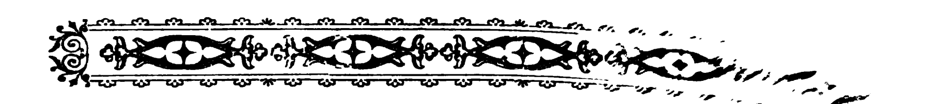
DIEGO

Viva don García de Orellana, Virrey de Nápoles!

TODOS

Viva!





POCO ME IMPORTA

CANCIÓN

Me dicen que medio mundo
riñe con el otro medio,
y, aunque en verdad me confundo
viéndolo así, qué remedio?
Caprichos con que se nace:
cada cual como más quiere
vive y muere,
y aunque algo extraño se me hace,
viendo la vida tan corta,
poco me importa.

—

Yo [illegible] elíxir magnífico
[illegible]

—

Si leyes á nadie doy,
nadie á mí leyes me da;
donde no gozo no voy;
donde estoy, mi patria está.
No me acosa odio ni envidia;
y aunque en todos los lugares
hay pesares,
si algún pesar me fastidia
y amarga esta vida corta,
poco me importa.

—

Un puro y una botella
durante mi esplín consumo,
y cuando acabo con ella,
cigarro y pesar [illegible]
Los vapores [illegible]
el cerebro [illegible]
y me [illegible]
tan feliz, [illegible]
esta vida [illegible]
[illegible]

—

[illegible]

Y en qué entonces me aventaja
ningún sultán con su opio?
Si á su alma el Edén se baja,
á mí me pasa lo propio.
Á él le exalta la cabeza
su ámbar, su pipa y su vaso:
no hace caso
de sí mismo en su pereza,
y una vida larga ó corta
poco le importa.

—

Él enamora á una esclava
que hacia él sólo miedo abriga
y á mí de aplomarme acaba
dulce beso de mi amiga.
Á él las caricias le roba
su esclava durante el sueño;
y mi dueño
me vela en mi misma alcoba,
porque mi vida, aunque corta,
mucho le importa.

—

Y á mí el licor jerezano,
del puro entre el humo azul,
me hace igual al soberano
de la soberbia Stambul.
Y en el insomnio dichoso
de la embriaguez le tuteo,
y me creo
otro sultán poderoso,
y, como á él, la vida corta
poco me importa.

—

Á él le hace el opio tal vez
soñar con alguna hurí,
y ver me hace una el Jerez
en cada mujer á mí.
Él reina en Constantinopla;
y yo, mísero coplero,
cuando quiero
de él me río en una copla,
y de su rabia, si aborta,
poco me importa.

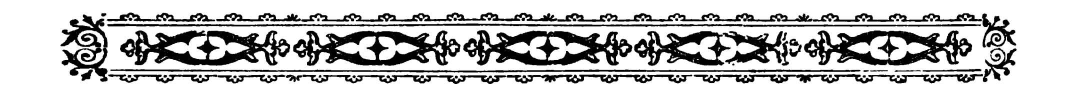
—

Qué diablos va de él á mí?
Llévanle al harem eunucos
á que la desuelle allí,
velado por mamelucos;
y á mí me arrastra á mi lecho
una mujer cariñosa,
que afanosa
se desvela en mi provecho,
con quien la vida, por corta,
poco me importa.

—

Y á él opio excesivo acaso
le hace ponzoña mortal
de su café, y le abre paso
á su sepulcro imperial.
Mientras yo, libre de afán,
despierto al placer mañana
con más gana,
y, aunque reviente el sultán
y deje la Europa absorta,
poco me importa.





HIMNO

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II EN SUS DÍAS

(MÚSICA DEL MAESTRO IRADIER)

CORO

El sol abre su oriente
detrás de tu dosel,
y ve la hispana gente
su sol en tí, Isabel.

ESTROFA 1.ª

En pos de largos años de belicoso duelo,
tu cándida sonrisa nos vienes á mostrar,
cual muestra sus colores el iris en el cielo,
cual sus rosadas luces el alba sobre el mar.

Coro.—El sol, etc.

ESTROFA 2.ª

Tú, estrella de esperanza en nuestras sombras eres;
tú, de mejores días apetecido sol;
tú, el ángel que nos brinda la paz y los placeres;
tú, escudo á cuyo amparo se acoge el español.

Coro.—El sol, etc.

ESTROFA 3.ª

Por tí nos olvidamos de la feroz pelea,
de las sangrientas horas del tiempo que pasó;
por tí tranquilo y solo nuestro pendón ondea,
que ayer en dos jirones contrarios tremoló.

Coro.—El sol, etc.

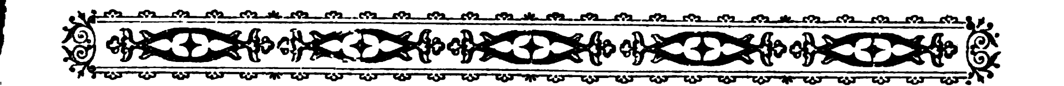
ESTROFA 4.ª

Por él de hoy más osados con fe pelearemos;
de hoy más, al campo unidos iremos detrás de él;
bajo él, como españoles, con honra moriremos,
los nombres invocando de España y de Isabel.

CORO

El sol abre su oriente
detrás de tu dosel,
y ve la hispana gente
su sol en tí, Isabel.





Á DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO

EPÍSTOLA

(EN VERSO PROSÁICO)

Tienes, oh Wenceslao! cosas diabólicas;
ocurrencias fatales, como tuyas;
y desdichas, ay Dios! tan hiperbólicas [yas,

Traen para mí, que, aunque de oirlas hu-
te las voy á encajar, porque á mi antigua
y cerril libertad me restituyas.

Dónde habrá, oh caro Izco! más ambigua
situación que esta ruin en que me pones,
á los trabajos de Hércules contigua?

Escribir en *La Risa* me propones
y hacer reir? Á mí, que siempre he sido
el cantor de la sangre y las visiones!

Á mí, que en todas partes me han tenido
por el buho más negro y melancólico
que del furor romántico ha nacido!

Á mí, cuyo estro bárbaro y diabólico
espanta al sano público en la escena
con obras que espeluznan á un católico!

Yo hacer reir? Pues la aprensión es buena!
Conque te firme yo tu semanario
no queda al punto un suscritor, y truena.

Mira lo que haces, Izco temerario;
mira que te lo ruego por los cielos:
ve tu empresa con ojos de empresario.

Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,
tiendo por tu papel mi negra pluma,
te has de tirar muy pronto de los pelos.

Alíviame este peso que me abruma
renunciando á mis versos montaraces, [ma.
que es lo que á entrambos nos conviene en su-

Mas... áspero mohín veo que me haces
esto leyendo... En tu opinión te cierras?
No me resisto más: tengamos paces.

Escribiré en *La Risa*, pues te aferras
en ello, Ayguals; mas sobre tí los daños,
que mis jovialidades desentierras.

Horrendas cosas escribí en cinco años;
mas, nueva luz en mí desde hoy sintiendo,
de mano voy á dar á mis engaños.

Voy á reirme yo, reir haciendo
al que no haga llorar, ridiculeces
del mundo en que vivimos descubriendo.

Voy á hacerte reir, pero tus preces
dirige al cielo, Ayguals, porque te juro
que te voy á mostrar las desnudeces

De la verdad, en castellano puro;
no correcto tal vez, pero tan claro
que ha de entenderlo el montañés más duro.

Y aqueste empeño para hacer más raro,
por mí voy á empezar, ante tus ojos
mostrándome cual soy y sin reparo.

Perdona si tal vez te causa enojos
mi ruin y flaca aparición barbuda;
resultado es no más de tus antojos.

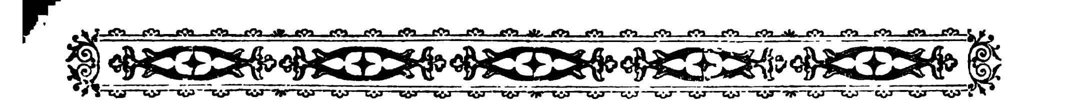
Contempla, pues, mi humanidad desnuda,
y piensa que, cual yo te me presento,
voy á poner á los demás sin duda.

Yo soy un hombrecillo macilento,
de talla escasa, y tan estrecho y magro,
que corto, andando, como naipe el viento.

Y protegido suyo me consagro,
pues son de delgadez y sutileza
ambas á dos mis piernas un milagro.

Sobre ellas va mi cuerpo, y mi cabeza,
como el diamante, al aire; y abundosa
pelos me prodigó naturaleza;

De tal modo que, en siesta calurosa,
mis melenas y barbas extendidas
á mi persona dan sombra anchurosa.
Mi cara es como muchas que, perdidas
entre la turba de las otras caras,
se pasean sin ser apercibidas.
Mofadora expresión, si la reparas,
muestra á veces; las más, indiferencia,
y otras melancolía, aunque muy raras.
Cual soy me tienes, pues, en tu presencia,
visto por fuera, Wenceslao amigo;
pero, visto por dentro, hay diferencia.
Que aunque soy en verdad como te digo,
de hombre en el exterior menudo cacho,
alma más rara bajo de él abrigo.
Serio á veces, á veces vivaracho,
tengo á veces arranques tan exóticos,
que rayan en tontunas de muchacho.
Y otras veces los tengo tan despóticos,
que atropello razones y exigencias
por cumplir mis caprichos estrambóticos.
Poco alcanzo en las artes y las ciencias,
y eso que *allá* los padres jesuítas
me avivaron un tanto las potencias.
Mas yo, dificultades infinitas
en las ciencias hallando, echéme en brazos
de las Musas. Mujeres y bonitas
Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;
y á fe que sus cariños me valieron
inútiles, mas sendos sermonazos.
Tantos fueron, que al fin me condujeron
á oirlos con glacial indiferencia;
y en mí esta indiferencia produjeron
Con que miro las cosas (y en conciencia,
aunque cual gran calamidad la lloro,
no la puedo oponer gran resistencia).
Alabo el bien y á la verdad imploro;
mas despierto con otra ventolera,
y el mal ensalzo y la mentira adoro.
De esto viene el llamarme calavera;
mas si un día en razón meterme debo,
quién duda que lo haré como cualquiera?
Oscura vida por mi gusto llevo;
mas si llevarla del revés importa,
lo hallo tan fácil cual comerme un huevo;
La existencia no me es larga ni corta;
en paz la paso, sin placer ni pena;
como no tengo plan, nunca me aborta.
Si una buena alma investigar serena
quiere lo que yo soy, por mil caminos
irá, y tal vez de la verdad ajena.
Que (abreviando discursos peregrinos)
no sirve cuanto digo y cuanto hago
para atar dos ochavos de cominos.
Porque soy todo yo tan raro y vago,
que ni nadie me entiende ni me entiendo:
lo que hice ayer, mañana lo deshago;
Dejo hoy tal vez lo que mañana emprendo,
y así salen mis obras á mi antojo,
aunque digas, oh Ayguals! «No lo comprendo».
Tal soy como te he dicho, y algo flojo
tal vez anduve: mi retrato es éste.
Si á firmar tu periódico me arrojo,
Voy á ser más dañino que la peste,
y he de sacar la pluma de mal año,
aunque tu misma enemistad me cueste.
Y pues donde cortar no falta paño
en esta injerta sociedad de ahora,
do el ridículo sólo no es extraño,
Si me quieres así, sea en buen hora:
reir me place, mas á costa ajena;
que es más dulce reir cuando otro llora.
Tú dirás que esta epístola no es buena,
y que, si ha de ser tal cuanto te escriba,
renuncias mis artículos sin pena.
Mas, aunque bien dirás, en esto estriba
la excelencia mayor de estos renglones;
pues de justicia es ley distributiva
Que, si critico de otros las acciones,
me exponga yo á su crítica primero,
y les dé la razón de mis razones.
Con esto, Ayguals, contestación espero
recibir de tu puño, en versos fríos
y ásperos como clavos; lo que infiero
No de uno de mis muchos desvaríos,
sino porque contestes dignamente
á versos tales como son los míos.
Contesta, pues, y ríase la gente:
que nos llame *La Risa* sus apóstoles,
y aunque nos diga el vulgo irreverente
que *esto es tocar el órgano de Móstoles.*



A MI AMIGO WENCESLAO AYGUALS

Director de LA RISA

Conque ni puertas ni rejas
de tí me pueden librar?
Maldito Ayguals, no me dejas
un momento reposar!
Ya encanece mis guedejas
lo que me haces cavilar,
zumbándome las orejas
con los ayes y las quejas
que me envías sin cesar.

Irrita, pues, escorpión,
mi lengua de basilisco
con uno y otro arañón,
con uno y otro mordisco.
Dureceme el corazón
hasta dejarle hecho un risco
para el duelo y compasión;
mas ay si rompe el turbión!
ay si te coge el pedrisco!

Y quién habrá que lo impida?
Quién, vive el cielo! me estorba
darte una buena batida
con esta péñola corva,
en tu propia hiel teñida?
Nadie... El coraje me encorva,
y... óyeme, Ayguals, por tu vida,
que con tu misma medida
voy á templar mi tiorba.

Y pues luchador atlántico,
en composición esdrújula
retas á mi estro romántico,
Ayguals, yo rompo mi brújula,
y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues *frenético*,
Wenceslao, mi numen *lírico*,
que rabia por lo *patético*,
y para hacerme *satírico*
me amenazas con lo de *ético* (1),
Seguiré tu plan *diabólico:*
desde hoy agrio, amargo y *ácido*,
mi zumbido *melancólico*
será son alegre y *plácido*,
aunque me cueste un buen *cólico*.
Temes que mis fuerzas *bélicas*
cedan y me quède *exánime?*
Dudas tienes bien *angélicas;*
verdades oye *evangélicas*,
que contigo voy *unánime*.
Quien no sea hoy un *estólido*,
gran dosis de *metafísico*
ha de llevar en su *físico;*
que no es de moda lo *sólido*
ya: lo elegante es lo *tísico*.
Veme á mí. Influencia *mágica*
ejerzo en todo *espectáculo;*
y el vulgo, al verme con *báculo*
caminar, y con faz *trágica*,
me tiene por un *oráculo*.
Mas á Bretón? Santa *Brígida!*
Al ver su panza de *ecónomo*
le darán horchata *frígida*,
le pondrán á dieta *rígida*,
como al más fiero *gastrónomo*.

---

(1) Y aquí, si yo fuera empírico,
te regalaba un cosmético,
y si encontrara otro en *írico*,
te daba tártaro emético.

La magrura es un *vehículo*
para hacer doctor en *fárragos*
al ético más *ridículo;*
para sabios es de *artículo*
ser tan secos como *espárragos.*

Tal es nuestro siglo: *encárate*
con cualquier autor *dramático,*
no hablemos de Gil y *Zárate,*
con Príncipe y yo *compárate...*
Bah, tú eres un buey *asiático!*

Qué hermosa mira con *ánimo*
vuestros contornos *exóticos,*
si los destinos *despóticos*
dan siempre á vientre *magnánimo*
los gustos más *estrambóticos?*

Y si á cuestión *pantomímica*
lo reduces, cuál más *árida*
de la de un gordo? La *química*
á voces una *cantárida*
recetará á vuestra *mímica.*

Si á una mujer (Santa *Mónica!)*
en sitio público *(cáscaras!)*
diriges seña *lacónica,*
se quedará como en *máscaras;*
tendrá por risa *sardónica,*

Por amenaza *satánica,*
la seña amante y *volcánica,*
y te tendrá por un *tábano*
que con torpeza *mecánica*
no quiere soltar el *rábano.*

Bah! Sé en lo gordo *metódico,*
y te jura tu *vulpécula*
que, aun á precio menos *módico,*
más de moda tu *periódico*
ha de ser per omnia *sécula.*

El *amén*, tú lo dirás,
que de derecho te toca,
pues fuera me le coloca
tu metro de Barrabás.

Y pues te devuelvo exactos
tus esdrújulos malditos,
ya ves, me cuesta tres pitos
el cumplir con nuestros pactos.

Mas si en encomiar los gordos
tú te me cierras fanático,
pese á mi interés apático,
nos habrán de oir los sordos.

Porque, Ayguals, ni aquí ni en Flandes
ha habido un gordo grande hombre:
que á los gordos, no te asombre,
les llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos,
siglo montado al vapor:
cuanto más peso, peor;
conque los flacos ganamos.

Y da gracias á que hoy
no me siento para el paso,
que si no, os diera un repaso,
que hiciera, por San Eloy!

Vuestra derrota patente;
mas, porque no eches á broma
lo que voy diciendo, toma:
con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente
vosotros los mofletudos,
y haceros en la piel nudos
fuera, á mi ver, muy prudente.

Prescindamos del apodo
preciso de un barrigón,
aquello de San Antón,
pero con el cerdo y todo.

Prescindamos de que Utrilla
no sabe cómo ajustaros
un chaleco sin ahogaros,
ó un pantalón con trabilla;

De que él se desacredita,
y con fatal desengaño
ve que no le queda paño
de vuestro frac ó levita.

Prescindamos de lo caros
que sois y poco económicos;
vamos á los lances cómicos
en que tenéis que encontraros.

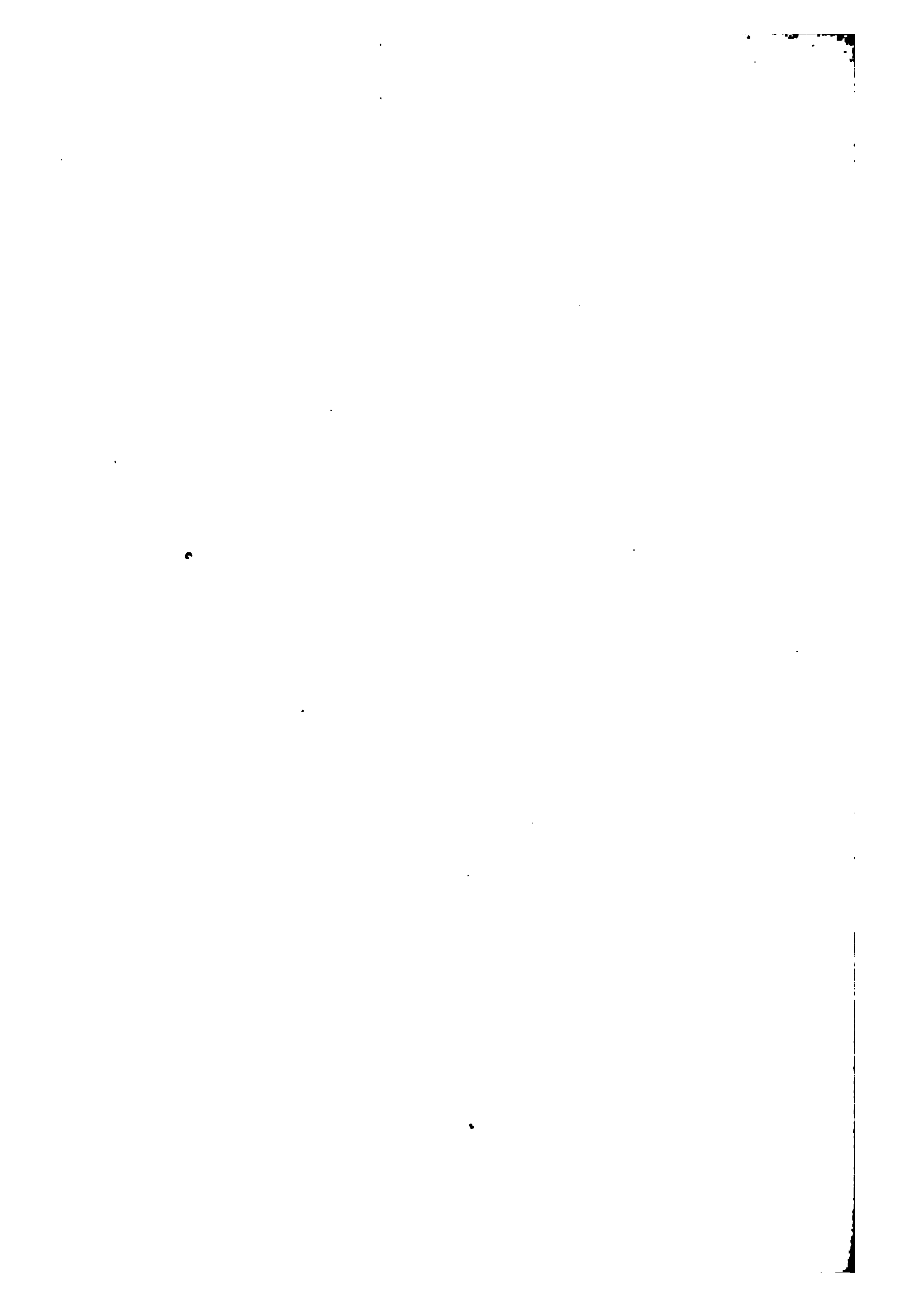
Pues, señor, que eres feliz,
y que tu cara hermosura
te recibe en noche oscura,
y os veis nariz con nariz!

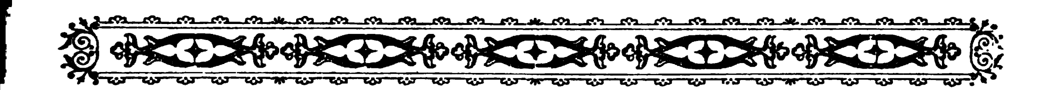
Dónde os esconde una trampa
del tutor atrabiliario?
En baúl, balcón ó armario
ni á pechugones se os zampa.

No hay asilo que se os dé,
no hay hueco en que estéis holgados;
si os cierran, morís ahogados,
y si no os cierran, se os ve.

Y si váis de formación?
El fusil y fornituras
os prensan las asaduras,
y sudáis el corazón.
Si váis á un duelo? Qué azar!
Aunque el contrario sea manco,
como oponéis tanto blanco,
por fuerza os ha de tocar.
Pues digo si es á pistola
y os toca el tiro segundo!
Bah! Despedíos del mundo,
y que carguen su arma sola.
De qué os valdrá la fatiga
que empleéis en perfilaros?
La bala al fin ha de entraros
por mitad de la barriga.
Pues si viajáis en carruaje?
Basta solamente veros
para que los compañeros
pronostiquen un mal viaje.
Cualquier asiento es escaso
á vuestras asentaderas,
y los puentes y escaleras
rechinan á vuestro paso.
Si os caéis, quién os levanta?
Pues casados y dormidos
os supongo, qué ronquidos!
La pobre mujer se espanta.
Y si coge al fin el sueño,
sueña con un terremoto,
y es que mugen como un choto
las narices de su dueño.
Pues si hacéis el alma tierna?
Qué cariños tan brutales!
Como que son diez quintales
cada brazo ó cada pierna!

Y paro aquí, por lo grave
del asunto, que si no,
hasta dónde fuera yo
Dios solamente lo sabe.
Por cuyas dos mil razones
os llevamos gran ventaja
los hombres como una paja
á los hombres barrigones.





EN UN ÁLBUM

No sé si por el valle de la vida
cruzaré, fatigado peregrino,
acabando cual flor que, consumida,
se seca entre los brezos de un camino.

No sé si en pos de inspiración ardiente,
rico y sediento el corazón de gloria,
le cruzaré cual rápido torrente,
rastro dejando de inmortal memoria.

Mas ya ruede cual hoja que arrebata
sonante y revoltoso torbellino;
ya baje como excelsa catarata,
ufano con mi espléndido destino;

Cuando al borde de tumba solitaria
desparrame mis pobres pensamientos,
de mustias flores muchedumbre varia
secas entre mis últimos alientos,

Fiad, señora, que en tan triste lecho,
siempre leal y generoso amigo,
al ocupar mi cabezal estrecho,
vuestra memoria dormirá conmigo.



MÁS VALE LLEGAR Á TIEMPO QUE RONDAR UN AÑO

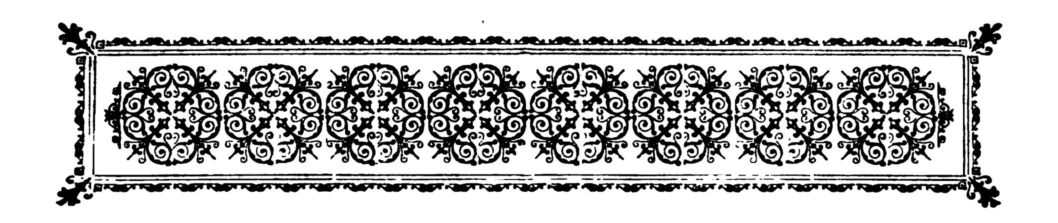
COMEDIA EN TRES JORNADAS



PERSONAJES

Don Carlos.
El Duque.
Don César.
Don Diego.
Doña Leonor.
Doña Violante.
Inés.
Ginés.
Brígida.
Dos desconocidos.

Ronda, soldados, un lacayo y convidados



MÁS VALE LLEGAR Á TIEMPO QUE RONDAR UN AÑO

JORNADA PRIMERA

El Campo del Moro

—De aquí no habéis de salir
ó quién sois he de saber.
—Pues mirad cómo ha de ser,
que yo no lo he de decir.

CALDERÓN.

ESCENA PRIMERA

DON CARLOS *y* GINÉS

DON CARLOS

En muy necio desvarío
tu pensamiento cayó.
Cuándo te sacara yo,
Ginés, para un desafío?

GINÉS

Mucho, señor, me consuela
haberme engañado así;
mas recelé cuando os ví
descender hacia la Tela.

DON CARLOS

Depón, Ginés, tal recelo;
y ten presente de hoy más
que no saco yo jamás
mis criados para un duelo.

GINÉS

Señor...!

DON CARLOS

Distinto quehacer
á este campo me trae hoy,
y sabe por fin que estoy
prendado de una mujer.
Que en ello me has de ayudar
cuando te traigo, lo ves;
pero has de elegir, Ginés,
entre morir ó callar.

GINÉS

Señor, dejadme partir,
porque me habéis injuriado.

DON CARLOS

Ginés...!

GINÉS

He sido soldado,
y soy fiel hasta morir.
Y os digo que no es discreto
secretos depositar
en quien no habéis de fiar
que sepa guardar secreto.

DON CARLOS

Te sobra, Ginés, razón.
De lo que dije te olvida.

GINÉS

Perdonad, pero en mi vida
cupo en mi pecho traición.

DON CARLOS

Pues escucha.

GINÉS

Decid, pues.

DON CARLOS

Y por si el tiempo no es largo,
con mucha atención te encargo
que me lo escuches, Ginés.
Mi padre en tenaz manía,
no alcanzo con qué razón,
con doña Leonor Girón
en que me case porfía.
Y á quererla yo en verdad,
ó á no querer á ninguna,
en abrazar tal fortuna
no hallara dificultad.
Porque es, además de hermosa,
noble, rica y muy discreta;
mas no mira ni respeta
el amor ninguna cosa.
Otra pasión tengo aquí
que el alma entera me abrasa,
y mi linaje y mi casa
desprecio al nacer en mí.
Dos meses ha que cobarde
citado aquí ocultamente,
galanteo inútilmente
á quien has de ver más tarde.

GINÉS

Mas si al fin lo he de saber,
á qué á entonces esperar?

DON CARLOS

Porque temo no has de hallar
más, Ginés, que una mujer.

GINÉS

Pues qué más queréis que vea?

DON CARLOS

La mujer por quien suspiro,
sin mirar, cual yo no miro,
á quien sea, ó quien no sea.

GINÉS

Pues en tan indigno objeto
habéis puesto vuestro amor
que de su nombre, señor,
tengáis que hacer un secreto?

DON CARLOS

Quizá. Pero aunque mi estrella
así en mi mal lo arregló,
tengo en mi conciencia yo
que habré de valer más que ella.
Amo á una mujer oscura.
Su padre, aunque era un buen hombre,
dejóla sólo su nombre,
su pobreza y la hermosura.

GINÉS

Y tres mayorazgos son
con los que puede alcanzar...

DON CARLOS

Lo que yo la pienso dar:
mi mano y mi corazón.

GINÉS

Si tal que decís supiera
vuestro padre don Enrique...

DON CARLOS

Calle el necio, y no replique,
que él callara aunque lo oyera.
Lo que á tí toca, Ginés,
en vez de vanos consejos,
es acechar desde lejos
por dónde se parte Inés.
Sus pasos has de seguir
donde vive hasta saber,
porque yo la he de ir á ver,
y ella no lo ha de decir.

Y ahora precaución será
el separarnos.

GINÉS

Sí, á fe.

DON CARLOS

Porque si juntos nos ve,
sin llegar se tornará...

GINÉS

Y aunque ya tal precaución
por sí sola no bastara...

DON CARLOS

Qué, Ginés?

GINÉS

La cosa es clara;
volved allí.

DON CARLOS

Damas son;
tan temprano?

GINÉS

Aun hay estrellas.
Venid, que pasen dejemos.

DON CARLOS

Sí, que después volveremos
en cuanto se vayan ellas.

ESCENA II

DOÑA LEONOR *y* BRÍGIDA, *con mantos*

DOÑA LEONOR

Dijísteis bien al cochero
el punto en que ha de aguardar?

BRÍGIDA

Entre el Soto y la Monclova;
no temáis, que no errará.

DOÑA LEONOR

Parece, si no me engaño,
que éste es el sitio.

BRÍGIDA

En verdad
que no quisiera una línea
las señas equivocar;
mas ved, allí está la Tela,
la Casa de Campo allá,
á esta parte la Monclova,
aquí la fuente...

DOÑA LEONOR

Mirad;
pues aun no vino don César,
no nos estuviera en más
en la orilla de esta fuente
un instante descansar.

BRÍGIDA

Sí, por cierto, mi Leonor.
Mas tal vez os sentís mal?

DOÑA LEONOR

Qué bien queréis que me sienta
estando en este lugar
con lo que dentro del pecho
tormento al alma me da?
Pluguiera á Dios que naciera,
Brígida, en plebeyo hogar,
si por ser quien soy me privan
de cuanto me da solaz!

BRÍGIDA

Y por qué de una vez todo,
mi Leonor, no confesáis?
Que no ha de ser tan tirano
vuestro padre, y cederá.

DOÑA LEONOR

Ceder! Brígida, ni un punto
consiente en volver atrás,
que una vez que fuí á decirlo,
irritóse, y más tenaz,
juróme que, ó me casaba,
ó me haría profesar.
Y, ay Brígida! Si á lo menos
don Carlos me amara...

BRÍGIDA

Bah!

DOÑA LEONOR

Casárame, por mi vida,
siquiera por acabar
de quejas; mas, en don Carlos,
en vez de darme un galán,
como yo sé que le obligan,
me dan un tormento más.

BRÍGIDA

Busquemos, pues, algún medio
con que poderlo estorbar.

DOÑA LEONOR

Nuestros padres lo trataron,
hace muchos años ya,
de enlazar ambas familias
por el efímero afán.
Ambos están empeñados,
y entrambos me han de matar,
porque yo adoro á mi primo
don César cada vez más,
y estoy á todo resuelta
antes que sacrificar
todo el amor de mi vida
á quien no lo ha de estimar.

BRÍGIDA

Los ímpetus, Leonor,
de la pasión moderad,
y dejad al tiempo tiempo,
que, tras uno, otro vendrá.
La pasión es un escollo,
mi Leonor, en vuestra edad...

DOÑA LEONOR

Pues yo seguiré mi ruta,
ó tengo en él de encallar.

BRÍGIDA

Mirad no rompáis el buque
y á pique venir lo hagáis,
que lleváis, Leonor, en él
el honor.

DOÑA LEONOR

Dueña, callad,
mujeres como yo
bien su honor saben guardar,
y no hay mejor centinela
que la propia voluntad;
mas si lo decís ahora
por el lugar en que estáis,
tened, Brígida, hasta el fin
la paciencia de esperar,
pues para amores livianos
no os buscara yo en verdad;
que siendo Leonor Girón,
como quien soy he de obrar,
y en quien soy, dueña, no cabe
pequeñez ni liviandad.

BRÍGIDA

Señora, si mis palabras
pudieron en esto errar,
perdonadlas, porque fueron
hijas del labio, y no más.
Vuestro padre, á mi cuidado
os tuvo á bien encargar,
y aunque puedo, complaciente,
conceder á vuestra edad
lo que se debe en justicia,
los límites sin pasar
de la razón y el honor,
os juro que volverá
vuestro honor á vuestro padre,
tan puro como el cristal;
porque siendo yo quien soy,
como quien soy he de obrar,
y en quien soy, Leonor, no cabe
pequeñez ni liviandad.
Mas allí viene don César,
y porque, Leonor, veáis
que os quiero como á quien sois,
y rencor no sé guardar,
donde vuestra voz no alcance
me retiraré.

DOÑA LEONOR

Esperad,
que donde esté Leonor
habrá su dueña lugar.
Sentáos aquí, y ahora
ved, dueña, oid y callad.

ESCENA III

DOÑA LEONOR, DON CÉSAR *y* BRÍGIDA

DON CÉSAR

Tanta fortuna, Leonor!
Recibí vuestro billete,
y aun me tengo por juguete
de sueño fascinador.
Hoy vengo, mi dulce amor,
dudando si en este incierto
desvarío, estoy despierto
para tal felicidad,
y aun dudo de la verdad.

DOÑA LEONOR

Sí, don César; es muy cierto.
Mas no por ello penséis
que, en igual desliz los dos,
á mí me falto por vos
ni á vos por mí faltaréis,
que es por honra, y lo veréis,
don César, por lo que os llamo;
de vuestro amor al reclamo
no os diera la cita, no,
que años ha que os dije yo,
primo don César, que os amo.

DON CÉSAR

Confuso, Leonor, estoy
vuestras voces escuchando,
y de que aun estoy soñando
más convenciéndome voy.

DOÑA LEONOR

Don César, despertar hoy
á la voz de la razón
es precisa obligación
si, como decís, me amáis.

DON CÉSAR

Probarélo si me dáis
de probároslo ocasión.

DOÑA LEONOR

Pues oid, y os la daré.
Sabéis (que no es de ignorar)
que me quieren desposar,
con pequeña causa, á fe;
que á otro que á vos no querré
sabéis, don César, también,
y es justo que penséis bien,
puesto que á otro no he de amar,
si me podéis desposar
antes que esposo me den.
Si elegir entre los dos
dejaran mi voluntad,
yo no eligiera en verdad,
don César, á otro que á vos;
quiérelo distinto Dios.
Mi padre, airado y violento,
me propone en el momento
ó casarme ó profesar;
si con vos no he de casar,
elijo lo del convento.

DON CÉSAR

No será, pese á los cielos
y á la negra estrella mía!
No he de perder en un día
una vida de desvelos;
Leonor, mi amor y mis celos
esos amaños tiranos
romperán, y de sus manos
ambos libres quedaremos.

DOÑA LEONOR

Tened, don César, no demos
en obrar como villanos.
Que aunque consiento en quereros,
y si no á vos á ninguno,
es pensamiento importuno
que galán mío he de haceros.

DON CÉSAR

Leonor, como caballeros
que somos ambos á dos,
cuerpo á cuerpo...

DOÑA LEONOR

No, por Dios,
que aun es mayor disparate
que consienta yo en que os mate
ó á don Carlos matéis vos.

DON CÉSAR

Á comprenderos, señora,
no atino, por vida mía;
sacadme de esta agonía,
que por cierto que ya es hora.
Á mí os acogéis ahora
porque casaros pretenden;
de las manos que os ofenden
yo libraros quiero, y más.
Cómo, si os volvéis atrás,
vuestros deseos se entienden?
Que yo os amo, claro está;
que os respeto, bien se vé;
que me amáis, pues, yo lo sé,
dudarlo ofensa será.
Cuando á daros mi amor va
la defensa que pedís,
que no le mate decís,
que él me mate no queréis;
decid, pues, qué resolvéis,
qué otorgáis y resistís.

DOÑA LEONOR

Que os ciega vuestra pasión,
bien claro, don César, veo,
y en ello tiene el deseo
sobrada satisfacción.
Mas cobrad vuestra razón,
que ha falta de claridad,
y lo que os digo escuchad,
sin que andéis, por conjeturas,
con la razones á oscuras
y á tientas con la verdad.
Pues don Carlos no me estima,
don César, como á quien soy
pediréis á mi padre hoy
la mano de vuestra prima.

DON CÉSAR

Y es patente que se exima.

DOÑA LEONOR

Entonces idos al juez;
confesadle sin doblez
de mi padre la injusticia.

DON CÉSAR

Y si el juez no hace justicia?

DOÑA LEONOR

Acabamos de una vez.
Porque es vano imaginar,
y miente quien lo dijere,
que yo con quien no me quiere
tengo nunca de casar.
Si vos lo habéis de excusar
por excusar la pendencia,
miradlo en vuestra conciencia,
que si con vos, César, no,
desde ahora apelo yo
del convento á la sentencia.

DON CÉSAR

Antes que suceda tal,
pierda la vida, Leonor,
que con vida y sin tu amor
acertaré á estar muy mal.

DOÑA LEONOR

Ved, dueña, si criminal
ó liviano hay algo aquí.

BRÍGIDA

Si guardáis rencor así,
vuestra casa dejaré.

DOÑA LEONOR

Me importa que el mundo esté
bien satisfecho de mí.

DON CÉSAR

Mas del campo á los extremos
un hombre hacia aquí se viene.

DOÑA LEONOR

Partámonos, que conviene
que algún encuentro evitemos.

BRÍGIDA

Ved que llega.

DOÑA LEONOR

Pues quedemos
como estamos sin recelo.

DON CÉSAR

Bajad sobre el rostro el velo
y dejémosle pasar.

DOÑA LEONOR

Por mi vida que es azar!
Carlos!

DON CÉSAR

Confúndale el cielo.

ESCENA IV

DOÑA LEONOR, DON CÉSAR, DON CARLOS
y BRÍGIDA

DON CARLOS

(Aparte.) Todavía gente aquí!
No es don César el que veo?

BRÍGIDA

(Aparte á doña Leonor.)
Que nos examina creo.

DOÑA LEONOR

Harto me pesa, ay de mí!

DON CÉSAR

No hará porfía, que es
hidalgo, y fuera importuno.

DON CARLOS

(Sin duda que sobra alguno,
pues si hay dueña somos tres.)

DON CÉSAR

(Ello es fuerza que se vaya
para podernos librar.)

DON CARLOS

(De poderme yo quedar
es fuerza que razón haya.)

DON CÉSAR

(Pues hemos bien de salir.)

DON CARLOS

(Levantándose.) (Yo tengo de quedar bien.)

DOÑA LEONOR

(Sobresaltada.)
Don César!

DON CÉSAR

Quietas estén,
que yo lo haré.

DOÑA LEONOR

Sin reñir.
(Don César y don Carlos se van el uno para el otro.)

DON CARLOS

Don César, muy bien hallado.

DON CÉSAR

Don Carlos, mejor venido.

DON CARLOS

Si me fuera permitido...

DON CÉSAR

Cuanto os viniere en agrado.

DON CARLOS

Si tal no os pesa escuchar,
pues gozáis tanto favor,
suplicara á vuestro amor
se dignara despejar.

DON CÉSAR

Según como lo decís,
justo preguntaros fuera,
si resuelto en tal manera
á que despeje venís.

DON CARLOS

Si tal empeño tomara,
don César, á cuenta mía,
menos espacio tendría,
y en vez de rogar, mandara.

DON CÉSAR

Don Carlos...!

DON CARLOS

Dejad que acabe,
porque hidalgo con razón
nunca excusa la ocasión,
pero dar su razón sabe.
De entender vuestros asuntos,
don César, no tengo afán,
porque sabed que en mí van
discreción y valor juntos.
Si solo me hallara aquí,
sin ocupación alguna,
hubiera á honor y fortuna
que echárais mano de mí.
Mas pues, llegando primero,
vuestro amor logrado habéis,
confío no impediréis
el mío por ser postrero.
Ved ahora si en tal estado
os puede mucho importar
ceder un poco el lugar
á otro menos fortunado.

DON CÉSAR

En cortesía y valor
dos veces me habéis vencido.

DON CARLOS

Si en algo molesto he sido,
perdonad, que haréis favor.

DON CÉSAR

(Fortuna fué singular
que él me ayudara en tal guisa.)
(Á don Carlos.) Adiós quedad.
(Á doña Leonor.) (Dáos prisa.)

DON CARLOS

Él os quiera acompañar.

ESCENA V

DON CÉSAR, DOÑA LEONOR *y* BRÍGIDA *que se alejan, sin que lleguen á desaparecer enteramente;* GINÉS *llegando por detrás á* DON CARLOS.

GINÉS

Ved que es Leonor.

DON CARLOS

Mentecato,
qué dices?

GINÉS

Que los cogí
descuidados, y los ví
á mi sabor muy buen rato,
y os juro que Leonor es.

DON CARLOS

Mientes?

GINÉS

Á fe de soldado.

DON CARLOS

(Volviéndose á don César.)
Don César, muy bien hallado.
Señoras, bésoos los pies.

DOÑA LEONOR *(Á don César.)*

Qué es ésto, primo?

DON CÉSAR *(Á doña Leonor.)*

No sé.
Don Carlos, qué se os ofrece?

DON CARLOS

Que nuestro encuentro merece
más detenimiento, á fe.

BRÍGIDA *(Á doña Leonor.)*

(Nos ha conocido.)

DOÑA LEONOR

Cielos!

DON CÉSAR

Más claro os explicaréis.

DON CARLOS

Vos sí que favor me haréis
en sacarme de recelos.
Esas damas, quiénes son?

DON CÉSAR

Eso ya es descortesía.

DON CARLOS

Pues, como antes os decía,
yo soy hombre de razón.
Y así, don César, declaro
que quién son he de saber.
Mirad vos cómo ha de ser,
que de vos no me separo.

DON CÉSAR

Pues riñamos, vive Dios,
que á mí callarlo me importa.

DON CARLOS

La contestación es corta,
mas tal vez os pese á vos.
(Ponen mano á los estoques.)

DOÑA LEONOR

Cielos, valedme!

DON CARLOS

Tenéos,
que ya mi oído veloz,
recogiéndome esa voz,
ha colmado mis deseos.
(Á doña Leonor.) Hermosa doña Leonor,
por qué os receláis de mí,
cuando el hallaros aquí
hoy es á entrambos mejor?
Que es libre y tirano amor,
bien sabéis, á lo que veo,
que en oculto galanteo
os hallo, Leonor, aquí,
y tal vez podrá, por mí,
cumplirse vuestro deseo.

DOÑA LEONOR

Pues ya el disimulo es vano
á vuestra penetración,
yo soy Leonor de Girón;
(Alzándose el velo.)
que éste es don César, es llano.
Mas no es en vos cortesano,
don Carlos, tanto insistir
el semblante en descubrir
de quien nada deseáis,
que, puesto que no me amáis,
bien os lo puedo decir.
Nuestras almas no acertaron
á amarse un solo momento,
lo de nuestro casamiento
nuestros padres lo trataron;
mas lo que ellos concertaron
amor lo desconcertó,
y, pues su razón la erró,
contra nuestros corazones,
ellos las satisfacciones
podrán daros, y no yo.
Pero porque no os vayáis
sin satisfacción alguna,
yo os diré que, por fortuna,
á muy buen tiempo llegáis;
es preciso que sepáis
que ayer, que á mi padre ví,
dióme á escoger, ay de mí!
vuestra mano ó el convento.
Yo, mejor que el casamiento,
lo del convento elegí.
Ahora, don Carlos, mirad
si en hora tan desdichada
ceder me importará nada
un poco de vanidad,
y á Dios que os guarde.

DON CARLOS

Esperad,
que esas razones sobraron,
si nuestras almas no hallaron
medio de amarse un momento,
y lo de este casamiento
nuestros padres lo trataron;
si llevárais en paciencia
dejarme antes concluir,

no tuviérais que añadir,
señora, ni una sentencia.
Mientras creyó mi prudencia
vuestra alma libre de amar,
no me atreví á contrariar
la voluntad de mi padre,
mas ya que á quien mal le cuadre
hay tal vez, dejadme hablar.
En que no me amárais vos,
y en que yo á vos no os amara,
acaso, aunque nos pesara,
consintiéramos los dos.
Escondiéramos, por Dios,
uno al otro nuestro afán;
y pues nobleza nos dan
nuestros padres al nacer,
ni yo amara á otra mujer,
ni vos buscárais galán.
Hubiéramos, Leonor,
largo tiempo así vivido;
la mujer con el marido,
pero entrambos sin amor.
Esto no cabe en mi honor
permitirlo ni pensarlo;
en vos estaba el callarlo,
en mí estaba el inquirirlo;
en vos estaba el sufrirlo,
pero en mí está el estorbarlo.
Amo á mi padre, le adoro;
por cumplir su voluntad
diera hasta mi eternidad,
mas no el ajeno decoro;
tendrálo en mí por desdoro,
pero decidido estoy
á que todo lo sepa hoy,
que es justo que desde ahora
os libre de mí, señora,
por quien sois, y por quien soy.
Al vuestro también diré,
y afirmadlo vos así,
que quedáis libre de mí,
y no pregunte el por qué.
Habrá de pesarle, á fe;
la ira le asaltará,
mi padre me ultrajará,
y ambos tendránlo por mengua,
pero os juro que mi lengua
nunca más os nombrará.
Ved, don César, si importaba
á estas damas conocer;
y si el duelo es menester,
cuando gustáreis se acaba.

DON CÉSAR

Confieso que no aguardaba
satisfacción tan cumplida;
don Carlos, me dáis la vida,
perdonar debéis mi error.

DON CARLOS

Debe á mi lengua, Leonor,
si en algo anduvo atrevida.

DOÑA LEONOR

Tan confusa de atenderos
me tienen vuestras razones,
que me faltan expresiones,
don Carlos, que responderos.
Obligárame á quereros,
como habéis bien advertido,
si mi suerte hubiera sido
por esposo mío tomaros,
que supiera respetaros,
don Carlos, como marido.
Pero á don César queriendo,
estimo más lo que hacéis...

DON CARLOS

Os suplico que excuséis,
que las horas van corriendo.

DOÑA LEONOR

Es cierto, y agradeciendo
que mancebo tan cortés...

DON CARLOS

Bésoos, señora, los pies.

(Inés, llegando turbada y rápidamente, se ampara detrás de los que están en la escena, y al punto reconoce á don Carlos. Poco después entran dos desconocidos, que se supone venir tras ella.)

INÉS

Hidalgos, en caridad!

DOÑA LEONOR

Qué es esto?

BRÍGIDA

Cielos!

DON CÉSAR

Mirad!

INÉS

Socorro... Carlos!

DON CARLOS

Inés!

ESCENA VI

DON CÉSAR *y* DOÑA LEONOR *á la derecha, y á su lado* BRÍGIDA; GINÉS *á la izquierda, y á su lado los dos desconocidos; en el centro* INÉS *amparada por* DON CARLOS.

GINÉS

(Ay, Ginés! Buena la hicimos;
ya escampa, y llovían peñas.)

BRÍGIDA

Pues si no mienten las señas,
papel de tercero hicimos.

DOÑA LEONOR *(Á don César.)*

Inés dijo...?

DON CÉSAR *(Á doña Leonor.)*

Qué sé yo?
Todos son secretos hoy.

DON CARLOS

(Corrido en verdad estoy.)

INÉS

(Quién en hombres se fió!)

DON CARLOS *(Á Inés.)*

Y, en fin, diréis qué es aquesto?

INÉS

Esos hombres me seguían.

DON CARLOS *(Á ellos.)*

Esos hombres, qué querían?
Pocas razones, y presto.

HOMBRE 1.º

Esa mozuela bellaca,
que en mi casa está sirviendo,
robó unos trastos, y entiendo
que se huía hacia Aravaca,
que es su pueblo, y voto á tal...

DON CARLOS

Inés, tú criada...?

INÉS

No;
ese villano mintió
y lo ha fingido muy mal.

HOMBRES 1.º *y* 2.º

Cómo, infame...!

DON CARLOS

Callad vos,
que si no me fuera en mengua,
os arrancara la lengua
de las fauces á los dos.

HOMBRE 1.º

Daréisme cuenta y sobrada.

DON CARLOS

Traigo para los villanos
satisfacción en las manos.
Tomad esta bofetada. *(Dále.)*

HOMBRE 1.º

Tal injuria á mí! *(Meten mano.)*

DON CARLOS *(Á Inés.)*

Huye, Inés,
que yo la espalda te cubro.

INÉS

No me voy si no descubro
esa tapada quién es.

DOÑA LEONOR

Oís, don César? Le pidió
satisfacción.

DON CÉSAR

Ya lo oí.

DOÑA LEONOR

(Que no me amara creí,
pero que por otra no.)

ESCENA VII

DON CÉSAR, DON CARLOS *y los dos desconocidos riñendo;* ALGUACILES, SOLDADOS, *etc.*

ALGUACIL 1.°

Dénse al rey!

OTRO ALGUACIL

Ténganse, digo.

ALGUACIL 1.°

Afuera. Ténganse á raya.

UN ESCRIBANO

El que reñido no haya
quédese para testigo.

DON CARLOS

(Á uno de los desconocidos, á quien tiene cogido por la garganta.)
Conmigo osabáis reñir?
Llevadle, justicia, preso.

ALGUACIL 1.°

Ahora trataremos de eso,
que todos han de venir.
Y qué es ello?

HOMBRE 1.°

Esa mujer,
que es, señor, criada mía...

DON CARLOS

Esta mujer no servía,
y ya le pueden prender.

ALGUACIL 1.°

Todos irán, que si no,
no acaba vuestra malicia.

DON CARLOS

Téngase aquí la justicia,
ó la haré tenerse yo.
Prended á ese hombre, y váis bien,
sin ver lo más que aquí pasa.
Esta dama es de mi casa,
y yo soy...
(Acercándose al oído del principal de la justicia.)

ALGUACIL 1.°

Quietos estén!
(Al hombre 1.°) Vos con nosotros venid.
(Á don Carlos.)
Y vuestra merced perdone.

DON CARLOS

Los derechos que os abone
al mayordomo decid.

ESCENA VIII

DON CARLOS, DON CÉSAR, DOÑA LEONOR, INÉS, BRÍGIDA *y* GINÉS

INÉS *(Á don Carlos.)*

Pues hoy os debo el honor,
ved en qué os puedo servir.

DON CARLOS

Tan sola os habéis de ir?

INÉS

Sola he venido, señor.

DOÑA LEONOR *(Á don Carlos con intención.)*

Que la guardéis es mejor,
don Carlos; idos con ella.

INÉS *(Intencionadamente.)*

Oh! Por mí no hagáis querella;
con esas damas quedad,
que ir con vos por la ciudad
no está bien á una doncella.
Porque vos, según parece,
en lo galán, caballero,
sois mucho para escudero
de quien tan poco merece.
De tal honra desmerece
mi edad y mi condición.

DOÑA LEONOR

(Y que siendo yo Girón
por otra no me quisiera!)
Don Carlos, dirá cualquiera
que aquestos despiques son.
Si conocéis á esa dama,
id con ella sin recelos,
que no ha de servir de celos
á quien sabéis que no os ama.
Y, si esto no es en disfama
de alguien de los que aquí estamos,
permitidme que os digamos
que si estorbaros pudimos...
Suponed lo que decimos,
don Carlos, cuando callamos.

DON CARLOS

Leonor, asuntos de honor
no á las damas son ajenos,
ni el de ésta ha de serlo menos,
por no ser doña Leonor.
(Á Inés.)
Señora, haréisme favor...

INÉS

Con vos, señor, no he de ir.

DOÑA LEONOR

Tiene razón, que ha de oir
la frase que he de acabaros,
y que por apresuraros
no me dejásteis decir.
(Con ironía.)
Nuestras almas no acertaron
á amarse un solo momento;
lo de nuestro casamiento
nuestros padres lo trataron.
Mientras mis ojos erraron,
y os creí libre de amar,
no me atreví á contrariar
la voluntad de mi padre.
Mas ya que, á quien mal le cuadre,
hay tal vez, dejadme hablar:
en que no me amárais vos,
y en que yo á vos no os amara,
acaso, aunque nos pesara,
consintiéramos los dos.
Escondiéramos, por Dios!
uno al otro nuestro afán;
y pues nobleza nos dan
nuestros padres al nacer,
ni amárais á otra mujer,
ni yo buscara galán.
Así hubiéramos, señor,
por largo tiempo vivido;
con la mujer el marido,
pero entrambos sin amor.
Esto no cabe en mi honor
permitirlo ni pensarlo;
en vos estaba el callarlo,
en mí estaba el inquirirlo;
en vos estaba el sufrirlo,
pero en mí está el estorbarlo.
(Váse riendo y dando el brazo á don César; Brígida los sigue.)

INÉS

(Con resentimiento á don Carlos.)
Dos meses ha que me amáis,
y el recuerdo no os asombre.
Cuando os pido vuestro nombre,
«un hidalgo» contestáis;
ha dos meses me engañáis;

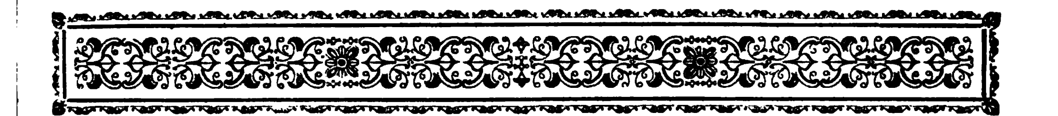
dos meses que me mentís.
«Un hidalgo», me decís;
y es bien claro que sois más.
Oh! No lo digáis jamás
si decírmelo sentís!
Mas ha dos meses se estrella
en mi honor vuestra pasión;
preguntáis mi condición,
y yo os digo «una doncella».
Pues ambos por igual huella
nos buscamos hasta aquí,
vos recelando de mí,
yo recatando de vos,
desengañados los dos,
me perdísteis y os perdí.

(Váse Inés y queda don Carlos como avergonzado, y repara al punto en Ginés, que le contempla.)

DON CARLOS

Fuerza que me pierda hoy es.
Pues no sé lo que me pasa.
(Á Ginés.)
Sigue á esa dama, Ginés,
y no vuelvas á mi casa
sin que con la suya des.





JORNADA SEGUNDA

Habitación elegante en casa del Duque

> **Paréceme que aún la escucho.**
> **Soy, dijo, á mi furor loco,**
> **para esposa vuestra poco,**
> **para dama vuestra mucho.**
> **LOPE DE VEGA.**

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE

También es tenacidad
de don Diego y de Leonor.
Negocian puntos de amor
con una velocidad
que ya toca en lo importuno.
No creen sino que esta boda,
porque á ellos les acomoda,
no es incómoda á ninguno.
Carlos jamás tuvo en ella
inconveniente á mi ver...
Pero le puede tener
si ve que se le atropella.
Y aunque si ya no le halló,
que le encuentre dificulto,
tampoco obligarle á bulto
á casarse quiero yo.
Porque, qué le contestara,
si de haberme obedecido,
el mal que le haya venido
con razón me echare en cara?
Mucho me holgara, en verdad,
en que con Leonor casase;
yo insistiré en que se case,
mas no contra voluntad.
Hola! Á don Carlos llamadme;
y entre tanto, pensamientos,
de vuestros locos tormentos
un instante relevadme. *(Pausa.)*
Y por fin, si de su honor
con una exigencia cruel,
después de casarle á él
le contara yo mi amor,
no dijera, y con justicia,
á proceder tan injusto,
que por hacer yo mi gusto
puse en el suyo malicia?
Que yo amo, es cierto, á fe;
que él no la ama, es evidencia...
Qué he de hacer con mi prudencia,
vive Dios que no lo sé.

ESCENA II

EL DUQUE *y* DON CARLOS

EL DUQUE

Ya, hijo mío, te esperaba.

DON CARLOS

Yo, padre, os buscaba á vos.

Mas hoy no nos hemos visto;
dadme las manos, señor.

EL DUQUE

Tómalas, hijo, y con ellas
mi amor y mi bendición.
Tengo un punto de que hablarte
que nos importa á los dos.

DON CARLOS

Decid, padre, que os escucho.

EL DUQUE

Siéntate, y óyeme.

DON CARLOS

Estoy.

EL DUQUE

Sabes, hijo, que por dicha
—que así el cielo lo arregló—
somos nobles de la casa
de los Ponces de León,
y que en bienes de fortuna,
en honra, lustre y valor,
á ninguna otra, en Castilla,
nuestra familia cedió.

DON CARLOS

Y si hay, padre, quien lo dude,
nombrádmele sin temor,
que además de la nobleza,
traigo espada, y hombre soy.

EL DUQUE

Nadie lo duda, y por esto
el mundo nos ordenó
ciertas leyes, que cumplirlas
nos es en obligación.
Por ejemplo, que casemos
con damas de tanto honor
que con su lustre den lustre
á nuestro limpio blasón.
Ha mucho tiempo, hijo mío,
que tu boda se trató,
por negocios de familia,
no te importa cuáles son,
y te buscamos esposa
en la virtuosa Leonor,
que es la prenda de más precio
de la casa de Girón.
Que á tu padre tal pluguiera,
callártelo fuera error,
siendo tu padre el primero
que en esta boda pensó.
El tiempo y las circunstancias
la hicieron punto de honor,
pues al mío importa sea,
mas si daña al tuyo, no.

DON CARLOS

Antes de que yo os responda,
á mí respondedme vos.
Me amáis, señor?

EL DUQUE

Más que el ciego
amara, si viera, al sol.

DON CARLOS

Si pesarlo fuera dado,
cuál pesara más, señor,
vuestra honra, ó vuestro hijo?

EL DUQUE

Hijo y honra... qué sé yo?

DON CARLOS

Luego igual pesan entrambos?

EL DUQUE

Por cierto que es confusión.
(Reflexionando.)
La honra, de nuestros bienes,
es sin duda el bien mayor;
y los hijos... si son buenos,
nos bendice en ellos Dios.
La honra... tal vez se cobra
con intriga ó con favor...
Los hijos...

DON CARLOS

Qué decís, padre?

EL DUQUE

El que una vez se perdió...

DON CARLOS

Respondéis, señor, quién pesa
más?

EL DUQUE

El hijo, vive Dios!
Y á preguntarlo no vuelvas,
que dos veces, tal vez no.

DON CARLOS

Permitid, pues, que rehuse
la boda con Leonor;
Mas no lo tengáis á mengua,
libertinaje ó baldón,
que porque tal no pensárais
desposara al diablo yo;
mientras que amarme pudiera
doña Leonor de Girón,
consentí en sacrificaros
mi vida sola, señor;
pero hoy que sé que no alcanza
á amarme su corazón,
hoy en libertad la dejo;
la mía os atañe á vos.

EL DUQUE

La tuya, hijo, como tuya
toda entera te la doy,
úsala como quien eres,
como Ponce de León.

DON CARLOS

Mi libertad tengo en mucho,
y en más á quien me la dió,
porque aun antes de alcanzarla
era hijo vuestro, señor.
Pero... Padre! Qué tenéis?
Desfallecida la voz,
los ojos volvéis inquietos,
fáltale al rostro el color...!

EL DUQUE

Del atormentado pecho
ecretos afanes son,
el rubor de alimentarlo
le en el rostro y la voz.

DON CARLOS

Vos afanes, padre mío!
Vos secretos! Afán vos!
Oh! Creísteis mis palabras?
Padre, mi padre, perdón.
Si os ha de causar enojos,
mirad bien que fué un error,
y antes, padre, que enojaros
muriera mil veces yo.
Lloráis, señor? Vive el cielo!
Me partís el corazón.
Tanto ha podido ofenderos
el no querer á Leonor?
Ah! Por qué no me mandásteis
que no os respondiera, *no?*
Que es para mí sobre todo
mi padre, después de Dios.

EL DUQUE

Calla, Carlos, que del pecho
secretos afanes son,
y parte en ellos no tienes
ni tú ni nadie.

DON CARLOS

Señor...

EL DUQUE

Mira, Carlos, son hoy tales
estas dudas en que estoy,
que me pesa el sí, y me pesa
que me respondas que no.
Resistirlo más no puedo,
que un pensamiento traidor
me ha asaltado sordamente
tras el eco de tu voz.
He pensado que si amaras
á otra mujer, ó mejor,
ó más bella, ó aun acaso
de más baja condición...

DON CARLOS

Padre...!

EL DUQUE

No es que te lo digo,

es que lo pienso; mas no.
Carlos, hijo mío, díme:
me amas mucho?

DON CARLOS

Como Dios
amar á su Madre puede,
y como Aquélla al Señor.

EL DUQUE

Defendieras una causa
en que hubiera parte yo
con justicia?

DON CARLOS

Eso dudáis?
Contra ley y sin razón.

EL DUQUE

Y si vieras en tu padre
una falta, la menor,
mas que el mundo reprocharla
pudiera como un baldón...?

DON CARLOS

Harto contrario no fuera
todo el mundo á mi furor,
que un crimen en vuestro rostro
como virtud viera yo.
Y al que lo mismo no viera
delante á mí, vive Dios!
que á estocadas en el pecho
le buscara el corazón.
Y no le valiera el sitio,
ni la fuerza, ni el valor;
le matara, y si no fuera
cuerpo á cuerpo, por traición;
porque es para mí en el mundo
mi padre después de Dios.

EL DUQUE

Carlos, me vuelves la vida;
dáme los brazos.

DON CARLOS

Señor,
vuestro hijo soy; mas decidme
de vuestro mal la ocasión.

EL DUQUE

Que pues, Carlos, tanto me amas...
Mis duelos vienen de amor.

DON CARLOS

No es más, padre? Pues en eso
vuestro corazón erró?
No sois hombre, y no están todos
sujetos á una pasión?

EL DUQUE

Pero tal vez es indigno
de mi pecho tal amor,
que amo, Carlos, á una perla
pura, hermosa como el sol,
pero en el fango del mundo
el cielo me la encerró;
mas harto, Carlos, te he dicho,
y de vergüenza me voy,
que cosas á veces matan
si se escuchan, hijo, dos.

DON CARLOS

(Cielo santo! Estoy despierto?
Tantas desventuras hoy?
Si tras la muerte me voy,
aun creo el hallarla incierto!
En lo mismo que he pecado
á pecar mi padre va?
Oh, por Dios que no será
fuera de ambos mal contado!)
Padre, señor, un momento;
un remedio me ha ocurrido,
conque vos seréis servido
en lo de aquel casamiento.

EL DUQUE

Un remedio! Y, qué ocasión...?

DON CARLOS

Aguardad y os la diré,
permitidlo, y partiré
mañana mismo á Aragón.

EL DUQUE

Á Aragón quieres partir?

DON CARLOS

Allí haciendas no tenemos?

EL DUQUE

Mas lo mismo quedaremos.

DON CARLOS

Así se ha de concluir;
vos á don Diego diréis
que á mi vuelta he de casarme.

EL DUQUE

Y una razón no has de darme...?

DON CARLOS

Padre, no la preguntéis.
Harto, señor, os pesara
si yo la razón os diera.

EL DUQUE

Por vergonzosa que fuera
yo sé que la perdonara.

DON CARLOS

No es sino noble é hidalga;
mas que la calle otorgad.

EL DUQUE

No sé, Carlos, en verdad
que tanto tu razón valga.

DON CARLOS

Hoy en vos más no pesó
que la honra el hijo quizás?
Pues ved que en mí pesa más
el honor vuestro que yo.

EL DUQUE

Tú verás lo que ha de ser,
que más no he de importunar,
y no me atrevo á negar
lo que puedes menester. *(Váse.)*

ESCENA III

DON CARLOS

Y en un solo momento,
con sola una palabra, de mi vida
robóme la esperanza y el contento!
Pero cómo no amarla...
Á esa tierna beldad desconocida
tanto más adorada
cuanto más me parece desdichada?
Oh! Por qué nos llamamos
Ponces, Tellos, Abarcas y Girones,
si á amarrar no alcanzamos
á nuestro alto blasón nuestras pasiones?
Mas que mi padre viva,
que ame, y que goce como grande y rico,
en tanto que en silencio
yo mi amor á su amor le sacrifico.
Y al fin, qué vale todo?
Mujer será, ligera y veleidosa,
que cuando yo la alzara,
tal vez de que era mía se olvidara,
acordándose, ay Dios! de que era hermosa.
Oh! Tal pensando me estremezco y lloro!
Mujer al fin... mujer, pero la adoro.
Hola! Á Ginés buscadme.

GINÉS

Héme aquí ya, señor.

DON CARLOS

Qué sabes de ella?

GINÉS

Seguí traidor su huella,
mas tal vez conociendo la seguía,
de calle en calle y de plazuela en plaza
atenta y pertinaz iba y venía.

DON CARLOS

La hallastes? Sí, ó no.

GINÉS

Por vida mía!
Pusiérame ante vos si no la hallara?
Hasta la calle fuí de *Mira el Río*,

número cuatro, casa solitaria,
la puerta estrecha y de agujeros llena,
tras el cubo, señor, de la Almudena.

DON CARLOS

Gracias, Ginés, y toma.
(Dále un bolsillo.)

GINÉS

Señor, soldado soy y buen criado;
el oro es de traidores ó cobardes.

DON CARLOS

Pues para mí conviene que lo guardes.

GINÉS

Mal, señor, lo concilias.
No estará en vuestras manos más seguro?

DON CARLOS

Yo puedo malgastarlo;
tócale al mayordomo conservarlo,
que soy, Ginés, un hijo de familias. *(Váse.)*

GINÉS

Díjome mayordomo?
Gajes son del oficio; pues lo tomo.

——

ESCENA IV

Casa pobre, y salen DOÑA VIOLANTE *é* INÉS. *Es de noche.—Luz*

VIOLANTE

Estás cabizbaja.
Qué tienes, Inés?

INÉS

Doquier que los ojos
volváis, lo veréis.
Qué más, madre mía,
pudiera tener?

VIOLANTE

Voluntad suprema
de los cielos es.

INÉS

Más propicios, madre,
nos pudieran ser.

VIOLANTE

Respeta á los cielos;
son justos, Inés.
Tu padre hubo siempre
entera su fe;
fué siempre á su patria
y á su Dios muy fiel.
Murió defendiendo
su patria y su rey,
y aunque nuestras dichas
murieron con él,
los cielos son justos,
callemos, Inés.
Pero hoy más que nunca
parece, á mi ver,
que estás fatigada,
inquieta tal vez.

INÉS

(Dios mío! Ayudadme
silencio á tener.)
Estáis tan enferma,
y están ya también
nuestras esperanzas
tan muertas...

VIOLANTE

Sí, á fe.
Mas hemos llegado
hasta hoy; ya lo ves,
y así pasaremos
un día, dos, tres,
un mes y dos meses.

INÉS

Ay, madre! No sé.
Y cuando se pasen
el día y el mes?

DOÑA VIOLANTE

Entonces...

INÉS

Calladlo;

no en ello penséis,
que acaso tan sólo
por vos vive Inés.

DOÑA VIOLANTE

Hija! Mi consuelo!
Mi amparo y mi fe...
Me amas?

INÉS

Me ofende
que tal preguntéis.
Por vos diera todo
cuanto puedo ser,
mi vida, mi alma,
mi amor, ah! también.

DOÑA VIOLANTE

Tu amor! Á quién amas?

INÉS

Yo... Á nadie... Tal vez...
si algún día amara...
como á vos, á quién
quisiera...? Y siento
aún que lo dudéis.

DOÑA VIOLANTE

Si algún día amaras,
si fuerza ha de ser
que ames...

INÉS

Madre mía,
por vos amaré.
Sin vos, ni los cielos
le bastan á Inés.
(Ruido como de alguno que llega. Un embozado se acerca á la puerta.)
Mas, qué ruido...! Un hombre!
Qué audaz! Qué queréis?

EL DUQUE

(Desembozándose y saludando respetuosamente.)
Salvaros, señora,
si alcanzo á poder.

ESCENA V

DOÑA VIOLANTE, INÉS *y* EL DUQUE *disfrazado*

DOÑA VIOLANTE

Pues, decid, señor, qué pasa?
Qué repentina ocasión...?

EL DUQUE

Trájome mi corazón
á las puertas de esta casa.
Con vos, señora, un instante
quisiera, si os place, hablar.

DOÑA VIOLANTE

Señor, no puedo alcanzar...

EL DUQUE

De un asunto interesante.

DOÑA VIOLANTE

Decid, pues, que os escuchamos.

EL DUQUE

(Indeciso estoy á fe,
y qué decirlas no sé.)

INÉS

Señor, atentas estamos.

EL DUQUE

Nace á veces un deseo
en un corazón en calma,
que abrasa, señora, el alma,
y que no se apaga creo;
todo entonces es dudar,
no sosegar ni dormir,
no se sabe adónde ir,
ni se sabe en dónde estar.
No hay regalo en el placer,
ni las dichas nos agradan,
pues hoy tanto nos enfadan,
cuanto halagaron ayer.
Huímos nuestros amigos,
que al prestarnos sus consuelos,
no son más en nuestros duelos

que impertinentes testigos,
y silenciosos y uraños,
meditabundos y esquivos,
en el mundo de los vivos
parecemos como extraños.
Con el pensamiento á solas
gozamos una ilusión,
cual faro que en un peñón
alumbra las negras olas;
mas como él incierta, vaga,
ya esperanza, ya tormento,
dentro allá del pensamiento,
ya se muestra, ya se apaga.
Tal vez su ser no ignoramos,
mas por que no nos asombre,
jamás su ser ni su nombre
á solas nos preguntamos.
Hasta que llega una vez
en que, á tanto meditarlo,
no querer adivinarlo
fuera extrema estupidez.
Entonces nuestros enojos
truécanse en falaz ventura,
y refleja una hermosura
de nuestra alma á nuestros ojos.
Y de entonces, sin temor,
nos perdemos en pos de ella;
cuanto más huye, es más bella,
que es poderoso el amor.

DOÑA VIOLANTE

Tanto tiempo há que no escucho
acento tan cortesano,
que pienso que fuera en vano
querer escucharle mucho.
Me habéis hecho recordar
tantas pasadas venturas,
que apenas, por conjeturas,
os alcanzo á adivinar.
Una hija tengo, señor;
mas ved en vuestro desliz
que es demasiado infeliz
para inspiraros amor.
No finjáis debilidad
al través del abandono,
que no cambia por un trono
su amor y su soledad.

EL DUQUE

Qué habéis en mí conocido
para una respuesta tal?
Ó me he explicado muy mal,
ó me habéis mal comprendido.
Sé la indigencia en que estáis,
la virtud en que vivís;
si os enoja lo que oís,
á desecharlo bastáis.
Oro tengo, hidalgo soy;
si oro noble os bastará,
nadie en Castilla podrá
daros tanto como os doy.
Esto es cieno, ya lo sé,
mas por oro, pompa, honor,
si un poco me dáis de amor,
bien pagado quedaré.

DOÑA VIOLANTE

Quién sois, que me hacéis llorar,
no de duelo, de placer?

EL DUQUE

No me debéis conocer
si no lo habéis de aceptar,
que en la esperanza en que estoy,
si mi nombre os revelara,
que me amárais me pensara
nada más de por quien soy.

DOÑA VIOLANTE

Habláis, señor, de tal modo,
que no sé qué responderos.

EL DUQUE

Pues todo vengo á ofreceros,
mirad si os conviene todo.

INÉS

(Pobre anciana!) Perdonad,
que aunque sé que el vulgo es necio,
y sus hablillas desprecio,
mi honor me importa; escuchad.
Yo tengo, bien lo sabéis,
una madre por ventura;
ella, señor, mucho cura
de las prendas que en mí véis.

Amarla en mí no es virtud,
sí obligación principal,
que fuera pagarla mal
su desvelo y su inquietud.
Á su ciega voluntad,
ciega me sacrificara;
su vida á Dios le comprara
con toda mi eternidad.
Mas tuve un padre, señor,
buen vasallo y buen soldado,
que aunque en mi alma ha dejado
para ella todo su amor,
dejó á mi virtud constancia
con que en tan rico tesoro,
del noble me falta el oro,
mas me sobra la arrogancia.
Si la suerte, la riqueza
con mi padre me quitó,
yo sé bien que me dejó,
en la sangre, la nobleza.
Pues noble supe nacer,
y he vivido sin mancilla,
del mismo rey de Castilla
barragana no he de ser.

EL DUQUE

Con harto respeto oí
vuestras razones, señora,
y no sé, en verdad, ahora
á qué traerlas aquí.
No os he venido á insultar
como un avaro á un mendigo;
he venido como amigo,
para recibir y dar.
He venido porque os amo,
bella Inés, desde que os ví,
pero antes de entrar aquí
olvidé cómo me llamo,
que amor á todos extiende
su ley, y á nadie respeta.

INÉS

Pero el pueblo la interpreta,
señor, como la comprende.
Sé que hay un amor sublime
que arrebata el corazón,
que no es inmunda pasión,
y de sus leyes se exime.
Que es una vaga centella
del fuego que anima el cielo,
y se refleja en el suelo
como la luz de una estrella.
Sé que esa virtud sin nombre,
sólo en el alma nacida,
por el autor de la vida
es un regalo hecho al hombre.
Pero, señor, también sé
que esa flor, sencilla y blanca,
el hombre ingrato la arranca
y la huella con el pie.

EL DUQUE

Pero ved que si la flor
se coloca en un altar,
el que la supo apreciar
adoró á su Criador.

INÉS

Vos, señor, sois tan galán
como yo soy desvalida.
(Siempre juntos en la vida
placer y tormento van!)

EL DUQUE

Pensadlo, señoras, bien
si lo podéis admitir,
que yo del vulgo al decir
pondré silencio también.
Que antes que él sea testigo
de las dichas de los dos,
yo basto á haceros á vos
igual en todo conmigo.

DOÑA VIOLANTE

Y dejaréisme ignorar
á quién debo agradecer...?

EL DUQUE

No me debéis conocer
si no lo habéis de aceptar;
porque os repito que hoy,
si mi nombre os revelara,
que me amárais me pensara
nada más que por quien soy. *(Váse.)*

ESCENA VI

DOÑA VIOLANTE é INÉS

DOÑA VIOLANTE

Suspensa me tiene
tal felicidad.

INÉS

Madre, madre mía,
qué lucha, qué afán!
El alma en mil dudas
tormento me da.

DOÑA VIOLANTE

Si al cielo piadoso
movió nuestro mal,
y el sol nos volviera
tranquilo á brillar!
Inés, qué dice ese
silencio tenaz?
Qué piensas? Á ese hombre
respuesta darás?

INÉS

Madre, madre mía,
qué lucha, qué afán!

DOÑA VIOLANTE

Te salva la honra,
te adora y te da
cuanto es, cuanto tiene
noble y liberal.
Un punto en el vulgo
nos murmurarán;
en mil conjeturas
á perderse irán.
Qué importa, si al cabo
vendrán á parar
en que es la fortuna,
fortuna y no más?
Y ser venturoso
no es ser criminal.

INÉS

Madre, madre mía,
qué lucha, qué afán!
Mas... no. Qué ventura!
Qué felicidad!
Daros una vida
de calma y de paz...
Haceros dichosa,
madre, y que jamás
nuestra agria desdicha
tengáis que llorar.
Mas yo en ese gozo
sin tregua y solaz,
tendré mis afanes
por fuerza que ahogar.
Fingiré contento...
Contento falaz!
Madre, madre mía,
qué lucha, que afán!

DOÑA VIOLANTE

Mas si sientes, hija,
secreto pesar,
y tanta fortuna
recelos te da,
tu madre, hija mía,
aun puede esperar,
que así como vive,
por tí vivirá.

INÉS

Madre, en lo resuelto
no quiero pensar,
si hoy en vuestra hija
vuestra vida está;
que habréis vida, madre,
pudiérais dudar,
cuando al mismo cielo
no idolatro más?

DOÑA VIOLANTE

Inés, hija mía...

INÉS

Oh madre, cesad.
Id á vuestro lecho
reposo á buscar,
que el sol de mañana
más claro saldrá.

DOÑA VIOLANTE

Hija, y qué respuesta...?

INÉS

De eso descuidad.
(Dios mío, Dios mío!
Qué lucha, qué afán!)
(Vánse, y un momento después vuelve Inés sola.)
Hay hoy más tormentos,
Señor, que apurar?
Inés...; está dicho.
Felices serán,
te dieron la vida...
la vida les da.
De vida con ambos
la deuda es igual,
á entrambos su deuda
les he de pagar.
No importa á qué precio
su calma obtendrán...
No importa por ambos
que espire de afán.
(Queda suspensa, como acosada de honda aflicción interior. Sale don Carlos al paño con precaución.)

ESCENA VII

INÉS *y* DON CARLOS

DON CARLOS

(En casa de Inés estoy
por vez última y primera,
y en tan duro trance, que hoy
á echar la suerte postrera
á vida ó á muerte voy...
Qué afligida está!)

INÉS

(Ay de mí!
Tras de tan incierto amar
venir á perderle así...!)

DON CARLOS

(Saliendo.) Si basta el llanto á enjugar...

INÉS

(Sorprendida.) Caballero, idos de aquí.

DON CARLOS

Qué es esto, Inés?

INÉS

No lo sé.

DON CARLOS

Despedirme.

INÉS

Vedlo vos.

DON CARLOS

Óyeme, Inés, porque á fe
que en mi amor...

INÉS

No os oiré.

DON CARLOS

Mancha no hay.

INÉS

Idos con Dios.

DON CARLOS

Así te enojas, mi bien?
Celos á mi ver me pides
con rigoroso desdén.
Tú, Inés, así me despides
cuando á eso vengo también?

INÉS

Cielos! Tú, Carlos, me dejas...?

DON CARLOS

Pues tú misma...?

INÉS

Sí, es verdad;
idos, pues.

DON CARLOS

Ya que me alejas...

INÉS

Que no os oiga vuestras quejas,

caballero, en caridad.
(Loca estoy, no sé qué digo.)

DON CARLOS

Pero antes que parta, Inés,
de una querella contigo
satisfacción á un amigo
fuerza que recibas es.

INÉS

Querellas sin tiempo son,
y las podéis excusar.

DON CARLOS

Pero, Inés, tanta ocasión
pude esta mañana dar...?

INÉS

(Aparte.) Me desgarra el corazón!

DON CARLOS

Tanto, Inés, te habrá ofendido
lo que hice sólo por tí,
que tu amor habré perdido?

INÉS

Amor! Nunca os lo he tenido;
cuando os lo dije, mentí.

DON CARLOS

Pues si tu amor fué mentira,
cómo la verdad se llama?

INÉS

Y vuestro amor qué os inspira,
si vuestro pecho suspira
por el amor de otra dama?

DON CARLOS

Sin dejarme responder
empiezas á preguntar?
Díme, Inés, lo que he de hacer.

INÉS

Mirad vos cómo ha de ser,
porque no os quiero escuchar.

DON CARLOS

Pues yo lo quiero decir;
y de grado ó valimento,
hoy, Inés, me lo has de oir:
ó en este sitial me siento,
y de aquí no he de salir.

INÉS

Caballero, por piedad!
No añadáis, no añadáis nada.

DON CARLOS

Oye.

INÉS

Tal tenacidad!

DON CARLOS

Horrible, desesperada!

INÉS

Hablad bajo, en caridad.

DON CARLOS

Por qué en voz baja ha de ser?
Lo que aquí decirte puedo
todos lo pueden saber,
y no alcanzo á qué tener
á repetírtelo miedo.
Quísome mi padre dar
otra mujer por esposa;
plúgome en ella encontrar
otra pasión amorosa,
y no la quise tomar.
Su libertad la volví,
Inés mía, por tu amor.

INÉS

Por qué lo has dicho, ay de mí!
que aun hallaba en mí rigor,
mientras infiel te creí?

DON CARLOS

Luego injusto y falso fué
rigor tanto?

INÉS

Qué sé yo!

DON CARLOS

Luego aún me amas...?

INÉS

No lo sé.

DON CARLOS

Luego dulce llevaré
una esperanza...?

INÉS

Eso no!

DON CARLOS

Conque iré desesperado,
sin que aguarde fin mi pena,
desoído y desamado,
inocente, condenado
por dicha y por culpa ajena!
Ah! En no verte consentía
mientras tu imagen sagrada
dentro del pecho vivía,
y en hora más fortunada
por tu amor, Inés, volvía!

INÉS

Don Carlos, oh! no me habléis,
que en cada palabra vuestra
un tormento me traéis.
En saber no os empeñéis
toda la desdicha nuestra.
Que tuve celos, es cierto;
que os amo aún, es verdad;
que os vea más, es incierto,
que á un tiempo para mí han muerto
amor y felicidad.

DON CARLOS

El juicio voy á perder!
Cuanto más cerca me pinto
la oscura puerta tener,
es forzoso deshacer
las vueltas del laberinto!
Si me amas, por qué me das
tales tormentos, Inés?

INÉS

No preguntéis.

DON CARLOS

Amarás
á otro tal vez?

INÉS

(Fuerza es
todo apurarlo!)

DON CARLOS

No más.
Si tal antes me dijeras,
mis querellas excusaras;
alcancé que errar pudieras,
pero no que me vendieras,
Inés, ni que me engañaras. *(Pausa.)*
Con tu silencio, traidora,
confirmándomelo estás...!
(Marchándose.)
El cielo os guarde, señora.

INÉS

(Santo Dios! Valedme ahora,
porque yo no puedo más.)
(Cae llorando.)

DON CARLOS

Interna contienda brava!
Quién causó tal confusión?
Qué es esto, Inés mía? Acaba...

INÉS

Darte lo que te quitaba.
El alma y el corazón.
(Va á abrazarle y se detiene.)
No, no. Qué dije? Mentí,
mentí, Carlos, en verdad.

DON CARLOS

(Con abatimiento.)
Ah! No me amas?

INÉS

Eso sí.
Pero entre ambos puso aquí,
no sé quién, la eternidad.
Idos, Carlos.

DON CARLOS

Loco estoy!
De amor y de rabia lloro!

INÉS

Idos.

DON CARLOS

Díme, por quien soy!
me amas?

INÉS

Sí; porque te adoro,
es fuerza me pierdas hoy.

DON CARLOS

Y si algún día...?

INÉS

No sé.

DON CARLOS

Si libres al fin los dos...?

INÉS

Imposible!

DON CARLOS

Y no podré...?

INÉS

Harto dije.

DON CARLOS

Y si tu fe...?

INÉS

Te amo, vete.

DON CARLOS

Adiós. *(Váse.)*

INÉS

Adiós.
Madre mía, al fin vencí!
Bien puedes dormir en paz,
que he vendido mi solaz
para comprártele á tí. *(Váse.)*

ESCENA VIII

DON CARLOS *y* EL DUQUE

(Exterior de la casa de doña Violante en la calle de Mira el Río; una puerta en el fondo, pór donde saldrá don Carlos en el mismo momento de mudar la escena. Por el otro lado, y poco después, el Duque.—Noche muy oscura.)

DON CARLOS

Hay confusión más extraña?
Dice que me tiene amor,
me despide con rigor,
y jura que no me engaña.
Cuanto más ama, más daña,
y ama como nunca amó;
todo su amor tengo yo;
sin embargo, huye de mí.
Podré amar? Dice que sí.
Esperar? Dice que no.
Si mi padre, al fin, vencido,
porque todo podrá ser,
ó se cansa de querer,
ó deja de ser querido,
y á mi vuelta, ya en olvido
su amor ó su estirpe echó,
no podré, volviendo yo,
adquirir lo que perdí?
Porque amar dice que sí...
y esperar... dice que no!
Y si el padre, á lo que infiero,
yerra en ello... vive Dios!
que ha de ser, entre los dos,
mi padre siempre el primero.
Mas si mi infortunio fiero
á compasión le movió,
lo que á mi padre dí yo,
no podrá darme él á mí...?
Porque amar dice que sí...
y esperar... dice que no!

EL DUQUE

La respuesta he de esperar.
Por el oro y la grandeza
su virtud y su nobleza

á fe que no ha de cambiar.
Mas, para qué he de guardar
el oro y nobleza yo?
Ella es claro que otorgó,
pues virtudes la ofrecí...
Mi mujer dirá que sí;
mi dama dirá que no.
Mas si Carlos—lo sospecho
por su pronta turbación—
una igual inclinación
abrigara dentro el pecho,
cederá en mí su derecho;
no hay dudar, que siempre vió
virtud en cuanto hice yo.
Mas si no por él, por mí,
mi mujer dirá que sí;
mi dama dirá que no.
Mas, qué miro? Santos cielos!
La casa es ésta de Inés...
Y aquel hombre allí... Quién es?
Pese á mí, que tengo celos.

DON CARLOS

Quién será aquel importuno?
Oh! Si el que me estorba fuera...!
Pie en el dintel no pusiera,
desde el mismo rey, ninguno.
Mas se acerca; quién va allá?

EL DUQUE

Un hidalgo. Calle haced.

DON CARLOS

Véngase vuestra merced,
que en mi estoque la hallará.

EL DUQUE

Quién sois?

DON CARLOS

Un hombre.

EL DUQUE

Qué hacéis?

DON CARLOS

Esperar que paséis vos.

EL DUQUE

Á esa puerta estáis, por Dios...

DON CARLOS

De guardia por que no entréis.

EL DUQUE

Esto más! Por vuestro pecho
el camino he de buscar. *(Riñen.)*

DON CARLOS

Reñid bien, ó váis á dar
en camino bien estrecho.
(Cae el Duque; huye don Carlos, y por su camino sale Ginés, con quien tropieza.)

GINÉS

Téngase!

DON CARLOS

Ginés?

GINÉS

Quién es?

DON CARLOS

Yo soy.

GINÉS

Y eso era lidiar?

DON CARLOS

Dos caballos á ensillar
vamos al punto, Ginés.
(Llévale por delante.)

ESCENA IX

EL DUQUE, *y la ronda por otro lado*

UNO

Por aquí sonaba el ruido.

OTRO

Era riña?

EL PRIMERO

Y bien reñida.

EL SEGUNDO

Alguno perdió la vida.

UN TERCERO

Pero allí veo un caído.

EL DUQUE

Á levantarme ayudad.

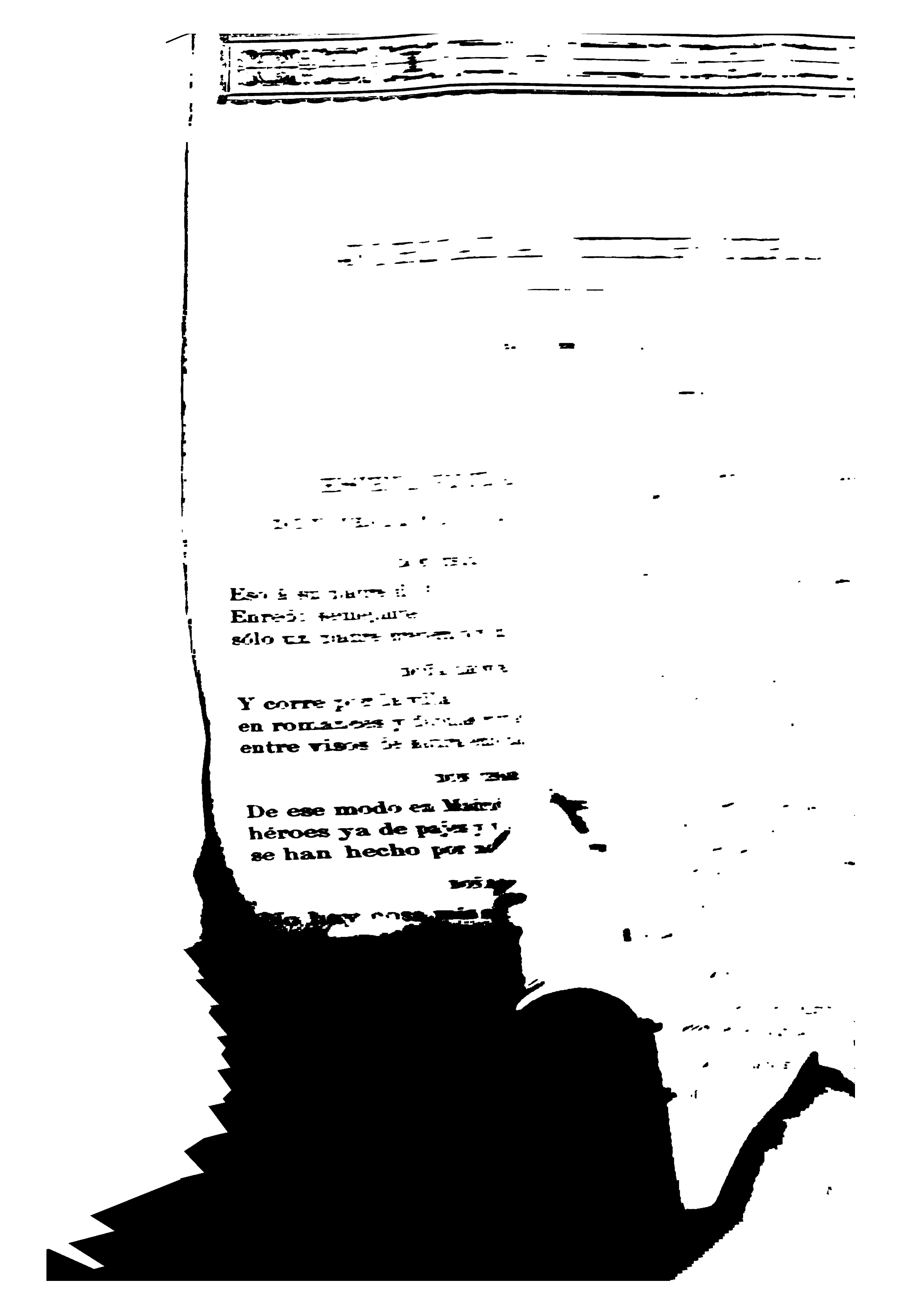
EL PRIMERO

Os hirieron? *(Ayúdanle.)*

EL DUQUE

Nada fué;
un rasguño, y resbalé.
En esa casa llamad.





Y corre
en roma
entre visos

De ese modo en
héroes ya de
se han hecho por

DON CÉSAR

Quién sabe
si esos los cuentos son, y de concierto
se están ahora en Aragón holgando
con la supuesta fábula del muerto?

DOÑA LEONOR

Ello es cierto que Carlos,
sea que fundamento en esto hubiera,
temeroso ó prudente,
acaso por burlar á la justicia,
abandonó su casa de repente;
y sea por azar de un amorío,
ó de otro encuentro alguno,
todos convienen, sin contrario alguno,
en que á un hombre mató en un desafío.
Suponiendo mi padre
que de excusar la boda son aquestos
efímeros pretextos,
arrostrando por todo,
de casarnos, don César, busca modo.

DON CÉSAR

Por Dios, que no lo entiendo.
Cómo romper le ocurre
con el duque el antiguo compromiso?

DOÑA LEONOR

Eso es, sin duda, lo que más le aburre.

DON CÉSAR

Pero, y cómo cambió tan repentino?

DOÑA LEONOR

Lo que no la razón, hizo la ira;
que así nos acontece de contino.
Cuando le dije nuestro amor, furioso
tornóme á amenazar con el convento,
y al duque iba á pedir que el mismo día
concluyera por fin el casamiento.
Mas cuando de don Carlos
entendió la insolencia
con el vano rumor de la pendencia
que sostuvo ante mí por otra dama,
de su ira comprimida
el ahogado volcán reventó en llama.
«De tu palabra, Leonor, te eximo
(dijo además airado), y nada pierdes,
pues tu esposo desde hoy será tu primo;
de don Carlos, desde hoy, más no te acuer-
[des.»

DON CÉSAR

Y vos lo cumpliréis?

DOÑA LEONOR

Por vida mía!
Que raya la pregunta en osadía,
primo don César, y pregunta es ésta
que no merece recibir respuesta.

DON CÉSAR

Si es que indiscreto anduve,
perdonad, porque á fe, Leonor querida,
que hay pensamientos que en el alma duran
cuanto dura nuestra alma y nuestra vida.
Propios son de quien ama los recelos,
y aunque no hayáis á Carlos nunca amado,
al recordar su nombre, de contado
siento en el alma en rebelión mis celos,
pues recuerdos de amor, por más que pase
veloz el tiempo...

DOÑA LEONOR

Concluís, don César?
Cerrad el labio á tan menguada frase,
que si tal vez por yerro involuntario
alcanzara á quererle en algún día,
Carlos hoy fuera mi mayor contrario,
porque es preciso que entendáis, don César,
que en tales ocasiones
dentro cobija el ofendido pecho
de una mujer iguales dos pasiones.
Y que si pude al seductor reclamo
de un pasado y atento galanteo
humillar el deseo,
ya me acordé de que Girón me llamo.
Y aunque broten sin tasa
rudas pasiones en el pecho amante,
en mí, conmigo misma vacilante
puede más el orgullo de mi casa,
y de don Carlos, primo, no me acuerdo.

DON CÉSAR

Me lo atestigua mal ese recuerdo,
pues quien recuerda, Leonor, se acuerda.

DOÑA LEONOR

Mas no se acuerda amante ó veleidosa
quien una ofensa de su amor recuerda.

DON CÉSAR

Mas no podrá decir que echó en olvido
el antiguo querer, aunque de un día...

DOÑA LEONOR

Yo recuerdo no más que me ha ofendido;
y basta de ello ya, por vida mía.

ESCENA II

DON DIEGO, *viejo;* DON CÉSAR
y DOÑA LEONOR

DON CÉSAR

Cómo, señor, tan temprano?

DON DIEGO

Por vos, sobrino, esto y más.
(Á Leonor.) Muy pronto, Leonor, darás
á mi sobrino la mano.

DON CÉSAR

Permitid que agradecido...

DON DIEGO

Oh! Don César, levantad,
que á pesar mío en verdad,
en la boda he consentido,
pues no ignoráis que tenía
prometida á mi Leonor.

DON CÉSAR

Mas yo sé también, señor,
que Leonor lo resistía.

DON DIEGO

Sí; mas ahora mismo voy
á don Enrique á pedir
disculpa de concluir
todos nuestros pactos hoy.

DON CÉSAR

Mas ved bien...

DON DIEGO

Ya va mirada.
Si él es Ponce de León,
yo soy don Diego Girón,
y no nos debemos nada.
En este mes sin excusa
os tenemos que casar,
que no es decente esperar
por quien tal honra rehusa.

DON CÉSAR

Don Diego, aunque ciego adoro
á Leonor, no me pluguiera
que mi amor manchar pudiera,
por quien sois, vuestro decoro.

DON DIEGO

Eso á mi cargo dejad,
que ellos un cuento han hallado
con que á Carlos han sacado
ha tiempo de la ciudad;
y enseñarles es preciso
que, de nosotros señores,
no hemos menester tutores
que nos otorguen permiso.

DON CÉSAR

Justo es tal resentimiento,
y no es decente, en verdad,
murmuren en la ciudad
tanto de este casamiento.

DON DIEGO

Tenéis, sobrino, razón,
que me han en mucho ofendido,
y mal conmigo han cumplido
esos Ponces de León.
Si la boda no querían
por razón ó veleidad,
por qué de su voluntad
la mudanza no advertían?
Y no dar en recurrir
á inútiles fabulillas,
que al fin no son más que hablillas

que al vulgo dan que decir.
Por temor de la justicia
contar que Carlos huyó
después que á un hombre mató,
es conocida malicia.
Pues si el hecho fuese cierto,
alguien, por Dios, pareciera
que cuenta diera ó pidiera
del matador ó del muerto.

UN PORTERO

El duque Enrique, señor,
quiere veros.

DON DIEGO

Que me place;
con esta visita me hace
á un tiempo doble favor.

ESCENA III

DICHOS *y* EL DUQUE

DON DIEGO

Me habéis cortado el camino,
que á vuestra casa iba yo.

EL DUQUE

Viniera yo más contino;
mas, don Diego, mi destino
de otro modo lo arregló.
(Á Leonor.)
Bésoos, señora, los pies.
(Á don Diego.)
Tal vez os vengo á enojar,
mas preciso á entrambos es,
que á poderlo yo excusar,
portárame más cortés.

DON DIEGO

(Á los criados.)
Dad sillas, y despejad.

DON CÉSAR

(Levantándose.)
Y si importa que salgamos...

EL DUQUE

No; si os place, aquí quedad.

DON DIEGO

Señor don Enrique, hablad,
que atentos os escuchamos.

EL DUQUE

Como no ignoráis acaso
que estuve enfermo en el lecho,
así en silencio lo paso.

DON DIEGO

Cómo en el lecho?

EL DUQUE

Fué el caso
una estocada en el pecho.

DON DIEGO

Y á no haberlo aquí ignorado,
holgáramos en cuidalle.
Dispensad...

EL DUQUE

Por dispensado.

DON DIEGO

Y fué...?

EL DUQUE

De poco cuidado.

DON DIEGO

En desafío?

EL DUQUE

En la calle.

DON DIEGO

Del todo restablecido
os sentís ya?

EL DUQUE

De tal modo,
que á no haberme interrumpido,

hubiérais por mí sabido
mi intención...

DON DIEGO

Decidlo todo.

EL DUQUE

No atino si he de enojaros.
Dos cosas vengo á deciros;
si he con ellas de agraviaros,
disculpa vengo á pediros,
ó satisfacción á daros.
Mi hijo, á quien siempre estimé,
en duelo á un hombre mató;
cómo y dónde, no lo sé;
cuando mi mal me dejó,
ya en mi casa no le hallé.
Hoy escribe de Aragón.
Ved su carta. *(Saca un papel y lee.)*
«Padre mío:
Maté á un hombre en ocasión,
mas fué en legal desafío,
cuerpo á cuerpo, no á traición.
Y porque en deshonra mía
nada lleguéis á temer,
lo hice porque me ofendía,
y otra vez le mataría
si otra volviera á nacer.
Matéle por una dama,
aunque pobre, noble y bella,
y aunque el corazón la ama,
por más curar vuestra fama,
me alejo de vos y de ella.»
(Á don Diego.)
Si esto basta me diréis,
ó si aun es preciso más.

DON DIEGO

Más claro os explicaréis.

EL DUQUE

Don Diego, una hija tenéis,
y vos sabéis lo demás.
Si por objeto menor
mi hijo don Carlos olvida
la hermosura de Leonor,
ved que puedo darle vida,
mas no alcanzo á darle amor.
Y como este casamiento
tampoco á Leonor agrada,
con mutuo consentimiento,
libre dejaros intento
de la palabra empeñada.
Ved si en algo os ofendí,
aunque no quise ofenderos,
que por lo que toca á mí,
ya os dije que vine aquí
resuelto á satisfaceros.

DON DIEGO

Excusada y sin razón,
don Enrique, en demasía
fuera tal satisfacción,
cuando igual declaración
haceros me proponía,
pues la tardanza mirando
con que andábais en obrar,
vuestra intención recelando,
estaba á Leonor buscando
marido con quien casar.
En don César desde ahora
á su esposo podéis ver.

EL DUQUE *(Á Leonor.)*

En hora buena, señora.

DON DIEGO

Y haránlo tan sin demora,
que esta semana ha de ser.

EL DUQUE

Pues vinísteis en serviros
de arreglar esto tan bien,
después de gracias rendiros,
tengo el honor de deciros
que hoy me caso yo también.
Mi hijo don Carlos estoy
en que de Aragón se viene,
y amplia licencia le doy
para que busque desde hoy
la mujer que le conviene.
Que no está bien, en verdad,
que cuando mi boda ajusto
con entera libertad,
oponga á su voluntad

las cadenas de mi gusto.
Tendré en la doble función
amigos, aunque muy pocos,
y espero en vuestra atención...

DOÑA LEONOR

(Aparte á don César.)
Estos Ponces de León
creo que se vuelven locos.

DON DIEGO

En ocasión poderosa
os propuso acaso el rey,
don Enrique, vuestra esposa?

EL DUQUE

La elegí yo por virtuosa,
de amor sujeto á la ley.
Una dama que, aunque oscura,
es tan noble como yo,
y un prodigio de hermosura;
yo la he dado mi ventura
por el amor que me dió.

DON DIEGO

Participo cordialmente
de vuestra satisfacción.
Tendré el convite presente,
(Con intención.)
que con vos eternamente
soy don Diego de Girón.

EL DUQUE

(Con indiferencia.)
Perdonad, y el cielo os guarde.

DON DIEGO

Con el cielo vayáis vos,
y vuestra dicha no tarde.

EL DUQUE

Ni á vos la vuestra os aguarde.
Adiós quedad.

DON DIEGO

Id con Dios.
(Váse el Duque.)
Vive Dios, que eso acertaran
esos mezquinos á hacer!
Si pudieran, por mujer
alguna esclava tomaran;
y que á mi blasón osaran
sus blasones enlazar?
(Á don César y doña Leonor.)
No es vergüenza contemplar
una gente tan menguada?
Estupenda campanada,
con sus bodas, van á dar. *(Váse.)*

ESCENA IV

DOÑA LEONOR *y* DON CÉSAR

DON CÉSAR

Oístes, Leonor, al Duque?
Pasmado, á mi fe, me deja.

DOÑA LEONOR

Corrida estoy yo de oirle,
desde que empezó, don César.

DON CÉSAR

Que se casa!

DOÑA LEONOR

Así lo dijo.

DON CÉSAR

Por mi vida, que es quimera!

DOÑA LEONOR

Con una dama, aunque humilde,
que no le cede en nobleza.

DON CÉSAR

Y un prodigio en hermosura.

DOÑA LEONOR

Tal, para cual, será ella.
Mezquinos! Así su estirpe,
torpes, manchan y desprecian,
y con sangre de villanos
la sangre de reyes mezclan.
Para eso, en bizarras lides,
acrisoló su grandeza

su generosa progenie,
de estos insultos ajena.
Para eso conquistó pueblos,
y, deslindando las tierras,
los moros que las guardaban
huyeron de las fronteras.
Para que, viendo su sangre
tinta con sangre plebeya,
desvelados en sus tumbas,
por quejarse, no durmieran.
Oh! Sobre ellos caiga un día
su vilipendio y su mengua!

DON CÉSAR

Y entrambos, en ultrajarse,
á un mismo tiempo se empeñan.
La carta oísteis de Carlos?

DOÑA LEONOR

Ojalá que no la oyera!

DON CÉSAR

Os pesa, señora mía?

DOÑA LEONOR

Tened el labio, don César.

DON CÉSAR

Dijeran que esos son celos.

DOÑA LEONOR

Quien lo dijere, mintiera.
La vergüenza de escucharlo
es lo que, en verdad, me pesa.
No oísteis con qué altivez
lo afirma la carta mesma
de don Carlos? «Maté á un hombre,
le dice, por una ofensa,
y mil veces le matara,
si las mil veces naciera.»

DON CÉSAR

«Matéle por una dama,
aunque pobre, noble y bella.»

DOÑA LEONOR

Bien haya sus almas nobles,
que acuden á la pobreza.

DON CÉSAR

Y á las bodas nos convida!

DOÑA LEONOR

Si me matara no fuera.

DON CÉSAR

No iréis, Leonor?

DOÑA LEONOR

No, por cierto.

DON CÉSAR

Y por qué no?

DOÑA LEONOR

Por vergüenza.

DON CÉSAR

Pues yo iría, aunque no fuere
más que por burla siquiera.

DOÑA LEONOR

Decís bien, que así á lo menos,
reiríamos á su cuenta.

DON CÉSAR

Y á su misma faz mofándose
reirá la corte entera.
Será placer.

DOÑA LEONOR

Y colmado.

DON CÉSAR

Será venganza.

DOÑA LEONOR

Y completa.

DON CÉSAR

Y á las fábulas del vulgo
inagotable materia.

DOÑA LEONOR

Sí, sí; de sólo pensarlo
gozoso el corazón tiembla.

Será, por cierto, una burla
el casamiento.

DON CÉSAR

Gran fiesta,
asunto al mundo de mofa,
de sátira á los poetas.

DOÑA LEONOR

Oh! Por Dios que será un día...
Vayamos pronto, don César.

DON CÉSAR

Á ver los que matan hombres
por las pobres que son bellas.

DOÑA LEONOR

Y el prodigio en hermosura
que no le cede en nobleza.

ESCENA V

(Gabinete en casa del Duque. Las Doncellas acaban de vestir á Inés; doña Violante sentada. Un velador con un aderezo.)

DONCELLA 1.ª

Bizarra, señora, estáis.

DONCELLA 2.ª

Qué bien os va esa diadema!

DONCELLA 1.ª

En belleza sois extrema.
Bajad un poco.

INÉS

Acabáis?

DONCELLA 1.ª

Concluí. Si os enojáis,
con este velo...

INÉS

Idos, pues.

DONCELLA 2.ª

Severa y rígida es.

DONCELLA 1.ª

(Marchándose todas.)
(Duquesa de primer día.)

INÉS

Cuántas galas á porfía,
cuántos tormentos!

DOÑA VIOLANTE

Inés?
Hermosa en extremo estás.

INÉS

Pláceme que os plazca á vos.

DOÑA VIOLANTE

Muy bella!

INÉS

Sí?

DOÑA VIOLANTE

Sí, por Dios.
Cual no estuviste jamás.

INÉS

Agrádame, madre, más
que todo ello vuestro gusto.

DOÑA VIOLANTE

Tu madre soy, y es muy justo;
pero turba mi contento
el siniestro pensamiento
de que lo hagas á disgusto.

INÉS

Que es disgusto? Erráis, á fe.
De vos, madre, no nací?

DOÑA VIOLANTE

Que así lo hicieras por mí?
Me pesa porque lo sé;
mas si enojos...

INÉS

Y por qué?
Vuestro bien me ha de enojar?
Que hoy por mí váis á encontrar
vanidad, riqueza, honor.
(Aparte.) Aunque á costa de mi amor,
vuestra paz he de comprar.
(Alto.) Porque os amo, madre mía,
más que á mí misma, y es poco,
fuera pensamiento loco
que yo me arrepentiría,
pues por vos renunciaría
cuanto tengo y cuanto soy,
y cada vez, madre, estoy
más satisfecha de mí.

DOÑA VIOLANTE

Cuanto más lo creo así,
menos sintiéndolo voy.
Tanto placer me acibara
una duda, un no sé qué...
Inés, no acierto por qué,
mas si pudiera, llorara.
Si yo, Inés mía, alcanzara
que por mí sola pudieras...

INÉS

Dejad, madre, esas quimeras,
que hijas de la mente son.

DOÑA VIOLANTE

Me acosan el corazón
como si fueran de veras.
Te acuerdas de aquella oscura
noche en que á tu esposo hirieron?

INÉS

Algunos traidores fueron
que hicieron nuestra ventura.

DOÑA VIOLANTE

Paréceme desventura
con principio tan fatal.

INÉS

Hay, madre, capricho tal?
Cuanto vuestros ojos ven,
por más que sucede bien,
á vos os parece mal.
En mí, madre, cada vez
es el contento mayor,
pues más lejos el dolor
veo de vuestra vejez.
Parece que otra niñez
los cielos, madre, nos dan,
según cambiándonos van
en lujo, pompa y grandeza,
de nuestra antigua pobreza,
la miseria y el afán.
Pero, madre, á vuestros ojos,
hechos á la oscuridad,
ofende la claridad,
y el sol con sus rayos rojos,
que así, madre, diera enojos
á uno que en una prisión
hubiera con su aflicción
pasado una larga vida,
y tuviera ya guarida
la sombra en su corazón.
Pero cuando luego se hagan
vuestros ojos á la luz,
veréis cuán sin inquietud
sus tornasoles halagan.
Veréis, madre, cómo vagan
vuestros ojos sin cesar,
sin cansarse de mirar
la luz que os estorba ahora,
que esos pesares, señora,
son restos de aquel pesar.

DOÑA VIOLANTE

Me consuelas, hija mía,
tan dulcemente...

INÉS

Ya véis
que atormentaros queréis
con tan triste fantasía.

DOÑA VIOLANTE

Si es cierta tanta alegría...

INÉS

Pues, madre, no lo ha de ser?
No lo sabéis comprender
en estas riquezas sumas?

Estas joyas y estas plumas
qué ostentan sino placer?
(Váse doña Violante.)
Mas si de galas tan bellas
pudiera verse á través,
cuál el corazón de Inés
se encontrara detrás de ellas!
Mas vanas son las querellas,
pues vida y placer me dan.
De mí reclamando están
vida, contento y placer;
está resuelto; ha de ser.
Muera conmigo mi afán.
Atrás, corazón, atrás;
ahoga en silencio tu amor;
ya voy, mundo engañador,
que esperando á Inés estás.
Madre mía, vivirás
sin que alcances de hoy á ver
entre el fingido placer
de la dama en su opulencia,
la miserable dolencia
del alma de la mujer.
Venid, perlas ostentosas,
á orlar mi marchita frente,
que hoy he de ser insolente
envidia de las hermosas.
Tiendan lirios, broten rosas
donde he de fijar los pies,
que justicia además es
que derramen los amores
oro, pompa, gala y flores...
en el entierro de Inés.

ESCENA VI

INÉS *y* EL DUQUE *lujosamente vestido*

EL DUQUE

Mi querida Inés, mi amor,
albricias vengo á pediros.

INÉS

Yo sí que debo deciros
me déis albricias, señor.

EL DUQUE

Eso vos? Qué bella estáis!
Las albricias de miraros
sí que debiera yo daros.
Verdad, Inés, que me amáis?

INÉS

Pudiérais, duque, dudarlo
cuando así bastáis á verlo?

EL DUQUE

La duda de merecerlo
me hace dudar de lograrlo.
Mas como no os pese á vos,
juraros puedo, Inés mía,
que jamás me ha dado un día
tan feliz como éste, Dios.
Todo completo es en él,
pues mi hijo, Inés, va á llegar,
y ahora os venía á anunciar
que esto dice este papel.
(Muestra un papel.)
Casi á una legua de aquí
por su caballo quedó;
el paje delante envió
para anunciármelo á mí.
Oh! Vos no le conocéis,
y debéis tener afán;
es el mozo más galán
de cuantos mirado habéis.
Y sin que en ello os dé enojos...

INÉS

Enojos á mí, señor?

EL DUQUE

Á la par con vuestro amor
le quiero más que á mis ojos.

INÉS

Y orgullo debéis tener
por un hijo tan honrado.

EL DUQUE

Con la vida que le he dado
le diera todo mi ser.
En lo noble á todos pasa.
Prudente con los prudentes,
valiente con los valientes,
es el sostén de mi casa.

Vamos, pues, que él va á venir
y os le quiero presentar.

INÉS

Y yo me tengo de holgar
en salirle á recibir.

ESCENA VII

(Salón elegante preparado para fiesta. Don Diego, don César, doña Leonor, convidados, etcétera, repartidos por la escena en grupos.)

UNO

Qué boda tan repentina!

OTRO

Ni vista ni adivinada.
Y dicen que ella es divina.

OTRO

Pues novia tan peregrina
le ha valido una estocada.

EL PRIMERO

Habláis, don Tello, en verdad?

EL TERCERO

Esa fué la enfermedad
por la que un mes guardó cama.

EL SEGUNDO

Ya se dijo en la ciudad
que rondaba á alguna dama.
(En otro grupo.)

DON CÉSAR

Impaciente estoy á fe
por verlos, Leonor, salir.

DOÑA LEONOR

Y yo, don César, porque
con esta ocasión yo sé
que han de dar bien que reir.

DON CÉSAR

Y lo hacen como quien son.
Ved con cuánta ostentación,
gala y nobleza trajeron.

DON DIEGO

Siempre por locos tuvieron
á los Ponces de León.

DOÑA LEONOR

Mas, vedlo.
(El Duque saliendo por la puerta del fondo, dando la mano á Inés, y seguido de pajes, dueñas, etc.)

EL DUQUE

Vuestro esperar,
señores, harto me pesa.
Mil gracias os he de dar.
Véngoos, pues, á presentar
á mi esposa la duquesa.

DOÑA LEONOR *(Á don César aparte.)*

(Que es esto, César! No véis?)

DON CÉSAR *(Igualmente.)*

(Leonor, asombrado estoy.)

DOÑA LEONOR *(Á don César.)*

Es burla?

EL DUQUE

Merced me haréis
si un instante concedéis
á mi hijo, que llega hoy.

INÉS

(Aparte.)
Cuánto pesar, madre mía,
tenéis que costar á Inés!
Ah! Sin vos nunca tendría
fuerzas en tanta agonía.
(Ruido de espuelas, murmullo, y Carlos dentro.)

DON CARLOS

Dónde está?

EL DUQUE

Hijo mío! Él es.
(Corre hacia la puerta por donde entrará don Carlos.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DON CARLOS *y* GINÉS *en traje de camino*

DON CARLOS

Padre mío! Es tarde?

EL DUQUE

No.
Nunca es tarde para tí.
Dáme los brazos. Así *(Abrázanse)*
te quiero, hijo mío, yo.

DON CARLOS

Dó está, señor, vuestra esposa,
que quiero sus pies besar?

EL DUQUE

Me la hacías olvidar.
Aquí está. Vé cuán hermosa!

DON CARLOS

(Retrocediendo.)
Cielos, valedme!

INÉS

Ay de mí!

EL DUQUE

Inés! Carlos! Qué tenéis?

DOÑA LEONOR

(Aparte á don César.)
No os lo dije? Ya veréis.

EL DUQUE

Qué es esto, hijo mío, dí?

DON CARLOS

Padre, dejadme volver.

EL DUQUE

Volver, Carlos! Vive Dios!

DON CARLOS

Que en vuestra casa los dos
á un tiempo no puede ser.

EL DUQUE

Qué te atreves á decir?
Pues en qué te falté yo?

DON CARLOS

Dejadme.

EL DUQUE

(Cogiéndole de la mano.)
Por Dios que no!

DON CARLOS

Dejadme, padre, partir.

EL DUQUE

Qué es esto, Inés, vida mía,
en tal punto no dirás?
Que tú también lo sabrás,
pues él contento venía.

INÉS

Señor, que el cielo cayera
veinte veces sobre mí,
holgara mejor aquí
que tal hoy aconteciera.

EL DUQUE

Y entrambos no he de saber,
Inés, Carlos, qué es aquesto?
Qué decís?

DON CARLOS

Oh! Me detesto.
Dejadme, padre, volver.

EL DUQUE

(Con energía.) Eso no! Me lo diréis.
Os mando que lo digáis.

DON CARLOS

Señor, cuando lo sepáis,
tal vez me maldeciréis.

EL DUQUE

Habré de volverme loco.
Cielos santos! Qué es aquesto?
Pero he de saberlo, y presto,
ó tengo de valer poco.

DON CARLOS

Dejadme, padre, partir.

EL DUQUE

(Á los de afuera.)
Hola! Las puertas cerrad.
(Á los que están en la escena.)
De grado ó de voluntad
don Carlos lo ha de decir.
(Los que están en la escena hacen ademán de marcharse, y el duque los detiene.)
No! Todos quedad así.
Aunque sea el crimen mayor,
os juro que, por mi honor,
todos lo sabrán aquí.

DON CARLOS

Tenéos, pues, padre.

EL DUQUE

Acaba.

INÉS

(De rodillas.) Don Carlos, por compasión!

DON CARLOS

Vuestra esposa es...

INÉS

(Angustiada.) Oh! Perdón!

EL DUQUE

Acabad.

DON CARLOS

La que yo amaba.

EL DUQUE

Cielos santos! Sueños son!

DON CARLOS

(Con decisión.) Ahora dejadme partir,
y de hoy más no me esperéis.

EL DUQUE

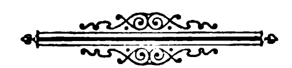
(Con calma.)
Es preciso que os quedéis,
que aún os falta que decir.
(Reflexionando.)
Todo por fin lo alcancé:
en una amante querella
mató á un hombre... Fué por ella:..
Pero aquel hombre... Quién fué?
Nunca lo sepa; no, no.
Que lo ignore: está inocente;
es fuerza que eternamente
crea que el hombre murió.
(Á los circunstantes.)
Dispensadnos si tal hoy
ante vuestros ojos pasa,
porque dentro de mi casa
padre de familia soy.
(Á don Carlos con dignidad.)
Pues ibas por mí á olvidar
hoy tu amor con tal grandeza,
vive Dios! que mi nobleza
por menos no ha de quedar.
Da, Carlos, la mano á Inés
y al templo vamos.

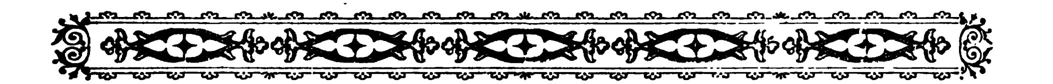
DON CARLOS

(Á los pies del Duque.) Señor!
Voy á espirar de dolor
y vergüenza á vuestros pies.

EL DUQUE

Señores, esta sorpresa
mi amor á Carlos buscó.
Quien se casa no soy yo.
Carlos, ésta es la duquesa.
(Á don Carlos.)
Si cuna ilustre te dí
por ser Ponce de León,
lo grande del corazón
también lo aprendes de mí.





Á MI AMIGO DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

Mi querido Juan Eugenio:
mi octavo tomo publico,
y al cabo te le dedico
en holocausto á tu ingenio.
Ve si contigo me porto:
un cuento te he prometido
y un tomo te doy cumplido;
no me acusarás de corto.
Otros buscan con su obra
destinos ó protección;
yo no gravo á la nación:
conmigo mismo me sobra.
Mientras siga el editor
versos y libros pidiendo,
iré libros escribiendo,
que lo tengo por mejor
Que pedir al poderoso,
mendigar del ignorante
y rogar al arrogante,
que soy yo muy orgulloso.
Buscar un crítico enfático
que alabe mi obra, no quiero,
que tan bien como el primero
puedo ser yo catedrático.
Y á más, para entre los dos,
los criticones de ogaño
no nos harán mucho daño:
saben poco, vive Dios!
No se echan muchas vigilias
hoy en críticos estudios;
tras poquísimos preludios,
hoy de crítico te filias.
Con ir un mes á París
y almorzar con Víctor Hugo,
vuelves y pones el yugo
literario á tu país.
Las letras están fatales!,
vienen diciendo de allá.
Las artes... lástima da!
No están en el Congo tales!
Pues los teatros? Da grima!
Ni de talento hay destellos...!
Y escriben comedias ellos
como maestros de esgrima.
Tajo aquí, cercén allá,
ora á la regla, ora al gusto,
cada escena nos da un susto,
si calambre no nos da.
Y viendo al fin que no atinan
por medio ninguno humano,
cortar el nudo gordiano
ex cathedra determinan.
Con nuevas nomenclaturas
sus disparates bautizan...
y tanto la luz atizan,
que nos dejarán á oscuras.
Quien de la *escuela moderna*
genio innovador se llama,
barba, galán, paje y dama
despacha á la vida eterna.
Quien se dice *de la antigua*,
en cánticos pobrecitos
de la otra cambia los gritos,
y que da sueño averigua.
Yo, que tal veo, me digo:
tanto valen, á fe mía!
Conque firme en mi manía
de andar con entrambas sigo.
En lo que no hago, por Dios!
más que con maña oportuna
tentar á la par fortuna
por cualquiera de las dos.

Á veces de sangre un río
vierto en situación acerba,
y á veces con una hierba
como un tonto me extasío.

Y en esto, sin duda alguna,
con sesudo estoicismo,
pruebo que me da lo mismo
por las dos que por ninguna.

Sin embargo, de mi afán
me daré por satisfecho
si no te enfada lo hecho
En Montoya el Capitán.

El pueblo me lo contó
sin notas ni aclaraciones:
con sus mismas expresiones
se lo cuento al pueblo yo.

Inútil es que me pidas
para medirle compás;
el pueblo tiene no más
el compás con que le midas.

La gente crítica y docta
que por decidir se muere,
califíquele si quiere
de milagro ó de anedocta.

Se me da, Eugenio, un ardite
que lo juzgue bien ó mal,
que lo llame obra inmortal
ó de necia la acredite.

Porque, según lo que vemos,
no hay obra, y más siendo ajena,
que sea á su juicio buena...
Conque pregunto: y qué hacemos?

Escucha los silogismos
con que vengo á deducir
que debemos escribir
sin miedo á nosotros mismos.

Si apenas entre unos y otros
hay un buen libro que hojear,
fácil es de remediar:
escribámosle nosotros.

Tal vez en el *item* demos;
y si no damos, peores
que los demás escritores,
á fe que no quedaremos.

Y además, si es el placer
de los sabios *mal-decir,*
si damos en no escribir,
qué mil diablos han de hacer?

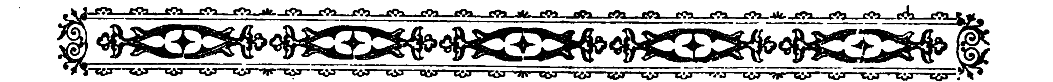
Yo soy terco, y lo confieso;
pues lo que escribo critican,
escribo porque se pican,
y ambos roemos el hueso.

Que al cabo va convenciéndome
la experiencia, por de pronto,
de que no faltará un tonto
que se divierta leyéndome.

Y concebirse no puede
que no tenga un solo amigo
que aplauda lo que yo digo,
como á muchos les sucede.

Yo sé que en ambas escuelas
habrá quien haga á este prólogo
allá á solas un monólogo,
como á una fluxión de muelas.

Mas yo vivo, por fortuna,
en tan dulce escepticismo,
que se me importa lo mismo
por las dos que por ninguna.



EL CAPITÁN MONTOYA

I

LA CRUZ DEL OLIVAR

Muerta la lumbre solar,
iba la noche cerrando,
y dos jinetes cruzando
á caballo un olivar.
Crujen sus largas espadas
al trotar de los bridones,
y vénse por los arzones
las pistolas asomadas.
Calados anchos sombreros,
en sendas capas ocultos,
alguien tomara los bultos
lo menos por bandoleros.
Llevan, porque se presuma
cuál de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás,
y el de adelante con pluma.
Llegaron donde el camino
en dos les divide un cerro,
y presta una cruz de hierro
algo al uno de divino.
Y es así; que si los ojos
por el izquierdo se tienden,
sotos se ven que se extienden
enmarañados de abrojos.
Mas vése por la derecha
un convento solitario,
en campo de frutos vario
y de abundante cosecha.
Echóse á tierra el primero,
y, al dar la brida al de atrás,
—Aquí—dijo—esperarás.
Y el otro dijo: —Aquí espero.
Y hacia el convento avanzando,
del caballero en la oscura
sombra se fué la figura,
hasta perderse, menguando.
Quedó el otro en soledad,
y al pie de la cruz sentado
siguió inmoble y embozado
en la densa oscuridad.
Mugía en las cañas huecas
en son temeroso el viento,
rasgándose turbulento
por entre las ramas secas.
Y en los desiguales hoyos,
con las lluvias socavados,
hervían encenagados
sin cauce ya los arroyos.
Ni había una turbia estrella
que el monte alumbrara acaso,
ni alcanzaba á más de un paso,
ciega la vista sin ella.
Ni señal se percibía
de vida en el olivar,
ni más voz que el rebramar
del vendaval que crecía.
Y al hierro santo amarrados
ambos caballos estaban,
y allí en silencio aguardaban,
á esperar acostumbrados.
Ni de la áspera maleza,
pisada al agrio rumor,
les volvió su guardador
sólo una vez la cabeza.

Un pie sobre el otro pie,
embozado hasta las cejas,
metido hasta las orejas
el sombrero, se le ve,
Como un entallado busto
de alguno que allí murió,
y allí ponerse mandó
por escarmiento ó por susto.
Ni incrédulo faltaría
que, si cerca de él pasara,
medroso se santiguara
dudando lo que sería.
Que á quien suele con la luz
y en campaña blasfemar,
bueno es hacerle pasar
de noche junto á una cruz.
Mas esto se quede aquí;
y volviendo yo á mi cuento,
digo que, dudoso y lento,
gran rato se pasó así.
Y ya se estaba una hora
de espera á espirar cercana,
cuando sonó una campana
de lengua aguda y sonora.
Y aun duraba por el viento
su vibración, cuando el guía
alguien notó que venía
por el lado del convento.
Sacó la faz del embozo,
y oyendo el son más distinto,
echóse la mano al cinto,
y, *quién va!*, el amo y el mozo
Preguntaron á la par;
mas, conocidos los sones,
asieron de los bridones
y volvieron á montar.
Y es fama que, menos fiero
el señor con el criado,
dejóle andar á su lado
como digno compañero.
Y éste, al ver cuán satisfecho
volvió de su expedición,
así la conversación
introdujo de lo hecho:
—Señor, cómo está la monja?
—Y cómo ha de estar, Ginés?
A tortolada á mis pies,
y más blanda que una esponja.
—Y pensáis dejarla así?
—Dejarla! Ni por asomo:
no sé todavía cómo,
mas la sacaré de allí.
Que, según lo que yo he visto,
más quiere la tortolilla
volar libre por Castilla
que estar en jaula con Cristo.—
Y aquí el recio vendaval,
en voz y empuje creciendo,
puso lo que iban diciendo
para escucharse muy mal.
Y ellos, temiendo que acaso
les cogiera la tormenta,
sacaron por buena cuenta
los caballos á buen paso.

II

CUCHILLADAS EN LA CALLE

En una noche de Octubre
que las nieblas encapotan,
ahogando de las estrellas
la escasa lumbre dudosa,
de la ciudad de Toledo
en una calleja corva
que el paso desde el Alcázar
á Zocodover acorta,
es fama que se apostaron
seis hombres, que grupo forman,
de una de las dos esquinas
á la prolongada sombra.
Murmuraron por lo bajo
algunas palabras cortas;
cortas, porque á ellos les bastan;
bajas, por si hay quien las oiga.
Repartiéronse sus puestos
con precaución previsora,
favorable á los que esperan,
y á los que llegan dañosa;
y quedaron en silencio
casi por un cuarto de hora,
tan ocultos y pegados
á la tapia en que se apoyan,
tan hundidas en la niebla
sus desvanecidas formas,
que hubo quien, pasando entre ellos,

juzgó la calle muy sola.
Caía desde las tejas,
desprendida gota á gota,
la niebla, que do halla sitio
calladamente se posa.
Y alguna ráfaga errante,
con tenue voz melancólica,
cruzaba de alguna reja
las hendeduras angostas.
Se oían de cuando en cuando
sonar por la calle próxima
puertas y aldabas de casas,
pasos y voz de personas.
Mas nada á los apostados
mueve, anima ó impresiona,
ni voces ni transeuntes
parece que les importan.
Inmóviles permanecen,
y las sospechas se agotan
al ver que por ellos pasan
tanta gente y tantas horas;
y es imposible atinar
con el intento que forman,
cogiendo la calle á espacios
por ambas aceras toda.
Marcó las once un reloj;
sonaron, tardas y cóncavas,
de las once campanadas
las once pesadas notas,
y al par que en la callejuela
los cinco se desembozan,
alumbrándola por dentro,
luz á una puerta se asoma.
Corriéronse los cerrojos,
rechinó la llave sorda,
y un cuadro de luz voluble
vaciló en piedras y losas.
Traspusieron los umbrales
tres bultos, y una tras otra
se oyeron tres despedidas
que murmuraron tres bocas.
Quitó la luz el de dentro,
dobló á la puerta la hoja,
quedó en tinieblas la calle,
y dijeron fuera:—Ahora!
—Viles! gritó el que salía;
los que esperaban:—*La moza* —
dijeron—*cuenta con ella!*
Y á esta palabra traidora,
en dos pedazos la calle
partida, en música ronca
crujieron y en lid confusa
de las espadas las hojas.
—Asirla!—dicen los unos.
—Hija, á mi espalda!—en voz torva
decía el recién salido,
que las cuchilladas dobla.
—Cómo!—decían los unos.
Son dos y tenernos osan!
—Cómo!—murmuraba el otro.—
—Villanos tientan mi honra!
—Mueran!—dicen de una parte.
—Vengan!—dicen de la otra;
y crece de la contienda
la confusión temerosa.
Llueven los tajos sin tino;
y aunque se tiran con cólera,
como tirados á ciegas,
la mayor parte malogran.
Pero valientes parecen,
porque se buscan y acosan
con terquedad tan resuelta,
que unos de otros se asombran.
Dan, hieren, cubren, atajan,
tierra ganan, tierra cortan,
y al ruido de los aceros,
la vecindad se alborota.
Sacaron luces por alto;
gritaron:—Fuego! La ronda!
La guardia!—Mas todo inútil,
porque los tajos redoblan.
Las mismas luces que sacan
son de los menos en contra,
y, por doquiera cercados,
en sus postrimeras tocan.
En esto, la calle arriba
llegó un mozo á quien abona
por noble la larga pluma
con que su sombrero adorna,
que, excusándose palabras
y revelándose en obras,
echó la capa por tierra
y por aire la tizona.
Púsose en pro de la dama,
como quien hidalgos goza
pensamientos y ha nacido

de noble sangre española,
y anuncióse con tal furia
de cuchilladas, que á pocas
tendió en la calle dos hombres
en las postreras congojas.
Y tan rápido revuelve
contra los cuatro que afronta,
que con una sola espada
para los cuatro le sobra.
Con tiempo y valor apenas
para su defensa propia,
dijo uno de ellos:—*Á tanto*
sólo el demonio se arroja!
Y al escucharle el mancebo,
dijo con voz poderosa:
—*Con una legión no basta*
para el capitán Montoya.
Y, haciendo el último esfuerzo,
la calle entera despoja,
por donde entraba á tal punto
á todo correr la ronda.

III

OFERTAS

Cuando llegó la justicia
de la contienda al lugar,
halló asido de la mano
con un hombre al capitán.
Desmayada una doncella,
de él se veía detrás,
por otro hombre sostenida
con intensísimo afán.
Y cuando ufanos quisieron
meter su tardía paz,
oyeron en esta guisa
al desconocido hablar:
—Fadrique soy de Toledo:
Montoya, no os digo más;
mi honor os debo y mi hija;
si tienen precio mirad.
Y vedlo bien, que aunque entrambos
me demandéis á la par,
os juro á Dios desde ahora
que son vuestros, capitán.
—Lo hecho—dijo Montoya—
pagado en exceso está
con la amistad de un Toledo.
Esta es mi mano; tomad:
hice lo que debe un noble;
no hablemos en ello más.—
Y, asiéndola don Fadrique,
dijo:—Montoya, apretad.—
Tornóse después á su hija,
y, volviéndose á nombrar,
paso le dieron y gente
con que ir en seguridad.
Tomó cartas la justicia,
y, empezando á *justiciar*,
llevóse en prenda los muertos,
y citó ante el tribunal
á los testigos que hubiere,
incluyendo al capitán,
quien, calándose el sombrero,
replicóles:—Bien está!
Póngame, seor corchete,
esa capa en caridad,
y tome esa friolera
con que entierren á ese par.—
Y, echando un bolsillo de oro
de la justicia en mitad,
fuése, dejando en la turba
admiración general.

Y justamente admirado
merece ser, en verdad,
quien da tales cuchilladas
y tales bolsillos da.

IV

EL CAPITÁN DON CÉSAR

—Esa gente es un tesoro!
Él generoso y valiente,
ella hermosa, y juntamente
la ofrecen pesada en oro!
Qué te parece, Ginés?
Cuatro millones la dan.
—Gran presa, mi capitán!
La aceptaréis?
—Fácil es!
—Y la monja?
—Eso te aflige!
Buenas son ambas, por Dios!

Y, quien de dos toma dos,
como hombre avisado elige.
Dicen que parece mal
que hombre de mi condición
viva siempre solterón,
derrochando su caudal.
Y á mí también me parece
que quien tanto tiene y vale,
pues de lo vulgar se sale,
más de lo vulgar merece.
La consecuencia te toca:
si una me dan y otra quito,
que con dos puedo acredito;
conque Ginés, punto en boca.—
Esto dijo el capitán,
y, pidiendo de vestir,
anunció que iba á salir
á cierto asunto galán.
Colgóse al cinto la espada,
de plata en doble cadena;
tendió la negra melena
sobre la gola plegada;
Caló el chambergo de lado,
y, retirando el espejo,
tornó su postrer consejo
á repetir al criado.
Doblóse este siervo fiel
en presencia del señor,
y, ganando un corredor,
cruzóle delante de él.
Abrióle de par en par,
una tras otra, tres puertas,
que se quedaron abiertas
mucho después de pasar.
Venia le hicieron gran pieza
siervos que al paso topó,
y un paje tras él salió,
descubierta la cabeza.
Y á fe que se colegía,
mirando tal homenaje,
que era mucho personaje
quien con tal pompa vivía.

Mas ya es tiempo, vive Dios!
de que dé el lector discreto
con quién es este sujeto
que anda ha rato entre los dos.
Sepa, pues, que el capitán
don César Gil de Montoya
es de las armas la joya
y de las hembras imán.
Nadie se atreve á afrontallo,
ni hay quien resista su lanza;
nadie su poder alcanza,
sea á pie, sea á caballo.
En liza donde él se mete,
por empeño ó por favor,
nunca falta justador
para el último jinete.
En fiesta ó lance que él entra,
toda opulencia es escasa;
nadie en lo galán le pasa,
ni más bizarro se encuentra.
Favorece á quien pregunta,
obliga á quien aconseja,
enloquece á quien corteja
y avasalla á quien se junta.
Audaz con quien enamora,
manda, cela, acosa, exige,
y al cabo del mes elige
nuevo amor, nueva señora.
Un filtro lleva en los ojos
que fanatiza á quien ama;
deleite su voz derrama,
y fuego sus labios rojos.
Mujer que cayó en su red,
su corazón dejó preso;
que sorbe con cada beso
un corazón cada vez.
No hay puerta que le resista
ni reja que le desaire;
que entra su amor como el aire;
con sólo mirar conquista.
Como un sultán opulento,
como un Adonis hermoso,
sin par en lo generoso,
sin igual en ardimiento.
Sol que mata las estrellas,
la fama arrebata toda,
y es siempre el galán de moda
entre las damas más bellas.
Resuena desde Toledo
su nombre por toda España;
los nobles le tienen saña,
los bravos le tienen miedo.

Los golillas le desdoran,
los clérigos le aborrecen,
los soldados le apetecen
y los villanos le adoran.
Mas á él le importa un ardite
de tan varia voluntad,
y toma por la ciudad,
donde le encuentra, desquite.
Que no hallando ningún Cid
ni topando una Lucrecia,
cuantas conquista, desprecia;
mata, cuantos vence en lid.
Tiene un palacio por casa;
da fiestas por afrentar,
que no hay quien sepa igualar
sus profusiones sin tasa.
Sin amigos y sin deudos,
vive sólo para sí,
y le mantienen así
sus herencias y sus feudos.
Tan rico y gran bebedor,
no hay medida á sus deseos,
y pasa entre devaneos
una existencia de amor.
Y para ahogar su indolencia
y ocultar que se fastidia,
juega sin afán ni envidia
pedazos de su opulencia.
Si gana, sin ver recoge;
si pierde, paga sin ver,
y ni en ganar ni en perder
hay medio de que se enoje.
Y según derrama el oro
cuando pierde ó cuando presta,
parece que tiene puesta
cada mano en un tesoro.
Hay quien de impío le trata,
y juzga que es mal ejemplo
que un paje le lleve al templo
cojín con borlas de plata,
Y que es audacia inaudita
hincarse al pie de la grada,
y esperar á una tapada
para darla agua bendita.
Y aun corren de sus amores
susurros por la ciudad,
que, á ser ciertos, en verdad
pueden tornarse clamores.
Que anda entre ellos una llave
con que se abre un presbiterio...
mas el caso es un misterio
y la verdad no se sabe.
Él sigue ufano y galán,
y los rumores de que hablo,
si los sabe, los da al diablo
satisfecho el capitán.
Tal es, amigo lector,
el don César de mi cuento:
si le crees malo, lo siento;
mas no fué mucho mejor.

V

INSUFICIENCIA DEL POETA

Casa don Fadrique á Diana,
y en su palacio reúne
cuanto hay, en Castilla entera,
en armas y amor ilustre;
que es don Fadrique muy rico
y á origen de reyes sube,
y sólo el rey le aventaja
cuando sus empeños cumple.
Ofreció una noche su hija
en lance que aun hoy encubre
el misterio de las sombras,
á un hombre á quien atribuye
tantos misterios el vulgo
como al lance que produce
el repentino consorcio
que amor y razones une.
Mas aunque pasa la noche
y ya su presencia urge,
el novio no está en Toledo,
lo que á sospechas induce.
Mas buenas tiene sin duda
razones que le disculpen;
porque, aunque le echan de menos,
nadie de falso le arguye.
Todos aguardan que llegue,
y no hay un alma que dude
que se hallará, al dar las diez,
en los salones del duque.
Que él ha marcado esa hora,
y tal confianza infunde
su palabra, que no hay prenda

que más valga ni asegure.
Prosiguen, pues, de la boda
las fiestas; los brindis crujen,
y suenan los instrumentos
voluptuosos y dulces.
Nunca tal gala ostentaron
los que de grandes presumen,
ni vió jamás tanta pompa
la asombrada muchedumbre.
Inútil es ponderarla,
y querer pintarla inútil,
que fiesta como ésta mía
contándolas se deslucen.
Harto lo llora el poeta;
mas, ay! que, por más que luche
con su voz y con su lira,
la realidad no le suplen.
Hará que sus *creaciones*
en bellos versos murmuren,
que canten báquicos himnos
cuando su festín concluyen;
podrá, cuando más se afane,
de quien su cuento le escuche,
lograr que se finja apenas
el rostro, las actitudes,
la situación ó el carácter
de los seres que dibuje,
todo ello pesado y débil,
aunque á lo vano renuncie.
Podrá trazar en un cuadro,
aunque sombras se le enturbien,
las principales figuras
de que su historia se ocupe,
mas la luz y el movimiento
y el todo que las circuye;
la multitud, las comparsas
que en torno de ellas agrupe,
que giran, hablan, murmuran,
van, vienen, bajan y suben,
las cercan ó las desvían,
y con ellas se confunden,
y respiran con su aliento,
y con impulsos comunes
con ellas gozan, esperan,
ríen, cantan, lloran, sufren...
imposible que lo pinten
y en la mente lo acumulen
con voz, movimiento y vida
fácil, palpable, voluble!
Cómo contar el tumulto
que en un momento produce,
en un salón donde danzan,
un lance que lo interrumpe?
La voz de «Ahí está, señores,
ahí está», que brota y bulle,
de boca en boca rodando,
y en derredor se difunde:
y el son de las herraduras
del bridón que le conduce,
que, al detenerse en el patio,
hace que el patio retumbe;
que en las puertas y ventanas
los bailarines se agrupen,
y por ver mejor se empinen,
se encaramen y se empujen;
los muchos que, prodigando
serviles solicitudes,
bajan á asirle el estribo
porque les mire ó salude;
y el salón que dejan solo
con la alfombra y con las luces,
y la chimenea en donde
chisporrotea la lumbre,
con qué voz ni con qué lira
se pinta ó se reproduce,
de modo que quien escucha
lo conciba y no se ofusque?
Cómo el satisfecho porte
contar con que se descubre
al apetecido novio
que por la escalera sube,
mientras se agolpa por ella
la aturdida servidumbre,
y al peso de los curiosos
por ambas barandas cruje?
Avanza, pues, por la sala;
la gente se distribuye,
y éste es el lance más crítico
que en toda la noche ocurre.
Corre confuso murmullo
y ancho movimiento cunde,
mientras, asiendo un instante,
á sí cada cual acude.
Quién se compone la gola,
quién los vuelillos se sube,
quién desencaja una hebilla

por que el cinturón le ajuste:
quién se revienta unos guantes,
y del placer en la cumbre,
las hermosas se sonríen,
y, aunque astutas disimulen,
la vista á un espejo tienden,
la mano á la flor ó al bucle.
La que gracias ó riquezas,
bien que la pese, no luce,
busca á una bella la espalda
que, aunque la humille, la oculte.
Aquí asoma un pie pequeño,
allí unos ojos azules;
acá una falda de encaje,
allá un airón de tisúes;
aquí un cuello alabastrino,
y allí una mano que pule
un centenar de brillantes
que por mano y dueño arguyen.
Todo esto en viviente masa,
con movimientos comunes,
con existencia uniforme
que en todo fermenta y bulle,
que gira ó que vaga á un tiempo,
se dispersa ó se reúne,
danza ó se asoma, y el ruido
cesa, aumenta ó disminuye;
este momento de atenta
y afanosa incertidumbre,
quién lo cuenta ó quién lo canta,
por más que á la par se junten
la voz y el arpa, sin ver
que es fuerza al fin que renuncien
la voz y el arpa, humilladas,
á empresa donde sucumben?
Desisto, pues, de mi empeño;
y, aunque me da pesadumbre,
el salón de don Fadrique
quien pueda que se figure.

VI

EL NOVIO

Todos los ojos clavados
en la puerta del salón,
toda la gente del baile
agolpada en derredor,
en impaciente y atenta
duda un instante quedó,
esperando la llegada
del venturoso amador.
Don Fadrique, Diana y todos
los parientes que juntó
en su fiesta el noble duque,
de sus huéspedes en pos
están al dintel parados;
que el danzar se interrumpió,
y ahogaron los instrumentos
su ya no escuchado son.
Todos inciertos callaban,
y allá, en confuso rumor,
del novio por la escalera
se percibía la voz,
como si alguno á su paso,
demandándole atención,
recibiera una respuesta
de superior á inferior.
—Comprendiste?—dijo al fin
en voz clara.—Sí, señor.—
repuso otra voz humilde,
y él á replicar volvió:
—La hora las dos en punto:
la gente, nosotros dos.—
Y de sus anchas espuelas,
áspero compás se oyó.
Cundió general murmullo
de gente por el montón:
la masa de mil cabezas
adelantándose hirvió,
moviéndose á un tiempo todas
para ver y oir mejor,
y á tal punto por la sala
con paso resuelto entró
el buen capitán don César,
cual siempre fascinador.
Echó los brazos al cuello
de don Fadrique; tomó
la mano á Diana, besóla
con acendrada pasión,
y por la estancia avanzando,
en tal guisa les habló:
—Señor duque, hermosa Diana,
si tardé, mirad que estoy
pronto desde este momento
á demandaros perdón.

—Capitán, en vuestra casa
nadie exige sino vos;
id, venid cuando os pluguiere
sin pena y sin restricción;
que en todo lo que gustáreis
nos daréis gusto y honor.
—Pues cuando os venga en agrado,
señor duque, la ocasión
del notario aprovechemos:
con la ley cumplamos hoy,
y, atendiendo á ambos mandatos
de justicia y religión,
hoy nos casarán las leyes;
mañana temprano, Dios.
—Os place?
—Sí, por mi vida!
—Y á vos, Diana?
—Tengo yo
más voluntad que la vuestra,
mi esposo y libertador?
—Pues de ese modo, abreviemos;
que aunque por ello aflicción
siento en el alma, esta noche
aun mi ausencia no acabó.—
Volvióse á tales palabras
el duque, y conversación
siguieron de esta manera
por lo bajo ambos á dos:
—Don César, lleváis espada?
—Solamente á precaución.
—Sabéis, capitán, que os debo...
—Gracias, duque: aunque de honor,
no es asunto de estocadas,
sino de tiempo.
—Por Dios,
que tomara por agravio
que, en caso de exposición,
reclamárais el auxilio
de otro que no fuera yo!
—Dormid sin cuidado, duque;
que en todo evento hombre soy,
y os despertaré mañana.
Volved esta noche vos
al baile desde la mesa;
danzad, duque, sin temor,
y no os acordéis de mí
hasta que despunte el sol.—
Y así el capitán diciendo,
la mano de Diana asió,
y á otro aposento pasaron,
con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente
los contratos en unión;
volvióse á la danza luego,
y á la mesa se volvió.
El duque estuvo gozoso,
el capitán decidor,
y Diana hermosa y radiante
y hechicera como el sol.
Y aunque no faltó un misántropo
que admirado se mostró,
y auguró mal de esta boda,
cenando como un león,
desde la cena la danza
tercera vez empezó,
más que nunca bullicioso
y pacífico el salón.
Mas justo será añadir,
como fiel historiador,
que, mientras seguía el baile
y de los brindis el son,
el capitán y Ginés
salían, al dar las dos,
de la empinada Toledo
por las puertas del Cambrón.

VII

DOÑA INÉS

Cerraron en un convento
á doña Inés de Alvarado
y obraron con poco tiento,
porque jamás fué su intento
tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,
de noble estirpe nacida,
pensó, libre mariposa,
de volar de rosa en rosa
por el jardín de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
la luz del brillante sol,
y una mente inquieta y loca,
quién puso bajo una toca
corazón tan español?

Qué valen las celosías
que la aprisionan el ver,
si en sus bellas fantasías
adora todos los días
sus delirios de mujer?

Qué importa, pese á su estrella!
que algunos doctores viejos
nieguen el mundo para ella,
si, presintiéndose bella,
se encuentra con los espejos?

Y qué le importan los sones
del salterio sacrosanto,
si las lindas tentaciones
de otro Dios y otras canciones
se la acuerdan entre tanto?

Cómo abrazar las espinas
del ayuno y la oración
como exigencias divinas,
si hay otras que están, ladinas,
punzándola el corazón?

Para qué son sus sentidos
si de nada han de gozar?
Qué fué para los nacidos
el mundo á que son venidos,
si en venir han de pecar?

Qué sirven de sus cabellos
los mal mutilados rizos,
si no ha de prender en ellos
una flor, que hará más bellos
sus ojos antojadizos?

Doquier que su sombra alcanza,
curiosa va tras su sombra
con afanosa esperanza,
y el pie se ensaya en la danza
doquiera que halla una alfombra.

Doquier que hablan de virtud,
la causa secreta estudia
de su secreta inquietud;
doquier que encuentra un laúd,
un himno de amor preludia.

Tal vez, á solas mirando
de su mansión los cerrojos,
las horas pasó soñando,
y se encontró despertando
con lágrimas en los ojos.

Tal vez, desde una ventana
al ver la inmensa campiña
donde cruza una aldeana,
trocar su sayal de lana
quiso por una basquiña.

Tal vez, al tomar su aguja
y al bordar un santo nombre,
la santa labor estruja;
que audaz tentación la empuja
á delinear el de un hombre.

Y así se la van los días
en suspirar y gemir
por las bóvedas sombrías
de las largas galerías
que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,
y sus labios palidecen,
y sus pies se debilitan,
y sus delirios la irritan,
y sus pesadumbres crecen.

Oh! Que al abrir un convento
á doña Inés de Alvarado
obraron con poco tiento,
que bien se ve que su intento
no la llamaba á ese estado.

—

Pero, qué han visto sus ojos,
que serenos y radiantes
ha días que sin enojos
moderaron los antojos
tras de quien corrieron antes?

Ella, que ayer esquivaba
del templo el cantar sonoro
y la oración la cansaba,
hoy de rodillas se clava
ante las rejas del coro.

Ella, que ayer distraída
asistía al gran misterio
del Redentor de la vida,
hoy no quita embebecida
los ojos del presbiterio.

Ella, que ayer con el son
del importuno esquilón
dejaba el lecho tardía,
hoy madruga con el día
y adora la creación.

Ella, que ayer descuidada
olvidaba sus labores,
hoy, noche y día afanada,
multiplica delicada
sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento,
ofrendas del sentimiento
bajo formas infinitas,
sus labores exquisitas,
que orgullo son del convento.

Mutación inesperada,
que á sus hermanas admira,
y la oveja descarriada
(dicen), *del pastor llamada,*
ya á su redil se retira.

Ya vuelve al dulce reclamo
de la dulce compañía,
y á los cuidados de su amo,
la blanca oveja que huía
tan salvaje como el gamo
nacido en la selva umbría.

Y en secretas reuniones
dándose la enhorabuena,
doblaban las oraciones
pidiendo á estas intenciones
perseverancia serena.

Impertinencia importuna!
Oh, necias sin duda alguna
las pobres siervas de Dios,
si no alcanzásteis ninguna
lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto,
su tez la color recobra,
sus ojos brillo y encanto...
Y pensáis que el fuego santo
tales maravillas obra?

Pensáis que el alma prensada
en la seca soledad
vuelve á la niña apenada
la pura tez sonrosada
y el contento y la humildad?

Oh, necias, que sin recelos
cubrís el mundo y los ojos
con vuestros benditos velos,
cuando á la luz de los cielos,
se ven muy mal sus abrojos!

Necias! La blanca ovejuela
que se vuelve á su pastor,
y cuya vuelta os consuela,
es tórtola que se vuela
al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban
clavados en el altar,
el altar no contemplaban;
que otros ojos no cesaban
sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden;
pero, pese á los cerrojos!
lenguas en ojos residen,
y los espacios se miden
con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,
y un hombre la devoraba
con sus ardientes pupilas;
y doña Inés se abrasaba,
y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendísteis su exceso,
ni de la reja á una esquina
vísteis que, perdido el seso,
tendió la mano, y que un beso
crujió en la mansión divina.

Ni vísteis que, en vez de andar
al toque de los maitines
desde su celda al altar,
solía más tarde entrar
al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una
que, del paseo celosa,
abriese ventana alguna
y viese huir, con la luna,
una sombra sospechosa.

Ni hubo ningún jardinero
que, al primer canto del gallo,
viese acercarse rastrero
un rondador caballero,
que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,
sus vistosos ramilletes,
que encontraban compradores,
pudieron de sus amores
guardar ocultos billetes.

Ni la vísteis espiando
el sueño de la tornera,
las llaves manoseando,
abierta afición mostrando
del manojo á la tercera.

Oh, que al abrir un convento
á doña Inés de Alvarado,
obraron con poco tiento,
pues ni han mirado su intento,
ni en el capitán pensado!

VIII

AVENTURA INEXPLICABLE

Tras grave asunto, á juzgar
por lo que van espoleando,
corren dos hombres cruzando
á caballo un olivar.
No está la noche muy clara,
mas bien se ve al pie de un cerro
una cruz grande de hierro
que dos caminos separa.
Y de advertir fácil es,
aun á los ojos peores,
que son dos los corredores,
y los caballos son tres.
Echó pie á tierra el primero,
y, al dar la brida al de atrás,
le dijo: —Aquí esperarás.—
Y el otro dijo: —Aquí espero.—
Y hacia el convento avanzando,
del caballero en la oscura
sombra se fué la figura,
hasta perderse menguando.
Y aquí, oh mi lector amigo!
fuerza será que convengas
en que es preciso que vengas
hacia el convento conmigo.
Sigue mi camino, pues,
y, de una verja detrás,
un atrio acaso hallarás
á pocos pasos que des.
Sube tres gradas, si puedes;
da un paso más, y con él
tocarás en el cancel,
donde es fuerza que te quedes.
Ves un hombre que embozado,
encorvando la figura,
por la estrecha cerradura
en mirar está ocupado?
Acércate sin temor;
que lo que alcanza por dentro
no hace temible el encuentro
del capitán reñidor.
Tú, lector, preguntarás:
Conque el capitán es ése?—
El mismo, mas que te pese;
pero hazte un poquito atrás,
Porque, levantando el brazo,
empuja á espacio la puerta,
entró, y, dejándola incierta,
sopló el aire y dió un portazo.
Mas veo, lector, que dices,
sin que pueda replicarte,
que esto es, llamándote, darte
con la puerta en las narices.
Mas tu impaciencia sosiega;
todo lo presenciarás;
que del poeta á eso y más
el poder mágico llega.
Está el capitán en pie,
en medio de la ancha nave,
y á la verdad que no sabe
ni qué pasa ni qué ve.
El templo mira enlutado
con lúgubre terciopelo,
mucha gente haciendo duelo,
y un féretro en medio alzado.
Vénse en el paño del túmulo
entrelazados blasones,
y, á la luz de los blandones,
un cadáver en su cúmulo.
Monjes le rezan en coro
tristísimos funerales,
y le alumbran con ciriales
pajes de libreas de oro.
La muchedumbre que asiste,
y que la tumba rodea,
dado que bien no se vea,
se ve que de noble viste.
Y parece que, al bajar
el que ha finado á su nicho,
memoria tuvo capricho
de su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma
las oraciones consuman,
mirras y esencias perfuman
la despedida del alma.
Música triste le aduerme,
salmodias le santifican,
é hisopos le purifican
el cuerpo que yace inerme.
Mas aquellas oraciones
y responsorios precisos,
llevan de anatema visos
y planta de maldiciones.
Á veces son sus compases
hondos, siniestros, horribles,
murmurando incomprensibles
negras é incógnitas frases.
En son lento, ronco y quedo
se hacen oir otras veces,
y entonces aquellas preces
hielan los huesos de miedo.
Otras, semejan aullidos
discordes, desesperados,
lamentos de condenados
de los infiernos salidos.
Otras, lejanos rumores
cual de tormentas se escuchan,
ó de ejércitos que luchan
los espantosos clamores.
Y siempre siendo los mismos
los sones que se levantan,
responsos á un tiempo cantan
y murmuran exorcismos.
Atónito de la escena
extraña y aterradora
que encuentra tan á deshora
y le asombra y enajena,
Don César, con paso lento,
entre la turba mezclado,
dirigióse á un enlutado
que oraba en aquel momento.
—*Quién es el muerto sabéis*—
dijo—*á quien rezando están?*
Y él respondió:—*El capitán
Montoya. Le conocéis?*
Mudo quedó de sorpresa
don César oyendo tal;
mas no lo tomó tan mal
como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda, pues,
diciendo:—*Me ha conocido,
y burlárseme ha querido;
mas luego veré quién es.*
Siguió la iglesia adelante,
y, una capilla al cruzar,
vió un sepulcro preparar,
entre otros varios, vacante.
Y á un personaje que halló
de luto, y que parecía
que el trabajo dirigía,
el capitán se acercó.
—*Para quién abren la hoya?*
le dijo.—Y el enlutado
le contestó de contado:
—*Para el capitán Montoya.*—
Mudósele la color
á don César; mas repuesta
su calma, al de la respuesta
volvió entre risa y furor.
Miróle de arriba abajo,
pero no le conoció;
segunda vez le miró,
pero fué inútil trabajo.
Ni recordó que quizás
le hubiese visto la cara,
ni imaginó que la hallara
tan repugnante jamás.
Que encontró en ella tal gesto
de aterradora hediondez,
que, por no verla otra vez,
dejó caviloso el puesto.
Fuése á otro punto á situar,
diciendo:—*Ese hombre estremece!
De aquel sepulcro parece
que le acaban de sacar.*—
Uno tras otro se puso
á contemplar los que vía;
mas á nadie conocía,
de lo que andaba confuso.
Tenían todos las caras
descoloridas y secas,
y dijeran que eran huecas,
á más de antiguas y raras.
Cansado de fiesta tal,
y á impulso de una aprensión,
llegóse á un noble varón
que oraba con un cirial.

Cabe él la rodilla apoya,
y dícele ya con miedo:
Quién es el muerto?—y muy quedo
contestó el otro:—*Montoya.*—
Del catafalco á los pies
llegó entonces decidido,
de aquella duda impelido,
á ver el muerto quién es.
Por los monjes atropella;
trepa al túmulo; la caja
descubre; ase la mortaja,
y él mismo se encuentra en ella.
Miró y remiró, y palpó
con afán hondo y prolijo,
y al fin, consternado dijo:
—Cielo santo, y quién soy yo!

—

Miró la visión horrenda
una y otra y otra vez,
y nunca más que á sí mismo
en aquel féretro ve.
Aquel es su mismo entierro,
su mismo semblante aquél;
no puede quedarle duda,
su mismo cadáver es.
En vano se tienta ansioso;
los ojos cierra, por ver
si la ilusión se deshace,
si obra de sus ojos fué.
Ase su doble figura,
la agita, ansiando creer
que es máscara puesta en otro
que se le parece á él.
Vuelve y revuelve el cadáver,
y le torna á revolver;
cree que sueña, y se sacude,
porque despertarse cree,
y tiende el triste los ojos
desencajados doquier.
Mas, nuevo prodigio! mira
á las puertas, y al dintel
ve que despiden el duelo,
de duelo henchidos también,
don Fadrique y doña Diana,
que arrastran luto por él.
Baja, les tiende los brazos,
les nombra, cae á sus pies.
Miradme!—les dice atónito;—
Montoya soy; vedme bien.—
Y ellos le miran estúpidos
sin poderle conocer,
é inclinando las cabezas,
replican:—*Montoya fué.*—
Entonces, desesperado
con angustia tan cruel,
váse otra vez hacia el muerto,
demandándole quién es.
—No hay quien sepa aquí quién soy?
No hay á salvarme poder?—
Y allá desde el presbiterio,
de las rejas al través,
oyó una voz que decía:
—Sí, te conozco, mi bien.
Abre. Qué tardas? Partamos:
yo soy tu amor, soy tu Inés.—
Y los brazos le tendía
la de Alvarado también,
de la reja tentadora,
tras el cuádruple cancel.
Mas, viéndola cual espectro
que le persigue á su vez,
gritaba él:—«*Aparta, aparta!*
Que soy cadáver no ves?»—
Y apenas palabras tales
pronunció, cuando tras él
vió llegarse aquel fantasma
cuyo gesto de hediondez
le hizo miedo y no le pudo
recordar ni conocer.
Contemplóle de hito en hito;
le asió del brazo después,
y así con voz espantosa
vió que le dijo:—*Pardiez!*
Tú eres quien cambia conmigo.
Á mi sepultura ven.—
Y á esta horrorosa sentencia,
ya sin poderse valer,
cayó en el suelo Montoya,
falto de aliento y de pies.

—

—Dónde estoy? Qué es de mi vida?
Respiro aún?—exclamó
Montoya, abriendo los ojos,
con desfallecida voz.
—Señor, estáis en mis brazos.

—Eres tú, Ginés?
—Yo soy.
—Dónde estamos?
—En la cruz.
—Del olivar?
—Sí, señor.
—No estuve yo en el convento?
Pues quién de allí me sacó?
—Yo fuí, señor.
—Tú, Ginés!
—Perdonad: temí por vos;
y viendo que el tiempo andaba,
y ni seña ni rumor
esperanza me infundían,
tras vos eché.
—Santo Dios!
Y llegastes...?
—Á la iglesia.
—Atraído por el son?
—Señor, no he oído nada.
—No os lo dije?
—Cómo no?
Dentro la iglesia no viste
los enlutados en pos
de mi cadáver?—Miróle
absorto de admiración
el mozo, y dijo:—Soñamos,
ó vos, don César, ó yo.
Ni ví ni oí cosa alguna.
—Conque es mía esa visión?
Á mis ojos solamente
horrenda se presentó!
No viste conmigo á nadie?
—Os juro á mi salvación
que sólo os hallé tendido
al pie del altar mayor,
y viendo el peligro doble
del sitio y la situación,
ni me detuve á pensar
si estábais herido ó no;
cargué con vos, y me vine:
ni oí ni ví más, señor.—
Calló Ginés, y don César
á estas palabras quedó
distraído y abismado
en honda meditación.
Mirábale de hito en hito
Ginés, que aterrado vió
de la faz del capitán
la extraña transformación.
Desencajados los ojos,
palidecido el color,
torvo el mirar, parecía,
más que vivo, aparición.
Sentado en el pedestal
de la cruz do él le posó,
inmóvil permanecía
sin fuerza y sin atención,
amarrado á un pensamiento
que bullía en su interior,
y que se vía que todas
las potencias le absorbió,
como quien mira aterrado
negra y horrible visión
que le borra de los ojos
cuanto existe en derredor.
Temeroso el buen criado
por su juicio y su razón,
dirigióle atentas frases
con afán consolador.
Mas él ni tornó los ojos
ni á sus voces respondió,
ni agradeció sus cuidados,
que en nada puso atención;
y al cabo de largo trecho,
con repentino vigor
levantándose en silencio,
en su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates,
y el poderoso bridón,
tras un peligroso brinco,
á todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
y en su ruin superstición
dijo: «Si tendrá los malos?»
Y á escape tras él echó.

IX

Por una puerta secreta
que de los salones sale
á un secreto gabinete,
puede á estas horas mirarse
á don Fadrique y don César
que, pálidos los semblantes,
plática tienen trabada
de asunto, en verdad, muy grave.

Demanda con vehemencia
don Fadrique. y contestarle
resiste el otro, en su empeño
ambos por demás tenaces.
El capitán, asentado
en un sillón, torvo yace,
guardando, pésele al otro,
un silencio inalterable.
Y don Fadrique, colérico,
en pie á su lado, las frases
le dirige más violentas
que halló para provocarle.
Dejábale el capitán
que la ira desahogase,
como si con él no hablara
ni pudieran escucharles.
Y al fin, de calma en su cólera
aprovechando un instante,
dirigióle la palabra
con razones semejantes:
—«Todo es inútil: denuestos,
súplicas, amagos, ayes,
el mundo entero no puede
á que os lo diga obligarme.
Un secreto es que conmigo
quiero que al sepulcro baje,
y no ha de saberlo nunca,
desde el sol abajo, nadie.
Si es sueño ó delirio mío,
quiero de él aprovecharme;
si es un aviso del cielo,
es imposible excusarle.»
Tornó al silencio don César;
y el duque, que, aunque no alcance
la razón, sospecha alguna,
díjole sin ira casi:
—Don César, noble he nacido;
y por mucho que yo os ame,
llevar no puedo en paciencia
sin una excusa un desaire.
Por misterioso ó fatal,
por precioso ó repugnante
que el secreto sea, creéis
que no sabré yo guardarle?
—Sabéis quien soy, don Fadrique,
y por excusa esto baste;
que no hablaré más en ello
si santos me lo rogasen.—
Y aquí ya de don Fadrique
la cólera desbordándose,
dijo al capitán Montoya
con voz resuelta y pujante:
—Vive Dios, señor don César,
que esto no es más que un ultraje
que hacer queréis á mi casa,
y que está pidiendo sangre!
Si no podéis el motivo
descubrirme que deshace
vuestra boda, satisfecho
de un modo ó de otro dejadme.
—Señor duque, ya está dicho.
Si lo dejo de cobarde,
pues que me debéis la vida,
nadie como vos lo sabe.
Pero os juro que, aunque osado
lleguéis hasta abofetearme,
no haréis que por causa alguna
la espada más desenvaine;
ni más me la he de ceñir,
ni más me harán que la saque
cuantas honras y razones
en el universo caben.
Mirad, señor don Fadrique,
si el secreto será grande;
y pues véis á lo que obliga,
si hidalgo sois, respetadle.—
Callaron ambos á dos,
y continuaron mirándose,
como hombres en sus propósitos
igualmente imperturbables.
Al fin dijo don Fadrique,
por la estancia paseándose,
como quien duda si debe
satisfacerse ó vengarse:
—Señor capitán Montoya,
vida y honor me salvásteis
una noche; y aunque en ésta
me los habéis vuelto tales
que no será mucho tiempo
á restablecerlos fácil,
váyase lo uno por lo otro;
de nada quiero acordarme:
estamos en paz, don César.—
Y continuó paseándose,
y atarazándose un labio
hasta revocar la sangre.

Entonces el capitán,
con paso medido y grave,
en mitad del aposento
fué decidido á encontrarle;
tendióle la mano, y dijo:
—Pensad, duque, si es bastante
á dejaros satisfecho
de este misterioso ultraje
mi resolución postrera.
Tomad, señor, esas llaves;
de mis inmensos tesoros
haced con justicia partes;
una á Ginés por servirme,
con cuantos muebles hallare;
un hospital ó convento
fundad con otra, si os place,
y otra á don Luis de Alvarado,
que gana la apuesta infame
que hice de robar á Dios
la mejor prenda al casarme.
Me comprendéis, señor duque?
Obedecedme y dejadme.
Entregad al de Alvarado
lo que hoy de perder me place;
pero cuidad, don Fadrique,
que no sepa el miserable
que era Inés, su propia hermana,
la prenda que iba á jugarse.—
Y así el capitán diciendo,
un pliego sin letras ase,
escribe algunas palabras,
lo firma, lo sella y parte.
Quedó don Fadrique atónito;
Ginés rompió en voces y ayes,
y en llanto amargo, que al punto
cambió en lágrimas el baile.
Cundió la noticia rápida,
y el escándalo fué grande,
aunque, al culpar los efectos,
no acierta la causa nadie.

X

HECHOS Y CONJETURAS

Todo era hablillas Toledo,
todo interpretaciones:
ada cual forjó un enredo,
y hablaron todos con miedo
de espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
por Toledo al capitán,
mil fábulas le colgaron,
y los que las inventaron,
por hechos las creen y dan.

Quién dijo que, anocheciendo,
le vió desde un corredor
allá en los aires cerniendo
un cuerpo alado y horrendo
cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un día oraba
ante un devoto retablo,
y vió al capitán que daba
ayuda y defensa brava
contra San Miguel al diablo.

El hecho es que don Fadrique
á su escribano mandó
que en su nombre ratifique,
firme, selle y testifique
lo que don César firmó.

Que se partió su tesoro
algunos días después;
que se dió á los pobres oro,
y que, rico como un moro,
partió á la corte Ginés.

Ni más descubrirse pudo,
ni puede decirse más;
y este es el hecho desnudo,
pábulo, origen y escudo
de las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una
que, fábula ó tradición,
en escritura oportuna
encontrarla fué fortuna,
separada del montón.

El vulgo á su vez la cuenta
como innegable verdad,
y, de quien dudarla intenta,
dice que de Dios atenta
al poder y majestad.

Yo, trovador, vagabundo,
la oí contar en Toledo,
y de aquel pueblo me fundo
en la razón, y así al mundo
contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
como á mí me la contaron,
fielmente la contaré;
y, á ser falso, juro á fe
que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
cada cual lleno á su vez
de azares y desengaños;
mas, á nuestro cuento extraños,
no hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
de hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
y, en fin, según es costumbre,
al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino
ya pronto á romper el dique,
diz que, al linde del camino
de la vida don Fadrique
pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable,
con la faz descolorida,
vino un varón venerable,
al duque á hacer tolerable
la tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó:
y, cuando á solas quedó
con el noble moribundo,
la religión con el mundo
así plática entabló.

MONJE

Don Fadrique?

DON FADRIQUE

Bien venído,
padre; concluyendo estoy.

MONJE

Á ayudaros he venido
á ir en paz: prestad oído
á lo que á deciros voy.

Ha diez años que arrastrado
por intención criminal,
hollé de un templo el sagrado,
y á Dios me sentí llamado
de una visión infernal.

Los muertos ví que salían
de las urnas sepulcrales,
y blandones me encendían,
y con gran pompa me hacían
en vida los funerales.

Visión de los cielos fué;
mas quién creyera mi historia?
Á contarla me negué,
y haberla determiné
encerrada en mi memoria.

Tan sólo existía un hombre
á saberla con derecho;
porfió, porfié; y, no os asombre,
no me la arrancó del pecho:
don Fadrique era su nombre.

Mas lo que excusar no pude
al noble á quien ofendía,
vengo y, así Dios me ayude!
á que mi razón escude
la fe de vuestra agonía.—

Y esto el buen monje diciendo,
cayó ante el lecho de hinojos,
las manos del duque asiendo;
quien, sus palabras oyendo,
al monje tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito
con acongojado afán,
y exclamó al fin con un grito:
—Sois vos? Dios santo y bendito!
Abrazadme, capitán!—

Y los brazos enlazaron,
y á solas ambos á dos
por largo tiempo quedaron,
y largo tiempo lloraron
ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesión,
henchido el duque de fe,
díjole: —Á aquella visión
debéis vuestra salvación,
que aviso del cielo fué.—

En cuyo punto sintiendo
llegar el trance fatal
del paso duro y tremendo,
«ADIÓS, DON CÉSAR», diciendo,
lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
del buen monje la misión
y el ánima encomendada,
con voz exclamó mudada
al darle la absolución:

—Ve en paz! Y si como espero,
el llanto ante Dios se apoya
de un corazón verdadero,
ruega á Dios, buen caballero,
por el capitán Montoya!

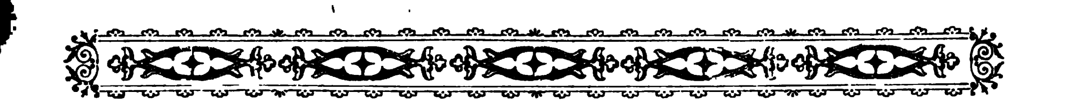
Y dado al mundo un momento,
al muerto besó en la frente
y, á paso medido y lento,
triste volvió á su convento
el capitán penitente.

—

Y ha poco había en sepultura humilde,
de la maleza oculta entre las hojas,
una inscripción borrada por los años,
que todo al fin, sin compasión lo borran.
Único resto de opulenta estirpe,
único fin de la mundana pompa,
montón de polvo en soledad yacía
quien hizo al mundo con su audacia sombra.
Y apenas pueden los avaros ojos
leer en medio de la antigua losa:
«Aquí yace Fray Diego de Simancas,
que fué en el siglo el Capitán Montoya.»

NOTA DE CONCLUSIÓN

Y por si alguno pregunta
curioso por doña Inés,
y opina que queda el cuento
incompleto, le diré:
Que doña Inés murió monja,
cuando le tocó su vez,
sin su amor, si pudo ahogarle,
y, si no pudo, con él.
Porque destino de todos
vivir de esperanzas es:
quien las logra muere en ellas,
quien no las logra también.
Conque ya sabe el curioso
de mis héroes lo que fué,
y sólo añadir me resta
dos palabras de Ginés.
Hizo en la corte fortuna,
casóse al cabo muy bien,
con una dama muy rica
y hermosa como un clavel.
Y aunque dieron malas lenguas
en alzarla *no sé qué*,
ella no alzó las pestañas
para al vulgo responder.
Dió á Ginés un hijo zurdo,
y dijo su padre de él
que había nacido en casa,
y en esto sólo habló bien.



VIGILIA

«Misterios del alma son.»
MORETO.

Pasad, fantasmas de la noche umbría,
de negros sueños multitud liviana,
que, columpiados en la niebla fría,
fugitivos llamáis á mi ventana.

Pasad y no llaméis. Dejadme al menos
que, en la nocturna soledad dormido,
los lentos días de amargura llenos
calme y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llaméis. La sombra oscura
vuestro contorno sin color me vela:
ni sé quién sois, ni vuestra faz impura
el más leve recuerdo me revela.

Mil veces, al oir vuestros gemidos,
mis ventanas abrí por consolaros,
os busqué en las tinieblas, y érais idos...!
Á qué llamar, si nunca he de encontraros?

Id á turbar el sueño indiferente
del que entre plumas sin afán reposa;
del que la vida en su risueña mente
ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venís con rostros halagüeños,
mensajeros de rápidos placeres,
avaras hallaréis de vuestros sueños
por doquiera bellísimas mujeres.

Llamad donde, á la lumbre vacilante
de alguna tibia y oportuna estrella,
puedan al fin gozaros un instante
y ver un punto vuestra blanca huella.

No á mí, que en vano por la sombra tiendo
los turbios ojos, me invoquéis perdidos;
no á mí, que acudo, vuestra voz oyendo,
y, al registrar la sombra, ya sois idos.

No á mí, que presa de secretos males,
tal vez la triste soledad me inspira
tiernas endechas y amorosos vales
que ensayo á solas en mi pobre lira.

No á mí, que al son de vuestras vagas voces,
siendo otra voz que me repite insana
dentro del corazón esos veloces
ecos que murmuráis á mi ventana.

Ah! Yo os respondo y suspiráis pasando,
sin que baste á entender vuestro suspiro;
os llamo á mí, y os alejáis volando;
gemís si duermo, y os veláis si os miro.

Si á vuestras tristes misteriosas quejas
mis rejas abro y vuestro bien deseo,
sólo á través de mis macizas rejas
cruzar las nubes en silencio veo.

Oh de la noche incomprensibles ruidos!
Ayes que hervís en la tiniebla oscura!
Quién sois? Do váis? De dónde sois venidos?
Qué voz ajena en vuestra voz murmura?

Sois el rumor del agitado viento,
los ayes de las almas sin reposo,
ó la voz del tenaz remordiento,
del descanso enemigo y envidioso?

Quienquiera que seáis, almas ó nieblas,
pasad, y en vuestra confusión liviana
seguid vuestro camino en las tinieblas
y no llaméis jamás á mi ventana.

Porque es triste, muy triste! un aposento
donde á la luz de lámpara que espira
se oye el crujir del tumultuoso viento
que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,
velar sobre un volumen carcomido,
la frente ardiendo, el alentar penoso,
las llamaradas aumentando el ruido;

Viendo las letras en las turbias hojas
á su dudosa vibración mezclarse,
negras, azules, amarillas, rojas,
á la afanosa comprensión negarse.

Y leer, en vez de religiosas voces
ó de amorosa ó métrica armonía,
cifras que borran cifras más veloces,
de sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,
quienquiera que seáis, almas ó nieblas;
pasad, y en mis vigilias de amargura
no llaméis á mi reja en las tinieblas.

No llaméis; que, enemigo de la sombra,
odia el cantor vuestra armonía vana;
dejad al trovador, á quien asombra
el oiros llamar á su ventana.

Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,
pobres de luz, de voz desconocida,
esquivos á los ojos y las manos,
extraños á la fe de nuestra vida!

Pasad, y no turbéis de mi sosiego
la dulce calma ó la nocturna vela;
no creo en vuestro ser: pasad, os ruego;
seguid al aire que os arrastra y vuela.

Pensáis que á esos aúllos y suspiros
con que llenáis la oscuridad tranquila,
como á silbos de brujas ó vampiros
mi amedrantado corazón vacila?

Pensáis oh! que, por miedo de escucharos,
con voz pujante entonaré canciones,
y al arpa acudiré para ahuyentaros
con dulces trovas de amorosos sones?

Mentís, abortos de la sombra vana!
Yo sé bien que, si fuérais más que viento,
holgárais en montón en mi ventana
al blando son de mi amoroso acento.

Mentís, hijos del aire y de las nieblas,
mentís! Yo tengo sin cesar conmigo
un talismán que alumbra las tinieblas,
del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radia en mi tugurio estrecho
la limpia luz de la esperanza mía;
mirad cuál vela en mi desierto lecho
con su cariño maternal María!

Todas las noches mi dolor la implora;
y amiga de mi llanto solitario,
todas las noches mis engaños llora,
con el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores!
Ya sé quién gime mi falaz desvío;;
ya sé quién riega las marchitas flores
con tierno llanto del recuerdo mío.

Ya sé quién «hijo»! en soledad me llama,
é «hijo» á su voz la soledad responde...!
Ah! Cuanto más tras la ovejuela clama,
más á sus quejas y á su afán se esconde.

Tierna, amorosa, celestial María,
rosa inmortal del Gólgota sangriento,
faro infalible que mi rumbo guía
entre la furia de la mar y el viento,

Líbrame de esos ecos misteriosos
que me atormentan en la sombra vana,
aleja esos fantasmas vaporosos
que vienen á llamar á mi ventana!

Y tú, perdida y bella,
fugaz y última estrella,
que viertes á deshora
delante de la aurroa

con perezosa huella,
dudoso resplandor!
Oh, tráeme la hermosura,
la calma y la frescura
del alba transparente,
que este tropel ahuyente
con que la sombra oscura
me cerca en derredor!
Ven, estrella matutina,
y á tu blanca y argentina
silenciosa aparición,
huirá de mi ventana
esa confusión liviana
que despierta mi aflicción.

Lámpara de consuelo,
á cuya lumbre velo,
que escuchas solitaria
mi tímida plegaria,
si acaso llega al cielo,
mi súplica mortal,
tráeme la luz del día
que calme la agonía
de esos remordimientos
que bogan turbulentos
sobre la niebla umbría
en ilusión fatal!

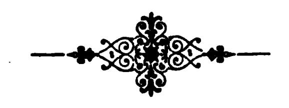
> Ven, estrella matutina,
> y tu blanca y argentina
> silenciosa aparición
> ahuyente de mi ventana
> esa infernal caravana
> que huella mi corazón.

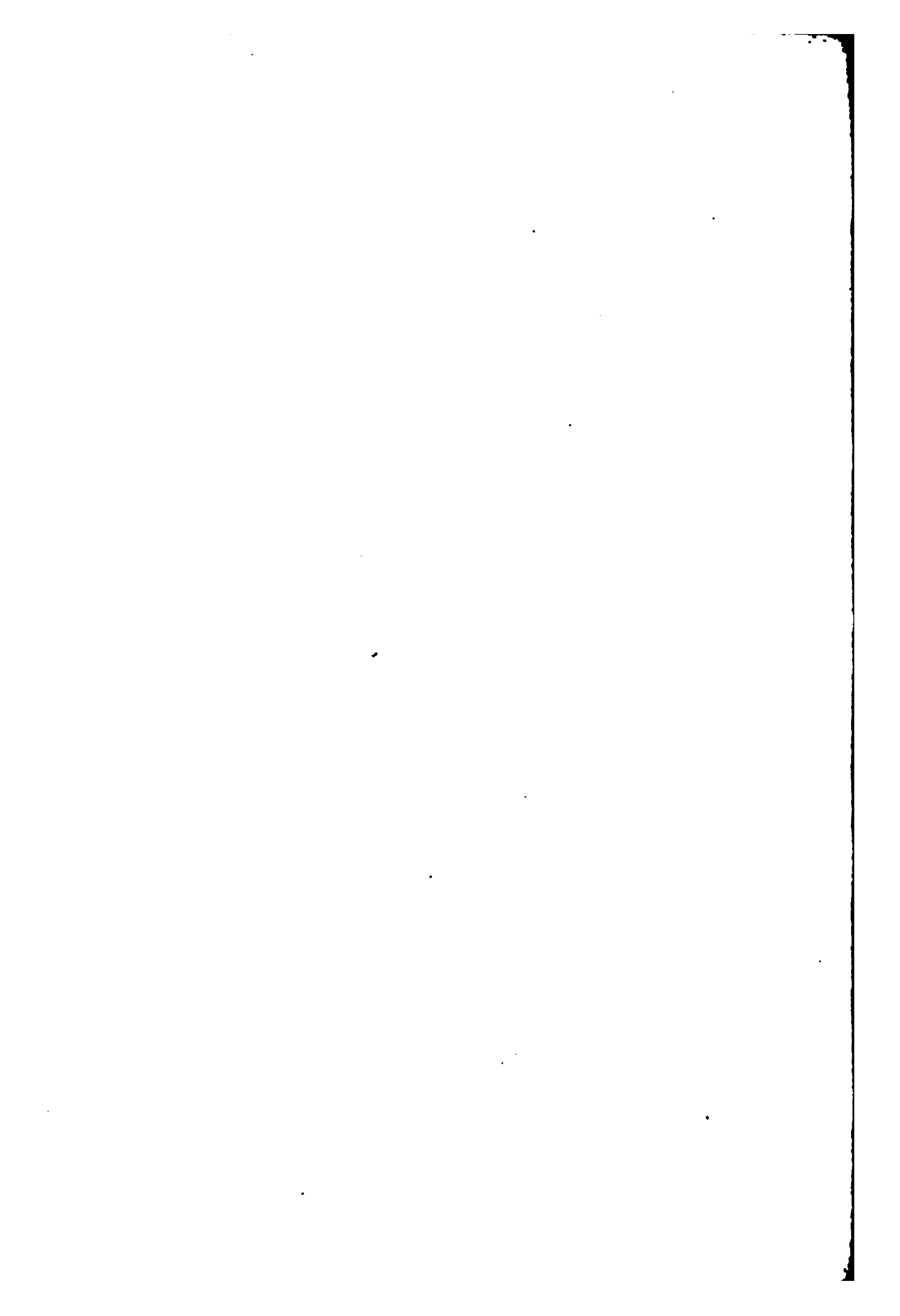
Recuerdos son dañinos
que cruzan peregrinos
el arenal desierto
del corazón incierto,
buscándole caminos
que acaso no hay en él.
Que nunca ven tranquilo,
recóndito un asilo,
y que jamás se amansan
y que jamás descansan
corrientes que hilo á hilo
desbordan su nivel.

> Ven, estrella matutina,
> y á tu blanca y argentina
> luminosa aparición
> huyan las sombras livianas
> que llaman á las ventanas
> de mi triste corazón.

Dejadme, negros sueños,
de aterradores ceños,
de fuerza irresistible:
ya sé que es imposible
vencer vuestros empeños...
ya vuestro nombre sé.
Dejadme que respire,
que viva y que delire;
pues mis errores lloro,
dejadme, yo os imploro,
dejad que en paz suspire
lo que insensato hollé!

> Ven, estrella matutina,
> y á tu blanca y argentina
> silenciosa aparición
> huyan las sombras livianas
> que llaman á las ventanas
> de mi triste corazón.





SANCHO GARCÍA

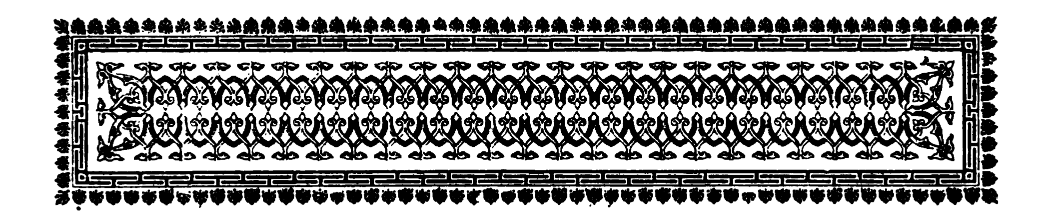
COMPOSICIÓN TRÁGICA EN TRES ACTOS

Esta composición, escrita expresamente para el beneficio de D. Carlos Latorre, fué aprobada para su representación por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 14 de Julio de 1849

PERSONAJES	ACTORES
Sancho García, *Conde de Castilla*....	SR. LATORRE.
La Condesa viuda, *su madre*......	SRA. LAMADRID (B.).
Hissem-Alamar..................	SR. LUMBRERAS.
Estrella............................	SRA. VALERO.
Sancho Montero	SR. ALVERÁ.
Simuel Benjamín...............	SR. LÓPEZ.
Elías................................	SR. PIZARROSO.
Un caballero......................	N. N.

Caballeros, pajes y villanos

La escena es en Burgos por los años primeros del siglo XI



SANCHO GARCÍA

ACTO PRIMERO

Parque del Palacio ó castillo de los condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha, una puerta que da á las habitaciones del Conde. En la del fondo, otra que da á las de la Condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario, un cenador ó kiosko, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo, se extiende un muro con un postigo que da al campo. Árboles, y es de noche.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA *y* ESTRELLA

ESTRELLA

Señora, retirémonos; la noche
es cada vez más lóbrega y oscura,
y os daña la humedad.

LA CONDESA

Estrella mía,
tanto este sitio mi dolor endulza,
que siempre me apesara y me contrista
abandonar su soledad inculta;
porque siempre que dichas imagino,
tan sólo aquí mi corazón las busca.
Ves los millares de hojas que en los árboles
al paso de los céfiros susurran?
Pues un recuerdo delicioso, Estrella,
germina en mi memoria cada una.
Si de aura mansa el perfumado soplo
en apagado son, lentas murmuran,
adormecen mis penas y me tornan
en gozo melancólico mi angustia.
Si ráfaga veloz, con roncas alas
cruza sus ramas y en sus hojas zumba,
responden á su son dentro mi pecho
secretos mil, que mi conciencia anublan.
Oh! Y tengo tantos, cual menudas hojas
esta enramada soledad fecunda,
tan expuestos al viento como ellas,
y como ellas también tranquilos nunca.

ESTRELLA

Si humilde lealtad puede esas penas
calmar, en mí depositad algunas,
señora, y si al consuelo se resisten,
al menos de hoy, las lloraremos juntas.

LA CONDESA

Llorar! Consuelo de serviles almas,
á quien su suerte miserable abruma,
mas ponzoña de nobles corazones
que fieramente con sus hados luchan.

ESTRELLA

Tanto os acosa vuestro mal, señora?
No va don Sancho la morisca chusma

do quier venciendo, y la vertida sangre
lava de vuestro esposo con la suya?

LA CONDESA

Que no suene ese nombre en mis oídos.

ESTRELLA

Perdonad, ya lo sé; sé que á una viuda
que llora un noble esposo, por quien casta
á la mundana vanidad renuncia,
por quien la hermosa faz y esbelto talle
en toscos paños codiciosa enluta,
no deben, con inútiles recuerdos
del esposo, aumentar su pena justa.
Mas cuando queda un hijo, que apilando
cabezas de enemigos en su tumba,
las glorias de su padre...

LA CONDESA

Calla, Estrella,
que tu ignorante lealtad te ofusca.
No ves que ese hijo tan bizarro y fiero,
al derribar las berberiscas lunas,
el cetro de Castilla de las manos
de su madre arrebata, se le usurpa?

ESTRELLA

Señora!

LA CONDESA

Y que aunque venza en mil batallas,
al cabo vendrá á ser vencido en una?
No ves que, sólo en pelear pensando,
de sus pueblos el bien descuida en suma,
la paz, que es sólo su fortuna cierta?
Y si sus campos él de sangre inunda,
qué pan, Estrella, comerán mañana
los que sus campos á talar le ayudan?
Paz el moro le ofrece; por qué ahora
él la desecha con fiereza estúpida?

ESTRELLA

La aceptaríais vos?

LA CONDESA

(Con prontitud.) Y de eso trato.

ESTRELLA

Y son tal vez por eso esas nocturnas
visitas que admitís de ese africano?

LA CONDESA

Ese secreto para siempre oculta
dentro del corazón, Estrella, ó teme
que te abra ante los pies la sepultura.

ESTRELLA

Perdonadme, señora; y ya hoy que oigo
de vuestros labios la verdad desnuda,
de mi fiel corazón hoy permitidme
que los ruines temores os descubra.

LA CONDESA

(Qué es lo que va á decir!) Dí.

ESTRELLA

Creí un tiempo
que amores encerraba esta aventura...

LA CONDESA

Necia!

ESTRELLA

Mi inexperencia me disculpe;
mas hoy que cesa tan villana duda
y hallo la causa del secreto trato,
gozo leal el corazón me inunda.

LA CONDESA

Ea, ya basta! De García Hernández,
la viuda altiva, por la llama inmunda
se abrasara de un moro? Tal vileza
cabe no más en la simpleza tuya.
Mas oye; todo en el silencio quede,
y eterna sombra mi secreto cubra:
y aquí quiero advertirte, Estrella incauta,
que los hondos proyectos que se anudan
dentro de los palacios en secreto,
son veneno, mortífera cicuta
para aquellos que, necios ó traidores,
dentro del corazón no los sepultan.
Conque si has de vivir de hoy más, Estrella,
éste guarda en el tuyo, y no descubras,
ni aun á tu mismo confesor, que es tu ama

á quien el moro por la noche busca.
Qué ruido es ese? *(Ruido á lo lejos.)*

ESTRELLA

Que se acerca el Conde,
y el pueblo, al retirarse, le saluda.
Todo Burgos le adora.

LA CONDESA

Porque vence;
mas, ay del Conde si los moros triunfan!

UNA VOZ

(Dentro.) Viva el Conde don Sancho!

EL PUEBLO

(Ídem.) Viva!

OTRA VOZ

(Ídem.) Viva
el vencedor del moro!

EL PUEBLO

(Ídem.) Viva!

OTRA VOZ

(Ídem.) Viva
nuestro ángel tutelar!

EL PUEBLO

(Ídem.) Viva!

ESCENA II

EL CONDE *y varios* CABALLEROS

(Entra el Conde por la puerta del parque, que figura dar al campo, precedido de dos pajes con hachones, y seguido de Sancho Montero, varios caballeros y villanos que le aplauden.)

EL CONDE *(Á los villanos.)*

Apartáos;
basta de aplausos ya, bravos pecheros;
gracias, y retiráos.
Y vosotros, mis fieles caballeros,
idos también con ellos, y aprestáos
á descansar, que acaso en breves horas,
os llamarán las trompas y atabales
para salir contra las huestes moras.

UN CABALLERO

Todos, señor, saldremos
y con vos venceremos,
ó moriremos junto á vos leales.

EL CONDE

Gracias, así lo espero; idos ahora,
que en vos segura mi esperanza estriba.

UNO

Viva el conde don Sancho!

OTROS

Viva!

TODOS

(Saliendo de la escena.) Viva!

ESCENA III

EL CONDE, *al volverse, cuando los suyos se alejan, ve á* LA CONDESA

EL CONDE

Dios vele sobre vos, madre y señora.

LA CONDESA

Contigo venga, victorioso Conde.

EL CONDE

Tan tarde y en el parque todavía?

LA CONDESA

Aún no lo es tanto.

EL CONDE

(Aparte.) Qué misterio esconde
su inquietud y su gran melancolía?
(Á Sancho.)
Sancho, lejos mis órdenes espera.
(Á Estrella.)
Y aparta tú también, que á solas quiero
con mi madre quedar.

LA CONDESA

(Con desdén.) La vez primera
en muchos días es.

(Vánse Montero y Estrella; él por la puerta de la derecha, que se supone dar á las habitaciones del Conde. Ella por la del fondo, que da á las de la Condesa.)

ESCENA IV

LA CONDESA *y* EL CONDE

EL CONDE

Puede un guerrero
disponer de los suyos á su antojo?
Puédolos yo emplear en la ternura,
cuando del moro el temerario arrojo
provoca mi arrogancia y mi bravura?
Madre, ya lo sabéis; la tierra tinta
aun con la sangre de mi padre humea.

LA CONDESA

Tal verdad en tu rostro el duelo pinta;
mas quién causó la desigual pelea?

EL CONDE

No, madre; no me hagáis tamaña injuria;
si errores juveniles me arrastraron
de mi buen padre á provocar la furia,
con mi llanto y mi sangre se lavaron.
Fuí rebelde un momento. Ah! Lo confieso
con dolor; mas también desde aquel punto
fué mi vida ejemplar, y fué por eso
al honor de mi padre mi honor junto.
Mi pueblo olvidó ya las inquietudes
que un tiempo le causé; yo le dí gloria,
y hoy aplaude su prez y sus virtudes
porque vive en su hijo su memoria.
Todo es hoy para mí, dicha, esperanza,
y todos hoy mis triunfos victorean.
Sólo á mi madre mi placer no alcanza,
y mi gloria sus lágrimas afean!
Decidme, qué anheláis? Qué hay en la vida
que el enarcado ceño os desarrugue?
Qué hay en la tierra, qué hay, madre querida,
que vuestro llanto interminable enjugue?

LA CONDESA

La paz.

EL CONDE

La paz? Pues bien, por ella lidio;
por esa paz consoladora y bella,
que para vos, para mi pueblo envidio.

LA CONDESA

Pues bien; el moro te brindó con ella.

EL CONDE

Con una paz vendida á peso de oro!
Con vergonzosa paz, ruin y traidora!
Con esa paz que me propone el moro,
porque él, no yo, la necesita ahora!
No, madre, no: yo venzo; cada día
ensancho más y más nuestras fronteras;
su tierra tiembla en la presencia mía,
y huye espantada su canalla impía
á la sombra no más de mis banderas.
Por eso paz y treguas me proponen;
temen que mi valor los acorrale,
y en la paz se aperciben y disponen
á que otra vez la suerte nos iguale.
No, madre; no haya paz, no haya cuarteles
aquí ni allí; cuando vencidos sean,
cuando haga yo con sus tostadas pieles,
con sus lenguas que injurian y bravean
los frenos adobar á mis corceles,
esa paz les daremos, que desean.
En tanto, madre, seamos los mejores:
ó todo ó nada, ó siervos ó señores!

LA CONDESA

Siervos, nada tal vez: ellos acaso
no tienen armas, gente, capitanes?
Si el terrible Almanzor te gana un paso,
qué valdrán tu valor y tus afanes?
Todo ó nada, á su vez te dirán ellos;
todo ó nada, y metiendo sus caballos
por medio de tus míseros vasallos,
sus cimitarras segarán sus cuellos.

EL CONDE

Mi padre fué por vos á tierra extraña,
y es natural que, ajena aquí en Castilla,
(Con frialdad.)

sintáis temor por nuestra noble España;
mas no la conocéis: no es maravilla.

LA CONDESA

Pero conozco el mundo y la fortuna,
que lo trastorna todo, y será un día
en que triunfe tal vez la media luna.

EL CONDE

Tened, por Dios, la lengua, madre mía,
si ha de ser de enemigos abogada!
Qué esperáis de esa paz? Qué de los moros?
Os seducen tal vez de su embajada
los soberbios presentes y tesoros?
Esperad unos días; y tras ellos
veréis cuál para vos mi gente alcanza
presentes de más prez, mucho más bellos,
ganados á los botes de su lanza.
Esas serán de vos dignas preseas;
no las de que ellos alabarse pueden
de que, á fuer de limosnas, nos las ceden
por ser de su tesoro las más feas.
En la viuda de un Conde de Castilla,
tan mezquina ambición siempre es mancilla!

LA CONDESA

Deber es de una noble castellana
del sumiso enemigo oir el ruego.
Perdonar es virtud muy soberana,
más grande el vencedor se ostenta luego.

EL CONDE

Madre, no sé qué arcano misterioso
esa tenaz intercesión encierra;
no comprendo ese empeño vergonzoso
de interrumpir las glorias de esta guerra.
No lo comprendo, madre mía; y juro
que la paz del espíritu me quita
el ver que cada triunfo que aseguro
os entristece más, más os irrita.
Mas os juro también que es ruego vano;
sí, mientras reine yo, para esos perros
labrará sólo el pueblo castellano
lanzas agudas y pesados hierros.

LA CONDESA

Mientras que reines tú? Mancebo loco!
Y á qué llamas reinar? A andar talando
tus propias tierras; á tener en poco
los ruegos de tu madre, que llorando
los días y las noches tus deslices
pasa, viendo sus pueblos infelices!

EL CONDE

Madre, bien veo que el frecuente trato
que os permito con moros y extranjeros
el corazón os mina; sin recato
andan por Burgos ya con hartos fueros
de mal hijo tachándome y de ingrato,
deslumbrando á mis fieles caballeros;
y, por Dios! que de tanta villanía
la culpa tiene la indulgencia mía.

LA CONDESA

Eso es; ensalza, ensalza tu indulgencia,
tu generosidad, cuando me tienes
en triste y vergonzosa dependencia,
cual cautiva tomada por rehenes.

EL CONDE

Señora!

LA CONDESA

Sí, cerrada en tu palacio.

EL CONDE

No recibís en él, y en mengua mía,
con toda libertad, con todo espacio,
cuantos queréis de su caterva impía?

LA CONDESA

Á cualquier desterrado se permiten
amigos de aflicción.

EL CONDE

Quién son los vuestros,
madre? Quién son los que ante vos se admi-
[ten?

LA CONDESA

De ciencias y artes, hábiles maestros.

EL CONDE

Y acaso en ellas demasiado diestros.

LA CONDESA

Los que mi pobre espíritu iluminan,
los que endulzan un poco mis pesares.

EL CONDE

Sí, y los que vuestro espíritu alucinan
y os llevan del error á los altares;
los que os dan ambición, los que os dominan.

LA CONDESA

Sí, porque saben más que el vulgo necio,
porque ahonda los misterios más sombríos
su alta ciencia.

EL CONDE

(Con desdén.) Derviches y judíos!
Callad, madre, callad; yo los desprecio.

LA CONDESA

Y yo no; los atiendo, los escucho,
y aprendo de ellos.

EL CONDE

Y con frutos grandes!
Mas de Burgos saldrán antes de mucho.

LA CONDESA

No bastará tal vez que tú lo mandes.

EL CONDE

Madre!

LA CONDESA

Basta; será lo que te digo.
Ya me harto de sufrir tu dependencia;
tu madre soy, y reinaré contigo.

EL CONDE

Reinad si lo queréis, reinad si os place;
de todo disponéis: en nada coto
os he puesto jamás; todo se hace
cual queréis en mi casa; vuestro voto
para todos es ley, madre y señora.
Vuestro es mi reino, gobernad mi tierra;
cual lo habéis hecho siempre, hacedlo ahora;
mas hombre soy, dejadme á mí la guerra.
Yo tierra os ganaré, prez y tesoros;
vos derrochadlos; mas en tiempo alguno
me roguéis por judíos ni por moros,
porque jamás amar podré á ninguno.

LA CONDESA

Conque ese embajador...?

EL CONDE

Se irá mañana.

LA CONDESA

Y se irá sin respuesta?

EL CONDE

Sin ninguna.

LA CONDESA

Pues yo, Conde, también soy soberana.
y voy á darle por mi parte alguna.
Quiero á lo menos ser más cortesana
con quien á mí somete la fortuna.

EL CONDE

Los váis á recibir?

LA CONDESA

Sí, ya lo he dicho.

EL CONDE

Madre, Dios os perdone tal capricho.

ESCENA V

EL CONDE

Oh, me traspasa el corazón desvío
tan injusto y tenaz! Cuándo con ella
fuí rebelde ni ingrato? El reino mío,
mi decoro, mis leyes atropella.
Y se queja de mí? Destino impío,
de tu mano implacable la honda huella
conozco en su altivez! Mi madre ahora
es de mi antiguo error la vengadora.
Tal vez para mi padre fuí mal hijo,
y es mala madre para mí: ya veo
tu justicia, gran Dios! y más me aflijo
cuanto más recta tu justicia creo.
Ay! Yo me empeño con afán prolijo
en prevenir su gusto, su deseo;
la preparo aun á costa de mi afrenta,

y ella me contraría y me atormenta!
Oh! Y ese afán en pro de la morisma,
ese favor con que al judío acorre,
en una sima de pesar me abisma!
Sangre extranjera por sus venas corre...
Esta idea fatal... siempre la misma!
De la mente no sé cómo la borre;
y aunque el nombre de madre me la espanta,
siempre tras de mi madre se levanta!
Oh! Triste vida, miserable vida
la vida en los palacios condenada
á pasar en recelos consumida
y por ruines sospechas desgarrada!
Ruin destino á los príncipes acuida;
polvo es su orgullo, su grandeza nada;
colgado del dosél de su grandeza
hay un puñal que amaga su cabeza!
En fin, alerta vivamos
los que á gobernar nacimos,
los que á ser señores y amos
de otros condenados fuímos;
velemos, no los perdamos.
Montero!

ESCENA VI

EL CONDE *y* SANCHO MONTERO

SANCHO

Señor.

EL CONDE

Ya es tarde;
vámonos á recoger,
y mañana, muy temprano,
Sancho, á despertarme ven.

SANCHO

Á qué hora?

EL CONDE

Al rayar el alba:
un asunto de interés
quiero encargarte, y es fuerza
que te enteres antes de él.

SANCHO

Señor, nací vuestro súbdito;
de cuanto soy disponed.

EL CONDE

Mañana, Sancho; descansa
de aquí hasta el amanecer.

SANCHO

Descuidad; rayando el alba
á vuestra puerta estaré!

EL CONDE

Y no ha de pesarte de ello
si me sirves franco y fiel.

SANCHO

Los del Valle de Espinosa
jamás rompieron su fe.

EL CONDE

Por tu lealtad, Montero,
te escogí yo; vamos, pues. *(Entran.)*

ESCENA VII

ESTRELLA *por la puerta del fondo*

Gracias á Dios que se fueron.
Temiendo estaba, pardiez,
que el otro viniera, y ellos
la seña oyeran también:
y entonces, Dios nos ampare!
Qué iba de todos á ser?
Cómo tolerara el caso
de don Sancho la altivez?
Tiemblo con sólo pararme
en pensamiento tan cruel.
Y yo, necia, que creía
con tan sándia candidez
que ese moro era un galán!
Quién tal pudiera creer?
La Condesa de Castilla,
matrona de tanta prez,
en una afición tan ruín
desatentada caer?

Pobre de mí, que en el Valle
de Espinosa, mi niñez
pasé en sencillez inculta!
Qué de los palacios sé?
Oh, perdónenme los cielos
tan injurioso creer!
Perdóneme mi señora,
pues de sencilla pequé.
Ea! El desliz enmendemos
con más severa estrechez
obedeciendo sus órdenes;
vasalla suya nacer
fué mi suerte, y ser me cumple
para mis señores fiel.
En atalaya me pongo
á su señal á atender. *(Se sienta.)*

ESCENA VIII

ESTRELLA *y* SANCHO MONTERO *con recato, por la puerta de la derecha*

SANCHO

No la he visto en todo el día,
y los ojos no sabré
pegar en toda la noche
si no la veo una vez.
Oh, la quiero con el alma!
Cuán bella y cándida es!
No tengo otro pensamiento.
Esta es su ventana; haré
la seña con tiento... Estrella! *(Llamando.)*

ESTRELLA

Quién me llama? Cielo, es él!

SANCHO

Estrella, qué haces aquí?
Por qué de tu cuarto dentro
á estas horas no te encuentro?

ESTRELLA

(Temblando estoy, ay de mí!)

SANCHO

Responde, Estrella, responde.
Por qué en tu cuarto no estás?

ESTRELLA

Y tú, Sancho, adónde vas?

SANCHO

Dónde voy, Estrella? Dónde
iré cuando en todo el día
no he logrado un solo instante
ver el sol de tu semblante?

ESTRELLA

Es cierto, Sancho!

SANCHO

Alma mía!
Sin verte no sé vivir;
qué fuera vivir sin ver!
tú, Estrella mía, has de ser
la estrella que he de seguir.
Sin tí no tengo valor
ni me siento con paciencia
para sufrir la existencia
que no ha de dorar tu amor.

ESTRELLA

Sancho mío, yo tampoco
vivir un día pudiera
sin la esperanza hechicera
de tu amor.

SANCHO

Yo tengo en poco
sin tí todo el mundo, Estrella;
la más santa obligación,
si lucha en mi corazón
con tu fe, sucumbe á ella.
Si fuera posible en mí
luchar lealtad y amor,
entre tu fe y mi señor
quedara el campo por tí.

ESTRELLA

Sancho!

SANCHO

Oh! Esto es suponer:
porque oposición no hallo
entre el galán y el vasallo,

entre el amor y el deber.
Amo al Conde como debo,
te amo á tí con cuanto soy;
con él á la muerte voy
y á tí en el alma te llevo.
Mas qué zozobra te asalta?
Estás inquieta? Ah! Sospecho
que en venir á verte he hecho
sin duda, Estrella, una falta.

ESTRELLA

No, no; Sancho, mi mayor
placer es verte, es hablarte;
entristecerte, enojarte
mi más íntimo dolor.

SANCHO

Pero tu mano en las mías
tiembla; sí, vagan tus ojos
sin cesar... Estrella!

ESTRELLA

Enojos
aparta, Sancho, y manías.
No me conoces? No sabes
que con el alma te quiero?
No sabes que te prefiero
á los negocios más graves?
No hay cosa que tú me indiques
en que yo no te complazca;
manda, haré cuanto te plazca.

SANCHO

Mando que te justifiques.

ESTRELLA

De qué?

SANCHO

Á qué sales aquí
á hora tan extraña, Estrella?

ESTRELLA

Ay! Sancho, los labios sella
si me han de injuriar así!
Casi á un tiempo hemos nacido,
juntos nos hemos criado,
niños nos hemos amado,
hermanos siempre hemos sido.
Y después dudar de mí?

SANCHO

Ay! Estrella, qué sé yo!

ESTRELLA

Quieres injuriarme?

SANCHO

Oh, no!

ESTRELLA

Mas estás celoso?

SANCHO

Oh, sí!

ESTRELLA

Celoso, Sancho? En verdad
que no lo estás en razón!

SANCHO

Estrella, hace el corazón
de las sombras realidad.
Y este parque solitario,
esta hora tan avanzada,
esta noche tan cerrada...
Ay! Si un juicio temerario
me impelieron á formar,
confiesa que hallé razón.

ESTRELLA

Pues bien, los celos depón.
Yo te juro...

SANCHO

Á qué jurar,
falsa, lo que en este instante
está todo desmintiendo?
Ay Estrella, ya lo entiendo;
eres mujer, é inconstante!
Las costumbres de palacio
tus costumbres corrompieron,
acaso te sedujeron...

ESTRELLA

Sancho, habla con más espacio,

que estás hablando de mí;
y aunque no nací condesa,
conservaré siempre ilesa
la honra con que nací.
Si ahora en este parque estoy,
bástete, Sancho, saber
que ni falto á mi deber,
ni me olvido de quien soy.

SANCHO

Pues bien; entonces, Estrella,
qué secreto es el que guardas
que así en mostrármelo tardas,
si tus juramentos sella?
Temes, amándote yo,
fiar tu secreto en mí?
No fías de Sancho?

ESTRELLA

Oh, sí!

SANCHO

Pues bien, descúbrele.

ESTRELLA

Oh, no!

SANCHO

Estrella, y qué suponer
de ese silencio?

ESTRELLA

Que callo
porque cabe en el vasallo
el amor con el deber.
Espera, Montero, un día
y todo lo entenderás.

SANCHO

Todo me lo explicarás?

ESTRELLA

Sí, todo, por vida mía!

SANCHO

Entonces, Estrella, fío
en tí, aunque llevo recelos...

ESTRELLA

No volvamos á los celos.

SANCHO

Ah! No está eso en poder mío.

ESTRELLA

Véte, pues, Sancho, que es tarde.

SANCHO

Vóime, Estrella, hasta mañana;
porque en hora muy temprana
fuerza es que el Conde me aguarde.
Adiós.

ESTRELLA

Adiós. *(Suenan dos palmadas.)*

SANCHO

Mas, qué es eso?
Estrella, eso es un aviso.
Es una seña, preciso.

ESTRELLA

Seña es, Sancho, lo confieso.

SANCHO

Pues bien, si á satisfacer
mis celos dispuesta estás,
déjame abrir.

ESTRELLA

Sancho, atrás.

SANCHO

Estrella!

ESTRELLA

No puede ser.
Pues que Dios lo quiere así,
todo el secreto sabrás,
mas á ese hombre no verás.

SANCHO

Ah! Conque es un hombre?

ESTRELLA

Sí;
mas no soy yo quien le espera,
ni á quien él busca soy yo.

SANCHO

Falsa mujer, cómo no,
si estás de tu cuarto fuera?

ESTRELLA

Y no hay nadie en el palacio
que pueda mandarlo así?

SANCHO

La Condesa!

ESTRELLA

Sancho, sí.

SANCHO

No sé cómo tengo espacio
para escuchar de tu lengua
tal falsedad, tal mancilla.
La Condesa de Castilla
puede obrar con tanta mengua?
No; y eso es crimen mayor
que tu antigua falsedad.
Ella tanta liviandad?
Ella tan infando amor?

ESTRELLA

No, Sancho, este es el secreto;
la Condesa admite á un hombre,
mas de esa acción, no te asombre,
no es el amor el objeto.

SANCHO

En un laberinto, Estrella,
me metes de confusión;
si no es una vil pasión,
qué quiere ese hombre con ella?

ESTRELLA

En los palacios, Montero,
no hay más secretos, más citas
que de amor?

SANCHO

Dar necesitas
satisfacción por entero.
El secreto que tú guardes
también yo guardar podré,
pero al par acecharé
las trazas de los cobardes.
Estrella, yo veré á ese hombre.

ESTRELLA

Sancho!

SANCHO

Es mi resolución;
oiré su conversación,
y sus señas y su nombre
tomaré; y si es nimiedad
mujeril, será un secreto;
mas si hay en ello otro objeto,
primero es mi lealtad.

ESTRELLA

Ah, Sancho mío! Por Dios,
retírate! Ve lo que haces.

SANCHO

Sólo así me satisfaces;
oyéndolos yo á los dos.

ESTRELLA

Imposible!

SANCHO

Elige, pues:
ó los oigo de este modo,
ó abro arrostrando por todo
y nos perdemos los tres.

ESTRELLA

No puedo con tal rigor:
sea, Sancho, como quieres,
porque al cabo en las mujeres,
lo primero es el amor.
Ocúltate. *(Vuelve á sonar la seña.)*
Á abrirle voy.
(Estrella va á abrir la puerta falsa.)

SANCHO

Tal vez mi deber traspaso;
mas yo sabré en todo caso
portarme como quien soy.
(Se esconde Sancho en el cenador.)

ESCENA X

ESTRELLA, HISSEM *y* SANCHO, *oculto*

HISSEM

Esclava, tarda has andado:
dormías?

ESTRELLA

No, infiel.

HISSEM

Qué hacías,
pues, que á abrirme no venías?
No ves que si hubieran dado
que en esa puerta á esta hora
á que abrieran acechaba?...

ESTRELLA

Perdonad.

HISSEM

Despacha, esclava;
condúceme á tu señora.

ESTRELLA

Voy á avisarla.

SANCHO

(Aparte.) Dios mío!
Por cuanto valgo que ignoro
si estoy soñando! Es un moro!

ESCENA XI

LA CONDESA, HISSEM, ESTRELLA
y SANCHO, *oculto*

HISSEM

Sultana mía!

LA CONDESA

Hissem mío!

SANCHO

(Cielos! Es esto ilusión?
Escuchemos.)

LA CONDESA *(Á Estrella.)*

La escalera
cuida, Estrella, desde fuera,
y encaja bien el portón. *(Vase Estrella.)*

ESCENA XII

LA CONDESA, HISSEM *y* SANCHO, *oculto*

LA CONDESA

Hissem, ya estamos solos. Harto oscura
la noche está, y seguros nos hallamos
á favor de esta lóbrega espesura.

HISSEM

Díme, sultana, pues: en qué quedamos?
Cede el Conde?

LA CONDESA

No cede.

HISSEM

El ruego, el oro,
nada podrán con él?

LA CONDESA

Nada: es en vano
ofrecer y rogar; no puede el moro
más que guerra esperar del castellano.

HISSEM

Guerra!

LA CONDESA

Implacable, sin cuartel, sangrienta.

HISSEM

No oye, pues, mi embajada?

LA CONDESA

No; mañana
te arrojará de Burgos.

HISSEM

Tal afrenta!
Y tú también sucumbirás, sultana,
á su ciego furor? Tantas vigilias
de afán han de perderse en un momento?
Por siempre nos aparta, y no me auxilias,
y no te opones con osado aliento
y le dices: Atrás! Llegó mi hora;
yo soy aquí tu madre y tu señora!

LA CONDESA

Con qué poder, Hissem?

HISSEM

Con tu arrogancia.
No hay Consejo, no hay pueblo á quien quejarte,
á quien decir en Burgos que en tu estancia
te guarda sin cesar, y ni asomarte
te permiten sin su orden á tus rejas,
que de hijo tuyo en vez es tu tirano?

LA CONDESA

Y eso es mentira, Hissem.

HISSEM

Vulgo villano
siempre habrá pronto para oir tus quejas.

LA CONDESA

Ó no le habrá; ese vulgo en quien confías,
le adora, Hissem, le aplaude con mil bocas;
celebra su valor todos los días
con doble afán, que en esperanzas locas
de triunfos le adurmió: y botín, tesoros
espera de esa lid contra los moros.

HISSEM

Y espera con razón, pese á Mahoma!
Lanzados más allá de sus fronteras
les parece que el mundo se desploma
sobre ellos, divisando sus banderas.
Cobardes en España, envilecidos
de su raza y valor degenerados!
Ya lo ves cuán humildes, cuán rendidos
le envían sus tesoros más preciados
para pedir la paz... y si ahora mete
ese Conde sus huestes vencedoras
por nuestra tierra audaz y la acomete...
Ay! Desdichadas de las lanzas moras!
Ay! Desdichado nuestro amor, sultana!
Yo tan amante y tú tan altanera,
tu quedarás en Burgos prisionera,
y á mí de Burgos me echará mañana!

LA CONDESA

Y tres años, Hissem, tres largos años
de cautiverio por mi amor sufridos;
tres años, sí, de cábalas y amaños,
de zozobras y crímenes!

HISSEM

Perdidos.
Jamás, jamás á vernos volveremos.
Yo sin tí, tú sin mí, sin esperanza,
uno de otro enemigos, moriremos.

LA CONDESA

Nunca; á tal sacrificio no, no alcanza
ya mi resignación. Aun tengo amigos,
Hissem, sajones, árabes, franceses,
que temen de don Sancho los castigos,
y apoyan mi facción, mis intereses.
Sí, tu embajada, pese á su arrogancia!
en mi cámara propia, á medio día,
yo mañana oiré: nadie en mi estancia
á tí ha de osar á la presencia mía.

HISSEM

(Con desdén.)
Y él al mismo dintel de tu aposento
cautivos nos hará.

LA CONDESA

Y saliera caro

al Conde tan osado atrevimiento
al recibiros yo bajo mi amparo.

HISSEM

Inútil razonar; la fuerza es suya,
tú lo has dicho; hay un medio solamente
que su poder y su furor destruya.

LA CONDESA

Cuál es?

HISSEM

Que yo me aleje prontamente,
y á mis reyes de Córdoba y Sevilla
á tí como mi esposa te presente,
y tributaria de ellos á Castilla.

LA CONDESA

Hissem!

HISSEM

Entonces sí con doble brío
nos enviarán cohorte numerosa:
tuyo será el condado; y tuyo y mío,
reina serás, y libre y poderosa.

LA CONDESA

Yo mi fe he de abjurar? No.

HISSEM

Ruin reparo!
Se cede al sevillano un pie de tierra,
y otro pie al cordobés; con nuestro amparo
en nuestros pueblos cesará la guerra,
y mirando de entrambos al decoro,
cristiana vivirás, viviré moro.

LA CONDESA

Jamás, Hissem, jamás.

HISSEM

Tarde, traidora,
te llego á conocer!

LA CONDESA

Moro, qué dices?

HISSEM

Qué fué tanta promesa seductora?
Tantos augurios de tu amor felices?
Y que me amabas sin cesar decías;
que apreciabas los riesgos, los azares
que por tí arrostré intrépido! Mentías!

LA CONDESA

Nunca, Hissem, osaré hasta mis altares.

HISSEM

Qué entiendes tú de amor? Necia cristiana
de corazón cobarde! Qué comprendes
de esa pasión que por tan firme vendes,
sólo capaz de un ánima africana?
Tres años te serví como cautivo,
mi valor y mi origen olvidando;
tres años que por tí sin honra vivo;
tres años, necio! que te estoy amando;
y mi fe y mi pasión no te pondero
cual tú la tuya; y tantos sacrificios,
tal firmeza en tan bravo caballero,
cómo me pagas tú? Ah, que vas infiero
á reprocharme aún mil beneficios!

LA CONDESA

Sella, bárbaro Hissem, sella la boca;
tus palabras son fuego, maleficios
para mi corazón, me vuelven loca.
Atropellé mi honor, engañé al Conde
mi hijo, al pueblo engañé; sutil, astuta,
cuanto emprendí y fragüé no te se esconde;
y me llamas cobarde? Pues bien, moro,
habla; qué quieres de mi amor? Responde;
cuanto quieras haré, porque te adoro.

HISSEM

Abre un sepulcro.

LA CONDESA

Á quién?

HISSEM

No lo adivinas?

LA CONDESA

Me horrorizas, Hissem!

HISSEM

De otra manera...

LA CONDESA

Otro crimen aún?

HISSEM

Tú no imaginas
cuánto te importa que primero muera.

LA CONDESA

Jamás!

HISSEM

Piénsalo bien.

LA CONDESA

Basta con uno.

HISSEM

Miserable de tí! Cavas tu tumba.

LA CONDESA

Medios hay...

HISSEM

No, sultana, no hay ninguno;
todos tu pertinacia los derrumba.

LA CONDESA

Nunca!

HISSEM

Piénsalo bien, que es tu destino,
que lo dice tu horóscopo.

LA CONDESA

Qué dices!

HISSEM

No; los dos no cabéis por un camino,
y os lo han dicho los sabios: infelices!
Hundiros uno á otro es vuestro sino.

LA CONDESA

Sueñas, Hissem!

HISSEM

Oh torpe rebeldía!
No hay conjuros, cristiana, no hay encantos
que vierten luz sobre el futuro día,
y ciertos, ay! aunque nos dan espantos?

LA CONDESA

No los hay en mi fe.

HISSEM

Mas sí en la mía,
y los he consultado.

LA CONDESA

(Con espanto.) Y eso dicen?

HISSEM

Eso; y de no, los astros nos maldicen.

LA CONDESA

Y es cierto? Horror!

HISSEM

Tú misma verlo puedes.

LA CONDESA

Cómo?

HISSEM

Crees en la ciencia?

LA CONDESA

Sí.

HISSEM

El conjuro
ante tí á hacerse volverá.

LA CONDESA

Seguro?

HISSEM

Cierto, infalible.

LA CONDESA

Quiero verlo.

HISSEM

Y cedes
convencida una vez?

LA CONDESA

Sí, te lo juro.

HISSEM

Mañana, pues, al despuntar del alba
baja á la gruta en que Simuel habita;
mi esclavo estará aquí, llegarás salva,
y el fatal porvenir que nadie evita
á tus ojos pondrá el israelita.

LA CONDESA

Iré.

HISSEM

Tendrás valor?

LA CONDESA

Sí.

HISSEM

Pues mañana
tu destino sabrás, y á elección tuya
muerta en Burgos serás ó soberana.

LA CONDESA

Hable el destino y la elección es suya.

HISSEM

Piénsalo.

LA CONDESA

Iré; ve en paz.

HISSEM

Adiós, sultana.

ESCENA XIII

LA CONDESA *y* SANCHO, *oculto*

LA CONDESA

Iré, sí. Mas, ay Dios! que se estremece
medroso el corazón... Ese judío
ante quien claro el porvenir parece,
de quién recibe su poder? Impío!
Mas sus negros conjuros obedece
el destino en verdad. Oh! Ábrase el mío;
y aunque el misterio horrendo me horripila,
penetrarle sabré fiera y tranquila.

ESCENA XIV

LA CONDESA *y* ESTRELLA

ESTRELLA

Señora!

LA CONDESA

Qué?

ESTRELLA

De aquí partamos; ruido
de pasos percibí por la escalera
del Conde, y distinguir me ha parecido
su sombra atravesar tras su vidriera.

LA CONDESA

Gente acaso en el parque habrá sentido,
y desvelado está.

ESTRELLA

Si aquí nos viera...

LA CONDESA

En tan lóbrega noche no es creíble
que vió desde el balcón.

ESTRELLA

Todo es posible,
señora.

LA CONDESA

Vamos, pues.

ESTRELLA

(Ay! ya respiro,
pues libre á Sancho de sus ojos miro.)

ESCENA XV

SANCHO MONTERO; *luego* EL CONDE

SANCHO

Mis ojos lo miraron, mis oídos
lo oyeron, y lo dudo todavía.
No, no es fascinación de mis sentidos,
no es ilusión de loca fantasía,
(Asoma el Conde y se le acerca.)
es la increíble realidad. Vendidos
á los moros están... Por vida mía
que el ser madre y Condesa no la salva
de que lo sepa el Conde antes del alba!
Á despertarle voy; ahora, sí, al punto
á decirle: «Don Sancho, levantáos,
el mundo está contra nosotros junto:
del sitio en que piséis aseguráos,
del aire que aspiréis, ó sois difunto;
fermenta la traición como en un caos
en vuestra propia casa...» Oh, yo estoy loco!
Voy... todo el tiempo me parece poco.
(El Conde, que ha venido á colocarse tras él saliendo de palacio, le detiene diciéndole:)

EL CONDE

Gracias, Sancho.

SANCHO

(De rodillas.) Señor!

EL CONDE

Silencio! Todo
lo escuché desde allí, todo lo he visto.
Pluguiera á Dios que no!

SANCHO

(Con afán.) Ah, de ese modo...!

EL CONDE

(Interrumpiéndole.)
Tu lealtad conozco.

SANCHO

Mas por Cristo,
señor, que comprendáis...

EL CONDE

Sancho, silencio!
De la idea que oculta aquí reside
sólo á Dios que la alcanza damos cuenta,
tan sólo el confesor cuenta nos pide;
de palabras que al hombre dan afrenta
justo es que el afrentado no las pida,
y la afrenta se lava con la vida.

SANCHO

Señor, para arrancármelas del pecho
si es vuestra voluntad, en él lo juro!
Cien lanzas abrirán camino estrecho.

EL CONDE

Sólo así, Sancho, vivirás seguro.

SANCHO

Será.

EL CONDE

No te lo digas ni á tí mismo;
á esa idea de escándalo y de mengua
dentro del corazón abre un abismo,
que no suba jamás hasta tu lengua.





ACTO SEGUNDO

Antecámara de la habitación de D. Sancho. Decoración de una sola casa. Puerta en el fondo á un lado

ESCENA PRIMERA

SANCHO MONTERO

Tiempo es ya de despertarle,
que está vecina la aurora,
y quiero de sus encargos
darle una respuesta pronta.
Ay! Desdichados mil veces
los que en alcázares moran
arrastrando una existencia
que tantos duelos acosan!
Pero qué es eso? Alguien sube
por el caracol... zozobras
el ruido menor me causa
desde que sé... *(Llaman con precaución.)*
Pero tocan
en esa puerta. Quién?

ESTRELLA

(Dentro.) Sancho?

ESCENA II

SANCHO *y* ESTRELLA

SANCHO

Qué oigo! *(Abre.)* Estrella, tú á estas ho-
Qué quieres? [ras...!

ESTRELLA

Ay, Sancho mío,
qué noche tan espantosa!

SANCHO

Qué es lo que dices, Estrella?

ESTRELLA

Sancho, por Nuestra Señora,
que me digas lo que anoche
vistes!

SANCHO

Por Dios, que curiosa
por demás eres, Estrella!
Á tí de eso, qué te importa?

ESTRELLA

No imagines, Sancho mío,
que curiosidad es sola
mi pregunta, ni por eso
á la antecámara propia
de don Sancho me llegara;
no, no; mi razón es otra.
En agitación horrenda,
en pesadilla angustiosa
toda la noche ha pasado
la Condesa mi señora.

SANCHO

Y eso qué tiene de extraño?
El insomnio en ella es cosa
muy frecuente.

ESTRELLA

Sancho, no;

nunca la ví como ahora:
hubo un momento en que miedo
la cobré... la creí loca!

SANCHO

Tu poco espíritu, Estrella;
tu superstición medrosa,
tal vez de un sonambulismo
tamañas quimeras forja.

ESTRELLA

No, no; se arrojó del lecho
desesperada y furiosa,
desencajada, convulsa,
diciendo con voces roncas:
«Dame, Hissem, dame tu alfanje;
tenle, y que su sangre corra.»
Luego se hincó de rodillas
á una aparición incógnita,
suplicando... Ay, Sancho! Entonces
yo estaba temblando toda.
Se le erizaba el cabello,
se pintaba su recóndita
pavura sobre el semblante,
y los ojos de las órbitas
saltándoseles; en su frente,
brotaba en hirvientes gotas
mortal sudor... si la hubieras
visto... ay, estaba espantosa!

SANCHO

(Infeliz!) Estrella, cálmate:
sin duda esa aterradora
escena que estás contándome
soñaste en la noche próxima,
y con tan vivo carácter
tu imaginación pintóla
que realidad la creíste.

ESTRELLA

Ojalá, Sancho! Mas óyela
del todo, y juzga conmigo
la realidad de esa historia.

SANCHO

Dí.

ESTRELLA

Serenóse un momento;
calmóse aquella diabólica
agitación de su espíritu,
y descansó casi un hora.
Mas al cabo de ella, Sancho,
volvió á arrojarse furiosa
del lecho, y á la ventana
abalanzándose, abrióla.
Tendió los brazos por fuera,
y en voz angustiada y cóncava
gritó: «Hissem, acude, sálvame;
aquí de tus lanzas moras!
Acúdeme, y todo es tuyo,
mi fe, mi ser, mi corona!»

SANCHO

Silencio, Estrella, silencio;
que don Sancho no te oiga.

ESTRELLA

Ay! Todavía me dura
el temblor.

SANCHO

Vete, reposa,
Estrella, y no temas nada:
te lo aseguro; tan poca
importancia hubo en su plática
con el moro, y tan remota
relación tiene con eso...

ESTRELLA

Sancho, esto sin duda toca
en un secreto que guardas
de mí. Ay! Yo consoladora
una palabra á lo menos
esperaba de tu boca.

SANCHO

Estrella, yo te lo juro;
aunque en mi última hora
estuviera, no podría
asegurarte otra cosa.
Vé á tu aposento y descansa;
esa aprensión melancólica
con el reposo disipa,
y aguarda á que tu señora
despierte, y de tí y sus damas
para tocarse disponga.

ESTRELLA

Tarde será.

SANCHO

Por qué, Estrella?

ESTRELLA

Porque á mí, como á las otras,
nos despidió de su cámara
con faz enarcada y torva
diciéndonos: «Para nada
os necesito; de sobra
estáis aquí; ea, dejadme
las antecámaras solas,
y que nadie en ellas entre
sin excepción de persona.»

SANCHO

Pues bien, Estrella, obedécela.
Vete y espera con todas
las otras damas, no salga
y te llame antes de la hora
á otro capricho cediendo.
Mas oyes? Del sueño torna
don Sancho, sus pasos siento.
Sal, Estrella, vete pronta,
no te halle aquí.

ESTRELLA

Dios me asista!
Adiós, Sancho!

SANCHO

Él nos socorra,
que sólo puede tal vez
su asistencia poderosa.
(Va á entrar en el aposento de don Sancho, y al mismo tiempo aparece éste.)

ESCENA III

EL CONDE *y* SANCHO MONTERO

EL CONDE

Sancho, quién estaba aquí
contigo?

SANCHO

Estrella, señor.

EL CONDE

Exigente es vuestro amor
si os trae de continuo así.

SANCHO

No fué su pasión ahora
quien la trajo.

EL CONDE

Pues quién fué?

SANCHO

Señor, su cándida fe
y el amor á su señora.

EL CONDE

Á la Condesa?

SANCHO

Sin duda;
que en Espinosa nacida
la es leal con la honra y vida
y solícita en su ayuda.

EL CONDE

Qué pasa á mi madre, pues?

SANCHO

Ha poco á mí vino Estrella
temiendo, señor, por ella
con afanoso interés;
la pobre me preguntó
lo que anoche ví y oí.

EL CONDE

En el parque, Sancho?

SANCHO

Sí.

EL CONDE

Y se lo dijiste?

SANCHO

No.

Antes que ceder con mengua
á amor, á ambición ni miedo,
juraros, don Sancho, puedo
que me arrancaré la lengua.

EL CONDE

Gracias, Sancho; mas perdona
si esto me trae tan inquieto.

SANCHO

Descuidad; vuestro secreto
morirá con mi persona.
Mas vuestra madre ha pasado
la noche en insomnio horrible
y en agitación terrible,
que á mi Estrella ha amedrentado:
y buscando la razón
en esa nocturna cita,
me hizo temprana visita
en cuanto vió la ocasión.

EL CONDE

Ay, Sancho! Que esos traidores
el seso la han trastornado,
y acaso la han fascinado
con filtros encantadores.
Descuidos son, Sancho, míos:
su gusto al deber prefiero,
y que trate la tolero
con moros y con judíos.
Ella piensa que la inician
en arcanos de la ciencia,
vive Dios! y su conciencia
con sus ciencias malefician.
Ciencia! Á perros tan villanos
abrirá Dios sus tesoros?
Dará á judíos y á moros
lo que niega á los cristianos?
No, imposible: en la traición
son sabios, Sancho, no más:
la ciencia de Satanás
abriga su corazón.
Horóscopos y conjuros...!
Por vida mía que voy
á deshacérseles hoy
con encantos más seguros.
Los hombres que te encargué?

SANCHO

Ya esperan.

EL CONDE

Y el renegado?

SANCHO

Qué no hará quien ha dejado
las banderas de su fe?

EL CONDE

Consiente, pues?

SANCHO

Sí, señor.
Si hallara quien la quisiera,
hasta su alma vendiera!

EL CONDE

Calla, que me causa horror.

SANCHO

Es el hombre más infame
que el suelo del mundo huella;
dadle una dobla, y por ella
venderá lo que más ame.
Es una serpiente astuta
que todo lo ve y penetra;
quien sus crímenes perpetra
y sus planes ejecuta
y sus intenciones sabe.

EL CONDE

Del judío?

SANCHO

De los dos;
mas venderos quiere á vos
de todos ellos la llave.
Queréis verle?

EL CONDE

Sancho, no;
con él entiéndete tú,
que para ese Belcebú
no tendré paciencia yo.

SANCHO

Pues vamos, que ya esclarece,
y él os lo hará presenciar.

EL CONDE

Está lejos el lugar?

SANCHO

Junto al muro, me parece;
llegamos en un minuto.

EL CONDE

Y vé con tiento y con paz,
porque de todo es capaz
un malvado tan astuto.

SANCHO

Id descuidado, señor;
lo que no haga el interés
lo ha de poder el temor;
fiad en mí.

EL CONDE

Vamos, pues.

ESCENA IV

(Subterráneo que sirve de habitación y laboratorio al rabino Simuel Benjamín. En medio un altarcillo ó pira destinada á sacrificios y ceremonias paganas. Un velador triangular con paño negro, sobre el cual hay pergaminos é instrumentos de matemáticas y astronomía. Momias egipcias, cuadrúpedos y volátiles disecados. Un esqueleto humano. Vasos sepulcrales antiguos. Un reloj de arena. Entrada en el fondo. Secreta á la derecha, ídem á la izquierda. Elías aparece.)

ELÍAS

Ya no hay remedio, está dicho.
Esta jugada está hecha,
y ya no pueden los dados
recogerse de la mesa.
Qué otro camino quedaba!
Ay! De pavura me tiembla
el corazón todavía
cuando al Montero recuerda.
Aquella seguridad
con que hasta la boca mesma
del subterráneo llegó
á la media noche; aquella
confianza en el poder
de su arriesgada propuesta;
aquel ademán resuelto
con que la entrada secreta
volvió á tomar, sin volverse
para escuchar mi respuesta,
y desde el umbral diciéndome
con voz poderosa y hueca:
«Renegado, hasta mañana,
lo que te conviene piensa;»
todo esto como un sueño
triste pesadilla horrenda,
el corazón me atribula
y el pensamiento me prensa.
Oh! Miserable de mí,
más no nacer me valiera
que dar al fin en las manos
de ese don Sancho. Aquí cesan
mis esperanzas efímeras
de ambición y de riqueza.
Aquí mi futura dicha,
aquí mi ambición se estrella;
ay! inútiles deseos
que alimentó el alma necia,
ilusiones sois perdidas
que el viento rápido lleva.
Pero probemos siguiendo
del vencedor la bandera;
todos los vientos ayudan
á quien sin rumbo navega.
Coloquemos por si acaso
estos muebles de manera
que estén á servir dispuestos.
(Hace lo que dice.)
Esta pira, aquí, más cerca
del velador; estas luces
más opacas, más inciertas.
*Oh, el aparato es magnífico!
*Cualquiera crédulo que entra
*en esta mansión, se humilla
*ante el altar de la ciencia.
Siento rumor... Pasos son;

si antes que él los otros llegan,
todo se pierde.
(Llaman. Abre en un pilar una trampa giratoria, y aparece Sancho Montero.)
Ah, respiro!
Él es, estemos alerta.

ESCENA V

ELÍAS *y* SANCHO MONTERO

SANCHO

Guárdete Dios.

ELÍAS

Montero, bien venido.

SANCHO

Aparta, Elías, ceremonias necias,
y á lo que importa vamos. Qué has resuelto?

ELÍAS

Sancho, me mandas que á mi dueño venda!

SANCHO

No has vendido, traidor, en otros días
patria, amigos, amor, hijos, creencias?

ELÍAS

*Montero...

SANCHO

Concluyamos; en el parque
*anoche el Conde oyó la conferencia
*de su madre y el árabe.

ELÍAS

Dios santo!

SANCHO

*Todo lo sabe.

ELÍAS

Pues de mí qué espera?

SANCHO

*Que descubras á tiempo los secretos
*que aquesta gruta misteriosa encierra!

ELÍAS

*Sancho!

SANCHO

Concluye, y por tu bien elige.
Tu secreto me das ó tu cabeza.

ELÍAS

No hay otro medio, Sancho?

SANCHO

No hay ninguno;
nada te ha de salvar sino tu lengua.

ELÍAS

Sea, Sancho, y empieza por quitarte
de esa piedra en que estás.

SANCHO

Esta caverna
labrada está en las rocas.

ELÍAS

Eso dicen;
mas minada la tierra por doquiera,
y hay en su cavidad tantos secretos
como junturas hay entre sus peñas.
Un hombre dentro de ella burla á muchos
si sus resortes mil diestro maneja.
Y un secreto camino va á palacio,
por donde el sabio en el palacio entra
*y espía sin ser visto. En fin, Montero,
*invención infernal es esta cueva.
*Viene aquí el rico avaro, el pobre crédulo,
*á implorar el auxilio de la ciencia.
*y la ciencia á los pobres y á los ricos
*con trampantojos y ficción contesta.
*Aquí con mil prodigios engañosos
*un porvenir mentido les revela,
*y espíritus impuros aparecen
*en visiones, ya horribles, ya risueñas.
*Á veces hablan gentes á quien guarda
*ha muchos años ya la madre tierra,
*y á veces esas urnas y esas aves
*se sirven de sus manos y su lengua.
En fin, todo es aquí misterio y arte
con que al crédulo vulgo se amedrenta,

y él juzga la verdad con sus sentidos
y su oro al sabio que le engaña deja.

SANCHO

El ignorante vulgo solamente
pasará por patrañas tan groseras.

ELÍAS

Ay, Montero, las hay tan formidables,
que al más valiente corazón aterran;
que es así la materia del de el hombre
y en conocerle bien está la ciencia!
*Esto es todo, y no hay más: todo lo sabes:
*ahora, ay de mí! por cuanto caro tengas
*en este mundo, Sancho, que me ampares,
*y del furor del Conde me protejas.
*Y si el oro...

SANCHO

Por Dios, me crees acaso
*tan vil como eres tú? Si no te viera
*temblar ante mis pies como un cobarde,
*contestara mi daga á tu insolencia.

ELÍAS

*Mas ese Conde...

SANCHO

De quedar con vida
*su palabra real por mí te empeña.

ELÍAS

*Sancho, son las palabras sólo ruído,
*y el aire más ligero se lo lleva.

SANCHO

*Renegado! Tu fe, si alguna tienes,
*á la palabra de don Sancho niegas?

ELÍAS

*Si de su misma boca la escuchara,
*crédito y fe sin vacilar la diera.
*Que es noble y cree en la virtud don Sancho,
*y hasta los mismos moros lo confiesan.
Pero...

SANCHO

Cumple mis órdenes, y fía.

ELÍAS

Dí.

SANCHO

Escucha: muy en breve la Condesa
va á esta gruta á bajar.

ELÍAS

Cielos, quién pudo...!

SANCHO

Cita secreta es, y váse en ella
á desplegar, para turbar su mente,
todo el poder de la mentida ciencia:
el Conde ha de asistir.

ELÍAS

Es imposible.
Sancho, que le descubran será fuerza.

SANCHO

No se esconden aquí tantos secretos
como junturas hay entre las piedras?
No hay aquí mil incógnitos resortes
que escondrijos le abran y escaleras?
Todo por todo, Elías.

ELÍAS

Sea, Sancho;
mas del Conde, pues tú le representas,
júrame en nombre que será impasible.
oiga lo que oiga y vea lo que vea.

SANCHO

Sí.

ELÍAS

Que tenga valor y sufrimiento
para ver cuanto pase en su presencia.

SANCHO

Hombre es don Sancho, Elías, á quien nunca
dieron pavor ni sombras ni quimeras.

ELÍAS

Polvo es no más, como los otros hombres;
mas á buscarle ve, porque ya llegan.

ESCENA VI

SIMUEL BENJAMÍN

La prueba última es. Ó cede ahora
esa necia mujer y se fascina,
y merced á mi magia protectora
en Castilla desde hoy Judá domina,
ó la ocasión se pierde de tal modo
que todo se hunde y se malogra todo.
Alégrate, Judá. Si hoy á mi ciencia
la mujeril superstición da vuelo,
tierra tendrás y templos y opulencia
con que olvidar al fin tu largo duelo;
no irás desde hoy, sin término vagando,
patria insegura en que posar buscando.
Aquí se tenderán los blancos linos
de las tiendas de Aarón: en torno de ellas
resonarán los cánticos divinos
de la Sión bendita, y las doncellas
de Judá danzarán, nuestros misterios
celebrando al compás de los salterios.
Plegue al Dios de Jacob pronta victoria
dar á su pueblo y amparar mi empresa,
y estos augurios de grandeza y gloria
no se deshagan cual fugaz pavesa!
Ay! Dominar queremos los destinos,
y somos siempre errantes peregrinos.
Mas veamos si todo está dispuesto
para el postrer ensayo. Elías! *(Llamándole.)*

ESCENA VII

SIMUEL *y* ELÍAS

SIMUEL

Presto
lo tienes todo ya?

ELÍAS

Todo, rabino,
y á vuestra voz responderá el destino.

SIMUEL

Luce el día?

ELÍAS

Ya el sol por el Oriente
va elevando su disco refulgente.

SIMUEL

No ha parecido el moro todavía?

ELÍAS

Por la empinada loma ya subía
cuando oí vuestra voz.

SIMUEL

Que entre al momento,
y tú á tu obligación estate atento.

ELÍAS

Así lo haré, señor.

SIMUEL

Préstame ahora,
Dios de Judá, tu ciencia previsora.

ESCENA VIII

SIMUEL *é* HISSEM

SIMUEL

Bien venido seas, moro.

HISSEM

Judío, guárdete Alá;
mas sin ceremonias vamos
á lo que interesa más.
Está preparado todo?

SIMUEL

Todo preparado está.
Y la Condesa?

HISSEM

Ya llega
con mi esclavo Ben-Jaguar.
Cuánto me costó vencer
su conciencia pertinaz!

SIMUEL

Mas consintió?

HISSEM

Si veía
por sus ojos el fatal
poder á que está sujeto
su destino.

SIMUEL

Lo verá.
Su ciega superstición
á sus ojos va á cambiar
la mentida ceremonia
en exacta realidad!

HISSEM

*Vé con tiento, Benjamín;
*su mente hay necesidad
*de exaltar con tus pronósticos;
*mas como arriesgado azar
*es sin duda el demostrarla
*prodigios que no querrá
*creer acaso, primero
*su amor es fuerza irritar
*y su ambición y aun sus celos.
*Y esto, á fallarnos, quizás
*entonces todo á tu ciencia
*lo tendremos que arriesgar.
*No escasees sortilegios
*ni invenciones; tal vez ya
*es este el último día
*que nos resta aprovechar.

SIMUEL

*Cómo!

HISSEM

*Sí; mañana el Conde
*de Burgos nos lanzará,
*ó acaso tumba nos abra.

SIMUEL

*Hissem, de todo es capaz.

HISSEM

*Pues bien, Simuel, no lo olvides,
*fuerza es caer ó acabar
*de una vez con ese rayo
*á nuestra grey tan fatal.

SIMUEL

*De lo que puede mi ciencia
*tú mismo te has de asombrar.
*Elías sabe mis órdenes,
*y ante sus ojos pondrá
*prodigios aterradores
*que su alma han de atribular.

HISSEM

*Vete con tiento, Simuel.

SIMUEL

*Bravo Hissem, tres años van
*de lección, y yo respondo
*del efecto que la hará.
*Tres años que estoy hipócrita,
*taimado, astuto y sagaz,
*enseñándola una ciencia
*que jamás aprenderá,
*mas que ha puesto su cabeza
*en un estado capaz
*de abandonarse en mis brazos
*en completa ceguedad.

HISSEM

Mi amor á un tiempo, Simuel,
á tu ciencia ayudará.
Si así lo haces, tu servicio
recompensado verás,
dando en Castilla á tu tribu
tierra y templos que habitar.
No es ese tu gran deseo?

SIMUEL

Sí; mas tú lo cumplirás?

HISSEM

Mira el pliego de Almanzor.
Castilla en reino me da
si yo al poder del cristiano
se la consigo arrancar.
Ocultos en esas sierras
cuatro mil moros están
prontos á meterse en Burgos

á la primera señal.
Los castellanos, sin jefe,
muerto don Sancho, qué harán?
El palacio de su dueño
y su cadáver cercar.
Llorar, Simuel, y apenarse,
y volverse cuando más
contra la escondida mano
que apagó su luz vital.

SIMUEL

Mas y esa mano escondida...?

HISSEM

Pronto encontrada será
y entregada al populacho
su furor para saciar.

SIMUEL

Pero ella misma?

HISSEM

Escalón
de nuestro poder será;
los dos á una misma tumba
y en un día bajarán.

SIMUEL

*Y será Burgos...?

HISSEM

* Mi reino,
*donde los tuyos tendrán
*templos y tierra segura,
*y comercio y libertad.
*(Sabedor de mi secreto
*muy pronto te enterrarán.)

SIMUEL

*(Con mi ciencia poco á poco
*del trono bajando irás.)

HISSEM

Ea, pues, siento que llega:
prepara, sabio, tu altar.

SIMUEL

Cumple tú lo que te toca,
y ayude al sabio el galán.

ESCENA IX

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL *y* BENJAMÍN

(Elías introduce á la Condesa, que viene cubierta con un largo velo, y se vuelve.)

SIMUEL

Salud, Condesa.

LA CONDESA

Sabio israelita,
salud. Hissem aquí!

HISSEM

Aquí, señora,
que vuestra dicha y salvación medita
Hissem, que espera en vos, y en vos adora.

LA CONDESA

Hissem, que por doquier al par me sigue
de mi conciencia, ay, Dios! Sombra evocada.

HISSEM

Sombra feliz si vuestro bien consigue,
siempre en cuidado vuestro desvelada!

LA CONDESA

Hissem, qué noche tan fatal me has dado!
Qué ensueños más horribles he tenido!

SIMUEL

Un calmante queréis?

LA CONDESA

No; ha disipado
el día mi temor.

SIMUEL

Razón ha habido?

HISSEM

Simuel, ese hijo vil, que la esclaviza,
hoy nos aparta de ella como gente
indigna de tratarse, allegadiza,
y yo, por convencerla solamente
del intento traidor que á ello le atiza,
la revelé su horóscopo.

SIMUEL

Imprudente!
Crees tú que una mujer tenga harto brío
para sondar el porvenir sombrío?

LA CONDESA

Simuel, no me dió el sér vulgo villano,
y un corazón tan animoso tengo,
que no le da pavor su negro arcano,
y de tu voz para escucharte vengo.
Dí, pues, será tu ciencia desmentida
en lo que atañe á mi futura vida?
Es cierto, dime, que podrá por ella
á tus conjuros responder mi estrella?

SIMUEL

Al necio humano que en mi ciencia duda,
su mágico poder jamás ayuda.

LA CONDESA

Responde: á esta caverna á esto he bajado.

SIMUEL

Oh! Mil veces perdón, noble Condesa!
Lo confieso, seis noches he pasado
velando, y vuestro horóscopo he trazado.

LA CONDESA

Y qué? *(Con afán.)*

SIMUEL

Ay de mí! Que lo sepáis me pesa!
Pésame, sí, de que la ciencia mía
fiara de un amante este secreto,
que nadie es sabio si en amor se fía.

HISSEM

Perdonadme, Simuel, mi solo objeto
fué apartar de su frente el golpe rudo.
Yo la idolatro, sí. Cómo pudiera
su destino esperar sereno y mudo?
Imposible, Simuel, antes muriera.

LA CONDESA

Hissem! *(Con amor.)*

HISSEM

Perdón, sultana; el alma fría
de ese judío, con la edad helada,
el fallo de su ciencia callaría,
pero jamás un alma enamorada.
Tú, sólo tú en el mundo me interesa,
y en amarte no más mi ánima absorta,
toda su voluntad te guarda ilesa,
y cuanto tú no seas, qué la importa?

LA CONDESA

Hissem! *(Con entusiasmo.)*

HISSEM

(Con amargura.)
Mas ay! Por nuestra estrella impía
hoy partiré de aquí, sultana mía,
y ahogará, si su curso no torcemos,
tres años de esperanzas este día.

LA CONDESA

Eso jamás, Hissem; le torceremos.
Renunciar á tu amor es imposible;
dentro del fiero corazón le halago
mucho tiempo hace ya, y es invencible;
nada detiene su tremendo estrago.
Á esta fatal pasión ceda primero
cuanto fuí, cuanto soy y cuanto espero.
Ábreme, oh sabio! el infernal volumen
del hondo porvenir, y aunque al saberles
sus secretos fatídicos me abrumen,
quiero una vez para mi mal leerles;
quiero saber que á mi destino cedo
por ruin fatalidad, mas no por miedo.

SIMUEL

Vedlo bien, y os advierto que aún es hora;
de la vida mortal ir el camino
siguiendo á ciegas vale más, señora,
que penetrar el fallo del destino,
que es siempre más feliz quien más lo ignora.

LA CONDESA

Tú me lo has dicho; cada sér que nace
trae una estrella que su vida rige,
y por el solo rumbo que ella trace
se abre la senda que á su fin dirige;

pues bien, yo quiero ver mi oculta senda
si á caer mi sentencia ha de arrastrarme:
antes de hundirme por la sima horrenda,
á su boca fatal quiero asomarme.

SIMUEL

Pues mirad que esa senda es escabrosa,
que está escrita con sangre esa sentencia.
Oh! Respetad la nube misteriosa
que envuelve vuestra mísera existencia.
Sucumbir sin luchar, é id animosa
sin peso tan fatal en la conciencia.

LA CONDESA

Sucumbir sin luchar? Eso es cobarde,
y aunque fuera razón, fuera muy tarde.
Si he de ceder á mi contraria suerte,
no será sin luchar, frente he de hacerla,
y si es mi estrella el astro de mi muerte,
si no puedo apagarla ni torcerla,
sabré que atada á su siniestro rumbo
ella me arrastra, pero no sucumbo.

SIMUEL

(Mostrándola un pergamino.)
Pues bien, ved vuestro horóscopo.

LA CONDESA

Y qué es esto?

SIMUEL

Los astros en aqueste planetario
el porvenir os ponen manifiesto.

LA CONDESA

Y á qué este laberinto es necesario
de rayas quirománticas?

SIMUEL

Señora,
ahí está para el sabio la evidencia
de vuestro porvenir; leed ahora
(Le vuelve el pergamino del otro lado.)
reducida á palabras su sentencia.

LA CONDESA

(Lee.)
«Quien consulta este horóscopo, va en breve
tras de duelos y afanes bien prolijos
víctima á ser de sus ingratos hijos.»
Cielos! Y esto es...? *(Representando.)*

SIMUEL

(Interrumpiéndola.) Lo que cumplirse debe.

LA CONDESA

Y es verdad, justo Dios!, y esto del Conde,
de don Sancho, mi horóscopo responde?

HISSEM

Más hijo no tenéis. Luego á él se ajusta
esa revelación con que os lo avisa
generoso el destino aunque os asusta.

LA CONDESA

Fatal sentencia es.

SIMUEL

Pero precisa.

LA CONDESA

No turbes mi razón con torpe labio,
fascinando mi fe, viejo rabino.
No acontece tal vez que yerra el sabio?

SIMUEL

El hombre acaso, pero no el destino.

LA CONDESA

Fácil es engañar á una matrona
que tu ciencia celeste no penetra,
cuando puede detrás de cada letra
su horóscopo esconder una corona.

SIMUEL

Pues el medio elegid que más os cuadre;
el azar en que hayáis más confianza
discurrid, y del hijo y de la madre
pesaremos la suerte en su balanza.
Los muertos evocad y os dirán eso,
apelad á los sueños, y eso mismo
dirán también; y donde quiera expreso
el agüero veréis y el fatalismo.
Ya sea que á la suerte se encomiende,
ya á espíritus terribles se consulte,
trastórnese el pronóstico ó se enmiende,

eso será no más lo que resulte.
Las vidas de los dos por un sendero
no pueden juntas ir; las dos no caben,
y una de entrambas cederá primero;
mas, cuál? Los cielos nada más lo saben.

LA CONDESA

Vea yo, pues, su voluntad expresa,
póngalo ante mis ojos un vestigio
de ese poder incógnito, un prodigio
hable, y con él mi incertidumbre cesa.

SIMUEL

Ó matar ó morir es vuestro sino;
tal es mi ciencia y tal vuestro destino.

LA CONDESA

Ponme, Simuel, patente su mandato,
y cedo, vive Dios! y muero ó mato.

SIMUEL

Pues bien; á verla váis.

HISSEM

Harto hizo el sabio:
judío, aun queda del amante al labio
el último resorte; y si á esta nueva
invención se resiste
apelaremos á tu ciencia insana.
Vete.

ESCENA X

LA CONDESA *é* HISSEM

HISSEM

Antes de que te arriesgues á esa prueba,
sólo un momento escúchame, sultana.
Quiérete el moro ó muerta, ó soberana;
armas, oro, un ejército te ofrece;
qué más claro el destino te parece
cuando en tu mano pone esta mañana,
y á tu antojo abandona
un lecho funeral ó una corona?
Por cuanto caro en tu existencia tengas
que á esa prueba infernal nunca te avengas.

LA CONDESA

(Con espanto.)
Conque es verdad, Hissem? Puede su ciencia
cumplir lo que promete?

HISSEM

Veces ciento
patentizó á mis ojos la experiencia
que responde á su voz el firmamento.
*Mil veces en furtiva conferencia,
*al soldado, al mendigo, al opulento
*les marcó de su muerte la hora oculta,
*y la hora fué de la fatal consulta.

LA CONDESA

*Cielos!

HISSEM

* Ves esos muebles que su estancia
*cercan en derredor? Á su voz todos
*alma recibirán de varios modos,
*aterrando la tuya.—Sí, sultana,
*todo es misterio aquí; y esas redomas
*que hacen creer á nuestra vista humana
*que contienen espíritus y gomas,
*el elixir encierran de las vidas
*cuyas horas de aliento están medidas.

LA CONDESA

Es tanto su poder?

HISSEM

Oh, no te asombre,
todo lo puede con la ciencia el hombre;
y hombre soy yo también y tiemblo ahora
ante esa ceremonia aterradora.

LA CONDESA

No lo acierto á creer.

HISSEM

Le ví mil veces
los muertos evocar de sus conjuros
al secreto poder, y de sus preces
con las palabras mágicas; seguros
sus pronósticos son, y ese que miras
respecto al porvenir que á tí te espera
es la expresión de las celestes iras.

LA CONDESA

Y preciso ha de ser que mate ó muera?

HISSEM

Sí, lo mismo que yo.

LA CONDESA

Cielos! Qué dices?

HISSEM

Salga al fin de una vez del pecho mío
este fatal secreto: el hado impío
ató nuestros destinos infelices.

LA CONDESA

*No te entiendo.

HISSEM

* Oye; á mi importuno ruego
*el mío consultó con las estrellas
*el sabio israelita.

LA CONDESA

*(*Con afán.*) Y supo de ellas...?

HISSEM

*Cuanto anuncióme realizóse luego.
Escucha, pues, nuestro enlazado sino.
Tú dependes del Conde; á un soplo suyo
cambiará para siempre tu destino;
mas yo pendo de tí, mío es el tuyo,
y si no hago que Sancho á tí sucumba,
nuestro destino es él, él nuestra tumba.
Ó él, ó nosotros dos.

LA CONDESA

Es imposible!

HISSEM

Ó él ó nosotros dos, no hay esperanza.

LA CONDESA

Tú no lo crees, Hissem: eso es horrible!

HISSEM

*Aun yace el fiel de la fatal balanza
*en la mitad del peso equilibrado:
*mas solo un día, una mañana queda
*para que pierda el equilibrio y ceda.
Resuélvete.

LA CONDESA

Jamás.

HISSEM

Lo has meditado?

LA CONDESA

Sí, y no osarán mis manos á su vida,
á no verlo yo misma decretado
claramente en el cielo.

HISSEM

Fementida!
*Así mi amor, mi ayuda, una corona
*renuncias, pese á mí cobardemente,
*y el lazo que á tu vida me eslabona
*rompes tan sin pesar villanamente?
*Tu destino desprecias, temeraria!
*No crees en él!—Yo sí, y para evitarle
*separaré de tí mi suerte varia.

LA CONDESA

Moro!

HISSEM

Está bien; atienda desde ahora
sólo á sí mismo cada cual, traidora.

LA CONDESA

De esa manera, Hissem...

HISSEM

(Interrumpiéndola.) De esa manera,
de mi propia cerviz sabré apartarle.
Conoces este pliego? *(Muéstrale.)*

LA CONDESA

Ah! Qué imaginas!

HISSEM

Todo por todo.

LA CONDESA

Corazón de fiera!
Qué es lo que vas á hacer?

HISSEM

No lo adivinas?

LA CONDESA

Ese pliego!

HISSEM

Es tu carta; en ella le haces
un encargo á este Hissem que te habla ahora.
Lee, *mi esposo sale con sus haces,*
hazle que caiga en emboscada mora.

LA CONDESA

Cielos!

HISSEM

Cayó; su cuerpo fué comprado
á fuerza de dinero, y fué Hissem mismo
quien lo trajo á lanzadas traspasado.
Tu mano y tu corona has empeñado
por tal servicio; cumple, ó un abismo
te abro, esta carta al Conde remitiendo,
tus esperanzas para siempre hundiendo.

LA CONDESA

Bárbaro Hissem! Y lo pondrás por obra!

HISSEM

Sí; juro á Alá! Pues matas mi esperanza,
*en tu reino, y tu amor, todo me sobra:
*mas te daré venganza por venganza.
*Ay, tuve orgullo en tí mientras me amabas!
*mas hoy, traidora, que mi orgullo ofendes
no rindiendo á mi amor cuanto esperabas
cual yo, te venderé cual tú me vendes.

LA CONDESA

Yo? Yo venderte, Hissem? Sella esa boca;
yo venderte, que te amo más que al mundo?
Calla, ó por Dios que volverásme loca.

HISSEM

Bien ese amor demuestras tan profundo,
sultana, contra mí cuando atropellas
hasta la misma ley de las estrellas.
Que me amas dices?—Mientes.

LA CONDESA

Pues bien, moro.
Habla; qué exiges de mi amor? Responde.

HISSEM

Abre un sepulcro.

LA CONDESA

Bien, morirá el Conde.
Mas ese pliego horrible...

HISSEM

Con tus manos
mil pedazos le harás, y este secreto
jamás penetrarán ojos humanos.

LA CONDESA

Cúmplase, sí, el recóndito decreto
de mi suerte fatal; mas pronto sea,
antes que calme mi pasión precita.
y este vértigo horrendo que me agita
contra mí misma convertido vea.

HISSEM

Hoy mismo.

LA CONDESA

Sí.

HISSEM

En la mesa.

LA CONDESA

Sí.

HISSEM

(Llamando.) Judío!

ESCENA XI

LA CONDESA, HISSEM *y* SIMUEL

HISSEM

Pronto; posees un elixir que acabe
una vida en un punto?

SIMUEL

Sí.

HISSEM

Que oculte
su presencia en el cuerpo?

SIMUEL

Sí, que lave
la mano que le ofrezca, y que sepulte
en sombra eterna el atentado grave.

HISSEM

Tráelo pues.

SIMUEL

Para quién?

HISSEM

No es su destino,
ó matar ó morir?

SIMUEL

Sí.

HISSEM

Pues le acepta.

SIMUEL

Y el conjuro sin ver?

HISSEM

Ese es su sino,
y de ello siente convicción perfecta.

SIMUEL

Venid y os le daré!

LA CONDESA

Y á mi palacio
partamos en seguida,
y aprovechemos el primer espacio:
que es fuerza que hoy se arriesgue y se decida
poder contra poder, vida por vida.

HISSEM

Y amor, y trono, y libertad, sultana,
esta tarde tendrás.

LA CONDESA

(Volviéndose desde la puerta.) Moro, descuida;
muerta tengo de ser, ó soberana.

HISSEM y SIMUEL

Vamos. *(Vánse por la salida del fondo.)*

ESCENA XII

EL CONDE y SANCHO MONTERO

(El teatro queda un momento solo. El Conde aparece abriendo una trampa giratoria practicada en un pilar, y Sancho Montero tras él, calmándole.)

SANCHO

Señor, calmáos.

EL CONDE

No, Montero,
déjame respirar, deja que exhale
su enojo y su pesar un caballero
que ultrajar mira así lo que más vale,
mi honor, Sancho; y por quién? Por quien
por mi madre. [más quiero;

SANCHO

Señor...

EL CONDE

Aparta, Sancho,
y espacio deja á mis lamentos ancho.
Deja que sufra en paz, y que me queje
á solas de mi mal, ya que es preciso
que aquí, en mi corazón, le esconda y deje,
porque el juicio de Dios así lo quiso.
Porque es su ley que mi justicia ceje
ante mayor razón, y un paraíso
lleve en el rostro, mientras roe interno
mi pobre corazón todo un infierno.
Dí, Sancho; y tú lo crees? Y ésa es mi madre?

Por un bárbaro infiel ciega y prendada!
Ella dando por él muerte á mi padre!
(Con agitación.)
Á mi vida, por él, osando airada!
Y qué halla en él que á su nobleza cuadre?
Qué ama en él su pasión desventurada?
Pliegues del corazón que sólo sabe
Dios, que del corazón guarda la llave!

SANCHO

Serenáos, señor.

EL CONDE

(Calmándose de repente.) Ya estoy sereno.

SANCHO

Y no olvidéis que su traidora ciencia
á vuestros días aplazó un veneno.

EL CONDE

No será la que corte mi existencia;
no temas por la mía, oh, Sancho bueno!
Yo haré caer sobre ellos su sentencia,
y tal será mi fallo furibundo,
que asombro cause al venidero mundo.

ESCENA XIII

DICHOS *y* ELÍAS

ELÍAS

Señor... *(Echándose á los pies del Conde.)*

EL CONDE

Quién es ese hombre?

ELÍAS

Un miserable,
señor, que á vuestras plantas humillado
viene á pedir su vida detestable.

EL CONDE

Sancho, quién es?

SANCHO

Señor, el renegado.

EL CONDE

Cómplice de las tramas infernales
de esos traidores es?

SANCHO

Sin duda alguna,
y su siervo más fiel.

EL CONDE

Por cuanto vales
responde, y dí á tu lengua que reuna
cuanta sinceridad en ella quepa
para decir al punto cuanto sepa.

ELÍAS

Señor!

EL CONDE

Lo cierto te valdrá la vida;
dime: cuál es ese conjuro horrendo
que aprestaba su ciencia maldecida,
y que á mi pobre madre fascinando
la arrastraba al delito más nefando?

ELÍAS

Señor, un filtro de poder tremendo
que al espíritu crédulo estremece;
un licor que el cerebro enardeciendo
le fascina, le turba, le enloquece;
y el ánimo á esta farsa disponiendo,
le hace en falso juzgar de cuanto ofrece
el pretendido sabio á sus sentidos,
en visiones y encantos prevenidos.

EL CONDE

Infames!

ELÍAS

Y la fiebre que produce
es un vértigo horrible, es un ensueño
que á cuanto el sabio necesita induce;
le hace del alma del paciente dueño,
y á cuanto la visión falsa le incita
el crédulo mortal se precipita.

EL CONDE

Basta; basta, por Cristo! Impía ciencia
digna no más de moros y judíos;

artes por mi fatal condescendencia
hoy practicadas en los reinos míos.
Mas hoy concluirán. Sancho, á ese hombre
que ha asistido á tan torpes sortilegios
dale muerte.

SANCHO

Señor, aunque os asombre
le concedí la vida en vuestro nombre.

EL CONDE

Válganle, Sancho, pues, los privilegios
de mi palabra real; pero su lengua
renegó de su Dios, y fuera mengua
sin castigo dejar sus sacrilegios.
Sancho, en un calabozo eternamente
yazga; y privado de la lengua y manos,
que no pueda jamás, aunque lo intente,
revelar lo que sabe á los humanos.
Silencio! Esto ha de ser: un solo acento
en la garganta cortará tu aliento.
(Sancho le lleva y vuelve.)

ESCENA XIV

EL CONDE

Todos á precio tal su vida estimen
los que delito tan odioso entiendan.
Sí, mueran antes que á mi madre vendan;
caiga la eternidad sobre su crimen.
Señor, que el corazón de los mortales
desde tu regia excelsitud penetras,
y á través de apariencias terrenales,
lees su verdad en invisibles letras;
tú, que con tus miradas paternales
tan gran resolución en mí perpetras,
tú que conoces de mi afán lo extenso,
benigno acepta el sacrificio inmenso.

ESCENA XV

EL CONDE *y* SANCHO

EL CONDE

Eres tú?

SANCHO

Sí, señor.

EL CONDE

Está seguro?

SANCHO

Sí.

EL CONDE

Con nadie hablará?

SANCHO

Con alma humana;
guárdale sólo el callejón del muro,
y allí estará al partir.

EL CONDE

De buena gana
le perdonara, Sancho, mas no puedo,
que aun de mi misma lengua tengo miedo.

SANCHO

Pero lloráis, señor?

EL CONDE

Fuego derramo,
sangre que quema mis hinchados ojos.

SANCHO

Ah! Moderad, señor, tantos enojos.

EL CONDE

Sancho, voy á inmolar lo que más amo.
No tengo de llorar? Sí, Sancho, lloro
porque voy á perder en un momento
la madre criminal en quien adoro,
y el honor, que aprecié más que el aliento.
Lo oístes? Hijo vil, que la esclaviza,
apellidarme osó delante de ella
esa canalla ruin, que me la hechiza
con las necias patrañas de su estrella.
Y calló... Ah! Todos hoy serán ceniza,
todos caerán bajo mi airada huella.

SANCHO

Todos! *(Con asombro.)*

EL CONDE

Sí.

SANCHO

También ella? *(Más.)*

EL CONDE

Sancho, tente,
no temas nunca que á mi madre atente.
Siempre de entre los dos será primero,
de mi madre ó mi honor, mi honor sucumba:
al suyo ceda el universo entero,
y ábrase al hijo envilecida tumba.
Sobre mí su baldón que caiga quiero,
y pues mi honor por ella se derrumba,
que á mí tan sólo su baldón me siga,
y el universo entero me maldiga.

SANCHO

Qué es lo que habláis, señor, que no os en-[tiendo?

EL CONDE

No lo entiendas jamás, si vivir quieres.
Este secreto formidable, horrendo,
si lo aciertas tal vez, cállalo, ó mueres.

SANCHO

Ah!... El sacrificio colosal comprendo,
y me espanta, señor.

EL CONDE

Si leal eres,
sea tu corazón su eterno abismo.

SANCHO

Callando imitaré vuestro heroismo.

EL CONDE

No sabes, ay de mí! cuánto me cuesta
tamaña abnegación; que al fin, Montero,
para mí nada más será funesta.
Mas á mi fama mi deber prefiero;
su hijo nací; mi obligación es esta,
y obraré como debe un caballero.
Sabré, aunque el mundo me acrimine un día,
que obró mi corazón como debia.

SANCHO

Culpe, señor, vuestra fatal estrella.

EL CONDE

No; la virtud á medias no practico,
Sancho, no quede de mi hazaña huella;
ignore el mundo lo que no le explico.
Entre mi madre y yo, primero es ella;
venza, pues, cuanto soy la sacrifico.
Quede por siempre limpia su memoria,
y eche en mí solo su borrón la historia.
Mas el juicio...
(Al entrar Simuel, el Conde se emboza y Sancho se aparta. El judío se asombra de hallarlos allí.)

ESCENA XVI

EL CONDE, SIMUEL, BENJAMÍN *y* SANCHO

SIMUEL

(Al ver al Conde.) Dios!

EL CONDE

(Yéndose á él.) Qué hay que te asombre?
Todo lo oí, y del Conde la mancilla
tú mismo has de lavar.

SIMUEL

Fantasma ú hombre,
quién te trajo hasta aquí? Cuál es tu nombre?

EL CONDE

Dobla para escucharle la rodilla.

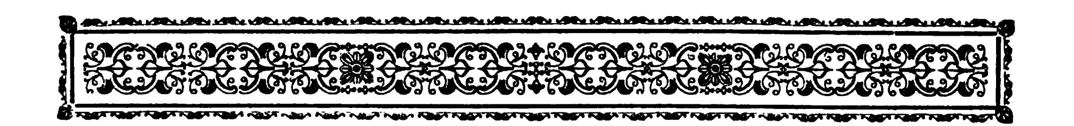
SIMUEL

Yo? Y á quién?

EL CONDE

(Descubriéndose.) Á don Sancho de Castilla.
(Queda don Sancho, desembozándose, en una actitud que revela toda la dignidad de su carácter, y cae á sus pies el judío.)





ACTO TERCERO

Decoración cerrada que representa un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cinco lados. En el primero de la derecha una puerta que da á las habitaciones de la Condesa. En el primero de la izquierda otra que conduce al exterior del edificio. En el segundo lado de la derecha otra que da á un camarín. En el opuesto otra ídem. En el fondo otra, con vidrieras de colores, que da al interior del edificio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del Conde.—Mesa y dos sillones.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE *y* SIMUEL, *entrando por la puerta del fondo*

EL CONDE

Y á mi palacio así, por vida mía,
en el silencio de la noche oscura
este oculto camino te traía!

SIMUEL

Señor!

EL CONDE

(Con desprecio.) Y estás temblando de pavura
con solo preguntártelo, cobarde!
Y eres tú quien penetra los destinos
de mi familia? De ello harás alarde
tan sólo entre mujeres y asesinos.
Vive Dios! Si quien eres no mirara
y no viera quien soy, torpe gusano,
en polvo entre mis manos te tornara;
mas te honrara matándote mi mano.
Eh! No temas, imbécil, de la mía,
que victoria tan ruin me humillaría.
En fin, si has de salvarte, solamente
hay un medio y lo sabes; sé prudente,
y dime al cabo y por la vez postrera
si riesgo alguno el individuo corre.

SIMUEL

Probadlo en mí, señor, si eso os altera,
y mi existencia vuestra duda borre.

EL CONDE

De traidores cual tú todo lo temo:
fueras capaz por conseguir venganza
de llevar la traición hasta ese extremo.

SIMUEL

Señor, tan singular desconfianza
es indigna de vos. Arrepentido,
sólo ese medio espero de obligaros,
si no al perdón, al menos al olvido.
Y ni aun con mi existencia osáis fiaros!

EL CONDE

Al miedo creo de que estás transido
más que á todos tus lógicos reparos;
pero sólo, Simuel, sólo á este precio
cederá mi venganza á mi desprecio.
Piénsalo bien, y sólo de este modo
todo lo aparto y te lo olvido todo.

SIMUEL

•Y á vuestros pies, señor...

EL CONDE

Alza, rabino,

y ojalá que hoy mi liberal clemencia
de conocer te ponga en el camino
del solo Dios la verdadera ciencia.

SIMUEL

Ah, mientras viva rogaré al destino...!

EL CONDE

Ten esa lengua vil, y en mi presencia
no invoques más poder ni más ayuda
que la del Dios en quien tu ciencia duda.
Sígueme.
(Abre el camarín de la izquierda, y dice mostrándosele:)
En esta estancia, retirado
y en silencio estarás; aquí tu suerte
esperarás, y el término fijado;
y el éxito será de tu bebida
el fallo de tu muerte ó de tu vida.
Entra, y míralo bien.
(Le cierra y guarda la llave.)

ESCENA II

EL CONDE

Tiemblo y me espanto
cuanto medito más la horrible idea.
Que mi madre, ay de mí! me obligue á tanto!
Que ella la criminal, mi madre, sea
causa de mi baldón y de mi llanto!
Ella echar sobre mí mancha tan fea
sin que pueda decirse en voz del bueno:
«Lleva la mancha del delito ajeno!»
Arráncame, buen Dios, del pensamiento
esta idea cruel, desgarradora:
sopla en mi corazón virtud y aliento
que resista su fuerza tentadora:
pon en mis manos y en mi lengua tiento
para obrar y decir desde esta hora
lo que cumpla no más al sacrificio
que comprende no más tu excelso juicio.
(Llaman á la puerta que da al exterior.)
Quién va? *(El Conde abre, y sale Sancho.)*

ESCENA III

EL CONDE y SANCHO MONTERO

EL CONDE

Sancho, que has hecho?

SANCHO

Puntualmente
vuestro encargo, señor, dejo cumplido.

EL CONDE

Le traes?

SANCHO

Se resistió bizarramente,
pero por fin al número ha cedido.

EL CONDE

Muerto!

SANCHO

No: me mandásteis solamente
que le apresara, y preso os le he traído.

EL CONDE

Está bien. Y la carta?

SANCHO

Iba á romperla,
mas no le dí lugar.

EL CONDE

Trae, Sancho, á verla.
(Sancho le da el pergamino que Hissem mostró á la Condesa en la escena X del acto II. El Conde le toma, le mira y le guarda. Después se vuelve diciéndole con mirada penetrante.)
La leíste?

SANCHO

Mis ojos jamás osan
adonde mi señor pone los suyos.

EL CONDE

Mis planes, Sancho, en tu amistad reposan;
para velarme, pues, guarda los tuyos.

SANCHO

Lince seré, señor, que vigilante
no los quite de vos un solo instante.

EL CONDE

Tú eres no más, oh Sancho! mi consuelo:
hoy á mi madre cuanto tengo inmolo,
y si tu lealtad me roba el cielo,
en la tierra desde hoy quedaré solo.

SANCHO

Señor, antes la luz del medio día
ha de faltar al sol: antes al viento
ha de faltar impulso y armonía,
y á las corrientes aguas movimiento,
y al suelo sombra en la enramada umbría,
y al águila el espacio y ardimiento,
y al mar arenas, y al coral esmalte,
que á vos mi aliento y corazón os falte.

EL CONDE

Gracias, Sancho leal; bien necesito
un corazón que con el mío llore
cuando la mancha de su vil delito
á los ojos del mundo me desdore.
Tú solo entonces me darás consuelo
de mi secreto cruel depositario,
y en tanto, por mi bien, pídele al cielo
que el valor no me niegue necesario.

SANCHO

Si de mi vida ha menester la vuestra,
hablad, señor, la inmolaré tranquilo.

EL CONDE

No, Sancho; ante otra muerte más siniestra
que la del cuerpo material vacilo.
Ante otra precisión tiembla mi diestra,
no acostumbrada á tan traidor estilo,
y recelos recónditos me oprimen;
que aunque es una virtud, parece un crimen.
Mas no es posible que tu mente mida
la intensidad de mi pesar. Montero,
á ese hombre guarda hasta que yo le pida:
que no hable á nadie, y de que bien vigilen
mis castellanos por los muros cuida.
Mas que muchos á un punto no se apilen,
no astuto el moro de las sierras vea
que vamos á salir á la pelea.

SANCHO

Cuándo será, señor?

EL CONDE

Al medio día.
Mas antes de partir, frugal y corta
comida haremos, á costumbre mía.
Tú solo en ella que nos sirva importa.

SANCHO

Señor...

EL CONDE

Siempre afanoso, Sancho, se halla
el corazón más noble y más valiente
á punto de arriesgar una batalla:
y es bueno que este afán vele á su gente,
no vacile ó murmure la canalla:
dispón, pues, que nos sirvan de repente
vianda que se ajuste á nuestra prisa.
Cubre la mesa, y á mi madre avisa.
(Váse Sancho.)

ESCENA IV

EL CONDE

Llegó la hora fatal, y estoy resuelto.
Quiero salir cuanto antes de este horrible
vapor de crimen en que vivo envuelto,
que esta duda infernal me es insufrible.
Queden cumplidos de una vez mis votos,
y sus intentos para siempre rotos.
Oigo pasos... Es ella... Me retiro.
Siento que suerte tan fatal la aguarde.
De aquí la acecho y sus acciones miro;
no quiero que mi vista la acobarde.
(Entra en el camarín de la derecha.)

ESCENA V

LA CONDESA, *saliendo de su aposento*

Ay! Parece que tengo en el cerebro
una hoguera voraz, y á par que él arde
dentro del pecho con aliento escaso
siento que helado el corazón me late.
Trémulos van mis pies por mis salones
sin cierto rumbo y voluntad llevándome,
y siento retumbar dentro del pecho
el lento son de cada paso que hacen.
Cada murmullo que en el aire suena,
cada cortina que estremece el aire,
que anuncian un espectro me parece
que con callado pie tras de mí sale.
Si al reposo me entrego algún momento
y al sueño cede mi cansancio grave,
de espantosos delirios asaltada,
presa despierto de pavor más grande.
No puedo más con tan odiosa vida,
quiero ahogar de una vez tantos afanes.
Sí, que se cumpla mi destino quiero,
ya que ha de ser al fin inevitable.

ESCENA VI

LA CONDESA *y* SANCHO MONTERO, *con frutas en canastillos, etc.*

LA CONDESA

Quién es? Sancho. (Ay de mí! Temblé al sen-
[tirle.)

SANCHO

Yo soy, señora. Qué ordenáis?

LA CONDESA

Qué traes?

SANCHO

De mi señor las órdenes cumpliendo,
viandas son.

LA CONDESA

Tan pronto!

SANCHO

Á la lid parte,
y con permiso vuestro de hoy dispone
que la primer comida se adelante.
Vos le acompañaréis?

LA CONDESA

Sí.

SANCHO

Despedirse
querrá de vos por si malogra el trance.

LA CONDESA

Es justo, Sancho; sus mandatos cumple,
y al cielo ruega que le ayude y guarde.

SANCHO

Sí, rogaré, mas como buen vasallo
iré luego con él para ayudarle.

LA CONDESA

(Todos fieles le son.) Bien dicho, Sancho;
hidalgo en eso lo que debes haces.
(Me da este hombre rubor.)

SANCHO

Ya está la mesa.
Al Conde avisaré cuando gustáreis.

LA CONDESA

No, Sancho, no; le avisaré yo misma.

SANCHO

Como os plazca mejor.

LA CONDESA

Así me place.
Sal.

ESCENA VII

LA CONDESA

Ya estoy sola, y la ocasión es esta.
Ay! Mi razón se turba en tal instante,
y en cuanto me rodea veo atónita

la mano del destino formidable.
Esta mesa, esta estancia solitaria...
Parece que apropósito lo hacen!
Cielo, de mi virtud siempre enemigo
á qué ponerme la ocasión tan fácil?
No bastaba ay de mí! que consintiese
débil mi corazón en despeñarme
sin que á la boca de la sima horrenda
me trajeras tú mismo, que lo sabes?
Ea, vamos; ayúdame, oh infierno!
(Saca del pecho un pomo.)
Ya la copa fatal tengo delante,
y mi estrella y mi amor así lo quieren...
Ay! Pero tiembla el corazón cobarde.
Tiembla mi mano, la letal ponzoña
sintiendo entre los dedos... Miserable
de mí! Cómo he verle á impulso suyo
palidecer, temblar y desplomarse?
Yo no amaba á su padre; en una carta
fácil era decir: «Va al campo, mátale.»
Pero á él, yo misma, con mi propia mano,
tranquilo el corazón, serio el semblante,
dársela... no; le tuve en mis entrañas;
tiene mi mismo sér, mi misma sangre;
no, no; que viva; y cámbiese el destino.
Hijo mío...! Infeliz! Me acuerdo tarde.
Si vive, hoy mismo le echará de Burgos,
pues hoy de Burgos contra moros parte,
y mañana ese Hissem que nunca viera
pondrá en sus manos mi secreto infame.
Esa carta fatal que mi deshonra
al universo entero hará palpable,
y á seis años de hipócritas virtudes
el velo criminal fuerza es que arranque.
Y el insolente vulgo castellano,
y el vulgo vengativo de los árabes,
ponderando mi crimen á porfía,
insultarán mi nombre y mi cadáver.
Maldita fué de mi nacer la hora!
Maldito el sino que á la tierra traje,
tigre sedienta de la sangre mía,
sin que jamás con la vertida me harte!
Y no hay más esperanza, no! Si el pliego
llega á sus manos y su escrito sabe
que conoce ya el vulgo, él mismo airado,
él mismo por su honor vendrá á matarme;
sí, que no torcerá de su justicia
la recta ley ni por su propia madre.
Él morirá tras mí de pesadumbre,
de deshonra y de horror; si á tanto osare,
mas osará, que es su ídolo la gloria,
y es de justicia testimonio grande.
Muera; retroceder es ya imposible;
y ante el destino, que la ciencia calle;
muera, sí; pues mi horóscopo lo ordena,
no yo, sino el infierno es quien lo hace.
(Vierte el licor del pomo en la copa de oro.)
Cayó...! Veo á la muerte descarnada
por detrás de los bordes asomarse
de la ancha copa, y con la seca mano
y sonrisa diabólica llamarme!
No, no hay remedio ya...! Mas, si no bebe?
Si hace un descuido que de copa cambie?
Ambas á dos las dejaré servidas,
y él tomará la que le esté delante.
(Llena de vino las dos copas, y pone la de oro, en que está el veneno, en el sitio del Conde.)
Cúmplase, pues, nuestro fatal destino,
que tumba al uno de nosotros abre!
Para uno de los dos guarda esa copa
de la callada eternidad la llave.
(Cae en el sillón desfallecida.)

ESCENA VIII

LA CONDESA *y* EL CONDE, *después de contemplarla un momento*

EL CONDE

Madre mía!

LA CONDESA

(Espantada.) Quién es? Él!

EL CONDE

Qué os espanta
de ese modo, señora, en mi semblante?

LA CONDESA

(Se me hiela la voz en la garganta!)
Sancho, no extrañes si de mí delante
viéndote me turbé, que me quebranta
saber que á lidiar vas. (Terrible instante!)

EL CONDE

Tal es mi obligación, guardar mi tierra
antes que en mala paz en buena guerra.

LA CONDESA

Siempre es la guerra tu primer deseo;
tu primer pensamiento, las batallas;
tu mas galán y acomodado arreo,
el casco duro y las tupidas mallas.
Siempre dispuesto á pelear te veo;
siempre á la paz inconvenientes hallas,
y entretanto tus pueblos desdichados
quedan con lo mejor, pero asolados.

EL CONDE

Madre, os vende la voz vuestro deseo,
y habláis como mujer, de las batallas
siempre enemiga y militar arreo.
Si en vez de yelmos y tupidas mallas
la seda usando á que inclinada os veo,
puesto á su torpe paz no hubiera vallas,
los árabes mis pueblos desdichados
me dejaran con paz, pero asolados.

LA CONDESA

Un enemigo que la paz implora
leal será, pues serlo necesita.

EL CONDE

Madre, eso no habla con la gente mora;
raza salvaje que el desierto habita,
se humilla al vencedor, pero traidora,
en oportuna rabelión medita.

LA CONDESA

Es, Sancho, esa opinión harto extremada.

EL CONDE

Leed la historia de la edad pasada.
Siempre fueron lo mismo: los detesto,
y más reñir con ellos me acomoda
que haberlos de sufrir.

LA CONDESA

Y á pesar de esto,
Sancho, á pesar de tu arrogancia toda,
lejos ahora están de tus fronteras.

EL CONDE

No tan lejos, señora: esos peñascos
guarecen á su sombra sus banderas,
corvos alfanjes y redondos cascos.

LA CONDESA

Esas noticias son...

EL CONDE

Harto seguras:
desde el balcón del camarín vecino
se alcanza por las hondas quebraduras
de sus turbantes el revuelto lino.

LA CONDESA

Moros, Sancho, enemigos tus antojos
te pintan por do quier.

EL CONDE

Madre, vos misma
verlos podéis por vuestros propios ojos.

LA CONDESA

(Él en su misma perdición se abisma;
todo su mala estrella lo previno,
y es inútil luchar con el destino.)

EL CONDE

Ved el balcón, llegad.
(El Conde la invita á que entre en el camarín: la Condesa no llega más que al dintel de su puerta, volviendo la espalda á don Sancho.)

LA CONDESA

(No tengo audacia
para mirarle el rostro.)

EL CONDE

(Aun tengo miedo
de este infernal brebaje á la eficacia.)
(Saca un pomito.)
Lo véis?

LA CONDESA

No.

EL CONDE

Mirad bien. (Qué aguardo? Ea,
de su misma traición víctima sea.)
(El Conde vierte el licor que contiene el pomo en la copa de plata que la Condesa ha colocado en su sitio, mientras que ésta mira por el balcón. Al punto de verter el líquido el Conde, aparece Sancho, que le dice aterrado:)

ESCENA IX

EL CONDE, LA CONDESA *y* SANCHO MONTERO

SANCHO

Señor! *(Aparte al Conde.)*

EL CONDE *(Aparte á Sancho.)*

Silencio!—En fin, al cuerpo demos
el nutrimiento necesario y justo
los que muy pronto pelear debemos;
Sancho, sírvenos ya lo que tenemos,
si es de mi madre voluntad y gusto.
(Sancho, que hasta ahora ha ido colocando alrededor de la mesa frutas en canastillos, etcétera, etc., y en el aparador platos de plata, ánforas para los vinos, etc., sale otra vez á buscar la vianda pedida por el Conde. Don Sancho, apoyado en el espaldar de un sillón, contempla á su madre, que, afectando mirar por el balcón, que se supone en el aposento inmediato, mostrará su incertidumbre y su angustia. Esto depende de la actriz.)

ESCENA X

EL CONDE *y* LA CONDESA

LA CONDESA

(Siento los pies clavados á la alfombra,
y siento que en latido atropellado
hielo es mi corazón, mis ojos sombra!
Dame, infierno, el valor desesperado
que esta ocasión tremenda necesita.)

EL CONDE

(Aparte.)
Su crimen, infeliz! cuánto la asombra!

LA CONDESA

(Aparte.) Cúmplase todo; pero pronto sea,
antes que calme mi pasión precita,
y este vértigo horrible que me agita
contra mí misma convertirse vea.
(Sale Sancho con un gran plato, que pone en la mesa.)

ESCENA XI

EL CONDE, LA CONDESA *y* SANCHO MONTERO

EL CONDE

Madre.

LA CONDESA

Héme aquí. *(Con resolución.)*

EL CONDE

Cuando gustéis.

LA CONDESA

Ahora.

(Se sientan.)

EL CONDE

Haz, Sancho, tu deber, y que tu daga
de ese magro tasajo lonjas haga.
(Á la Condesa.)
Y vos tan triste no os mostréis, señora;
comed y despejad el rostro adusto.
Con la causa leal que defendemos,
Dios nos querrá ayudar, y venceremos.

LA CONDESA

(No puedo apenas respirar de susto.)

SANCHO

(De zozobra y de espanto no respiro,
mientras las copas preparadas miro.)

EL CONDE *(Á la Condesa.)*

Mas, no coméis? Efímeros temores
desechad, madre mía.
Siempre fuimos nosotros los mejores,
y espero en Dios que nos dará un buen día.

LA CONDESA

(Su voz me aterra.)

EL CONDE

(Acabe esta agonía!)
Ea, madre, por si es la postrimera
que juntos ambos apurar debemos,
asid la copa y apuradla entera;
pues si dejarla en la mitad os vemos,
que tembláis por la suerte que me espera,
ó en mi valor dudáis, recelaremos.

LA CONDESA

Yo, Sancho!

EL CONDE

Ea, brindad á mi fortuna,
y hollará mi corcel la media luna.

LA CONDESA

(Asiendo su copa con un movimiento convulsivo y desesperado.)
Sea.

EL CONDE *y* LA CONDESA

Bebamos.
(El Conde acerca la copa á sus labios y mira beber á la Condesa. Esta apura la suya, y al apartarla de la boca dice:)

LA CONDESA

Todo está cumplido.
(Al dejar la Condesa su copa vacía sobre la mesa, deja el Conde llena la suya; la Condesa lo mira y exclama aterrada:)
Mas qué miro, gran Dios! Tú no has bebido?

EL CONDE

Ni beberé jamás, que es sino nuestro.
(Se levantan.)

LA CONDESA

El sino atroz de nuestra estrella sabes!

EL CONDE

Pues os hice beber, que sé demuestro
que el uno de los dos...

LA CONDESA

(Interrumpiéndole.) Sancho, no acabes.
Te comprendo muy bien, y el fin siniestro
veo que das á mis delitos graves.
Ambos á dos tenemos en las venas
sangre de maldición, sangre de hienas.

EL CONDE

Dadme fuerzas, señor!

LA CONDESA

(Con desprecio.) Y al cielo invoca!
Necio, no van allí nuestras plegarias.
Sólo al infierno apadrinarnos toca
nuestras culpas que alienta hereditarias.

EL CONDE

Madre!

LA CONDESA

Ay de mí! que en la desierta boca
se apagan los sonidos... Solitarias
van mis ideas por la mente loca
girando... Sancho... Mi secreto encierra...
No dejes tal baldón sobre la tierra!
(La Condesa, que hablando así habrá ido acercándose hacia la puerta de la habitación, entra en ella figurando caer desvanecida. El Conde cierra las puertas.)

SANCHO

(Horrorizado.)
Qué habéis hecho, señor! Muerta!

EL CONDE

(Con fiereza.) Villano!
Si osas de Sancho murmurar tal mengua,
voy á arrancarte con mi propia mano
de la garganta vil, la torpe lengua.

SANCHO

Señor...!

EL CONDE

En casos por mi honor medidos
cree primero á mi honor que á tus sentidos.
Vamos.
(Sancho queda á un lado humillado y sin moverse. El Conde, contemplándole, dice:)
(Aparte.) Su miedo la ignorancia abulta.
Dichoso de él que comprender no sabe
que en nobles quepa lo que en él no cabe!
(Á Sancho.)
Sancho, ahora el moro.

ESCENA XII

EL CONDE

Y á pesar de todo
en esa horrible pócima no fío,
ay de mí! y á creer no me acomodo
en las protestas del traidor judío.
Perdona si te trato de ese modo,
madre, no culpes el intento mío,
y al contemplar tu suerte venidera
piensa en la suerte que por tí me espera.

ESCENA XIII

EL CONDE *é* HISSEM, *á quien conduce* SANCHO, *que se marcha á una seña del Conde.*

(El Conde y el árabe quedan un momento contemplándose con altivez.)

EL CONDE

Contemplándote estoy, y á vueltas ando
vive Dios! con la saña que me inspiras
y el desprecio que siento por tu bando.

HISSEM

No temo tu desprecio ni tus iras.
Al árabe el horror nació contigo
como el horror á tu nación, cristiano,
el día en que nací nació conmigo.

EL CONDE

Aun te atreves á hablar, traidor pagano!
Olvidas que me ha dicho esta mañana
en la gruta del viejo israelita
tu lengua misma tu traición villana?
Que tu presencia mi furor excita,
y que el recuerdo de tu ruin ultraje
tu sangre está pidiendo á mi coraje?

HISSEM

No receles que el miedo entre en mi pecho;
contrario tuyo hasta el postrer suspiro,
cuanto osé contra tí doy por bien hecho,
ni me arrepiento ni á perdón aspiro.
Tú me desprecias! Yo también.

EL CONDE

Me espanta
el ver que en solo un hombre caber puede
con tan grande traición audacia tanta.

HISSEM

Conde, á la tuya mi altivez no cede.
Nunca esperé de tí más que ira y guerra,
no esperes más de mí que guerra é ira;
si ira á mi grey tu corazón encierra,
ira á tu grey mi corazón respira.

EL CONDE

Ira noble, pardiez! guerra tan sólo
digna de infieles cual vosotros; lucha
cobarde y baja, de traición y dolo.

HISSEM

Propia contigo de mi raza... escucha.
No de esa ira vulgar que al fin se acalla
sangre enemiga sin piedad vertiendo
en el ciego furor de una batalla,
no; más ansiaba mi furor tremendo.
Mi padre, mis hermanos, mis amigos
cayeron al furor de tu cuchilla
en buena lid, cual nobles enemigos,
de cara á los pendones de Castilla.
Cuanto adoré me lo arrancó tu guerra,
padre, amor, amistad... y otra esperanza

no quedándome ya sobre la tierra,
abrasóme la sed de la venganza.
Velé, inquirí, maquinador y astuto
á los reyes de Córdoba y Sevilla
de mi venganza interesé en el fruto,
y vengarles juré... con tu mancilla.

EL CONDE

Traidor!

HISSEM

Tú me desprecias! Oye ahora
cuanto ha podido mi venganza mora.
En tu tierra y palacio introducido
mirándote leal, franco y valiente,
que ha de ser á tu orgullo he deducido
mayor venganza la que más te afrente.
Ví que te era el honor más que el sol caro
y al de tu madre osé; ví que dejaste
en Burgos á tu padre sin amparo
cuando á su autoridad te rebelaste,
y á tu padre apresté sorda emboscada,
y en tí cayó la culpa de su muerte.
Tu gloria y tu virtud dejo manchada,
castellano feroz; escarnecerte
puede el vulgo en tu madre deshonrada,
y de tu padre en la sangrienta suerte.
Todo esto es obra mía. Sacia ahora
tu sed de sangre con mi sangre mora.

EL CONDE

Sí haré; mas antes enseñarte quiero,
pues tu furor encomias africano,
su limpio honor para guardar entero
lo que puede el furor de un castellano.
Te jactas de dejar en mi linaje
un inmundo borrón y en mi corona
por robar el amor de una matrona
de mi estirpe real? Tamaño ultraje
piensas que quede por su parte impune
porque títulos mil en su persona
contra mi ley justísima reúne?
Mientes, infiel; la gente venidera
cuando ose recordar que fué liviana,
se espantará de la venganza fiera
con que lavé mi estirpe soberana.
No; ni un testigo dejaré siquiera
que deshonre á la noble castellana,
y quedará en la sombra más profunda
bajo otro crimen su pasión inmunda.
Mira.
(Abre el camarín y le muestra á la Condesa.)

HISSEM

(Espantado.) Tu madre!

EL CONDE

Sí; contempla ahora
con qué sed beberé tu sangre mora.
Sólo con ella mi baldón se lava;
mas no basta la tuya solamente,
africano traidor; en tí se acaba
mi indulgencia y piedad para tu gente.
Para nadie la habrá; no: esos dos reyes
que para mí te dieron credenciales
al abrigo poniendo de mis leyes
de sus embajadores los puñales,
hoy me conocerán. Perros traidores,
que el campo abandonáis de las batallas
y pagáis asesinos vengadores
detrás de vuestras torres y murallas:
veo que á vuestros nobles vencedores
vuestro pavor servil no hallando vallas,
apresta una venganza más segura
envuelta en noche de traición oscura.
No he de olvidarlo; vuestra raza entera
la mancha blanqueará de esta mancilla.
Grajos viles, que espanta mi bandera,
son los reyes de Córdoba y Sevilla:
y yo haré con sus reinos una hoguera
á cuya luz, delante de Castilla
irán como espantados jabalíes
al salvaje compás de sus *lelíes*.
Infiel tengo de ser con los infieles:
vil he de ser con quien por vil me toma:
sangre habrá: vuestros blancos alquiceles
rojos serán, y pues la guerra os doma,
pesebres han de ser de mis corceles
los profanos altares de Mahoma,
y las ricas doncellas africanas,
esclavas de mis pobres castellanas.
Moro, en prenda de guerra inextinguible,
voy á mandar tu tronco y tu cabeza
á esos reyes que dieron por posible
que ahogaras tú mi vida y mi grandeza.
Yo he reservado ese licor terrible

para tí; bebe pues; y con fiereza
el cuello dobla de la muerte al yugo.
En Castilla no le hay, sé tu verdugo.

HISSEM

No es necesario que á morir me ayude
con ira ó con piedad ningún cristiano.
(Toma la copa.)
Mientes si piensas que al asirla dude
medroso el corazón, débil la mano:
no, que aún valor al corazón me acude
para decir muriendo á un castellano:
«Ni quiero tu perdón, ni le merezco;
tu enemigo nací y aún te aborrezco.» *(Bebe.)*

EL CONDE

Digna de mejor causa es tu osadía.
Dios te la tome en cuenta. Sancho!

ESCENA XIV

EL CONDE, HISSEM *y* SANCHO MONTERO

EL CONDE

(Á Sancho.) Espera
que los ojos de ese hombre cierre al día,
y guárdale allí dentro hasta que muera.

HISSEM

No he de tardar. Á mi sepulcro guía:
me avergonzara que caer me viera,
no imaginara que en aquel momento
le imploraba perdón, falto de aliento.

ESCENA XV

EL CONDE

Mi deber con el mundo está ya lleno;
mas, ay! réstame aún mi sacrificio:
beber el cáliz de dolor ajeno,
levantarme yo mismo del suplicio.
Esta tribulación pesa, oh Dios bueno!
en la balanza de tu eterno juicio;
y expíe mi desmán contra mi padre
la ofrenda colosal que hago á mi madre.
(Montero se presenta á la puerta del camarín donde metió á Hissem: el Conde al verle dice espantado:)
Sancho, tan pronto!

SANCHO

De expirar acaba.

EL CONDE

Me horrorizo mirando si lo bebo
el desastrado fin que me esperaba.
Bien hice; en calma la conciencia llevo.
Separados están; su fe lo estaba,
y un porvenir igual darles no debo;
no, obré cristiano; sin piedad le inmolo;
baje á la eternidad, mas baje solo.
Y concluyamos de una vez; no quiero
dejar á la mitad tan gran hazaña,
que fuera necio; ayúdame, Montero.
(El Conde y Montero sacan á la Condesa desvanecida en un sillón. La colocan en la escena, y el Conde abre el camarín en que encerró al judío.)

ESCENA XVI

EL CONDE, LA CONDESA, SIMUEL,
BENJAMÍN *y* SANCHO

EL CONDE *(Al judío.)*

Vamos, judío, de tu ciencia extraña,
el poder misterioso manifiesta.

SIMUEL

Paso me haced, mi mano está dispuesta.
(El judío se acerca á la Condesa, y sacando de una bolsita de piel una pequeña redoma, se la aplica al olfato. El Conde y Sancho lo contemplan con ansiedad.)
Dejadla reponer muy poco á poco;
la excitación en su cerebro loco
de violenta impresión será funesta.

EL CONDE

Oh, vuelve!

SIMUEL

Sí; respira; en grato sueño
reposaba, y si el tiempo que la espera
no ha de ser tan tranquilo y halagüeño...

LA CONDESA

Ay!

EL CONDE

Silencio, rabino; todos fuera.
(Sancho Montero y el judío salen por la puerta del fondo. El Conde se aparta á un lado de la escena, y la Condesa empieza á volver en sí.)

ESCENA XVII

EL CONDE *y* LA CONDESA

LA CONDESA

Dónde estoy? Quién me turba mi reposo?
En deliciosa paz soñando estaba,
y ay de mí! Con qué sueño tan hermoso
mi apesarado espíritu gozaba.
*Sueño de luz, de calma y de ventura
*con encantada música arrullado,
*de cielo azul á la influencia pura
*por perfumadas auras oreado.
*Cuán odioso es volver tras este sueño
*á la verdad de la azarosa vida!
*Mas... Qué recuerdo...! Sí, con torvo ceño
*le sombreó visión descolorida!
*La ví á lo lejos, sí, los resplandores
*cruzar del horizonte luminoso
*fijando en mí sus ojos vengadores;
*los ojos ay! del hijo y del esposo.
Mas ya despareció.
(Se va á volver, y ve la mesa con las copas, etc.)
Cielos! Qué miro!
Esa mesa... Esa copa... *(La mira.)* Está vacía!
Le habrá costado hasta el postrer suspiro.
Infeliz; hijo mío!
(Al volverse del otro lado, encuentra á don Sancho, que la tiende los brazos.)

EL CONDE

Madre mía!

LA CONDESA

Sancho!

EL CONDE

Madre, perdón; si á tanto he osado,
en el libro de Dios estaba escrito.

LA CONDESA

Pero esa copa... *(Con afán.)*

EL CONDE

La apuró el culpado;
la tumba guarda ya vuestro delito.
Mirad.
(La muestra el cuarto en que se supone que yace Hissem.)

LA CONDESA

Gran Dios!

EL CONDE

Él es; él, que os vendía
de torpe amor bajo el impuro velo
y á vuestra perdición os conducía.

LA CONDESA

¡Ah! ¡No lo mientes ya!

EL CONDE

No, madre mía.
Yo juzgo su traición, su amor el cielo.

LA CONDESA

Gracias, Sancho: aunque lágrimas me cuesta,
no volverle á encontrar quiero en el mundo,
que me arrastraba su pasión funesta.

EL CONDE

Guardadlo en el silencio más profundo,
madre, y romped ese padrón infame
(Le da el pliego que Sancho quitó á Hissem.)
de vuestro deshonor: ya no hay ahora
quien esa prueba contra vos reclame.

LA CONDESA

Hijo mío!

EL CONDE

Y oid, madre y señora,
que pronto es fuerza que el clarín me llame
para salir contra la hueste mora,
y antes de mi cariño daros quiero
la última prueba, y el adios postrero.
Si habéis manchado vuestro honor liviana,
fea fragilidad en vos ha sido,
mas carga fué de nuestra raza humana
y frágiles al mundo hemos venido.
Mas decir que una noble castellana
quiso al hijo matar de ella nacido
no ha de poder el mundo, madre mía,
mientras ayude Dios á don García.
Expuesto al vulgo su cadáver frío
á mis puertas será: tumba mentida
tendréis vos, y ese crímen será mío.
Sí, de Oña en los peñascos escondida
monasterio fundad triste y sombrío
do el funeral os rezarán en vida,
y circunde ese santo monasterio
siniestro y espesísimo misterio.
Créale todo el mundo alucinado
como eterna señal expiatoria
sobre el sepulcro vuestro levantado
de un parricida vil torpe memoria.
Mas antes que el sepulcro, el templo alzado,
penitente vivid: mienta la historia,
y antes que vuestro honor por mí sucumba,
ábrase al mío deshonrada tumba.

LA CONDESA

Tú! Tú arrostrar de mi pasión funesta
la deshonra? Jamás. Morir prefiero.

EL CONDE

Madre, no recordéis lo que me cuesta
tamaña abnegación; yo así lo quiero.
Vuestro hijo soy, mi obligación es esta,
y obraré como cumple á un caballero:
sabré, aunque el mundo me acrimine un día,
que hijo fué para vos Sancho García.
Ni una palabra más, madre, ni una.
Partid: gloria y honor os sacrifico,
y puede una palabra inoportuna
hacerme vacilar; que es don muy rico
el que la gloria y el honor aduna.
Montero irá con vos, os lo suplico;
y en la próxima noche, iréis segura
con gente fiel y entre la niebla oscura.

LA CONDESA

Sí, Sancho, partiré desde esta hora
á socavar mi funerario lecho
donde yacer en paz; mas que tu pecho
no me guarde rencor.

EL CONDE

Nunca, señora.

LA CONDESA

Yo de mi celda en el recinto estrecho
del Dios que escucha á quien con fe le im-
atraeré sobre tí y sobre tu gente [plora
la excelsa bendición omnipotente.
Adios! *(Se abrazan.)*

EL CONDE

(Llevándola y deteniéndola en el dintel de la puerta.)
Id, y si os llevan algún día
mi cadáver envuelto en mi bandera,
sobre el sangriento tronco, madre mía!
derramad una lágrima siquiera.
Y al grabar en mi losa «*Aquí García,*»
decid sobre ella por la vez postrera:
«Caballero murió, murió inocente.
Yo vivo aún, y el universo miente.»

ESCENA XVIII

EL CONDE

Como quien soy cumplí; ya estoy tranquilo.
En buen hora los siglos engañados
mi historia cuenten con airado estilo;
mi nombre y mi valor sean mirados
con horror en buen hora: no vacilo.

No es mío el crimen con que van manchados,
y ese borrón que empañe mi memoria,
en mi tumba será *Sol* de mi gloria.
Á ella osarán con lenguas fementidas
las almas ruines al valor extrañas,
mas saldrán á dejarlas desmentidas
las legiones que dejan mis campañas
en Osma y en Sepúlveda tendidas.
Sí, yo cuento mis días por hazañas,
y descender á mi sepulcro puedo
á desleal posteridad sin miedo.
Sancho! *(Llamando.)*

ESCENA XIX

EL CONDE *y* SANCHO MONTERO

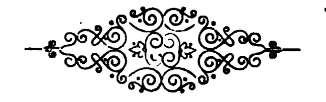
SANCHO

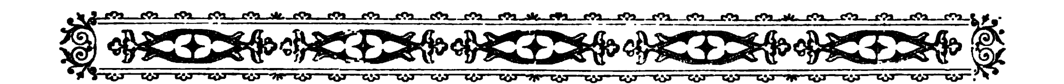
Señor!

EL CONDE

Mi lanza y mi caballo!
Mi fortuna á arrostrar con alma entera
y á morir con honor pronto me hallo.
Sea paño á mi tumba mi bandera,
y al echar sobre mí su injusto fallo,
diga por fin la gente venidera:
«Con tan gran corazón, ser no podía
un malvado tan vil Sancho García.»
(Sale el Conde. Montero le sigue.)

NOTA DEL AUTOR. *Todos los versos que van marcados con esta señal * se suprimieron en la representación por evitar pesadez en las escenas á que corresponden y porque la decoración de la segunda parte del acto segundo se varió, dejándola en un simple subterráneo.*





GLORIA Y ORGULLO

Lejos de mí, placeres de la tierra,
fábulas sin color, sombra ni nombre,
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

Qué es el placer, la vida y la fortuna
sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
más fatigosa cuanto más se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,
que velas el harem de las mujeres;
opio letal que el sueño facilitas
al ebrio de raquíticos placeres,

Lejos de mí. No basta á mi reposo
el rumor de una fuente que murmura,
la sombra de un moral verde y pomposo,
ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
del báquico festín, libre y sonoro,
de esclavos viles la menguada tropa,
sin las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo:
tengo aliento de estirpe soberana;
por llegar á gigante, enano vivo;
no sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella»
y descender estúpido al olvido;
amo la vida porque sé por ella
al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman gloria
brota en mi corazón ardiente llama;
luz de mi ser abrasa la memoria,
voz de mi ser inextinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema,
ambición de los grandes en quien quiso
velar Dios esa mística diadema
que nos dará derecho al paraíso!

Nada es sin tí la despreciable vida,
nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño;
sólo en aquesta soledad perdida
la sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo el murmullo de la excelsa palma
que el noble orgullo con su aliento agita,
en blando insomnio se adormece el alma,
y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero
bajo ese pabellón se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,
por tí el hinchado mar hiende el marino,
por tí en su gruta el penitente llora,
y empuña su bordón el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,
y lidia agora con porfía insana,
no por esas que ignora pobres leyes;
por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante
dulces trovas de amor á una querida;
porque tal vez un venturoso instante
tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra
ambicioso el mortal graba su nombre,
porque tal vez, entre la tosca hiedra,
otro día, al pasar, le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela
que incendió una ciudad en la batalla,
su cifra indiferente, mientras vela,
pinta con un tizón en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma,
por tí con templos y palacios pisa;
por tí su gesto satisfecho asoma
tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por tí vencida se incendió á Corinto;
por tí la sangre en Maratón se orea;
por tí una noche, con aliento extinto,
tumba Leonidas demandó á Platea.

Por tí trofeos el cincel aborta,
y álzanse torres con tenaz porfía;
porque es la vida deleznable y corta,
y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura
sobre un volumen carcomido y roto,
y una mañana me sueño de ventura,
y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
el blando son del agua me adormece,
y, entre pardos y errantes nubarrones,
de la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
del aura que los árboles menea,
de la tórtola triste el ronco arrullo,
y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
los antiguos y góticos castillos,
y el granizo se estrella en sus cristales
ó azota sus escombros amarillos.

Oh! Si sentís esa ilusión tranquila;
si creéis que en mis cánticos murmura
ya el aura que en los árboles vacila,
ya el mar que ruge en la tormenta oscura;

Si al son gozáis de mi canción, que miente
ya el bronco empuje del errante trueno
ya el blando ruido de la mansa fuente,
lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si, cuando llamo á las cerradas rejas
de una hermosura á cuyos pies suspiro,
sentís tal vez mis amorosas quejas,
y os sonreis cuando de amor deliro;

Si, cuando en negra aparición nocturna
la raza evoco que en las tumbas mora,
os extremece en la entreabierta urna
respondiendo el espíritu á deshora;

Si lloráis cuando en cántico doliente,
hijo extraviado, ante mi madre lloro,
ó al cruzar por el templo reverente
la voz escucho del solemne coro;

Si alcanzáis en mi pálida mejilla,
cuando os entono lastimosa endecha,
una perdida lágrima que brilla
al brotar en mis párpados deshecha,

Todo es una ilusión, todo mentira,
todo en mi mente delirante pasa;
no es esa la verdad que honda me inspira;
que esa lágrima ardiente que me abrasa

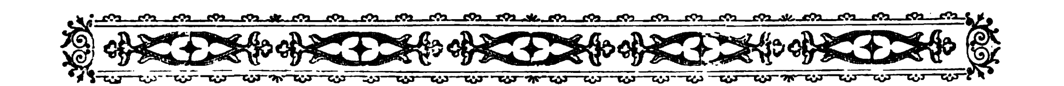
No me la arranca ni el temor ni el duelo,
no los recuerdos de olvidada historia.
Es un raudal que inunda de consuelo
este sediento corazón de gloria!

Gloria! Madre feliz de la esperanza,
mágico alcázar de dorados sueños,
lago que ondula en eternal bonanza,
cercado de paisajes halagüeños,

Dame ilusiones, dame una armonía
que arrulle el corazón con el oído,
para que viva la memoria mía
cuando yo duerma en eternal olvido!

Lejos de mí, deleites de la tierra,
fábulas sin color, forma ni nombre,
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!

Gloria, esperanza! Sin cesar conmigo,
templo en mi corazón alzaros quiero;
que no importa vivir como el mendigo
por morir como Píndaro y Homero.



PEREZA

¡Cuán descansadamente,
lejos del vano mundo, se reposa
á la orilla de límpida corriente
ó de un moral bajo la sombra hojosa.

En el césped mullido,
sin luz los ojos, sin vigor los brazos,
de la tranquila soledad el ruido
se pierde por la atmósfera á pedazos.

El ánima descansa
de la ciega pasión y su braveza,
y el cuerpo, presa de indolencia mansa,
se goza en su pacífica pereza.

Entonces, no el tesoro
ni la sed del placer el alma aviva;
el más rico licor en copa de oro
entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta
por pensamientos de dolor cercada;
que á su honda languidez yace sujeta,
y á su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,
sin un sonido sobre el labio abierto,
pasa la vida, cual por hondo lago
de cierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,
y así pasan pacíficas y bellas,
cual las aves del viento voladoras,
cual la cobarde luz de las estrellas.

Así el pesar se aduerme,
y, al grato son de una aura que murmura,
tal vez se goza del reposo inerme
que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero
que pasen sin valor y sin fortuna,
ya al manso son del céfiro ligero,
ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,
ven á mis brazos, que de amor sediento,
el perezoso corazón suspira
por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño:
sepa que estás, en mi descanso inerte,
cerca de mí para velar mi sueño;
cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo, en la hierba tendido,
á la sombra de un álamo frondoso,
entreveré con ojo adormecido
cuál velas mi descanso silencioso.

El sol á lento paso
hundió en el mar su faz esplendorosa,
marcando su camino en el ocaso
vivo arrebol de púrpura y de rosa.

El agua mansamente
con monótono arrullo le despide,
y, arrastrando sus ondas lentamente,
el ancho espacio de sus ondas mide.

Sólo queda en la tierra
el vapor del crepúsculo dudoso,
y el vago aroma que la flor encierra
se esparce por el aire vagoroso.

Y las fuentes corriendo,
y las brisas volando se estremecen,
y su soplo en los árboles creciendo,
á su soplo los árboles se mecen.

Trémulas van las olas
bajo sus alas mansas y ligeras,
reflejando las sueltas banderolas
de las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina
la bóveda al cruzar del firmamento,
la inmensidad del Bósforo ilumina,
color prestando al invisible viento.

Y al son del mar vecino,
y al murmullo del viento caluroso,
y al reflejo del éter cristalino,
se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga
de la callada noche macilenta,
hasta la misma languidez fatiga,
y el ánima se rinde soñolienta.

Oh, bien haya el estío
con su tranquila y bochornosa calma,
que roba al corazón su ardiente brío,
y en blanda inercia nos aduerme el alma!

Ya de ese insomnio presa,
me falta voluntad y pensamiento,
y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,
y el son me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme;
henchidme de placeres los sentidos;
venid, eunucos, y al harem llevadme
en vuestros brazos al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,
dadme á beber el aura de la noche,
y á saborear las ráfagas livianas
que á la flor rasgan su aromado broche.

Quiero, al son de las olas,
secar un corazón en solo un beso;
traedme mis esclavas españolas,
que el mío tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas;
divertidme con danzas y canciones;
venid cubiertas de fragantes rosas;
venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes
cuanto aroma encontréis en mi palacio,
y respiren sus anchos gabinetes
ámbar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,
trénzame con tu mano mis cabellos,
y tú, Inés, por quien Málaga suspira,
nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme á esos esclavos
que aportan mis bajeles viento en popa,
presa que hicieron mis piratas bravos
en un rincón de la dormida Europa.

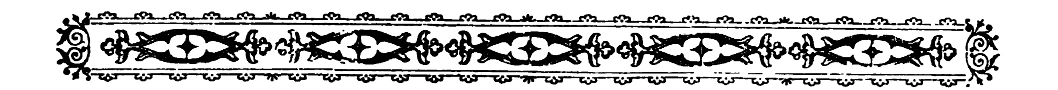
Vengan á mi presencia,
y al son de sus extraños instrumentos,
sirvan á mi poder y á mi opulencia,
si no con su canción, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;
cúbreme, Elvira, con tu chal de espumas,
y las tostadas sienes refrescadme
con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído
su suave son, como murmullo blando
de arroyo que á la mar baja perdido,
de peña en peña, juguetón rodando.

Cual tórtola que llama
con lento arrullo, que en el viento pierde,
la descarriada tórtola á quien ama,
de árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,
cantad en derredor mientras descanso,
y no sienta en mi sueño voluptuoso
más que murmullo lisonjero y manso.



CADENA

I

Nace la rosa, y su botón despliega
orlada en torno de punzante espina;
y sobre el agua que los pies la riega
fresca se inclina.

Más altanera cuanto más hermosa,
su imagen mira en el tranquilo espejo;
y el sol del agua sobre el haz dudosa
pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura,
el dulce aroma de su cáliz bebe;
la sorda abeja que su esencia apura,
néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,
del césped brilla sobre el verde manto;
libre á su sombra, el colorín exhala
rústico canto.

No hay flor más bella... Mas, á qué su or-
si el cierzo helado su botón despoja, [gullo,
y el agua arrastra su infeliz capullo
hoja tras hoja?

II

Huye la fuente al manantial, ingrata,
al verde musgo en derredor lamiendo,
y el agua limpia en su cristal retrata
cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja,
do mil caprichos al pasar dibuja,
y ola tras ola murmurando arroja,
riza y empuja.

Lecho mullido le presenta el valle;
fresco abanico el abedul pomposo,
cañas y juncos retirada calle,
sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente;
y á qué su empeño si, al bajar la cuesta,
halla del río en el raudal rugiente
tumba funesta?

III

Lánzase el río en el desierto mudo,
la orilla orlando de revuelta espuma,
y al eco evoca cuyo acento rudo
hierve en su bruma.

Su imagen ciñe pabellón espeso
de áspera zarza y poderoso pino,
y, entre las rocas divididas preso,
busca camino.

Lecho sombrío el rústico ramaje
que riega en torno misterioso ofrece,
y el pardo lobo y el chacal salvaje
dél se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido,
la sed apaga en su raudal corriente,
y el arco cierra que sobre él partido
cuelga del puente.

Mas qué la sombra, el ruido y el perfume
valen del cauce que recorre extenso,
si el mar le cava cuando en él se sume
túmulo inmenso?

IV

El mar, el mar! Remedo tenebroso
de la insondable eternidad, espera
de la trompa final el son medroso
para romper hambriento su barrera.

Abismos cuyos senos insaciables
jamás encuentra su avaricia llenos,
de misterios conserva inmensurables
siempre preñados sus gigantes senos.

Eso es el mar! Gemelo de la *nada;*
cinto que al globo por doquier rodea;
centinela fatal que, encadenada,
la tierra guarda que sorber desea.

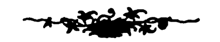
El mar! Como él, hondísimo y oscuro
el misterioso porvenir se extiende,
y tras su negro impenetrable muro
nada, mezquina, la razón comprende.

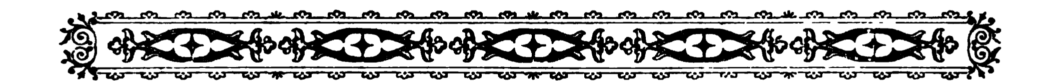
El cerco de un sepulcro en su portada;
tras él se baja un escalón de tierra;
pasado el escalón, la puerta hollada
se abre sobre la víctima y se cierra.

Y allá van sin cesar, conforme nacen,
á morir uno y otro pensamiento:
brotan unos donde otros se deshacen;
bullen, caen y se hunden al momento.

V

Rosas la fuente en la montaña brota;
sécanse, caen, y bajan con la fuente
al río que se va, gota tras gota,
al hondo mar que sorbe su corriente.





MISTERIO

Á MI AMIGO D. ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

Ay! Aparta, falaz pensamiento,
que eterno en el alma bulléndome estás,
falsa luz que, al impulso del viento,
en vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de tí por las sombras camino;
ni noche ni día descanso tras tí;
es seguirte, tal vez, mi destino,
y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa visión de mi vida,
más vaga que el caos en forma y color;
te comprendo en mí mismo perdida,
cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa
me presta esperanza, me aviva la fe;
cual flor eres que aroma la brisa
y en seco desierto olvidada se ve.

Ya tu imagen sombría y medrosa
me ciega y me arrastra en su curso veloz,
como nube que rueda espantosa
en brazos del viento al compás de su voz.

Ya cual ángel de paz te contemplo,
y ya cual fantasma sangrienta y tenaz,
en el valle, en la roca, en el templo,
te alcanzo á lo lejos hermosa y fugaz.

Por doquiera te encuentran mis ojos;
no miro ni tengo más rumbo doquier,
ya te muestres preñada de enojos,
fantasma enemiga ó risueña mujer.

Yo no sé de tu esencia el misterio,
tu nombre y tu vago destino no sé,
ni cuál es tu ignorado hemisferio,
ni adónde perdido siguiéndote iré.

Mas no encuentro otro fin á mi vida,
más paz ni reposo ni gloria que tú,
que, en el cóncavo espacio perdida,
tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica región las estrellas
á veces brillante camino te dan;
y otras veces tus místicas huellas
por mares de sombra perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando
que dicen tu nombre imagino tal vez,
y un relámpago raudo pasando,
tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo, postrado al mirarte de hinojos,
doquier que apareces levanto un altar,
y, arrasados en llanto los ojos,
tal vez, insensato, te voy á adorar.

Mas al ir á empezar mi conjuro,
mi torpe blasfemia ó mi casta oración,
el Oriente en su cóncavo impuro
me sorbe irritado mi blanca visión.

Y tu imagen me queda en la mente,
informe, insensible, cual bulto sin luz
que se crea el temor de un demente,
de lóbrega noche, entre el negro capuz.

Sueño, estrella ó espectro, quién eres?
Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?
No hay sin tí ni dolor ni placeres?
No hay lecho ni tumba ni mundo sin tí?

No hay un hueco do esconda mi frente?
No hay venda que pueda mis ojos cegar?
No hay beleño que aduerma mi mente,
que hierve encerrada de sombra en un mar...?

Oh! Si gozas de voz y de vida,
si tienes un cuerpo palpable y real,
deja al menos, fantasma querida,
que goce un instante tu vista inmortal.

Dame al menos un sí de esperanza,
alguna sonrisa, fugaz serafín,
con que espere algún día bonanza
el golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es sólo ilusión peregrina
que el ánima ardiente soñando creó,
ay! deshaz esa sombra divina
que viene conmigo doquier que voy yo.

Sí, deshazla; que en vano la miro
en torno á mis ojos errante vagar,
si cual débil y triste suspiro
se pierde en los vientos al irla á abrazar.

Sí, deshazla, que, torpe mi mano,
su mano en la sombra jamás encontró,
ni el más débil lamento liviano
avaro en mi oído su labio posó.

Muere al fin, oh visión de mi vida!
más vaga que el caos en forma ó color,
á quien siento en mí mismo perdida,
cual sueño penoso, cual sombra de amor.

—

Mas, qué fuera del triste peregrino
que, cruzando sediento el arenal,
no encontrara jamás en su camino
mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa,
qué rumbo ni qué término seguir?
Sin tu vaga presencia misteriosa,
sin tu blanca ilusión, cómo vivir?

Abriéranse mis ojos á mirarte,
mis oídos tus pasos á escuchar,
y al fin desesperados de encontrarte,
tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria
de tus palabras al fingido son,
y sólo respondiera á mi plegaria
el latido del triste corazón.

Sombra querida, sin cesar conmigo
mis lentas horas hechizando ven,
y el desierto arenal será contigo
huerto frondoso y perfumado edén.

No expires, misterioso pensamiento,
que dentro oculto de mi mente vas,
aunque no alcance el corazón sediento
tu santa esencia á comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;
vélame, si lo quieres, tu razón;
disípate á lo lejos vagorosa,
mas sé siempre mi cándida ilusión.

Al fin sabré que junto á tí respiro,
que estás velando junto á mí sabré,
y que aún brilla oscilando en lento giro
la consumida antorcha de mi fe.

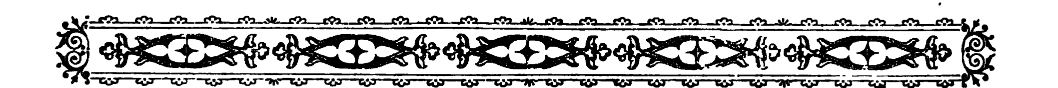
Qué me importa tu esencia ni tu nombre,
genio hermoso ó quimérica ilusión,
si en esta soledad, cárcel del hombre,
dentro de tí te guarda el corazón?

Qué me importa jamás saber quién eres,
astro de cuya luz gozando voy,
término de mi afán y mis placeres,
Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quienquier que seas, vano pensamiento,
mujer hermosa que soñando ví,
ó recuerdo ó tenaz remordimiento,
ni un solo instante viviré sin tí.

Si eres recuerdo, endulzarás mi vida;
si eres remordimiento, te ahogaré;
si eres visión, te seguiré perdida;
si eres una mujer, yo te amaré.





Justicias del Rey D. Pedro

I

Cuando su luz y su sombra
mezclan la noche y la tarde,
y los objetos se sumen
en la sombra impenetrable,
en un postigo excusado,
que á una callejuela sale,
de una casa cuya puerta
principal da á la otra calle,
dos hombres que se despiden
se ven, aunque no se sabe
ni cuál de los dos se queda,
ni cuál de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
ambos un pie hacia adelante,
parados en el dintel
están, y entrambos iguales.
Por fin, el más viejo de ellos,
hundiendo el mustio semblante
entre el sombrero y la capa,
en ademán de marcharse,
torció la cabeza á un lado,
pronunciando un *no* tan grave,
que bien se vió que era el fin
de las pláticas de enantes.
Sin duda el otro, entendido,
no encontró qué replicarle;
pues bajando la cabeza,
callóse por un instante.
—Buenas noches—dijo el viejo.—
Tartamudeó un «Dios le guarde»
el otro; mas, decidiéndose,
hizo hacia el viejo un avance.
—Mírelo bien, y cuidado
no se arrepienta, compadre.
—Nunca eché más que una cuenta.
—Piénselo bien, y no pase
sin contar lo que va de él
á don Juan de Colmenares.
—Señor—replicó el anciano—
en tiempos tan deplorables,
ya sé que lo pueden todo
los ricos y los audaces.
—Pues mire lo que le importa;
que rico y audaz, señales
son con que marca la fama
á los que en mi casa nacen.—
Callaron por un momento,
y, continuando mirándose,
dijo el viejo tristemente,
aunque en tono irrevocable:
—Nunca lo esperé de vos;
mas tampoco vos ni nadie
puede esperar más de mí.
—Pues, entonces, adelante:
idos, buen viejo, con Dios,
que estoy de prisa y es tarde.—
Cerró la puerta de golpe,
á escuchar sin esperarse
una respuesta que el viejo
tuvo tentación de darle;
y acaso por su fortuna
quedó á tal punto en la calle
para dársela á la puerta,
donde la deshizo el aire.
Volvió el anciano la espalda,
y, en dos golpes desiguales,

sus pasos descompasados,
pueden de lejos contarse;
porque sus pies impedidos
deben á su edad y achaques
una muleta que marcha
un pie que los suyos antes.
La esquina á espacio traspuso,
y á poco otro hombre más ágil,
saliendo por el postigo,
siguió en silencio su alcance.
Túvose al volver la esquina;
tendió los ojos sagaces,
y enderezó los oídos
atento por todas partes;
mas, no oyendo ni escuchando
de qué poder recelarse,
tomando el rastro del viejo,
echó por la misma calle.

II

En un aposento ambiguo,
medio portal, medio tienda,
que hace asimismo las veces
de cocina y de despensa,
pues da su entrada á la calle,
y en confuso ajuar ostenta
camas, hormas y un caldero
colgado en la chimenea,
hay seis personas distintas,
que hacen al pie de la letra
(salvo el padre, que está ausente)
una raza verdadera.
Un mozo de veinte abriles;
una muchacha risueña
de diez y seis; tres muchachos,
y una anciana de sesenta.
Y aunque á las veces nos turban
engañosas apariencias,
zapateros son de oficio,
si á espacio se considera,
que está la estancia aromada
con vapores de pez negra;
que ribetea la moza,
y que el mozo maja suela.
—Mucho tarda—dijo el último—
padre esta noche, Teresa.
—Ya ha tiempo que ha anochecido.
—Muchacho, atiza esa vela,
y deja quieto ese bote.—
Y esto diciendo en voz recia
el mozo, siguió en silencio
cada cual en su tarea;
el chico sitiando al bote,
ribeteando la doncella;
majando el mozo á compás,
y dormitando la vieja.
Con monótonos murmullos
arrullaban esta escena
el son de la escasa lluvia
de un aguacero que empieza,
el no interrumpido son
con que hierve la caldera,
y el tumultuoso chasquido
con que la luz chisporrea.
—Las nueve son—dijo el mozo.
—Eso las ánimas suenan
con sus campanas—repuso
santiguándose Teresa.—
—Las ánimas, y aún no viene!—
Y, echando atrás la silleta,
se puso el mancebo en pie,
y encaminóse á la puerta.
Al ruido que hizo en el cuarto,
despertándose la vieja,
dijo: —Rezáis á las ánimas?—
—Sí, señora; estése queda.—
Asió el mancebo la aldaba;
mas la había alzado apenas,
cuando un espantoso golpe
venció la puerta por fuera.
Muerto soy!—dijo una voz:
cayó un embozado en tierra,
y vióse un hombre que huía
al fin de la callejuela.
En derredor del caído
se agolparon, que aún conserva
algún resto de la vida
que le arrancan á la fuerza;
mas no bien le desenvuelven,
por ver piadosos si alienta,
un grito descompasado
lanzó... la familia entera.
Blasfemó el mozo con ira,
desmayóse la doncella,
y la anciana y los muchachos

en llanto á la par revientan.
—Padre, quién fué?—preguntaba,
sosteniendo la cabeza
del anciano moribundo,
el hijo, que llora y tiembla.
Echóle triste mirada
su padre, como quien lega
su razón y su justicia
en quien se fija con ella.
—*Juan*...
—Qué Juan?
—*De Colmenares*,
balbuceó con torpe lengua,
y sobre el brazo del hijo
dobló la faz macilenta.
Reinó un silencio solemne
por un instante en la escena,
y á reunirse empezaron
vecinos de ambas aceras.
Llegó la justicia al punto,
y, mientras *justicia* ella,
partió por la turba el mozo
en faz de intención siniestra.
—Dónde va?—dijo un corchete.
—Siendo yo su sangre mesma,
adónde sino al culpable?
Soy con vos.
—Enhorabuena.
—Por si acaso, va seguro...—
dijo para sí el de presa,
mientras el mozo, resuelto,
ganó á una esquina la vuelta.

III

Son treinta días después,
y el mismo lugar y hora,
la misma vieja y los chicos
con mesa, mancebo y moza.
Cada cual en su tarea
sigue en paz, aunque se nota
que todos tienen los ojos
del mancebo en la faz torva.
Él, sin embargo, en silencio
prosigue en tanto su obra,
sin levantar la cabeza,
que sobre el pecho se apoya.
Tan doblada la mantiene,
que apenas la llama roja
que da la luz, alumbrarle
las cejas fruncidas logra;
y alguna vez que el reflejo
las negras pupilas toca,
tan viva luz reverberan,
que chispas parece brotan.
La verdad es que una lágrima
que á sus párpados asoma
viene anunciando un torrente
en que el corazón se ahoga.
Y el mozo, por no aumentar
de los suyos la congoja,
á duras penas le tiene
dentro el pecho y le sofoca.
Largo rato así estuvieron
en atención afanosa
todos mirando al mancebo,
y éste mirando á sus hormas;
hasta que al cabo Teresa,
más sentida ó más curiosa,
le dijo:—Estás malo, Blas?—
Y á su voz limpia y sonora
siguió otro largo intervalo
de larga atención dudosa.
Nada el hermano responde,
mas ella su afán redobla,
que no hay temor que la tenga
la valla de una vez rota.
—Cómo estás tan cabizbajo....?
Y aquí Blas interrumpióla:
—Y qué tengo que decir
á quien sin padre y sin honra
debe vivir para siempre?—
Y aquí la familia toda
rompió en ahogados sollozos
á tan infausta memoria.
Sosegóse, y siguió Blas
en voz lamentable y honda:
—Él rico, y nosotros pobres;
débil la justicia, y poca,
y el rey en caza y en guerra,
qué puede alcanzar quien llora?
—Qué, por libre se atrevieron....?
—Poco menos, pues sus doblas
pudieron más con los jueces
que las leyes.
—Las ignoran!—

dijo indignada Teresa.
—No, hermana! Las acogotan—
contestó Blas, sacudiendo
su mazo con ciega cólera.
Siguió en silencio otro espacio,
y otra vez Teresa torna:
—Mas la sentencia, cuál fué?.
dijo, y calló vergonzosa.
—La sentencia—gritó Blas
revolviendo por las órbitas
los negros y ardientes ojos;
—La sentencia pides? Óyela.—
Todos se echaron de golpe
sobre la mesilla coja,
que vaciló al recibirles,
á oir lo que tanto importa.
—Sabéis que el de Colmenares
hoy pingüe prebenda goza
en la iglesia, y que, á Dios gracias
y á mi diligencia propia,
se le probó que dió muerte
á padre (que en paz reposa).
Pues bien; no sé por qué diablos
de maldita jerigonza
de conspiración que dicen
que con su muerte malogra,
dieron por bien muerto á padre,
y al clérigo...
—Le perdonan?
—No, vive Dios! le condenan.
Y ved qué dogal le ahoga!
Condénanle á que en un año
no asista á coro, mas cobra
su renta; es decir, le mandan
que no trabaje y que coma.—
Tornó á su silencio Blas,
y á sus sollozos la moza,
ella cosiendo sus cintas,
y él machacando sus hormas.

IV

Está la mañana limpia,
azul, transparente, clara,
y el sol, de entre nubes rojas,
espléndida luz derrama.
Toda es tumulto Sevilla,
músicas, vivas y danzas;
todo movimiento el suelo,
toda murmullos el aura.
Cruzan literas y pajes,
monjes, caballeros, guardias,
vendedores, azguaciles,
penachos, pendones, mangas;
flota el damasco y las plumas
en balcones y ventanas,
y atraviesan besamanos
donde no caben palabras;
descórrense celosías,
tapices visten las tapias,
los abanicos ondulan
y los velos se levantan.
Cuantas hermosas encierra
Sevilla, á su gloria saca;
cuantos buenos caballeros
en sus fortalezas guarda;
ellos porque son galanes,
y ellas porque son bizarras;
las unas porque la adornen,
los otros para admirarlas.
Óyense al lejos clarines,
y chirimías y cajas,
y á lengua suelta repican
esquilones y campanas.
Mas no vienen los hidalgos
armados hasta las barbas,
ni el pálido rostro asoman
las bellas amedrentadas;
que no doblan los tambores
en son agudo de alarma,
ni las campanas repican
á rebato arrebatadas;
que es *la procesión del Corpus*
que ya traspone las gradas
del atrio, y el rey don Pedro
acompañándola baja.
Padillas y Coroneles
y Alburquerques se adelantan,
con Osorios y Guzmanes,
pompa ostentando sobrada.
Y bajo un palio don Pedro
de ocho punzones de plata,
descubierta la cabeza
y armado hasta el cuello, marcha.
En torno suyo el cabildo
diez individuos encarga

que de escuderos le sirvan
en comisión poco santa;
mas tiempos son tan ambiguos
los que estos monjes alcanzan,
que tanto arrastran ropones
como broqueles embrazan.
Entre ellos se ve á don Juan
de Colmenares y Vargas,
que deja por vez primera
la reclusión de su casa,
no porque el año ha cumplido,
sino porque el año paga,
y doblas redimen culpas
si se confiesan doradas.
Rosas deshojan sobre ellos
las hermosísimas damas,
y toda es flores la calle
por donde la corte pasa.
Envidia de las más bellas,
salió á un balcón del alcázar
la hermosísima Padilla,
origen de culpas tantas.
Hízola venia don Pedro,
y, al responderle la dama,
soltó sin querer un guante,
y, ojalá no le soltara!
Lanzóse á tomar la prenda
muchedumbre cortesana:
muchos llegaron á un tiempo,
mas nadie tomarla osaba,
que fuera acción peligrosa,
aparte de lo profana.
Partiendo la diferencia,
salió de la fila santa
el bizarro Colmenares
con intención de tomarla.
Mas no bien dejó su mano
del palio el punzón de plata.
y puso desde él al rey
cuatro pasos de distancia,
cuando un mancebo iracundo,
con irresistible audacia,
se echó sobre él, y en el pecho
le asestó dos puñaladas.
Cayó don Juan; quedó el mozo
sereno en pie entre los guardias,
que le asieron, y don Pedro
se halló con él cara á cara.
La procesión se deshizo;
volvió gigante la fama
el caso de boca en boca,
y ya prodigios contaban.
Juntáronse los soldados
recelando una asonada;
cercaron al rey algunos,
y llenó al punto la plaza
la multitud, codiciosa
de ver la lucha empezada
entre el sacrílego mozo
y el sanguinario monarca.
Duró un instante el silencio,
mientras el rey devoraba
con sus ojos de serpiente
los ojos del que le ultraja.

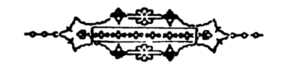
—Quién eres?—dijo, por fin,
dando en tierra una patada.
—Blas Pérez—contestó el mozo
con voz decidida y clara.
Pálido el rey de coraje,
asióle por la garganta,
y así en voz ronca le dijo,
que la cólera le ahogaba:
—Y yendo tu rey aquí,
voto á Dios! por qué no hablaste,
si con ocasión te hallaste
para obrar con él así?—
Soltóse Blas de la mano
con que el rey le sujetaba,
y, señalando al difunto,
repuso tras breve pausa:
—Mató á mi padre, señor;
y el tribunal, por su oro,
privóle un año del coro,
que en vez de pena es favor.
—Y si vende el tribunal
la justicia encomendada,
no es mi justicia abonada
para quien justicia mal?
—Cuando el miedo ó la malicia—
dijo Blas—tuercen la ley,
nadie se fía en el rey,
medido por su justicia.—

Calló Blas y calló el rey
á respuesta tan osada,

y los ojos de don Pedro
bajo las cejas chispeaban.
Tendiólos por todas partes,
y al fuego de sus miradas,
de aquellos en quien los puso
palidecieron las caras.
Temblaron los más audaces,
y el pueblo ansioso esperaba
una explosión en don Pedro
más recia que sus palabras.
Rompió el silencio por fin,
y en voz amistosa y blanda,
el interrumpido diálogo
así con el mozo entabla:
—Qué es tu oficio?
—Zapatero.
—No han de decir, vive Dios!
que á ninguno de los dos
en mi sentencia prefiero.—
Y encarándose don Pedro
con los jueces que allí estaban,
dando un bolsillo á Blas Pérez,
dijo en voz resuelta y alta:
—Pesando ambos desacatos,
si con no rezar cumplió él
en un año, cumples fiel
no haciendo en otro zapatos.—

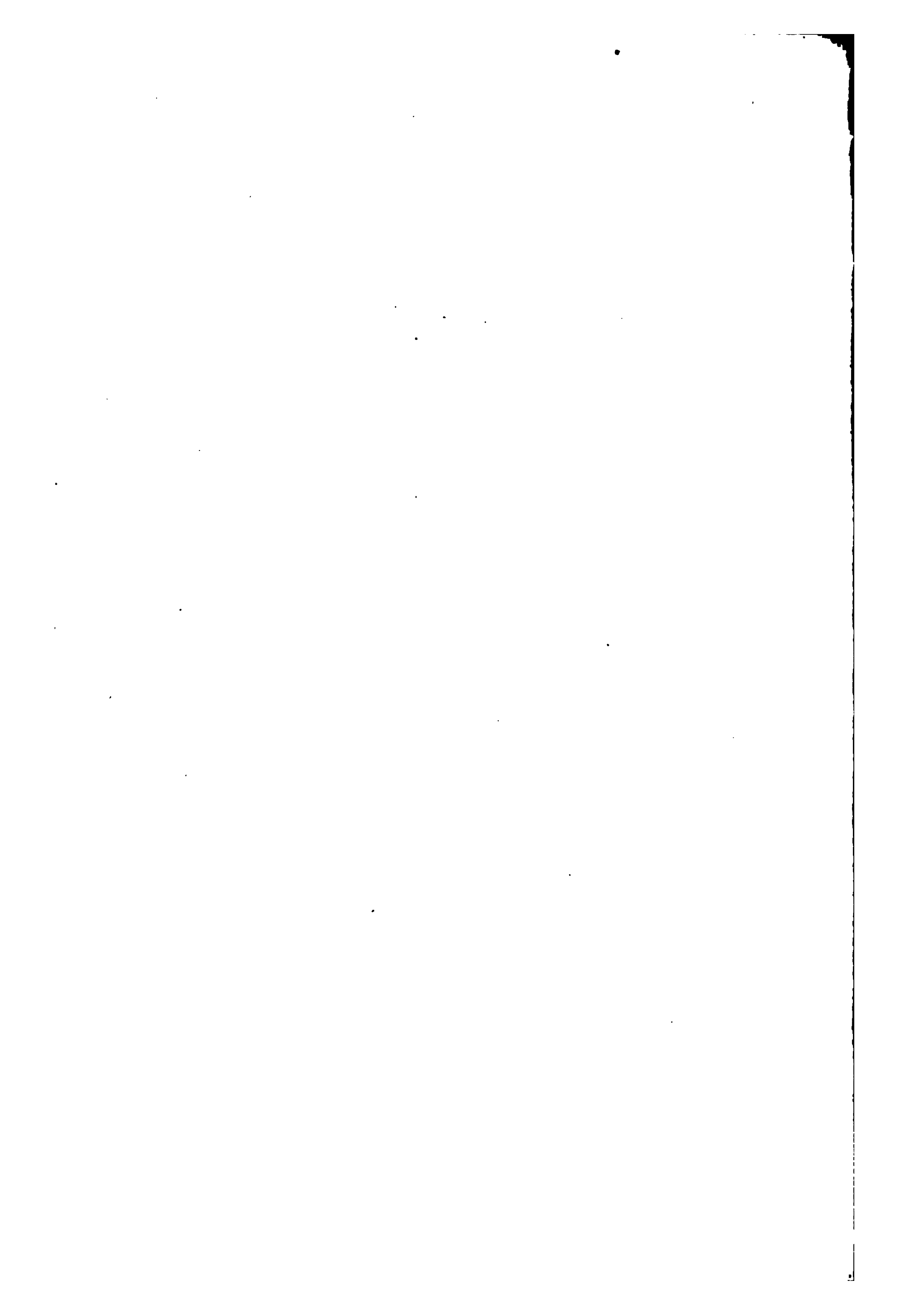
Tornóse don Pedro al punto,
y brotó la turba osada
murmullos de la nobleza
y aplausos de la canalla.
Mas viendo el rey que la fiesta
mucho en ordenarse tarda,
echando mano al estoque,
dijo así, ronco de rabia:
—La procesión adelante,
ó meto cuarenta lanzas
y acaban, voto á los cielos!
los salmos á cuchilladas!—

Y como consta á la Iglesia
que es hombre el rey de palabra,
siguieron calle adelante
palio, pendones y mangas.



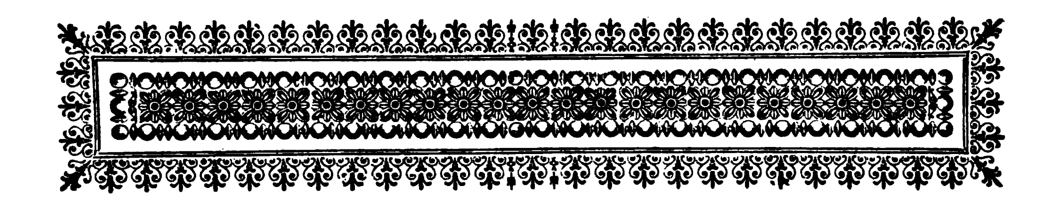
VIVIR LOCO Y MORIR MÁS

CAPRICHO DRAMÁTICO EN DOS ACTOS



PERSONAJES

PABLO ROMÁN.
ALBERTO
JULIÁN.
ANA.
LUISA.
PEREIRA, *portugués.*



VIVIR LOCO Y MORIR MÁS

ACTO PRIMERO

EL PONCHE

Habitación de Pablo Román, de aspecto casi miserable; una mesa, sillas, papeles, dibujos, y en un caballete un retrato sin concluir.—Unos floretes colgados en la pared

ESCENA PRIMERA

ALBERTO *sentado y* ROMÁN *en pie por la escena*

ROMÁN

(Señalando en la mesa una moneda de oro.)
Es el último doblón.

ALBERTO

Suerte por cierto cruel.

ROMÁN

Brindemos juntos con él
á nuestra separación.
Mañana, lo mismo que hoy,
traerá sus horas el día;
nos queda nuestra alegría
en el alma, Alberto.

ALBERTO

Estoy
de ello penado en extremo.
No hay más remedio, Román?

ROMÁN

Los días vienen y van,
y que no ha de llegar temo
el mío.

ALBERTO

La suerte acaso
te guarda mejor fortuna.

ROMÁN

Es tardía, es importuna,
y en impaciencia me abraso,
Tantas horas de esperar,
tantos días de dolor,
aguardando otro mejor
que jamás ha de llegar!
Y soñando gloria y nombre
sentado al dintel de un cielo,
arrastrarse por el suelo
bajo la planta del hombre!
No más, Alberto, por Dios,
hoy es nuestra despedida;
tal vez otra en esta vida
nos hallaremos los dos.

ALBERTO

Román, y así se abandona
tanto afán, tanta esperanza?
Sin amargura se alcanza
esa soñada corona?
Trabaja, sufre y espera,
que en el sufrir y esperar
está acaso el encontrar
esa fama venidera.

ROMÁN

Decidido, Alberto, estoy;
de nosotros olvidados,
ó famosos ó ignorados,
bebamos alegres hoy.
Nuestro es el día presente,
de los necios el mañana,
la vida es corta y liviana
para todos igualmente.
Soñé desde que nací
esos fantasmas de gloria,
y hoy no encuentro en mi memoria
un recuerdo para mí.
Todo en la tierra es vacío;
la amargura y el placer,
y mañana, y hoy, y ayer
presa son del tiempo impío.
Riamos pues y cantemos
el alma de llanto ajena,
que tal vez le será en pena
el tiempo que no gocemos.
(Un momento de pausa.)
Mira, mil veces pensé
que sólo al cuerpo convida
con ocio y placer la vida,
pero al alma, para qué?
Este cuerpo es un encierro
del otro mundo antesala,
vida el cielo le señala,
muere y acaba el destierro.
Si el cuerpo no ha de vivir,
acertado á fe es dejar
al ánima descansar
y al cuerpo inútil morir.

ALBERTO

Y tu entusiasmo, Román?
Tu ambicioso pensamiento?

ROMÁN

Borrándose con el viento,
las cosas del mundo van.
Ambición tuve de ser
Grande, y dejar en la historia
famosa y alta memoria,
pero esto, Alberto, era ayer.
Hoy hallé mi corazón
menos osado, más frío.
Juzgué ese afán desvarío.
y lugar dí á la razón.

ALBERTO

Á tu razón extraviada,
y á tu ambición no cumplida.

ROMÁN

Y, francamente, esta vida
no creo merezca nada.
El mundo es jaula de locos,
los más locos gozan más;
Mas son pocos.

ALBERTO

Y, no harás
por ser, Román, de los pocos?
El mundo será ilusión,
locura será cual dices,
mas si hay tristes y hay felices,
algunos mejores son.
Si el poder y la riqueza,
el orgullo y la hermosura,
son por cierto una locura,
en la locura hay grandeza.
Ese sublime entusiasmo
que ayer existía en tí,
hoy, no te merece, dí,
nada?

ROMÁN

Á lo más un sarcasmo;
porque hoy veo más que ayer,
y esos fantasmas de oro,
esos sueños que hoy adoro,
mañana he de aborrecer.
En fin, yo quiero reir,
cantar, beber y esperar,

el día en que ha de acabar
nuestra misión de sufrir.
Ese es mi último doblón.
y hoy es nuestra despedida,
si ha de ser en esta vida
de eterna separación...

ALBERTO

Ah! Estás loco?

ROMÁN

Loco estoy.

ALBERTO

Eterna ha de ser? Por qué?

ROMÁN

No hablemos más; no lo sé;
pero un día grande es hoy.
(Sale por la puerta del fondo.)

ESCENA II

ALBERTO

Maldita ambición de ser
más de lo que puede un hombre!
Maldita ambición de un nombre
con que no hemos de poder!
Sí, maldita esa locura,
bastarda pasión impura
de querer ganar la altura
sin pisar un escalón.
Apagóse su osadía,
y hoy es un último día...
Ay! Para volar tenía
alas en el corazón!
Y por cierto, él es poeta,
grande el alma como el mundo;
mas por no ser el segundo,
á la nada se sujeta.

ESCENA III

ALBERTO *y* ROMÁN

ROMÁN

Pues, señor, ponche tenemos.
Con él la memoria ahoguemos;
cuando borrachos estemos
en nada hemos de pensar.
Á qué es ese abatimiento?
Yo quiero verte contento:
Si al fin placer y tormento
con el tiempo han de acabar.
(Llaman á la puerta.)
Hola! Otro interlocutor!
Sin duda ha errado el camino.
Á la puerta del vecino *(Alto.)*
si sois un acreedor.

JULIÁN

(Dentro.)
Abre, soy yo.

ROMÁN

(Abriendo.) Tarambana,
aguardáras á mañana!
Con esa voz de campana,
por qué no gritas: abrid?
Van á traer la ponchera.

JULIÁN

Más á tiempo no viniera
á descomunal quimera
contra los moros el Cid.

ESCENA IV

ROMÁN, ALBERTO *y* JULIÁN

JULIÁN

Y, á qué santo es la función?

ROMÁN

Á mi mudanza de vida.

JULIÁN

Con esa resolución,
la difunta inquisición
se diera por bien servida.
Una conversión tamaña
eco hallará en toda España.
(Riéndose.)
pues debajo del sayal

no será mala cucaña
este *in folio* de moral!

ROMÁN

Pero hombre, ven; óyeme...

JULIÁN

Qué más tienes que añadir?

ROMÁN

Mira, de hoy más no seré...

JULIÁN

Pues no lo acabo de oir?
No digas más. Para qué?

ROMÁN

Loco! Ya no hay poesía
ni bellas artes en mí.

ALBERTO

Locura es la tal porfía!

ROMÁN

Este es el último día
que estamos juntos así.

JULIÁN

Esa es pulla?

ROMÁN

No por cierto.

JULIÁN

Conque me hablas en verdad?

ROMÁN

Sí.

JULIÁN

(Con énfasis.)
Ya, si la sociedad
hoy ya no es más que un desierto,
el mundo es la soledad.
Conque versos y pinceles
y esperanzas, piff, volaron?

ROMÁN

Cabal.

JULIÁN

Ah! Son oropeles.
Sin renombre y sin laureles,
cuántos hombres se olvidaron!
Decir que lo pienses bien
es inútil advertencia,
tú lo quieres, tú lo ten.
Hay ponche? Pues en conciencia
no hay más que decir amén.

ROMÁN

Pues al ponche. Ya está aquí.
(Un mozo entra la ponchera.)

JULIÁN

Oh, qué campo de batalla
veo delante de mí!
El ponche es el cielo, sí,
vida en el ponche se halla.
Á esa transparente llama
que por las orlas del vaso
color y calor derrama,
qué corazón no se inflama?
Yo en inspiración me abraso.
Ese azul vago, flotante,
remedo del firmamento,
hace que el poeta cante,
hace atrevido al amante
y ahoga el remordimiento.
Él hace del tiempo impío
horas de calma y placer;
al corazón presta brío,
y va un hombre á un desafío
bien seguro de volver.
Amigos! Al agua penas,
paraíso es la embriaguez;
gocemos horas serenas,
que éstas tenemos apenas
por la postrimera vez.

ROMÁN

Inagotable, fecunda
soltaste la taravilla;
fraseología tremebunda!

JULIÁN

Bebamos, y ancha Castilla,

que el universo se hunda.
(Un momento de pausa.)
Aquí noto tu talento,
el mundo vas á dejar
con nobleza y ardimiento.

ROMÁN

Á qué tristeza mostrar
cuando le dejo contento?

JULIÁN

Famoso! Es cosa hechicera
dejar la literatura,
las artes... ser un cualquiera,
y entrar en la vida oscura
por puertas de borrachera.

ROMÁN

Bebamos. Al ponche, Alberto,
no tengas duelo por mí.
Para todos está abierto
ese porvenir incierto,
que no vemos desde aquí.
Vendrá tardía ó temprana
nuestra buena ó mala hora,
y en esta vida liviana
si feliz me encuentro ahora,
por qué pensar en mañana?

ALBERTO

(Levantándose de repente y disponiéndose á beber.)
Tienes razón; tú lo quieres,
y tú quien lo ha de arrostrar
solamente, Román, eres,
y es inútil derramar
lágrimas en tus placeres.
Bebamos.

ROMÁN

Hablaste al fin
algo menos mentecato.

JULIÁN

Hoy es nuestro San Martín.
No queda vaso ni plato
útil en nuestro confín.
(Se sientan, fuman y beben.)
Conque desde hoy nueva vida?
Determinación extrema!
Cuanto más desconocida,
más la novedad convida.

ALBERTO

Cada loco con su tema.

JULIÁN

Del disgusto y del placer
gozamos si es repentino,
mejor lo nuevo ha de ser;
por eso si es del vecino
me enamora la mujer.
Pues señor, yo te aconsejo
que no te vuelvas atrás,
siempre fastidia lo viejo.

ROMÁN

Te pagaré tu consejo
dándote ponche demás.
(Desde aquí debe conocerce el efecto de la embriaguez.)
Según estás de callado
(Á Alberto.)
te sientes, una de dos,
ó enfermo ó enamorado.

JULIÁN

Ayer estuvo en el Prado
con su mujer, vive Dios.
Qué miserable es, Alberto,
el mundo que vemos!

ROMÁN

Oh!
Conque lo hemos descubierto?

ALBERTO

Que era una mujer, es cierto;
pero mujer mía, no.

JULIÁN

Nunca lo creyera en tí;
tú no eres hoy el de ayer.
(Mirándole á la cara.)

ALBERTO

Pues te engañaste.

JULIÁN

Ó mentí.
Pero hoy como un maniquí
te trae cualquiera mujer.

ROMÁN

(Levantándose con enfásis.)
Conque te vas á casar!
Tú vas á prevaricar.
Lo dije, tus disparates
contigo vendrán á dar
en una casa de Orates.
Tú te casas!

ALBERTO

Yo me caso.

ROMÁN *y* JULIÁN

(Á carcajadas.) Se casa!

JULIÁN

(Con el vaso en la mano.)
Salve, oh sesudo
marido! Levanta el vaso,
con un brindis nada escaso
yo, marido, te saludo.
Salud! Piadosos los cielos
larga sucesión te den;
continuas fiestas de celos,
matrimoniales consuelos
que se asomen á tu sien.

ROMÁN

Y escribas matrimonial,
misantrópica, y dilusa,
sobre el amor conyugal,
una obra espiritual
á los niños de la Inclusa.
(Alberto bebe sin interrupción.)

JULIÁN

Sí, lo mejor que has de hacer
es emborracharte.

ROMÁN

Bravo!
Lo entiendes! Con no atender,
lo que quieras ha de ser.

JULIÁN

El estoicismo alabo;
pero en conciencia, casarte
es tremenda necedad.

ALBERTO

Por qué?

JULIÁN

Tú has de enamorarte.

ALBERTO

Y si lo estoy?

JULIÁN

Es verdad,
yo no voy á confesarte.

ROMÁN

Lo que es el mundo, Julián!
Es un abismo profundo.

JULIÁN

Hoy es gran día, Román,
unos entran en el mundo
y otros del mundo se van.

ALBERTO

(Se levanta, dando señales de embriaguez.)
Fanáticos! El amor
no es el fantasma de un sueño,
del viento azotada flor... *(Risa general.)*

ROMÁN

Poeta predicador,
adónde vas con tu empeño?

JULIÁN

Déjale; siga el sermón;
sigue, inspirado profeta,
tu noble predicación;
la fuente de inspiración
es el ponche del poeta.

ALBERTO

Á vosotros prohibido

ese sublime placer
por el Señor os ha sido;
vosotros no habéis bebido
el amor de una mujer
en unos ojos de fuego,
en unos labios rosados,
cuando os miran extasiados,
cuando al amoroso ruego
os besan avergonzados.
Vosotros, hombres de tierra,
poetas sin corazón,
cantáis del amor la guerra,
sin saber el bien que encierra
en su inquietud la pasión.

JULIÁN

Bravo! Bien! Más no dijera
un sacerdote de amor;
sublime es la borrachera.

ROMÁN

Otro ataque á la ponchera,
amante predicador.

ALBERTO

Yo quiero. amando, vivir,
esclavo en dos ojos bellos,
sin leer más porvenir,
hasta que llegue el morir,
y expire de amor en ellos.

JULIÁN

(Con una estrepitosa carcajada.)
Borracho completamente!
Más borracho que los dos.

ROMÁN

Oh, ponche! Tú solamente
haces que un hombre se ostente
digno remedo de un Dios.

JULIÁN

Yo la he visto, Alberto, es
una niña angelical.
Oh! Cuando con ella estés,
ístela blanco cendal
e la cabeza á los pies.

ALBERTO

Sí, por cierto, y lo merece;
es un ángel indeciso,
que en la tierra, de improviso,
por vez primera aparece,
bajando del paraíso.
Delicada como aroma
de retoñado jardín;
rosada aurora que asoma...

JULIÁN

Una hurí para Mahoma,
para Cristo un querubín.

ALBERTO

Silencio! No hay más placer,
más realidad que el amor;
no hay en la tierra otro sér,
con el nombre de señor,
más digno que la mujer.

ROMÁN

Sí, una chicuela coqueta,
insípida y elegante,
á tal locura sujeta,
que la echará de poeta,
y no habrá Dios que la aguante;
ó una habladora, sin tino,
de paseos y de modas,
que, á la mitad del camino,
te mienta un amor divino,
y te engañe como todas.

JULIÁN

Cuidado que le ha cogido
de medio á medio la mona!

ROMÁN

Y estaba tan comedido!

JULIÁN

La cabeza del marido
pronostica su corona.
Oh, siglo matrimonial,
siglo de paz y de amores,
centuria patriarcal,
en que los hombres mejores

lo suelen hacer más mal!
Siglo que pasas cantando,
cantas gimiendo y llorando,
lloras haciendo piruetas,
en tus horas arrastrando
un enjambre de poetas:
hoy se despide de tí,
con solemne borrachera,
un poeta que te diera
más versos, que gozo á mí
el alma de una ponchera;
y no pienses que te deja
para un hábito endosar,
que es pereza que le aqueja,
es porque quiere dejar
morirse al alma de vieja.

ROMÁN

Por cierto todo es locura
en este mundo vacío,
sin trabajo y sin ventura,
pasaré una vida oscura...
(Julián se ríe.)
Te ríes? Pues yo me río.
(Á Alberto.)
Enamorado sublime,
tú te duermes, vive Dios!

JULIÁN

Otra ponchera le anime.

ROMÁN

No es cierto que tú estás, dime,
Más borracho que los dos?

JULIÁN

Los fantasmas en tu mente
bullen de tus amoríos:
alza, oh poeta demente!
la matrimónica frente,
pese á estos tiempos impíos.

ALBERTO

Basta ya, no me aturdáis;
por más que ambos me digáis,

JULIÁN

Felices los que encontráis
una mujer serafín!

ROMÁN

Para mí todas iguales
fuentes de placeres son,
que nos prestan liberales
un paraíso de males
y un infierno de pasión;
que sea bonita ó fea,
que sea noble ó villana,
las amo de buena gana.
Qué importa lo que ella sea
si la he de dejar mañana?

JULIÁN

Yo tengo por las más bellas
las de amores de querellas,
atrevidas españolas...

ROMÁN

Cachetinas de manolas?
Pues si me alampo por ellas!
(Volviéndose á Alberto, que está pensativo.)
No señor, no hay que dormir
á pretesto del licor;
al oído hemos de ir
á predicarte el amor
hasta que le hayas de oir.
Ese amor como un torrente
que roe el alma y la mente,
nunca, Alberto, le encontré;
ese amor, convéncete,
es el amor de un demente.

ALBERTO

Pluguiera Dios que algún día
sintiérais esa pasión
con su insufrible agonía,
bullendo en el alma impía,
desgarrando el corazón!

JULIÁN

Lo que bulle, Alberto, en tı
es el ponche.

ROMÁN

Vive Dios!
Amores! *(Una ruidosa carcajada.)*
Entran en mí
por lo menos dos á dos;
nunca en un amor creí.
Las bellas son inconstantes,
ingratas y veleidosas;
las sabidas y elegantes,
son vanas y estravagantes,
y las feas envidiosas.
Cuando el ron brilla en los ojos
y hace dos de una ponchera,
la más fea es hechicera;
ninguna nos causa enojos
y es la pasión verdadera.
Bebamos, pues, no hay amor.

JULIÁN

Es un fantasma soñado
quimérico, engañador.

ROMÁN

La mujer entre el vapor
quiero del ponche abrasado.

JULIÁN

Bien dicho, no hay más amores
que el fuego de los licores,
entusiasta visionario. *(Á Alberto.)*

ALBERTO

(Vacilándole las rodillas, dice con el más marcado desprecio:)
Nunca brotaron las flores
en asqueroso Calvario!
(Se arroja sobre una silla completamente borracho. Julián y Román rien á carcajadas.)

JULIÁN

Pesado el ponche le fué!
Borracho está por mi vida.

ROMÁN

Es que en la mente dormida,
la imagen de su querida
no le deja estar en pie.
(Llaman misteriosamente á la puerta. Román mira por la cerradura.)
Chis! Silencio! Una mujer...
Ocultáos, me interesa...
Una niña portuguesa
á quien dejé antes de ayer.

JULIÁN *y* ALBERTO

Ábrela.

ROMÁN

(Empujándolos.)
Ocultáos.

JULIÁN

Pues;
y contigo abandonada...

ROMÁN

No repliquéis: es casada,
su marido es portugués.
(Se ocultan en la alcoba de la derecha.)

ESCENA V

ANA *y* ROMÁN

ANA

(Entrando.)
Bien me hicistes aguardar.
Qué significa esta ausencia?
Faltóme ya la paciencia
y al fin te vengo á buscar.
Una enfermedad creí
que te agobiara, mas veo
que lo pasas á deseo
sin acordarte de mí.
Y ese ponche...? Estaban, pues,
otros amigos? Veamos...
Proseguid.

ROMÁN

No, lo dejamos
para concluir después.

ANA

Cuándo?

ROMÁN

Cuando vos salgáis.

ANA

Pues, tanto acaso os impido?

ROMÁN

Sí, porque yo me despido,
y mi marcha retardáis.

ANA

Te despides?

ROMÁN

Sí por cierto.

ANA

Y, adónde vas?

ROMÁN

No lo sé.

ANA

Y, hasta ahora...?

ROMÁN

Para qué?
Aún era mi viaje incierto.
Yo no os lo pude advertir...
Ello es obra del destino.

ANA

No te comprendo.

ROMÁN

Hablo en chino?
Mañana voy á partir.

ANA

Pues cómo? Dónde? Por qué?

ROMÁN

Porque me cansa Madrid;
voy á Valencia del Cid,
y el cómo, aún yo no lo sé.

ANA

Ingrato! Y con tanto amor...

ROMÁN

Nunca, señora, os he amado.

ANA

Infame! No lo has jurado?

ROMÁN

Soy de oficio jurador.

ANA

Ingrato! Tanta pasión
no ha podido hacerte amar?
Ni un recuerdo ha de guardar
de mi amor tu corazón?
Yo te amé porque me amabas,
me lo juraste y mentías;
si entonces no me querías,
por qué traidor me engañabas?
Tal juramento olvidaste
para abandonarme así?
No; mi honra no te dí,
tú, Román, me la quitaste.
Vuélvemela, que no es tuya,
ó dame otra vez tu amor.

ROMÁN

Y, quedaremos mejor
cada uno con la suya?

ANA

(Con rabia.)
Oye, un hombre, que detesto,
para casarme buscaron;
á él á la fuerza me ataron,
pero no bastó con esto.
Ya estaba casada yo,
cuando en Córdoba te ví;
todo lo dejé por tí,
que por tu fortuna no.
Tú mentiste tu pasión
con palabras tan de fuego,
que en ellas se abrasó luego

el amante corazón.
Y cuando el perjuro *Sí*
me recordó mi marido,
le dije, mío no ha sido,
que otros le dieron por mí.
Entonces era el amor
la pasión que me cegaba,
pero ahora es...

ROMÁN

(Sonriendo.) Bien, acaba.

ANA

La venganza de mi honor.
De aquí no me he de mover
sin honor ó sin venganza;
veremos adónde alcanza
la venganza en la mujer.

ROMÁN

Y si débil tu virtud...

ANA

Virtud no necesité...
Que á un hombre á quien nunca amé
vendieron mi juventud.
No tenía yo derecho
acaso á sentir jamás
lo que sienten los demás
cuando brotó aquí en mi pecho?
Dios puso en el corazón
de amor la violenta llama;
díjole al crearle «ama»,
y encerró en él la pasión.
Yo nunca tuve más de una,
y á tí te la dió mi estrella;
no quiero tener más que ella,
y después de ella ninguna.
Y, pues, mía mi honra es,
consérvala por tu vida,
porque tal vez te la pida
con más ventaja después.

ROMÁN

Con harta paciencia oí
tantos insultos, señora,
y por mi vida que ahora,
no sé qué queréis de mí.
Yo ya no soy el Román
que fuí, señora, hasta ayer;
me canso de querer ser
lo que otros por mí serán.
Que ó porque malo soy yo
para el mundo, ó porque él
sea conmigo cruel,
no quiero más mundo, no.
Hoy le dejo, y con él todo,
hasta que al fin carcomida
caiga en su nada la vida...
(Mostrando los vasos.)
y emprendo el viaje beodo.
En fin, ya no soy poeta,
ni músico, ni pintor,
y por el mayor amor
no diera ya una pirueta.
Ni soy el mismo de ayer,
ni como ayer siento ya,
con que vuelvo, claro está,
al marido la mujer.

ANA

(Señalando á los vasos.)
Si ese remedio sabías
para apagar el amor,
por qué en el alma el dolor
tanto tiempo mantenías?
Imbécil! Tú me jurabas
que iba á matarte tu pena,
y de la ficción ajena
te creí porque llorabas.
Es una disculpa vana
ahogar el amor; quimera!
y agotas una ponchera
dejando el mundo mañana.
Loco, esa es la suerte impía
con que te agobia el destino?
Es ese el fuego divino
de la noble poesía?
Es esa, dí, la expresión
de tu mortal amargura,
de esa eterna desventura
que roe tu corazón?
Y mientras lloraba yo,
tú estabas en una orgía!

ROMÁN

Del mundo salir debía.

ANA

Y el mundo te rechazó.
Vosotros sois el veneno
de una vieja sociedad,
parodias de adversidad,
carcoma del bien ajeno.
Cieno de un alma viciada,
que váis mendigando un nombre
con que á los ojos del hombre
vestir de oro vuestra nada.

ROMÁN

Tremenda cosa es nacer
en un mundo indiferente
que ha de tachar de demente
lo que no ha de comprendêr!

ANA

El mundo os comprende, sí,
esa soñada amargura,
y deja vuestra locura
por haber tantas así.
Pero, Román, yo deliro;
me escuchastes? Oh, perdón.
(De rodillas.)
Tú estás en mi corazón,
y en el aire que respiro.
Yo sin tí no he de vivir,
á la ley he de apelar;
porque las leyes amar
no pueden, no, prohibir.
Tú serás libre conmigo,
y si no quieres mi amor
déjame al menos mi honor,
que yo le tendré contigo.
Desdichada!

ROMÁN

Ambos, á fe,
somos á cual más aquí!
(Llaman á la puerta.)

ANA

Román, Román, héle ahí.
Por Dios vivo, ayúdame.
(Llaman otra vez.)

ROMÁN

Á la otra puerta, que es tarde.

PEREIRA

(Dentro.)
Abrid!

ROMÁN

Perdone, por Dios,
hermano.

PEREIRA

Abrid!

ROMÁN

Y van dos.
Idos en paz; Dios os guarde.

ANA

Mi marido! Oh, compasión!
Me mata de una estocada.
(Román la toma la mano y la esconde en una alacena que habrá á la izquierda.)

ROMÁN

Aquí. Si es de alma porfiada
bajará por el balcón!
(La oculta.)
Maldita sea mi estrella!
Hoy lo pierdo todo yo,
y hoy tal vez porque me amó
vida y honor pierde ella.
(Á Alberto y Julián.)
Salid, ya está el portugués
á la puerta.

JULIÁN

Bravo apuro!
Está el pájaro seguro?

ROMÁN

Ya lo veremos después.
(Vuelven á sentarse y beben.)

PEREIRA

(Dando golpes á la puerta.)
Abrid, ó por Dios bendito,
que voy á arrancar la puerta!
(Roman descorre con mucho tiento el cerrojo.)

ROMÁN

Estúpido! Si está abierta,
por qué nos dáis tanto grito?

ESCENA VI

ANA *oculta;* ROMÁN, JULIÁN *y* ALBERTO *sentados al velador;* PEREIRA *embozado.*

PEREIRA

Paréceles bien, señores,
hacer á un hombre aguardar
del honor mío?
Ignoráis que andan dolores
que pudiera bien tomar
con este frío?

ROMÁN

Delicado viene un hombre!
Podéis decir vuestro nombre,
y si os place,
os suplico que os sentéis.

JULIÁN

Y que noticias nos déis
del tiempo que hace.

PEREIRA

Tenéis en saberlo prisa?
Tal vez pese, voto á Dios!
mucho mi nombre.

ROMÁN

Casi al oiros da risa;
por mucho que os pese á vos,
parecéis hombre
que arrastrarlo bien podéis.

PEREIRA

Que lo arrastro ya lo véis.

JULIÁN

Viven los cielos!
Vos padecéis algún mal!

PEREIRA

Cierto, y terrible y mortal.

ALBERTO

Con estos hielos
no tiene nada de extraño.

JULIÁN

Pues en ese caso, amigo,
cuidáos mucho.
Mirad que os puede hacer daño...

PEREIRA

El tiempo que estáis conmigo
y el que os escucho?

JULIÁN

Sí, por cierto; mas... bebed.

PEREIRA

Mil gracias; no tengo sed;
os lo agradezco.

ROMÁN

Decid, al fin, qué queréis,
si este favor que me hacéis
de vos merezco.

PEREIRA

(Acercándose á Román.)
Tengo celos! *(Risa general.)*

ROMÁN

Por mi vida
que habéis errado la casa.

JULIÁN

El otro cuarto
será el de vuestra querida.

PEREIRA

Tengo la paciencia escasa.

JULIÁN

Me tenéis harto!

ROMÁN

Parece su señoría
natural de Andalucía,
en lo atrevido.

JULIÁN

Ó márchese en el momento,
ó diga en este aposento
qué se ha perdido.

PEREIRA

No lo habéis adivinado?
Una mujer busco aquí,
que entró hace poco.

JULIÁN

(Riéndose.)
Ya; desde que habéis llegado
de veras me convencí
que estábais loco.

PEREIRA

(Con resolución.)
Aquí ha entrado una mujer.

ROMÁN

(Con frialdad.)
Todo el cuarto podéis ver.

JULIÁN

Vuelvo á decir
que estáis loco de remate.

ALBERTO

Dejad ese disparate;
ya os podéis ir
á la calle.

JULIÁN

Una querida
venís á buscar aquí?
Chicos, vamos,
esto es ya cosa perdida.
El rostro en ponche, por mí,
le bañamos.

ALBERTO

Famosa idea, por Dios!
Le sacamos entre dos
muy formalmente,
y le curamos su mal
llevándole al hospital
por demente.

ROMÁN

Ea, fuera!

JULIÁN

Majadero!
Venís de cobrar baratos
á hacer papel?

ROMÁN

Idos de aquí, caballero.

JULIÁN

Á la cabeza los platos;
fuera con él.
(Julián hace ademán de tirar los platos; Pereira coge la mano de Román y le aparta de los demás, diciéndole con rabia:)

PEREIRA

Conócesme?

ROMÁN

No, por cierto.

PEREIRA

Pues oye; si esa mujer
está aquí, y llego á saber
la verdad, date por muerto.

ROMÁN

(Levantándose.)
Ya nos podemos batir,
que aunque oculta la tuviera,
sólo cadáver saliera;
sin ella á fe te has de ir.

PEREIRA

Eres valiente?

ROMÁN

No sé.

PEREIRA

Y te batieras conmigo?

ROMÁN

Nunca evito un enemigo.

PEREIRA

Hubieras temor?

ROMÁN

De qué?

PEREIRA

Eres niño.

ROMÁN

Vive Dios!
Que aquí mismo lo veamos.
Atrás! *(Tomando los floretes.)*

PEREIRA

Piénsalo.

ROMÁN

Riñamos;
que muera uno de los dos.
(Se ponen en guardia. Alberto se pone entre los dos. Ana quiere salir del escondite y Julián la detiene, apoyándose de espaldas contra la alacena.)

JULIÁN

Prudencia, señora.

ANA

Cielo!

JULIÁN

Mirad, que es vuestro marido.

ALBERTO

Caballeros, prohibido
por las leyes está el duelo;
batíos en campo raso.

ROMÁN

Aparta, ó de una estocada...

ALBERTO

Silencio!

PEREIRA

(Tirando el florete.)
No tiras nada.

ROMÁN

De aquí no has de dar un paso
sin que me mates ó mueras.

PEREIRA

Tienes la sangre caliente,
eres joven y valiente,
como sois los calaveras.
Me marcho, y vuelvo á decir
que si está aquí mi mujer,
Dios mismo no ha de valer
para dejarte vivir.

JULIÁN

(Al tiempo de marcharse Pereira.)
Y si él solo harto no es
para tan bravo enemigo,
nos batiremos contigo
uno tras otro los tres.

ESCENA VII

ROMÁN, JULIÁN, ALBERTO *y* ANA *escondida*

JULIÁN

Humos traía.

ALBERTO

Y los lleva.

JULIÁN

Con ese aire de matón,
tiene, apuesto, un corazón
tan blando como una breva.

ROMÁN

Famosa es mi despedida
de este mundo fatigoso,
nunca me pareció hermoso
sino al exponer la vida!
Bien, volveremos á ver
ciertamente á ese matón;
qué arriesgo yo en la función?
Nada tengo que perder.

JULIÁN

Otra vez te has de batir?

ROMÁN

Doquier que nos encontremos.

JULIÁN

Ambos por tí lidiaremos.

ALBERTO

Y acabamos de sufrir.

ROMÁN

Silencio!
(Abriendo la alacena donde está Ana.)
Salid, señora;
vida y honra os defendí,
y á lo más dentro de un hora
parto muy lejos de aquí.
Á veros no volveré,
suplícoos, pues, que digáis,
dónde ocultaros queráis,
que yo os acompañaré.

ANA

(Llorando.) Ay de mí! Román.

ROMÁN

Dejemos
suspiros y llantos, Ana,
el sol que saldrá mañana
juntos los dos no veremos.
Esta casa abandono hoy,
y el mundo dejo con ella,
mi dichosa ó mala estrella
indolente á esperar voy.
Sin amigos... sin amores,
sin ningún vínculo aquí,
habrán de pasar por mí,
horas acaso mejores.
(Pausa de un momento.)
Qué decís? Puedo hacer más?
El camino equivoqué,
inútil me confesé,
y humillado vuelvo atrás.

ALBERTO

Román, no hay remedio alguno?

ROMÁN

Ninguno encuentro.

ANA

(De rodillas.) Ah! Por Dios!

ROMÁN

Alzad, que me es importuno.

JULIÁN

Si ello, Román, ha de ser
y tan á pecho lo quieres,
tú te sabrás lo que eres,
y lo que puedes poder.

ROMÁN

Salgamos.

ANA

Y mi marido?

ROMÁN

No temáis entre los tres.

JULIÁN

Oscura la noche es
y lluviosa...

ROMÁN

Se habrá ido.

ANA

De aquí no salimos, no.

ROMÁN

Pues ved lo que habéis de hacer...

ANA

Que no tengo aquí de ser
la que pierda sola yo.

ROMÁN

Ana, si erré mi camino,
no es el dolor para mí,
que mi corazón creí
lleno de un fuego divino.
Ni esperanza, ni fortuna
quedó ya en el pensamiento.

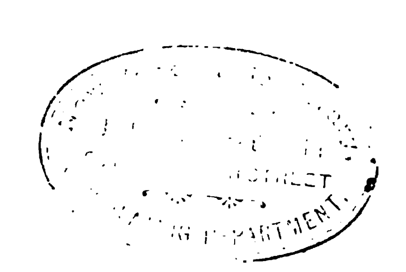
ANA

Ni el alma en el pecho siento!

ROMÁN

Vamos, ha dado la una.
(Apaga las luces, y vánse todos, cerrando la puerta por fuera.)







ACTO SEGUNDO

UNA MUERTE POR HONOR

Un jardín de una posesión de Alberto en Valencia: en el fondo un cenador; á la derecha una pequeña puerta casi obstruída con brezos y maleza. Una hora antes de anochecer

ESCENA PRIMERA

ROMÁN

Tremenda cosa es nacer
sin poder adivinar
en este revuelto mar
qué playas hemos de ver;
tremenda cosa es querer
lo que en el alma bullir
sentimos, al percibir
que es nuestra ánima inmortal,
puestos en un arenal
sin saber dónde acudir.
Apenas á luz salimos,
engaño y error probamos;
donde quiera que miramos
notamos que nos perdimos.
Una fantasma seguimos
que sólo soñando vemos,
vacío si la tenemos,
si la perdemos fortuna:
no acertamos cosa alguna,
por Dios, desde que nacemos!
Fama y gloria codicié
porque inmortal me sentí;
y cuando cerca la ví,
que era polvo imaginé.
Del mismo amor blasfemé;
juzguéle sueño distante,
niño, pobre y vergonzante,
y hoy que en el alma lo siento,
conozco por mi tormento
que es rey, tirano y gigante.
Ay! Y soy el mismo yo
que de esa pasión de ayer
blasfemé, sin conocer
que hoy la sentiría? No.
Ya mi alma se abrasó,
castigo del cielo fué,
que cuando el alma salvé
de mi ambiciosa inquietud,
una vida sin virtud
alucinado abracé.
Ay! Por qué nacen tan bellas
bajo formas de mujer
estrellas que han de hacer ver
el rigor de las estrellas?
Si nuestra vida está en ellas
y allí nuestra eternidad,
injusticia es en verdad
que viéndolas, ay! nosotros,
nos dejen para ser de otros
miseria y oscuridad.
Alberto amigo, perdón,
que cuando tu honor ofendo,
que es en mi delirio entiendo
mi amor una maldición.
Errado habrá el corazón,
pero estaba escrito aquí;
y hoy, perdón! La adoro, sí;

que en mi loco desvarío
eres tú sola, amor mío,
gloria y cielo para mí.
Angel de paz y armonía!
Cuando vinistes al suelo,
por qué no dejaste al cielo
el cielo que en tí vivía?
Pero ya en la tierra impía
tus ojos después de ver,
cómo amar otra mujer?
Que si hay ángeles de amor
junto al trono del Señor,
angel Luisa debe ser.

ESCENA II

ROMÁN *y* ALBERTO, *saliendo del cenador*

ROMÁN

Me oiste, Alberto?

ALBERTO

A fe mía,
que amabas te comprendí.

ROMÁN

Así dije: no creí
que nadie me escucharía.

ALBERTO

Conque amas?

ROMÁN

Sí por cierto.

ALBERTO

Sin esperanza, parece?

ROMÁN

Sí, que mi amor no merece
amor como el suyo, Alberto.

ALBERTO

No merece? Por qué así?

ROMÁN

Porque un amor como el mío...

ALBERTO

Sigue...

ROMÁN

Es un amor impío
hecho sólo para mí.

ALBERTO

Menos te comprendo ahora.
No es acaso una mujer?

ROMÁN

Que no se puede querer,
y que el corazón adora.

ALBERTO

Pues con ser mujer, yo creo
que hay poder, si ella lo quiere,
pues que fuere como fuere
nunca la mancha el deseo.

ROMÁN

Sí la mancilla; es casada.

ALBERTO

Pues entonces tu razón...

ROMÁN

Vive Dios, el corazón
á la razón tiene atada.
Cuando se ama, cómo ver
como ello es lo que se adora?
Cuando un hombre se enamora,
no sabe de qué mujer.
Porque acaso destinado
un sér para otro sér nace,
y su mala estrella hace
que tarde se hayan hallado.
Yo la amo con frenesí,
porque nací para ella;
pero no quiso mi estrella
que naciera para mí.

ALBERTO

Luego es de otro?

ROMÁN

Claro está.

Mas quiso la suerte impía
que el amor la hiciera mía.

ALBERTO

Y te ama?

ROMÁN

. Lo dije ya.

ALBERTO

Y eso lloras?

ROMÁN

Eso lloro;
porque el amar y el morir
no se puede en dos partir,
y yo parto lo que adoro.

ALBERTO

Y habré de saber si es
mujer de tal condición...?

ROMÁN

Que se arrastra el corazón
desesperado á sus pies;
que es noble, rica y ajena.
Anciano en mi juventud,
nací pobre, y sin virtud
que oponer á tanta pena.
Sufrí borrasca espantosa
de pasiones encontradas,
que estuvieron encerradas
en una alma irreligiosa.
Porque mi existencia inquieta
con impaciencia sufrí,
y hoy heme gusano aquí,
con corazón de poeta;
que el mundo surcando voy
en pos de un ángel mujer,
que es mía, y no la he de ver
por no ser yo lo que soy.

ALBERTO

Desgraciado! Al fin comprendes
el rigor de tu fortuna,
y á esa fantasma importuna
tu misma mano le tiendes.
Mucho, sí, quisiste ser,
mucho hubiste de dejar,
que para á mucho llegar,
mucho es preciso querer.
Y hoy te ves triste, indeciso,
en un vacilar eterno,
con el alma en un infierno,
la vista en un paraíso.

ROMÁN

Un paraíso! Y jamás
habré yo de entrar en él.
Un paraíso de hiel!

ALBERTO

Que al fin de apurar habrás.

ROMÁN

Apurarlo! Ya lo sé.
Tal tormento se me alcanza,
sin gloria, sin esperanza...

ALBERTO

Sin esperanza, por qué?

ROMÁN

Porque vinimos al suelo
con un corazón que encierra
la miseria de la tierra,
la ambición de todo un cielo.
Por qué no nos dió una estrella
Dios, que en esta oscuridad
mirando su claridad
nos guiáramos por ella?
Pero nacer á sufrir,
sufrir y el término errar,
llegar el día de amar
y al tiempo de amar, morir...
injusto es, Alberto, á fe.

ALBERTO

(Desgraciado! Loco está;
no piensa en lo que será,
y ha olvidado lo que fué.)
Y hoy el mismo Román eres,
que no creías ayer
que el amor á una mujer
más es pasión que placeres?

Tarde al fin has conocido
que amor nuestro pecho encierra.

ROMÁN

Tanto esa idea me aterra,
que quiero no haber nacido.

ALBERTO

Tal vez es tarde, Román,
mas á curar ese amor
tiempo y lágrimas serán
la medicina mejor.

ROMÁN

Lágrimas, Alberto, no;
las derramé en la niñez;
vertílas, ay! de una vez,
y ya no las tengo yo.
Cuando el corazón espera,
lágrimas tal vez derrama;
cuando ajeno es lo que ama,
no llora, que desespera.

ALBERTO

Tal es en tu corazón
esa hoguera en que se abrasa?

ROMÁN

De lo imaginable pasa
el fuego de mi pasión.

ALBERTO

Tan violenta?

ROMÁN

Es un volcán.

ALBERTO

Ninguna razón la aquieta?

ROMÁN

Y quién á la mar sujeta?

ALBERTO

Ah! Tú eres grande, Román.
Más que el amor es la gloria;
busca gloria y no el amor,
esa página de error
bórrala de la memoria.

ROMÁN

La gloria! Efímero nombre,
cuyo seductor aliño
deslumbra el alma del niño,
pero no el alma del hombre.
Qué me importa ese laurel,
si, en llegándole á alcanzar,
tampoco tengo de hallar
sino amarguras en él?
El nombre: cualquiera es bueno,
si todos de muerte igual
son la sentencia fatal,
y abrigan dentro veneno.

ALBERTO

Román, es fuerza vivir,
y vivir sin esperar;
que no podemos amar
lo que es de otro.

ROMÁN

Pues morir.

ALBERTO

Morir, Román, es no ser,
y en el no ser, no hay amor;
otro remedio mejor
á la mano hay que tener.

ROMÁN

Vivir sin amar! Mentira.
Díle al ave que no cante,
díla que el vuelo levante
sin el aire que respira.
Díle que pare al torrente
al borde de la cascada;
díla que quede estancada,
sobre la peña la fuente.

ALBERTO

(Con decisión.)
Román, no amar es preciso.

ROMÁN

Sin amar, cómo vivir?

Es un infierno sufrir
con aura de paraíso.

ALBERTO

De vivir no hay más camino?

ROMÁN

No hay otro.

ALBERTO

Piénsalo bien.

ROMÁN

Ley tan tiránica, quién
dar puede?

ALBERTO

Yo y tu destino.

ROMÁN

Quién eres tú? Vive Dios!

ALBERTO

Imbécil, Alberto soy,
que entre tí y tu amor estoy,
y el destino entre los dos.

ROMÁN

Cielos! Y yo mismo fuí
quien se lo dije? Estoy loco;
toda mi existencia es poco
para pagarle, ay de mí!

(Román desde este momento parece perder el juicio. Al penúltimo verso de esta escena cree ver un fantasma; y fijando los ojos en Alberto, dice aterrado:)

La muerte avara y cruel
me hubiera al fin consumido,
si los días que he vivido
no se los debiera á él.
Á él, fantasma furioso
que entre los dos te levantas
para abrirnos á tus plantas
un precipicio espantoso.
Sombra airada que tu huesa
dejaste por mi tormento,
si ves en mi pensamiento
el pensamiento que pesa,
y tu perdón no merezco,
amigo á quien yo vendí...
Alberto! Huyamos de aquí...

ALBERTO

Infeliz! Te compadezco.

ESCENA III

ALBERTO

Maldita ambición de ser
más de lo que puede un hombre!
Maldita ambición de un nombre
conque no hemos de poder!
Contento, ignorado ayer,
esperabas otro día,
y hoy en tu frente sombría
sentado el abatimiento,
te saca tu pensamiento
á la odiosa luz del día.
Es tarde, esperanza vana!
Tu quimérica pasión
se apagó en el corazón
en hora por Dios temprana.
Vino el estéril *mañana,*
ya de ilusiones vacío;
dudó el corazón impío,
y la esperanza se hundió;
arroyo que se perdió
entre las ondas de un río.

(Abre el cenador y sale Luisa.)

ESCENA IV

LUISA *y* ALBERTO

ALBERTO

Le oístes? En su amargura,
él á confesarlo vino;
amarte fué su destino,
amarle tú fué locura.

LUISA

Alberto, saben los cielos...

ALBERTO

Mucho los cielos sabrán
cuando, á los que aman, dan
el tormento de los celos.

LUISA

Perdón, Alberto! Está loco,
al borde del precipicio.

ALBERTO

Un pequeño sacrificio
que los costaba tan poco...

LUISA

Por Dios, tranquilo repara...!

ALBERTO

Silencio, digo, perjura!
Tú el amor, y él la locura,
me habéis de pagar bien cara.

LUISA

Perjura! Mi corazón,
á quién diera sino á tí?
Tanto, en llorar, te ofendí
su terrible situación?
No era tu amigo mejor?
No te debe su existencia?
Y tenerle en tu presencia,
no era tu gozo mayor?
Si en compadecerle erré,
y él puso su amor en mí,
él, que amaba, pecó, sí,
mas yo que escuchaba, en qué?

ALBERTO

Si le oíste, por qué luego
de tí no le rechazaste?
En sus ojos no miraste
de amor el osado fuego?

LUISA

Le ví, pero contemplé
un hondo abismo detrás,
y un poco que huyera más,
faltara á la tierra el pie.
Oí su amoroso ruego,
mucho de él compadecida,
que en ello le iba la vida,
y se la arrancara luego.
Tengo yo culpa, por Dios,
de que su alma violenta
no pueda vivir contenta
sino dividida en dos?
Recatada habré de ser
con él, pero ingrata no,
que si casada soy yo
nací primero mujer.
Y nunca he de rechazar
un corazón desdichado
que á buscar viene á mi lado
un sitio donde llorar.
Mucho ofendiste mi honor
cuando imaginar pudiste
que el amor que tú me diste
vendiera por otro amor.
Que si por cariño no,
ni por otro miramiento,
por cumplir mi juramento
tu honor te guardara yo.

ALBERTO

Y él frenético te ama!

LUISA

Qué daño me hará una hoguera
de que no siento siquiera
el resplandor de la llama?

ALBERTO

Conque no le amas?

LUISA

Por cierto
tú lo pudiste pensar?
Á quién Luisa habrá de amar
después de amar á su Alberto?
(Llora.)

ALBERTO

Mi vida, perdóname,
que en pensarlo te ofendí;
los celos dentro de mí
á sofocar no alcancé.
Tú no sabes, vida mía,

lo que es amar, para ver
el amor de una mujer
pasar como el sol de un día;
imaginar que tranquila
escuchó otro nuevo amor
y en el nuevo adorador
vierte luz de su pupila.
Porque tus ojos, oh Luisa!
la luz del sol arrancaron,
dióte el alba su sonrisa
y tus ojos alumbraron.
Tus ojos, ay! me hechizaron,
hija del cielo español!
Si así alumbró tu arrebol,
cómo sufrir que importuno
gozar pudiera hombre alguno
toda la luz de tu sol?

LUISA

Mi esposo!

ALBERTO

Tuyo me llamas?
Oh! Tuyo, alma mía, sí,
que vida no siento en mí
sino porque tú me amas.

LUISA

Dulce bálsamo derramas
en mi corazón, Alberto,
con tus palabras, que cierto
tú me llamaste perjura,
y de esa voz la amargura
acaso me hubiera muerto.

ALBERTO

Hermosa! Porque te adoro,
porque no vivo sin tí,
todo el veneno sentí
de los celos.

LUISA

Y ese lloro,
amor destilado en oro,
que en tus párpados se mece,
todo mi amor no merece?
Oh! Tu labio me lo dice...

ALBERTO

Y el corazón te bendice
cuando mi labio enmudece.
Cuando lloro es porque callo,
que callo y lágrimas vierto;
porque á hablarte con acierto
hartas palabras no hallo.
Inútil es intentallo,
que si inconstante te miro,
apenas hablas te admiro,
y pueden tal tus razones
que no hallo reconvenciones;
te admiro, callo y suspiro.
(Durante la décima anterior, Román ha cruzado el fondo del teatro, y dice al tiempo de desaparecer:)
Gózala en paz! Tuya es.
Para tí tiene ella amor,
que para mí aterrador
abre un abismo á sus pies.
Si hay otro mundo después
allí he de seguirla en pos,
que acaso disponga Dios
que cuando un sér ama aquí
después de la muerte allí
hayan de amarse los dos.
(Al alejarse Román vuelve Luisa la cabeza, y queda con los ojos fijos en él.)

LUISA

Hele allí, sobre su frente
lleva su destino impío,
su pensamiento sombrío
bullendo eterno en la mente.
Loco está, pero inocente.

ALBERTO

Y qué más pude yo hacer?
Le dí mi casa, mi haber,
le dí oro, independencia,
y él en su ciega demencia
codicia hasta mi mujer.

LUISA

De nobles es perdonar;
pues que todo lo perdió,

Alberto, si te ofendió,
enséñale tú á olvidar.

ALBERTO

Y lo que él ha de penar?

LUISA

Ese será su castigo.

ALBERTO

Aunque ingrato fué conmigo,
respetaré su dolor,
que vale tanto el honor
como la paz de un amigo.
Ya está, Luisa, perdonado;
tú, amor mío, abrázame
y perdona.

LUISA

Á tí, de qué?
Es delito haberme amado?

ESCENA V

LUISA

Ya era tiempo, desdichado
de conocerte á tí mismo;
de tu indolente egoísmo,
de tu avara ceguedad,
no es madre la sociedad,
es la puerta de un abismo.

ESCENA VI

LUISA *y* ROMÁN

(Román vuelve á cruzar la escena y se queda inmoble, los brazos cruzados, mirando á Luisa.)

LUISA

Qué hacéis?

ROMÁN

Qué he de hacer! Llorar.

LUISA

Llorar? No alcanzo razón.

ROMÁN

Ah! Vuestra conversación
os acabo de escuchar
y me partió el corazón.

LUISA

Puesto que la habéis oído,
nada os tengo que decir;
véis que amiga vuestra he sido.

ROMÁN

Los que en tal sino han nacido,
más les valiera morir.
Amistad le dáis ahora
á un alma que tanto os ama!
Mal con un vaso, señora,
se apaga devoradora
del vasto incendio la llama.
Nunca los que amor sintieron
en amistad le cambiaron.

LUISA

Pero olvidarle supieron
cuando inútil le juzgaron.

ROMÁN

Si eso os han dicho, mintieron.
No sabe lo que es amar
quien reconoce el olvido,
que amor se puede ocultar,
mas no se puede olvidar
cual si nunca hubiera sido.

LUISA

Pues ocultadle en el pecho,
y nunca más lo digáis.

ROMÁN

Si á amor no tengo derecho,
mal, señora, me pagáis
el daño que me habéis hecho.
Por última vez lo digo:
te amo, el infierno me fuera
un paraíso contigo,

y el infierno más quisiera
que el epíteto de amigo.

LUISA

Y qué más podéis pedir,
ni qué daros puedo yo,
si casada he de vivir?

ROMÁN

Á quien todo se negó,
qué ha de poder exigir?
Mi tormentosa fortuna
nada me dejó querer;
soñé una gloria importuna,
quimeras alcancé á ver,
pero realidad ninguna.
Para esto en mi edad temprana
sueños de flores soñé.
Y ver que esa imagen vana
un sueño, por cierto, fué
al despertarme mañana...

LUISA

Ciego! Y ese loco amor,
no es más sueño que otro alguno?
Buscad camino mejor.

ROMÁN

Á otro cariño mayor
ya, señora, no hay ninguno.

LUISA

Amad la fama, la gloria.

ROMÁN

Qué le importa á un corazón
desesperado, en la historia,
dejar por nombre un borrón
en vez de fama y memoria?
Ya sé que el camino erré,
y que el tiempo que pasó
no ha de volver, ya lo sé;
pero ya es tarde, y á fe
que atrás no me vuelva yo.

LUISA

Luego, qué pensáis?

ROMÁN

Amaros.

LUISA

Y qué habéis de conseguir?

ROMÁN

El placer de idolatraros.

LUISA

Y de eso qué ha de quedaros?

ROMÁN

La esperanza de morir.
Si en el amor no creí
por necedad ó altivez,
ya que una vez lo sentí,
la vez primera, ay de mí!
será la postrera vez.

LUISA

(Compasión siento por él!
No me resuelvo, por Dios!)
Hay un medio.

ROMÁN

Suerte cruel!

LUISA

El espacio entre los dos.

ROMÁN

(Con desesperación.)
Para el sediento es la hiel!

LUISA

Inútil es vuestro amor
cuando estoy, Román, casada.

ROMÁN

Y ese es el medio mejor?

LUISA

Yo no encuentro medio á nada
cuando en ello va el honor.
Pensad desde este momento
esa quimera borrar

del alma y del pensamiento,
que yo dí mi juramento
á mi esposo en el altar.

ROMÁN

(Cerróme toda esperanza
de vivir la avara suerte.)

LUISA

Todo del tiempo se alcanza.

ROMÁN

Si no cede la balanza
por el lado de la muerte.

LUISA

La muerte!

ROMÁN

Y qué resta ya
á quien todo lo perdió?

LUISA

No, nunca desesperó
el justo.

ROMÁN

Y quién os dirá
que de esos justos soy yo?

LUISA

(Tengo yo, cielos, de ser
quien de su felicidad
la esperanza he de romper?
Maldita la sociedad
en donde nací mujer.)

ROMÁN

(*Echándose á sus pies.*)
Lloras, hermosa?

LUISA

(*Con energía.*) Insensato!
No lloro, que considero
de un marido caballero
y un galán con él ingrato,
que el marido es lo primero.

ESCENA VII

ROMÁN

Ya mis sueños se apagaron!
Los fantasmas de la vida
uno á uno se borraron
y ya nunca volverán.
Seis meses! Madrid, Valencia,
en sueños ó realidades
como tremenda sentencia
el alma royendo están.
Seis meses! En mi memoria
han encendido una hoguera;
todo un porvenir de gloria
está quemándose allí;
es muy tarde, sin amores,
sin porvenir ni esperanza,
esa corona de flores
es de espinas para mí.
Perdí la luz de mis días
en ilusiones pueriles,
de mis horas juveniles
tengo sólo... una pasión;
y esa pasión imposible,
ese pensamiento eterno,
me pesa como un infierno
á plomo en el corazón.
Partiré lejos, muy lejos,
que el sol de mi amarga vida
con los últimos reflejos
alumbra el cuerpo mortal.
Adiós, Luisa encantadora!
Adiós, ofendido amigo!
Oí la tremenda hora...
Tocaban á un funeral.

ESCENA VIII

(*Román sentado en actitud de la más profunda meditación. Pereira entrando por la puerta falsa en traje de camino. Es completamente de noche.*)

PEREIRA

Salud, amigo.

ROMÁN

Quién vá?

PEREIRA

Una antigua relación
que ya desde otra ocasión
reconocida os está.

ROMÁN

Qué queréis?

PEREIRA

Pensadlo vos.

ROMÁN

Yo? Por todo un firmamento
no cambio de pensamiento
ni para pensar en Dios.

PEREIRA

En mal hora creo, á fe,
que he llegado.

ROMÁN

Sí por cierto.

PEREIRA

Ese postigo hallé abierto,
oí vuestra voz y entré.

ROMÁN

Pues bien; os podéis marchar,
porque yo no os quiero oir.

PEREIRA

Pues yo os lo quiero decir,
y me lo habréis de escuchar.

ROMÁN

Marcháos digo.

PEREIRA

Á eso vengo;
y en cumpliendo mi mensaje
otra vez el mismo viaje,
aunque largo, emprender tengo.

ROMÁN

Pues bien; decid qué queréis?

PEREIRA

Vengarme.

ROMÁN

(Marchándose bruscamente.)
Qué tengo yo
con tu venganza?

PEREIRA

(Deteniéndole.) Eso no!
Quedáos; me ayudaréis.

ROMÁN

(Amenazándole.)
Ved que no tengo en la vida
vínculo que baste alguno...

PEREIRA

Pronto no tendrás ninguno
que malgastarla te impida.
Mira, traidor.
(Descubriéndose.)

ROMÁN

Vive Dios!
Pereira!

PEREIRA

Tú mi honor tienes;
yo quiero tu alma en rehenes
por fianza de los dos.
Por eso á buscarte vine
desde Madrid á Valencia;
por él grita mi conciencia
que te mate ó te asesine.

ROMÁN

Bueno! En mejor ocasión
venir por él no has podido;
en las manos me has caído
y sed tiene el corazón.
Vamos.

PEREIRA

Espera, porque antes
una nueva te he de dar,

que siempre han de interesar
las nuevas á los amantes.
Era, seis meses hará,
una noche oscura, fría;
la lluvia á mares caía...

ROMÁN

Importuno el hombre está.

PEREIRA

Tres hombres, ébrios los tres,
que una dama acompañaban,
las calles atravesaban...
Otro venía después.
Á la incierta luz escasa
de un farol agonizante
se detuvieron delante
de una miserable casa.
Salió una vieja al encuentro,
y á la falsa voz de «amigo»
abrió un estrecho postigo
y se cerraron por dentro.
Entonces el embozado
apoyado en el portón,
de los que habían entrado
oyó la conversación.
Sabes lo que se trató?
De engañar una mujer;
yo la acerté á socorrer,
y á vengarla vengo yo.
Ella te adoraba, sí;
y pues su honor era mío,
á acabar el desafío
he venido sólo aquí.

ROMÁN

Me hablas á mí?

PEREIRA

La maté.

ROMÁN

Qué me importa?

PEREIRA

Por ventura
no la amabas?

ROMÁN

Qué locura!
Nunca tal imaginé.

PEREIRA

Luego tú la sedujiste
tan sólo por liviandad?
Y ella te amaba?

ROMÁN

Verdad.

PEREIRA

Es verdad?

ROMÁN

Ya lo dijiste.

PEREIRA

No en balde para encontrarte
tanto tiempo me afané;
que me faltara pensé
el tiempo para matarte.
....
....
....
....

ROMÁN

Si me matas, y ha de ser
por mano de caballero,
que lleves después espero
un adiós á una mujer.

PEREIRA

Sí por cierto.

ROMÁN

Júralo.

PEREIRA

Sobre aquesta cruz de oro.
La amas?

ROMÁN

No, que la adoro.

PEREIRA

Y te corresponde?

ROMÁN

No.

PEREIRA

Estúpido! Loco estás.
Cuando vengo por tu vida,
de tu amante despedida
á hacerme correo vas?
Imbécil! La he de decir
que vives libre, contento,
y que en veinte años, en ciento,
no habrás de poder morir.

ROMÁN

Por qué, traidor?

PEREIRA

Porque así
hago más fatal tu estrella;
tu vida la enfada á ella,
y yo me vengo de tí.
(Pereira alarga dos espadas á Román, que toma una. Se baten; Pereira con serenidad, Román con impetuosa cólera.)
Seis meses pienso que hará
que nos quisimos batir!
(Viendo que la rabia de Román crece.)
Quieres matarme?

ROMÁN

Ó morir.

PEREIRA

Ó morir?

ROMÁN

Tanto me da.

PEREIRA

Te herí?

ROMÁN

No sé.

PEREIRA

Pues seguir...

ROMÁN

Combate á muerte.

PEREIRA

(Dándole una estocada.) Ahí está!

ESCENA ÚLTIMA

ROMÁN *en tierra*, LUISA, ALBERTO *y* PEREIRA

LUISA

Dios mío!

ALBERTO

Un combate aquí!

PEREIRA

Señores, un desafío;
este era negocio mío,
pero ya le concluí.

ALBERTO

(Mirando el cadáver de Román con rabia.)
Oh, le habéis muerto! Y por qué?

PEREIRA

Por una deuda anterior.

LUISA

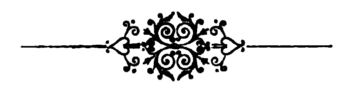
Una deuda?

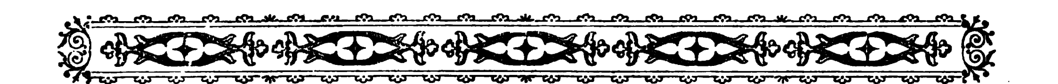
ALBERTO

Era de honor?

PEREIRA

Por el honor le maté.





COMPOSICIÓN

Leída por los actores en el Teatro del Príncipe en los días 6 de Septiembre y 11 de Octubre de 1839

HERMANOS COMO ESPAÑOLES

Hartas, oh patria! lágrimas corrieron,
de sangre fraternal hartos arroyos;
de hartos valientes el sepulcro fueron
charcas extensas y profundos hoyos.

Hoy que, calmada la sangrienta lucha,
tremolan á la par ambas banderas,
blando suspiro en derredor se escucha;
corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, sí, los párpados preñados,
ha largo tiempo reventar querían;
mas, en la lid los ojos ocupados,
á vista de la sangre no podían.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,
y, ya amigos y libres ciudadanos,
la sangre de esas lizas olvidemos,
que quema el corazón, mancha las manos.

LIBRES COMO ESPAÑOLES

Libres también, como nosotros, eran;
no más su mengua tolerar pudieron,
y helos aquí que con orgullo esperan
bajo la enseña á que contrarios fueron.

Tended los brazos, de matar dolidos;
libres tended las callecidas manos;
que no hallaréis traidores escondidos
tras el disfraz de libres y de hermanos.

Aquí está el trono que amparar debemos,
aquí la Patria y Religión y Leyes;
que aquí igualmente repartir sabemos
libertad á los pueblos y á los reyes.

GENEROSOS COMO ESPAÑOLES

No hay más que un pabellón y una bandera;
un sol alumbra, un ídolo se adora;
la frente ante él humillan altanera
ambas huestes, vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña humea;
tumba á entrambas común dió la montaña;
de ambas la sangre con honor se orea,
que á ambas dió sangre la orgullosa España.

Ambas, al fin, de libertad reciben
sin mengua ni mancilla el blando yugo;
ambas con leyes fraternales viven,
y donde no hay traición sobra el verdugo.

Venid, hermanos: á la par nacimos,
al par dejamos la contienda fiera.
Queréis más?... Olvidemos que vencimos:
no hay más que un pabellón y una bandera.

—

Aquella antigua raza de valientes
cuyo brío español sembró el espanto
por medio de las huestes insolentes
que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

Los que á Roma absoluta dieron leyes;
los que sus velas por la mar tendieron,
dando á otro mundo religión y reyes,
hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos á error, como nacidos,
en contienda civil se desgarraron,
ellos solos en bandos divididos,
después que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;
por arreglar nuestras contiendas fieras,
harto como valientes combatimos:
pleguemos de una vez nuestras banderas.

Á ellos nos brindan con tranquila sombra,
de nuestras flores las silvestres calles,
de nuestras mieses la pajiza alfombra,
y el verde pabellón de nuestros valles.

Que vale más gozar en la pobreza
paz que á fuerza de sangre nos compremos,
que á otro pedir con criminal pereza
la libertad que conquistar podemos.

Sí, ciudadanos, raza de valientes
cuyo brío español sembró el espanto
por medio de las huestes insolentes
que huyeron en Clavijo y en Lepanto!

No olvidéis que, por premio merecido,
esos extraños, de la paz carcoma,
querrán lo que salvar hemos podido
de las garras hipócritas de Roma.

No más de sangre bajarán teñidos
los manantiales que la cumbre brota,
á contar á los pueblos afligidos
en cada infausto triunfo una derrota.

No más luchando con el rudo viento,
de cuervos roncos agorero bando
vendrá á mecerse donde el son violento
del cóncavo cañón le esté llamando.

No más al rayo de amarilla luna
vagarán por la noche en la montaña
las sombras de los héroes sin fortuna
que gloria piden y sepulcro á España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron
cuando la vida por su patria dieron;
la gloria y el sepulcro que compraron
cuando á los pies de su pendón cayeron.

Víctimas santas! Sombras doloridas
que insepultas dormís en la llanura,
ya á través dejan ver vuestras heridas
un sol de libertad y de ventura!

Ya podéis, sin temor á la vergüenza,
alzar los ojos del sangriento caos;
no queda ya quien huya ni quien venza:
fantasmas de los héroes, levantáos!

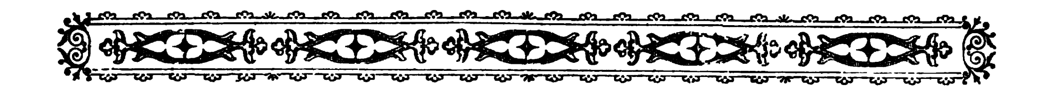
No receléis que al levantar la frente,
tras rota peña ó desplomado muro,
quede algún campesino irreverente
que os aseste, traidor, plomo seguro.

Alzáos, sí; la paz de que gozamos,
nosotros solamente nos la dimos;
no de extranjera grey la mendigamos,
que á nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,
nuestra es la santa ley que obedecemos;
grande ó mezquina nuestra gloria sea,
obra fué nuestra, y nuestra la queremos.

Atrás las lises de la intrusa Francia!
Atrás los mercaderes de Inglaterra!
Mientras valor nos quede y arrogancia,
no ha de faltarnos libertad ni tierra.





Á LA LUNA

Bendita mil veces la luz desmayada
que avaro te presta magnífico el sol!
Bendita mil veces, oh luna callada!
tu luz que no enturbia dudoso arrebol!

En buen hora vengas, viajera nocturna,
que el mundo en silencio visitando vas;
esposa que viene constante á la urna
que guarda los restos del bien que amó más.

En buen hora vengas, amante Lucina,
en pos de tu bello dormido Endimión,
celosa asomando la faz argentina
por ese estrellado y azul pabellón.

Oh! Miente quien dice que velas traidora
cubriendo del crimen el réprobo afán,
que aguardan inquietos tu luz bienhechora
los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres, oh luna! la lámpara opaca
que trémula vierte siniestra su luz
en bóveda impura do nunca se aplaca
el alma á quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbra maldita
las manchas de sangre de regio panteón,
á cuyos reflejos soñando se agita,
aun de ella sedienta, rabiosa visión.

No, no eres la hoguera del gran cemente-
que guarda el del mundo secreto final; [rio
que en esa morada de sombra y misterio
sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas
que hierven y turban lo sombra doquier;
no vienen contigo las nieblas odiosas
que doblan el ruido y nos roban el ver.

No vienen contigo los vagos ensueños
que acosan y hieren el ruin corazón,
las torvas fantasmas de tétricos sueños
que cruzan los aires en pos del turbión.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,
cual blanca creencia de casta niñez,
cual ángel que espía la triste plegaria
que eleva al Empíreo llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,
fanal de consuelo, de paz y de amor,
en alas de suave balsámico viento
que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,
las lindas quimeras de antiguo placer,
las sombras queridas que alegre retrata
la mente olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,
los besos que expiran del labio al salir,
las bellas historias de efímeras cuitas,
dichas á una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,
la seña embozada con una canción
que atrae á los ojos osados y amantes
un rostro que aguarda la seña á un balcón.

Y vienen contigo las dulces memorias,
la audaz esperanza, la gloria inmortal,
fantásticas luces que van ilusorias
al soplo expirando de ráfaga real.

Ah! Todo es consuelo regalo y ventura,
fanal misterioso, delante de tí.
Suspiran las fuentes, el río murmura,
aquí te gorjean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,
el bosque se puebla de sombras de paz,
y el aire sonidos dulcísimos llenan,
que lleva invisible la brisa fugaz.

Luna! Cuántas veces tu luz ha alumbrado
mi larga vigilia, mi breve ilusión!
Luna! Cuántas veces con ella ha sonado,
perdida en el viento, mi triste canción!

Y aún cuantas veces allá todavía
en playas remotas tal vez sonará!
Entonces, oh luna! la cítara mía,
qué oído en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez, entre el recio menudo ramaje
que ciñe del ancho desierto el lindal,
responda á mis voces un ave salvaje,
huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez, á la orilla del mar tempestuoso,
tu pálida imagen por él seguiré;
tal vez en las ondas del mar proceloso
mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos, del agua que broten
por entre el ardiente confuso cristal,
verán sin que nunca sus fuentes se agoten,
huir por los cielos tu errante fanal.

Luna! Si esa noche de angustia llegara,
si huyera esquivando mi pueblo español,
luna, más valiera que el sol te prestara
un rayo que apague mi gloria y mi sol.

—

Mas no, clara y celeste peregrina,
luz de los bosques de los tristes luz,
á cuyos rayos el amor camina
é invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
amiga del cantar del trovador;
tú que refrescas el modesto broche
que á tu luz plega la silvestre flor.

Tú me darás magníficos cantares,
grandes como tu Dios y como tú,
como esos que del cielo luminares
orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira
el fuego del profeta que lloró
el peligro de Pérgamo y Thyatira,
la rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,
cuya rápida y trémula ilusión
pinta el mar y el arroyo y la laguna
en vistosa y flotante aparición;

De cuya imagen en redor tranquila,
allá en bosques de conchas y coral,
de errantes peces multitud se apila
que te besan tu imagen de cristal;

Tú, á quien un ángel invisible guía
y millares de estrellas van en pos,
tú me darás palabras de armonía
con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana
que, del bosque en la oscura soledad,
en brazos de un mortal busca profana
misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros
de ese bello y perdido cazador
que los valles audaz cerró seguros
con barreras de fábulas de amor.

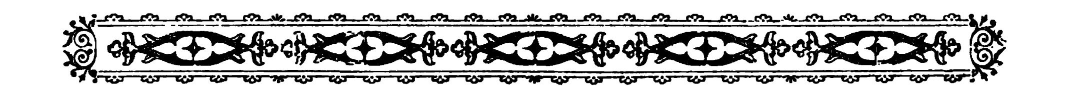
Yo te adoro, magnífica lumbrera,
tan sólo por tu tibia brillantez,
y no veo en tu espléndida carrera
más que la mano del Eterno Juez.

Surca, oh luna! esos techos de topacio
que Él te señala por camino á tí,
mientras que, preso en reducido espacio,
su voz espero cuando venga á mí.

Á mí, que, ingrato y prófugo poeta,
creo en el Dios á cuyo soplo fué
cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
cuanto no he visto ni jamás veré.

Áh! Cuando el mundo en su erial desierto
me dé un lecho de tierra en que dormir,
y vayan presa del destino incierto
conmigo mis cantares á morir,

Oh, luna! Si en mi túmulo no brilla
de humana gloria la extinguida luz,
cuelga al menos tu lámpara amarilla
sobre su rota y olvidada cruz.



HORIZONTES

I

Lanzó el mundo en mitad de las tinieblas
el soplo del Señor, y empezó el mundo
á rodar en un piélago de nieblas,
cercado del silencio más profundo.
Miró la creación el que la hizo,
mas no le satisfizo;
y, rasgando sus negras colgaduras,
sacudió con su planta el firmamento;
brotó una chispa, se inflamó en el viento,
y el sol se derramó por las alturas.

II

«Tú girarás – le dijo—eternamente;
cuatro estaciones marcarás iguales,
y será tu fanal resplandeciente
la sombra de mis ojos inmortales.»
Giró el sol, y, á su vista alborozado,
el mundo iluminado
en himno universal rompió sonoro,
y cuando tuvo un soplo de existencia,
exhaló sonoroso en su presencia
música dulce en acordado coro.

III

Mecióse el mar con colosal murmullo,
el viento resonó por las montañas,
murmuró el bosque soñoliento arrullo,
é hirió el arroyo sus sonantes cañas.
Ensayaron sus cánticos las aves;
armoniosos y graves
los acentos del hombre resonaron,
y con notas más roncas y severas
su voz alzaron sin compás las fieras,
y los ecos salvajes la imitaron.

IV

Fuente de luz y manantial de vida,
el sol fecunda nuestra madre tierra,
y en arroyos, al llano convertida,
vierte la nieve que apiló en la sierra.
Brotan á su calor hierbas y flores;
sus manchas y colores
da á cuanto dora con su lumbre pura;
y mil insectos que las auras hienden,
á separar solícitos atienden
del semen virgen la semilla impura.

V

Mas, ó vacilan mis cansados ojos,
ó yo he visto en Oriente y en Ocaso
lagos de sangre cuyos pliegues rojos
al sol alfombran el gigante paso.
Y jamás comprendió mi entendimiento
el misterio sangriento
que ese color del horizonte vela;
y, por más que lo pienso y lo medito,
nada el arcano que conserva escrito
ese renglón de sangre me revela.

VI

He visto el sol posarse en el Oriente
al derramar su esplendorosa lumbre,
y le he visto posar en Occidente
al trasponer la postrimera cumbre.

Magnífico á su vuelta y su partida,
su marcha y su venida
mudo y absorto cada vez contemplo;
él recoge sus rayos ó los suelta,
y siempre á su venida y á su vuelta
de Dios concibo al universo templo.

VII

Sí; siempre posa un punto en el Oriente
y otro punto al doblar la última cumbre;
mas siempre ciñe en su alba y su Occidente
banda sangrienta su radiante lumbre.
Entrambos los crepúsculos clarean
mientras al sol rodean
ráfagas anchas de color sangriento;
y, al irse y al venir, su última tinta
ese triste color siniestro pinta
en el confín del azulado viento.

VIII

Qué guarda ese rojizo cortinaje
en los remates de la luz prendido?
Un torbellino no hay que le desgaje
si á alcance de los vientos va perdido?
Si es un vapor que se desprende lento,
espeso y turbulento,
de la esencia del sol, en su camino
no hay solícito un ángel cuyo brazo
arranque de la luz ese pedazo
que mancha al sol su resplandor divino?

IX

Si es de los aires ilusión dudosa
que la distancia en el azul suspende,
por qué no pinta su ilusión de rosa,
y no ese rojo pabellón que ofende?
Necio de mí, gusano de la tierra,
que quiero lo que encierra
saber el mundo en su invisible centro
y demando á su Autor omnipotente,
cuando nací á adorarle solamente,
y para amarle por doquier le encuentro!

X

Al hundirse la luz detrás del monte,
sorbido entre las nubes y las breñas,
lumbre vomita el trémulo horizonte,
que en sangre tiñe las enormes peñas.
Faja de sangre, inmensa banderola
que en su alcázar tremola
el que hizo el mundo de ceniza vana,
cual rojo lienzo que pirata osado
despliega ante el bajel atribulado
que á todo trapo por huir se afana.

XI

Que era el sol un espejo transparente
donde el Señor su creación veía,
y desde él derramaba omnipotente
dulce vida de amor y de armonía.
Y hubo un instante en que amoroso, quiso
al hombre abrir su santo paraíso
tras aquella existencia de ventura;
mas, á Dios usurpando su derecho
de deshacer lo hecho,
sangre vertió la necia criatura.

XII

La tierra se manchó: Dios indignado,
quitóse del cristal, y su reflejo,
con los ojos de Dios iluminado,
pintó la mancha y sombreó el espejo.
Volvió asimismo Dios al sol, mandando:
«Tú seguirás rodando;
su raza alumbra, y que lidiando crezca,
la tierra empape con su sangre impura;
mas, cuando quede con la sangre oscura,
no la reflejes más, y que perezca.»

XIII

Dijo Dios, y cerróse en su santuario;
y al rudo golpe que sus puertas dieron,
la madre tierra con impulso vario,
monstruos sedientos de matar cubrieron.

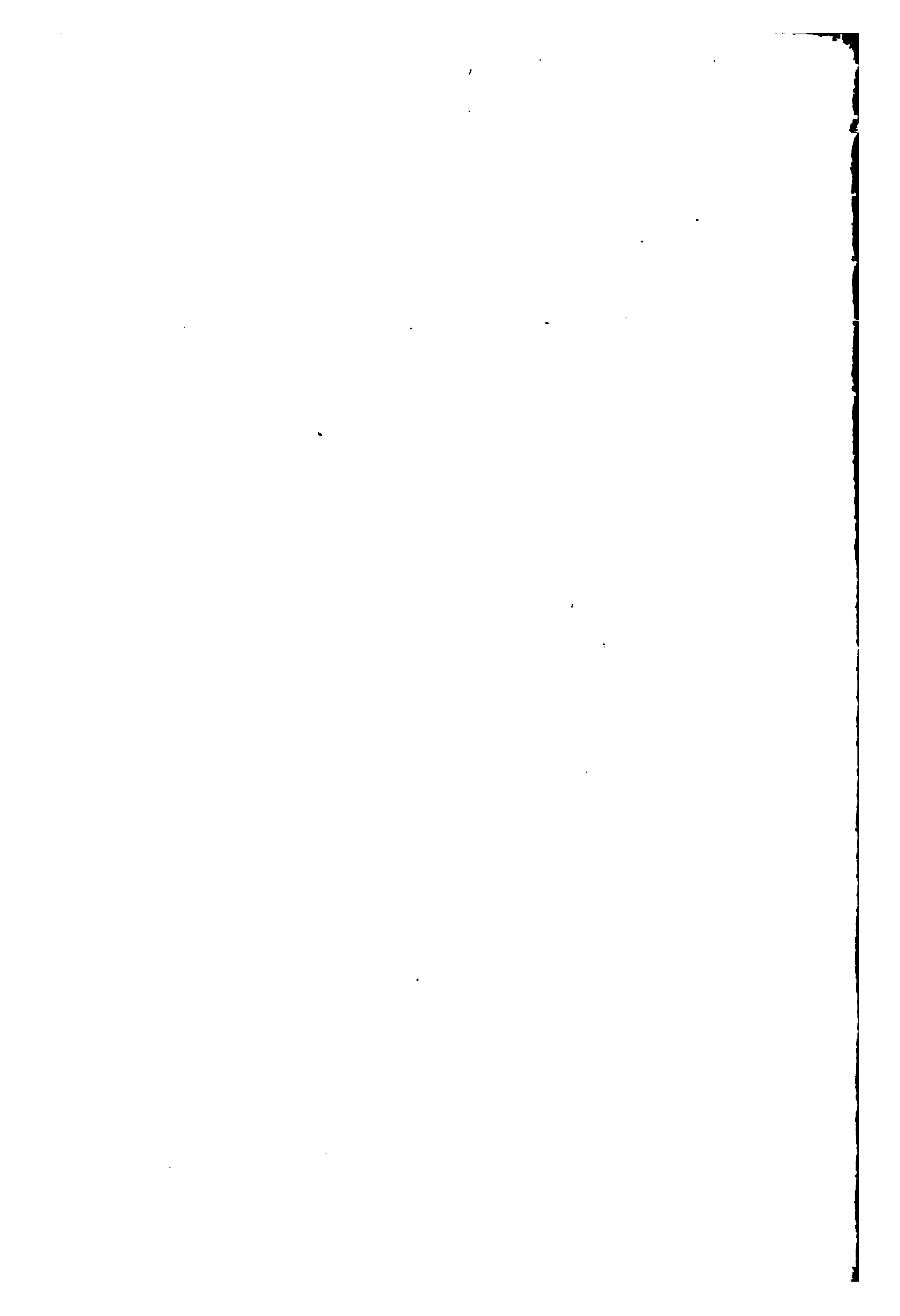
XIV

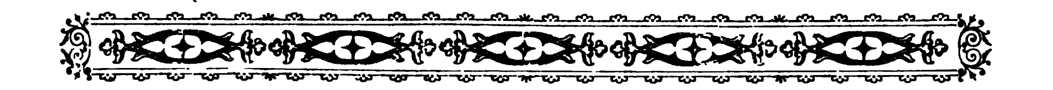
Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises,
de sangre á Egipto con furor regaron;
Alejandro, Conón, Jerjes y Ulises
en sangre á Grecia sin piedad bañaron;
Grecia tragó al Egipto, á Grecia Roma;
y en Roma, que desploma
sus legiones doquier y ansiosa apila
montones de coronas sin cabezas,
metió á pisar su gloria y sus grandezas
su negro palafrén el torvo Atila.

XV

Y eso es la gloria y las hazañas eso!
Los héroes nacen, y la tierra, tinta
por do queda su pie con sangre impreso,
la negra mancha en el espejo pinta.
Venid, guerreros; degollad sin tino,
que el sol va su camino,
la luz menguando sin cesar siguiendo,
y cada estatua á vuestra gloria alzada
es una sombra que la luz menguada
del moribundo sol va carcomiendo.







Impresiones de la noche

Hay pensamientos que en la mente viven,
en un rincón de la memoria echados,
cual los insectos que su sér reciben
de los arbustos á que están pegados.

Duermen, al parecer; mas, como aquéllos,
al soplo de una brisa se levantan,
crecen, vuelan, y al fin toman, cual ellos,
formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fe contrarias,
vagas visiones de la noche umbría,
bullir las vemos en la niebla fría,
nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memo-
silenciosa mansión, gracias postizas, [ria
y que reciben faz, cuerpo é historia
en los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
y con murmullos infinitos suenan;
en las alas del viento van livianas,
y el alma el viento y el espacio llenan.

Paso, dejadme, fábulas impuras!
Paso dejad al noble pensamiento,
que anhela respirar auras más puras
en el cóncavo azul del firmamento!

Piensas, turba de sueños impostora,
hacerme por el miedo tu vasallo,
como, al son de la fusta cimbradora,
jinete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:
si el corazón cobarde os dió aposento,
hoy necesita, imbéciles visiones,
todo mi corazón mi grande aliento.

Con la noche venís; osáis con ella
turbar al corazón que en paz reposa;
mas de la noche en el poder se estrella
vuestro poder y ciencia mentirosa.

Paso! Mis ojos en su azul tendidos,
la paz que le robáis otra vez hallan,
y en los misterios de la fe perdidos,
vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía,
á la influencia celestial acudo,
y de la noche silenciosa, umbría,
la solitaria inmensidad saludo.

I

Salve, tienda magnífica colgada
de polo á polo sobre el aire manso,
del caduco universo destinada
á proteger el funeral descanso!
Salve á quien mora, en la escondida altura,
detrás de esa estrellada colgadura!
Salve á quien vela el agitado sueño
de esos gusanos que, á sus pies tendidos,
manchan con sus alientos corrompidos
la orla imperial del manto de su dueño!

II

Sí, que á mis ojos se resiste en vano
de la insondable eternidad el velo,
y yo veo, Señor, tu inmensa mano
tras el azul del transparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia;
infinito el abismo de tu ciencia;
infinito tu ser, y Tú infinito,
NO HAY MÁS QUE TÚ, y tu soplo poderoso,
que anima el mundo, presta generoso
vida á la alma virtud, vida al delito.

III

Que Tú, amasando el polvo de la nada
con tu suprema voluntad un día,
diste al hombre esta espléndida morada,
igual para el que fué y el que sería.
«Quieres vivir? Tu aliento es el espacio.
Quieres tener? El orbe es tu palacio.
Quieres mandar? Al señalarlo nombre,
puedes gozarlo é invadirlo todo.
Yo, que á mi gloria te saqué del lodo,
fe y libertad te doy», dijiste al hombre.

IV

Y el hombre fué; y el hombre envanecido,
olvidando al Señor que le formara,
no partió por igual lo recibido,
se armó insolente y le volvió la cara.
Oídos dando al corazón villano,
el hermano lidió con el hermano,
el hijo con el padre en torpe guerra
el alma en las entrañas se buscaron,
y uno de otro en la sangre se bañaron,
por un pie más de la heredada tierra.

V

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,
ingrata viendo á tu mejor hechura,
sobre el mundo tendistes ofendido
la espesa sombra de la noche oscura.
Volviéndote á tu carro rutilante,
empuñaste las bridas de diamante;
tus caballos de fuego se lanzaron
por el espacio, y, caminando á oscuras,
al choque de sus recias herraduras
miles de estrellas en su azul brotaron.

VI

Al ceño de tu cólera divina
los mundos con pavor se estremecieron,
confundióse su esencia peregrina,
y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado
las ondas de la mar, y desbocado,
en hombros cabalgando de las nieblas,
su pedrisco doquier vertió sin tino,
y, borrando los lindes del camino,
tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII

Quién osara, Señor, en la memoria
la idea renovar de tu honda ira?
El mundo sabe la tremenda historia,
y aún, al mentarla, de terror suspira.
La obra de tu poder atropellando,
seguías Tú la creación cruzando
sin término, ni objeto ni vereda,
y tus ojos, Señor, relampagueaban,
y las nubes errantes reventaban,
de tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII

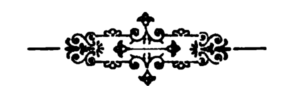
Todo cayó á tus pies; todo en pedazos
á volver se aprestó á su antigua nada;
pero su polvo tropezó en tus brazos,
y á ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste á mirar sobre tus huellas,
y al ver que de tus ojos las centellas
lo iban todo á incendiar, compadecido
la noche hiciste, que tendió en el cielo
su pabellón azul de terciopelo,
que en medio del cenit quedó prendido.

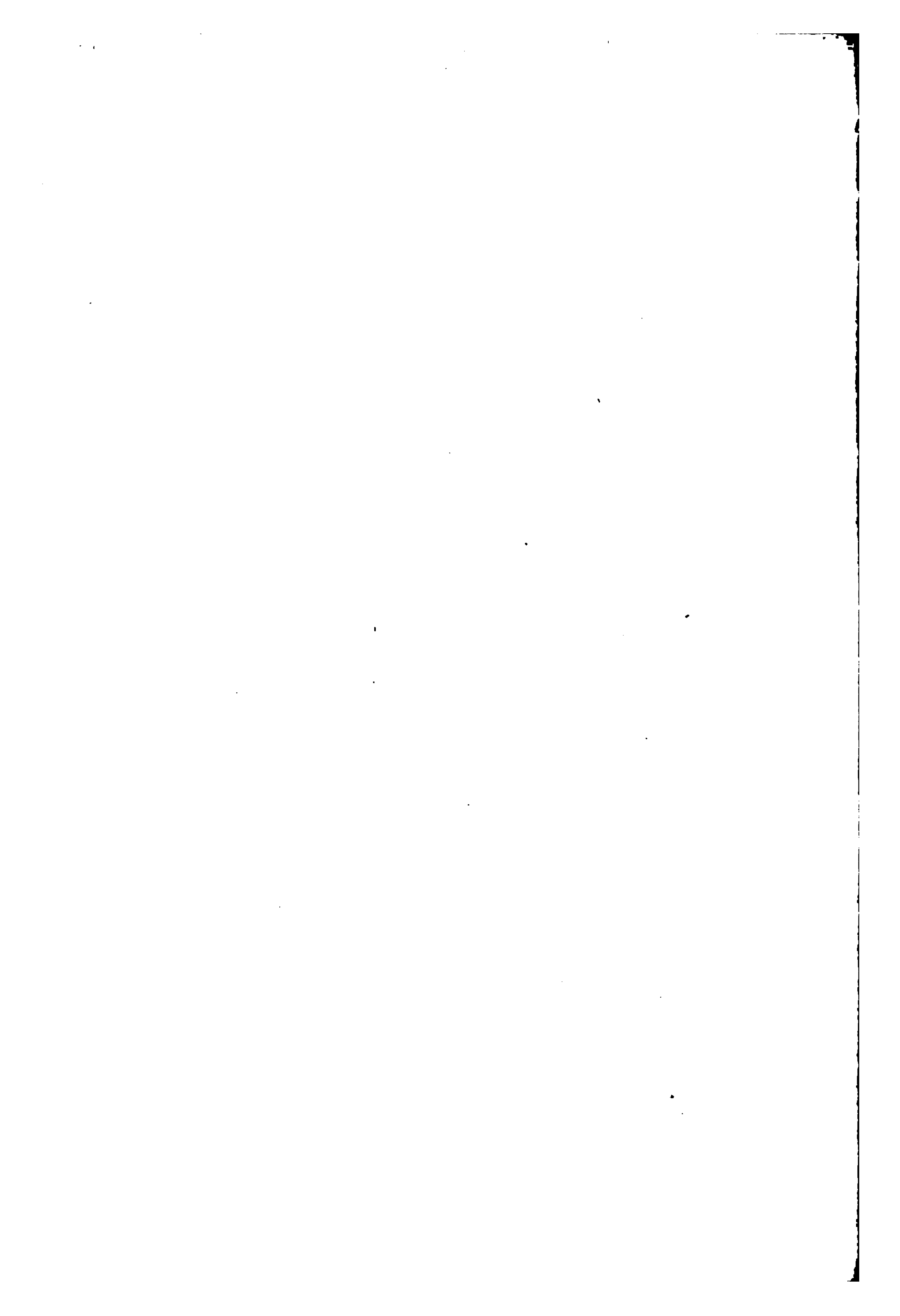
IX

Tras él está velando tu pupila,
mansa tras él la creación pasea,
y el universo de terror vacila
á su gran resplandor si pestañea.
Las nubes con su luz se tornasolan,
el Oriente y Ocaso se arrebolan
con sus puros y espléndidos colores,
y á su dulce calor se alza indecisa
la perfumada y soñolienta brisa
que susurra en la hierba y en las flores.

X

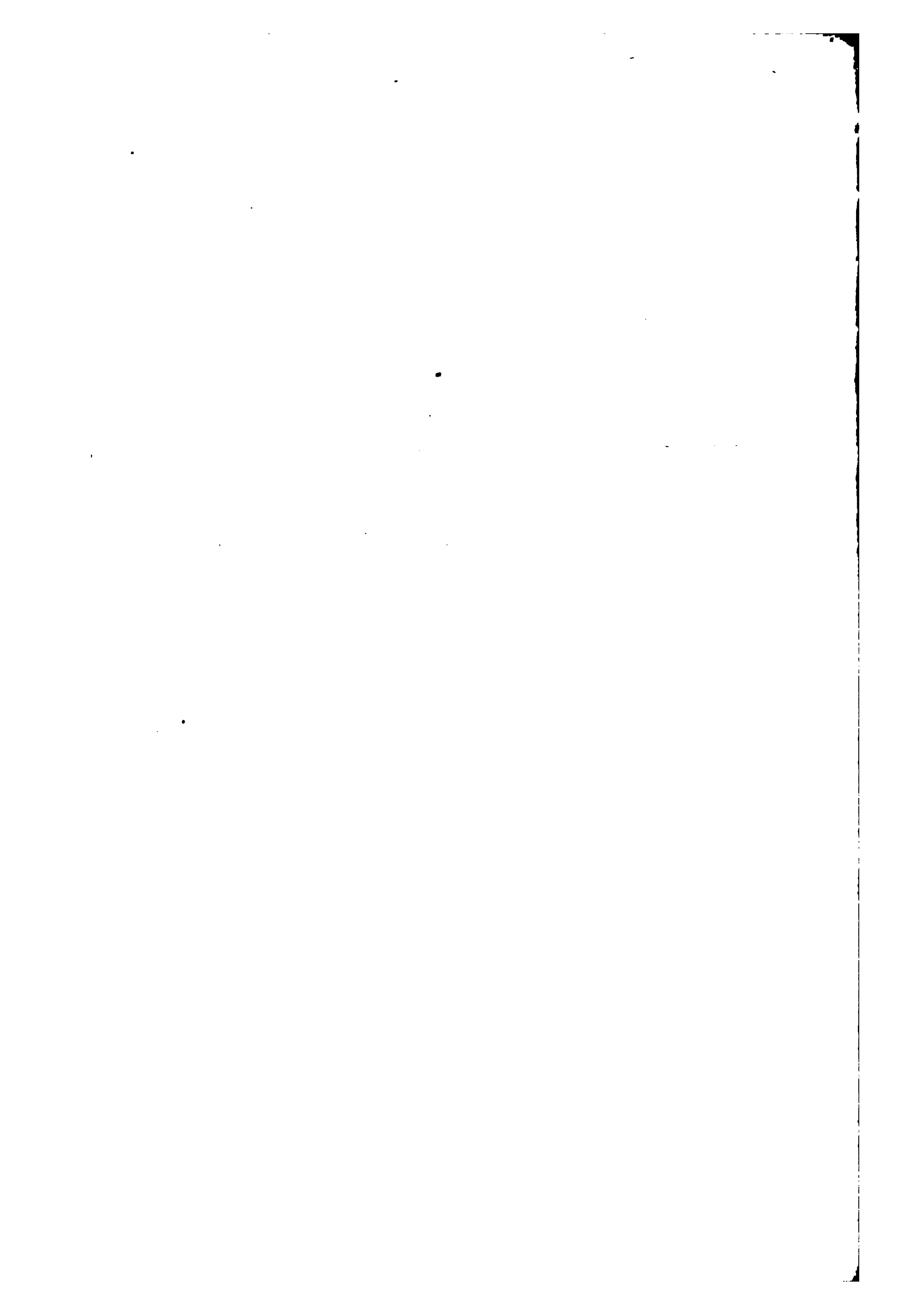
Salve otra vez, magnífica cortina,
que, ante los ojos de tu Dios colgada,
la lumbre de sus ojos te ilumina
sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazón, noche sombría,
que es tu mano de rica argentería,
prenda de que nacimos sus vasallos;
que, al salpicarte Dios con tus estrellas,
nuestro orgullo alumbró con las centellas
que brotan de los pies de sus caballos.





LA AZUCENA SILVESTRE

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX



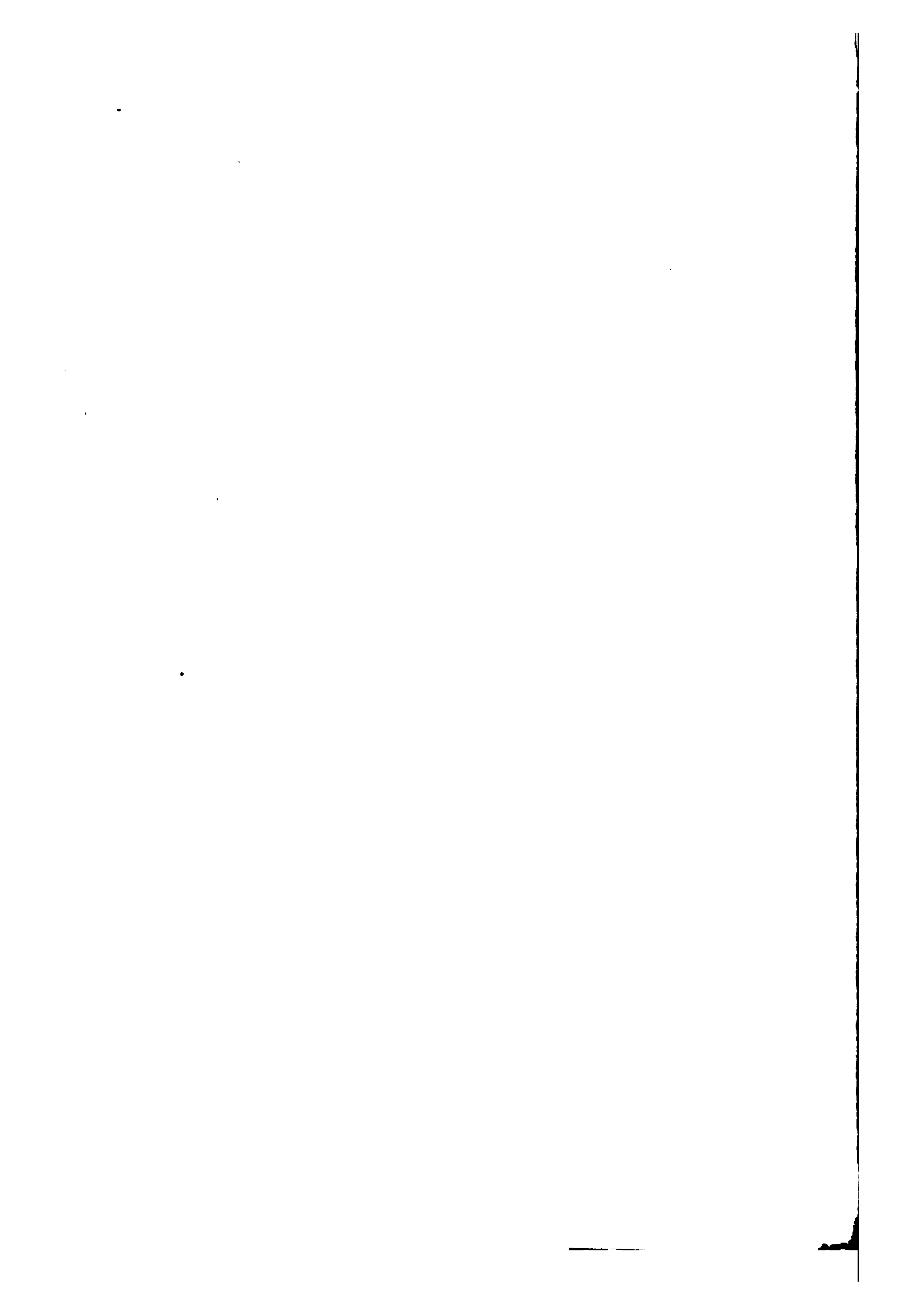
Al Señor

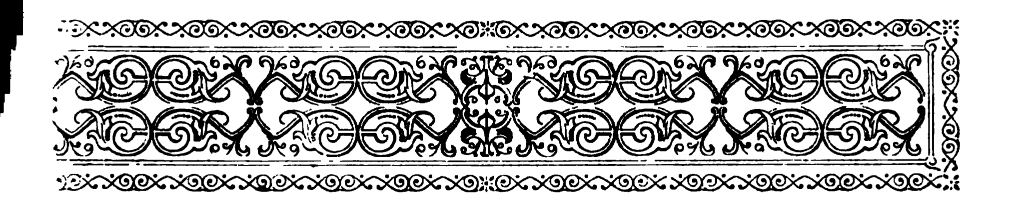
Don Angel Saavedra

Duque de Rivas

su mejor amigo

José Zorrilla.





LA AZUCENA SILVESTRE

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EN QUE COMIENZA LA NARRACIÓN
DE LA PRESENTE HISTORIA

Más pura que la luz de blanca luna,
ue en arroyuelo límpido riela;
ıás hermosa que el cisne en su laguna
'uando en ella se baña, nada ó vuela;
v alegre más que en soledad moruna
suelta y errante y tímida gacela,
en gracias y virtud feliz crecía
la bellísima y cándida María.

Y aún no cumplidos sus catorce abriles,
de noble estirpe y á reinar nacida,
ajena á devaneos mujeriles,
velada por su bien, siempre servida,
flor era pronta á dar tallos gentiles
á los besos del zéfiro mecida,
y á exhalar de su, cáliz aún cerrado,
delicioso perfume embalsamado.

Caía en anchas ondas de su frente
larga madeja de flotantes rizos,
y de inquieto mirar, más inocente,
d ojos revolvía antojadizos;
e u blanca mejilla transparente,
c tros ambos á dos de sus hechizos,
marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
su padre el buen Wifredo, y la corona
ceñirla aguarda de la tierra extensa
del condado feraz de Barcelona.
Sólo en su bien y en su fortuna piensa,
y honrada, sin rival, feliz matrona
en tiempo incierto de la edad futura
su ambición paternal se la figura.

Único amor del varonil guerrero,
única prenda de su muerta esposa,
tiene Wifredo su cariño entero
puesto no más en su María hermosa;
y único amor el noble caballero
del alma de la niña candorosa,
en una el alma de los dos se encierra,
y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde ennoblecida
con los laureles mil de mil campañas;
su ciudad populosa defendida
por su tendido mar y sus montañas;
la mitad de los años de su vida;
la memoria y la prez de sus hazañas,
todo lo diera el caballero noble
por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,
riquísimo joyel de su cariño,
manantial de su interna bienandanza,
vuelve á su pecho el corazón de niño;
se le roba á la guerra y la venganza,
se le torna más puro que el armiño,
se le lava de impulsos terrenales,
se le inmunda en delicias celestiales.

Por eso da su corazón sincero
gracias humildes al Señor, y cuenta
por eso día á día el caballero,
y su esperanza en cada uno aumenta.
Y bendice al Señor, que lisonjero
á su vejez el tiempo representa
de su edad concediéndole al otoño
tan hermoso y purísimo retoño.

Mayor felicidad en esta vida
el padre tierno concebir no sabe
á otro mortal alguno concedida
más sagrada misión, cargo más grave;
ella es para él, del cielo bendecida,
de su dichosa eternidad la llave,
y del futuro en perspectiva bella
todo lo aguarda de su Dios y de ella.

Mas cuán falsas, ay Dios! y cuán livianas
las cosas son de la mudable tierra.
Quién sondará las leyes soberanas
que el misterioso porvenir encierra?
Aura que arrastra en pos las hojas vanas
la torre abate que al peñón se aferra,
y las menudas ondas de los mares
socavan las montañas seculares.

En una tarde del quemado estío,
que entolda nube negra y tenebrosa,
de su palacio, en el jardín umbrío
la niña entre los céspedes reposa.
De casto sueño dulce desvarío
la divierte la mente candorosa,
sonriendo, al gozar su fantasía,
el purísimo labio de María.

La casta mano de marfil velada
entre su espesa y negra cabellera,
bajo la sien tranquila colocada,
y bajo seda fácil y ligera
su modesta figura contornada,
el pie breve no más dejando fuera,
parece, sobre el césped, su figura
ejemplar de bellísima escultura.

Y cuán bella y feliz es una niña,
que con sus dichas infantiles sueña,
y sus caprichos, inocente, apiña,
de universo ideal soñando dueña.
Con infantiles galas se le aliña,
y en poblarle con fábulas se empeña,
y le goza de fábulas henchido,
hijas de un corazón no corrompido.

Tal le gozaba y tan feliz se vía
de su sueño infantil con las visiones
de su palacio, en el jardín, María;
mientras, sobre ella, en densos nubarrones
el nublado, apiñándose, crecía,
y amagaba, al rasgar sus pabellones,
sobre la tierra desplomar airado
todos los males de que va preñado.

Ya se sentía por su vientre oscuro
ronco el trueno rodar; ya se aspiraba
el aura ingrata del vapor impuro
que en su cargado seno fermentaba.
Y cual dragón enorme, que seguro
ala invisible en el ambiente traba,
avanzaba el nublado á paso lento,
cerrando en sombra la región del viento.

Viéndolo el buen Wifredo, iba afanoso
por el jardín buscando su hija amada;
mas de no amedrentarla cuidadoso,
moviendo en su redor planta callada.
Ya su ojo paternal en el frondoso
césped la vió durmiendo descuidada,
y ya en su labio paternal bullía
el dulcísimo nombre de María.

Cuando hondo, ronco y repentino trueno
el nublado al rasgar crujió estallante,
se alzó la niña, el corazón ajeno
de aquel peligro de que está delante;
mas al abrir los ojos fué de lleno
á herírselos relámpago brillante,
y exhalando agudísimo lamento
volvió en tierra á caer sin movimiento.

Tomóla al punto en los amantes brazos
y alzóla en ellos el varón robusto,
de pena el corazón roto en pedazos,
trémulo el cuerpo al repentino susto;
mas ni al calor de tan amigos lazos,
ni á su voz que le turba pavor justo,
vuelve la pobre niña dolorida
señal á dar de movimiento y vida.

Por medio del horrísono aguacero
que se desgaja ya, corre exhalado
con su hija, para él peso ligero;
y con nerviosa fuerza á ella abrazado
pasa el jardín, el pórtico, el crucero,
revuelve el caracol mal alumbrado,
y en su cámara y lecho al cabo posa
carga para él tan dulce y tan penosa.

Á sus briosas voces acudieron
cuantos siervos tenía en su palacio,
cuantas damas en él su voz oyeron,
cuantos curiosos admitió su espacio;
y empíricos y sabios acudieron,
con cuyo pronto auxilio no reacio
Wifredo logró en lágrimas deshecho
volver la vida á su virgíneo pecho.

Ay!—dijo la doncella—y exhalando
débil suspiro preceptible apenas,
abrió sus ojos en redor girando
miradas, ay! al parecer serenas.
Mas ambas manos con afán llevando
á las pupilas de su llanto llenas,
volviólas á apartar la desdichada
gritando con pavor: «No veo nada!»

Hija!—exclamó poniéndose delante
de sus ojos Wifredo—hija del alma!
Mira, mira; yo soy! Torna el semblante,
mírame aquí... Mas con siniestra calma
la doncella hacia él tendió anhelante
la vista, no la descarriada palma;
y al asirle, burlando su deseo,
repitió tristemente: «Nada veo.»

Volvió iracundo la ensañada mano,
el trémulo varón contra sí mismo,
los cabellos mesándose inhumano,
y como sér en quien sopló el abismo
espíritu infernal, matando insano
la luz de la razón y el Cristianismo,
al cielo alzó los inflamados ojos,
torpe ó blasfemo murmurando enojos.

Mas pronto á su razón, más sosegado,
el mísero volvió, y al mismo cielo
tornó á elevar los ojos humillado,
ambas rodillas oprimiendo el suelo.
Breve oración al corazón cuitado,
prestó resignación, si no consuelo,
y con doliente voz que al alma llega,
dijo á los que le oían: *está ciega!*

Ay, Dios! Era muy cierto:
la lumbre centellante
del fúlgido relámpago,
que al despertar la hirió,
de sus hermosos ojos
mató la luz radiante,
y un velo de tinieblas
ante ellos extendió.

Los sabios más famosos
en vano convocaron;
los siervos de Mahoma,
los hijos de la Cruz;
los sabios de Judea
al fin desesperaron
de dar á sus pupilas
la apetecida luz.

Hermosa como siempre
la cándida María,
fingiéndose esperanzas
de curación feliz,
al angustiado Conde
prestárselas quería,
y le lograba sólo
hacer más infeliz.

Atento y cariñoso
con paternal anhelo
el brazo la ofrecía
y la guiaba el pie,
sirviéndola de día,
y al piadoso cielo
orando por la noche
con encendida fe.

—«Qué día tan hermoso
debe hacer hoy,»—decía
la niña, el sol sintiendo
sobre su blanca faz;
Y oyéndola Wifredo,
del párpado sentía
una abrasada lágrima
huírsele fugaz.

Y su silencio acaso
María comprendiendo,
las manos alargaba
sus ojos á tocar,
y en ellas de su padre
las lágrimas sintiendo
decía: «Y por qué lloras?»
y echábase á llorar.

Erraban á las veces
en dulce compañía
por una y otra senda
de su feraz jardín,
y el amoroso padre
coronas la tejía
de frescas siemprevivas
y pálido jazmín.

Gozaba sus aromas
la niña, é inocente
cediendo á los impulsos
de instinto femenil,
ornaba con las flores
su candorosa frente
mostrándose con ellas
más linda y más gentil.

Y en las tranquilas noches
del abrasado estío
á otro viajero acaso
volvían á escuchar,
ya bajo el verde toldo
del emparrado umbrío,
ya sobre el alto muro
que lame inquieto el mar.

Oh, cuán sencillos tiempos!
Cuán grata es su memoria!
Cuán dulce y cuán sabroso
oir en nuestra edad
las mágicas leyendas
de su olvidada historia,
sus crónicas sacando
de añeja oscuridad!

Edad por dos pasiones
regida y dominada,
guíada por dos astros:
la gloria y el amor.
La España por aquélla
de moros rescatada,
por éste la hermosura
corona del valor.

La edad de los prodigios,
la edad de las hazañas
sin duda fué; nosotros
de corazón sin fe
sus crónicas leemos
llamándolas patrañas,
y en ella es donde el dedo
del Criador se ve.

Entonces juntamente
sin crimen invocaba
su Dios y sus pasiones
el rudo corazón,
y el cielo justo á oirle
tal vez no se negaba
porque mezclara rudo
la fe con la pasión.

Entonces era el justo
columna de justicia;
valiente y obstinado,
más franco el criminal;
y ajeno aún en su crimen
de hipócrita malicia
obraba malamente,
mas confesaba el mal.

Entonces se creía;
la religión severa
objeto de sarcasmo
jamás al necio fué,
ni la mentida ciencia
se la atrevió altanera
de sus razones santas
á demandar por qué.

Pastor el sacerdote,
de su rebaño en vela,
guiaba é instruía
la ciega multitud,
y aquélla le escuchaba,
siguiendo sin cautela
la senda señalada
por senda de virtud.

Porque de Dios la recta
virtud apetecida,
no está en el raciocinio,
que está en el corazón;
y el que en el suyo guarda
su fe bien defendida,
le sobran los sentidos,
le sobra la razón.

Por eso, en la alta noche,
cuando en silencio y calma
del buen Wifredo todo
yacía en derredor,
enviaba al firmamento
las cuitas de su alma,
en oración humilde,
con sincero fervor.

Y oraba por su hija,
mientras cercana ella,
en cámara vecina,
oraba al par por él,
y entrambas las plegarias,
del noble y la doncella,
subían á las plantas
del Santo de Israel.

Como al pie del altar, del vaso de oro
de perfume oriental se exhala y sube
pura, ligera y transparente nube,
que embalsama la régia catedral,
así á los cielos la oración del justo
sobre sus alas místicas se eleva,
y el soplo de los ángeles la lleva
de Dios hasta el regazo paternal.

Y la divina madre del Dios hombre
al acoger benigna la plegaria
de la inocente virgen solitaria,
que invocaba su amparo en la aflicción,
al ángel vaporoso de los sueños
la enviaba, y en sus alas vaporosas
bello tropel de imágenes dichosas,
descendía á su casto corazón.

CAPÍTULO SEGUNDO

DE LAS RAZONES QUE TUVIERON EL CONDE Y SU HIJA PARA EMPRENDER UNA PEREGRINACIÓN Á MONSERRAT Y LO QUE ALLÍ PASÓ.

I

Y yendo días y viniendo días,
tras dos años de angustias y de afán
y de buscar inútiles remedios,

que no pudieron remediar su mal,
en una noche del templado Mayo
por la ribera del tranquilo mar,
á la pálida luz de la alta luna
el Conde y su hija silenciosos van.
Las ondas transparentes murmurando
se vienen á sus plantas á estrellar,
rodando lentamente unas sobre otras
con eterna y monótona igualdad.
Á lo lejos tal vez se divisaba
la blanca lona del bajel pasar,
y la canción del pescador se oía
llevada por la brisa desigual.
Á veces se elevaba en la llanura
el ronco y melancólico graznar
de las marinas aves que en la playa
buscan mansión, sustento y libertad.
Noche serena, deleitosa noche
á quien la puede sin dolor gozar,
melancólica noche para el triste
en cuyo pecho la aflicción está!
Tristes ideas en su mente excita
su nocturno silencio y soledad,
y aun el consuelo que le inspira junto
con la hiel del recuerdo se le da.
Y así una noche del templado Mayo
por la ribera del tranquilo mar,
á la pálida luz de la alta luna
Wifredo y su hija silenciosos van.
Y acaso desde lejos percibiendo
la forma de la virgen blanquear,
y las armas lucir del caballero
que la presta su apoyo paternal,
creyeran que el espíritu doliente
de náufrago infeliz que expéle el mar,
en los brazos del ángel de las aguas
encontraba el amparo celestial.
Y acaso al ver en la nocturna niebla,
rodeando la lóbrega ciudad,
creyeran que velándola vagaba
el espíritu de ella tutelar.
Y así sumidos en memorias tristes
la hermosa ciega y el varón feudal
iban vagando con pisada incierta
por la ribera del tendido mar,
cuando á la tibia luz creyó el guerrero
negra figura distinguir quizá,
que á lento paso hacia los dos viniéndose
con cada paso se aclaraba más.
Rápido impulso de temor muy vago
sintió en su pecho varonil brotar,
é incomprensible repugnancia interna
al sér que llega junto de ellos ya.
Era un anciano, cuya blanca barba,
cuyo cuerpo inclinado por la edad
movía á reverencia más que á miedo,
ministro acaso del divino altar.
Báculo tosco á caminar le ayuda,
ciñe sus miembros áspero sayal,
y al suelo vueltos los humildes ojos
muestra severa y penitente faz.
—Padre, quién llega?—preguntó María
sintiendo de aquel sér la vecindad,
cual si pavor le diera el que llegaba
no más que por instinto natural.
—Es un anciano,—contestó Wifredo.
—No sé por qué, desconocido afán
al sentirle probé, padre.
—Hija mía,
cálmate y calla, porque ante él estás.

—

—Dios vele sobre tí, noble Wifredo,—
dijo llegando con humilde voz
el viejo anacoreta.
—Él os ampare,—
el Conde cortesmente replicó.
Y trabando de aquí plática entrambos
siguieron luego ya su vez los dos;
y de este modo con sonrisa dulce
el anciano extranjero la empezó:
—Cómo tan tarde en tan desierto sitio?

WIFREDO

El aura por gozar de la estación.

EL ANCIANO

El aura de la mar es insalubre
para su mal.

WIFREDO

Sabéisle?

EL ANCIANO

Y cómo no?
La fama de esa inmensa desventura
la España entera recorrió veloz.

WIFREDO

Ay de mí, y cuán en balde! En toda ella
remedio nadie á mi pesar halló.

EL ANCIANO

Las hierbas de la tierra y sus virtudes
secas, Wifredo, é impotentes son
cuando en el mismo mal compadecido
su dedo paternal no pone Dios.

WIFREDO

Noches y días con fervor le ruego.

EL ANCIANO

Busca quien goce su feliz favor.

WIFREDO

Vos, anciano, tal vez...

EL ANCIANO

Tente, insensato;
para tanto intentar, qué puedo yo,
pecador miserable? Hay en la tierra
otros más justos que lo harán mejor.

WIFREDO

Ah, por Dios, explicaos!

EL ANCIANO

Los peñascos
de Monserrate, en su áspero fragor,
la luz esconde que sus rayos toma
en las pupilas del potente Dios.

WIFREDO

En Monserrate?

EL ANCIANO

Sí; Dios manifiesta
el poder de una santa intercesión
con divinos portentos cada día.
Lleva, pues, á la hija de tu amor,
si la quieres sanar, á Monserrate;
y en la grieta más honda de un peñón,
que en las nubes esconde su alta cresta,
el justo habita y con el justo Dios.

Y así diciendo, el misterioso anciano
sus pasos adelante enderezó,
de la esperanza el bálsamo vertiendo
de María en el limpio corazón.
—Do váis?—dijo atajándole Wifredo,—
en mi palacio reposad, señor,
y admitid á lo menos hospedaje
por esta noche.
—Es lejos donde voy;
las horas de la noche son muy breves,
y todas me hacen falta,—replicó
siguiendo su camino el extranjero.
Todavía insistiendo el buen varón,
—Mis gentes, mis caballos, todo es vuestro—
le dijo; y el anciano en ronca voz:
—Basta,—repuso,—límites no tiene,
Wifredo, para mí la creación.
Y la raza del hombre toda entera
no podrá nunca lo que puedo yo.—
Y así diciendo, como arista leve
que arrebata del suelo el aquilón,
una sonora ráfaga pasando
al monje entre sus hondas arrastró.
Tembló María al percibir su rastro,
arrodillóse atónito el varón,
y de ir á Monserrate voto hicieron
á vista del prodigio ambos á dos.

—

Cual marinero errante, que perdido
su soberbio bajel contra las olas
lucha á los restos del bajel asido
cercana viendo la ribera ya;
cual golondrina errante que los mares
cruza extraviada, y la cansada pluma
agita conociendo los lugares
donde anidar acostumbrada está;

Cual cierva que en la fuerza del estío
sedienta vaga por el bosque espeso,
y el agua oyendo del cercano río
hacia él se lanza cuando el agua ve,
así impaciente la infeliz María,
en alas del deseo y la esperanza,
llegar á Monserrate apetecía
con inspirada y religiosa fe.

Wifredo al par, con la esperanza misma,
el sol de la partida apresuraba,
y con la misma fe ver esperaba
la omnipotencia santa del Señor.
Inmensa suma de regalos y oro
y comitiva inmensa prevenía,
y un santuario fundar se proponía
y hacer del penitente un fundador.

«En medio de las peñas solitarias
»monasterio suntuoso se levante,
»memoria eterna que el prodigio cante,
»señal eterna del favor de Dios.
»Bajo sus anchas bóvedas, eternos
»himnos de gracias al Señor resuenen,
»y sus campanas el desierto atruenen
»el alma al cielo remontando en pos.»

Así exclamaba el piadoso Conde
de su fe en el fervor,
con tamaños intentos emprendiendo
su peregrinación.

Del fresco Mayo en la postrer mañana
al despuntar el sol,
con su hija y comitiva numerosa
de la ciudad salió.

Por plazas y por calles se agolpaba
su inmensa población,
todos rogando por la hermosa niña
á la piedad de Dios.

Y así, de Monserrate enderezaron
al áspero fragor,
y en la distancia del camino largo
la comitiva santa se sumió.

Aún se alcanzaba de las altas torres
como leve vapor
el polvo espeso que sus pies alzaban,
pero también al fin se disipó.

Á Monserrate van. Pero quién sabe
lo que les guarda en su honda soledad
el que posee del corazón la llave,
el que puede medir la eternidad?
Sí, Dios es Dios, y Dios tan sólo puede
romper el velo á la futura edad;
sólo á sus ojos el destino cede;
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

II

Entre los rudos peñascos
que por la extensión desierta
de Monserrate en las nubes
esconde sus altas crestas;
entre los cóncavos huecos
de sus oscuras cavernas,
guarida oculta y salvaje
de reptiles y de fieras;
en medio de aquellos valles
do en lagos el sol fermenta
los vapores que son nubes
empezando en leve niebla;
allí donde humanas voces
á los ecos no despiertan,
ni el humo de los hogares
en espirales se eleva,
de un gigantesco peñasco
en la socavada grieta
pasa sus días un hombre
en áspera penitencia.
Rústico sayo le viste,
é insípidas le alimentan
agua de un arroyo manso,
raíces de cruda hierba;
y á su escondida morada
diez años ha que no llegan
más que las águilas que hacen
su nido en aquellas peñas.
Una de techo le sirve,
y audaz la naturaleza
por un capricho inclinándola
la colocó de manera
que el corazón más valiente
temblara entrar bajo de ella,
por miedo de que al hundirse
su sepultura no fuera.

Tosca cabaña de troncos,
espinos y ramas secas
construyó allí el eremita
por su morada eligiéndola,
y allí los días y noches
en soledad y abstinencia
pasando, el cielo conquista
y en paz á la muerte espera.
Y ni el alma de aquel justo
rumor mundano atormenta
con sus pasiones mezquinas
de vanidad y de tierra,
ni su alma en sus devociones
sumida, jamás recuerda
los humanos devaneos
ni las delicias terrenas.
En todo cuanto sus ojos
en torno suyo contemplan,
á Dios solamente mira,
á Dios nada más encuentra.
Las florecillas silvestres
que escasas tal vez vejetan;
los arbustillos que exhalan
campesino olor; la tierra
que da al gusano guarida
y sustento á aves y á fieras;
los mil vistosos insectos
que por la atmósfera vuelan
al sol tendiendo sus alas
que sus rayos transparentan,
todo, todo de su Dios
el poder le manifiesta,
y él le conoce y le adora
en sus obras más pequeñas.

Así pasa Juan Guarino
su virtuosa existencia
siendo del cielo delicia
y haciendo al infierno guerra.
Y aunque en el uno fiado,
tal vez al otro desprecia,
Satán, que es muy poderoso,
fieros combates le apresta.
Y aunque con astucia inútil
de continuo le guerrea,
y con oración y lágrimas
Juan de continuo le ahuyenta,
es mucho lo que le irrita
su virtud y penitencia,
para que Satán el campo
de la tentación le ceda.
Ángel que bebió algún día
del manantial de la ciencia
con que el Hacedor Supremo
cuanto es y será penetra,
del corazón de los hombres
conoce bien la flaqueza,
y por su entrada más débil
sus tiros sagaz asesta.
Contrario irreconciliable
del Dios cuya omnipotencia
conoce, hollado y vencido
por su poderosa diestra,
ya que contra el mismo Dios
volverse otra vez no pueda,
en buscar imperfecciones
sobre sus obras se empeña.
Y de sus manos, el hombre,
siendo la obra más perfecta,
de su despecho á la saña
es la obra más expuesta.
Y, «mío es el mundo!» exclama,
viendo la locura ciega
con que al pecado los hombres
desbocados se despeñan.
Mas cuando en medio su turba
un justo á encontrar acierta,
por derribar á aquel justo
olvida su raza entera.
Y, ay! si á impulso de su astucia,
ó de su malicia inmensa,
logra engañarle ó vencerle,
que, tras la culpa primera,
tal vez le arrastra al abismo,
y á Dios insulta y blasfema.

Y así, de aquellos peñascos
entre las cóncavas grietas,
entre consuelos y lágrimas
que Dios y Satán le aprestan,
pasa el justo Juan Guarino
su virtuosa existencia,
siendo del cielo delicia
y haciendo al infierno guerra.

De las agudas montañas
tras de las enhiestas lomas,
una alborada de Junio
rayaba apenas la aurora.
Ya el sol á través brillaba
de nubes de azul y rosa
con que al salir los espacios
del horizonte se alfombra;
ya los purpúreos destellos
de su lumbre creadora
reflejaban del rocío
en las cristalinas gotas
y en las aguas del arroyo
y en las relucientes rocas
cuya superficie pulen
los vientos que las azotan,
y á su influencia se vían
de las quebradas recónditas
elevarse transparentes
nieblecillas vaporosas,
y al reflejo de la lumbre
que desde lo alto las dora,
tomaban ricos cambiantes
y tintas encantadoras;
ya de sus lóbregas grutas
á las escondidas bocas
los reptiles asomaban
á ver su luz bienhechora,
y abajo en el valle oscuro
las avecillas canoras
himnos cantaban al alba
despertando bulliciosas,
cuando saliendo Guarino
á la entrada de su choza
y de rodillas poniéndose
al Dios que amanece adora.
Mas con harto asombro suyo
rompiendo la pura atmósfera,
á sus oídos llegaron
voces de humanas personas.
Tendió la vista á la falda
de las empinadas rocas
y de gran tropel de gente
las vió rodeadas todas.
Todos los ojos se tienden
hacia él, todas las bocas
le llaman, todas las manos
suplicantes se le tornan.

Delante de aquella turba,
por una senda tortuosa,
conduciendo un cortesano
á una niña encantadora,
subía á espacio acercándose
á su cabaña. Medrosa
el alma de Juan Guarino,
juzgando farsa ilusoria
de tentación infernal
cuanto ve sobre las rocas,
siguió orando de rodillas,
como quien sabe que logra
vencer la oración constante
las tentaciones diabólicas.
Y en el espacio los ojos,
que le nublan ardorosas
dos lágrimas penitentes,
en su devoción se arroba,
sin que de la gente el ruído,
que ya de cerca le acosa,
su pensamiento distraiga,
turbe su oración devota.
Virtud que sólo concede
de Dios la misericordia
á quien en él cree de veras,
á quien de veras le invoca.
Ante esta virtud sublime,
ante esta fe religiosa,
postraos enmudecidas,
mundanas pasiones locas!
Callad y desvaneceos,
necias y mundanas glorias,
que el nombre de inspiraciones
os apropiais mentirosas!
Inspiración del que canta
torpes y profanas trovas;
inspiración del que pinta
desnudez escandalosa;
inspiración del que á mármoles
da provocativas formas;
á esta inspiración postraos,
que es más santa que vosotras!
DIOS ES EL GENIO: Él inflama
su inspiración vigorosa
en las almas que con ella
á altas hazañas se arrojan.
DIOS ES EL GENIO: y donde Él
no enciende su luz radiosa,

ni hay inspiración ni hay genio,
no hay más que miseria y sombras.
Y esta inspiración divina
es la que Guarino goza,
cuando María y Wifredo
ante él humildes se postran.
Y de este célico arrobo
es del que Guarino torna,
cuando estas palabras oye
del Conde de Barcelona:

—Hombre santo, en quien habita
el espíritu sublime
del Dios cuyo aliento sólo
alimenta cuanto existe,
mira á tus plantas, y duélante,
dos seres á quien aflige
pena por el cielo impuesta
en su juicio incomprensible.
Relámpago repentino
cerró las puertas sutiles
del ver á los claros ojos
de esta doncella; y humildes
á suplicarte venimos
que otra vez los ilumines,
y del Dios en que creemos
la grandeza patentices.

JUAN GUARINO

Apartáos, tentadores!
Vagos fantasmas, huidme!
Dios su poder no demuestra
por instrumentos tan viles.
Dios es grande, sí, muy grande,
mas prodigios tan insignes
no ha de fiar á mis manos,
hechas de tierra y de crimen.
Dejadme, apartad.

WIFREDO

En vano
vuestra humildad se resiste;
la voz del cielo á estas peñas
milagrosa nos dirige.

GUARINO

Señor, si me da el orgullo
esta tentación horrible,
si este poder me atribuye
Satanás por afligirme,
ó dadme fuerza, Señor,
y fe para resistirle,
ó mostrad vuestro poder
y que el soberbio se humille.

Así exclamó el penitente
y á la doncella la voz
dirigiendo dijo:—«Eleva,
»mujer, en nombre de Dios,
»al firmamento los ojos,
»y alúmbretelos el sol.»
Y obedeciendo María
miró á los cielos y vió.

Postróse el Conde de hinojos
adorando al Criador;
la comitiva asombrada
por tierra se prosternó,
y elevando Juan Guarino
al cielo su corazón
las manos al sol tendidas
un punto en silencio oró.

Gozaba absorta María
de la luz el resplandor
por todas partes mirando
con grata enajenación,
y pasaban sus miradas
en escrutinio veloz
de una peña en otra peña,
de una flor en otra flor,
recordando con delicia
las ideas que guardó
de su ceguera en las sombras
de la luz y del color.
Lanzó el infierno un gemido
de despecho y confusión
contra Guarino, aprestando
todo entero su furor.
Y el justo que interiormente
el ataque presintió,
preparóse á resistir

su más fuerte tentación.
Y comenzando avisado
por el contrario mayor,
vuelto á Wifredo y su gente
de esta forma les habló:

—Ya Dios de remediaros fué servido;
de vuestra alma adoradle en lo profundo,
y apartáos de mí, que con el mundo
no puedo nada de común tener.
Mis votos escucharos me prohiben,
y está robando á Dios vuestra presencia
el tiempo de oración y penitencia
de que mi salvación ha menester.

Así habló el justo, y acogerse quiso
al fondo de su gruta retirada,
cuando María le atajó postrada
cayendo ante sus pies hablando así:
—«La luz de Dios por mis cegados ojos
»entró en mi pecho, y á su luz divina
»la niebla del futuro se ilumina
»y leo lo que guarda para mí.

»Las inmensas riquezas de mi padre
»me elevarán un santo monasterio
»en medio del silencio y el misterio
»de esta extensa y desierta soledad.
»Yo eternamente en su recinto sacro
»alabaré de Dios la omnipotencia,
»y en él ha de acabarse mi existencia
»y ha de empezarse en él mi eternidad.

»De esta montaña en cuya excelsa cumbre
»volví á gozar la luz del medio día,
»no bajaré ya más; la planta mía
»otra tierra á pisar no volverá.»
Tembló al oir el penitente austero
tan gran resolución, al punto mismo
el lazo viendo que el contrario abismo
tendiendo astuto á su virtud está.

Presentóse á su mente la grandeza
de su alta santidad; mundano orgullo
brotando cual vapor en su cabeza
descendió á oscurecer su corazón,
y un momento en la duda vacilando
de la afanosa é interior pelea
calló, temiendo que vencida sea
la recta fe por mundanal razón.

Á María còn lágrimas Wifredo
postróse á suplicar, pero fué en vano;
ella le dijo: «No, padre: no puedo
á la voz de los cielos resistir.»
Tornó el padre á insistir y á negarse ella,
la religión y el mundo largo trecho
combatiendo de entrambos en el pecho...
pero túvose el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos
de la desierta montaña
cabe la de Juan Guarino
otra rústica barraca,
y el Conde y los suyos yéndose
á la ciudad más cercana,
en la soledad dejaron
á la doncella con lágrimas.
Wifredo desde aquel punto
las órdenes necesarias
para alzar el monasterio
expidió por la comarca.
Cundió por ella el prodigio,
y á Barcelona llevándola
la fama, la celebraron
con fiestas y luminarias.

CAPÍTULO TERCERO

QUE TRATA DE UN MISTERIO QUE SE ACLARA MÁS ADELANTE Y EN OPORTUNO LUGAR

I

En tanto, allá en las alturas
de las peñas solitarias,
el ermitaño y María
al cielo en unión alaban.
Y la doncella, de hinojos
ante la imagen sagrada
de la Madre del Dios niño,
las horas orando pasa;

y el eremita, en su choza,
con toda la fe de su alma,
dando por tales favores
á Dios acciones de gracias.

—

Era del día siguiente
la hora apenas del alba,
cuando el penitente austero
salía de su cabaña.
Ya en el césped de la roca
de hinojos María estaba,
bendiciendo al Dios que alumbra
la luz que el oriente baña.
Y suelto el cabello rizo
por la mal cubierta espalda,
cuyas hebras de azabache
mece revoltosa el aura,
al cielo alzados los ojos,
ambas las manos cruzadas
sobre el pecho, y el semblante
alumbrado por la blanca
luz de una aurora de Junio
que entre nubes de oro radia,
parecía la doncella
imagen leve y fantástica,
que crea el sueño de un niño
sin comprenderla ni amarla.
Los ojos de Juan Guarino
la vieron, y contemplándola
quedaron por un instante
con indecisas miradas.
Pidióle al verle la niña
su bendición, y él, al dársela,
sobre la hermosa cabeza
tendió las enjutas palmas.
—Orad—la dijo—y velad,
porque muy rudas batallas
que sostengáis será fuerza
contra Satán...—Y apenada
repuso ella:—Padre mío,
Dios por vuestros labios habla
sin duda, y en vuestro pecho
su fuerza depositada
tiene; guiadme, instruídme,
y si batallas me aguardan,
enseñadme á resistirlas,
acostumbradme á afrontarlas.
—Sí haré, mi deber es este;
y si en mí el Señor derrama
su luz y su omnipotencia
su fe en mi pecho no apaga,
sobre el ángel de tinieblas
ha de apoyarse tu planta.

Y así diciendo Guarino
de la doncella se aparta,
perdiéndose de las peñas
entre las hondas quebradas.

—

De mil varios pensamientos,
de mil sensaciones varias,
su espíritu atormentado
por el monte caminaba.
Y apoyándose de un pino
en una nudosa rama,
por el desierto callado
el buen penitente avanza.
Penoso es, duro, terrible,
el viaje que hacer nos manda
la justicia del Señor
cuando á la tierra nos lanza!
Terribles son en el mundo
las tentaciones mundanas,
y allí en contra de los hombres
mucho Satanás trabaja.
Pero, con cuánta más furia
su infernal poder desata
contra el alma que del mundo
en el desierto se guarda!
Todo le desencadena,
toda su astucia nefanda
contra la virtud del justo
empeña por derrocarla.
Traidores lazos le tiende,
viles amaños le fragua,
de varias formas se viste,
de varios modos le asalta.
Dios le dejó gran poder
é infinita perspicacia,
y el espíritu satánico
aborrece nuestra raza.
Ay de aquel cuyos sentidos
tan alerta no se hallan

que con alguna quimera
el espíritu le engaña!
Tiéndale el Señor su mano,
porque si el Señor le falta,
será su virtud despojo
de la diabólica audacia.

La punta de alto peñón
el eremita doblaba
que de un abismo á la boca
sobresalía inclinada,
cuando al apoyar el pie
sobre la vereda escasa
faltóle un punto la tierra.
Las manos extendió rápidas;
mas lejos de todo apoyo
ya el cuerpo se despeñaba,
cuando sintió que le asía
con ayuda inesperada
una mano vigorosa
que á la muerte le robaba.
Fijó los pies en seguro,
y volviendo la faz pálida
vió á otro severo ermitaño
que á tenerse le ayudaba.
Hízosele á Juan Guarino
allí su presencia extraña,
mas dióle sinceramente
(después de á los cielos) gracias.
Y entendiendo la extrañeza
que Juan Guarino mostraba,
entabló de esta manera
el otro ermitaño plática:

—Veo que mi presencia en estos sitios
os extraña, oh Guarino!

GUARINO

Sí, en verdad;
diez años ha que los habito, y solo
en ellos siempre me creí.

ERMITAÑO

Ya va
más de un invierno que sus rudas peñas
á mí también habitación me dan.

GUARINO

Nunca os he visto, ni noticia tuve,
santo eremita, de fortuna tal.

ERMITAÑO

Algo lejos de aquí me hice una choza
y de ella salgo rara vez.

GUARINO

Quizá
sitio buscáis mejor?

ERMITAÑO

No; vengo á veros,
que la fama hasta allí me fué á llevar
la nueva del prodigio que habéis hecho,
y venero tan grande santidad.

GUARINO

Dios fué servido á mis mortales manos
por un momento su poder prestar.

ERMITAÑO

Y yo vengo á adorarle en sus prodigios.
La feliz criatura, dónde está?

GUARINO

En esas rocas su morada ha puesto
do quiere un monasterio edificar.

ERMITAÑO

Y así la abandonáis?

GUARINO

Dios es muy grande,
mas débil es mi corazón mortal;
me alejo del peligro.

ERMITAÑO

Juan Guarino,
injuria á Dios tan ruín debilidad.
Quien muestra en vos su grande omnipoten- [cia
su auxilio en el combate os negará?
Por vos estos desiertos, lo preveo,
de austeros monjes á poblarse van,
flores fragantes que del mundo impuro
van el árido campo á embalsamar.

Por vos, Guarino, sus ejemplos santos
muchas almas al cielo volverán,
muchos impíos sus contritos ojos
al piadoso cielo han de elevar.
Y por no arrostrar vos peligro escaso
de que os guarda vuestra alta santidad
vais á dejar que la mujer voluble,
ceda inexperta al tentador Satán?
Si él la recuerda la mundana pompa,
todo el terreno bien que deja allá,
acaso sus designios olvidando
á ese mundo otra vez quiera tornar.
Y entonces, ay! en vez de monasterios,
en vez de monjes que á morar vendrán
sus claustros y estas rocas, en su seno
lloraremos nosotros nada más,
estériles palmeras infecundas
que ni sombra ni flor podremos dar.

Así hablaba el anciano, y sus palabras
con respeto y dolor oía Juan,
y le daba en el fondo de su pecho
la razón imposible de negar.
Batallaba la suya acongojada
suspensa entre el peligro y la verdad,
sin acertar á sacudir su espíritu
el peso enorme de tan hondo afán.
—Volved á vuestra gruta—le decía
el venerable viejo—id, y soplad
el fuego santo que la enciende el alma
y á su alma débil fortaleza á dar.
Qué puede la hermosura, oh Juan Guarino!
atractivos tener á ojos que están
á contemplar de Dios acostumbrados
la hermosura y la lumbre celestial?
Id y venceos; conquistad del todo
para el cielo de Dios su alma inmortal,
y si á la vuestra Satanás se acerca,
como quien sois, con su poder lidiad.
Ese es vuestro deber.

GUARINO

Yo lo conozco,
santo ermitaño, y mi deber real
veo que Dios para intimarme os manda
y obedezco su voz.

ERMITAÑO

Aún haré más;
pondré bajo esta peña mi cabaña,
á mi choza venid en vuestro afán,
y de la loca tentación el peso
dividiremos ambos por mitad.

Postróse ante sus plantas Juan Guarino,
y sintiendo sus fuerzas aumentar,
á la voz del anciano venerable
cedió humilde á su justa voluntad.
Quedó el viejo en el borde de la sima
viéndole hacia su gruta caminar
su figura elevándose sombría
encima del peñasco colosal.
Es un anciano cuya blanca barba,
cuyo cuerpo encorvado por la edad,
á reverencia mueve más que á miedo,
ministro acaso del divino altar.
Báculo tosco á caminar le ayuda,
ciñe sus miembros áspero sayal,
y al valle vueltos los sombríos ojos
muestra severa y penitente faz.
Pero la negra sombra que proyecta
sobre la roca cuando el sol le da,
mancha siniestra en el peñón dibuja
de contornos horrendos de mirar.
Sombra que vida en su interior parece
tener... ilusión óptica quizás.
Al fin tras el peñón despareciendo
volvió todo al silencio y soledad.

II

Á más de la mitad de su carrera,
ya en el cóncavo azul llegaba el sol
cuando á los pies del venerable anciano,
prosternado con honda confusión,
escuchaba Guarino, él conminándole,
de esta manera con airada voz:
—Miserable de tí! Tu infando crimen
del mundo nos va á hacer la execración
siendo por tí el escándalo del mundo
y objetos de la cólera de Dios.
Esa mujer, al acusarte, entera
traerá la raza humana en derredor

á maldecir la hipócrita malicia
que encerraba tu torpe corazón.
El prodigio real que por tus manos
piadoso Dios y omnipotente obró,
á diabólica magia atribuído
será sin duda, sí. Mira el baldón
con que cubres, infame! estos desiertos
santuarios otro tiempo del Señor.
—Ay, ay de mí!—exclamaba Juan Guarino
con eco del más íntimo dolor—
todo el infierno á castigarme es poco,
á lavarme de crimen tan atroz.
—Pues piensa—le decía el otro anciano—
piensa en el modo que podrá mejor
ocultar á los ojos de la tierra
ejemplo de tan vil profanación,
al menos porque en todos no recaiga
la pena que uno solo mereció.
—Y eso me aconsejáis? Y es este el modo
de ayudarme á arrostrar la tentación?
—Y qué puede tenerte, miserable,
en la senda del mal y del error?
Cubre al menos tu crimen en la sombra
del misterio, y al menos desde hoy
evita de tu crimen el escándalo,
pecado que maldice el Salvador.
Tal vez el vulgo crédulo engañado
por tu virtud hipócrita anterior
en un milagro más creyendo estúpido
te tribute mayor veneración.
Borra astuto su rastro de la tierra,
engaña al universo por tu honor,
y piensa bien que volverá su gente
mañana, y urge que lo enmiendes hoy.

Y así diciendo el eremita anciano,
de hinojos en las peñas se postró,
abismado dejando á Juan Guarino
en horrenda y febril meditación.
Veíase que dentro de su pecho
empeñada traían con furor
espantosa batalla sus pasiones,
desgarrando su triste corazón.
Y en el borde sentado del peñasco
fijo, inmoble, en silencio... Daba horror
contemplar su semblante contraído,
de sus hondos tormentos expresión!

Así Guarino batallando á solas
dos largas horas de pesar pasó,
y dos horas el monje venerable
sin entibiar un punto su oración.
Al fin Guarino, cual preñada nube
que arrebata en sus alas el turbión,
con raudo paso y con temblor convulso
del anciano en silencio se apartó.
Dejó aquél su postura penitente,
sus miradas de Juan tendiendo en pos,
vaga sonrisa contrayendo el labio,
sus ojos infernal satisfacción.

Ya á Guarino perdido entre las peñas
no se alcanzaba á ver, mas él siguió,
cual si á través del monte le alcanzara,
mirándole con íntima atención.
En ella unos minutos pasó el monje;
de ellos al cabo á parecer volvió
Guarino descompuesto y alterado
diciendo al monje con horrenda voz:
—Viejo, todo está hecho; no habrá escándalo.
Maldito el día que nacer me vió!—

Ronca, histérica, horrible soltó entonces
el monje repentina carcajada,
que de Juan en el ánima espantada
como afilado acero penetró.
Volvió la vista atónita hacia el sitio
do vió al volver al eremita santo,
y su vista y su sangre heló de espanto
lo que á su lado en su lugar halló.

Gigantesca, satánica figura,
de inmensas alas que ante el sol tendía
y el resplandor del sol oscurecía,
sus fieros ojos en su faz clavó.
Sobre el monstruoso labio le mostraba
sonrisa de desprecio triunfadora,
y con solemne voz aterradora
en sarcástico tono así le habló:
«Quién trajo esa mujer á este desierto?
»Quién de sus ojos apagó la lumbre?
»Quién á par con la inmensa muchedumbre
»el milagro de Dios reconoció?

»Quién encendió un volcán en tus entrañas
»de furiosa y carnal concupiscencia?
»Quién diez años de llanto y penitencia
»inutiliza en un instante? *Yo.*»

Dijo Satán; y las enormes alas
en la nublada atmósfera tendiendo
por el espacio se perdió diciendo:
—Maldito el día que nacer te vió!
Y los cóncavos ecos de las peñas
al bronco son de su garganta heridos,
repitieron su voz estremecidos,
y estremecido el monte vaciló.

—

Quedóse el penitente
al borde de la roca
sentado, sin aliento,
sin voz, ni voluntad,
sumido en la amargura;
y por su mente loca
rodaban las ideas
en ronca tempestad.

Confuso torbellino
de espíritus impuros,
escucha imperceptibles
zumbar en torno de él;
sus labios se resisten
á preces y conjuros,
y el aire que respira
le amarga como hiel.

«Diez años de virtudes,
»de austera penitencia,
»diez años de esperanzas,
»de lágrimas y afán,
»perdidos en un punto!
»Cedió mi resistencia
»á la tenaz astucia
»del tentador Satán!

»He cometido un crimen
»horrendo, abominable!
Un crimen que no tiene
disculpa ni perdón...
»Soy presa del infirno!»
decía el miserable
mirando hacia el abismo
con bárbara intención.

«Dios es muy compasivo»,
decía su conciencia;
«mi culpa es infinita»,
decía su razón;
y entre la muerte fácil
que tiene en su presencia,
y el arrepentimiento,
vacila el corazón.

—

CAPÍTULO CUARTO

DONDE VERÁ EL LECTOR UN CAPRICHO QUE TUVO EL AUTOR AL ESCRIBIR LA PRESENTE LEYENDA.

Ay, triste del viajero que pierde su camino
por el espeso bosque donde extraviado fué!
Ay, triste del que el cielo de su feliz destino
con negros nubarrones encapotarse ve!
Ay, triste del que siente que airado torbellino
la lámpara le apaga de su dudosa fe!
Y, ay, triste del que sufre, cual sufre Juan [Guarino,
tribulaciones tales de la montaña al pie!

El día entretanto pasando declina,
cercano al dudoso crepúsculo ya;
con rayos postreros el sol ilumina
la faz de Guarino, que inmóvil está.

Cualquiera que de lejos le mirara
tan inmoble yacer sobre el peñón,
por efigie sin vida le tomara,
por sueño vano ó ideal visión.

El sus ojos sombríos errantes
fijos tiene en ocaso, sin ver
los destellos del sol fulgurantes,
que se va el horizonte á sorber.

Y la pena de su alma
embrutece su razón,
y en siniestra y fría calma
paraliza el corazón.

Cual suele, tras sombrío
espeso nubarrón,
brotar en el estío
mefítico vapor,
que deja nuestro espíritu
sin fuerza ni vigor;
cual pesadilla odiosa
que en sueños nos acosa,
girando en fatigosa
perpetua confusión,
sin que podamos, débiles,
calmar su agitación.

Tal su ánimo, al peso
de crimen secreto,
prensado y sujeto
con miedo se ve,
y á impulso de asombro
que infúndele pánico,
el soplo satánico
ni espera ni cree.

Y solo y sombrío,
inmóvil, callado,
al borde sentado
del péñon está,
la sima profunda
mirando indeciso,
por sino preciso
teniéndola ya.
Y en tanto que siente
pesada la vida,
y al ánima olvida
y al cielo quizá,

Sepultando
su áurea lumbre,
tras la cumbre
el sol va,
sus postreros
resplandores
tembladores
dando ya.

Sobre el cárdeno
horizonte,
á que el monte
pone fin,
se despide
de la tierra
que ha en la sierra
su confín.

Y se mira
la ancha hoguera,
de su esfera
vacilar,
más radiantes
y más bellos
sus destellos
al finar.

Y sus rayos
por las crestas
de las cuestas
al tender,
del prado hacen
por la alfombra
su ancha sombra
negrecer.

Rojas nubes
le coronan,
que amontonan
en redor
los vapores,
que pasando
va creando
su calor.

Y sus pliegues,
más espesos
y más gruesos
cada vez,
entoldando
en masa densa
van su inmensa
brillantez.

Poco á poco
su cerrado
y agrupado
nubarrón,
en su centro
da al sol puro
un oscuro
pabellón.

Poco á poco
descolora
y devora
su arrebol,
y así el día
roba al orbe
cuando sorbe
todo el sol.

Queda envuelto
de este punto
todo junto
en luz igual.
Y en el cárdeno
horizonte
sobre el monte
cardinal.

Girón roto
desgarrado
del cerrado
pabellón,
queda suelta
nube roja
que acongoja
al corazón.

Banda torba,
que tendida
por la corva
loma hendida
de las peñas
va rasando
por las breñas
de la cumbre,
y apagando
las centellas
de la lumbre
que da el sol.

Lienzo rojo
que demuestra
de alto enojo
la siniestra
señal santa;
y en pos suya
se adelanta
y en pos suya
se levanta;
con él viene,
con él gira,
cuando nace,
cuando expira;
con él hace
su camino
matutino
ó vespertino,
de él perpetuo
girasol.

Nube hermosa
que se inclina
la colina
á trasponer,
circundando
su camino
purpurino
rosicler.

Nube errante
pasajera
vagarosa
do contempla
Juan Guarino
el destino
que le espera.
Que expirante
congojosa
é indecisa
á su labio
la sonrisa
postrimera
le arrancó;
y el agravio
á su Dios hecho
en el fondo de su pecho
con su luz iluminó.

Luz postrera
de esperanza,
que ir ligera
Juan alcanza
desde el monte,
su alma ajena
no de pena,
mas de fe.

De la cresta
de la roca
más enhiesta
puesto al pie,
contemplando
cual con blando
movimiento
surca el viento
se le vé;
mientras rota,
informe, vaga,
su derrota
va acortando
pie tras pie.

Palidece,
se enrarece,
se consume,
desparece...
Ya se sume,
ya se fué.

Y noche
sombría
tras día
fugaz,
aleja
su alma
de calma
y solaz.

Y feas,
y varias,
contrarias
ideas
están
su mente
quemando,
doblando
su afán.

Y el cielo,
y el suelo
velando
se vá;
la noche
se cierra;
la tierra
pavura
de oscura
le da.
Y en tanto
que acude
al llanto
quizá,

cuanto
existe
niebla
triste
puebla
ya.

Las sombras
más densas
y extensas
doquier,
sus velos
despliegan
y ciegan
el ver.

Y la tierra
toda inunda
la profunda
lobreguez;
montes, valles
y collados
sepultados
á su vez.

Espesas nubes
que apiña al viento
al firmamento
robando van
su luna pálida;
las luces bellas
de sus estrellas
muertas están.

Y en vez de los ojos
sirviendo el oído
ya sólo es el ruido
quien guía los pies,
al alma infundiendo
sus vagos rumores
extraños temores
de mundo que no es.

Y se oye por las peñas
sonar en las montañas
de fieras y alimañas
los pasos ó la voz,
mostrando en sus sonidos
sus cóncavos gruñidos,
sus ásperos graznidos,
ya agudos y ya graves,
las fieras y las aves
su natural feroz.

Y á cada tenue lamento,
á cada salvaje son
de ave ó fiera, de agua ó viento,
se estremece el corazón.
Y quién podrá en tal momento
dar del desierto razón?

Quién puede los pasos seguir de Guarino
por medio tan denso nocturno vapor?
Quizá entre las peñas perdido el camino
sepulcro escondido le dió su fragor!
Porque, quién los senos abrir del destino
podrá, ni del crimen medir el horror?

Lenta, amarga, terrible es la agonía
que su remordimiento al hombre da!
Quizá á Guarino, al despuntar el día,
sentado en el peñón le encontrará
de sí mismo espantado todavía,
muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido
monte, llano, río, desierto y ciudad
en lóbrega noche, doquiera dormido
cobijan al mundo el silencio y la paz.

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni lamento
resuena por los senos de las montañas ya.
Y sólo tal vez se oye el susurrar del viento
ó el ruido del arroyo que murmurando va.

—

Rayó el siguiente día,
y la rosada lumbre de la aurora
tornó á ahuyentar la umbría
nocturna oscuridad; encantadora
con nueva juventud, con nueva vida,
tornó naturaleza
á mostrarse de nuevo enriquecida
con doblada belleza.
Y el día entraba apenas, cuando á lento
cansado caminar, por la aspereza
subía la montaña
Wifredo, y de María á la cabaña
llamó, llegando con pausado acento.
Mas nadie dentro respondió; María
ausente estaba de ella.
Llamó á la de Guarino,
mas ay! estaba sola como aquélla.
Siguió el Conde á la altura
subiendo. Desde allí se descubría
gran trecho de montaña y de llanura,
mas no alcanzó á Guarino ni á María.
Á voces los llamó, mas á sus voces
respondieron no más ecos lejanos,
cuyos sones livianos
se llevaron las ráfagas veloces.
Á su gente llamó desesperado;
corrió el pueblo exhalado;
sus siervos, sus vasallos sus amigos
por doquiera los montes recorrieron;

en lo espeso del monte se metieron,
pero en vano en los montes se cansaron;
ay! con el rastro de ninguno dieron.
Presa el Conde de amargo sentimiento
y de fiebre ardorosa,
cercano de su muerte vió el momento,
y á manos de su horrenda desventura
lleváronle á su corte populosa
su enfermedad rayando en la locura.
Y el vulgo maldiciente
se perdió de una en otra conjetura
haciendo cada uno más oscura
la historia y la razón de este accidente,
y cada uno á su antojo
á Dios ó á Satanás atribuyendo
la oculta causa del suceso horrendo.





SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO QUINTO

DE LA EXTRAORDINARIA ALIMAÑA QUE LOS MONTEROS DEL CONDE DE BARCELONA CAZARON EN LAS PEÑAS DE MONSERRAT.

Un día y otro día
de púrpura y de grana
entre vistosos grupos
de nubes y arrebol,
igual, indiferente,
nacer cada mañana
para el alegre vemos
y para el triste el sol.

Antorcha que ilumina
la creación entera,
en torno de ella vueltas
infatigable da;
mas cuanto con su lumbre
fecunda en la postrera
tornándolo en estéril
en la siguiente va.

Él cubre los vallados
de flores y verdura;
él hace escaso arroyo
lo que ancho río fué;
él da á los secos árboles
fructífera espesura;
él cría el gusanillo,
que les corroe el pie.

Y al que hoy dejó llorando
en abandono y duelo,
mañana encuentra alegre
y venturoso ya;
y al que dejó olvidado
en su placer del cielo,
mañana vé que hundido
en el dolor está.

Las unas tras los otros
los días y las horas
del mísero Wifredo
pasando van así;
las últimas acaso
de calma precursoras,
que el bien ni el mal eternos
jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra
por diferentes modos
concluye todo luego,
varía sin cesar,
y al cabo en nuestros males
nos consolamos todos
de lo que ya ha pasado
con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,
y con la edad se fueron,
si bien de sus pesares
los torcedores no,
los males que al sepulcro
cercano le pusieron,
y aun sus recuerdos casi
el tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda enteras
el alma de Wifredo
las lúgubres memorias
de su pasado mal,
no vienen como un día
ministros de ira y miedo
á perturbar sus sueños
en círculo infernal.

No lloran ya sus ojos
con lágrimas ardientes
que abrasan sus mejillas
la prenda que perdió;
cesaron sus extremos
esfuerzos impotentes
en pos de lo que airado
su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,
tenaz melancolía
le prensa el amoroso
paterno corazón;
más grata si más triste
le aduerme cada día,
memoria, no esperanza;
recuerdo, no ilusión.

Y así la vida pasa
pacífica y tranquila
en medio de su pueblo,
que idolatrando en él,
á distraer sus penas
en derredor apila,
atenta á su consuelo,
su muchedumbre fiel.

Y en vítores y aplausos,
en danzas y cantares
los senos del palacio
llenando sin cesar,
de su señor ahuyentan
los íntimos pesares,
que sólo puede el tiempo,
rodando, consolar.

Con corazón sencillo,
leales los pecheros,
sus brazos y sus tierras
le vienen á ofrecer;
y extrañas fieras y aves
le cazan sus monteros,
que de lejanas tierras
le vienen á traer.

De su señor amigos
los graves cortesanos,
ancianos peregrinos
le salen á buscar,
que el ocio y el fastidio,
del corazón tiranos,
con mágicas leyendas
le vengan á ahuyentar.

Y así la vida pasa
pacífica y tranquila
en medio de su pueblo,
que idolatrando en él,
para atenuar sus penas
en su redor apila,
atenta á su consuelo,
la muchedumbre fiel.

Y un día que, en sus memorias,
el buen Conde adormecido
yacía, en silencio hundido,
en un cómodo sillón,
contemplando vagamente
en la inmensa chimenea
la llamarada que humea
con el húmedo tizón,

Vino á distraer su oído,
hiriéndole de repente,
confuso rumor de gente
de su casa en lo interior;
y confusión y tumulto
y pasos y gritería,
que se iba acercando oía
por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,
y á aquel son extraño atento,
la puerta del aposento
abriendo, al dintel salió,
deteniéndose asombrado
al ver que sus corredores
gente en tropel, con clamores,
tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,
los artesanos y arqueros,
los nobles y los pecheros,
en revuelto pelotón,
avanzaban lentamente
por sus estancias adentro,
fija la vista en el centro
de la inmensa reunión.

—Qué es ésto?—exclamó Wifredo
un paso á ellos avanzando.—
Quién entra aquí así, turbando
la quietud de mi mansión?
Hablad: qué sucede ahora?
Hay en el puerto enemigos?
Ó es vuestra turba traidora
una osada rebelión?

Vive Dios! Ea, explicaos.—
Á cuyas voces airadas
quedaron paralizadas
las voces, quietos los pies.
Y el Conde, viendo que nadie
contestaba, de un montero
asiendo, que iba el primero,
le dijo:—Explícate, pues.

—Señor,—dijo éste turbado,
la rodilla hincando en tierra;—
no es movimiento de guerra
lo que véis, no es rebelión;
es que en Monserrat cazamos
tres días ha una alimaña,
que creímos, por lo extraña,
digna de vuestra atención.

Miradla.—Y así diciendo,
la multitud dividiendo,
ante los ojos del Conde
la alimaña presentó.
Y en redor de ella y Wifredo,
círculo extenso formando,
la alimaña contemplando
la muchedumbre quedó.

Jamás miraron sus ojos,
una bestia más extraña,
ni en los ámbitos de España
la halló hombre alguno jamás,
ni de su forma recuerdo
guardó nadie en su memoria,
ni de ella en escrita historia
habló algún sabio quizás.

Era del jerbo y del mono
término, ó compuesto acaso:
del jerbo tenía el paso
del mono la formación.
La mirada melancólica
su interior pena exprimía,
y sus miembros encubría
largo y espeso vellón.

Ni mostraba á los amagos
ruda y salvaje fiereza,
ni á los hombres extrañeza
ni á las caricias placer.
Mas de pavor con extremos
constantemente esquivaba
su mano, si la llegaba
á halagarle una mujer.

Absorto miraba el Conde
aquel sér desconocido,
dentro la jaula encogido,
insensible al parecer;
y por más que le miraba,
y por más que discurría,
la raza desconocía
más de que pudo nacer.

Mandó luego á sus monteros
que en su salón le pusieran
y allí libertad le dieran
para ver su condición;
pero la bestia su jaula
no abandonó un solo instante,
permaneciendo constante
en la misma posición.

CAPÍTULO SEXTO

DE LA EXTRAÑA METAMORFOSIS DEL ENJAULADO MONSTRUO

Y fué por la ciudad de boca en boca
la relación cundiendo
de aquel monstruo cazado en una roca;
y así se fué extendiendo
por Cataluña entera,
relato extraño haciendo,
quitando y añadiendo
del caso cada cual á su manera.
Y de todo el condado
por ver el monstruo á la ciudad venía
el pueblo apresurado;
y el Conde permitía
que el palacio invadiera
y el monstruo contemplara
y su curiosidad satisfaciera.
Llegaba, le veía,
se admiraba en silencio
el vulgo, se salía
y á su hogar se volvía
ó absorto ó satisfecho,
y contaba después á sus vecinos
lo que en la capital había hecho,
jurando que era el monstruo
de los más peregrinos.
El buen Conde entretanto
conservaba al tal monstruo en su aposento,
y á su tranquila condición atento,
la jaula noche y día
abierta le tenía;
pero jamás el monstruo la dejaba,
aunque claro Wifredo conocía
que cuando él de su cuarto se ausentaba
de su jaula salía
y por el cuarto en derredor andaba.
Consideraba el Conde
cada vez con más duda y extrañeza
su incógnita para él naturaleza.
Su forma casi humana,
su sobriedad extrema y mansedumbre,
la adquirida costumbre
de estar al parecer de buena gana
en su jaula metido
y acurrucado siempre y encogido;
su inteligencia rara
y la expresión de su velluda cara;
sus manos y sus pies á los del hombre
semejantes, traían confundido
al Conde, que del sér desconocido
no podía marcar raza ni nombre.
Ni caricias y halagos,
ni castigos y amagos
pudieron arrancar de su garganta
ni en su exterior marcaron
un gesto de amenaza ni un gemido.
Los criados tal vez le maltrataron,
y los perros de caza,
que alguna vez adonde estaba entraron
con ademán furioso,
á la jaula llegaron.
Él empero, ni hostil ni temeroso
se mostró; indiferente
sufría y silencioso
tranquila y mansamente.
Poco á poco esta calma
y extraordinaria abnegación hicieron
de Wifredo en el alma
incomprensible sensación, y al cabo
de curiosa extrañeza
pasó á ser compasión; hízola luego
costumbre la continua compañía,
y al cabo la costumbre

pasó á ser afición, luego cariño;
y vino al fin un día
en que el Conde pensó con pesadumbre
que apartarse tal vez fuerza sería.
La monstruosa alimaña
por su parte también mostraba al Conde
una afición extraña.
Sumisa á sus antojos
admitía contenta sus caricias,
y á veces notó el Conde
lágrimas desprendidas de sus ojos.
Mostraba claramente su alegría
cuando el Conde hacia ella se llegaba,
y tristeza en sus ojos se veía
si de ella se apartaba;
y cuando el Conde hablaba
como si le entendiera le atendía.
Mil veces la memoria
de la hija que perdió tan tristemente
le asaltaba la mente;
y el amoroso corazón transido
con el pesar de tan amarga historia
ponía al Conde mustio y abatido,
y lloraba á sus solas tristemente.
Contemplábale el monstruo de hito en hito,
y lloraba también, y su semblante
mustio bañaba en expresión doliente.
Muchas veces delante
de sus nobles amigos,
de su desdicha y su dolor testigos,
recordaba aquella hija malhadada,
encanto de su vida,
por él tan ciegamente idolatrada,
y á su paterno corazón perdida.
El monstruo entonces trémulo, encogido,
en medrosa postura,
y en el hueco mas lóbrego escondido
de su jaula, mostraba una amargura
que natural hubiera parecido
en otro sér que comprender pudiera
del paterno dolor la causa entera.
Y en aquellos momentos,
su dolor expresando
con sones guturales,
semejaban su voz y sus lamentos
ayes de una persona que llorando
las palabras ahogando
exhalara suspiros, naturales
en quien está su angustia sofocando.
Esta rara tristeza,
que afinidad secreta y misteriosa
con la tristeza paternal tenía
entre el Conde y el monstruo, fácil cosa
de entender es, que entre ambos
vino al fin á doblar la simpatía.
Y acostumbrado el Conde
de la sumisa fiera
á la salvaje sociedad, tenía
entre los animales destinados
á su servicio ó diversión el puesto
é importancia primera.
Y por temor que alguno la ofendiera,
los lebreles estaban atrahillados,
los neblíes y alcones enjaulados.
Y de aquesta manera,
su casa y su condado manteniendo
en paz con sus cuidados,
iban días y meses transcurriendo.

—

Una mañana fresca y luminosa
del florecido Mayo,
en que el sol de su luz en cada rayo
un hilo vibra de color de rosa,
y el trecho que su luz abarca y ciñe
de este color purísimo se tiñe
en una galería
que da al jardín de su palacio, y tiene
para él una escalera, y comunica
del Conde con el gótico aposento,
en un hondo sillón arrellenado
el buen Conde Wifredo
goza el ambiente puro y perfumado,
tranquila el alma y el semblante ledo.
Las hojas de los árboles frutales
orean susurrando los botones
do las flores tempranas
señalan el lugar en que más tarde
brotarán odoríferas manzanas,
rojas cerezas y ácidos limones.
Y al manso soplo de la errante brisa
tomando movimiento
sobre los tallos las abiertas flores,
embalsaman el aura, y el aliento
que Wifredo respira

se inunda en salutíferos olores.
Los nuevos ruiseñores,
generación de aquella primavera,
sus alas y sus picos ensayando
le regalan la vista y el oído,
tímido vuelo alzando
en derredor del nido,
y en la garganta armónica probando
el canto no aprendido.
Las leves mariposas
sus alas de colores
estremecen vagando entre las flores;
y las pardas abejas codiciosas
el néctar de sus cálices libando
vuelan en torno de ellas susurrando.
Mil insectos distintos,
mil diversos reptiles,
conforme cada cual á sus instintos,
llenan auras y céspedes á miles;
y el agua que se escapa
del estanque horadado,
en transparentes hilos
y en gotas cristalinas
los pies fecunda de frondosos tilos.
Lilas blancas y rosas purpurinas
que, orlando los linderos
de los anchos senderos,
en cauces desiguales
con las fuentes vecinas
van á mezclar sus líquidos cristales.
Y á esta del mundo incógnita armonía,
y vida universal y movimiento,
el Conde, en el sillón en que yacía,
allá en su puro corazón sentía
nueva vida bullir y nuevo aliento.
Y en dulces esperanzas divertido,
del porvenir oscuro en las regiones,
tenía el pensamiento entretenido
en pos de mil quiméricas visiones;
é iba de ellas en pos tan abstraído,
que ni aun sintió á sus pajes,
que llegando uno á uno
su servicio á ofrecerle, uno tras otro
en silencio quedaron,
y á distraerle sin osar ninguno,
detrás de su sillón se colocaron.
Sus miradas tendían,
la dirección buscando,
que las miradas del señor seguían,
y en las ramas y flores se perdían,
objeto allí de admiración no hallando.
Ay, triste del que necio sus miradas
por un jardín en primavera extiende,
y que sea á otros ojos
de admiración objeto no comprende!
En tal instante, el Conde, rodeado
de sus callados pajes, y tendido
sobre su ancho sillón, junto á la puerta
del corredor traído,
el monstruo acurrucado
en su jaula entreabierta,
apareció por el jardín viniendo,
á su señor la joven jardinera
un ramo hermoso á su señor trayendo
de las primeras flores
que hizo dar al jardín la primavera.
En casilla apartada,
y en una punta del jardín alzada,
á aquella jardinera daba el Conde,
con su esposo, morada.
Rústico el jardinero, inteligente
cultivaba el jardín, eternamente
asido de la azada,
del hacha y de la corva podadera,
dejando á su mujer, más despejada,
de los demás negocios encargada.
Ella, pues, aunque pobre y campesina,
cuando moza soltera,
dulcificó sus rústicos modales,
y era lo cortesana
que pudo ser jamás una villana.
Agradecida á su señor, y atenta
á mantenerse de él siempre en la gracia,
su obligación tenía en mucha cuenta.
Y los primeros frutos
y las primeras flores
á su señor venían en tributos,
ya en primorosos ramos y hacecillos,
ya en pintados y frescos canastillos;
y en dulce paz y en íntima armonía
esta pareja así feliz vivía,
y á sombra del palacio
ornaba más y más y enriquecía
del jardín el espacio,
donde á par de las plantas de cultivo
su rubia prole sin afán crecía

en sus dos revoltosos muchachuelos,
de su madre á la par retrato vivo.
De ellos con uno en brazos,
que apenas meses seis aún no cumplía,
la jardinera al corredor subía,
tendiendo él sus rosadas manecitas
á las flores del grueso ramillete,
y ella sonriendo
«míralas qué bonitas»
junto al rostro al ponérselas diciendo.
Contemplábala el Conde complacido
llegar á él con el infante en brazos,
y el ramo de sus manos admitido
tendió los suyos al hermoso niño
con expresión de cándido cariño.
Mas el alegre infante,
sin fijar en el Conde su mirada,
tornó atento el semblante
á la fiera en su jaula acurrucada.
Dormía el monstruo al parecer, sumido
en su quietud estúpida,
y el niño le miraba distraído,
sin que de la afanosa jardinera
ni del risueño Conde á los halagos
el parvulillo su atención volviera.
Á la tenacidad de esta mirada
en el monstruo clavada,
la suya al par siguiéndola tendieron
cuantos en torno había
á la fiera enjaulada.
Ya el monstruo no dormía;
como si la mirada del infante
en la suya inflamara oculto fuego,
sus ojos abrió luego
y en los del niño los clavó anhelante,
permaneciendo inmobles sus pupilas
cual si ante el niño se sintiera ciego.
Entre ambos atracción tan misteriosa
llamando al punto la atención entera
del Conde y de los suyos, en silencio
aguardaban el fin á que vendría
esta atracción del niño y de la fiera.
Mas á pocos momentos
de estar el uno sobre el otro fijo
contemplándose atentos,
cuánto el asombro universal sería
oyendo al niño, mudo todavía,
que con sonora voz al monstruo dijo:

«Levántate, Guarino; harto te abona
»en el juicio de Dios y tu conciencia
»tu larga penitencia.
»Vuelve, pues, á tu sér; Dios te perdona.»
Y el monstruo su prisión abandonando
y su salvaje estupidez perdiendo,
la antigua humana forma recobrando
se arrodilló, á los cielos extendiendo
los brazos penitentes
la omnipotencia del Señor mostrando
á la faz de las gentes;
y asombrados dejando
á cuantos hubo en la ocasión presentes
la extraña metamorfosis mirando.
Luego á los pies del Conde
postrado humildemente
—Herid, señor,—decía;—
la justicia de Dios omnipotente
quiere sin duda que la culpa mía
expíe á vuestros pies; hollad mi frente.—
Y el buen Conde, que apenas comprendía
lo que decir quería,
respetuosamente
la mano le tendía
diciendo:—Levantad, que en quien Dios obra
prodigio semejante,
cualquiera humillación será de sobra
de otro mortal delante.—
Mas viendo que obstinado
permanecía ante sus pies de hinojos
llanto vertiendo de sus tristes ojos,
mandó que todo el mundo despejara;
y cuando todos estuvieron fuera,
diálogo en soledad, y cara á cara,
se entabló entre los dos de esta manera:

....

....

Mas lo que dijo al Conde el penitente
relatará el capítulo siguiente.

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL CONDE Y GUARINO

EL CONDE

Quien quiera que seáis, vos en quien tales
prodigios obra omnipotente Dios,

alzáos, y éste que alcanzar no puedo
explicadme.

GUARINO

Pues bien, oid, señor.
Teníais una hija hermosa y pura,
fruto gentil de vuestro casto amor,
fragante flor que embalsamaba el vaso
de vuestro amante y noble corazón.
Un rayo que en la atmósfera nublada
el infernal espíritu inflamó,
en sus ojos ahogó la luz del día;
y en nombre del altísimo Hacedor,
con esperanza de milagro fácil,
un monje en Monserrate os señaló,
por cuyas oraciones vuestra hija
tornó á ver y gozar la luz del sol.
De fundar un suntuoso monasterio
con piadosa y rectísima intención
del ermitaño á cargo vuestra hija
en la fragosa soledad quedó.
Mas ay! En vano en el siguiente día
buscóla allí vuestro paterno amor,
ni ella ni el eremita en sitio alguno
fueron de nadie vistos hasta hoy.

EL CONDE

Mas á qué renovar en mi memoria
el manantial oculto de dolor,
que las corrientes hasta entonces puras
del mar de mi existencia envenenó?

GUARINO

Ay de mí! Vuestra historia con la mía
mantiene tan estrecha relación,
que para hablaros de mí mismo, fuerza
ha sido que os hablara antes de vos.
Aquel santo eremita que los ojos
de María á luz á abrir volvió,
aquel á cuyas férvidas plegarias
tan sigular prodigio obró el Señor,
en lugar de velar por la ovejuela
que á su cuidado inerme se entregó,
lobo inhumano se tornó contra ella
en su sangre bañándose feroz.

EL CONDE

En su sangre!

GUARINO

Vertida gota á gota
fué, y el vil asesino he sido yo.

EL CONDE

Miserable de tí! Toda la tuya
saciar no puede el vengativo ardor
en que la mía oyéndolo se abrasa.

GUARINO

Tal vez para saciarla quiso Dios
ponerme en vuestras manos, exigiendo
la venganza de crimen tan atroz.

EL CONDE

Monstruo! ¿Qué fué lo que instigarte pudo
á delito tan vil?

GUARINO

Oid, señor,
y antes de dar mi sangre por la suya
sabed toda mi horrible confesión,
y doble la vergüenza de contárosla
la pena que la culpa mereció.

EL CONDE

Habla, y abrevia tu relato infando,
y calma para oirte me de Dios.

GUARINO

Vos en la soledad de las montañas
me dejásteis vuestra hija; pensé yo
que diez años de duras penitencias
habrían de mi frágil corazón
hecho castillo inexpugnable, y ciego
confié de mí mismo en el valor.
La misma santidad de vuestra hija,
su noble y celestial resolución,
y el gran milagro que por mí reciente
obró Dios, me sedujo y me animó.
Santa, pero mujer, joven y hermosa,
debí de encomendarla al Salvador
que la guardara bien, y huir en ella
la infernal escondida tentación;
mas yo, necio de mí, con falso orgullo,
con inútil y estúpido fervor,
en la fe y la virtud por mantenerla

mi virtud y mi fe Satán hundió.
Permanecí junto á la hermosa niña,
dando á su fe primero admiración,
y después admirando su hermosura
que allí el infierno por mi mal envió.
Mi vista que en el trecho de diez años
en los cielos no más en la oración,
ó en la tierra con llanto penitente
fervoroso ó humilde se fijó,
á contemplar su terrenal belleza
tornóse con impúdica atención,
y el fuego de infernal concupiscencia
dentro de mis entrañas se inflamó.

EL CONDE

Basta, basta! Comprendo el fin horrible
de esa historia fatal.

GUARINO

Santo temor,
soplo expirante de virtud dos veces
de la inocente hermosa me apartó,
y otras dos veces me arrastró hacia ella
la astucia del demonio tentador;
y al vértigo carnal de su apetito
sucumbiendo mi imbécil corazón,
víctima de mi torpe desvarío
su virginal pureza sucumbió.

EL CONDE

Revelación horrenda!

GUARINO

Horrenda, pero
todavía la culpa fué mayor.

EL CONDE

Has hecho más aún?

GUARINO

Cometí el crimen,
y en cuanto mi maldad le consumó,
sus consecuencias en tropel bullente
aglomeró en mi mente la razón,
y Satanás poniéndose á mi lado
me hizo entender y calcular su horror.
Los otros penitentes solitarios
que habitaban las peñas como yo
me trajo á la memoria, y que inocentes
de mi culpa á ser iban de ella en pos
sólo objetos de escándalo, y del mundo
á cargar con la injusta execración.
—«Ve—me dijo el demonio—mira infame
»adónde tu maldad te despeñó.
»Al acusarte esa mujer, entera
»traerá la raza humana en derredor
»á maldecir la hipócrita malicia
»que en tu impúdico pecho fermentó.
»Ese milagro real, que por tus manos
»piadoso Dios y omnipotente obró,
»á diabólica magia atribuído
»va con razón á ser. Mira el baldón
»con que cubres, infame, estos desiertos,
»santuarios otro tiempo del Señor.
»Esconde de los ojos de los hombres
»ejemplo de tan vil profanación,
»al menos porque en todos no recaiga
»la pena que uno solo mereció;
»ó al renegar de sus ministros viles
»renegará su santa religión.
»Cubra al menos tu crimen el misterio,
»engaña al universo por tu honor,
»no excuses otro crimen, si te salva,
»y haz penitencia luego por los dos.»
Esto el infierno me inspiraba, y esto
que yo escuchaba de su falsa voz,
de una falsa vergüenza en mi conciencia
hizo brotar el humo embriagador.
Un pensamiento atroz, pero seguro
á mi mente febril se presentó;
y por sino fatal yendo arrastrado
á ponerlo en sangrienta ejecución,
privé de la existencia á la inocente
á quien privé primero del honor.

EL CONDE

Bárbaro!

GUARINO

Y en las rocas enterrándola
huí de Monserrate cuando el sol
sumiendo en el Océano sus rayos
el velo á las tinieblas desplegó.

EL CONDE

En vano te busqué por las montañas.
Mas hoy...

GUARINO

Fuí de mí mismo con horror
á la sagrada capital del mundo
mendigando mi pan; crucé veloz
ríos y montes, y llegando á Roma
del rebaño de Cristo ante el pastor
postrado, de mis crímenes nefandos
hice entera y contrita confesión.
El pontífice santo, del Eterno
en la tierra vicario, mi dolor
y mi arrepentimiento contemplando
con estas condiciones me absolvió.
«Vuelve—me dijo—á Monserrate; pero
»vuelve á morar en su áspero fragor
»cual bestia, no cual hombre; dobla al suelo
»tu frente como bruto; y posición
»manteniendo de tal, de cuatro remos
»sírvete para andar en vez de dos.
»Y en penitente soledad, tu vida
»pasa en el monte en tal degradación,
»hasta que un tierno infante de seis meses
»de ello te absuelva en nombre del Señor.»
Yo obediente al pontífice supremo
me volví como bruto á la mansión
de Monserrate; de velludas lanas
mi macilento cuerpo se cubrió,
y destruída en mí la humana forma
cual monstruo me trajeron ante vos,
ante quien el milagro prometido
para fin de mi pena se cumplió.
Ahora, señor, pues aplaqué á los cielos,
que escarmienten en mí será razón
los hombres, y en la tierra á su justicia
aplaque quien su ley atropelló.

—

Postró el penitente humilde
su venerable cabeza
hasta el suelo, en que sus plantas
el Conde ofendido asienta,
y así en silencio quedaron
uno en pie y otro por tierra;
uno al castigo ofreciéndose
y otro apreciando la oferta.
Pero al cabo el noble Conde
pesando allá en su conciencia
la justicia de su causa,
la inmensidad de la pena,
la razón de su venganza
y la prez de su nobleza,
rompió el silencio diciendo
con voz conmovida y trémula:
—Alzad, Guarín, que no es justo
que se muestre más severa
que la justicia del cielo
la justicia de la tierra.
Mi honra habéis ultrajado,
allí do con más pureza
se anidaba; con mi sangre
habéis regado las peñas
de Monserrate, mas de ambas
la mancha injuriosa y fea
lavado habéis con las lágrimas
de cristiana penitencia.
Yo os perdono como el cielo;
volveos á las desiertas
montañas, y vida triste
pasad penitente en ellas.
Mas quiero una sola cosa
rogaros, única prueba
que exijo de vos, Guarino,
del perdón en recompensa.
Mostradme el oculto sitio
de aquellas fragosas sierras
en donde yacen los restos
que de mi María quedan.
Los que de mi extirpe nacen
su tumba tienen dispuesta
en más suntuoso lugar
que el que sus restos encierra.
—Vuestros criados, señor,
mandad que conmigo vengan,
que en el lugar en que yacen
tengo cavada una cueva
donde cual fiera he vivido
lamentando mi fiereza.
Sobre el césped que la cubre
brotó, y entre él se conserva
de los tiempos respetada,
una silvestre azucena,
símbolo de su desdicha
y pendón de su inocencia,
por los cielos levantado,
mantenido en nombre de ella.

—Yo mismo iré allí á llorarla.
—Señor, pues que pronto sea.
—Partamos al punto.
—Vamos.
Y antes que una aurora nueva
vuelva á alumbrar el oriente
saldréis con tan santa empresa.

CAPÍTULO OCTAVO

LA AZUCENA SILVESTRE

Cual marinero errante, que perdido
su soberbio bajel, contra las olas
lucha, á los restos del bajel asido
cercana viendo la ribera ya;
cual golondrina errante que los mares
cruza extraviada, y la cansada pluma
agita conociendo los lugares
donde á anidar acostumbrada está;
Cual cierva que en la fuerza del estío
sedienta vaga por el bosque espeso,
y el agua oyendo del cercano río
hacia él se lanza cuando el agua ve,
así impaciente el padre de María
en las alas de una última esperanza
partir á Monserrate apetecía
con paternal y religiosa fe.

«De entre las yermas rocas se levante
su despojo mortal! Y en sitio digno
salmos la iglesia á su memoria cante,
y ore por su alma al compasivo Dios.
Bajo las anchas bóvedas del templo
sus funerales místicos resuenen,
y las campanas su recinto atruenen
y álcese al cielo mi oración en pos.»

Así decía el piadoso Conde
transido de dolor,
con tamaños intentos emprendiendo
su peregrinación.

Y del florido Abril una mañana
al despuntar el sol,
con Guarino y escasa comitiva
de la ciudad salió.

Unos pocos jinetes enlutados
seguíanle en montón,
y unos cuantos obreros que la tierra
á cavar destinó.

Un monje, que al hallar el cuerpo, su alma
encomendara á Dios,
iba al par en silencio en medio de ellos
envuelto en su ropón.

La multitud encima de los muros
en silencio á mirarlos se agolpó,
rogando ansiosos por el triste padre
y por su hija al Señor.

Así de Monserrate enderezaron
al áspero fragor,
y en la distancia del camino largo
la triste comitiva se sumió.

Un punto aún desde los altos muros
como leve vapor,
el polvo de sus pies se percibía,
pero también al fin se disipó.

Á Monserrate van. Pero quién sabe
lo que les guarda en su honda soledad
el que posee del corazón la llave,
el que puede medir la eternidad?
Sí, Dios es Dios; y Dios tan sólo puede
romper el velo á la futura edad;
sólo á sus ojos el destino cede;
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

Rayaba en el oriente
la claridad temprana
del alba transparente
de la fresca mañana
del día á aquel siguiente,
cuando el Conde á la falda de las rocas
de Monserrat llegaba con su gente.
El penitente Juan sus pasos guía
humillado al recuerdo vergonzoso
del delito que allí cometió un día,
y como iban subiendo
al Conde el monje se acercó diciendo:
—Señor, desde este cerro, que testigo
fué en día más dichoso

de la piedad de Dios para conmigo,
de mi crimen después y mi castigo,
solos ambos quisiera
que subiendo siguiéramos,
y solos cabo á nuestra empresa diéramos.
Entre estas cavidades,
penitente primero y luego fiera,
escándalo de aquestas soledades,
largos años viví, y la edad futura
pluguiérame que nunca conociera
el sitio de mi horrenda desventura.
Resto de orgullo humano,
que el mortal corazón mísero encierra,
sea tal vez, mas me dará tormento
saber que se hace público en la tierra
mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.
Temo la tentación del diablo astuto,
y sé por experiencia
el trecho que marcó la omnipotencia
del racional al bruto.
Wifredo, su caballo deteniendo,
y al monje con respeto contemplando,
así le dijo con acento blando:
—Sea como queráis; vos que ante el trono
de Dios sois perdonado,
no habéis de ser por mí más castigado,
ni pasará de aquí con vos mi encono.
Secreto es vuestra historia
que de mi labio no saldrá, escondida
viviendo eternamente en mi memoria.
Diré que el cielo, de mi triste vida
tal vez compadecido,
á mí os ha conducido
para templar del alma la amargura,
el lugar escondido
mostrándome en que está su sepultura.
Pues si por vuestro crimen inaudito
debiérais ser de mi venganza objeto,
por la mano de Dios estáis bendito,
y lo sois para mí de honra y respeto.
Guiad y solos vamos,
solos su sepultura cavaremos,
y si algo de sus restos encontramos,
hasta aquí á conducirlos bastaremos.
Y así diciendo el Conde, y al instante
mandando detener allí la gente,
solo siguió adelante
en pos del milagroso penitente,
y á los ojos de todos se perdieron.
Sereno estaba ol día;
el sol, que por los cielos avanzaba,
con purpurada luz resplandecía,
y la tierra en sus luces se bañaba
y todo por la tierra sonreía.
El tomillo oloroso,
la madreselva espesa,
la ancha amapola en su capullo aún presa,
el silvestre jacinto
que á la margen sonora
crece del arroyuelo
y en su fresco color apenas tinto,
el áspero majuelo,
la todavía verde zarzamora
y el enredado endrino,
compañero del boj y del espino,
el retorcido enebro y la retama
que en medio crecen de la amarga grama,
aromaban los valles silenciosos,
y prestaban colores y verdura
á los lomos fragosos
de aquellos montes, cuyas hondas grietas
en las piedras escuetas
labra el agua que cae desde la altura.
La tierra por doquier juvenecida
por el sol fecundada,
de nueva y creadora primavera
se tornaba á mostrar con nueva vida
y con nuevo vigor robustecida,
con verdura mayor engalanada.
Nueva generación de mariposas
y de varios insectos zumbadores
ensayaban su vuelo en las hojosas
matas espesas de silvestres flores.
Los blancos conejuelos,
los alegres y libres cervatillos,
de su fuerza primera
iban ya haciendo alarde en la carrera;
triscando entre las zarzas y majuelos,
despuntando la grama y los tomillos
y horadando las faldas arenosas
de los secos y blandos montecillos,
al instinto cediendo que se encierra
en su naturaleza montesina
de socavar la tierra.
En la enramada verde
que á una fuente vecina

que entre las peñas al brotar se pierde
toma jugo en la linfa cristalina,
la nueva cría de ligeras aves
silba, gorjea y trina;
y el ronco cuervo, que con vuelo lento
se cierne mansamente sobre el viento,
grazna con notas ásperas y graves
la estación de las flores
presintiendo contento.
Naturaleza entera
brillante resplandece
ufana por doquiera
anunciando la hermosa primavera.
Y todo en ella juventud y vida
todo en ella armonía, luz y aroma,
sólo al placer convida.
Y desde la ancha y verde y fresca loma
donde está detenida
la comitiva de Wifredo entera,
por la vega extendida
y escarpada montaña
goza la perspectiva placentera
que desde allí se alcanza embebecida.
En tanto su señor va lentamente
por las peñas trepando
detrás del silencioso penitente,
que por la soledad le va guiando,
el sitio en que pecó triste buscando.
La luz y la alegría
de la naturaleza
de ambos se aviene mal con la tristeza
y la razón que allí les conducía;
y sumido en sus propios pensamientos
marchaba cada cual á pasos lentos.
Sube el monje la diestra asegurada
en nudoso bastón con que se ayuda,
y cruza el Conde la hojarasca ruda,
báculo haciendo de su larga espada.
Así por senda que tortuosa lleva
de un aislado peñasco hasta la cima,
llegaron al lugar en que su cueva
labró Guarino, y cuyo centro estima
en más que los palacios colosales
que labraron del mundo los señores,
y que vienen á ser tan solamente
los nichos y las cifras sepulcrales
que sus nombres mortales
guardan un día más entre la gente.
Entre los huecos cascos
de los hendidos lomos
de dos duros peñascos
que las lluvias hendieron,
de intención de minarles con asomos
una grieta se abría,
que caverna de fieras parecía.
Un pico del peñón algo avanzado
sobre su ancha abertura,
del viento y de la lluvia resguardado,
un trozo de terreno mantenía,
que de tupido césped alfombrado
de la gruta á la entrada se veía.
Y de la estéril roca
por estrecha hendidura
bajaba de la cueva hasta la boca
un rico manantial de agua tan pura,
que á través de sus líquidos cristales
de la piedra en que cauce se formaba
se contaban las vetas tranversales
que el paso de la linfa había ido
puliendo en su caída, de manera
que en vez de piedra tosca se dijera
que en la concha mejor se había bruñido.
La sonora corriente
de esta escondida fuente
hallando entre los céspedes descanso
en el llano terreno
que estaba de ellos lleno,
formó entre aquellas hierbas un remanso;
y entre ellas á su curso abriendo calle,
dejando aquel lugar verde y fecundo,
iba á perderse en la mitad de un valle
de los montes formado en el profundo.
De este remanso el centro
formaba un montecillo
por el agua cercado,
seco, verde y aislado,
por aquel manantial fecundizado,
que de las altas rocas guarnecido
cubierto por el pico adelantado
sobre la cueva oscura,
por la fuente regado
y en la pendiente rauda concluído,
era un bello paisaje en miniatura.
Y de aquel montecillo en el altura
cubierta de verdura,
fresca, olorosa, amena,

brotaba una purísima azucena,
la cual, aunque era flor sola y silvestre,
más que en jardín cuidado
brillaba hermosa en su rincón campestre
que estaba con su aroma perfumado.
Sus blancas hojas á la luz tendidas,
su simiente encerrada en los martillos
que de su centro se alzan amarillos,
su tallo verde, fresco, alto, flexible,
mecido por el aura que perdida
á aquel rincón llegaba imperceptible
dándola oculto movimiento y vida,
hacían de la cándida azucena
un animado sér, solo habitante
solo genio y señor de aquella escena.
Al llegar de la gruta ante la boca
en que aquella hendidura
escondida en la roca
guardaba de este sitio la hermosura
y do la entrada de la cueva toca,
postróse de rodillas Juan Guarino;
y absorto el noble Conde
viendo el primor que esconde
aquel sitio desierto y campesino,
se detuvo un momento
embebido en gozar el suave aroma
de la flor de aquel grato apartamiento.
—He aquí—exclamó Guarino derramando
lágrimas—el lugar en que escondido
mi delito lloré, sobre la tierra
do fué mi doble crimen cometido.
He aquí, señor, la tumba en que reposa
la hija de que os privé; bajo la altura
de ese montón de tierra y de verdura
duermen los restos de la más hermosa
é inocente criatura,
y esa blanca azucena
tal vez del jugo de su sangre pura
el jugo bebe que su cáliz llena.
Cuando en fiera tornado á esta montaña
me volví desde Roma peregrino
á cumplir penitente mi destino,
había aquí brotado
el manantial bullente y cristalino
que tenía cercado
el lugar á su tumba señalado.
La azucena sobre él ya abierta estaba,
y cual lugar sagrado
que el Señor me vedaba
por mí en mi penitencia respetado
fué, y con mi llanto de dolor regado.
Yo he visto en esa flor siempre inmarchita
una futura prenda de esperanza
por el cielo bendita;
y en esa flor á quien jamás alcanza
el fin que á todas dió naturaleza,
de la mujer á mi maldad rendida
el símbolo miré de la pureza,
atropellada sí, mas no perdida.
Unico amor del triste solitario,
su única compañía en el desierto,
única luz del tenebroso osario
del mundo para el cual vivía muerto,
único paso á mi esperanza abierto,
mi corazón en ella ha concentrado
cuanta fe y cuanto amor ha conservado.
Unica prenda que me liga al mundo,
sólo recuerdo de la edad pasada,
tras del amor á Dios, es el segundo
en mi alma con mis lágrimas lavada
el amor á esa flor inmaculada.
Yo creo ver en ella
vivir á la hija que lloráis, yo creo
que su alma pura y bella
vive dentro del cáliz conservada;
y entre sus hojas su semblante veo,
y oigo sonar su voz cuando se mece
entre sus blancas hojas,
y si el tiempo á mis ojos la agostara,
tanto cuanto lloré por el pecado
que dentro de esa tumba la encerrara,
sobre el tallo truncado
de esa azucena mística llorara.
Y así diciendo, el infeliz Guarino
por tierra prosternado,
de aquel último bien se despedía
tanto tiempo por él idolatrado,
la sepultura en que raíz tenía
á destruir él mismo preparado.
Y el Conde embebecido
en lo que al labio de Guarino oía,
en pie junto á él seguía
inmoble, silencioso y distraído.

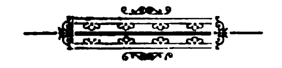
———

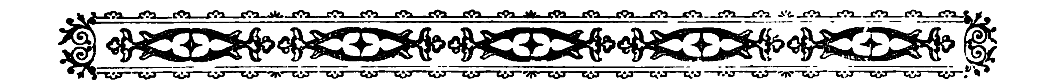
Wifredo de repente
de esta meditación saliendo, dijo
con decidida voz al penitente:
—No perdamos, hermano,
el tiempo neciamente;
esa tumba cavemos
y apartemos de aquí su resto humano.
Y obediente Guarino,
resignado con calma á su destino,
con la azada en la mano
resuelto se llegó á la verde altura
do la hermosa azucena
marcaba la campestre sepultura.
Y Wifredo, á su vez, la aguda pena
del corazón paterno
desahogando en dos lágrimas espesas,
gotas que lanza al manantial interno
que inextinguible en sus entrañas mana,
de otro azadón asiendo, se dispuso
lo que resta á buscar de lo que un día
fué de sus ojos luz, fué su María.
Con el secreto intento
de que aquella azucena perfumada
quedara, á ser posible, respetada
en el lugar en donde tiene asiento,
por el opuesto lado comenzaron
del fúnebre montón do está arraigada;
mas apenas hundieron
en tierra el azadón, de ver echaron
que el verde montecillo, que creyeron
tierra compacta y dura,
blanda y recientemente removida
estaba, y seca y leve mantenida
entre el agua, y debajo la verdura
que la tiene cubierta y circuída,
y cuanto con más tiento la tocaban,
más fácilmente, por entrambos lados,
sus golpes á la par desmoronaban
la tierra, y los arbustos que arraigados
en ella vejetaban.
Lejos de sí los instrumentos rudos
arrojaron, y á impulso de un instinto
igual, hundieron en la blanda tierra,
y á apartarla empezaron cuidadosos
con sus dedos desnudos.
Pronto dieron sus manos
con un oculto objeto
de la tierra distinto,
mas suave al tacto, con calor, con vida;
no era el objeto oculto el esqueleto
de enterrada mujer, á quien los años
y la tierra tendrían consumida.
El secreto terror y afán interno
heló la voz en su garganta, y ambos,
apartando en silencio el polvo leve,
descubrieron, y entrambos asombrados,
dos pies que, como el ampo de la nieve,
mantenía la tierra conservados.
Un ligero color rosado y puro
bajo su piel se percibía apenas,
y á través de la piel el trazo oscuro
se vía de sus venas,
cual si la vida aún de sangre líquida
las mantuviera llenas.
De aquellos pies purísimos la planta
verticalmente inmoble,
que siempre en los cadáveres espanta,
lejos de dar horror, á la mirada
solamente exponía
la perfección, pureza y hermosura
de una obra de escultura
diestramente pulida y acabada.
El grato anhelo, la interior zozobra
que ambos á dos sintieron,
seguir les hizo la empezada obra;
y apartando los céspedes y tierra,
en silencio siguieron
hasta que el tronco entero descubrieron,
que envuelto en sus vestidos,
apenas por el agua humedecidos,
y apenas arrugados
por la tierra en que estaban enterrados,
envolvían el cuerpo de María,
que dormida y no muerta parecía.
Escondida no más de su belleza
quedaba la bellísima cabeza
y la garganta blanca,
donde una herida fresca se descubre,
desde la cual arranca
la raíz de la cándida azucena,
que sobre el sitio en que descansa brota,
y que fuerza será cuando el semblante
descubran que la flor se arranque rota.
Comprendiéndolo al par ambos, á un tiempo
las manos detuvieron,
y arrasados en lágrimas los ojos

ante aquellos para ambos
sagrados y bellísimos despojos,
gran trecho sin acción se mantuvieron.
Mas el Conde, por fin, de irresistible
voluntad impelido,
con un postrer esfuerzo despejando
el rostro aún escondido
de su María hermosa,
vió de la virgen la figura entera,
cuyo labio animaba
dulcísima sonrisa placentera;
cuya tez inmarchita coloraba
animado color de nieve y rosa,
y en cuyos tenues párpados cerrados
transparente se vía
la pura luz que á su través lucía
en sus ojos aún iluminados
con la lumbre vital que dentro ardía.
Mas en tanto la flor fragante y pura
que sobre ella crecía,
y de la muerta virgen en el cuello
sus raíces asía,
por el suelo truncada
por entre el césped húmedo yacía
roto su tallo, pero no manchada.
Tendió el Conde sus manos
á la prenda de su alma idolatrada
y á la caída flor el penitente,
cuando ésta de repente,
por invisible mano arrebatada,
se perdió en el azul del manso ambiente,
y la pura región del vago viento
armonizó una música divina
que venía del alto firmamento
detrás brotando de su azul cortina.
El celestial compás de aquella santa
misteriosa armonía, llamó al cielo
la atención de Wifredo y de Guarino;
y al ver el cuadro mágico y divino
que les mostró su descorrido velo,
se borró de María en la garganta
la señal de su herida;
y á ver la aparición en luz radiante
que en medio de los aires suspendida
de su vista mortal está delante,
tornó á su corazón la dulce vida.

Por el sol coronada,
de las estrellas fúlgidas vestida,
de la luna calzada,
y de ángeles en hombros conducida,
la Madre del cordero inmaculada
sonreía á los tres, que arrodillados
y absortos contemplaban
la divina visión embelesados.
La Purísima Madre del Dios niño
en sus manos más blancas que el armiño
la azucena silvestre mantenía,
y con celeste acento
que empapó la montaña en armonía
de son más apacible, grato y lento
que el murmullo del bosque, el mar y el vien-
con sonrisa hechicera [to,
dijo vuelta á los tres de esta manera:
«Donde no hay voluntad, tampoco crimen;
»ilesa, pues, la virginal pureza
»María conservó, y en la aspereza
»de los montes siete años penitentes
»de otro castigo al matador redimen
»en los juicios de Dios omnipotentes.
»En medio de estas peñas se levante
»sombrío monasterio,
»que del Señor las maravillas cante;
»otra vez á arraigar esa azucena
»vuelva en las rocas de perfume llena,
»prenda y señal de celestial misterio.
»Y cuando en el sepulcro preparado
»vuestro despojo corporal se suma,
»sobre el sepulcro de los tres cerrado
»la azucena silvestre se consuma.»

Expiró de la Virgen el acento,
y cesando la célica armonía
la mística visión deshizo el viento.
Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante
cayeron bendiciendo su destino [ella
el noble Conde, la feliz doncella
y el santo penitente Juan Guarino.





FE

I

«En manos del placer adormecido,
sin otro porvenir que los placeres,
el oro y las mujeres
mi solo Dios y mi esperanza han sido.
Lindas quimeras de mi edad pasada,
que me dejáis el alma emponzoñada,
decid, dónde habéis ido?»

«Lancéme á los deleites avariento,
gocé con ansia y apuré su hartura;
mi Dios y mi ventura
asentó en el placer mi pensamiento.
Otro esperar mi corazón no quiso;
y hoy, dónde hallar el dulce paraíso
que edifiqué en el viento?»

«En dónde estás, riquísimo tesoro
de placer y de amor, lánguida Elvira,
con cuyo amor respira
mi corazón, y cuya sombra adoro?
Elena, Inés... bellísimas traidoras,
ay! qué habéis hecho de mis dulces horas
y mis montones de oro?»

«Qué he de hacer sin vosotros y sin ellos,
solo afán, ay de mí! con que he vivido,
solo Dios que he creído?
Fe de mi juventud, delirios bellos,
qué he de creer ni de esperar ahora
que tornándose van hora por hora
más blancos mis cabellos?»

«Y do encender la lámpara apagada
de mi dudosa fe, do ir por consuelo,
si yo del santo cielo
en el escrito azul no sé leer nada?
Si en su vieja impiedad endurecida
no ve tras dél el alma envilecida
su fin y su morada!»

«Imposible creer! Pero, ay! cuán duro
en duda pertinaz ir caminando
sin creencia esperando
un negro más allá nunca seguro!
Ay del que nada cree y en nada espera,
y no encuentra una luz que alumbre fuera
de caos tan oscuro!»

«No, no me sé amparar del cielo santo;
que perdón no tendrá tanto delito,
y el castigo infinito,
si me le atrevo á imaginar, me espanto.
Mejor es no creer! Triste es la duda.
Mas no hay puerto mejor adonde acuda
por entre escollo tanto!»

—

Así pensó el ateo, y cuán en vano!
que al olvidar su celestial esencia,
de la tenaz conciencia
dentro del corazón sintió el gusano.
Tornóse al cielo en árida agonía,
mas nada en él deletrear sabía
su corazón profano.

Ciego que sabe que la luz existe,
que oye elogiar el resplandor del cielo
y no le es dado desgarrar el velo
que ante sus ojos á la luz resiste,
Mira! le dicen, y en su audaz deseo
tórnase á ver, y exclama: *Nada veo!*
desesperado y triste.

Mejor es no creer! Y abandonado
sin esperanza en brazos de sí mismo,
por el oscuro abismo
de la duda fatal va despeñado.
Mejor es no creer! Y en su agonía
siente que llega el postrimero día,
y, ay dél si se ha engañado!

Ay del jardín donde las zarzas crecen!
Ay del palacio en que las aves moran!
Y, ay de los siervos que piedad imploran
cuando en presencia del señor parecen!
Y, ay! ay de los que cruzan el desierto
y no conocen el camino cierto
y en la mitad del arenal perecen!

II

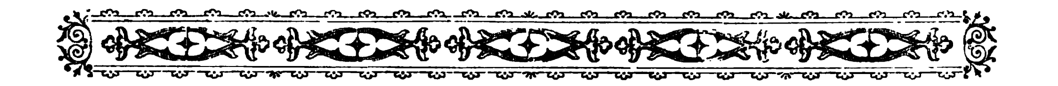
Espíritu blanco y puro,
que con tu fanal seguro,
por el lóbrego recinto
del mundano laberinto
mis pasos guiando vas;
ángel que invisible velas
mi existencia y me consuelas,
y en la noche sosegada
á la orilla de mi almohada,
mi sueño guardando estás.

Tú, que con alas de rosa,
de mi mente calurosa
benigno apartas y atento
el mundano pensamiento
y la torpe tentación,
ay! nunca de mí te alejes,
nunca en soledad me dejes
sin que tu fanal me alumbre,
y esa ruin incertidumbre
no me roa el corazón.

Espíritu soberano,
tiéndeme siempre tu mano,
y mi afán, mi pensamiento
endereza al firmamento,
oh, espíritu tutelar!
Y en la noche silenciosa,
si brota mi fe dudosa
alguna plegaria impía,
con tu aliento de ambrosía
purifícala al pasar.

Angel cuya sombra adoro,
cuyo nombre santo ignoro,
cuyo semblante no veo
y en cuya presencia creo
y cuya existencia sé,
muéstrame el camino cierto
de este mundo en el desierto,
y, guay! que sin fin no vague
y con los vientos se apague
la lámpara de mi fe.





IRA DE DIOS

EL ÁNGEL EXTERMINADOR

En un confín recóndito del cielo,
de una selva viviente circundado,
denso y confuso y misterioso velo
que le tiene del orbe separado,
hay un alcázar de azabache, oscuro,
que en un hondo torrente ensangrentado
la sombra pinta de su inmenso muro
en contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
que en los jardines del Edén murmura,
en tal lugar estremeció perdida
del rudo bosque la hojarasca dura;
ni el sol radió con fugitiva lumbre,
ni sonó por la lóbrega espesura,
ni retumbó la cóncava techumbre
más que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmoble
que aquel recinto por doquier rodea,
hace el pavor de quien se acerca doble,
y doble el caos á quien ver desea;
sólo se alcanza entre las altas puntas,
que el recio vendaval nunca cimbrea,
entre dos torres del alcázar juntas,
un faro que en la sombra centellea.

Ni sér alguno penetró el misterio
que guarda allí la ciencia omnipotente,
ni se sabe cúyo es aquel imperio
donde nunca se oyó rumor de gente;
ni arcángel sabio, ni profeta diestro
de este sitio alcanzó confusamente
más que la lumbre del fanal siniestro
y el estruendo medroso del torrente.

En ese bosque oculto y solitario,
en ese alcázar negro y escondido,
donde nunca llegó pie temerario,
ni descansó jamás ojo atrevido,
ni más sol alumbró que el rayo rojo
del fanal en sus torres suspendido,
tiene el Señor las arcas de su enojo
y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
que al son de aquellas aguas se adormece,
y, á los ojos de Dios sólo visible,
al acento de Dios sólo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
cuando deja el lugar do se guarece,
el rayo ardiente y el carcax al hombro,
pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,
la eternidad existe en su memoria:
él solo del sagrado firmamento
entera sabe la infinita historia,
y al solo ruido de sus negras alas,
á su sola presencia transitoria,
del firmamento en las eternas salas
se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente;
arcángel torvo que las vidas cuenta,
vela de Dios el arsenal ardiente
y los ultrajes del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
relincha con la voz de la tormenta,
y allí está con su lanza y su loriga
la copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
el ancho vaso hasta los bordes lleno,
el tremendo licor incorruptible
de las iras de Dios; y en su hondo seno
se fermenta la esencia del granizo,
y de la peste el infernal veneno,
y el germen del relámpago pajizo,
y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
el zumo allí de la cicuta hendida,
la sed del tigre que la sangre huele,
y de la hiena la intención torcida.
Y allí bulle, en el fondo envenenado,
la única de furor lágrima hervida
con que lloró Luzbel desesperado
su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inexpugnable,
instrumento de la ira omnipotente,
germinan en rebaño formidable
las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios, en torpe muchedumbre,
se apiñan á beber la luz caliente
de aquel fanal de cuya viva lumbre
es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
á ejecutar la voluntad divina
el misterioso espíritu tremendo
que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
ase la copa, y por doquier camina,
el aire inflama sus airados ojos
y las estrellas con los pies calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
bajo sus alas cruje; desgreñada,
de armas y quejas con estruendo bronco,
la guerra detrás de él va despeñada,
y asidas á las orlas de su manto
van tras él, con la muerte descarnada,
la peste, el hambre, y el amor y el llanto,
y la ambición de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
y entolda su magnífica apariencia;
el disco de la luna se enrojece,
y mancha el sol su fulgurante esencia.
Doquier las nubes que su sombra evitan
se chocan y se rompen con violencia,
y cometas doquier se precipitan,
presagios, ay! de la fatal sentencia.

Á su soplo la mar se encoleriza,
y con gigante voz muge y atruena;
la planta de sus pies torna en ceniza
la limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina;
pisa en el valle y de fetor le llena;
y en la ciudad que á perecer destina
vierte el licor fatal y la envenena.

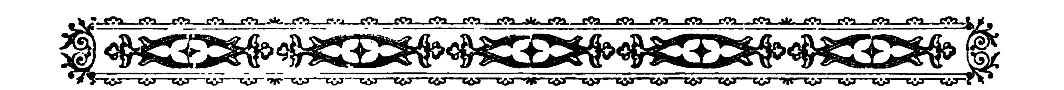
Y ese el arcángel fué que inexorable
lanzó al desnudo Adán del paraíso,
y, de su raza en él junta y culpable,
fijó á la vida término preciso.
Él arrancó en el Gólgota empinado
el ay! postrero que exhaló sumiso
el Dios que de la mancha del pecado
borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
del pueblo santo ante el becerro impuro;
sentenció á Baltasar y á Babilonia
con tres palabras que pintó en el muro;
inspiró al receloso Ascalonita
el degüello fatal, y abrió seguro
nicho á Faraón, que con su gente habita
del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,
llevó á Jerusalén á Vespasiano;
en una noche convirtió á Sodoma
en lago impuro y en vapor insano.
Rompió las cataratas del diluvio,
cegadas al impulso soberano,
y encendió las entrañas del Vesubio,
que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
cuya gigante voz sonará un día,
y, á su voz, de la tierra irá saliendo
la triste raza que en su faz vivía.
La creación se romperá en sus brazos;
y cuando toque el orbe en su agonía,
cuando á su soplo el sol caiga en pedazos,
qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.





EL ESCULTOR Y EL DUQUE

Cuento dedicado á la Señora Doña Matilde O-Reilly de Zorrilla

Empecé la publicación de mis poesías conociéndote, y las acabo con tu nombre.
Madrid, Octubre 10 de 1840.
(Nota del autor á su mujer.)

I

Año de más ó de menos,
si no miente mi memoria,
mil quinientos veintidós
corren, y, una tras de otra,
por la preferencia luchan
las muy exquisitas obras
con que un escultor de Italia
admira á Sevilla toda.
Sin dar tiempo á que se olvide
la fama que una le cobra,
reputación y caudales
siempre la última le dobla.
Siempre dél espera el vulgo,
y siempre el vulgo se asombra
al ver el nuevo prodigio
de su mano creadora.
No hay rico que no le encargue,
ni comunidad, por corta
ó pobre que sea, á quien
una efigie no se rompa.
Que habiendo por precisión
de buscar quien la componga,
más vale hacer otra nueva,
siquiera por la mejora.
Aquí tienen una Virgen,
pero es de mano muy tosca;
allí un Crucifijo, y bueno,
pero la cruz es muy corta.
Acá un San Juan de rodillas,
cosa estupenda! mas sobran
dos líneas de la peana
y nunca bien se acomoda.
Allá hay una Magdalena,
soberbia estatua! gran cosa,
mas dicen que, por desnuda,
no es imagen muy devota!
Y así cada cual encuentra
protestas que le ocasionan
del taller del florentino
la visita rigurosa.
Y así su fecunda mano,
sin darse descanso, brota
para uno un San Aquilino,
para otro una Dolorosa.
Y no es que maña ó agrado
emplee, pues fama goza
que dar crédito pudiera
al pirata Barbarroja.
Alto, vigoroso, altivo,
aire audaz, mirada torva,
barba crecida hasta el pecho,
aliento recio y voz ronca,
mejor que artista parece
bandolero, y más importa
guardarse de él que guardar
sus estatuas primorosas.
Alcanza fuerzas hercúleas,
cólera mucha y muy pronta,

y son de largos sus hechos
lo que sus frases de cortas.
No se acompaña con nadie,
ni á nadie contó su historia;
ni los valientes le arredran,
ni á los que callan provoca.
Es con las damas cortés;
y aunque frío con las mozas,
no es con ninguna grosero,
y retrata á las hermosas.
Es largo con los soldados,
que las armas le enamoran;
saluda siempre que alcanza
las banderas españolas;
y, aunque con todos severo,
jamás los chicos le enojan;
aplaude á los revoltosos
y acaricia á los que lloran.
Lo mismo el sayo se ciñe
que se revuelve la cota;
lo mismo sacude el mazo
que sacude la tizona;
y sin que perciba grande
diferencia de uno á otra,
lo mismo sierra un madero
como una cabeza corta.
Extranjero, y sin su gente
que en su lengua le responda,
que le recuerde sus gustos
ó le llore sus zozobras,
ni conoce jerarquías,
ni distingue de personas:
jamás su trabajo lleva
quien pródigo no le compra.
Ni tiene ni quiere amigos;
que, por experiencia propia,
sabe que muy raras veces
los que no cansan, estorban.
Y si los negros recuerdos
de sus pesares le acosan,
oscureciéndole el alma,
como tempestades torvas
que con negros nubarrones
al son del viento se agolpan,
con la fatiga del cuerpo
los duelos del alma ahoga.
Y el pensamiento en Florencia,
la ambición puesta en su gloria,
para vivir solo y triste
todo lo demás le sobra.

II

En un claustro de un convento,
como á las tres de una tarde,
hay grande reunión de gente,
toda atenta y toda grave.
Tornados tienen los ojos
todos á la misma parte,
los nobles y el populacho,
los soldados y los frailes;
de cuando en cuando se escucha
murmullo y cortadas frases
de los que no han visto y llegan,
y de los que ven y parten.
Unos dicen:—Brava pieza!—
Dicen otros:—Cosa grande!—
Y se empujan y encaraman
los de atrás en los de alante.
Uno alaba los contornos,
lo leve otro del ropaje,
otro las manos del niño,
otro el rostro de la madre.
Quién dice que la cabeza
es un prodigio; admirable
dice otro que es la invención,
citando reglas del arte;
y todos al par confiesan
que ella es de las más cabales
obras que á pública vista
se han puesto cien años hace.
El que no entiende, ve y calla,
y en ver hace lo bastante;
que al buen callar llaman Sancho,
y sobre ver esto baste.
Lo más que alguno le ocurre,
de los muchos *que no saben*,
es, volviéndose á algún monje,
preguntar:—*Quién lo hizo, padre?*
Á lo que, con voz sonora,
dice satisfecho el fraile:
—Se le encargó á un italiano,
y es gran cosa! Bien lo vale.—
Como quien dice: *Se compra,
porque no habrá quien lo pague!*
Y el vulgo, que atento le oye,
se queda á oscuras, como antes.

Fuése al fin disminuyendo
la concurrencia, y la imagen
quedó cercada en el claustro
de unos cuantos personajes,
todos ellos gente hidalga,
si se exceptúan los padres
del convento, que les ríen,
y lo que dicen aplauden.
Mas entre todos hay uno
cuyo exterior respetable
decoran altas insignias
civiles y militares,
que con mirada severa
y desabrido semblante
mirando estuvo gran trecho
la escultura venerable.
Y recogidos los párpados,
fruncido el ceño, fugándose
las miradas de los ojos,
cual si mucho le pesase
que sospechen de la estatua
lo que piensa ó lo que sabe,
está en situación confusa,
difícil é inexplicable.
Mostráronle una tras otra
las bellezas y bondades
de la estatua, lo armonioso
de la escultura, y lo fácil;
la expresión y el movimiento
del conjunto, y de las partes
el desempeño y estudio,
todo á cual más estimable.
Mas él, á las advertencias
contestando con señales
de atención poco expresivas,
contemplábala el semblante.
Y á fe que el de la Madonna
era cosa de admirarse:
rostro peregrino y bello
en efigie cuanto cabe.
Representóla el artista
sonriendo al tierno infante
que la colocó en los brazos
á su pecho alimentándose.
Reía el niño y mirábala;
sonreía ella mirándole,
y revelaban entrambos
el placer más entrañable,
él libando de sus pechos
néctar dulcísimo y suave,
ella dándole la esencia
de su purísima sangre,
y en situación tan sencilla,
verdadera é inefable,
que era imposible sin lágrimas
á sangre fría mirarles.
Por último, anocheciendo
y necesaria faltándoles
luz, se apartaron del claustro
los hidalgos y los frailes.
Cerraron cuidosamente
la puerta con dobles llaves,
y hasta el pórtico salieron
tras el frío personaje,
que devolvió sus saludos
con atentos ademanes,
como quien tal los merece
y harto en recibirlos hace.
Quedaron en pie los monjes
hasta que volvió la calle,
y él dió el brazo á un caballero
que deja que le acompañe.

III

Cerraba espesa la noche,
fría y amagando lluvia,
por lo que aprietan el paso
y los embozos se cruzan.
Y entre el rumor de sus huellas,
entrecortada y confusa,
de los dos nobles, á trozos
la conversación se escucha.
—Qué os ha parecido, duque?
—Exquisita es la escultura.
—Mucha atención la pusisteis.
—Lo echásteis de ver?
—Sin duda.
—Más de una hora habéis estado
delante de ella.
—Me gusta.
y os lo confieso, marqués,
á estar hoy en venta pública...
—Eso os detiene? Pedidla.
Vos sois en Sevilla...
—Nunca:

eso fuera prevalerme
de mi posición, segura
mi ganancia, y pues los monjes
la obra encargaron, ya es suya.
Siguieron cruzando calles,
tomando señas en unas,
equivocándose en otras,
como quien camino busca,
y, al cabo de muchos pasos
y equivocaciones muchas,
llegaron frente una casa
de una callejuela oscura
—Aquí vive—dijo el duque.
—Quién?
—Alabo la pregunta!
—Me habéis dicho adónde vamos?
—No?
—No.
—Pues muy oportuna.
es la ocasión para verlo.—
Y, á una violenta y ruda
aldabonada, la puerta
estremecida retumba.
Oyéronse en la escalera
pasos, y por las junturas
penetró la luz movible
con que por dentro se alumbran.
—*Quién es?*—preguntó dulcísima
una voz suave que anuncia
una mujer, cuya forma
aún á la vista se oculta.
—*Hidalgos*—dijo el de fuera.
—*Y á quién los hidalgos buscan?*
—Al escultor Torrigiano.
—Vive aquí?
—Sin duda alguna.—
Se abrió la puerta, y entrando
los dos hidalgos á una,
sus dos ánimas quedaron
estupefactas y mudas.
Y aunque expresión muy diversa
muestran sus rostros, acusan
los dos el asombro interno
con que sus afectos luchan;
y á fe que asombro merece
lo que á contemplar se agrupan,
lo que aún á creer no aciertan,
pasmados de la aventura.
Porque asida al picaporte,
y á la luz trémula y turbia
de una bujía, que al soplo
del aire brilla insegura,
delante sus ojos tienen
bella aparición nocturna,
de la Madonna del claustro
la exactísima figura.
Aquel peregrino rostro,
aquella trenzada y rubia
cabellera, aquellos ojos
que al cielo color anublan;
aquella sonrisa de ángel
tan celestial y tan pura,
aquellos brazos tornátiles
y aquellas manos menudas,
son, vive Cristo! las mismas
de la divina escultura,
y ello será brujería,
pero ambas á dos son una.
Mirábanse el uno al otro
los hidalgos, y confusa
mostrábase ella, su espanto
sin saber á qué atribuya;
hasta que el duque, el embozo
bajando, la faz ceñuda
mostró á la luz, y la niña,
conociéndola, se turba.
—Hola!—dijo aquél subiendo—
mucho de casas te mudas.—
Y ella contestó cerrando:
—Ya véis, don Juan, que era mucha
la exposición de vivir
á solas con mi fortuna.
—Hem!—dijo el duque, lanzando
una tos seca y profunda;—
no es mala tu compañía
si mucho tiempo te dura.—
Y mascullando otra tos
que la garganta le anuda,
llegó á una sala cuadrada,
donde el florentino estudia.

—

Púsose en pie el escultor
y, arrimando dos sitiales,
excusó ceremoniales
hablando en este tenor:

TORRIGIANO

Á qué fortuna merezco
el honor de esta visita?

DUQUE

Á un señor que necesita
una obra, y os la ofrezco.

TORRIGIANO

Acepto, si la sé hacer
á gusto de esa persona.

DUQUE

Es copia de una Madonna
que habéis concluído ayer.

TORRIGIANO

El tamaño?

DUQUE

Á vuestro gusto,
como me la hagáis igual:
la semejanza cabal
es en ella lo que ajusto.
Aceptáis la condición?

TORRIGIANO

Si no es como la prometo,
á dárosla me someto
sin gozar retribución.
Pero si igual ha de ser,
francamente os quiero hablar:
tengo allí que retratar
á mi hijo y mi mujer.

DUQUE

Cómo!

TORRIGIANO

Tuve ese capricho
en la que ayer concluí;
y, á no ser la estatua así,
es imposible lo dicho.

DUQUE

Y ese amante desvarío
puedo yo culparos? No:
haré vuestro gusto yo,
si vos me cumplís el mío.
Callaron por un momento,
como quien recela ó duda
y un punto consigo mismo
su resolución consulta.
Y el hidalgo y el artista,
que uno de otro se aseguran,
al mismo tiempo dejando
su actitud meditabunda,
cambiaron, como por prendas
de la confianza última,
esta respuesta el hidalgo
y el artista esta pregunta:

TORRIGIANO

Pues que no anduvimos parcos
de explicaciones los dos,
me diréis si es para vos?

DUQUE

Llevádsela al duque de Arcos,
que no os pesará, por Dios!

IV

Y yendo y viniendo días
y sin tregua el escultor
trabajando, á los cuarenta
la Madonna se acabó.
Copia completa y exacta
de la Madonna anterior,
hija de la misma mano
y la misma inspiración.
Cifra en que el fogoso artista
su cariño formuló,
fué el suspiro postrimero
que exhaló su corazón.
Porque el arte es un amigo
benigno y consolador,
que paga con un instante
muchos años de aflicción.
Es un suave y encantado
y aromático licor,
que el brío rejuvenece
de la perdida ilusión;
que provoca el entusiasmo,
la esperanza y el amor,

[illegible] misterio
[illegible] sensible,
[illegible] se acerca
[illegible] palabras
[illegible] escucha;
[illegible] y sigue;
[illegible] de la calle
[illegible] impasible.
[illegible] mismo hombre
[illegible] ventana;
[illegible] advierte la Tisbe,
[illegible] carta del suelo,

aguarda que se aproxime,
y, con desprecio tirándosela,
que despeje le repite.
Cerró los vidrios de golpe,
pero ni tiempo consigue
para encajar la falleba;
porque el hombre, que se sirve
de ambas manos, deteniéndolos
con vigor irresistible,
volvió la carta diciendo:
—*Sin respuesta no he de irme.*—
Y al ir palabras más duras
colérica á dirigirle,
apareció el Torrigiano
y palideció la Tisbe.

TORRIGIANO

¿Qué es eso, Tisbe?

TISBE

Un infame
que dos veces ha pasado
y ese papel ha tirado
por la reja.

TORRIGIANO

El papel dame;
que, á lo que veo, él ha huído.
Mas ¿qué tiemblas, alma mía?
¿No ves que de su osadía
tú la culpa no has tenido?

TISBE

Ay, Pedro! Que ese papel
me da recelos fatales,
y me parecen puñales
cuantas letras hay en él.

TORRIGIANO

Calla, inocente!

TISBE

No le abras,
Pedro.

TORRIGIANO

Saber no es mejor
de qué mal es portador?
Y, al fin, son cuatro palabras.
(Abriendo la carta, á Tisbe.)
Pero, Tisbe, es para tí,
tu nombre al principio viene...
Veamos lo que contiene,
y escucha, que dice así: *(Lee.)*
«Tisbe, elige: está en tu mano
mi ventura y su sentencia.
*Un día de resistencia
da la muerte al Torrigiano.*»

TISBE

Ay, Torrigiano! Ay de mí,
que con mi negra hermosura
te traje la desventura,
y acaso muerte te dí!

TORRIGIANO

Mas, qué misterio penetras
en ese papel, que á voces
mi muerte auguras? Conoces
quién hizo, Tisbe, esas letras?

TISBE

No; lo adivino no más:
de un villano que en tu ausencia,
con inaudita insolencia
me enamoró, son quizás.
Toda Sevilla corrí;
de casas mudé esquivándole,
y logré, desorientándole,
vivir escondida aquí.
Cobréle un horror intenso
desde el momento de verle,
y sólo supe temerle,
y no lo bastante pienso.

TORRIGIANO

Y por qué no me has mostrado
á ese traidor cara á cara,
y en mis brazos acabara,
que era morir muy honrado?

TISBE

Á verte una noche vino,
y en mi cuarto me encerré,
como quien siente y no ve
los pasos de un asesino.

Y ni escucharos osaba,
porque tal horror sentía,
que aun de su voz, si la oía,
no sé qué me recelaba.

TORRIGIANO *(Desesperado.)*

Y yo, necio, se la dí!
Se la llevé yo en persona...!
(Á Tisbe.)
Y viendo aquella Madonna
que se parecía á tí,
no lo adivinabas tú?

TISBE

Temí, Pedro, que tus celos.....

TORRIGIANO

Cargue, voto va á los cielos,
con tu miedo Belcebú!
Ira de Dios, y qué á punto,
con mi maldita escultura,
yo mismo de tu hermosura
fuí á presentarle el trasunto!
Por ella su lengua fatua
me hará de irrisión objeto...!
Maldito si no le meto
en el cerebro la estatua!
Y esto el escultor diciendo,
la espada en el cinto pone,
y desatinadamente
la mano en el picaporte.
No basta que de rodillas
ante él la hermosa se postre,
ni que las suyas abrace,
pues sus intentos supone;
que ni advertencias admite,
ni fríos consejos oye,
ni lo que intenta concibe,
ni ve lo que se propone.
El hombre en aquel momento
sólo necesita un hombre;
y, pues encontrarle es fuerza,
sin duda que sabe en dónde.
Quedóse la Tisbe sola,
y á los vidrios asomóse,
los ojos llenos de lágrimas
y el corazón de temores.
Así estuvo largo tiempo,
sin que distrarle logren
de sus pensamientos tristes
y negras cavilaciones,
ni de la luz reflejada
por el cristal los colores
brillantes, ni las figuras
de la calle, ni las voces.
Hasta que vuelta á sí misma,
de los cristales quitóse,
y, viendo aún en el suelo
el papel infausto, asióle.
Tendió, sin ver lo que hacía,
los ojos por sus renglones,
y helóse al ver estos cuatro,
no leídos hasta entonces:

«Esta profana escultura
diviniza una pasión,
y, enviada á la Inquisición,
os abre la sepultura.»
Lanzó la infeliz un grito;
y como el tiro conoce,
hacia el palacio del duque
desatalentada corre.

V

El sombrero hasta las cejas,
fiera y sombría la cara,
atenazados los dientes
y echada al hombro la capa,
como una sombra fatídica
de algún panteón escapada,
por la escalera del duque
audaz Torrigiano avanza.
De cuatro en cuatro las sube,
y un tramo tras otro gana,
cual si en trepar con tal brío
alguna apuesta ganara.
Las salas resuelto cruza,
y á detenerle no bastan
las señas de los porteros
y las voces de los guardas.
Al uno con un bufido
de ira ó desprecio le espanta;
al otro de una embestida
le tumba en tierra de espaldas.

Y así, sin más miramientos,
llegó de una en otra estancia
del gabinete del duque
hasta tocar la mampara.
Asióla del picaporte;
y, por si en abrirse tarda,
con sacudida violenta
del quicio la desencaja.
Sintió el estrépito el duque,
y, al ir á volver la cara,
ya el Torrigiano tenía
la mano en su hombro posada.
—¿Qué me queréis, señor mío?
—Mi escultura.
—Está comprada.
—Ahí tenéis vuestro dinero;
no quiero venderla, dádmela.—
Y el Torrigiano en la mesa
tiró el saquillo de plata
que en precio de su escultura
recibió por la mañana.
Rióse el duque, y le dijo:
—Sabe, buen hombre, á quién habla?
Sabe que sólo mi voz
para aniquilarle basta?—
Rugió el Torrigiano de ira,
y dijo con voz ahogada:
—Será si la dejo yo
que pase por la garganta;
y no piense que eso es sólo
lo que á mi cólera basta.
Ahora venga la escultura;
luego, pues dagas y espadas
tenemos, y hombres nacimos,
saldrá de aquí lo que salga.—
Y, abalanzándose rápido
á las puertas que la estancia
tras de la mampara cierran,
con resolución exclama:
—Ó defendéos, ú os mato!
Que os juro que vuestra carta
otra respuesta no tiene
que un párrafo de estocadas.—
Y, ya sin otro remedio,
asió el duque espada y daga,
y trabóse la contienda,
que por Dios que fué empeñada.
El artista, que se sirve
cual del cincel de su arma,
el pecho de su contrario
á cada momento amaga.
Y aunque de audaz y valiente
con reputación sobrada,
no se dió por muy seguro
el duque, que ya pensaba
en ganar tiempo, aunque acaso
toda la honra le costara;
mas la rapidez del otro
hasta la voz le embargaba.
Y se perdían sus ojos,
y sus manos no bastaban
á parar tan recios golpes
y tan recias cuchilladas;
y aunque muy bien se defiende,
que al fin le va vida y fama,
ya en el rincón de una puerta
el escultor le acorrala;
y ya el feroz Torrigiano
que ve cerca su venganza,
en coserle contra el quicio
con negra intención pensaba,
cuando tremendo tumulto
que por de fuera se alcanza,
llegó en confuso desorden
hasta la pieza inmediata.
Crujía asida la puerta
y caer amenazaba,
y miedo el duque perdía
y el Torrigiano esperanza.
Aquél ganaba terreno,
y así la lid comenzada
cambió de aspecto en un punto
de consecuencia y de causa,
porque al dar el Torrigiano
en una pared de espalda,
se abrió, al empuje, de lienzo
una puertecilla falsa.
Cayó en aquel aposento,
cerró el duque, y en la estancia
donde quedó el escultor
topó con su efigie infausta;
y rebosando despecho,
y de otro enemigo á falta,
—Maldita seas!—la dijo,
y dióla una cuchillada;
á cuyo momento entrando

pajes, corchetes y guardias,
dijo, señalando el duque
los pedazos que rodaban:
—Á la Inquisición llevadle;
las imágenes maltrata;
si se resiste, amarradlo;
y si grita, una mordaza.—
Lanzárònse al Torrigiano,
que, en la triunfante mirada
que le lanzó su enemigo,
vió bien lo que le restaba.
Tomaron, pues, los pedazos
de la destruída estatua,
y desgarrado el vestido,
las manos atrás atadas,
sacáronle del palacio
entre broqueles y lanzas,
y echaron al Santo Oficio,
atravesando la plaza.

CONCLUSIÓN

Qué te valió, buen soldado,
con noble empeño lidiar
para comprar con tu sangre
el sol de tu libertad,
si Pisa y el Garigliano
sólo en tu memoria están
como bajeles perdidos
en la llanura del mar?
Qué te valieron, artista,
tus largos días de afán,
tus largas noches de vela
y de esperanza tenaz,
si en tus cadenas traidoras
tu gloria se va á estrellar,
y no habrá en tu sepultura
de tu nombre una señal?
Sueños de la juventud,
sueños de gloria fugaz,
que en un negro calabozo
fuísteis al fin á parar;
cifras con que fulminaron
una sentencia fatal,
su acongojada memoria
no tiranicéis jamás!
Delirios de amor dichosos
que vinísteis á alumbrar
de su tormentuosa vida
el continuo vendaval,
id á vuestras alas viento
en otra ánima á buscar
y en sus cadenas dormido
al pobre artista dejad!
Dejad que duerma un instante,
y ese instante pueda hallar
entre sus sueños febriles
de triste felicidad!
Ay! Cuán duro, Torrigiano,
te va á ser el despertar
al rumor de los cerrojos
y á la odiosa realidad!
Duerme tranquilo, soldado;
reposa un momento más!
Que al cabo, así no es tan duro
con el castillo volar.
Duerme sin temor, artista!
Que los nudos del dogal
el laurel de tu corona
no han de poder deshojar.
Duerme, despechado amante,
que á morir por tu amor vas,
y no temas de tu Tisbe
un olvido criminal!
Duerme, mientras sollozando
bajo tus rejas está,
y sus suspiros te roba
al airecillo fugaz!
En vano á tus carceleros
ansiosa fué á preguntar;
en vano oró largas horas
en la santa catedral;
en vano quiso á tus jueces
con lágrimas conquistar,
que ni la tierra ni el cielo
oído á sus penas dan.
Sí: mientras tú te resuelves
á morir en soledad,
y á darles muerta la carne
que quiere ver palpitar,
ella resuelve contigo
llegar á la eternidad,
y al pie de tu calabozo,
cuando expires, expirar.
Que está segura que su alma
saldrá á tu alma á buscar,
y, cuando aliento te falte,

aliento la faltará;
tierna paloma que el grano
no sabe sola encontrar,
y expira cuando la falta
quien alimento la da.
Duerme, Torrigiano, duerme,
que es muy duro despertar
al rumor de los cerrojos
y á la odiosa realidad!
Oyéronse por de fuera
rudamente rechinar,
y abrió el escultor los ojos
á la negra oscuridad.
Y aún de los lazos del sueño
sin poderse desatar,
el ruido oyó, y el soldado
preguntó altivo:—*Quién va?*—
Pero al ver con sus linternas
la gente del tribunal,
la noble cerviz al pecho
tornó el mísero á doblar.
Y para oir su sentencia,
dada sin juicio quizás,
aguardó en mustio silencio
á que quisiesen hablar.
—Cómo os llamáis?
—Torrigiano.
—Sois de Florencia?
—Es verdad.
—Soldado?
—Con una espada,
no lo pudiérais dudar.
—Tenéis amor á las armas?
Si os dieran una...?
—Ojalá!
Y á esta idea el escultor,
como quien la puede usar,
echó mano á su cintura,
de donde faltaba ya.
Lanzó el artista un suspiro,
y, tornándose á sentar,
dijo, en derredor mirando:
—Es inútil: despachad.—
Siguió preguntando el hombre,
deletreando á la par:
—Habéis hecho aquesta imagen?—
Y el triste, á pregunta tal,
volvió los ojos á su obra,
y al cabo... rompió á llorar;
y echando al busto los brazos
con desesperado afán,
pidió que antes de romperla
se la dejaran besar.
Lo cual demencia juzgado,
y deseando abreviar,
por respuesta le leyeron
el pergamino fatal,
donde sin apelación,
con tres palabras no más,
al fuego le condenaba
por hereje el tribunal.
Volviéronle, pues, el rostro;
y uno, ó compasivo asaz,
ó no alcanzando en qué uso
aquel madero ocupar,
díjole con befa estúpida:
—*Vaya, buen hombre, tomad!*
Y el busto de su Madonna
le echó á los pies al cerrar.

—

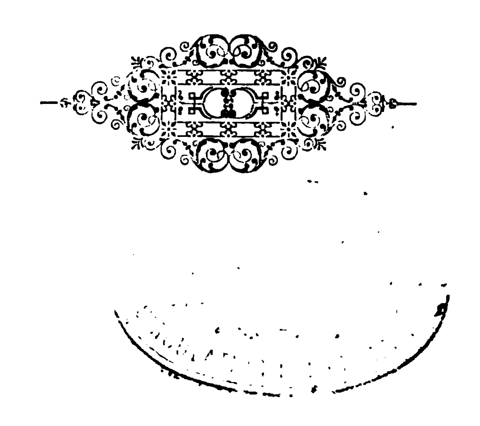
Cuando, á la fin de tres días,
llegó la hora tremenda
de cumplir en Torrigiano
el rigor de su sentencia,
llegaron hasta su encierro
los que debían ponerla
por obra, y los seis cerrojos
descorrieron de su puerta.
Á voces y por su nombre
le llamaron desde fuera;
mas sus voces se perdían
en lo hondo de la caverna.
Tornaron á llamarle ellos
y á faltarles la respuesta,
hasta que, asiendo una antorcha,
penetraron en la cueva.
—*Vamos*—dijeron—*hereje,
que está ya ardiendo la hoguera!*
Y en faz amenazadora
avanzaron á su presa.
Mas Torrigiano yacía
inmoble y sentado en tierra,
las manos en las rodillas
y en las manos la cabeza,
que, asidas convulsamente
y enclavijadas con fuerza,

guardaban algún objeto
que se adivinaba apenas.
—Arriba!—á gritar tornaron;
pero, mirando su inercia,
empujáronle con ira
y dió de rostro en la tierra;
rodó por el pavimento
aquel busto de madera,
que el rostro de una Madonna
en su Tisbe representa,
y á sus pies quedó tendido
el escultor, que les deja
su gloria con su cadáver,
de su ejecución en prenda.
Que quien nace hidalgo y fiero
no puede con la vergüenza
de acabar con ignominia
en una patria extranjera.
Pobre Tisbe! Cuán en vano
en ese dintel le esperas,
pasando noches y días
del Santo Oficio á la puerta!

Resuelta estás á morir
sobre esas heladas piedras,
ó á ver otra vez el alma
de tu marchita existencia;
mas como ese Tribunal
jamás su víctima suelta,
colige de ambos á dos
cuál es, Tisbe, la sentencia.

—

Y pues solo el Torrigiano
en su desventura fiera
aguardó para morir
á poder delante de ella,
y Tisbe amor tan inmenso
para el Torrigiano encierra,
que ser no sabe sin él
ni alentar donde él no alienta,
aquellas dos nobles almas,
la una de la otra existencia,
al cielo á la par volaron,
y, entonces, dichosas ellas!



ÍNDICE DEL TOMO CUARTO

